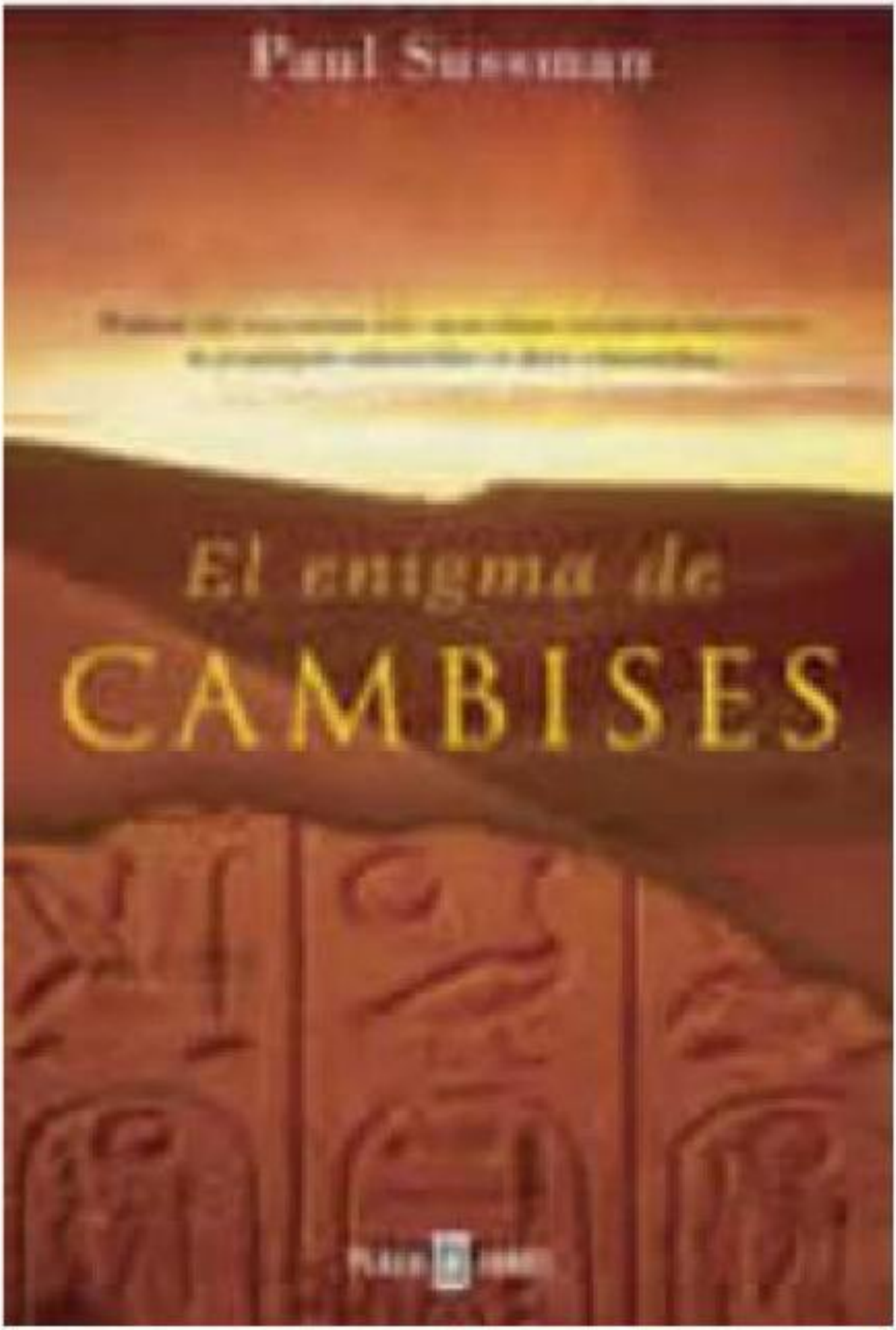
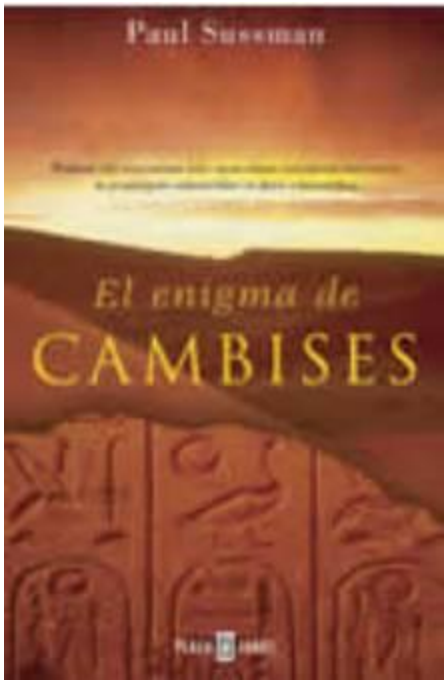

Paul Sussman
El enigma de
CAMBISES

El Enigma de Cambises

Sobrecubierta

None
Tags: Paul Sussman

OceanofPDF.com



1

Paul Sussman

El enigma
de Cambises

Las calcinantes arenas del desierto egipcio esconden soberbios tesoros aún por descubrir. Pero ¿qué nuevas maldiciones podrían caer si la moderna arqueología alumbrara una auténtica epopeya de tiempos remotos? ¿Qué castigo a la avaricia
de
los
hombres
representaría
desenterrar dos mil quinientos años de historia, cubiertos por la terrible ira del oráculo de Amón?. Una furia desatada que sepultó bajo tierra a un ejército de cincuenta mil hombres y que escribió la hermética leyenda del enigma de Cambises.

2

A mi hermosa Alicky, por soportarme,

y a mi madre y mi padre,

por apoyarme sin obligarme jamás.

La tropa que había sido enviada para atacar a los amonitas partió de Tebas acompañada de guías, y puede seguirse su avance hasta la ciudad de Oasis, que dista de Tebas siete jornadas de camino a través de una zona desértica. Cuentan que el ejército llegó hasta allí, pero nada se sabe de su suerte posterior. No llegó al territorio de los amonitas ni tampoco regresó a Egipto. Corre la versión, entre los propios amonitas y entre quienes se la habían escuchado contar a aquéllos, de que cuando los hombres habían dejado Oasis, y en su avance a través del desierto habían llegado a mitad de camino entre la ciudad y la frontera del país amonita, un viento del sur sumamente violento lanzó la arena a montones sobre ellos mientras comían, y desaparecieron para siempre.

HERÓDOTO, Historia, Libro tercero, traducido por Aubrey de Sélincourt

3

E l e n i g m a d e C a m b i s e s

P a u l S u s s m a n

En el desierto occidental, año 523 a.C.

La mosca llevaba toda la mañana incordiando al griego, quien, como si el sofocante calor del desierto, las marchas agotadoras y las magras raciones no fuesen suplicio suficiente, tenía que soportar ese tormento añadido.

Maldijo a los dioses y se dio una bofetada en la mejilla que provocó una lluvia de gotitas de sudor, pero sin acertar a aplastar al insecto.

—¡Malditas moscas! —exclamó.

—No les hagas caso —le aconsejó su compañero.

—¡Qué más quisiera! ¡Van a volverme loco! Deben de haberlas enviado nuestros enemigos.

Su compañero se encogió de hombros.

—Pues quizá sí hayan sido ellos. Dicen que los amonitas tienen extraños poderes. He oído que pueden convertirse en animales salvajes; en chacales, leones y otras fieras.

—Por mí, que se conviertan en lo que quieran —refunfuñó el griego—. Pero como les ponga las manos encima pagarán por esta maldita marcha. ¡Ya hace cuatro semanas que salimos! ¡Cuatro semanas!

Se descolgó el pellejo de agua que llevaba al hombro y bebió haciendo una mueca de desagrado al notar el líquido caliente y oleoso. Habría dado cualquier cosa por una jarra de agua fresca de las fuentes de Naxos; en vez de aquélla que sabía como si cincuenta rameras picadas de viruela se hubiesen bañado en ella.

—No pienso seguir alistándome como mercenario —añadió—. Esta campaña es la última.

—Siempre dices lo mismo.

—Pero esta vez va en serio. Volveré a Naxos a buscar esposa, una buena parcela y un olivar. Ya sabes que eso da dinero.

—Nunca te acostumbrarías.

—Ya lo creo que sí —replicó el griego, tratando en vano de darle un manotazo a la mosca—. Estoy seguro. Esta vez es distinto.

Y, ciertamente, aquella vez era distinto. Llevaba veinte años luchando en las guerras de otros. Era demasiado tiempo. Ya no soportaba más aquellas marchas. Y el dolor de su vieja herida de flecha se le había agravado aquel año. Apenas podía levantar el escudo por encima del pecho. Esa expedición sería la última. Volvería a la isla en la que había nacido y cultivaría un olivar.

—Y bien, ¿quiénes son los amonitas? —dijo tras beber otro trago de agua.

—No tengo ni idea —contestó su compañero—. Al parecer tienen un templo que Cambises quiere que destruyamos. Por lo visto hay allí un oráculo. Es todo lo que sé. El griego volvió a refunfuñar, pero no quiso seguir con el tema. En realidad, nunca le interesaba saber contra quién iba a luchar. Le daba igual que fuesen libios, egipcios, carios, hebreos o compatriotas. Se alistaba, mataba a quien tuviese que matar y, una vez terminada la campaña, se alistaba para otra, muy a menudo, contra los mismos que le habían pagado por la anterior. En esos momentos su señor era Cambises de Persia, pero hacía sólo unos meses había luchado contra éste en el ejército de Egipto. Así era la vida de los mercenarios.

Bebió otro trago de agua y dejó vagar el pensamiento hacia Tebas, hacia el último día que pasó allí antes de disponerse a partir rumbo al desierto. Él y un amigo, 4

Faedis de Macedonia, bebieron un odre de cerveza y cruzaron el caudaloso Iteru hacia el valle conocido como las Puertas de los Muertos, donde se decía que estaban enterrados grandes reyes. Pasaron la tarde

bebiendo y explorando. Descubrieron una estrecha cueva al pie de una pendiente muy escarpada y, casi como si se tratara de un desafío, se adentraron para explorarla. Las paredes y el techo estaban cubiertas de imágenes pintadas. El griego sacó un cuchillo y empezó a grabar su nombre en el yeso: AYMMAXO2: MENENAOY NASIO2: TAYTA TA OAYMAITA EIAON AYPION TOI1

THI AMMONIAI EAPAI ENOIKOY1IN EIIIETPATEYEQ EII'AP... («Yo, Dimacos, hijo de Menendos de Naxos, vi estas maravillas. Mañana marcharé contra los amonitas. Si yo

...»).

Antes de terminar la frase, el pobre Faedis apoyó la rodilla sobre un escorpión. Profirió un grito y salió de la cueva como un gato asustado. ¡Cómo se había reído Dimacos!

Pero quien ríe el último ríe mejor: como la pierna se le hinchó hasta ponerse como un tronco, Faedis no pudo marchar al día siguiente y se ahorró cuatro semanas de tormento en el desierto. ¿Pobre Faedis? ¡Afortunado Faedis!, y rió al recordarlo. La voz de su compañero lo sacó de su ensoñación.

—¡Dimacos! ¡Eh, Dimacos!

—¿Qué?

—¡Mira eso, imbécil! ¡Por delante!

El griego alzó la vista hacia la parte delantera de la columna. Estaban cruzando un valle entre dunas muy altas y, allá delante, con su contorno difuminado por el intenso resplandor del sol del mediodía, se alzaba una enorme roca en forma de pirámide, con los lados tan uniformes que parecían tallados. La visión de aquella mole en un paraje tan desnudo era estremecedora. El griego se llevó instintivamente la mano al amuleto de Isis que llevaba colgado del cuello y musitó una plegaria para protegerse de los malos espíritus.

Marcharon durante otra media hora hasta que, a mediodía, les ordenaron detenerse para almorzar. La compañía griega ya casi se hallaba frente a la roca. El griego fue tambaleándose hacia la base de ésta y se dejó caer en la franja de sombra que proyectaba.

—¿Cuánto falta? —preguntó crispado—. ¡Oh, Zeus! ¿Cuánto falta?

Varios muchachos empezaron a repartir higos y pan, y los hombres comieron y bebieron. Luego, varios grabaron su nombre en la superficie de la roca. Pero el griego se recostó y cerró los ojos para disfrutar de la brisa

suave que había empezado a soplar. Notó el cosquilleo de una mosca que se había posado en su mejilla. Estaba seguro de que era la misma que lo había mortificado durante toda la mañana. Sin embargo, no hizo nada para espantarla. La dejó vagar por sus labios y sus párpados. La mosca echó a volar y, al instante, volvió a posarse. Repitió la maniobra una y otra vez, como si lo pusiese a prueba. Pero el griego siguió sin moverse y el insecto, confiado, terminó por posarse en la frente. Con sumo cuidado, el griego fue alzando la mano, la detuvo a menos de un palmo de la cara y a continuación la estampó

violentamente contra la frente.

—¡Ya te he cazado, condenada! —exclamó el griego mirando hacia los restos de la mosca que impregnaban su mano derecha—. ¡Por fin!

Su alegría, no obstante, duró muy poco, pues de pronto llegó a sus oídos un clamor procedente de la retaguardia de la columna.

5

—¿Qué ocurre? —preguntó limpiándose los restos de la mosca. Se puso en pie y llevó la mano derecha a la empuñadura de la espada—. ¿Nos atacan?

—No lo sé —respondió el hombre que estaba a su lado—. Pero algo ocurre por ahí atrás.

El clamor era ensordecedor. Cuatro camellos desbocados pasaron por su lado como una exhalación echando espuma por la boca. Sus cascos atronaban como si fuesen una manada. Los fardos que llevaban colgaban por detrás, casi desprendidos de sus ataduras. Se oían gritos, unos estentóreos y otros semiahogados. También el viento arreciaba, alborotándole el cabello.

El griego hizo pantalla con la mano para protegerse los ojos y miró hacia el sur, en dirección al valle. Le pareció divisar algo oscuro en la retaguardia. Pensó que era una carga de caballería, pero de pronto una violenta ráfaga de viento le dio en la cara, y entonces oyó con claridad lo que hasta ese momento había sido un grito ininteligible.

—Oh, Isis... —musitó.

—¿Qué ocurre? —preguntó su compañero. El griego lo miró, visiblemente asustado. —Una tormenta de arena.

Nadie se movió ni dijo nada. Todos habían oído hablar de las tormentas de arena del desierto. Se desataban como por ensalmo y se tragaban cuanto

encontraban a su paso, a veces ciudades enteras, según se decía, y hasta civilizaciones.

—Si te encuentras con una tormenta de arena, sólo puedes hacer una cosa —les había dicho uno de los guías libios. —¿Qué? —preguntaron el griego y su compañero al unísono. —Morir —había respondido el libio.

—¡Que los dioses nos protejan! —se oyó clamar a uno.

Al cabo de unos instantes se produjo la desbandada. Los guerreros gritaban aterrorizados.

—¡Piedad!

—Oh, dioses, ¡tened compasión!

Algunos se desprendieron de sus fardos y echaron a correr enloquecidos valle arriba. Otros subieron trabajosamente por la pendiente de la duna, cayeron de rodillas o se arrimaron a la mole de roca. Un hombre cayó de bruces en la arena, llorando. Otro fue arrollado por un caballo al intentar subir a su grupa. Sólo el griego permaneció donde estaba. No pronunció palabra ni se movió, sino que se limitó a seguir allí, inmóvil, mientras la oscura pared avanzaba inexorablemente hacia él. Por su lado pasaba un incesante desfile de animales de carga y de hombres que, despavoridos, se habían desprendido de sus armas.

—¡Corre! —le gritaban—. ¡Ya se ha tragado la mitad del ejército! ¡Corre, si no quieres morir!

El viento arreciaba y levantaba densos velos de arena en torno a sus piernas y su cintura. Oyó un estruendo semejante al de una catarata. El sol se oscurecía por momentos.

—¡Vamos, Dimacos! ¡Alejémonos! —le gritó su compañero—. Si seguimos aquí

moriremos enterrados vivos.

Pero el griego siguió sin moverse, con una sonrisa en el rostro. De todas las maneras de morir que había imaginado, que eran muchas, aquélla nunca se le había pasado por la cabeza. ¡Y en la que se proponía que fuese su última campaña! Era un cruel sarcasmo. Terminó por echarse a reír, sin ganas.

6

—¿Te has vuelto loco, Dimacos? ¿Qué te pasa?

—Vete —dijo el griego alzando la voz para que se le oyese pese al fragor de la tormenta—. ¡Corre tú si quieres! Me da igual morir donde estoy que un poco más allá. Desenfundó la espada y miró la imagen de la

serpiente grabada en la hoja reluciente, enrollada y con las mandíbulas ceñidas a la punta. Había conseguido aquella espada en su primera campaña, hacía ya más de veinte años, contra los lidios, y desde entonces siempre la había llevado consigo. Era como un talismán. Deslizó el pulgar por la hoja. Su compañero echó a correr despavorido.

—¡Estás loco! —le gritó volviéndose a mirarlo—. ¡Completamente loco!

El griego hizo caso omiso. Empuñó la espada con firmeza y miró hacia la gigantesca y oscura nube que se acercaba. No tardaría en echársele encima. Tensó los músculos.

—¡Vamos! —susurró—. ¡A ver lo valiente que eres!

De pronto se sintió exultante. Siempre le ocurría igual: el miedo inicial, el peso en los brazos y las piernas, y luego el repentino goce de la batalla. Quizá cultivar olivos no fuese lo suyo, después de todo. Él era un machimos. Llevaba el combate en la sangre. Quizá así fuese mejor. Empezó a entonar un viejo cántico egipcio, a modo de conjuro para protegerse del mal.

¡La flecha de Sajmet está contigo! ¡La magia de Tot está en tu cuerpo! ¡Que Isis te maldiga!

¡Que Neftis te castigue!

¡La lanza de Horus está en tu cabeza!

Y entonces lo embistió la tormenta, con la fuerza de mil carros de guerra. El viento casi lo levantaba del suelo y la arena lo cegaba; le rasgaba la túnica y le arañaba la piel. Formas siniestras asomaban de la gigantesca sombra, brazos que se agitaban. Se oían gritos ahogados por el ensordecedor rugido de la ola de arena. Uno de los estandartes del ejército, desprendido del asta, se le enrolló en las piernas unos instantes; luego salió despedido y desapareció en el torbellino. El griego daba inútilmente tajos contra el viento, que lo zarandeó hasta obligarlo a arrodillarse. Un puño de arena se hundió en la boca de su estómago, ahogándolo. Logró ponerse de pie, pero casi de inmediato la tormenta volvió a arrojarlo al suelo. Y

esta vez ya no se levantó. Una ola de arena lo cubrió.

El griego se debatió por unos instantes y finalmente quedó inerte. De pronto se sintió muy cansado, muy tranquilo y casi ingrávido. Varias imágenes cruzaron lentamente por su mente: Naxos, donde había nacido y crecido; la tumba de Tebas; Faedis y el escorpión; su primera campaña, hacía tantos años, contra los feroces lidios, cuando había conseguido la

espada. Con un supremo esfuerzo alzó ésta por encima de la cabeza. Cuando su cuerpo quedase enterrado, la gruesa hoja con la serpiente grabada asomaría a la superficie y marcaría el lugar en el que había caído.

7

El Cairo, septiembre de 2000

La limusina, semejante a una ballena negra, cruzó lentamente la verja de la embajada y se detuvo por un momento antes de adentrarse en el tráfico. Dos motoristas de la policía se situaron delante y otros dos detrás. La limusina y su escolta enfilaron la avenida flanqueada de árboles y edificios y al cabo de unos cien metros giraron a la derecha hasta Corniche el-Nil. Los conductores de otros coches que circulaban cerca trataban de ver quién era el ocupante de la limusina, pero ésta tenía las lunas ahumadas y sólo se distinguía la borrosa silueta de dos cabezas. Un banderín con las barras y estrellas estadounidenses se agitaba en la parte delantera izquierda del vehículo.

Tras recorrer un kilómetro, la limusina llegó a un laberinto de intersecciones de carreteras y de pasos elevados. Los motoristas que iban delante redujeron la velocidad, hicieron sonar la sirena y fueron guiando la limusina hasta la rampa de acceso a un tramo elevado, por donde el tráfico no era muy denso. El pequeño convoy aceleró y fue siguiendo las señales que indicaban la dirección del aeropuerto. Los motoristas que iban detrás se acercaron y empezaron a charlar entre ellos. La deflagración fue tan inesperada que desconcertó a todos. Primero se oyó un ruido sordo y un siseo. La limusina saltó por los aires, rebasó el quitamiedos y fue a estrellarse contra un muro de hormigón. De pronto se oyó otro ruido sordo, más fuerte que el anterior, que hizo temblar el vehículo, debajo del cual brotó una llamarada. Entonces quedó claro que no había sido un accidente de tráfico. Los motoristas se detuvieron. La puerta del lado del conductor se abrió de golpe y el chófer salió tambaleándose y gritando, con la chaqueta en llamas. Dos automovilistas trataron de apagarlas con sus chaquetas; otros dos intentaron abrir las puertas traseras, contra la que golpeaban, frenéticas, unas manos. Una columna de humo que adoptó la forma de un paraguas se elevó hacia el cielo. El aire se volvió

denso y empezó a oler a gasolina y a caucho quemado. Los coches redujeron la velocidad y sus ocupantes se detuvieron a mirar, atónitos. El banderín de las barras y estrellas empezó a arder y en pocos segundos quedó reducido a cenizas.

8

En el desierto occidental, una semana después

—¡Esto es genial! —exclamó el conductor del Toyota todoterreno al llegar a lo alto de la duna.

El vehículo quedó suspendido en el aire por unos instantes, como un desgarbado pájaro blanco, antes de deslizarse de nuevo por el otro lado. El conductor estuvo a punto de perder el control del vehículo al describir éste un pronunciado ángulo hacia abajo, pero logró dominarlo y llegar al pie de la duna. Acto seguido pisó de nuevo el acelerador y se dispuso a ascender por la siguiente duna.

—¡Genial, genial!

El viento agitaba la rubia melena del conductor mientras el vehículo avanzaba en medio de la música atronadora que surgía del radiocasete. Al cabo de veinte minutos se detuvo en un altozano y el conductor apagó el motor. Le dio una calada al porro, cogió los prismáticos, bajó del vehículo y sus botas rechinaron sobre la arena. El silencio del desierto era espectral y el aire muy caliente. El cielo, de un tono blanquecino cegador, parecía oprimir la tierra. El conductor se detuvo por un momento a contemplar el abigarrado collage de dunas y franjas pedregosas que se extendía en derredor. Era un paisaje extraño y sobrenatural, sin vida ni movimiento. Dio una nueva calada al porro, alzó los prismáticos y los enfocó hacia el noroeste. Vio una escarpa de piedra caliza en forma de medialuna, y en el medio de ésta el verdor de un oasis. Unas construcciones blancas asomaban diseminadas entre palmerales y lagunas de agua salada. Una franja ancha y blancuzca, en el lado oeste de los cultivos, marcaba el límite de una pequeña población.

—Siwa —dijo el hombre del todoterreno con una sonrisa, exhalando unas volutas de humo por la nariz—. Gracias a Dios.

Permaneció donde estaba durante unos minutos, oteando el horizonte; luego regresó al vehículo, puso el motor en marcha y la música del radiocasete volvió a atronar entre las dunas.

Al cabo de una hora alcanzó los límites del oasis traqueteando por la arena y se internó en una carretera de tierra compacta. A su derecha se elevaban tres antenas de radio y una cisterna de hormigón. Unos perros se arremolinaron ladrando junto a las ruedas.

—¡Hola, tíos, me alegro de veros! —El conductor se echó a reír e hizo sonar el claxon, espantando a los perros.

Pasó por delante de dos antenas parabólicas y un improvisado campamento militar antes de llegar a una carretera asfaltada que lo condujo hasta el centro del extenso enclave que había divisado desde lo alto de la duna. Era el poblado de Siwa. El lugar estaba casi desierto. Un par de carromatos tirados por asnos avanzaban por la carretera, y en la plaza principal un grupo de mujeres con el rostro cubierto por unos velos de algodón gris se apiñaban frente a un polvoriento tenderete de verduras. Los demás habitantes del enclave estaban dentro de sus viviendas, a salvo del calor del mediodía.

Estacionó el todoterreno a un lado de la plaza, al pie de un montículo en el que se alzaban unas viviendas en ruinas. Cogió del asiento trasero un sobre grande de color crema, se apeó y, sin molestarse en cerrar las puertas, empezó a cruzar la plaza. Se detuvo en una tienda en la que vendían un poco de todo, habló por un instante con el dueño, le dio un trozo de papel y un fajo de billetes y señaló hacia el

9

Toyota. Luego siguió adelante, hacia una bocacalle, y entró en un edificio de aspecto destartalado. A un lado de la puerta un letrero pintado anunciaba: WELCOME HOTEL. En cuanto lo vio entrar, el hombre que estaba detrás del mostrador de recepción saltó del taburete con expresión de júbilo y corrió a saludarlo.

—¡Doctor John! ¡Me alegro de verte de nuevo! —exclamó en beréber.

—Yo también me alegro de verte, Yakub —dijo el otro, también en beréber—.

¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Sucio —repuso el joven del todoterreno, sacudiéndose el polvo adherido a la camiseta, que llevaba estampado el lema *I love Egypt*—. Necesito ducharme enseguida.

—Claro, por supuesto, ya sabes dónde están las duchas. No hay agua caliente, pero de la fría puedes gastar toda la que quieras. ¡Mohamed! ¡Mohamed! —Al instante un muchacho salió por una puerta contigua—. El doctor John ha vuelto. Tráele una toalla y jabón.

El muchacho fue a cumplir con el encargo, golpeteando con sus chancletas sobre el suelo de baldosas.

—¿Quieres comer? —preguntó Yakub.

—Estoy muerto de hambre. Llevo ocho semanas viviendo a base de alubias y sardinas en lata. No ha pasado noche que no haya soñado con tu pollo al curry. Yakub se echó a reír.

—¿Lo quieres con patatas fritas?

—Con patatas fritas, pan tierno, una Coca-Cola, y todo lo que puedas servirme. Yakub soltó otra carcajada.

—Veo que sigues siendo el mismo doctor John de siempre.

El muchacho de las chancletas regresó con una toalla y una pequeña pastilla de jabón y se la tendió al huésped.

—Primero he de hacer una llamada —dijo éste.

—No hay problema. Acompáñame.

El dueño del hotel lo condujo a lo que parecía un cuarto trastero. En él había un expositor de postales, tan manoseadas que tenían las puntas dobladas, y, en lo alto de un archivador, un teléfono. El joven dejó el sobre encima de una silla, descolgó el auricular y marcó.

—¿Podría ponerme con...? —preguntó en árabe al cabo de unos momentos. Yakub le hizo ademán de que hablase tranquilamente y volvió dos minutos después con el refresco. Pero, como vio que su huésped seguía hablando, dejó la botella encima del archivador y fue a prepararle la comida.

Media hora más tarde, duchado y afeitado, con el cabello peinado hacia atrás revelando una frente quemada por el sol, el joven estaba sentado en el jardín del hotel a la sombra de una palmera, dando cuenta del almuerzo.

—Bueno... ¿y qué ha ocurrido por estos mundos, Yakub? —preguntó mientras partía un trozo de pan y rebañaba el plato.

Yakub bebió un sorbo de Fanta y dijo:

10

—¿Te has enterado de lo del embajador estadounidense?

—Llevo dos meses sin saber nada de lo que pasa en el mundo. Es como si hubiese estado viviendo en Marte.

—Hicieron estallar una bomba a su paso.

El joven dejó escapar un silbido.

—Hace una semana —añadió Yakub—. En El Cairo. Fueron los de la Espada Vengadora.

—¿Muerto?

—No. Se salvó de milagro.

El joven soltó un gruñido de contrariedad.

—Es una lástima —dijo—. Si acabasen con todos los burócratas, el mundo sería más agradable. En fin... Este curry está formidable, Yakub.

Dos jóvenes europeas se levantaron de una mesa del fondo del jardín. Una de ellas ladeó la cabeza, miró al nuevo huésped y le sonrió. John correspondió con una ligera inclinación de cabeza.

—Me parece que le gustas —dijo Yakub cuando las jóvenes hubieron salido.

—Quizá —dijo John—. Pero en cuanto le diga que soy arqueólogo echará a correr despavorida. ¿Sabes cuál es la primera regla de la arqueología, Yakub? Nunca le digas a una mujer a qué te dedicas. Sería como darle el beso de la muerte. Acabó de rebañar el plato y se repantigó en la silla. Un enjambre de moscas zumbaba por encima de su cabeza, junto a la palmera. El aire estaba impregnado de olor a leña quemada y a carne a la brasa.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó Yakub.

—¿En Siwa? Una hora más o menos.

—¿Y vuelves al desierto?

—Así es. Vuelvo al desierto.

Yakub meneó la cabeza.

—Llevas un año así. Vuelves en busca de provisiones y desapareces de nuevo.

¿Se puede saber qué haces?

—Mediciones —repuso John con una sonrisa—. Y excavaciones. Trazo planos. Y

en los días más entretenidos saco fotografías.

—¿Qué buscas? ¿Alguna tumba?

John se encogió de hombros.

—Más o menos.

—¿Y la has encontrado?

—No lo sé, Yakub. Puede que sí, puede que no. El desierto te juega malas pasadas. Crees haber encontrado algo y después resulta que no es nada. Y en otras ocasiones crees que lo que has encontrado carece de interés y luego resulta que es importante. El Sahara, como lo llamamos en mi país, es una de las regiones más jodidamente endiabladas del planeta.

Sacó del bolsillo de la camisa un cigarrillo y una bolsa de marihuana. Lió un porro, lo encendió y aspiró el humo profundamente. Luego recostó la cabeza contra el tronco de la palmera y exhaló el humo con delectación.

11

—Fumas demasiado de esa mierda, doctor John —lo reprendió el egipcio—. Te volverá loco.

—Al contrario, amigo mío —replicó el joven suspirando y cerrando los ojos—. Ahí, en pleno desierto, es casi lo único que me mantiene cuerdo.

John salió del hotel al cabo de una media hora. Seguía llevando en la mano el sobre color crema. El sol ya se ponía hacia el oeste, adquiriendo una tonalidad anaranjada. Fue caminando hasta la plaza junto a la que había estacionado el todoterreno, ahora abarrotado de cajas con provisiones. Subió al vehículo, puso el motor en marcha y recorrió unos cincuenta metros hasta la única gasolinera de la población.

—Lleno —indicó al empleado—. Lléneme también las latas; y los bidones de plástico con agua del grifo.

Le lanzó las llaves y se dirigió a la estafeta de correos, que estaba a unos cien metros. Una vez allí abrió el sobre y sacó varias fotografías. Las examinó, volvió a meterlas en el sobre y lo cerró.

—Quiero enviar esto certificado —le dijo al empleado, que cogió el sobre y, tras pesarlo, sacó un impreso de un cajón y empezó a rellenarlo.

—Profesor Ibrahim Az-Zahir —dijo leyendo el nombre en voz alta para asegurarse de que lo escribía bien—. Universidad de El Cairo.

John guardó el comprobante, pagó y volvió a la gasolinera. Después de comprobar que todo estaba en orden, miró alrededor, subió al vehículo y arrancó, alejándose lentamente hacia el límite de la población.

Sólo se detuvo un momento en el límite del desierto y dirigió una melancólica mirada hacia atrás. Luego puso la música a todo volumen y aceleró en dirección a las dunas.

Encontraron su cadáver dos meses después. O, mejor dicho, los restos de su cadáver, carbonizados dentro del todoterreno. Unos turistas toparon con éste a unos cincuenta kilómetros al sudoeste de Siwa, volcado al pie de una duna, convertido en un amasijo de hierros retorcidos, con lo que parecía una forma humana en su interior. Todo indicaba que se había precipitado desde lo alto de la duna, pese a que no era muy empinada. Sin embargo, llamaba la atención que hubiese cerca marcas de neumáticos de otro vehículo, como si no hubiese estado solo en el momento de ocurrir el accidente. El cuerpo estaba tan desfigurado que sólo lograron identificarlo después de enviar a Estados Unidos las radiografías de sus piezas dentales.

12

Londres, catorce meses después

La doctora Tara Mullray apartó de sus ojos un mechón de su cabello cobrizo y continuó avanzando por el pasadizo. Las lámparas irradiaban un calor sofocante. Una película de sudor brillaba en su frente, suave y pálida. A través de los orificios de ventilación de los tanques entrevió a las serpientes, pero les prestó tan poca atención como éstas a ella. Llevaba trabajando allí más de cuatro años, y hacía mucho tiempo que las serpientes habían dejado de ser una novedad.

Pasó junto a una pitón, una culebra y un par de víboras de Gabón y se detuvo frente al tanque de la cobra de cuello negro. Estaba enrollada en un rincón, pero en cuanto la vio alzó la cabeza, sacó la lengua y su cuerpo de color oliváceo empezó a oscilar como un metrónomo.

—Hola, Joey —la saludó Tara, que dejó en el suelo la lata y el gancho que empleaba para trasladar a la serpiente y se agachó—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

La serpiente se arrimó a la tapa del tanque y le dirigió una mirada inquisitiva. La doctora se puso unos gruesos guantes de piel y unas gafas que la protegían de las escupidas venenosas de la cobra.

—Bueno, vamos a curarte —dijo Tara cogiendo el gancho.

Se inclinó hacia delante y levantó la tapa del tanque. Echó el cuerpo hacia atrás al ver que la serpiente acercaba la cabeza hacia ella. Luego, con movimientos ágiles y coordinados, sujetó el asa de la tapa de la lata, levantó a la serpiente con el gancho y, con mucho cuidado, la dejó caer en la lata y cerró la tapa de inmediato. Del interior le llegó un siseo; la cobra exploraba su nuevo entorno.

—Es por tu bien, Joey —dijo Tara—. Así que no te enfades.

Aquella cobra macho de cuello negro era la única de la colección que no le gustaba. Con las demás, incluida la taipan, la enorme serpiente australiana que mordía sin avisar, se sentía tranquila. Pero la cobra siempre la ponía nerviosa. Era astuta y agresiva, y tenía mal carácter. Le había mordido una vez, hacía un año, al sacarla de su tanque para limpiarlo. La había cogido muy hacia la cola y la serpiente se rebulló y le mordió en la mano. Por suerte, no llegó a inocularle veneno, pero ese suceso la afectó mucho. Llevaba casi diez años trabajando con serpientes y era la primera vez que una le mordía; desde entonces trataba a aquella cobra con enorme precaución, hasta el punto de que era la única con quien se ponía guantes

para trasladarla. Tras asegurarse de que la lata estaba bien cerrada, la levantó y regresó

sobre sus pasos. Bajó con cuidado por un tramo de escaleras que había al fondo del pasadizo y siguió por el pasillo en el que estaba su despacho. Al notar que la serpiente se movía dentro del recipiente aminoró el paso para no inquietar a la irritable serpiente. No tenía por qué alterarla más de lo necesario.

En el despacho aguardaba Alexandra, su ayudante. Entre las dos sacaron a la cobra de la lata y la depositaron sobre un banco. Alexandra la inmovilizó y Tara se agachó para examinarla.

—Ya debería habérsele curado —dijo Tara palpando la sección central del dorso de la cobra, que tenía las escamas hinchadas y llagadas.

—Se ha vuelto a restregar contra la piedra. Creo que deberíamos dejar el tanque completamente vacío durante unos días, para darle tiempo a cicatrizar. Tara cogió un antiséptico del estante de un armario y procedió a curarle la herida con delicadeza. La cobra sacaba la lengua y la escondía mientras sus ojos negros la miraban amenazadoramente.

13

—¿A qué hora sale tu vuelo? —preguntó Alexandra.

—A las cinco —contestó la doctora mirando el reloj de pared—. Tendré que salir en cuanto termine esto.

—Ojalá mi padre viviese en el extranjero. Así la relación sería mucho más exótica.

Tara sonrió.

—Mis relaciones con mi padre podrían describirse de muchas maneras, Alexandra, pero nunca las definiría como exóticas.

Tara terminó de limpiar la zona infectada. Se puso un poco de ungüento en la yema del índice de la mano derecha y lo aplicó sobre la herida de la cobra.

—Mientras yo esté fuera hay que limpiarla cada dos días, ¿de acuerdo? Y sigue con los antibióticos hasta el viernes. No quiero que se le extienda la celulitis.

—No te preocupes, y pásalo bien —dijo Alexandra.

—Llamaré a finales de semana, para asegurarme de que no han surgido complicaciones.

—¿Quieres dejar de preocuparte? Todo irá bien. Aunque te parezca increíble, el zoo puede sobrevivir sin ti durante dos semanas.

Tara volvió a sonreír. Alexandra tenía razón. Se obsesionaba demasiado con el trabajo. Igual que su padre. Iba a tomarse unas verdaderas vacaciones por primera vez en dos años, y era consciente de que debía aprovecharlas al máximo. Le apretó

cariñosamente el brazo a Alexandra y dijo:

—Perdona. Es cierto, me preocupo demasiado.

—Además, las serpientes no van a echarte de menos. No tienen sentimientos. Tara hizo una mueca de fingida contrariedad.

—¡Cómo te atreves a hablar así de mis criaturitas! Todas las noches llorarán mi ausencia.

Se echaron a reír las dos. Tara cogió el gancho y entre las dos volvieron a meter a la cobra en la lata.

—¿Seguro que no te importa llevarla al tanque tú sola?

—Claro que no —le aseguró Alexandra—. Vete tranquila.

Tara se puso el abrigo y el casco de motorista y se encaminó hacia la puerta.

—Antibióticos hasta el viernes. No lo olvides —le recordó a Alexandra antes de salir.

—¿Quieres hacer el favor de irte de una vez?

—Y tampoco olvides quitarle la piedra, para que no se restriegue.

—¡Oh, Tara...! —exclamó Alexandra, arrojándole un trapo. Tara lo esquivó, soltó

una carcajada y echó a andar por el pasillo.

—¡Ah! ¡Y tampoco olvides ponerte las gafas cuando la metas en el tanque! ¡Ya sabes del humor que se pone después de las curas!

El tráfico era muy denso por la tarde, pero maniobró hábilmente con su ciclomotor, cruzó el Támesis por el puente Vauxhall y recorrió a gran velocidad los tres kilómetros finales hasta Brixton. De vez en cuando miraba su reloj. Su vuelo partía al cabo de tres horas y aún no había hecho las maletas.

—¡Joder! —masculló para sí.

14

Vivía sola en un apartamento de un sótano, frente al parque Brockwell. Lo había comprado hacía cinco años con parte del dinero que le había dejado su madre y lo había compartido con su mejor amiga, Jenny.

Durante dos años llevaron una vida despreocupada y bohemia, de fiesta en fiesta, empezando y terminando relaciones sin tomarse ninguna en serio.

Pero entonces Jenny conoció a Andrew, con el que se fue a vivir al cabo de unos meses, y Tara se quedó sola en el apartamento. Tener que pagar la hipoteca sin ayuda de nadie era ruinoso, pero no quiso meter a nadie más en el piso. En realidad le gustaba disponer de más espacio. A veces se preguntaba si sería capaz de convivir con un hombre como había hecho Jenny. Años atrás había tenido algunas relaciones más o menos serias, pero aquello había acabado, y no le importaba estar sola. Encontró el apartamento desordenado. Se sirvió una copa de vino, puso un compact de Lou Reed y entró en su despacho para escuchar los mensajes del contestador. «Tiene seis mensajes», le anunció una metálica voz de mujer. Dos eran de Nigel, un viejo amigo de la universidad; el primero para invitarla a cenar el sábado por la noche, y el segundo cancelando la invitación al recordar que ella iba a estar fuera. Otro era de Jenny, quien le advertía que no fuese a ninguna excursión en camello porque todos los camelleros eran unos pervertidos. Un cuarto era de un colegio, confirmándole la fecha para una conferencia que tenía que dar sobre las serpientes; y otro era de Harry, el broker que llevaba acosándola dos meses y cuyos mensajes ella nunca contestaba. El último era de su padre: «Soy papá, Tara. ¿Podrías traerme whisky y el Times? Si hay algún problema, llámame. Si no, te espero en el aeropuerto. Tengo muchísimas ganas de verte. Hasta luego».

Tara sonrió. Su padre siempre revelaba cierta timidez cuando quería mostrarse afectuoso. Como la mayoría de los profesores universitarios, el catedrático Michael Mullray sólo se sentía cómodo en el mundo de las ideas. Las emociones interferían en la claridad del pensamiento. Por eso se había separado de su esposa. Porque era incapaz de afrontar su necesidad de afecto. Ni siquiera al morir ella, hacía ya seis años, le había resultado fácil exteriorizar sus sentimientos. En el funeral se sentó en uno de los bancos del fondo, ensimismado y sin manifestar emoción alguna. Y en cuanto el funeral hubo terminado, fue a dar una conferencia en Oxford. Tara apuró el vino y volvió a la cocina para llenar de nuevo la copa. Se dijo que debía adecentar un poco el apartamento, pero como apenas tenía tiempo se limitó a sacar la bolsa de la basura y a lavar los platos, después de lo cual fue a su dormitorio para hacer el equipaje.

Hacía casi un año que no veía a su padre, desde la última vez que él había estado en Inglaterra. Hablaban por teléfono con cierta frecuencia, pero sus conversaciones eran más de orden práctico que cariñosas. Él le

hablaba de algún nuevo objeto que había desenterrado, o de un curso que iba a dar; y ella le contaba algún chismorreo sobre sus amigas o el trabajo. Rara vez hablaban más de unos pocos minutos. Él le enviaba todos los años una felicitación para su cumpleaños que, indefectiblemente, llegaba con una semana de retraso.

De modo que a Tara le sorprendió que el mes anterior la invitase a pasar un par de semanas con él. Llevaba cinco años viviendo en el extranjero y era la primera vez que le pedía algo así.

—La temporada casi ha terminado —le había dicho su padre—. ¿Por qué no te vienes? Puedes alojarte en el campamento de excavaciones. Te llevaré a ver algunas cosas de interés.

La primera reacción de Tara fue de inquietud. Su padre ya era setentón, tenía el corazón delicado y debía medicarse a diario. Quizá ésa fuese su manera de decir que

15

su salud era precaria y que, antes de que llegase el final, deseaba reconciliarse con ella de verdad. Pero su padre le aseguró que se encontraba muy bien y que, sencillamente, había pensado que sería bonito que ambos pasaran unas semanas juntos. No era una actitud muy propia de él y eso la había hecho recelar. Pero desechó esos pensamientos y sacó un billete para ir a verlo. Al llamarlo para informarle del día y la hora de su llegada, advirtió que se alegraba de verdad.

—¡Estupendo! —exclamó—. Lo pasaremos como en los viejos tiempos. Tara eligió unas cuantas prendas del montón de ropa que había encima de la cama y las metió en una bolsa de viaje. Le apetecía fumar un cigarrillo, pero resistió

la tentación. Hacía casi un año que lo había dejado y no quería reincidir, entre otras cosas porque, si lograba completar el año sin fumar, le ganaría cien libras a Jenny. Y, como hacía siempre que el deseo de fumar la asaltaba, fue al frigorífico a por un cubito de hielo y se puso a chuparlo.

Pensó que tal vez debería haberle comprado un regalo a su padre, pero ya no había tiempo para eso y, además, aunque le comprase algo, lo más probable era que no le gustase. Recordaba la desilusión que se había llevado de niña unas Navidades. Había pasado semanas estrujándose el cerebro para elegir un regalo, y cuando su padre abrió el paquete se limitó a musitar de manera muy poco convincente «Muy bien, cariño, justo lo que necesitaba», y volvió a concentrarse de inmediato en la lectura del periódico. De manera

que le compraría una botella de whisky, el Times y tal vez una loción para después del afeitado, y ya estaría bien con eso. Después de meter en la bolsa algunas cosas más, fue al cuarto de baño a ducharse. En cierto modo, temía hacer aquel viaje. Estaba segura de que terminarían discutiendo, por más que se esforzasen porque no ocurriera. Y, al mismo tiempo, no podía evitar sentirse exultante. Hacía mucho tiempo que no viajaba al extranjero y, además, si las cosas se ponían muy feas, podía pasar unos días sola. Ya no era una niña que dependiese de su padre. Podía hacer lo que se le antojara. Abrió más el grifo del agua caliente, echó la cabeza hacia atrás para que el agua corriese por sus pechos y su vientre, y tarareó una melodía.

Luego, ya vestida, cerró las ventanas, cogió la bolsa de viaje y salió del apartamento. Ya había oscurecido y empezaba a lloviznar. El asfalto brillaba y reflejaba la luz de las farolas. Normalmente, aquel tiempo la deprimía, pero esa tarde era distinto. Se aseguró de que llevaba el pasaporte y el billete de avión y se dirigió a la estación, sonriente. Por lo visto, en El Cairo estaban a más de treinta grados. Todo un cambio.

16

El Cairo

—He de cerrar, pequeña —dijo el viejo Iqbar—. Deberías marcharte ya a casa. La niña permaneció inmóvil, jugueteando con su cabello. Tenía la cara sucia y moqueaba.

—Vamos, vete —insistió Iqbar—. Y mañana, si quieres, puedes venir a ayudarme.

La niña lo miró fijamente, en silencio. Él dio un paso hacia ella, cojeando y jadeante.

—No estoy para juegos. Soy viejo y me siento cansado.

En la tienda apenas había luz, sólo la que procedía de una bombilla desnuda, y en los rincones se arremolinaban las sombras. Montones de baratijas se hundían lentamente en la penumbra como si se sumergiesen en el mar. Se oyó un claxon y un persistente martilleo. Iqbar dio otro paso hacia delante. El viejo llevaba una galabeya de algodón que abultaba mucho a la altura del vientre. Su deteriorada dentadura y el parche negro que le cubría un ojo le daban un aspecto amenazador. Pero era amable y la niña no tenía miedo de él.

—¿Vas a irte a casa o no?

La niña meneó la cabeza.

—En ese caso... —dijo Iqbar volviéndose y yendo con andar vacilante hacia la entrada de la tienda— tendré que dejarte aquí encerrada toda la noche. Y, como sabes, es por la noche cuando aparecen los fantasmas. —Se detuvo frente a la puerta y sacó un manojo de llaves del bolsillo—. Te he hablado de los fantasmas, ¿verdad?

Estoy seguro de que sí. En todas las tiendas de antigüedades hay fantasmas. En aquella vieja lámpara, por ejemplo —añadió señalando una lámpara de bronce que había en una estantería—, vive un genio llamado Al-Ghul. Tiene diez mil años de edad y puede convertirse en lo que quiera.

La niña miró la lámpara con unos ojos como platos.

—¿Y ves el cofre de madera que está en aquel rincón —prosiguió Iqbar —, el que tiene el candado grande y unos flejes de hierro? Pues dentro hay un cocodrilo. Durante el día duerme, pero por la noche sale a cazar niños. ¿Y para qué crees que quiere cazarlos? Pues para comérselos, naturalmente. Los agarra con los dientes y se los traga.

La niña se mordisqueó el labio inferior y miró alternativamente la lámpara y el cofre.

—Y aquel puñal de la pared —continuó Iqbar—, el de la hoja curvada, perteneció

a un rey. Era un hombre muy cruel. Todas las noches vuelve al mundo de los vivos, coge el puñal y degüella a todo aquel que se le pone por delante. Como te he dicho, esta tienda está llena de fantasmas. De manera que, si quieres pasar aquí la noche, amiguita, ya sabes a qué atenerte...

Iqbar rió por lo bajo y abrió la puerta. Las campanillas de bronce repiquetearon. La niña avanzó unos pasos al pensar que iba a dejarla encerrada y, en cuanto la oyó

moverse, Iqbar dio media vuelta, alzó las manos como si fuesen garras y soltó un rugido. La niña gritó, se echó a reír y corrió a esconderse entre las sombras del fondo de la tienda, detrás de dos cestos de mimbre.

17

—Vaya, con que quieres jugar al escondite, ¿eh? —refunfuñó el viejo, y fue cojeando tras ella con una sonrisa en el rostro—. Pues te costará trabajo. Aunque sólo tenga un ojo, es un buen ojo. Nadie puede ocultarse de Iqbar.

La niña lo vio moverse entre los cestos, cómo miraba por el hueco que había entre ambos, pero él no quería desilusionarla demasiado pronto y estropearle el juego, así que en lugar de descubrirla pasó de largo y abrió las puertas de un viejo aparador de madera.

—¿Dónde se habrá metido esta niña? —se preguntó Iqbar fingiendo que la buscaba dentro del aparador—. Ah, no, no está aquí. Es más lista de lo que yo creía.

—Cerró las puertas del aparador y fue a la trastienda. Hizo tanto ruido como pudo abriendo y cerrando cajones y archivadores—. Estás aquí, ¿verdad, diablilla? —

bromeó. Se lo estaba pasando en grande—. Te has metido en mi despacho secreto,

¿eh? ¡Vaya, qué lista es esta niña!

Finalmente, regresó y se detuvo delante de los cestos. Oía la risita ahogada de la niña.

—A ver. Pensemos. Si no está en el aparador ni en la trastienda, y como sé que no es tan insensata como para haberse escondido en el cofre con el cocodrilo, o mucho me equivoco o sólo le quedaba un sitio donde ocultarse: detrás de los cestos. Vamos a ver si acierto...

Se agachó y, al hacerlo, se oyeron las campanillas de la puerta y entró alguien. El viejo se incorporó y se dio la vuelta. La niña permaneció donde estaba, inmóvil.

—Íbamos a cerrar —dijo Iqbar mientras se acercaba arrastrando los pies a los dos hombres que estaban en la entrada—, pero si quieren echar un vistazo, pueden hacerlo.

Los dos hombres no le hicieron caso. Eran dos jóvenes de veintitantos años, con barba. Llevaban sendas túnicas, negras y mugrientas, y una imma también negra, ceñida a la frente. Miraron alrededor y luego uno de ellos dio un paso hacia la acera y señaló con el dedo. A continuación, volvió a entrar seguido de un hombre blanco.

—¿Qué desean? —preguntó Iqbar—. ¿Buscan algo en concreto?

El hombre blanco era muy alto y corpulento. Su traje de hilo le venía tan estrecho que se tensaba en los hombros y los pectorales. Llevaba un cigarro a medio fumar en una mano y con la otra sujetaba un maletín con las letras CD grabadas en la piel, muy raída. En la mejilla izquierda, desde la sien hasta casi la boca, tenía una marca de nacimiento de color púrpura pálido. Igbar se estremeció al verlo.

—¿Qué desean? —repitió.

El gigante cerró la puerta con suavidad, hizo girar la llave y asintió con la cabeza en dirección a sus dos compañeros, que se acercaron a Iqbar con rostro inexpresivo. El anticuario retrocedió hasta el mostrador.

—¿Qué quieren? —preguntó en tono nervioso—. Por favor, díganme lo que desean.

El gigante avanzó unos pasos y se plantó delante de Iqbar hasta casi tocarle el vientre. Lo miró con una sonrisa en los labios y luego, alzando el cigarro, se lo hundió

en el parche por el extremo encendido.

—¡Por favor! ¡Por favor! —gritó Iqbar, levantando las manos—. No tengo dinero. Soy pobre.

—Tienes algo que nos pertenece —dijo el gigante—. Una antigüedad. La recibiste ayer.

18

—No sé de qué me está hablando —repuso Iqbar, inclinándose hacia delante y agitando las manos—. Ninguna de estas antigüedades es auténtica. Si lo fueran estaría infringiendo la ley.

El gigante señaló a sus dos secuaces, que cogieron al viejo por los codos y lo obligaron a incorporarse. Iqbar inclinó la cabeza, como si intentara ocultarse. A uno de los secuaces se le subió un poco la imma, revelando una cicatriz, suave y pálida, como si una sanguijuela se hubiese pegado a la piel, que le cruzaba la frente. Iqbar tragó saliva con dificultad, aterrorizado.

—¡Por favor! ¡Por favor! —clamó.

—¿Dónde está? —repitió el gigante.

—Por favor, por favor...

El gigante musitó algo para sí, dejó el maletín en el suelo y sacó de él lo que parecía una pequeña paleta. La hoja, de forma triangular, era opaca salvo en los bordes, que resplandecían como si los hubiesen afilado.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó el gigante a Iqbar. El viejo miraba la hoja con expresión de horror.

—Es una paleta de arqueólogo. La utilizamos para excavar, con mucho cuidado, así... —El gigante le hizo una demostración pasando una y otra vez la paleta por su frente—. Pero tiene otras aplicaciones —añadió, y con un movimiento sorprendentemente ágil para un hombre de su corpulencia, dirigió la paleta hacia arriba y le rajó la mejilla al viejo.

Iqbar gritó y se contorsionó patéticamente mientras la sangre que manaba de la herida manchaba su galabeya.

—Bien —dijo el gigante—. Te lo volveré a preguntar. ¿Dónde está la pieza?

Detrás de los cestos, la niña rezó para que el genio Al-Ghul saliese de la lámpara y ayudase al viejo.

19

Era más de medianoche cuando el avión de Tara aterrizó.

—Bienvenida a El Cairo —le dijo una azafata cuando se disponía a bajar—. Feliz estancia.

Al asomar por la escalerilla, una ráfaga de viento le dio en la cara. El aire olía a gasóleo.

El vuelo había transcurrido sin problemas. Le había tocado un asiento contiguo al pasillo, junto a un matrimonio de rostro rubicundo que había pasado la primera mitad del vuelo previniéndola sobre los problemas estomacales que tendría como consecuencia de la comida egipcia, y la segunda mitad durmiendo. Tara se tomó un par de vodkas, siguió a medias la película que proyectaron y compró una botella de whisky al pasar una azafata ofreciendo artículos libres de impuestos. Luego reclinó el asiento hacia atrás, recostó la cabeza y se quedó mirando el techo. El deseo de fumar la acuciaba, como siempre que viajaba en avión, pero se abstuvo, ayudándose con los cubitos de hielo.

Su padre llevaba trabajando en Egipto desde que ella era una niña; según los que entendían de esas cosas, se trataba de uno de los egiptólogos más célebres de su tiempo. «Está a la altura de Petrie y de Carter —le había asegurado en cierta ocasión uno de los colegas de su padre—. No conozco a nadie que haya contribuido más a nuestro conocimiento del Imperio Antiguo.»

Tara tenía motivos para sentirse orgullosa de él, pero lo cierto era que los logros académicos de su padre la dejaban fría. Lo que a ella siempre le había importado más, desde muy temprana edad, era que su padre parecía sentirse más feliz en un mundo que había muerto hacía cuatro mil años que con su propia familia. Incluso su nombre, Tara, lo había elegido porque le recordaba a Ra, el dios egipcio del sol. Cuando ella era pequeña, su padre viajaba a Egipto todos los años para realizar excavaciones. Al principio, sólo permanecía en el país alrededor de un mes, partía en noviembre y regresaba antes de Navidad. Sin embargo, a medida que ella crecía y que la relación conyugal de sus padres se enfriaba, él empezó a pasar cada vez más tiempo allí.

—Tu padre tiene otro amor —le dijo su madre una vez—. Y ese amor se llama Egipto.

Luego, el cáncer empezó a minar la salud de su madre y a precipitar su fin. En aquella época Tara llegó a odiar a su padre. Mientras la enfermedad se cebaba en los pulmones y en el hígado de su madre, él permaneció alejado, sin dirigirle una palabra de consuelo. A Tara la consumía el resentimiento contra aquel hombre que parecía valorar más las tumbas y los antiguos fragmentos de vasijas que su propia carne y su propia sangre. Pocos días antes de la muerte de su madre, Tara lo llamó a Egipto y lo cubrió de improperios e insultos, con tanta violencia que incluso ella se sorprendió. En el funeral apenas se dirigieron la palabra. Inmediatamente después, su padre se instaló en Egipto de manera permanente. Durante ocho meses al año enseñaba en la Universidad Americana de El Cairo; los otros cuatro los dedicaba a realizar excavaciones. Estuvieron casi dos años sin hablarse.

No obstante, no todo eran malos recuerdos. Por ejemplo, en cierta ocasión cogió

un berrinche, y él, para consolarla, le hizo un truco de magia en el que parecía desprenderse el pulgar de una mano. Ella dejó de llorar y se puso a reír. Le pidió que repitiese el truco; su padre accedió y lo repitió una y otra vez, quejándose como si de verdad le arrancasen el dedo. Pero su mejor recuerdo era del día en que cumplió

quince años. Nada más levantarse vio en la repisa de la chimenea un sobre dirigido a ella. Al abrirlo, encontró la primera pista de una «búsqueda del tesoro» que la condujo por toda la casa hasta llegar a la buhardilla, donde descubrió una preciosa gargantilla

de oro oculta en el fondo de un viejo baúl. Todas las pistas estaban escritas en un pergamino y en forma de versos rimados, con dibujos y símbolos para darle un aire más misterioso. Su padre debió de tardar horas en idearlo y prepararlo todo. Luego las llevó a cenar, a ella y a su madre, y les contó maravillosas historias de excavaciones, descubrimientos y arqueólogos excéntricos.

—Estás preciosa, Tara —le había dicho su padre inclinándose hacia delante para ajustarle la gargaltilla, que Tara había querido estrenar esa misma noche—. Eres la chica más bonita del mundo. Estoy muy orgulloso de ti.

Momentos como aquél, aunque pocos y muy espaciados, contribuían a compensarla un poco de la frialdad y del ensimismamiento de su padre, y

hacían que se sintiese unida a él. Por eso lo llamó dos años después de la muerte de su madre, pidiéndole que hicieran las paces tras aquel largo silencio. Y ésa era una de las razones que la habían impulsado a viajar a Egipto. Porque en su fuero interno estaba convencida de que, a pesar de sus muchos defectos, su padre era una buena persona, que la quería y la necesitaba, tanto como ella lo necesitaba a él. Y, por supuesto, siempre cabía la esperanza, como pensaba cada vez que se veían, de que las cosas cambiaran. Quizá en esta ocasión no terminasen discutiendo y pasaran un par de semanas felices y relajados, como era lo normal entre padre e hija. Tal vez todo marchase bien.

«Aunque... no hay que descartar que nos alegremos mucho de vernos durante cinco minutos y que luego empecemos a discutir como de costumbre», había pensado Tara con una sonrisa mientras el avión empezaba a descender.

—Supongo que sabrá que se estrellan muchos más aviones en la maniobra de aterrizaje que durante el despegue —le había comentado su compañera de asiento como si tal cosa.

Tara se había limitado a encogerse de hombros y a pedirle más cubitos de hielo a la azafata.

Tara apareció en la terminal de llegadas internacionales casi una hora después de que el avión hubiese aterrizado. El control de pasaportes había sido desesperantemente lento, igual que la recogida de equipajes, debido a que los agentes de seguridad llevaban a cabo registros de maletas al azar.

—Ese Saif Al-Thar no para de causar problemas —le comentó un pasajero—

Terminará por paralizar el país.

Antes de que a ella le diese tiempo a preguntarle a qué se refería, el pasajero vio su equipaje y, tras indicarle a un mozo que lo recogiese, se mezcló con la gente. En cuanto apareció su bolsa, unos minutos después, Tara se la colgó del hombro y fue, ya muy impaciente, a pasar la inspección de aduanas.

Desde que su padre le había dicho que iría a recibirla, lo había imaginado aguardándola frente a la puerta de llegadas internacionales. Pensaba que ambos darían un salto de alegría y correrían a abrazarse, pero la única persona que la aguardaba era un taxista que buscaba clientes.

Recorrió con la mirada la hilera de rostros, pero no vio a su padre. Había mucho movimiento en la terminal: despedidas y reencuentros, niños

que jugaban entre las sillas de plástico y grupos de turistas que se arremolinaban junto a sus abrumados guías. También muchos agentes de policía, con uniforme negro y metralleta en bandolera.

Tara aguardó un rato en la terminal y por fin se dirigió al vestíbulo de entrada. Un guía turístico la confundió con una de las mujeres de su grupo y la apremió para que subiese al autocar. Tara volvió a entrar en la terminal y estuvo caminando arriba

21

y abajo durante una hora. Después fue a cambiar dinero, compró un café y fue a sentarse en un lugar estratégico desde donde podía ver la entrada. Al cabo de otra hora llamó a su padre desde un teléfono público, primero al campamento de excavaciones y después al apartamento que tenía en el centro de El Cairo, pero no contestó. Pensó que quizá el taxi en que acudía a recibirla estuviera atrapado en un atasco. Suponía que habría ido en taxi, porque no tenía coche ni sabía conducir. También cabía la posibilidad de que estuviese enfermo o de que, sencillamente, hubiese olvidado que habían quedado en que iría a recibirla (un olvido nada sorprendente tratándose de su padre). Sin embargo, pensó Tara, no podía haberse olvidado. En esta ocasión, no. La alegría que había manifestado al saber que iba a verlo le había parecido muy auténtica. De modo que sólo estaba retrasándose, eso era todo. Fue a por otro café, se instaló en la misma silla de antes y abrió un libro.

«¡Vaya! —pensó—. He olvidado comprarle el Times.»

22

Luxor, la mañana siguiente

El inspector Yusuf Ez el-Din Jalifa se levantó antes de amanecer y, después de ducharse y vestirse, fue al salón a rezar sus oraciones. Se sentía cansado e irritable, como todas las mañanas. El ritual del rezo, que lo obligaba a arrodillarse, inclinarse una y otra vez y orar, le servía para despejarse. Después se sentía fresco, tranquilo y fortalecido. Como todas las mañanas.

—Wa lillah al-shukr —dijo en voz baja para sí mientras iba a la cocina a prepararse café—. Gracias a Dios, el Omnipotente.

Puso agua a hervir, encendió un cigarrillo y miró a una mujer que tendía ropa en la azotea de la casa de enfrente, que quedaba justo por debajo del nivel de la ventana de su cocina, a unos tres metros de distancia. Más de una vez se había preguntado si sería posible saltar desde su casa a la de ella,

salvando el hueco de la calleja que los separaba. Quizá lo hubiese intentado de haber sido más joven. Su hermano Alí sí que se hubiese atrevido. Pero Alí había muerto, y él ahora tenía responsabilidades. Debería haber dado un salto de veinte metros hasta el suelo, pero con esposa y tres hijos pequeños no podía permitirse correr esos riesgos. O quizá eso sólo fuese una excusa. Porque la verdad era que nunca le habían gustado las alturas. Echó café y azúcar al agua caliente y dejó que hirviese hasta que la infusión estuvo a punto de rebosar. Luego la vertió en un vaso y fue al vestíbulo principal, un espacio en semipenumbra al que daban todas las habitaciones del apartamento. Llevaba seis meses construyendo una fuente, y el suelo era un caos de sacos de cemento, baldosas y tubos de plástico. Era una fuente pequeña que podía haber terminado perfectamente en dos semanas, pero siempre surgía algo que lo interrumpía, y las semanas se habían convertido en meses. Aún tenía el trabajo a medio terminar. La verdad era que, aunque la fuente fuese pequeña, apenas cabía en aquel espacio, y su esposa se había quejado del desorden y el gasto que ocasionaba. Pero él siempre había querido tener una fuente, y además le daría un toque alegre al apartamento, que era bastante triste. Se agachó e introdujo los dedos en un montón de arena, pensando que quizá le diese tiempo a colocar unas cuantas baldosas antes de ir a la oficina.

Oyó sonar el teléfono.

—Para ti —le dijo su esposa con voz adormilada al entrar él en el dormitorio—. Es Mohamed Sariya.

Su esposa le pasó el auricular y se levantó. Se acercó a la cuna de su hijo pequeño, lo tomó en brazos y fue a la cocina. Enseguida entró su hijo mayor, que subió a la cama y empezó a dar saltos.

—¡Baja de ahí, Alí! —lo reprendió su padre, apartándolo—. ¡Basta ya! ¿Qué pasa, Mohamed? Es muy temprano.

La voz de su ayudante resonó al otro lado de la línea. Jalifa sostuvo el teléfono con la mano derecha mientras utilizaba la izquierda para mantener alejado a su hijo.

—¿Dónde? —preguntó. Su ayudante parecía nervioso—. ¿Dónde estás ahora?

El hijo de Jalifa reía y trataba de pegarle con una almohada.

—¡Te he dicho que pares, Alí! Perdona... De acuerdo. No te muevas de ahí. Y no dejes que se acerque nadie. Llegaré enseguida.

Jalifa colgó el auricular, cogió a su hijo por los pies, lo volvió boca abajo y se los besó. El niño se echó a reír.

—Sí, sí, papá, ¡hazme el avión!

23

—Ya verás cuando te tire por la ventana —dijo Jalifa en tono de broma —. A ver si así vuelas de verdad y me dejas tranquilo.

Dejó caer al niño en la cama y fue a la cocina, donde Zainab, su esposa, estaba preparando más café mientras le daba el pecho al pequeño. Del salón llegaba la voz de su hija, que estaba cantando.

—¿Cómo está esta mañana? —le preguntó a su esposa, tocándole al niño los dedos de los pies.

—Hambriento —repuso ella con una sonrisa—, como siempre. Ha salido a su padre. ¿Quieres desayunar?

—No tengo tiempo —repuso Jalifa—. He de ir de inmediato a la orilla oeste.

—¿Sin desayunar? ¿Ha ocurrido algo?

—¿Qué? —dijo él, distraído, echando un nuevo vistazo a la vecina que tendía la ropa en la azotea de enfrente—. Ah, un cadáver. Probablemente no vendré a almorzar.

Cruzó el Nilo en una de las lanchas pintadas con vivos colores que iban y venían entre las dos orillas. En otras circunstancias habría tomado el ferry, pero tenía prisa y merecía la pena pagar un poco más. Cuando estaban a punto de zarpar, un viejo que llevaba una caja de madera bajo el brazo se acercó corriendo, se cogió a la barandilla de la lancha y saltó a bordo.

—Buenos días, inspector —saludó el viejo entre jadeos, dejando la caja a los pies de Jalifa—. ¿Quiere que le limpie los zapatos?

—No pierdes ocasión, ¿eh, Ibrahim?

El viejo se echó a reír mostrando dos hileras desiguales de dientes de oro.

—Uno tiene que comer —dijo—. Y también ha de llevar los zapatos relucientes. Así que los dos salimos ganando.

—Está bien. Pero rápido. Tengo mucho que hacer y no podré entretenerme cuando lleguemos a la otra orilla.

—Ya me conoce, inspector. Soy el limpiabotas más rápido de Luxor. El viejo sacó trapos, un cepillo y crema, y le dio una palmada a la tapa de la caja indicándole a Jalifa que apoyase un pie. Un muchachito de rostro inexpresivo iba a popa al mando del fueraborda, mientras la lancha se

deslizaba por el curso tranquilo del río. Al fondo se veían las colinas de Tebas, cuyo color pasaba del gris al amarillo a medida que la luz del día se hacía más intensa. Otras lanchas cruzaban también el río. En una de ellas, a la derecha de la de Jalifa, iba un grupo de turistas japoneses. Probablemente se dirigían a sobrevolar en globo el Valle de los Reyes, pensó Jalifa al ver el sol elevarse. Era algo que siempre había deseado hacer, pero no podía permitirse pagar los trescientos dólares por persona que costaba el viaje. Y lo más probable era que nunca pudiese permitírselo, porque la policía ganaba sueldos muy bajos.

Al llegar a la orilla occidental, la lancha pasó entre otras dos y se deslizó sobre la grava. El viejo dio los últimos toques a las punteras de los zapatos de Jalifa, y luego, con una palmada, le indicó que ya había terminado. El detective sacó dos libras egipcias y le dio una al limpiabotas y otra al muchacho de la lancha, quien le dijo:

—Lo esperaré.

—No, no es necesario —repuso Jalifa—. Hasta pronto, Ibrahim.

El detective dio media vuelta y subió por la orilla hasta donde un grupo aguardaba la llegada del ferry. Fue abriéndose paso entre la gente, enfiló por un

sendero estrechísimo que discurría entre un muro y una alambrada oxidada y se adentró por un sendero de tierra paralelo al río. Los campesinos trabajaban en los campos, cosechando maíz y caña de azúcar. Dos hombres estaban metidos hasta la cintura en un canal de irrigación limpiándolo de malas hierbas. Grupos de niños con inmaculadas camisas blancas pasaron corriendo por su lado hacia la escuela. Empezaba a apretar el calor.

Jalifa encendió otro cigarrillo y aceleró el paso. Tardó veinte minutos en llegar hasta donde estaba el cadáver. Los edificios del oeste de Luxor se veían ahora a lo lejos, difuminados, y sus zapatos recién lustrados ya estaban cubiertos de polvo. Tras cruzar un cañaveral vio al sargento Sariya, acuclillado junto a lo que parecía un montón de harapos mojados. Al ver que Jalifa se acercaba, se levantó.

—Ya he llamado al hospital. No tardarán en llegar.

Jalifa asintió con la cabeza y descendió hasta el borde del agua. El cadáver estaba boca abajo, con los brazos extendidos y de bruces en el barro. Tenía la camisa hecha trizas y ensangrentada. De cintura para abajo

aún estaba en el agua, que lo hacía agitarse levemente, como alguien que se moviese durante el sueño. Empezaba a oler mal.

—¿Cuándo lo han encontrado?

—Poco antes de amanecer —contestó Sariya—. Probablemente ha llegado flotando desde la parte alta del río. Ha debido de alcanzarlo la hélice de alguna embarcación. Por eso tiene esos grandes cortes en los brazos.

—¿Estaba así cuando has llegado? ¿No has tocado nada? —Sariya meneó la cabeza.

Jalifa se puso en cuclillas junto al cadáver y examinó el terreno alrededor. Le levantó el antebrazo y vio que tenía un tatuaje un poco más arriba de la muñeca.

—Un escarabeo —dijo esbozando una sonrisa—. No puede ser más inoportuno.

—¿Inoportuno? ¿Por qué?

—Pues porque para los antiguos egipcios el escarabeo era símbolo de renacimiento y renovación. Y no tiene pinta de que eso pueda aplicarse a nuestro amigo aquí presente. ¿Sabes quién ha informado?

Sariya negó con la cabeza.

—No ha querido dar su nombre. Ha llamado a la comisaría desde un teléfono público y ha dicho que encontró el cadáver al ir a pescar.

—¿Estás seguro de que llamaba desde un teléfono público?

—Casi seguro. Se ha quedado a media frase, como si se le hubiesen acabado las monedas.

Jalifa guardó silencio unos momentos, pensativo. Después alzó la cabeza y asintió mirando en dirección a una arboleda que estaba a unos cincuenta metros, tras la cual se veía el tejado de una casa. El delgado cable del tendido telefónico era claramente visible entre los aleros. Sariya enarcó las cejas.

—¿Y bien?

—Pues que el teléfono público más cercano está a dos kilómetros, en la ciudad.

¿Por qué no ha llamado desde aquí?

—Probablemente estaría nervioso. No se topa uno todos los días con un cadáver.

—Pues precisamente por eso. Lo lógico es que quisiera avisar cuanto antes. ¿Y

por qué no ha querido dar su nombre? Ya sabes cómo es la gente de por aquí, no pierde ocasión de salir en las noticias.

—¿Sospecha que sabía algo?

Jalifa se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero es un poco raro. Es como si no quisiera que se sepa que ha sido él quien ha encontrado el cadáver. Como si estuviese asustado.

Una garza remontó el vuelo desde el cañaveral y describió un arco río abajo. Jalifa se la quedó mirando por unos momentos. Después sacudió la cabeza y volvió a concentrar su atención en el cadáver. Le registró los bolsillos y sacó un cortaplumas, un encendedor barato y un trozo de papel mojado y doblado, que dejó encima del cuerpo y desdobló cuidadosamente.

—Es un billete de tren —dijo inclinándose a mirar las letras semiborradas— Un billete de vuelta a El Cairo, con fecha de hace cuatro días.

Sariya le tendió una bolsa de plástico y el inspector dejó caer en su interior todo lo que encontró en los bolsillos del cadáver.

—A ver... échame una mano —pidió.

Se acuclillaron ambos junto al cuerpo, pasaron las manos por debajo de éste y le dieron la vuelta. En cuanto le vio el rostro, Sariya se echó hacia atrás y empezó a dar arcadas.

—¡Allabu akbar! —dijo con voz entrecortada—. ¡Dios todopoderoso!

Jalifa se mordió el labio inferior. Había visto muchos cadáveres en su vida, pero ninguno con semejantes mutilaciones. Incluso bajo la capa de barro se apreciaba que apenas quedaba nada del rostro. La cuenca del ojo izquierdo estaba vacía; la nariz era un amasijo de cartílagos y tiras de carne.

El inspector lo contempló como si quisiera convencerse de que se trataba en efecto del cadáver de una persona. Luego se levantó, se acercó a Sariya y puso una mano sobre su hombro.

—¿Estás bien?

Sariya asintió, se presionó un lado de la nariz con el índice y expulsó mucosidad en la arena.

—¿Qué ha podido ocurrirle? —preguntó.

—No lo sé. Quizá la hélice de una embarcación, como has sugerido antes, aunque no veo cómo una hélice ha podido vaciarle un ojo o causarle esas heridas.

—¿Insinúa que se lo han hecho deliberadamente?

—No, sólo digo que una hélice no lo habría rajado, lo habría triturado. Fíjate en los cortes... —Advirtió que su ayudante iba a vomitar de nuevo y decidió no insistir—. Tendremos que aguardar el informe de la autopsia —añadió.

A continuación encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Sariya, que le dio una calada, lo arrojó al suelo enseguida y gateó cuesta arriba para volver a vomitar. Jalifa se acercó al agua y miró hacia la otra orilla, donde había una hilera de embarcaciones que realizaban cruceros por el Nilo. Por detrás asomaba el templo de Karnak. Una feluca cruzó por su campo de visión, con su enorme vela triangular que daba la impresión de rasgar el horizonte como una cuchilla. Tiró la colilla al agua y suspiró. O

mucho se equivocaba o tardaría bastante en poder trabajar de nuevo en su fuente.

26

Mientras el inspector Jalifa estaba junto a la orilla un grupo de turistas montados en asnos se dirigían hacia las colinas que se alzaban a su espalda. Eran unos veinte, la mayoría estadounidenses, avanzaban en fila india, con un joven guía egipcio en cabeza y otro por detrás para evitar que alguien se rezagase. Varios de ellos se aferraban nerviosos a sus sillas. Hacían muecas de inquietud, asustados por lo empinado del sendero, tan abrupto que el lento paso de los asnos los zarandeaba de continuo. Una de las turistas, una mujer alta y fornida con los hombros quemados por el sol, no lo estaba pasando nada bien.

—Nadie nos advirtió de que la pendiente era tan pronunciada —protestó a voz en cuello—. Nos dijeron que era un camino... muy sencillo. ¡Por el amor de Dios!

Otros iban más relajados y se volvían a menudo para no perder detalle de la espectacularidad de la vista. El sol ya estaba bastante alto y la llanura resplandecía y reverberaba a causa del calor. A lo lejos se veía el Nilo, plateado y sinuoso, y más allá

el abigarrado conjunto de Luxor oriental, una franja del desierto y montañas que se recortaban contra el cielo blanco y azul. El guía se detenía a menudo para señalarles algunas de las vistas: los colosos de Memnón, estatuas de más de quince metros de altura que representaban al faraón Amenofis III pero que, desde lejos, parecían muñecos; las ruinas del templo funerario de Ramsés II, y el amplio recinto del templo funerario de Ramsés

III en Medinet Habu. Los que estaban menos nerviosos sacaron fotografías. Aparte del traqueteo, del ruido de los cascos de las monturas y las voces extemporáneas de la estadounidense de los hombros quemados, ascendieron casi en silencio, sobrecogidos por el escenario.

—Esto es más espectacular que Minnesota, ¿verdad? —musitó un turista mirando a su esposa.

Por fin llegaron a lo alto de la colina, donde el camino se ensanchaba, se hacía más liso y seguía cuesta abajo por el otro lado, hacia un valle ancho y pedregoso.

—Es el Valle de los Reyes —gritó el guía—. Ahora deben sujetarse bien a sus monturas, porque bajaremos por un camino muy empinado.

De pronto, uno de los turistas gritó sobresaltado.

No habían hecho más que coronar la colina, con los asnos esquivando las piedras del sendero, cuando un viejo asomó por detrás de un peñasco. Vestía una galabeya mugrienta y raída y su cabello apelmazado le llegaba hasta los hombros y le daba un aspecto salvaje. Llevaba en la mano un paquete envuelto en papel marrón. Se acercó

corriendo al grupo.

—Hola, buenos días, buenas noches —dijo atropelladamente—. Miren esto, por favor, amigos. Tengo algo que sé que les gustará.

El guía le gritó algo en árabe, pero el viejo hizo caso omiso y se acercó a una de las turistas, una joven que llevaba un sombrero de paja. Tendió el paquete hacia ella, retiró el envoltorio y le mostró un gato esculpido en piedra de color oscuro.

—Vea, vea, señorita, es una escultura muy bonita. Cómprela, cómprela. Necesito comer. Cómpremela, hermosa señorita. —Le acercó más el gato mientras con la otra mano hacía ostensibles ademanes para indicar que tenía hambre—. Cómprela, cómprela. Hace tres días que no como. Por favor.

La joven continuó mirando al frente, como si no lo oyera. Él la siguió a lo largo de unos metros pero terminó por desistir y abordó entonces al siguiente turista.

—Mire, señor, mire esta preciosa escultura. Es de muy buena calidad. ¿Cuánto quiere pagar? Dígame cuánto quiere pagar.

—No le haga caso —le gritó el guía—. Está loco.

—Sí, sí, loco, loco —dijo el viejo, echándose a reír y dando una patada en el suelo—. Loco, loco. Por favor, cómprela. No tengo para comer. Es de

la mejor calidad. Dígame cuánto quiere pagar.

Como aquel turista también lo desdeñó, el viejo empezó a correr de un lado al otro de la fila, ofreciendo el gato con gritos cada vez más ásperos y desesperados.

—Si no les gusta el gato, tengo otras esculturas. Muchas, muchas esculturas. Por favor, por favor, cómprenme algo. ¿Antigüedades? Tengo antigüedades. Auténticas. Si necesitan un guía soy muy buen guía, conozco estas colinas como la palma de mi mano. Les enseñaré los reyes y las reinas del valle por poco dinero. Les enseñaré una tumba muy bonita. Una tumba nueva que nadie conoce. Tengo hambre. Hace tres días que no como.

Estaba al final de la fila y el muchacho que cerraba la marcha apremió a su asno y apartó al viejo dándole con el pie en las costillas. El viejo cayó al suelo envuelto en polvo y los turistas siguieron su camino.

—¡Gracias, gracias a todos! —clamó el viejo en tono irónico, retorciéndose como un animal herido. ¡Vuestra ayuda me ha sido de mucha utilidad! No quieren gato, ni tumba ni guía. ¡Me moriré! ¡Me moriré!

Hundió el rostro en el polvo y se puso a dar puñetazos en el suelo. Pero los turistas ya no lo veían, porque habían empezado a descender hacia el Valle de los Reyes. El sendero era muy empinado, tal como el guía les había anunciado, y además a la derecha se abría un precipicio con una pared casi vertical. La mujer de los hombros quemados se agarró al cuello del asno, temblando, tan asustada que ni siquiera le salían las palabras para quejarse. A lo lejos se oían los lamentos del loco, que fueron extinguiéndose hasta cesar por completo.

28

El Cairo

Tara aguardó en el aeropuerto hasta pasadas las diez de la mañana. Tenía los ojos enrojecidos de no haber dormido y se sentía aturdida y cansada. Había llamado a su padre cada media hora y dado vueltas y más vueltas por la terminal. Incluso había tomado un taxi para ir a la terminal de vuelos nacionales, por si su padre se había equivocado. Pero no dio con él. No estaba en el aeropuerto. No estaba en el campamento de excavaciones ni en su apartamento de El Cairo. Sus vacaciones empezaban mal.

Volvió a sentarse por enésima vez en su asiento y miró alrededor. En aquellos momentos entraba y salía mucha gente, por lo que le habría resultado muy difícil detectar a su padre. Así que se levantó, se acercó a un

teléfono público y llamó al campamento y al apartamento por última vez. Luego, con la bolsa de viaje colgada del hombro, salió y subió a un taxi.

—¿A El Cairo? —le preguntó el taxista, un tipo corpulento con un bigote poblado y los dedos manchados de nicotina.

—No —repuso Tara, dejándose caer desmayadamente en el asiento—, a Saqqara.

Su padre había estado trabajando en Saqqara, la necrópolis de Menfis, la antigua capital egipcia, durante gran parte de los últimos cincuenta años. Había dirigido excavaciones en otros lugares de Egipto, desde Tanis y Sais, en el norte, hasta Qustul y Nauri, en el alto Sudán, pero su lugar predilecto siempre había sido Saqqara. Todos los años se instalaba en su campamento y permanecía allí tres o cuatro meses, trabajando en una pequeña zona de ruinas semienterradas en la arena, desvelando unos pocos metros más de historia. Algunos años no excavaba sino que pasaba el tiempo dedicado a trabajos de restauración o a registrar los hallazgos del año anterior.

El padre de Tara llevaba allí una existencia muy austera, casi monacal. No tenía más compañía que la del cocinero y un pequeño grupo de voluntarios. Pero Tara estaba convencida de que no había lugar en el mundo donde su padre se sintiese más feliz. Sus frecuentes cartas revelaban, por la minuciosidad con que describía el progreso de su trabajo, una satisfacción que no guardaba relación alguna con cualquier otro aspecto de su vida. Por eso se sorprendió tanto cuando le pidió que fuese a Egipto para pasar unos días juntos. Porque aquél era su mundo, su lugar exclusivo, y no cabía duda de que debía de desear mucho su compañía para hacerle semejante invitación.

El viaje desde el aeropuerto no fue cómodo. El taxista no parecía tener ni idea de las normas de seguridad en carretera. Adelantaba en las curvas aunque de frente viniesen otros vehículos a toda velocidad. En uno de los tramos, paralelo a una fétida acequia, aceleró para adelantar a una camioneta y, al ver un camión que se acercaba en sentido contrario, Tara supuso que reduciría la velocidad para volver al carril por el que circulaban. Pero, en lugar de ello, el taxista empezó a hacer sonar el claxon y pisó

a fondo el acelerador adelantando a la camioneta, que, a su vez, aceleró como si aquello fuese una carrera. El camión se acercaba por momentos, y a Tara se le hizo un nudo en el estómago, convencida de que se estrellarían. Sólo en el último momento, cuando la colisión parecía inevitable, el taxista dio un golpe de volante a la derecha cerrándole el paso a la camioneta, que

tuvo que frenar bruscamente, y esquivó el camión por cuestión de centímetros.

—¿Se ha asustado? —le preguntó el taxista riendo.

29

—Pues la verdad es que sí —respondió ella con acritud.

Por fin, Tara comprobó con alivio que giraban a la derecha y enfilaban una carretera de tres carriles. Al cabo de unos pocos kilómetros se detuvieron al pie de una escarpadura arenosa de pendiente muy pronunciada, en lo alto de la cual se elevaba una pirámide.

—Las entradas se sacan ahí —le dijo el taxista señalando una garita.

—No necesito entrada. Mi padre trabaja aquí. He venido a visitarlo. El taxista asomó la cabeza por la ventanilla y le gritó algo al taquillero. Tuvieron una breve conversación en árabe y luego un hombre joven salió de la garita y se asomó al interior del taxi mirando a Tara.

—¿Trabaja aquí su padre?

—Sí, es el profesor Michael Mullray.

—¡Oh! ¡Bienvenida, señorita! —exclamó el joven con una amplia sonrisa—. Todo el mundo conoce al doctor Mullray. Es el egiptólogo más famoso del mundo. Somos amigos. Me enseñó el inglés que sé. La acompañaré al campamento. El joven abrió la puerta del lado del acompañante, subió al asiento y le indicó al taxista por dónde tenía que ir.

—Me llamo Hassan —se presentó al arrancar el taxi—. Trabajo aquí, en la oficina principal. Nuevamente bienvenida —añadió tendiéndole la mano.

—Había quedado con mi padre en que iría a recogerme al aeropuerto —dijo ella, estrechándosela—. Quizá no nos hemos visto. ¿Sabe usted si está aquí?

—No. Acabo de llegar. Probablemente se encuentre en el campamento. Usted se parece mucho a él, ¿sabe? Seguro que también es una gran profesora. Siguieron por la carretera hasta lo alto de la escarpadura y luego giraron a la derecha por un sendero muy irregular que discurría paralelo al borde de un llano desértico. La pirámide quedaba ahora a su espalda, cerca de otras dos más pequeñas, ambas en ruinas. A la derecha, la retícula de campos de cultivo de la cuenca del Nilo reverberaba a causa del calor de la mañana, y a la izquierda el desierto se extendía hasta perderse en el horizonte.

A unos cien metros del principio del sendero, en un pequeño enclave, Hassan le indicó al taxista que se detuviese.

—Ésta es la oficina principal de Saqqara —explicó señalando hacia un barracón grande, pintado de amarillo, que estaba a su derecha—. Yo he de quedarme aquí. La casa del campamento de su padre está más adelante. Si tiene algún problema, vuelva aquí.

Hassan se apeó, y le dijo algo al taxista, que arrancó de inmediato. Tras recorrer unos tres kilómetros, se detuvieron frente a una casa de una sola planta al borde de la escarpadura. Era un edificio rectangular, destartalado y pintado de un color rosa pálido, con un jardín arenoso. A un lado había una enorme sierra de excavaciones, junto a una vetusta cisterna de madera, y al otro una pila de cajones de madera, a cuya sombra dormitaba un perro sarnoso. Todas las ventanas estaban cerradas. El lugar parecía desierto.

El taxista dijo que la esperaría. Debía de suponer que, puesto que su padre no estaba, su clienta volvería a El Cairo, donde conocía buenos hoteles. Tara declinó el ofrecimiento y bajó del vehículo. Sacó su bolsa del maletero, pagó y se encaminó

hacia la casa. El taxi dio media vuelta y se alejó levantando polvo. Tara cruzó el jardín y reparó en lo que parecía una hilera de bloques de piedra pintados bajo una lona

alquitranada en un rincón. Fue hasta la puerta delantera y llamó. Pero nadie contestó. Probó a hacer girar el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¡Papá! ¡Soy Tara!

Silencio.

Rodeó la casa hasta una umbría terraza con macetas llenas de geranios y cactos, unos limoneros de troncos retorcidos y dos bancos de piedra. La vista que daba al este era fabulosa, a lo largo de las verdes llanuras de la cuenca del Nilo, pero no se fijó entonces en eso, sino que se quitó las gafas de sol, se acercó a una de las ventanas de la casa y miró a través de las rendijas de los postigos. El interior estaba oscuro y sólo podía ver el borde de una mesa y el lomo de un libro que estaba encima de éste. Miró a través de los postigos de otra ventana y vio una cama y un par de botas de trabajo. Luego fue hasta la parte delantera y volvió a aporrear la puerta. Silencio.

Regresó al sendero, se detuvo unos instantes a mirar a izquierda y derecha, volvió a la terraza y se sentó en uno de los bancos de piedra.

Empezaba a preocuparse. Su padre la había dejado plantada muchas veces, demasiadas, pero intuía que en esta ocasión no se trataba de un

plantón. Quizá

hubiese enfermado o hubiera sufrido un accidente. Empezó a imaginar situaciones a cual más preocupante. Se levantó y volvió a aporrear los postigos, más movida por un sentimiento de frustración que porque realmente esperara que su padre estuviese dentro.

—¿Dónde estás, papá? —musitó para sí—. ¿Dónde demonios estás?

Siguió allí por espacio de casi dos horas, yendo de un lado a otro, mirando a través de los postigos y aporreando la puerta. Tenía la frente empapada de sudor y los ojos hinchados de agotamiento. Unos niños que jugaban abajo, en el pueblo, la vieron y fueron hacia ella gateando por la pendiente, gritando «¡Bolígrafos!

¡Bolígrafos!». Ella sacó varios de la bolsa, se los tendió y les preguntó si habían visto a un hombre alto de cabello blanco. No parecían entenderla, y en cuanto tuvieron sus bolígrafos se marcharon dejándola sola con las moscas, el calor y la silenciosa casa cerrada.

A mediodía, tan cansada que a duras penas lograba mantenerse despierta, decidió ir en busca de Hassan. Sabía que si su padre se había retrasado por alguna razón se enfadaría con ella por alarmarse y alarmar a los demás, pero se sentía demasiado preocupada por él para que le importase su reacción. Escribió una nota y la deslizó por debajo de la puerta principal dejando que asomara una punta. Luego se encaminó por el sendero hacia la mole de la pirámide. El sol era abrasador y no se oían más que sus pisadas y el zumbido de los insectos.

Llevaba caminando unos cinco minutos, con la cabeza gacha, cuando un fugaz destello a su derecha llamó su atención. Se detuvo y miró en esa dirección, haciendo pantalla con la mano. Había gente de pie a unos doscientos metros, en lo alto de un montículo. Estaban demasiado lejos y el sol brillaba mucho como para poder distinguirlos, pero al parecer eran muy altos e iban vestidos de blanco. Vio otro fugaz destello y comprendió que debían de ser las lentes de unos prismáticos. Desvió la mirada diciéndose que seguramente se trataba de turistas que miraban hacia las ruinas; pero de pronto se dijo que quizá fuesen arqueólogos y que, por lo tanto, conocerían a su padre. Volvió a mirar hacia el montículo, pero ya no vio a nadie. Recorrió las dunas con la mirada, pero sin éxito, de modo que prosiguió el camino, temiendo haber tenido una alucinación debido al agotamiento y la preocupación. Le dolía la cabeza, sentía pinchazos en las sienes y estaba sedienta.

31

Tardó veinte minutos en llegar a la oficina principal, con la blusa empapada de sudor y los labios resecos. Encontró a Hassan y le contó lo que pasaba.

—Estoy seguro de que no ocurre nada anormal —le aseguró él, ofreciéndole asiento en su despacho—. Quizá su padre haya salido a caminar, o a excavar.

—¿Sin dejar una nota?

—A lo mejor está esperándola en El Cairo.

—He llamado a su apartamento y no contesta.

—¿Sabía que usted llegaba hoy?

—Por supuesto que lo sabía —repuso ella en tono áspero.

Se produjo un breve silencio y ella se apresuró a excusarse.

—Perdone. Estoy cansada y muy preocupada.

—Me hago cargo, señorita Mullray. Pero tranquilícese, por favor. Lo localizaremos.

Hassan tenía un walkie-talkie encima de la mesa. Lo cogió, pulsó un botón y dijo con voz clara:

—Doctor Mullray.

Se oyeron sonidos de estática y luego varias voces que respondieron una tras otra. Hassan escuchó, volvió a hablar y finalmente dejó el walkie-talkie sobre la mesa.

—No ha salido a excavar, ni lo han visto —explicó—. Espere aquí, por favor. —

Salió del despacho y entró en el contiguo. Tara lo oyó hablar con alguien. Regresó al cabo de un minuto—. Estuvo en El Cairo ayer por la mañana y regresó a Saqqara por la tarde. Nadie ha vuelto a verlo desde entonces —dijo, y marcó un número de teléfono.

Al cabo de unos momentos se oyó una voz a través del micrófono. Tuvo otra breve conversación y colgó.

—Era Ahmed —anunció Hassan frunciendo el entrecejo—. El taxista de su padre. Dice que su padre le pidió que fuese a recogerlo al campamento anoche para llevarlo al aeropuerto, pero que cuando llegó, ya no estaba. Ahora también yo estoy preocupado. No es normal en él. — Permaneció en silencio unos momentos, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Luego abrió un cajón y sacó un manojo de llaves—. Son duplicados de las llaves de la casa del campamento. Vamos a ver. Al salir

del despacho Hassan señaló hacia un destartalado Fiat blanco que había aparcado enfrente.

—Iremos en coche.

Condujo deprisa por el accidentado sendero y se detuvo frente a la casa. Fueron hasta la puerta delantera. Tara reparó rápidamente en que la nota que había dejado asomando bajo la puerta ya no estaba. El corazón le latía con fuerza. Probó a hacer girar el picaporte, pero la puerta seguía cerrada con llave. Hassan eligió una llave del manojo y la introdujo en la cerradura. Le dio dos vueltas, abrió y entró seguido de Tara.

La puerta daba directamente a una estancia rectangular encalada. Sólo había una mesa alargada, un sofá apolillado y una chimenea. A izquierda y derecha estaban las puertas de otras estancias o habitaciones, en una de las cuales Tara vio los pies de una cama de madera. El interior estaba oscuro y frío, y la atmósfera impregnada de un tenue olor dulzón, que Tara asoció enseguida a humo de cigarros. Hassan abrió

una ventana y la luz del sol inundó la estancia. Al instante, Tara vio el cuerpo, recostado contra la pared del fondo.

—¡Oh, Dios! —exclamó con la voz entrecortada—. ¡Oh, no!

Corrió hacia el cuerpo, se arrodilló junto a él y le tomó la mano. La notó fría y rígida. Su padre estaba muerto.

—Papá —musitó, acariciándole el cabello enmarañado—. ¡Papá!

Luxor

El inspector Jalifa miraba al cadáver recordando el día en que habían llevado el cuerpo de su padre a su casa. Él tenía seis años y no entendía lo que pasaba. Pusieron el cuerpo encima de la mesa del salón. Su madre, llorando y tirando de sus negras vestiduras se arrodilló a sus pies, y él y su hermano Alí se quedaron de pie junto a su cabeza, con las manos entrelazadas, mirando al rostro de su padre, pálido y polvoriento.

—No te preocupes, mamá —dijo Alí—. Yo cuidaré de ti y de Yusuf. Lo juro. El accidente ocurrió a pocas manzanas de su casa. Un autocar turístico, que circulaba a excesiva velocidad por las estrechas calles del barrio, perdió el control y se estrelló contra un precario andamio de madera en el que estaba trabajando su padre, provocando el derrumbe de toda la estructura. Murieron tres hombres, su padre entre ellos, aplastados bajo una tonelada de cascotes y vigas. La empresa propietaria del autocar se negó a

asumir responsabilidades y los familiares de los muertos nunca fueron indemnizados. Ninguno de los turistas resultó herido.

Por entonces vivían en Nazlat al-Samman, al pie de la altiplanicie de Gizeh, en una choza de adobe, desde cuyo tejado podía ver la Esfinge y las pirámides. Su hermano Alí era seis años mayor que él, fuerte, inteligente y valiente. Y Jalifa lo adoraba. Lo seguía a todas partes, imitaba sus andares y hablaba como él. Fiel a su palabra, después de la muerte de su padre Alí abandonó los estudios y se puso a trabajar para mantener a la familia. Encontró empleo en un establo de camellos, para limpiar las cuadras y reparar las sillas. También hacía funciones de camellero, llevando a pasear a los turistas. Los domingos, Alí dejaba que Jalifa lo ayudase, pero a pesar de los ruegos de éste, Alí quería que durante el resto de la semana se limitara a estudiar.

—Aprende, Yusuf —le decía—. Prepárate bien. Haz todo lo que yo no puedo hacer. Quiero sentirme orgulloso de ti.

Años después, Jalifa descubrió que, además de mantenerlos, vestirlos y pagar el alquiler, Alí había ahorrado para que, cuando llegase el momento, Jalifa pudiera ir a la universidad. Le debía mucho a su hermano; se lo debía todo. Por eso le había puesto su nombre a su hijo mayor, como un modo de reconocer la deuda que tenía con él. Pero Alí había muerto sin llegar a conocer a su sobrino, y lo añoraba muchísimo. No pasaba día sin que lamentase amargamente lo ocurrido.

Jalifa meneó la cabeza y volvió a concentrarse en el caso que tenía entre manos. Estaba en una estancia embaldosada del sótano del hospital general de Luxor. Tenía enfrente el cadáver que habían encontrado aquella mañana, desnudo y boca arriba en una mesa. Un ventilador giraba por encima de su cabeza. La sala de disección del doctor Anwar, el forense del centro, era fría y aséptica, sin más luz que la de una lámpara. El forense se inclinó sobre el cadáver con sus guantes quirúrgicos.

—Es curioso —musitó para sí—. Nunca había visto nada parecido. Es muy curioso.

Habían fotografiado el cadáver en el lugar donde lo habían encontrado; luego lo habían metido en una bolsa de plástico y lo habían llevado a Luxor en barco. Se había necesitado mucho papeleo antes de poder examinarlo, y ya estaba muy entrada la tarde. El inspector había enviado a Sariya a hacer averiguaciones, por si se había denunciado la desaparición de alguna

persona en un radio de treinta kilómetros, con lo que, de paso, le ahorraba a su ayudante el espectáculo de la autopsia. También a él se le hacía difícil presenciarla. Estaba desesperado por fumar, y cada dos por tres llevaba la mano al bolsillo para sacar su paquete de Cleopatra, aunque, por supuesto, no llegaba a hacerlo. El doctor Anwar era muy riguroso con respecto a la prohibición de fumar en el depósito de cadáveres.

—Bueno... ¿qué puede decirme, doctor? —preguntó Jalifa, recostado contra la fría pared de azulejos, jugueteando con un botón de su camisa.

—Pues... que está muerto —contestó Anwar, y profirió una risotada dándose una palmada en el vientre. Sus bromas eran tan famosas como su aversión al tabaco—. Perdone. Ha sido un comentario de mal gusto —se excusó. Pero al volver a inclinarse hacia el cadáver se echó a reír de nuevo —. Pues... que está muerto —repitió para sí—

. La verdad es que tiene gracia. Bien, ¿qué quiere saber, inspector?

—¿Edad?

—Difícil de precisar, pero yo diría que veintitantos, o acaso treinta.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—Unas dieciocho horas, puede que veinte, veinticuatro, como máximo.

—¿Y ha estado en el agua durante todo ese tiempo?

—Yo diría que sí.

—¿Qué distancia cree que haya podido recorrer en el agua durante esas horas?

—Ni idea. Yo entiendo de cadáveres, pero no sé nada de corrientes fluviales. Jalifa sonrió.

—¿Causa de la muerte?

—Me parece que es obvia —repuso Anwar mirando el rostro mutilado. Le habían limpiado el barro y su aspecto era aún más horrible que cuando Jalifa lo había visto la primera vez. Parecía un trozo de carne desgarrada. También tenía heridas en el resto del cuerpo; en los brazos, en las piernas, en el plexo solar y en las caderas. Incluso tenía una pequeña incisión en el escroto, que Anwar había señalado con expresión risueña. Jalifa pensaba que el forense ponía excesivo entusiasmo en su trabajo.

—Lo que quiero decir es...

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —lo interrumpió Anwar—. Bromeaba. Lo que usted quiere saber es qué ha causado esas heridas. —Se inclinó de nuevo sobre la mesa de disección y se quitó los guantes, que produjeron un chasquido al desprenderse de sus manos—. Bien. Empecemos por el

principio. Murió a causa de los traumatismos y la pérdida de sangre como consecuencia de las heridas que puede ver. Había relativamente poca agua en sus pulmones, lo que significa que no se ahogó y que luego recibió las heridas, sino que le infligieron éstas en tierra y después lanzaron el cuerpo al río. Probablemente no muy lejos de donde sus hombres lo encontraron, inspector.

—¿No pudo ser la hélice de una embarcación lo que le produjo las heridas?

—De ningún modo. Serían heridas muy distintas, menos limpias. La carne habría quedado triturada en muchos puntos.

—¿Un cocodrilo?

—¡No diga tonterías, Jalifa! A este hombre lo mutilaron deliberadamente. Y, además, para su información, no hay cocodrilos al norte de Asuán. Y, por supuesto, ningún cocodrilo que fume. —El forense señaló los brazos, el pecho y la cara del cadáver—. —Tres quemaduras; aquí, aquí y aquí. Probablemente de cigarro. Son demasiado grandes para ser de un cigarrillo.

Anwar hurgó en un bolsillo, sacó una bolsa de anacardos y le ofreció a Jalifa, que rehusó.

—Como quiera —dijo Anwar, que echó la cabeza hacia atrás y se echó en la boca unos cuantos anacardos.

Jalifa lo observó asombrado de que pudiese comer en presencia de aquel rostro espantoso.

—¿Y los cortes? ¿Qué se los produjo?

—No tengo ni idea —contestó Anwar sin dejar de masticar—. Un objeto metálico, afilado, probablemente un cuchillo. He visto muchas heridas de cuchillo, pero ninguna como éstas.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que las heridas no son tan limpias como las que produce un cuchillo. Es difícil de explicar. Se trata más de una intuición que de una deducción científica. No cabe duda de que fue una hoja afilada, pero no me resulta familiar. Fíjese en ésta, por ejemplo. —El forense señaló una herida que el cadáver tenía en el pecho—. De haber sido infligida con un cuchillo —prosiguió—, sería más estrecha y menos... tosca. Y, fíjese, es ligeramente más profunda en un lado que en otro. No me pida más precisiones, Jalifa,

porque no puedo dárselas. Sólo hay que aceptar que se las hicieron con un arma inusual.

Sacó un bloc del bolsillo y tomó notas mientras seguía masticando de un modo tan ruidoso que resonaba en la sala.

—¿Puede decirme algo más acerca de la víctima? —preguntó Jalifa.

—Pues... que le gustaba beber. Tenía altos niveles de alcohol en la sangre. Y

parece que era una persona interesada en el antiguo Egipto.

—¿Lo dice por el escarabeo tatuado?

—Exactamente. No es muy frecuente. Y fíjese en esto.

Jalifa se acercó a la mesa.

—¿Ve estos hematomas en los brazos? Son señales que indican que lo sujetaron... así —dijo Anwar, situándose detrás del inspector y agarrándolo de los brazos al tiempo que le hundía los pulgares—. El rodal del morado del brazo izquierdo es más ancho y llega casi al tríceps, lo que sugiere que probablemente lo sujetaron entre dos. Y por la extensión de los hematomas cabe deducir que ofreció mucha resistencia.

Jalifa asintió con la cabeza y tomó nota.

—De modo que me inclino a pensar que fueron tres personas —aventuró el detective—. Dos lo sujetaron y un tercero utilizó el arma, fuera cual fuese. Anwar asintió con la cabeza y fue hacia la puerta. Se asomó al pasillo y llamó a los camilleros, que al cabo de unos momentos aparecieron empujando una camilla de

ruedas. Levantaron el cuerpo de la mesa, lo depositaron sobre la camilla, lo cubrieron con una sábana y salieron de la sala.

El doctor Anwar se terminó los anacardos, fue hasta un lavabo y se lavó las manos. En la sala no se oía más que el runrún del ventilador.

—La verdad es que estoy muy sorprendido —dijo el forense en un tono carente de su habitual socarronería—. Llevo treinta años examinando cadáveres y nunca he visto nada parecido. Es algo... —Se interrumpió mientras se enjabonaba las manos de espaldas a Jalifa—. Es algo... —añadió—. No sé cómo expresarlo. Impío.

—No creía que fuese usted religioso.

—Y no lo soy. Pero no se me ocurre otro modo de describir lo que le hicieron a ese hombre. No es sólo que lo matasen, sino que hicieron una verdadera carnicería con él.

Anwar cerró el grifo y empezó a secarse las manos.

—Encuentre a quienes lo hicieron, Jalifa. Encuéntrelos pronto, y enciérrelos. Lo dijo con una firmeza que sorprendió al inspector.

—Haré lo que pueda —dijo Jalifa—. Si está en condiciones de darme cualquier otra información, no deje de llamarme. Guardó el bloc y fue hacia la puerta, pero Anwar lo retuvo.

—Hay algo más —dijo—. Es sólo una intuición, pero creo que quizá fuese escultor, de esos que hacen estatuillas para los turistas. Tenía mucho polvo de alabastro bajo las uñas, y sus antebrazos eran muy musculosos, lo que quizá sea indicio de que trabajaba con un martillo y un cincel. Puede que me equivoque, pero yo empezaría a indagar en las tiendas donde venden objetos de alabastro. Jalifa le dio las gracias y fue hacia el pasillo sacando del bolsillo el paquete de Cleopatra. Oyó la voz del doctor Anwar a su espalda.

—¡Y no encienda el cigarrillo hasta que haya salido del hospital!

36

El Cairo

—Odiaba los puros —dijo Tara.

El funcionario de la embajada la miró desconcertado.

—¿Cómo ha dicho?

—Los cigarros. Mi padre los detestaba. En realidad detestaba el tabaco. Decía que era un hábito tan repugnante como leer The Guardian.

—Ah —dijo el funcionario más perplejo que antes—. Entiendo.

—Al entrar en la casa noté olor a humo de cigarro.

El funcionario, un joven agregado llamado Crispin Oates, miró al frente e hizo sonar insistentemente el claxon, nervioso por la lentitud con que lo obligaba a circular el camión que iba delante.

—¿Y cree que eso es importante?

—Como le he dicho, mi padre detestaba el tabaco.

Oates se encogió de hombros.

—Pues entonces debió de ser otro quien fumase.

—Eso es exactamente lo que me intriga —reconoció Tara—. Había prohibido totalmente fumar en la casa. No hacía excepciones. Lo sé porque una vez me contó

por carta que iba a despedir a un voluntario por infringir la norma. Un motorista los adelantó por la derecha y se cruzó por delante de ellos, obligando a Oates a pisar el freno.

—¡Maldito imbécil!

Guardaron silencio por unos instantes, hasta que el joven diplomático se decidió

a decir:

—La verdad es que no sé qué conclusión puede sacar de eso.

—Ni yo —admitió Tara, suspirando—. Sólo que... es insólito que la casa oliese a humo de cigarro. No puedo quitármelo de la cabeza.

—Supongo que se debe a la fuerte impresión que ha sufrido.

—Sí —dijo Tara con expresión resignada—. Quizá se deba a eso.

Circulaban por una carretera sobreelevada que conducía al centro de El Cairo. Casi había oscurecido y las luces de la ciudad se extendían a lo lejos, a su alrededor y por debajo de ellos. Seguía haciendo calor, y Tara tuvo que bajar la ventanilla para que entrase el aire, que agitó su cabello.

Sentía un extraño distanciamiento, como si los acontecimientos de las últimas horas fuesen parte de un sueño. Había aguardado junto al cadáver de su padre durante una hora, hasta que llegó el médico, que examinó superficialmente el cuerpo y les dijo lo que ya sabían, que había muerto, probablemente a causa de un infarto, aunque no pudiese certificarlo hasta hacer una autopsia. Después llegó la ambulancia, y a continuación dos policías de paisano que interrogaron a Tara acerca de la edad de su padre, su salud, su nacionalidad y su profesión. No había sido más que un

«condenado arqueólogo», había respondido ella, crispada; ¿acaso habían pensado otra cosa?

También a ellos les comentó lo del olor a humo de cigarro y que su padre tenía terminantemente prohibido fumar en la casa. Los policías tomaron nota pero no parecieron conceder mucha importancia a aquel detalle.

37

Tara no había derramado una lágrima en ningún momento. En realidad, su primera reacción ante la muerte de su padre fue... que no reaccionó. Mientras los observaba meter el cadáver en la ambulancia no había sentido absolutamente nada, como si se tratase de un desconocido.

—Papá ha muerto —musitó para sí, como incitándose a reaccionar—. Ha muerto. Las palabras, sin embargo, no surtieron ningún efecto. Trató de recordar algunos buenos momentos junto a él (por Navidad, una visita al zoo, o aquel cumpleaños en que le había regalado la gargantilla), pero no logró establecer ninguna conexión emocional con ellos. Lo único que sintió

—y se avergonzaba— fue una profunda decepción porque sus vacaciones se hubiesen ido al traste.

«Voy a tener que pasar las próximas dos semanas rellenando impresos y organizando el funeral —pensó—. ¡Menudas vacaciones! »

Oates llegó justo cuando la ambulancia arrancaba. La embajada fue informada de la muerte de su padre en cuanto descubrieron el cadáver. El agregado era rubio, de barbilla pequeña, veintitantos años e inequívocamente inglés. Le dio el pésame educadamente pero sin excesiva convicción, de un modo que hacía suponer que ya lo había hecho otras muchas veces. Cambió unas palabras con el médico y le preguntó a Tara dónde se alojaba.

—Aquí —respondió ella—. O, por lo menos, ése era el plan. Aunque supongo que ahora no es un lugar muy apropiado.

—Creo que lo mejor será que la lleve a El Cairo y que se aloje en un hotel. Haré

un par de llamadas.

Sacó un móvil de la chaqueta del traje (¡Cómo podía nadie llevar traje con ese calor!, pensó Tara), salió de la casa y regresó al cabo de unos minutos.

—Ya está —anunció—. Tiene habitación reservada en el Ramsés Hilton. Bueno... como no creo que haya mucho más que hacer aquí, cuando usted quiera... Tara se entretuvo unos minutos más en la casa, mirando las estanterías de libros y el apolillado sofá, imaginando a su padre relajándose allí después de un día de excavaciones, y luego fue con Oates al coche.

—Es curioso —dijo el diplomático al arrancar—, llevo tres años en El Cairo y es la primera vez que vengo a Saqqara. Nunca me ha interesado mucho la arqueología.

—Ni a mí —dijo Tara con tristeza.

Ya había oscurecido cuando llegaron al hotel, un feo rascacielos que se alzaba junto al Nilo, en una intersección de calles muy transitadas. En el interior, ostentoso e intensamente iluminado, había un enorme vestíbulo de mármol al que daban varios bares, salones y tiendas y por el que no paraban de pasar mozos con uniforme rojo portando maletas de diseño. La refrigeración estaba tan fuerte que casi hacía frío, algo que a Tara le pareció un alivio después del calor que había pasado. Su habitación estaba en la planta catorce y era espaciosa, pulcra y aséptica. Dejó

la bolsa sobre la cama y se quitó los zapatos con sendas sacudidas de los pies.

—Bien, la dejo que se instale —dijo Oates junto a la puerta—. He oído que el restaurante del hotel es bastante bueno, y cuenta con servicio de habitaciones.

—Gracias —dijo Tara—, pero no tengo mucho apetito.

—Me hago cargo —dijo Oates ya con la mano en el pomo de la puerta —. Mañana habrá que cumplir con algunas formalidades. Si le parece bien pasaré a recogerla a las once para ir a la embajada.

Tara asintió con la cabeza.

—Ah, una cosa más —agregó Oates—. No es aconsejable que salga por la noche, especialmente si va sola. No quiero alarmarla, pero en estos momentos es un poco peligroso para los turistas. Últimamente ha habido muchos atentados de los fundamentalistas. Es mejor ir con cuidado.

Tara pensó en el hombre con el que había hablado por unos momentos en la sala de recogida de equipajes del aeropuerto.

—Ya. El grupo de Saif Al-Thar —dijo al recordar el nombre que había mencionado el del aeropuerto.

—Exacto. —Oates asintió—. Son un hatajo de lunáticos. Cuanto más los reprimen las autoridades, más problemas causan. Hay zonas del país a las que prácticamente no se puede acceder. —Le tendió una tarjeta y añadió —: Espero que duerma bien, y no dude en llamarme si necesita algo.

Oates le estrechó la mano con ademán protocolario y a continuación salió. En cuanto Oates se hubo marchado, Tara sacó una cerveza del minibar y se sentó en la cama. Telefoneó a Jenny a Inglaterra y le dejó un mensaje en el contestador, informándole de dónde estaba y pidiéndole que la llamase lo antes posible. Debía hacer otras llamadas, a la hermana de su padre y a la Universidad Americana, donde él había sido profesor invitado de arqueología de Oriente Próximo. Pero decidió que las haría al día siguiente. Salió al balcón y miró hacia la calle. Un Mercedes negro acababa de detenerse frente al hotel, bloqueando parcialmente la calle. Los coches que iban detrás se vieron obligados a rodearlo, con la consiguiente irritación de los conductores, a juzgar por el concierto de cláxones que siguió. Al principio Tara no prestó atención al Mercedes, pero al abrirse la puerta del lado del acompañante y ver al hombre que bajó se puso tensa. No estaba segura, pero se parecía al que había visto a lo lejos en Saqqara mirando con

los prismáticos. Llevaba un traje de color claro e incluso desde la planta catorce se apreciaba que era altísimo. Lo vio inclinarse para decirle algo al chófer, que enseguida arrancó. Siguió al coche unos momentos con la mirada y luego alzó la vista directamente hacia ella, o por lo menos eso le pareció a Tara, aunque en realidad estaba demasiado lejos para distinguir hacia dónde miraba. Luego el hombre se dirigió hacia una de las entradas laterales del hotel, llevándose la mano a la boca y exhalando el humo de lo que parecía un cigarro. Tara se estremeció, entró en la habitación y cerró las puertas correderas.

39

En el Nilo, entre Luxor y Asuán

El Horus remontaba la corriente con lentitud. La proa levantaba una estela de espuma y sus luces proyectaban un resplandor espectral en el agua. Pasaban frente a umbríos cañaverales entre los que de vez en cuando asomaba una casa o una cabaña. Pero era más de medianoche y apenas había nadie en cubierta para verlo. A popa, una joven pareja se besaba, y bajo una toldilla cuatro mujeres ya mayores jugaban a las cartas. No había nadie más en cubierta. La mayoría de los pasajeros se había retirado a sus camarotes o estaba en el salón escuchando a un barrigudo animador que cantaba canciones populares egipcias al compás de música grabada. Se oyeron dos explosiones casi simultáneas. La primera, cerca de la proa, provocó una llamarada que al instante envolvió a la joven pareja. La segunda se produjo en el salón, haciendo saltar las mesas, sillas y fragmentos de cristales en todas direcciones. El cantante salió despedido hacia atrás con el rostro abrasado por el calor. Varias mujeres sentadas junto al escenario fueron alcanzadas por una lluvia de astillas y fragmentos de metal. Se oyeron llantos, lamentos y los gritos sobrecogedores de un hombre a quien la explosión le había arrancado las piernas por debajo de las rodillas. Las mujeres que jugaban a las cartas permanecieron inmóviles bajo la toldilla. Una de ellas empezó a llorar.

Lejos de la orilla, más allá de los cañaverales, acuclillados tras unas rocas, tres hombres miraban en dirección al barco. El resplandor de las llamas de la cubierta iluminaba sus rostros hirsutos dejando ver sendas cicatrices verticales en la frente. Sonreían.

—Saif Al-Thar —musitó uno.

—Saif Al-Thar —repitieron sus compañeros.

Entonces se irguieron y desaparecieron entre las sombras.

40

El Cairo

Tal como habían acordado, Tara y Oates se encontraron en el vestíbulo del hotel a las once. Inmediatamente, en el coche del diplomático, fueron a la embajada, que estaba a diez minutos de allí.

A pesar de su agotamiento Tara no había dormido bien. No había podido quitarse de la cabeza la imagen de aquel hombre gigantesco. Sólo logró dormir a ratos. Además, cuando parecía que al fin iba a sumirse en un sueño profundo, sonó el teléfono. Maldijo a quien llamaba, pero se alegró al oír que era Jenny. Estuvieron hablando casi una hora, y Jenny se ofreció a tomar el primer vuelo que saliese hacia El Cairo para estar a su lado. Tara estuvo tentada de aceptar su ofrecimiento, pero optó por decirle que no se preocupase, que estaba bien y que el papeleo sólo duraría unos días. Quedaron en hablar al día siguiente y colgaron.

Tara estuvo mirando la televisión durante un rato, haciendo zapping entre los distintos canales internacionales, hasta que la venció el sueño. Pero no tardó en despertar, con una extraña sensación. El silencio era absoluto y la habitación estaba casi totalmente a oscuras, a excepción de un rayo de luna que penetraba por el hueco donde se unían las cortinas y se reflejaba en el espejo que había en la pared opuesta. Al no oír nada alarmante se volvió para tratar de conciliar nuevamente el sueño, y justo entonces oyó un ruido procedente de la entrada. Enseguida reparó en que alguien estaba haciendo girar el pomo de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con voz extrañamente aguda.

El ruido cesó por un instante, para reanudarse enseguida. Tara se levantó de la cama, muy inquieta. Fue hacia la puerta y se quedó mirando el pomo, que giraba lentamente hacia un lado y hacia el otro. Pensó en gritar, pero en lugar de ello asió

con firmeza el pomo. Notó una breve resistencia y luego rápidas pisadas. Contó hasta cinco y abrió la puerta, pero no vio a nadie en el pasillo. Aunque sí lo olió, porque el olor a humo de cigarro era inconfundible.

Tara encendió todas las luces y las dejó así el resto de la noche, y sólo consiguió

volver a dormirse poco antes del amanecer. De modo que cuando Oates le preguntó si había dormido bien, ella le contestó con voz áspera:

—No, maldición.

Oates entró en el terreno de la embajada y le mostró su identificación al centinela. Luego detuvo el vehículo en el sector del patio destinado a aparcamiento. Entró seguido de Tara por una puerta lateral, avanzaron por un largo pasillo y luego subieron por un tramo de escaleras hasta la primera planta, donde estaban los despachos. Salió a recibirlos un hombre delgado, algo desaliñado, con el pelo blanco, cejas muy pobladas y unas gafas colgando del cuello.

—Buenos días, señorita Mullray —la saludó con una sonrisa, tendiéndole la mano—. Soy Charles Squires, el agregado cultural. —El tono de Squires era amable, casi paternal, a diferencia de su apretón de manos, demasiado brusco. —¿Podría traernos café, Crispin? Estaremos en mi despacho.

Squires condujo a Tara hasta un despacho muy espacioso y soleado, con cuatro sillones alrededor de una mesa. Junto a la ventana había otro hombre.

—Es el doctor Sharif Yamal, del Consejo Supremo del Patrimonio Cultural —dijo Squires—. Me ha pedido verla a usted esta mañana.

Sharif Yamal era bajito, rechoncho y con la cara picada de viruela.

—Permítame expresarle mi condolencia por la muerte de su padre —le dijo en tono solemne—. Era un gran egiptólogo y un verdadero amigo de mi país. Lo echaremos mucho de menos.

—Gracias —dijo Tara.

Se sentaron los tres en torno a la mesa.

—El embajador me ha pedido que le transmita sus condolencias —dijo Squires—. Dada la relevancia de su padre le habría gustado estar presente, pero por desgracia, como seguramente ha oído, anoche se produjo otro atentado terrorista, cerca de Asuán. Han muerto dos ciudadanos británicos y ha tenido que ocuparse de lo propio en estos casos. —Hablaba en tono muy pausado y con las delgadas manos cruzadas sobre el regazo—. Sin embargo —prosiguió—, estoy seguro de hablar en su nombre, y en el de todo el personal de la embajada, al decirle lo mucho que hemos sentido la muerte de su padre. Tuve ocasión de tratarlo. Ha sido una gran pérdida. Oates entró portando una bandeja.

—¿Lo toma con leche? —preguntó Squires.

—Solo y sin azúcar, por favor —repuso Tara.

Squires asintió y Oates sirvió el café y a continuación se sentó. Se produjo un silencio expectante.

—Cuando yo era estudiante tuve la suerte de pasar una temporada con su padre en Saqqara —dijo por fin Yamal-. Fue en mil novecientos setenta y dos. Encontramos la tumba de PtahHotep. Nunca olvidaré nuestro entusiasmo cuando entramos en la cámara mortuoria. Estaba prácticamente intacta desde el día en que la sellaron. Había una magnífica estatua junto a la entrada, así de alta —añadió alzando la mano—. Era de un realismo asombroso y estaba en perfecto estado de conservación. Actualmente se encuentra en el Museo de El Cairo. Me gustaría que me acompañase a verla.

—Me encantaría —dijo Tara con fingido entusiasmo.

—Su padre me enseñó mucho —continuó Yamal-. Y era una buena persona. Yamal sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó, aparentemente afectado por el recuerdo. Todos guardaron silencio por unos instantes y tomaron un sorbo de café.

—El médico me ha asegurado que su padre murió rápidamente y sin dolor —dijo Squires—. Por lo visto, a causa de un infarto.

—Sí —dijo Tara—, padecía del corazón. Se medicaba.

—Por favor, no interprete mal mis palabras —intervino Yamal-, pero creo que si su padre hubiese podido elegir un lugar donde morir, habría elegido Saqqara. Siempre fue muy feliz allí.

—Sí, era como su hogar —admitió Tara.

Oates volvió a llenar las tazas.

—Me temo que tendremos que cumplir con ciertas formalidades —dijo Squires—. Pero Crispin la ayudará en todas las gestiones... No, gracias, ya no quiero más —

añadió tapando su taza con la mano. Y prosiguió—: Tendrá usted que decidir si desea que repatriemos el cuerpo de su padre o si prefiere que se quede en Egipto. Elija lo que elija, puede contar con nuestra ayuda.

—Gracias —dijo Tara, que jugueteó unos momentos con la taza—. Hay algo que...

Squires enarcó las cejas al advertir que a ella le costaba continuar.

—No sabría cómo explicarlo —prosiguió Tara—. Suena ridículo, pero...

—¿Sí?

—Pues que ayer, al entrar en la casa del campamento, noté olor a humo de cigarro, algo muy raro, porque mi padre no permitía que nadie fumase en su presencia. Se lo comenté a la policía y al señor Oates.

Oates asintió con la cabeza. Yamal sacó un rosario con cuentas de jade del bolsillo y empezó a juguetear con él. Tara notó que los tres la miraban expectantes.

—En Saqqara vi a un hombre muy alto...

—¿Muy alto? —la interrumpió Squires inclinándose hacia delante.

—Sí, altísimo. La verdad es que quizá sea una tontería...

El inglés miró a Yamal y le indicó a Tara con un ademán que continuase. Yamal movía las cuentas de jade cada vez con mayor rapidez. Se habría dicho que tenía en la mano un bailarín de claqué.

—Creo que estaba observándome con unos prismáticos.

—¿El hombre alto? —preguntó Yamal.

—Sí, y anoche vi al mismo hombre, o por lo menos a uno que se le parecía mucho, entrar en el hotel. Y estoy segura de que estaba fumando un cigarro. Más tarde, por la noche, alguien intentó entrar en mi habitación. Al abrir la puerta no vi a nadie, pero el pasillo olía a humo de cigarro. —Tara esbozó una sonrisa, consciente de que debían de pensar que era una histérica. Lo que a ella le parecía sospechoso y amenazador, ellos seguramente lo consideraban pura coincidencia—. Ya les he dicho que suena ridículo —añadió.

—En absoluto —dijo Squires, que se inclinó hacia delante y posó una mano en las suyas—. Está pasando unos momentos muy difíciles, y por lo tanto no es sorprendente que se sienta... algo insegura. Está usted en un país extranjero, al fin y al cabo, y su padre acaba de morir. Es fácil perder el sentido de la realidad en estas circunstancias.

Tara notó que Squires trataba, sencillamente, de ser amable.

—He tenido la sensación de que ocurría algo extraño —dijo.

—No creo que deba usted preocuparse, señorita Mullray —le dijo Squires con una sonrisa—. Egipto es uno de esos países en los que es fácil imaginar que ocurren cosas extrañas, aunque no sea así, ¿verdad, doctor Yamal?

—En efecto —reconoció el egipcio—. No pasa un solo día sin que imagine que alguien trama algo contra mí. ¡Es lo que suele ocurrir en el Servicio de Antigüedades!

Los tres se echaron a reír.

—Estoy seguro de que todo lo que nos ha contado tiene una explicación lógica —

dijo Squire—. Me refiero a que no es alarmante. —Hizo una pausa y añadió—: A menos, claro está, de que no nos lo haya contado todo. —Aunque su expresión era risueña, había un leve tono amenazador en sus palabras, como si la acusara de ocultarles algo—. ¿Nos lo ha contado todo?

—Creo que sí —repuso Tara.

Squires la miró fijamente, se retrepó en el sillón y soltó una carcajada.

—Pues entonces, señorita Mullray, puede dormir tranquila.

Desviaron la conversación hacia temas intrascendentes y, al cabo de unos minutos, Squires se levantó.

—Creo que ya le hemos robado demasiado tiempo, señorita Mullray. Crispin la conducirá a su despacho para ayudarla a cumplimentar todo el papeleo. No dude en

llamarnos por teléfono si necesita algo. Y, desde el hotel, puede poner tantas conferencias como quiera. Correremos con todos los gastos de su estancia. Le tendió una tarjeta y se dirigieron todos hacia la puerta.

—Éste es mi teléfono directo. No dude en llamarme si me necesita —insistió. Luego le estrechó la mano y la acompañó hasta el antedespacho.

Yamal le dirigió una leve inclinación de cabeza a Tara a modo de despedida.

—Vamos —dijo Oates—. Almorzaremos juntos.

Squires y Yamal permanecieron unos momentos en silencio. El agregado cultural estaba mirando por la ventana y el funcionario egipcio jugueteaba con el rosario de cuentas de jade.

—¿Cree que es cierto lo que nos ha contado? —preguntó Yamal.

—Me parece que sí —contestó Squires con una sonrisa—. Ella no sabe nada, o por lo menos no cree saber nada —precisó sacando del bolsillo un caramelo.

—¿Qué ocurre entonces? —preguntó Yamal.

—Pues el caso es que no ocurre nada —repuso Squires enarcando las cejas—. Al parecer, Dravic la sigue, pero a mí me sorprende tanto como a usted que Mullray se mezclase en el asunto. —Se llevó el caramelo a la boca.

—¿Se lo ha dicho a Massey? —preguntó Yamal-. Los estadounidenses deberían saberlo.

—Ya me he ocupado de todo. No les ha hecho mucha gracia, pero eso ya era de esperar.

—¿Y qué hacemos ahora?

—No podemos hacer gran cosa. No deben enterarse de que sabemos lo de la tumba. Sólo nos queda confiar en que todo vaya bien.

—¿Y si no?

Squires desvió la mirada

—No me gusta esto —dijo Yamal-. Quizá sería mejor que lo dejásemos correr.

—Vamos, vamos... Es una de esas oportunidades que sólo se presentan una vez en la vida. Piense en la recompensa.

—No sé, la verdad. Se nos está yendo de las manos. —El egipcio se levantó y empezó a pasear de un lado a otro de la estancia—. ¿Y la chica?

Squires hizo tamborilear los dedos sobre el brazo del sofá, dándole vueltas al caramelo en la boca.

—Quizá nos resulte útil —dijo—. Podría ayudarnos a... aclarar la situación, siempre y cuando no se ponga histérica. Confío en que sea usted capaz de controlar las cosas.

—La policía hará lo que yo le diga —repuso Yamal-. No formularán preguntas innecesarias.

—Estupendo. Entonces creo que debería hacerme cargo de la señorita Mullray. Crispin la vigilará. Aparte de que tengo a otras personas trabajando. Lo más importante es que no sospechen que la utilizamos. Eso sería fatal. —Squires se levantó y miró por la ventana hacia el cuidado césped del jardín de la embajada—. Tenemos que jugar nuestras cartas con cuidado. Y si lo hacemos así estoy convencido de que alcanzaremos nuestro objetivo.

—Eso espero —dijo Yamal-. Por el bien de todos. De lo contrario los habremos jodido.

—No ha podido usted expresarlo mejor —dijo Squires, riendo sin ganas. Jalifa no tenía ni idea de que hubiese tantas tiendas de productos de alabastro en Luxor. Sabía que había muchas, por supuesto, pero hasta que no empezó a recorrerlas una a una no comprendió lo difícil que iba a ser localizar la que andaba buscando.

El inspector y Sariya habían empezado el día anterior por la tarde, inmediatamente después de la autopsia; Jalifa por la orilla oeste y Sariya

por la orilla este, mostrando a los dueños y empleados de las tiendas una fotografía del escarabeo tatuado, preguntando si alguien lo reconocía. Continuaron hasta última hora de la tarde y reanudaron la tarea aquella mañana.

Ya era mediodía. Jalifa calculaba que habrían visitado unos cincuenta establecimientos, entre tiendas y talleres, sin éxito. Empezaba a temer que Anwar lo hubiese inducido a no hacer más que dar palos de ciego. Se detuvo frente a un taller en cuyo dintel un letrero anunciaba «Reina Tiye. El mejor alabastro de Luxor». A un lado de la puerta había un avión y un camello pintados, y al otro lado la estructura cúbica de la Kaaba, símbolo de que el propietario había hecho el ritual viaje a La Meca.

Varios obreros estaban sentados con las piernas cruzadas a la sombra de un toldo, cincelando piezas de alabastro. Tenían los brazos y la cara cubiertos de un polvillo blanco. Jalifa los saludó con un movimiento de la cabeza, encendió un cigarrillo y entró. Al instante salió de la trastienda un hombre que lo saludó con una sonrisa.

—Policía —dijo Jalifa mostrándole la placa.

—Tengo la licencia en regla —dijo el propietario, que palideció.

—Sólo quiero hacerle unas preguntas.

—¿Se trata de la seguridad social?

—No. Ya le he dicho que sólo quiero hacerle unas preguntas. Buscamos a una persona desaparecida. —Jalifa sacó una fotografía del bolsillo interior de la chaqueta y se la mostró—. ¿Reconoce este tatuaje?

El dueño se acercó la fotografía y la miró.

—¿Y bien? —preguntó Jalifa.

—Quizá.

—¿Qué quiere decir? ¿Lo reconoce o no?

—Sí.

«¡Por fin!», exclamó Jalifa para sí.

—¿Es uno de sus obreros?

—Lo ha sido. Lo despedí hace una semana. ¿Por qué? ¿Se ha metido en algún lío?

—Es un modo de decirlo. Ha muerto.

El dueño de la tienda volvió a mirar la foto.

—Lo han asesinado —puntualizó Jalifa—. Encontramos su cuerpo ayer, en el río.

—Será mejor que pase —dijo el dueño tras devolverle la fotografía—. Sígame. Cruzaron una cortina de abalorios y entraron en la amplia trastienda. Había una cama turca adosada a la pared del fondo, un televisor encima de una mesita, y una mesa dispuesta para el almuerzo, con pan, cebollas y un trozo de queso. En la pared junto a la que estaba la cama había una fotografía de color sepia de un viejo barbudo con fez y galabeya, que Jalifa dedujo que debía de ser un antepasado del dueño, y al lado un grabado enmarcado de la primera sura del Corán. Una puerta abierta comunicaba con un patio en el que estaban trabajando otros obreros.

—Se llamaba Abu Nayar —dijo el dueño tras cerrar la puerta—. Trabajó aquí

durante aproximadamente un año. Era un buen artesano, pero bebía mucho. Llegaba tarde y no se concentraba en el trabajo. Siempre con problemas.

—¿Dónde vivía?

—En Qurna, cerca de la tumba de Reimire.

—¿Casado?

—Sí, y con dos hijas. Maltrataba a su esposa, le pegaba.

Jalifa le dio una calada al cigarrillo mirando hacia un busto de piedra caliza pintada que estaba en un rincón. Era una copia de la famosa cabeza de Nefertiti, que estaba en el museo de Berlín. Había querido contemplar el original desde niño, y siempre quedaba extasiado al ver imágenes parecidas en los escaparates de tiendas de Gizeh y El Cairo. Dudaba de que llegase a verla nunca. Si no podía pagarse una excursión en globo con sus hijos por el Valle de los Reyes, menos aún podría pagarse un viaje a Berlín.

—¿Tenía enemigos? ¿Alguien que quisiera vengarse?

—¿Por dónde quiere que empiece? Le debía dinero a todo el mundo. Insultaba a todo el mundo. Se peleaba. Debe de haber por lo menos cincuenta personas que se alegrarán de que haya muerto.

—¿Alguna en concreto? ¿Alguien que se la tuviese jurada?

—No, que yo sepa.

—¿Estaba implicado en algo ilegal? ¿Drogas? ¿Tráfico de antigüedades?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Pues porque por aquí todo el mundo sabe lo de todo el mundo —espetó Jalifa—

. Así que déjese de bromas.

El dueño se rascó el mentón y se sentó en el borde de la turca. Los obreros entonaban una canción folclórica; uno cantaba una estrofa y los otros la repetían a coro.

—En drogas, no —dijo el dueño.

—¿Tráfico de antigüedades?

El dueño se encogió de hombros.

—Puede que en algunas cosillas.

—¿Qué cosillas?

—De poca monta. Figuritas, escarabajos. Todo el mundo trafica con esas cosas,

¡por el amor de Dios! Son naderías.

—Ilegales.

—Para ganarse la vida.

Jalifa aplastó la colilla en el cenicero.

—¿En algo de valor? —preguntó.

El dueño volvió a encogerse de hombros, se inclinó hacia delante y encendió el televisor.

—Nada por lo que mereciese la pena matarlo —repuso. Sintonizó un canal en el que transmitían un concurso de preguntas y respuestas—. Ha habido rumores —dijo tras una larga pausa.

—¿Acerca de qué?

—De que había encontrado algo.

—¿El qué?

—¡Sólo Dios lo sabe! Una tumba. Algo importante —dijo el dueño ajustando el volumen del sonido—. Pero rumores así son muy frecuentes, ¿no cree? No pasa semana sin que alguien encuentre otro Tutankamón. ¿Cómo saber cuando hay algo de cierto detrás de esos rumores?

—¿Había algo de cierto en este caso?

El dueño se encogió de hombros una vez más.

—Puede que sí y puede que no. Yo no me mezclo en estas cosas. Tengo un negocio que marcha bien, y es todo lo que me interesa.

Luego se concentró en el concurso televisivo. Sus obreros seguían cantando y el ruido de sus herramientas resonaba en el tranquilo aire de la tarde.

—Hace tres días Nayar le compró a su madre un televisor y un frigorífico —dijo de pronto—. Y eso es mucho dinero para un hombre sin

trabajo. Saque usted mismo las conclusiones. —Se echó a reír a carcajadas señalando la pantalla—. ¡Qué imbécil!

—exclamó cuando un concursante dio una respuesta incorrecta.

Pero Jalifa advirtió que su risa era forzada y que le temblaban las manos. A Jalifa siempre le había fascinado la historia de su país. De pequeño se ponía de pie en el tejado de su choza para ver salir el sol tras las pirámides. Para otros niños del pueblo los monumentos eran algo corriente a lo que no prestaban atención. Pero Jalifa veía en ellos algo mágico, enormes triángulos que se alzaban entre la bruma de la mañana, como puertas que daban a otros tiempos y a otro mundo. Crecer junto a ellos había despertado en él un deseo insaciable de saber más acerca del pasado. Era un deseo que había compartido con su hermano Alí, tanto o más apasionado que él por la historia, la cual constituía un santuario en el que se sentía a salvo de las penalidades cotidianas. Todas las noches regresaba a casa agotado por el trabajo, y después de bañarse y de cenar se sentaba en un rincón y se sumía en la lectura de alguno de sus libros de arqueología. Tenía una buena colección; unos prestados en la escuela de la mezquita local y la mayoría probablemente robados; al joven Jalifa nada le gustaba más que sentarse al lado de su hermano, que le leía a la luz de una vela.

—Cuéntame cosas de Ramsés, Alí —le pedía.

—Pues... hubo en un tiempo un gran rey llamado Ramsés II, que era el hombre más poderoso de la tierra. Tenía un carruaje de oro y una corona de diamantes...

¡Qué afortunados eran de haber nacido egipcios!, pensaba entonces Jalifa. ¿Qué

otro país poseía tal riqueza de historias fabulosas para contarles a sus hijos?

«¡Gracias, Alá, por haberme dejado nacer en este maravilloso país!», pensaba. Junto a su hermano jugaban a hacer excavaciones en la llanura de Gizeh, desenterrando piedras y pequeños fragmentos de cerámica, imaginando ser famosos arqueólogos. En cierta ocasión, poco después de la muerte de su padre, descubrieron una figura de piedra caliza que representaba la cabeza de un faraón, cerca de la base

de la Esfinge. Jalifa se quedó sin habla, de puro entusiasmo, al pensar que al fin habían encontrado algo verdaderamente antiguo y valioso. Hasta

años más tarde no supo que su hermano había enterrado allí la figura para entusiasmarlo con algo que lo distrajese del dolor de la muerte de su padre.

Hacían autoestop hasta Saqqara, Dhashur y Abusir, y al centro de El Cairo, donde se colaban en el museo confundidos entre grupos de escolares. A pesar del tiempo transcurrido aún era capaz de recorrer mentalmente el museo, de tanto como había llegado a conocerlo gracias a aquellas visitas. En una de ellas conocieron a un viejo profesor llamado Al-Habibi, que, conmovido por su precoz entusiasmo, les mostró toda la colección, señalándoles detalles importantes y alentando su interés. Años después, cuando Jalifa consiguió ingresar en la universidad para estudiar historia, tuvo a Al-Habibi como profesor.

Ciertamente, Jalifa amaba el pasado, en el que veía algo místico, esplendoroso, como una cadena de oro que se extendía hasta la aurora de los tiempos. Le gustaba por su colorido, por su grandiosidad y porque, en cierto modo, hacía que el presente fuese mejor. Pero, sobre todo, lo amaba porque Alí lo había amado. Se trataba de algo especial que ambos habían compartido; un mutuo entusiasmo que les infundía fortaleza y vida. Pensaba que en la inmensidad de los tiempos sus manos todavía podían tocarse aunque Alí ya no estuviese. El mundo antiguo era para Jalifa, por encima de todo, una afirmación de su amor por su hermano.

—¿Quiénes fueron los reyes de la decimoctava dinastía? —solía preguntarle Alí

para ponerlo a prueba.

—Ahmosis, Amenofis I, Tutmosis I, Tutmosis II, Hatshepsut, Tutmosis III, Tutmosis IV, Amenofis II, Amenofis III, Akenatón y... humm... ése siempre se me olvida...

—Smenjare —le recordaba Alí.

—¡Ya lo sé! —protestaba él—. Smenjare, Tutankamón, Horemheb.

—Aprende, Yusuf, aprende. Aprende y crece.

¡Qué buenos tiempos aquellos!

Tardó bastante en encontrar la casa de Nayar. Estaba entre un grupo de viviendas que casi la ocultaban, a mitad de una cuesta y casi al borde de una hilera de hoyos en los que había habido tumbas pero que ahora estaban llenos de chatarra. Una cabra escuálida estaba atada frente a la casa. Se le marcaban tanto las costillas que sus costados parecían xilófonos.

El inspector llamó a la puerta con los nudillos. Al cabo de unos momentos abrió

una mujer menuda de ojos verdes y llenos de viveza. Era joven, de unos veinticuatro o veinticinco años. Debía de haber sido bonita, pero al igual que muchas esposas de fellaha, los embarazos y las penalidades de la vida cotidiana la habían envejecido prematuramente. Jalifa observó que tenía un morado en la mejilla izquierda.

—Perdone que la moleste —le dijo el inspector amablemente mostrándole la placa—, pero he de...

Se interrumpió buscando las palabras. Había tenido que cumplir con misiones como aquélla muchas veces, pero no acababa de acostumbrarse. Recordaba la reacción de su madre cuando le habían dicho que su esposo había muerto. Se había desplomado tirándose de los cabellos, gimiendo como un animal herido. Y detestaba la idea de ser el transmisor de una noticia que pudiese causar semejante dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer—. Ha vuelto a emborracharse, ¿no?

—¿Me permite entrar?

48

La mujer se encogió de hombros y lo condujo hasta una salita donde jugaban sus dos hijas. Era como una cueva, oscura y fría, sin más muebles que un sofá junto a una de las paredes y un televisor encima de una mesita en un rincón. Jalifa reparó en que era un televisor nuevo.

—Usted dirá.

—Me temo que le traigo malas noticias —dijo el inspector—. Su esposo...

—¿Lo han detenido?

Jalifa se mordió el labio inferior.

—Ha muerto —dijo.

Por un instante ella se le quedó mirando fijamente. Luego se dejó caer en el sofá

y se tapó la cara con las manos. Jalifa dedujo que ocultaba su llanto y avanzó un paso para consolarla, pero al acercarse reparó en que no eran sollozos lo que oía sino una risa ahogada.

—Fátima, Imán —dijo ella indicándoles a sus hijas por señas que se acercasen—. Ha ocurrido algo maravilloso.

49

El Cairo

Cuando hubo terminado de cumplir con las formalidades en la embajada, Tara quiso ir al apartamento de su padre para ver sus pertenencias. Solía llevar muy pocas cosas con él para su estancia anual de cuatro meses en Saqqara, sólo unas pocas mudas, cuadernos y una cámara fotográfica. Casi todo lo demás lo dejaba en su apartamento de El Cairo. Allí tenía sus diarios, sus diapositivas, el resto de su ropa y algunas antigüedades que las autoridades egipcias le habían permitido conservar. Y, por supuesto, sus libros, una biblioteca de varios miles de volúmenes, todos ellos encuadernados en piel.

«Con libros, incluso la choza más humilde se transforma en un palacio —solía decir—. Hacen que todo parezca mucho más soportable. »

Oates se ofreció a llevarla en el coche, pero el apartamento estaba a sólo unos minutos a pie y, además, Tara prefería ir sola. Oates llamó para asegurarse de que el conserje tuviese duplicado de la llave, le dibujó a Tara un sencillo plano para indicarle dónde estaba y la acompañó hasta la puerta de la embajada.

—Llámeme cuando regrese al hotel —le pidió—. Y, como ya le he dicho, no salga de noche. Ya ve lo que ha pasado con ese barco —añadió con una sonrisa antes de dar media vuelta y entrar de nuevo en la embajada.

Ya era más de media tarde y el sol empezaba a proyectar sombras alargadas sobre el asfalto. Tara miró alrededor y observó los policías que vigilaban a un lado y a otro. Un mendigo estaba acuclillado en la acera; un hombre tiraba de un carromato cargado de sandías. Estudió el plano y echó a andar.

Oates le había explicado que aquella parte de El Cairo era conocida como

«Ciudad Jardín»; al adentrarse por el laberinto de calles flanqueadas de árboles comprendió por qué. Era una zona más silenciosa y tranquila que el resto de la ciudad, un vestigio de la época colonial, con grandes chalets y árboles y arbustos por todas partes: hibiscos, adelfas, jazmines y jacarandás. Se oía trinar a los pájaros y el aire olía a hierba recién cortada. Apenas circulaba nadie por las calles, sólo algunas mujeres empujando cochecitos de bebé y hombres con aspecto de ejecutivos. Delante de muchos de los chalets había limusinas aparcadas y policías junto a la entrada. Al cabo de unos diez minutos, Tara llegó a Sharia Ahmed Pashá, donde estaba el edificio en el que se encontraba el apartamento de su padre. Era un edificio de principios del siglo XX con enormes ventanas y balcones de hierro

forjado. La fachada debió de ser de un alegre color amarillo pálido, pero ahora era gris y sucia. Subió por los escalones delanteros, empujó la puerta y entró en el frío vestíbulo de mármol. A un lado, detrás de una mesa, estaba sentado el conserje, un hombre ya mayor. Tras mucho esforzarse, con algunas palabras en inglés y por señas logró

hacerle entender quién era y por qué estaba ahí. El conserje se levantó refunfuñando, sacó un manojo de llaves de un cajón y fue hacia el ascensor, indicándole a Tara que lo siguiese.

El apartamento estaba en la tercera planta, al final de un pasillo oscuro y silencioso. Se detuvieron frente a la puerta y el conserje probó varias llaves hasta dar con la correcta.

—Gracias —dijo Tara cuando le hubo abierto la puerta. El conserje permaneció

donde estaba.

—Gracias —repitió Tara.

50

Como el hombre seguía sin moverse, se produjo un embarazoso silencio hasta que Tara creyó comprender y abrió el bolso, sacó un par de billetes y se los dio. El conserje los miró, refunfuñó y se alejó por el pasillo arrastrando los pies y dejando el manojo de llaves. Tara aguardó un momento y luego entró y cerró por dentro. El vestíbulo tenía el suelo de parquet y era muy espacioso. Comunicaba con un dormitorio, la cocina, el cuarto de baño y dos habitaciones atestadas de libros. Todas las ventanas estaban cerradas y olía a humedad. Por un instante creyó percibir también un olor a humo de cigarro, pero era demasiado tenue para poder estar segura y decidió no darle importancia.

«Debe de ser la cera para el suelo», pensó.

Entró en la estancia principal y encendió la luz. Había libros y papeles por todas partes. Las paredes estaban literalmente forradas de fotografías de excavaciones y monumentos, y en un rincón había un armario con estanterías cubiertas de vasijas y figurillas de barro. No había plantas.

«Es como un lugar preservado para la posteridad —pensó Tara—. Para mostrar cómo vivían en otros tiempos.»

Siguió recorriendo el apartamento y abriendo cajones. Encontró uno de los diarios de su padre, que empezaba en 1960, cuando estaba excavando en Sudán. Sus anotaciones, con letra muy menuda, estaban intercaladas por sencillos dibujos a lápiz de los objetos que había desenterrado. En otra

estancia Tara encontró algunos de los libros que su padre escribió: *La vida en la necrópolis. Excavaciones en Saqqara, 1955- 1985*; *De Snofru a Shepsekaf. Ensayos sobre la cuarta dinastía*; *La tumba de Mentu- Nefer* y *Realeza y desorden en el primer período intermedio*. A continuación, Tara hojeó un álbum de fotos en el que aparecían imágenes de una zanja arenosa que, a medida que pasaba las páginas, se hacía cada vez más profunda hasta que, en las últimas páginas, se veía parte de un muro de piedra. No parecía haber nada en el apartamento que no guardase relación con su trabajo. Nada que tuviese que ver con los afectos y los sentimientos. Nada del presente. Cuando ya empezaba a sentirse incómoda de encontrarse en aquel lugar, se llevó dos sorpresas. Junto a la cama de su padre, dura y estrecha como un camastro carcelario, encontró la fotografía de boda de sus padres. Él aparecía muy sonriente, con una rosa en el ojal de la solapa. Y, en el armario del salón, entre dos vasijas de barro, encontró un dibujo infantil de un ángel con los bordes de las alas plateados. Lo había hecho Tara por Navidad. Le dio la vuelta y leyó la dedicatoria con su caligrafía infantil: «Para mi papá».

Se quedó mirando el dibujo unos momentos y, de pronto, sin poder contenerse, se echó a llorar y se dejó caer en una silla. «Oh, papá —musitó entre sollozos—. Perdóname, perdóname.»

Cuando logró controlar el llanto, fue al dormitorio en busca de la fotografía de la boda y la guardó en su bolso junto con el dibujo y una fotografía de su padre, de pie junto a un sarcófago de piedra, flanqueado por dos obreros. Recordaba que, de niña, su padre le había explicado que la palabra sarcófago procedía del griego y significaba

«comedor de carne humana», una imagen que le causó tal impresión que le impidió

dormir por la noche. Estaba titubeando acerca de llevarse algunos libros cuando sonó

el teléfono. Pensó que debía contestar y corrió hacia el salón, donde el teléfono se hallaba encima de un montón de manuscritos. justo al ir a descolgar se conectó el contestador automático y la estancia se llenó de la voz de su padre.

51

«Hola. Soy Michael Mullray. Estaré ausente hasta la primera semana de diciembre. Deje su mensaje, por favor. Pueden llamarme a mi regreso o, si se trata de algo relacionado con la universidad, llamar al teléfono de la

facultad, 7943967. Gracias.» Tara se sobresaltó. Era como si su padre no hubiese muerto por completo y estuviese en un limbo electrónico, ni del todo en este mundo ni del todo en el otro. Cuando reaccionó, el contestador empezó a grabar. Dedujo que quien llamaba había colgado, porque no se oía nada. Pero luego oyó un leve siseo, semejante a un susurro, y comprendió que quien quiera que fuese que llamaba seguía al otro lado de la línea, sin decir nada. Fue a descolgar, pero se contuvo. Intuyó que se trataba de un hombre. Debía de saber que ella estaba en el apartamento y quería que supiese que lo sabía. El silencio se le hizo eterno, hasta que al fin oyó un «clic» y el contestador se desconectó.

Permaneció inmóvil por unos instantes, tras los cuales recogió sus pertenencias y se apresuró a salir del apartamento cerrando la puerta con llave. De pronto, aquel edificio se le antojó amenazador, por su oscuridad, por los chirridos del ascensor, por el silencio. Aceleró el paso, ansiosa por salir de allí. A mitad del pasillo algo llamó su atención: un gran escarabajo sobre el suelo de mármol. Aminoró el paso, mirándolo, y reparó en que no se trataba de un escarabajo sino de ceniza de cigarro todavía compacta, en forma de cilindro. Tara echó a correr.

El ascensor no estaba en la planta. Pero, en lugar de aguardar, bajó las escaleras de dos en dos, desesperada por salir a la calle. Al llegar a la entrada del vestíbulo le cerraron el paso y gritó sobresaltada. Pero era el conserje.

—Perdone —se excusó ella jadeante—. Me he asustado.

Tara le devolvió el manojo de llaves y el conserje dijo algo que no logró entender.

—¿Qué?

Él repitió lo mismo.

—No lo entiendo —insistió ella, casi a gritos, cada vez más impaciente. El conserje volvió a decir lo mismo a la vez que la señalaba con el índice de la mano izquierda y se llevaba la derecha al bolsillo. Ella sintió el irracional temor de que fuese a sacar un arma, y al ver que sacaba la mano y se la acercaba, echó la cabeza hacia atrás y levantó el brazo para protegerse. Pero no era más que un sobre pequeño de color blanco.

—Profesor Mullray —dijo el conserje agitando el sobre delante de su cara—. Profesor Mullray.

Tara se quedó mirando el sobre por un instante y luego se echó a reír.

—Gracias —dijo guardándose el sobre en un bolsillo—. Gracias.

El viejo dio media vuelta y arrastrando los pies fue hacia su mesa. Tara se preguntó si debía darle otra propina, pero al parecer él no esperaba que lo hiciese, y optó por no entretenerse más y salir de allí.

Giró hacia la izquierda y experimentó un gran alivio al sentir el calor del sol en la cara y el aire fresco. Pasó junto a dos escolares de almidonadas camisas blancis y un hombre de uniforme con la pechera cubierta de medallas. Al otro lado de la calle un jardinero con mono de trabajo regaba unos rosales con una manguera. Cuando se hubo alejado unos veinte metros sacó el sobre y, al mirarlo, palideció.

—Oh, no —murmuró al ver aquella letra que le era tan familiar—. Ahora no. Ya ha pasado demasiado tiempo.

El jardinero la miró, ladeó la cabeza y musitó algo para sí.

52

En el norte de Sudán, cerca de la frontera egipcia

El muchacho salió de la tienda y echó a correr levantando arena con los pies. Pasó entre un rebaño de cabras, por delante de una hoguera apagada, de un helicóptero tapado con una lona y de varias pilas de cajas. Se detuvo frente a otra tienda, algo separada del resto del campamento. Sacó un trozo de papel de debajo de sus ropas, descorrió la cortina y entró.

Un hombre barbudo estaba de pie en el interior con los ojos cerrados, musitando una plegaria. Tenía el rostro alargado y estrecho, la nariz aguileña y, en el entrecejo, una cicatriz vertical, lisa y reluciente como si le hubiesen pulido la piel. Esbozaba una extraña sonrisa, como si estuviese en trance.

Se arrodilló, volvió las palmas hacia abajo, las posó en la alfombra y se inclinó

hasta apoyar la frente en ésta, sin hacer caso del muchacho, que permaneció donde estaba, con expresión de temor. Al cabo de tres minutos el hombre de la nariz aguileña seguía rezando, balanceando el cuerpo hacia atrás y hacia delante, extasiado. En vista de que no dejaba de rezar, el muchacho decidió marcharse pero, tras tocar una vez más la alfombra con la frente, el hombre de la barba se levantó y lo miró. El muchacho se acercó a él y le tendió el trozo de papel.

—Han traído esto, maestro; del doctor Dravic.

El hombre leyó la nota. Sus ojos verdes resplandecían en la penumbra. Tenía un talante amenazador que reflejaba una violencia contenida. Pero

posó una mano tranquilizadora en la cabeza del muchacho, que le miró los pies, con una mezcla de temor y devoción.

Cuando hubo terminado de leer la nota, el hombre se la devolvió.

—Alabado sea el nombre de Alá —exclamó.

El muchacho siguió mirando al suelo.

—Por favor, maestro —musitó—. No entiendo.

—No nos corresponde a nosotros entender, Mehmet —repuso el hombre, levantándole la barbilla al muchacho para que lo mirase a los ojos. También Mehmet tenía una cicatriz vertical en el entrecejo.

—Sólo debemos saber que Dios tiene un designio y que somos parte de ese designio —prosiguió el hombre—. No hay que preguntarle nada al Todopoderoso. Sólo cumplir con sus mandatos. Sin hacer preguntas. Sin vacilar.

—Sí, maestro —susurró el muchacho, sobrecogido.

—Nos ha encomendado una gran misión. Una búsqueda. Si tenemos éxito, la recompensa será grandiosa. Si fracasamos...

—¿Qué ocurrirá si fracasamos, maestro?

Mehmet parecía asustado. Pero el maestro le acarició el pelo, tranquilizándolo.

—No fracasaremos —respondió con una sonrisa—. El camino tal vez sea arduo, pero llegaremos al final. ¿Acaso no te he dicho que somos los elegidos de Dios?

El muchacho sonrió y, espontáneamente, rodeó la cintura del maestro, abrazándolo. El maestro lo apartó.

—Hay trabajo que hacer. Llama al doctor Dravic. Dile que debe encontrar la pieza que falta. ¿Entendido? Debe encontrar la pieza que falta.

—Que debe encontrar la pieza que falta —repitió Mehmet.

—Mientras tanto, todo debe seguir de acuerdo con lo planeado. No hay cambios.

¿Recordarás esto?

—Sí, maestro.

—Levantaremos el campamento dentro de una hora. Ahora ve. —Mehmet salió

de la tienda y se alejó rápidamente. Saif al-Thar lo siguió con la mirada. Los hombres de Saif al-Thar lo habían encontrado cuatro años atrás rebuscando en un vertedero de El Cairo como un animal. Era huérfano,

analfabeto y vivía en un estado semisalvaje. Lo bañaron, le dieron de comer y, con el tiempo, se convirtió en uno de ellos, después de que le hubieran grabado la marca de la fe en la frente y lo obligasen a llevar sólo vestiduras negras, el color de la fuerza y de la lealtad. Mehmet era un buen muchacho, sencillo, inocente y devoto. Había miles como él en su país. Mientras los ricos se llenaban el estómago y adoraban a falsos ídolos, los niños como Mehmet se morían de hambre. El mundo estaba enfermo. Ciego. Sometido a los kufr, a los infieles. Pero Saif al-Thar luchaba para enmendar las cosas. Para liberar a los sojuzgados. Para expulsar a los infieles. Para restablecer el imperio de la fe.

Y, ahora, de pronto, mágicamente, se le había revelado el medio para cumplir con su misión. Pero sólo se le había revelado. Dios daba y Dios quitaba. Era frustrante. Y sin embargo, sus designios tenían un fin. Dios siempre tenía un propósito. Quería poner a prueba a su siervo, por supuesto, quería que demostrase su determinación. Una vida fácil no fortalece la fe. En la adversidad era donde uno descubría la profundidad de su credo. Alá ponía a prueba su devoción. Y Saif al-Thar no lo decepcionaría. Encontrarían lo que faltaba, por muchas muertes que costase. El siervo no defraudaría a su Señor. Y estaba seguro de que el Señor no lo abandonaría a él, siempre y cuando él se mantuviese fiel. Siempre y cuando no desfalleciese. Cuando hubo perdido de vista al muchacho, Saif al-Thar volvió a entrar en la tienda, se puso de rodillas, se prosternó y reanudó sus rezos.

El Cairo

Tara abrió el sobre en cuanto llegó al hotel. Era consciente de que no debía hacerlo, de que tenía que limitarse a tirarlo, pero no pudo evitar abrirlo. Aunque habían pasado seis años, no había conseguido olvidarlo.

—Maldito seas —musitó al abrir el sobre—. Maldito seas por volver. Maldito seas. *Hola, Michael.*

Voy a estar en la ciudad unas cuantas semanas. Si ya ha regresado de Saqqara, déjeme que lo invite a una copa. Estoy en el hotel Salah al-Din . Pero me encontrará

casi todas las noches en un salón de té que está en Ahme Maher, esquina Bursaid. Creo que el local se llama Ahwa Wadood.

Espero que la temporada en Saqqara haya sido fructífera y que nos veamos pronto.

DANIEL L.

P.D. ¿Ha sabido algo de Schenker? ¡Cree haber encontrado la tumba de Imhotep! ¡Qué coñazo!

54

Tara sonrió muy a su pesar. Era típico de Daniel adoptar un talante educado y luego soltar una vulgaridad. Por primera vez en mucho tiempo sintió un cosquilleo en la garganta y un vacío en la boca del estómago. Daniel le había hecho mucho daño. Releyó la nota, hizo una pelota con ella y la lanzó al otro lado de la habitación. Sacó un botellín de vodka del minibar y salió al balcón. Pero volvió a entrar casi de inmediato y se echó en la cama, mirando al techo. Al cabo de un cuarto de hora se levantó, cogió el bolso y salió de la habitación.

—Al salón de té Ahwa Wadood —le dijo a uno de los taxistas que aguardaban delante del hotel-. En la esquina de Ahmed Maher y...

—Bursaid —la interrumpió el taxista abriéndole la puerta—. Sé dónde está. Tara subió al taxi, que arrancó de inmediato.

«¡Qué imbécil eres, Tara!», se dijo mirando por la ventanilla los escaparates de las tiendas, intensamente iluminados.

Al otro lado de la calle un Mercedes polvoriento, que estaba aparcado junto al bordillo, arrancó y los siguió como una pantera persiguiendo a su presa. Tara recordaba perfectamente cómo se habían conocido. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¡Dios! ¡Casi ocho años! Ella cursaba segundo de zoología en la Universidad de Londres. Compartía un apartamento con tres amigas. Sus padres vivían por entonces en Oxford y su matrimonio estaba cada vez más cerca de la ruptura. Un día Tara los visitó para cenar con ellos.

Supuso que sería una cena familiar, solos los tres, lo cual no era precisamente muy agradable, porque sus padres ya apenas si se hablaban. Pero, al llegar, su padre le dijo que había invitado a uno de sus colegas.

—Es un tipo interesante —le dijo—, medio inglés, medio francés, no mucho mayor que tú. Está haciendo el doctorado con una tesis sobre las prácticas funerarias del período tardío en la necrópolis de Tebas. Acaba de pasar tres meses excavando en el Valle de los Reyes. Es un verdadero genio. Sabe más sobre iconografía de las tumbas y libros acerca de la otra vida que ninguna otra persona que yo haya conocido.

—Suena fascinante —dijo Tara con fingido entusiasmo.

—Sí, creo que te gustará. Es un tipo curioso —dijo su padre con una sonrisa, sin advertir el tono de sarcasmo de su hija—. Es muy impulsivo.

Aunque creo que todos lo somos en algún aspecto, él lo es hasta la exageración. Siempre da la impresión de que se dejaría cortar una mano si creyese que así averiguaría más sobre un tema. O

se la cortaría a cualquiera. Es un fanático.

—Eso me resulta... familiar.

—Ya. Pero por lo menos yo os tengo a ti y a tu madre. Daniel parece no tener a nadie. Y me preocupa. Está demasiado obsesionado. Y si no va con cuidado cavará su propia tumba prematuramente.

Tara bebió de un trago su vodka de antes de cenar. «Prácticas funerarias del período tardío en la necrópolis de Tebas... ¡Dios santo!»

Daniel llegó con una hora de retraso. Ya estaban discutiendo sobre si empezaban a cenar sin él cuando sonó el timbre de la puerta. Tara, ya un poco achispada, fue a abrir, decidida a mostrarse amable.

«Con un poco de suerte se marchará en cuanto haya terminado de cenar», pensó

ella.

Se detuvo un momento para asegurarse de mantener la compostura y abrió.

55

¡Era guapísimo!

Por suerte sólo lo pensó, aunque algo debió de dejar traslucir la expresión de su cara.

Daniel resultó ser todo lo contrario de lo que esperaba: alto, moreno, con pómulos prominentes y unos impresionantes ojos negros. Tara casi quedó

boquiabierta.

—Perdón por el retraso —se disculpó él—. Tenía que terminar un trabajo.

—Prácticas funerarias del período tardío en la necrópolis de Tebas —dijo ella en un tono que sonaba embarazoso.

—Pues no —repuso él echándose a reír—. La verdad es que he estado cumplimentando la documentación para una beca. Es algo más interesante —añadió

tendiéndole la mano—. Daniel Lacage.

—Tara Mullray —dijo ella.

Permanecieron uno frente al otro un instante más de lo estrictamente necesario y luego se dirigieron al comedor.

La cena fue maravillosa. Su padre y Daniel pasaron casi todo el tiempo hablando sobre una oscura cuestión del Imperio Nuevo, acerca de si hubo o no corregencia entre Amenofis III y su hijo Akenatón. No era la primera vez que ella oía hablar de aquel tema, y de otros similares, y había aprendido a desconectar. Sin embargo, con las intervenciones de Daniel el tema adquiría una curiosa inmediatez, como si fuese algo que los afectase directamente, en lugar de ser una árida discusión académica sobre una época tan lejana que incluso la historia la había olvidado.

—Perdonen. Debe de ser muy aburrido oírnos hablar de estas cosas —dijo Daniel con una sonrisa dirigiéndose a la madre de Tara, que acababa de traer el budín.

—En absoluto —dijo Tara—. Es la primera vez que Egipto me parece interesante.

—Ah, pues... muy agradecido —ironizó Michael mirando a su hija. Después de cenar, Daniel y Tara salieron al jardín a fumar un cigarrillo. La temperatura era agradable y el cielo estaba tachonado de estrellas. Se adentraron por el césped y fueron a sentarse en un oxidado columpio.

—Creo que antes sólo ha tratado usted de ser amable —dijo él, que se llevó dos cigarrillos a la boca, los encendió y le pasó uno—. Pero no era necesario.

—Nunca me esfuerzo por ser amable —dijo ella aceptando el cigarrillo —. O, por lo menos, esta noche no he tenido que esforzarme.

Guardaron silencio por unos momentos, columpiándose suavemente, muy juntos, aunque sin llegar a tocarse. Daniel desprendía un olor peculiar, que no era de ninguna loción o colonia, sino de algo más intenso y menos artificial.

—Mi padre me ha dicho que está usted excavando en el Valle de los Reyes.

—Un poco más arriba, en realidad. En las colinas.

—¿Qué busca?

—Unas tumbas del período tardío, de la vigésima sexta dinastía. Nada especialmente interesante.

—Creía que era usted un entusiasta irredento.

—Y lo soy —admitió él—. Pero... esta noche me redimo.

Se echaron a reír y se sostuvieron la mirada por unos segundos. Luego la desviaron hacia las estrellas. Las ramas de un viejo pino, entrelazadas

como brazos de amantes, parecían invitarlos. Se produjo un largo silencio.

—El Valle de los Reyes es un lugar mágico —musitó él casi como si hablase para sí—. Produce un estremecimiento pensar en la cantidad de tesoros que debieron de enterrar allí. Fíjese en lo que encontraron en la tumba de Tutankamón. Y no fue más que un faraón menor. Imagine lo que habrán enterrado con un faraón verdaderamente grande, como Amenofis II, Horemheb o Seti I.

Echó la cabeza hacia atrás y sonrió, ensimismado.

—Pienso muchas veces en lo que debe de ser encontrar algo así —prosiguió—. Por supuesto, no volverá a hacerse un hallazgo semejante. El caso de Tutankamón fue único. Las posibilidades de que su tumba se conservase eran de una entre mil millones. Pero, no logro quitármelo de la cabeza. La excitación. El entusiasmo. No puede haber nada comparable. Pero, claro...

Daniel suspiró y Tara se le quedó mirando.

—¿Qué?

—Pues que acaso el entusiasmo no durase mucho. Eso es lo que tiene la arqueología. Un hallazgo nunca es bastante. Uno siempre trata de superarse. Fíjese en Carter. Después de descubrir la tumba de Tutankamón pasó los diez últimos años de su vida pregonando que sabía dónde estaba la tumba de Alejandro Magno. Lo lógico era que se hubiese conformado con el mayor hallazgo de la historia de la arqueología, pero no le pareció suficiente. Es un verdadero conflicto de

«competencias». Uno no puede hacer una cosa sin poner en peligro otra. Se pasa toda la vida ahondando en los secretos del pasado y, al mismo tiempo, preocupado porque llegue un día en que ya no haya más secretos que desvelar. —Guardó silencio, con el entrecejo fruncido. Luego apagó el cigarrillo en el brazo del columpio y se echó

a reír—. Me temo que usted hubiese preferido quedarse dentro y ayudar a lavar los platos.

Sus ojos volvieron a encontrarse, como si actuasen independientemente del resto de su cuerpo. Se acercaron las manos y sus dedos se tocaron. Fue un roce inocente, apenas perceptible pero, al mismo tiempo, cargado de intensidad. Luego desviaron la mirada; sin embargo, las yemas de sus dedos siguieron en contacto, como si algo irreversible fluyese de ambos.

Tres días después volvieron a encontrarse en Londres, y al cabo de una semana empezaron sus relaciones.

Para Tara fue una época mágica, la mejor de su vida. Él tenía un apartamento en la calle Gower, una pequeña buhardilla sin calefacción y dos tragaluces con el cristal tan sucio que apenas dejaban pasar los rayos del sol. Pero era su nido. Hacían el amor día y noche, devorándose.

Daniel era un excelente dibujante y la había dibujado desnuda en la cama, tímida y ruborosa; a lápiz, al carboncillo, al pastel, llenando una hoja de papel tras otra con su imagen, como si cada una de ellas fuese una afirmación de su intimidad. Un amigo le había prestado una destartalada motocicleta Triumph y los fines de semana iban de excursión al campo. Buscaban rincones en los que pudieran estar solos; una arboleda, la orilla de un río, una cala. La había llevado a recorrer el Museo Británico, mostrándole objetos que le interesaban especialmente, contándole su historia con entusiasmo: una tablilla de escritura cuneiforme procedente de Amarna; la figura de un hipopótamo barnizada de color azul; una tablilla de la época de las dinastías décimonovena y vigésima en la que aparecía un hombre poseyendo a una mujer por

detrás. «La calma es el deseo de mi piel», le había dicho Daniel traduciendo el texto de un jeroglífico grabado a un lado de la tablilla.

—De la mía no —dijo ella entre risas a la vez que lo besaba apasionadamente, sin hacer caso de los turistas que los rodeaban. También visitaron otros museos, el Petrie, el Ashmolean y el de sir John Soane, para ver el sarcófago de Seti I. Ella lo llevó al zoo, donde trabajaba un amigo suyo, que le acercó una pitón para que la acariciase, lo cual no le hizo la menor gracia a Daniel.

Por entonces, los padres de Tara ya se habían separado, pero a ella apenas la afectó, pues su vida junto a Daniel era lo más importante. Al terminar sus estudios consiguió un puesto de profesora ayudante, pero todo su interés seguía centrado en sus relaciones con Daniel, como si gravitase en un universo paralelo. Se sentía inmensamente feliz.

—¿Hay algo mejor? —exclamó ella una noche después de hacer el amor de un modo especialmente intenso—. ¿Qué más puedo desear?

—¿Qué más deseas? —preguntó Daniel.

—Nada —repuso ella, acurrucándose a su lado—. No deseo nada más en este mundo.

Cuando Tara le habló a su padre de la relación que mantenía con Daniel, él dijo en tono risueño:

—Ese muchacho tiene muchísimo talento. Es uno de los mejores especialistas, tuve el privilegio de ser profesor suyo. Formáis muy buena pareja. —Hizo una pausa y añadió—: Pero ve con cuidado, Tara. Toda persona con talento tiene su lado oscuro. No dejes que te haga daño.

—No me lo hará, papá —dijo ella—. Estoy segura de que no me lo hará. Curiosamente, Tara achacaba más a su padre el daño que le había hecho Daniel que a éste mismo, como si hubiese sido su advertencia la que lo provocase. El salón de té Ahwa Wadood era un local destartalado con el suelo cubierto de serrín y mesas rodeadas de viejos que jugaban al dominó y tomaban té. Lo vio nada más entrar, al fondo, fumando una pipa shisha, con la cabeza inclinada sobre una mesa de backgammon, concentrado en el juego. Estaba casi igual que la última vez que lo había visto, hacía ya seis años, aunque llevaba el pelo más largo y estaba más bronceado. Ella lo miró fijamente por un instante, hizo acopio de fuerzas y fue hasta su mesa.

—¡Tara! —exclamó él al verla.

Se la quedó mirando atónito con sus grandes ojos negros. Ella le devolvió la mirada, sin decir nada. Pero, de pronto, se inclinó hacia la mesa y le dio una bofetada.

—¡Cabrón! —masculló.

58

Luxor, colinas de Tebas

El loco estaba en cuclillas frente a la hoguera, removiendo las ascuas con un palo. A su alrededor los riscos se alzaban majestuosos. Aparte de él no había más señal de vida que el ocasional aullido de un perro salvaje. Una media luna esplendorosa colgaba en el cielo.

Él miraba las llamas. Tenía el rostro sucio y demacrado. Mechones de pelo apelmazado caían sobre sus hombros. Podía ver dioses en el fuego: extrañas figuras con cuerpo humano y cabeza de animal. Una de ellas tenía la cabeza de chacal, otra de pájaro y una tercera lucía un elaborado peinado y tenía cabeza de cocodrilo. Lo fascinaban y lo asustaban al mismo tiempo. Empezó a balancear el cuerpo, musitando unas palabras ininteligibles, hipnotizado por las imágenes que veía delante de él. Las llamas le revelaban secretos: una estancia oscura, un féretro, joyas, objetos apilados contra una pared, espadas, escudos, puñales. Estaba boquiabierto de puro asombro.

De pronto las llamas se oscurecieron, pero sólo por un momento, y cuando volvieron a brillar la estancia se desvaneció y en su lugar apareció

otra cosa. Un desierto. Kilómetros de arena ardiente y un enorme ejército marchando por ella. Oyó

el sonido metálico de las armaduras, el ruido de los cascos de las monturas, una canción. Y también otro sonido, lejano, semejante al rugido de un león. Parecía proceder de debajo de la arena, y cada vez era más fuerte, ahogando los demás sonidos.

El loco empezó a parpadear y a jadear. Se tapó los oídos porque el estruendo era ensordecedor. Las llamas seguían muy vivas, empezó a soplar viento, y entonces vio, horrorizado, que la arena del desierto empezaba a burbujear como agua hirviendo, hasta levantarse frente a él en forma de ola gigantesca que engulló a todo el ejército. Gritó y se dejó caer hacia atrás, convencido de que también él sería devorado por la arena. Empezó a gatear, se incorporó a los pocos metros y echó a correr hacia las colinas como alma que lleva el diablo.

—¡No! ¡Oh, Alá, protégeme! ¡Ten piedad de mi alma, Alá!

59

El Cairo

Jenny lo había descrito como la «semana Mike Tyson» de Tara. Primero la dejó

Daniel, después, casi de inmediato, se enteró de que su madre padecía un cáncer incurable. Habían sido dos golpes tremendos, uno detrás del otro, que casi la dejaron fuera de combate. «Ni Mike Tyson te los hubiese propinado tan fuertes», le dijo Jenny. Al pensar en lo ocurrido (y en los últimos seis años no había hecho otra cosa que pensar en ello) comprendía que los síntomas habían sido claros desde el principio, aunque ella no los viese.

A pesar de su intimidad, una parte de Daniel siempre había estado alejada de ella. En cuanto terminaban de hacer el amor él se sumía en sus lecturas, como si le asustase la intensidad de los sentimientos que acababa de exteriorizar. Hablaban mucho y, sin embargo, nunca le había revelado nada realmente íntimo. Durante el año y medio que pasaron juntos ella no había sabido prácticamente nada de su pasado. No encontraba la forma de ahondar. Era como dar con un lecho de piedra apenas por debajo de la superficie.

Daniel había nacido en París, pero al perder a sus padres en accidente de automóvil cuando tenía diez años había ido a vivir con una tía a Inglaterra. Se había graduado en Oxford con las máximas calificaciones. Eso era todo.

Parecía como si se hubiera sumido en la historia de Egipto para compensar la falta de un pasado propio. Sí, los síntomas eran claros, pero ella no había querido verlos. Lo amaba demasiado.

El final se produjo de un modo totalmente imprevisto. Llegó una tarde a su apartamento, dieciocho meses después de haber empezado sus relaciones. Se abrazaron, se besaron y él, apartándose de su lado, le dijo con una mirada huidiza:

—Acabo de recibir una notificación del Consejo Superior del Patrimonio Cultural. Me han otorgado una concesión para excavar en el Valle de los Reyes. Dirigiré mi propia expedición.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó ella, echándosele al cuello—. Estoy muy orgullosa de ti.

Tara siguió abrazada a él unos momentos, pero enseguida se apartó al notar que él no correspondía a su abrazo. Por lo visto, aquello no era todo lo que tenía que decirle.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

La mirada de Daniel se hizo aún más huidiza.

—Pues que esto significa que tendré que vivir en Egipto una temporada. Ella se echó a reír.

—Claro que eso significa que tendrás que vivir en Egipto. No esperarías poder ir y venir en el día, ¿verdad?

Daniel sonrió, pero con el rostro extrañamente inexpresivo.

—Que me permitan excavar en uno de los yacimientos arqueológicos más importantes del mundo es una enorme responsabilidad, Tara. Y un gran honor. Voy a necesitar... concentrar toda mi atención en el trabajo.

—Pues claro que tendrás que concentrar toda tu atención.

—Exacto. Absolutamente toda mi atención.

El tono en que lo dijo la estremeció, como si fuese el anticipo de una convulsión aún mayor. Tara dio un paso atrás, buscando la mirada de Daniel, pero sin encontrarla.

—¿Qué pretendes decirme?

Al no obtener respuesta Tara se acercó de nuevo a él y le tomó ambas manos.

—No importa. Podré vivir sin ti durante unos meses. No te preocupes por mí. Había una botella de vodka sobre la mesa, detrás de él. Daniel se soltó de sus manos y se sirvió un vaso.

—Se trata de algo más.

Tara volvió a estremecerse.

—No entiendo qué tratas de decirme.

Él apuró el vaso de un trago y la miró.

—Se ha terminado, Tara.

—¿Terminado?

—Lamento ser tan brusco, pero no sé decírtelo de otro modo. He estado esperando una oportunidad como ésta durante toda mi vida, y no puedo dejar que nada se interponga; ni siquiera tú.

Ella lo miró fijamente por unos instantes y luego, como si la hubiesen golpeado en la boca del estómago, se tambaleó hacia atrás. Se le nubló la vista y tuvo que sujetarse del marco de la puerta para no caer.

—Pero ¿cómo iba yo a interponerme...?

—No sabría explicártelo, Tara. Es sólo que he de concentrarme exclusivamente en mi trabajo. Nada debe entorpecerlo.

—¡Entorpecerlo! —Tuvo que dominarse para encontrar las palabras—. ¿De modo que eso piensas de mí? ¿Que entorpecería tu trabajo?

—No he querido decir eso. Es que debo sentirme libre... No puedo tener ataduras. Lo siento. De verdad que lo siento. El tiempo que he pasado contigo ha sido la mejor época de mi vida, pero...

—Has encontrado algo mejor.

Daniel permaneció unos momentos en silencio.

—Sí —dijo al fin.

Tara se desplomó entonces al suelo, avergonzada de su reacción y de sus lágrimas, pero incapaz de dominarse.

—¡Oh, Dios! —exclamó con voz entrecortada—. Oh, Dios, Daniel, no me hagas esto.

Veinte minutos después, cuando hubo salido del apartamento, se sintió

terriblemente vacía. Durante dos días no supo nada de él, hasta que, incapaz de contenerse, volvió a su apartamento. Pero Daniel ya no estaba.

—Se ha marchado —le dijo un estudiante que vivía en el piso de abajo —. Creo que a Egipto. Un nuevo inquilino ocupará el apartamento la semana que viene. Ni siquiera le había dejado una nota.

Deseó morirse. No llegó más allá de comprar cinco tubos de aspirinas y una botella de vodka.

Aquella misma semana supo que su madre padecía cáncer y la tragedia hizo que en parte disminuyera el dolor que sentía por el hecho de que Daniel la hubiese abandonado.

Tara cuidó de su madre durante los cuatro meses que le quedaban de vida y, a medida que la veía extinguirse, fue asimilando el final de sus relaciones con Daniel. Al morir su madre, Tara se encargó de organizar el funeral y luego marchó por un año al extranjero, primero a Australia y luego a Latinoamérica. A su regreso compró un apartamento, consiguió el empleo en el zoo y recobró parte de su equilibrio emocional.

Sin embargo, el dolor nunca cesó del todo. Tuvo otras relaciones, pero siempre terminaba por retraerse, temerosa de volver a sufrir aunque sólo fuese una décima parte del tormento que había pasado cuando Daniel la dejó. Y no había vuelto a saber nada de él. Hasta aquella noche.

—Me temo que me lo merecía —dijo Daniel. —Desde luego.

Salieron del salón de té oyendo cuchicheos a sus espaldas. Fueron por la calle Ahmed Maher hacia el corazón del barrio islámico de la ciudad, pasando por delante de tenderetes donde vendían lámparas y pipas shisha, ropa y verduras. El aire olía a especias, a excrementos de animales de carga y a basura. Un concierto de ruidos distintos los ensordecía: el martilleo de los artesanos de los talleres del barrio, música y concierto de cláxones y, desde la entrada de una tienda, el lento y rítmico rechinar de una máquina de hacer fideos.

Al llegar a un cruce torcieron a la izquierda a través de una puerta de piedra ornamentada, con dos altos minaretes a los lados. De allí partía una calle estrecha, más bulliciosa aún que la que acababan de dejar. Al cabo de cincuenta metros se adentraron en una callejuela y se detuvieron frente a un portón de madera. Era la entrada del hotel Salah al-Din.

Daniel empujó la puerta y accedieron a un pequeño patio con una fuente seca en el centro y una galería de madera.

—Hogar, dulce hogar —dijo.

Su habitación estaba en la última planta, daba al patio y era sencilla pero limpia. Encendió la luz, cerró los postigos y sirvió dos whiskies dobles. Desde abajo les llegaba el traqueteo de las carretas y un murmullo de voces.

—No sé qué decir —musitó él tras un largo silencio.

—Podrías excusarte, por lo menos.

—¿Y de qué serviría?

—No sería un mal comienzo.

—Bueno, pues perdona, Tara. Lo siento de verdad.

Había un paquete de puros encima de la mesilla de noche del lado de Daniel, que sacó uno, lo encendió, dio una calada y exhaló una densa nube de humo. Daniel parecía incómodo, nervioso. La miraba y de inmediato desviaba la vista. Con la intensa luz de las lámparas Tara reparó en que había envejecido más de lo que había pensado. Tenía canas y arrugas en la frente. Pero seguía siendo guapísimo.

—¿Desde cuándo fumas puros? —preguntó ella. Daniel se encogió de hombros.

—Desde hace años. Carter los fumaba. Supongo que empecé para ver si así se me contagiaba su suerte.

—¿Y ha surtido efecto?

—No mucho.

Daniel volvió a llenar los vasos. Se oyó el claxon insistente de una motocicleta que trataba de abrirse paso entre la gente.

—Y bien, ¿cómo me has encontrado? —preguntó él—. Supongo que no habrás entrado en el salón de té por casualidad.

—Encontré la nota que le dejaste a mi padre.

—Ah, ya. ¿Cómo está?

Tara le contó lo ocurrido.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Daniel-. ¡Cuánto lo siento! No sabía nada. —Dejó el vaso encima de la mesilla de noche, se acercó a ella y alargó los brazos para atraerla hacia sí, pero Tara levantó una mano, impidiéndoselo —. Lo siento —añadió—. Si hay algo que pueda hacer...

—Todo está solucionado.

—Bueno, pero si necesitas...

—Ya te he dicho que todo está solucionado.

Daniel asintió con la cabeza y se apartó. Se produjo otro largo silencio. Tara se preguntó qué hacía allí, qué pretendía conseguir. Las volutas del humo del cigarro ascendían hacia la lámpara del techo.

—¿Qué ha sido de ti durante estos seis años? —preguntó ella, consciente de la superficialidad de la pregunta.

Daniel apuró el whisky.

—Nada especial —contestó—. He estado excavando, he dado conferencias y he escrito dos libros.

—¿Ahora vives aquí?

—Sí, en Luxor. Sólo estaré en El Cairo unos días, por cuestiones profesionales.

—Ignoraba que seguías en contacto con mi padre.

—No seguía en contacto con él —repuso Daniel-. La última vez que le telefoneé

fue... —Dejó la frase sin terminar. Se sirvió otro whisky y añadió—: Pero pensé que sería agradable verlo de nuevo. Supongo que por nostalgia de los viejos tiempos. Dudo de que me hubiese contestado. Me odiaba por lo que te hice.

—Pues ya somos dos.

—Sí, claro.

Se terminaron la botella de whisky, intercambiándose noticias, procurando no salir de temas superficiales. El ruido procedente de la calle se hizo más intenso hasta que, lentamente, fue disminuyendo a medida que cerraban las tiendas.

—Ni siquiera me has escrito en todos estos años —dijo ella jugueteando con el vaso entre las manos.

Ya era tarde y Tara tenía la mente embotada por la bebida y el cansancio. La calle se hallaba en silencio y desierta. El viento la barría, como si la ciudad estuviese mudando la piel.

—¿Habrías querido que te escribiese?

Ella reflexionó por unos instantes y luego meneó la cabeza.

—No.

63

Tara estaba sentada en el borde de la cama y Daniel en un raído sofá, junto a la pared.

—Me destrozaste la vida.

Él la miró y sus ojos se encontraron fugazmente. Luego ella echó la cabeza hacia atrás y apuró el whisky.

—Lo nuestro ya es historia. Se terminó, Daniel.

Pero, en su fuero interno, Tara sabía que no se había terminado del todo. Que aún estaba por tomar una importante decisión. En la calle, al otro lado de la arcada de piedra por debajo de la que habían pasado, el Mercedes negro aparcó junto al bordillo.

64

Luxor

—¿Y no sabes nada de un nuevo descubrimiento? —preguntó Jalifa en tono cansado, apagando el cigarrillo en un vaso de café vacío. El hombre que tenía delante meneó la cabeza.

—¿Una tumba? ¿Un escondrijo? ¿Algo fuera de lo corriente? —insistió Jalifa.

—No.

—Vamos, Omar. Si hay algo terminaremos por encontrarlo. De modo que será

mejor que nos lo digas.

El hombre se encogió de hombros y se sonó la nariz con la manga de la túnica.

—Yo no sé nada —porfió—. Nada en absoluto. Pierden el tiempo conmigo. Eran las ocho de la mañana y Jalifa no se había acostado en toda la noche. Le dolían los ojos, tenía la boca seca y la cabeza embotada. Durante más de diecisiete horas, sin más que breves interrupciones para comer y para rezar, él y Sariya habían estado interrogando a todas las personas de Luxor conocidas por estar relacionadas con el tráfico de antigüedades, confiando en dar con una pista que les ayudase a aclarar el caso de Abu Nayar. Durante la tarde del día anterior, toda la noche y lo que llevaban de la mañana había desfilado por la comisaría de Sharia el-Karnak una serie de conocidos tratantes.

Todos ellos habían dado las mismas respuestas a las mismas preguntas: no sabían nada acerca de nuevos descubrimientos; no sabían nada acerca de que hubiese en el mercado nuevas antigüedades. Por lo demás, todos aseguraron que si se enteraban de algo se pondrían en contacto con ellos. Fue como escuchar la misma cinta una y otra vez.

Jalifa encendió otro cigarrillo. La verdad era que no le apetecía, pero necesitaba algo que le ayudase a mantenerse despierto.

—¿Cómo es posible que alguien como Abu Nayar pudiera permitirse comprarle a su madre un televisor y una nevera nuevos? —preguntó.

—¿Y cómo demonios voy a saberlo? —refunfuñó Omar, que era un hombre menudo, fibroso, de pelo muy corto y nariz bulbosa—. Apenas lo conocía.

—Había encontrado algo, ¿verdad?

—Si usted lo dice...

—Encontró algo y lo mataron a causa de ello. Y tú sabes de qué se trataba.

—Yo no sé nada.

—Tú eres un Abd el-Faruk, Omar. No ocurre nada en Luxor sin que tu familia se entere.

—Pues en este caso, no. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo? No sé nada. Nada.

Jalifa se levantó y fue hacia la ventana exhalando el humo del cigarrillo. Sabía que estaba perdiendo el tiempo. Omar no hablaría. Era inútil insistir.

—Está bien, Omar —dijo en tono hastiado, sin volverse—. Puedes marcharte. Llámame si te enteras de algo.

—Descuide —dijo Omar apresurándose a levantarse para salir—. Lo llamaré de inmediato.

Omar salió del despacho y Jalifa y Sariya se quedaron a solas.

65

—¿Cuántos faltan? —preguntó el inspector.

—Ninguno —repuso Sariya inclinándose hacia delante y frotándose los ojos—. Ya los hemos interrogado a todos.

Jalifa se sentó en una silla, se repantigó y encendió otro cigarrillo, sin reparar en que se había dejado uno encendido en el cenicero, encima del alféizar. Quizá estuviese equivocado. Tal vez la muerte de Nayar no tuviese nada que ver con las antigüedades. A juzgar por lo que había oído, había muchas otras razones por las que hubieran podido querer matar a Nayar. No contaba con ninguna prueba que relacionase su muerte con el tráfico de antigüedades. Y, sin embargo, tenía una intuición. No podía explicarlo, pero presentía que la muerte de Nayar guardaba alguna relación con aquél. Lo presentía del mismo modo que a veces los arqueólogos intuyen que están muy cerca de hacer un descubrimiento importante. Era un sexto sentido. En cuanto vio el escarabeo tatuado en el cuerpo de la víctima, tuvo la certeza de que en aquel caso el presente sólo podía explicarse en función del pasado. Poseía indicios suficientes para pensar que no estaba desencaminado en sus pesquisas. Nayar se hallaba definitivamente involucrado en el tráfico de antigüedades. Estaba claro que poco antes de su muerte se había hecho con una importante cantidad de dinero, que no procedía, desde luego, de las chapuzas que hacía para mantener a su familia. Cuando la había interrogado la tarde anterior, su esposa había negado, sorprendida, que Nayar anduviese en esa clase de negocios, pero lo había hecho antes de que él lo mencionase. Por otro lado, la reacción de las personas a las que había interrogado no le había convencido.

—Miedo —dijo exhalando el humo del cigarrillo y siguiéndolo con la mirada hasta que se desvaneció.

—¿Qué?

—Estaban asustados, Mohamed; todos ellos. Muy asustados.

—No me sorprende. Podrían caerles cinco años por traficar con antigüedades robadas.

Jalifa miró a su ayudante entre volutas de humo.

—No es a nosotros a quienes temen —declaró—, sino a otra cosa, o a otras personas.

—No entiendo —dijo Sariya enarcando las cejas.

—Alguien los tiene asustados, Mohamed. Trataban de ocultarlo, pero estaban muertos de miedo. Lo he notado al enseñarles la fotografía de Nayar. Se han quedado pálidos, como si temiesen que pudiera ocurrirles lo mismo. Todos los anticuarios de Luxor están aterrorizados. Nunca he visto nada parecido.

—¿Cree que saben quién lo mato?

—Por lo menos lo sospechan. Pero no hablarán. De lo que estoy seguro es de que temen más a quien haya matado a Nayar que a nosotros.

Sariya bostezó y Jalifa reparó en que tenía más empastes que dientes.

—¿Y con quién cree que podemos tener que vérnoslas? —preguntó el sargento—.

¿Gente de aquí? ¿Mafias de El Cairo? ¿Fundamentalistas?

El inspector se encogió de hombros.

—Podría ser cualquiera. Pero de una cosa estoy seguro: se trata de algo gordo.

—¿Cree que quizá encontró una nueva tumba?

—Posiblemente. O tal vez la descubriese otro y Nayar se enterase. También podría tratarse de algunos objetos. Pero, en cualquier caso, debe de ser algo muy valioso. Algo que justifique el que lo hayan matado.

Jalifa arrojó la colilla por la ventana y Sariya volvió a bostezar.

—Perdón. Llevo una temporada que apenas duermo. Ya sabe..., con el nuevo bebé...

—Claro —dijo Jalifa con una sonrisa—. ¿Cuántos tienes ya?

—Cinco.

—No sé de dónde sacas tanta energía. —Jalifa meneó la cabeza—. Yo tengo tres y casi me matan de sueño.

—Debería comer más garbanzos —dijo Sariya—. Dan mucha resistencia. A Jalifa le hizo tanta gracia la convicción con que su ayudante le dio el consejo que se echó a reír. Por un instante Sariya pareció ofendido, pero enseguida se echó a reír también.

—Vete a casa, Mohamed—le dijo el inspector—. Come un buen plato de garbanzos, duerme un poco y relájate. Luego ve a la orilla occidental y habla con la esposa y las hijas de Nayar. A ver qué averiguas.

Sariya se levantó y se puso la chaqueta que había colgado en el respaldo de una silla. Se dirigía hacia la puerta cuando dio media vuelta y dijo:

—Una cosa...

—¿Sí?

—¿Cree en las maldiciones, inspector? —preguntó sin mirarlo.

—¿En las maldiciones?

—Sí, en las antiguas maldiciones, como la de Tutankamón.

—¿La de que aquellos que perturbasen el sueño de los muertos tendrían un terrible final? —preguntó Jalifa.

—Algo parecido.

—¿Crees que nos enfrentamos a algo parecido a una maldición?

Sariya se encogió de hombros.

—No, Mohamed. No creo en las maldiciones. En mi opinión, no son más que supercherías —dijo Jalifa, que abrió su paquete de cigarrillos y, al ver que estaba vacío, lo estrujó y lo arrojó a un rincón del despacho—. Pero en lo que sí creo es en la maldad; en algo que se apodera de la mente y el corazón de un hombre y lo convierte en un monstruo. He visto muchos casos. Es contra la maldad contra lo que nos enfrentamos. Contra la maldad en estado puro. —Se inclinó hacia delante, empezó a darse masajes en los párpados con los pulgares y añadió—: Que Alá nos guíe. Que Alá

nos dé fuerzas.

Más tarde, después de desayunar un par de huevos duros y un poco de queso, Jalifa cruzó el río y tomó un taxi hasta Dra Abu el-Naga. Una vez allí pagó las veinticinco piastras de la carrera y echó a caminar hacia el templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari, que siempre había sido uno de sus monumentos favoritos. Era un complejo impresionante de patios, terrazas y columnatas, excavado en la roca viva al pie de la pared de un acantilado de cien metros de altura. Siempre lo sobrecogía la audacia de la construcción. Era una de las maravillas de Luxor, de todo Egipto y del mundo. Aunque

también era una maravilla empañada por la tragedia. En 1997, sesenta y dos personas, casi todas ellas turistas, habían muerto allí a manos de los

fundamentalistas. Jalifa había interrogado por entonces a algunas personas de un poblado próximo y había sido uno de los primeros policías en llegar al lugar del atentado. Estuvo meses despertándose por la noche bañado en sudor, oyendo de nuevo el chapoteo de sus pies sobre el suelo, cubierto de sangre. Desde aquel día, siempre que veía el templo su admiración se mezclaba con un estremecimiento en ocasiones cercano a la náusea.

Siguió caminando hasta llegar a una hilera de tiendas de recuerdos, situadas a la derecha de la carretera. Los dueños estaban en la entrada, llamando la atención de los turistas, invitándolos insistentemente a entrar a ver sus artículos, los mejores y más baratos de Egipto: postales, bisutería, sombreros para protegerse del sol y estatuillas de alabastro. Uno de ellos abordó a Jalifa mostrándole una camiseta con un llamativo jeroglífico estampado. Pero el inspector lo alejó, giró hacia la derecha, cruzó

un aparcamiento asfaltado y se detuvo al llegar frente a un tráiler en el que se habían instalado los lavabos.

—¡Suleimán! —llamó—. ¡Eh, Suleimán! ¿Está ahí?

Un hombre menudo con una galabeya de color verde pálido emergió de la caravana cojeando ligeramente. Una larga cicatriz cruzaba su frente en diagonal, desde el ojo izquierdo hasta el nacimiento del cabello.

—Vaya, ¿es usted, inspector Jalifa...?

—Salaam Aleikum. ¿Cómo está, amigo mío?

—Kwayyis, hamdulilah —repuso Suleimán con una sonrisa—. Bien. Doy gracias a Alá por ello. ¿Tomará una taza de té conmigo?

—Sí, gracias.

—¡Siéntese, siéntese!

Suleimán señaló hacia un banco de madera que estaba a la sombra de un edificio cercano y puso a hervir agua en una tetera detrás de la caravana. Cuando tuvo preparado el té, sirvió dos vasos y fue hacia el banco, pisando con cuidado, como si temiese tropezar. Le dio un vaso a Jalifa y se sentó, dejando el suyo en el banco, a su lado. Jalifa le tendió una bolsa de plástico.

—Cigarrillos.

Suleimán metió la mano en la bolsa y sacó un cartón de cigarrillos Cleopatra.

—No tenía que haberme traído nada, inspector. Soy yo quien está en deuda con usted.

—No me debe nada.

—¿Nada? ¡Le debo la vida!

Cuatro años atrás, Suleimán al-Rashid trabajaba de vigilante en el templo. Estaba de servicio el día en que los fundamentalistas habían cometido el atentado. Lo alcanzaron con un disparo en la cabeza al tratar de proteger a un grupo de mujeres y niños suizos. Después del ataque lo dieron por muerto, pero Jalifa examinó el cuerpo y al notar que aún le latía el corazón llamó a una ambulancia, que lo trasladó de inmediato al hospital. Estuvo debatiéndose varias semanas entre la vida y la muerte, y al fin se recuperó. Pero quedó ciego y no pudo volver a su trabajo de vigilante del templo. De modo que le encontraron empleo como encargado de uno de los móviles.

—¿Cómo está esa cabeza? —preguntó Jalifa.

Suleimán se encogió de hombros y se frotó las sienes.

—Regular —repuso—. Hoy me duele un poco.

—¿Va al médico?

—¡Médicos! ¡Menudos son!

—Si le duele, debería hacer que le vieran.

—Ya estoy bien como estoy. Gracias.

Suleimán siempre había sido un hombre orgulloso y Jalifa sabía que era mejor no insistir. Le preguntó por su esposa y por sus hijos y bromeó con él porque su equipo favorito, el El-Ahli, había perdido contra el suyo, el El-Zamalk, en el reciente derby cairota. Luego permanecieron en silencio por unos instantes. Jalifa observó a un grupo de turistas que descendía de un autocar.

—Necesito su ayuda, Suleimán —dijo entonces.

—Cuente con ella. Sólo tiene que pedirme lo que necesite.

Jalifa tomó un sorbo de té. Se sentía mal por implicar a un amigo. Suleimán ya había sufrido mucho. Pero podía más su sentido del deber, y necesitaba información. Suleimán siempre estaba al corriente de cuanto ocurría.

—Creo que se ha hecho un nuevo descubrimiento —dijo el inspector—. Una tumba o un escondrijo. Algo importante. Nadie suelta prenda y eso es sorprendente, a menos que no sea sólo la codicia lo que los induzca a no

hablar, sino el temor. Las personas a las que he interrogado hasta ahora están muy asustadas. —Apuró el té y añadió—: ¿Ha oído usted algo?

Suleimán guardó silencio y siguió frotándose las sienes.

—Preferiría no preguntárselo, créame —prosiguió Jalifa—. Pero ya han matado a un hombre y no quiero que muera nadie más.

Suleimán siguió en silencio.

—¿Se ha descubierto una nueva tumba? —inquirió Jalifa—. Creo que ocurren pocas cosas por aquí de las que usted no se entere.

—Sí. He oído rumores —dijo al fin Suleimán—. Nada concreto. Como usted ha dicho, la gente está asustada. —Volvió la cabeza en dirección a las colinas, dirigiendo sus ojos ciegos hacia los resplandecientes muros de roca de color pardoamarillento.

—¿Cree que nos vigilan? —preguntó Jalifa mirando en la misma dirección.

—Sí, inspector. Nos vigilan. Están en todas partes, como las hormigas.

—¿Quiénes están en todas partes? ¿Qué sabe usted, Suleimán? ¿Qué ha oído?

Suleimán bebió unos sorbos de té. Jalifa reparó en que le lagrimeaban los ojos.

—Rumores —musitó Suleimán—. Rumores —repitió—. Palabras sueltas.

—¿Por ejemplo?

—Que han encontrado una tumba —repuso en voz baja Suleimán.

—¿Y?

—Que contiene algo extraordinario, de un valor incalculable.

Jalifa meneó el vaso para remover los posos.

—¿Tiene idea de dónde la han descubierto?

Suleimán señaló hacia las colinas con un movimiento de la cabeza.

—Por ahí arriba —dijo.

—Eso es muy vago. ¿No puede concretar más?

—No.

—¿Está seguro?

—Seguro.

Se produjo una larga pausa. Oyeron un rebuzno a sus espaldas y a una pareja de europeos discutir con un taxista sobre el precio de la carrera.

—¿Por qué está todo el mundo tan asustado, Suleimán? —preguntó Jalifa en tono amable—. ¿A quién temen?

Silencio.

—¿Contra quién tendré que vérmelas? —persistió el inspector. Suleimán se levantó y recogió los dos vasos vacíos, como si no hubiese oído la pregunta.

—¿Quiénes son, Suleimán?

Suleimán echó a andar hacia el tráiler.

—Saif al-Thar —dijo sin volver la cabeza—. Es a Saif al-Thar a quien temen. Lo lamento, inspector. Tengo trabajo que hacer. Me alegro de que haya venido. Subió los tres peldaños del tráiler y desapareció en el interior cerrando la puerta tras de sí. Jalifa encendió un cigarrillo y se recostó contra el respaldo del banco.

—Saif al-Thar —susurró—. ¿Cómo no he pensado antes que se trataba de ti?

70

Abu Simbel

El joven egipcio se mezcló entre la gente con su gorra de béisbol calada hasta las cejas. Su aspecto no era distinto del de otros turistas que se arremolinaban alrededor de la base de las cuatro gigantescas estatuas, salvo porque parecía musitar para sí y no mostrar excesivo interés en las enormes esculturas sedentes. Su atención se concentraba en los tres agentes de policía con uniforme blanco que estaban sentados en un banco cercano. Miró el reloj, descolgó la bolsa que llevaba al hombro y la abrió. Era media mañana. Un contingente de turistas estadounidenses comenzó a descender de dos autocares. Todos llevaban camisetas amarillas. Casi al instante, los rodeó un enjambre de vendedores de postales y baratijas.

El joven puso una rodilla en tierra y metió las manos en la bolsa. A su izquierda, un nutrido grupo de turistas japoneses escuchaba a una guía, que sostenía en alto un banderín blanco para que viesen dónde estaba.

—El gran templo fue construido por el faraón Ramsés II en el siglo XIII antes de Cristo —gritó—. Y lo consagró a los dioses Ra, Amón y Ptah...

Uno de los tres agentes estaba mirando al joven de la bolsa. Sus dos compañeros fumaban y charlaban.

—Las cuatro estatuas sedentes representan al rey-dios Ramsés. Tienen más de veinte metros de altura...

Los turistas estadounidenses habían empezado a llegar. Reían y charlaban. Uno de ellos llevaba una cámara de vídeo y estaba dándole instrucciones a su esposa para que se adelantase, se situase más a la izquierda y sonriese. El joven egipcio se irguió

con una mano dentro de la bolsa. El agente que seguía observándolo les hizo una seña a sus compañeros, que interrumpieron la conversación y miraron también al joven.

—Las estatuas más pequeñas que están entre las piernas de Ramsés representan a la madre del rey, Muttuya, a su esposa favorita, Nefertari, y a varios de sus hijos —

explicó la guía.

El joven egipcio, que seguía musitando, elevó de pronto la voz. Varias personas se volvieron a mirarlo. Él cerró los ojos por un instante y luego, con una amplia sonrisa, sacó la mano de la bolsa empuñando un subfusil Heckler and Koch, al tiempo que se quitaba la gorra y dejaba ver una cicatriz vertical en el entrecejo.

—¡Saif al-Thar! —gritó, y apretó el gatillo.

Se oyó un «clic» pero el arma no se disparó.

Los tres agentes se pusieron en pie empuñando sus fusiles. Los turistas permanecieron donde estaban, horrorizados. Por un momento reinó el silencio, mientras el terrorista apretaba frenéticamente una y otra vez el gatillo. De pronto, el subfusil se disparó y proyectó una lluvia de balas contra la gente. Los proyectiles alcanzaron a numerosas personas y provocaron un baño de sangre. Quienes no fueron alcanzados echaron a correr enloquecidos, unos alejándose del terrorista y otros, ofuscados, lanzándose hacia él. Era un clamor de gritos de dolor y de pánico. El hombre de la cámara de vídeo se desplomó y los tres policías también fueron abatidos. El joven cantaba y reía a la vez que disparaba.

Las ráfagas duraron sólo unos diez segundos, los suficientes para dejar el lugar sembrado de cadáveres a los pies de las cuatro estatuas. El subfusil volvió a encasquillarse y de nuevo se hizo el silencio. El terrorista porfió con el arma por unos instantes y finalmente la dejó caer al suelo y echó a correr hacia el desierto. Pero no

fue muy lejos. Cinco de los vendedores de baratijas lo persiguieron, lo alcanzaron, lo arrastraron por el suelo y lo patearon con sus pies desnudos.

—¡Saif al-Thar! —gritaba el joven, que echaba sangre por la nariz y por la boca, pero sin dejar de reír—. ¡Saif al-Thar!

72

El Cairo

Tara despertó sobresaltada. Se incorporó y al mirar alrededor, vio que se encontraba en la habitación del hotel de Daniel. Se maldijo al pensar que quizá

hubiesen... Pero entonces reparó en que estaba completamente vestida y vio sábanas en el sofá, donde al parecer había dormido él. Miró el reloj. Era casi mediodía.

—¡Joder! —masculló saltando de la cama.

Le dolía la cabeza y le palpitaban las sienes.

Vio una botella de agua mineral junto a la cama, la destapó y bebió un largo trago. A sus oídos llegó el bullicio de la calle. Daniel no estaba, y al parecer no había dejado ninguna nota.

Se sintió inexplicablemente sucia por el encuentro de la noche anterior, como si haber ido allí equivaliese a haberse traicionado. Pensó en abandonar la habitación rápidamente, antes de que él regresara. Se terminó la botella de agua y escribió una nota sin dejarle sus señas, excusándose por haberse quedado dormida. A continuación recogió su bolso y se marchó.

Una vez en la calle se encaminó hacia la arcada de piedra por debajo de la cual habían pasado la noche anterior. Pero, luego, temerosa de topar con Daniel, dio media vuelta y avivó el paso en dirección contraria, internándose por las callejuelas del barrio islámico.

Hacía calor y el aire era casi irrespirable. Las calles estaban atestadas a aquella hora y para avanzar tenía que abrirse paso entre la gente. Se cruzó con unas mujeres que llevaban cestas en la cabeza llenas de pan tierno, pasó junto a varios vendedores ambulantes y unos niños montados en sendos asnos. En otras circunstancias, aquel ambiente le hubiese resultado atractivo; los sonidos y olores exóticos; los coloristas tenderetes, con sus cestitos de dátiles y de pétalos secos de hibisco, las jaulas de conejos, patos y pollos. Pero estaba demasiado cansada y confusa para admirar el colorido.

De pronto, oyó unos ruidos estridentes; el martilleo procedente de los talleres de los artesanos del barrio, los motores de las motocicletas, la música de las radios a todo volumen. Se sintió aturdida y desorientada. Además, el olor a basura y a especias empezó a producirle náuseas, aparte de que las callejas eran tan estrechas y había tanta gente que sentía

claustrofobia. Pasó por delante de un grupo de muchachos que descargaban planchas de bronce de un camión, de una niña que estaba de pie encima de un montón de sacos de yute, de dos viejos que jugaban al dominó en la acera. Tenía la sensación de que todos la miraban. Un hombre que estaba en un andamio de madera le gritó algo, pero ella no hizo caso y siguió

avanzando a trompicones, impaciente por encontrarse de nuevo en la fresca y silenciosa habitación de su hotel.

Al cabo de diez minutos llegó frente a una pollería. El dueño mataba pollos en la acera. Sacaba a los animales de una jaula, los degollaba con un cuchillo y los echaba en un barril de plástico, todavía aleteando débilmente. Un semicírculo de curiosos se había congregado a mirar y Tara se unió a ellos. El espectáculo le repugnaba, pero no podía evitar sentir curiosidad.

Estaba tan hipnotizada viendo degollar a los pollos, que al principio no reparó en los dos hombres que la observaban. Pero al cabo de un par de minutos los vio. Eran dos tipos con barba, vestidos con galabeya y turbantes negros. Ambos la miraban fijamente.

Ella les sostuvo la mirada por un instante y luego volvió a prestar atención a la degollina. El pollero echó otros dos pollos al barril y entonces Tara volvió a mirar a los barbudos, que seguían sin quitarle ojo con expresión impasible. Había algo en su aspecto que inquietó a Tara, que pronto se separó del grupo y siguió su camino. Los barbudos aguardaron unos momentos y luego fueron tras ella.

Cuando sólo había recorrido unos cincuenta metros, Tara se detuvo ante una tienda en la que vendían tableros de backgammon. Los barbudos se detuvieron a su vez sin preocuparse en disimular que la vigilaban. Al reanudar la marcha, los barbudos fueron tras ella manteniendo unos treinta metros de distancia, sin perderla de vista. Tara apresuró la marcha y giró a la derecha en una esquina. A los pocos pasos advirtió que continuaban siguiéndola y empezó a ponerse nerviosa. La calle era aún más estrecha que la anterior, y se angostaba a medida que avanzaba, como si las fachadas de los edificios de ambos lados fuesen mandíbulas que amenazasen con triturarla. Cada vez era más difícil pasar entre el gentío. Más adelante vio otra bocacalle, a la derecha, y se abrió camino para girar por allí. Era una callejuela desierta, y por un segundo sintió alivio al cesar los apretones. Pero de inmediato temió haber cometido un error, pues al no haber nadie a quien pedir ayuda corría aún más peligro. Giró en redondo con la intención

de regresar a la otra calle, pero sus perseguidores habían acelerado el paso más de lo que ella suponía y ahora estaban a menos de diez metros. Se los quedó mirando unos instantes y luego dio media vuelta y echó a correr. A los pocos segundos notó que le pisaban los talones.

—¡Socorro! —gritó con voz ahogada y débil, como si lo hiciese a través de una gruesa tela.

Cincuenta metros más adelante se adentró por otro callejón, luego giró a la derecha y después a la izquierda, sin importarle ya hacia dónde pudiese ir, sin otro propósito que alejarse de aquellos hombres. Se detuvo y llamó a uno de los portones que flanqueaban el callejón, pero nadie contestó, y al cabo de unos segundos reemprendió la carrera. Oía las pisadas de sus perseguidores, que resonaban de tal manera que parecían oírse también por delante de ella. Había perdido por completo el sentido de la orientación. Creyó que la cabeza le estallaría de un momento a otro, y el pánico le hizo sentir náuseas.

Siguió corriendo, zigzagueando por el laberinto de callejas, hasta que al fin llegó

a un plazoleta iluminada por el sol, de la que partían tres calles en distintas direcciones. Había una gran palmera en el centro y un hombre sentado a su sombra. Tara corrió hacia él.

—Por favor. Por favor, ¡ayúdeme! —le rogó.

El hombre alzó la vista. Tenía.los ojos de un color blanco lechoso.

—Una limosna —dijo alargando una mano—. Una limosna.

—No —dijo ella entre dientes, desesperada—. Nada de limosna. ¡Le estoy pidiendo ayuda!

—Una limosna —repitió el ciego, agarrándola de la manga de la blusa —. Una limosna.

Tara tiró de la manga pero el hombre no la soltó.

—¡Una limosna! ¡Una limosna! —persistió el ciego.

Tara oyó gritos y ruido de pisadas, pero no procedían de la calle por la que había llegado a la plaza, sino de una de las otras tres. Miró alrededor, tratando de detectar de cuál de las calles procedían las pisadas, que resonaban como si alguien hiciese sonar un tambor. Por un instante permaneció inmóvil, sin saber hacia dónde ir. Luego,

sobreponiéndose al pánico, tiró de la manga de su blusa con fuerza y logró que el ciego la soltase. Optó por echar a correr hacia la calle opuesta a

aquélla por la que había venido. Pero antes de que le diese tiempo a internarse en ella, vio a los dos barbudos correr en su dirección. Giró en redondo y, como impulsada por una intuición, fue hacia la calle por la que había desembocado en la plaza. Al verla ir hacia allí los barbudos aminoraron el paso y, de otra de las bocacalles, asomó entonces el gigantón que Tara había visto en Saqqara y frente a su hotel. Llevaba un traje arrugado y su cara pecosa estaba perlada de sudor. La miró fijamente, jadeando, se llevó una mano al bolsillo y sacó lo que parecía una pequeña paleta de albañil.

—¿Dónde está? —masculló avanzando hacia ella—. ¿Dónde está la pieza?

—No sé de qué me habla —repuso Tara con voz entrecortada—. Creo que se equivoca de persona.

—¿Dónde está? —insistió él—. La pieza que falta. Los jeroglíficos. ¿Dónde están los jeroglíficos?

El gigantón estaba ahora casi en mitad de la plaza, muy cerca de la palmera.

—¡Una limosna! —gimoteó el ciego, cogiendo al gigantón de una manga de la chaqueta—. ¡Una limosna!

El gigantón trató de soltarse, pero no pudo. Lanzó una maldición al ciego y lo golpeó en la nariz con la paleta. Se oyó un crujido, como si acabasen de partir una rama, y un grito de dolor. Tara aprovechó el momento de distracción del gigantón y echó a correr hacia una de las calles. Pero de nuevo oyó que la perseguían. Giró a la izquierda y pasó por debajo de una arcada y por una especie de túnel que conducía a un patio en el que había muchas mujeres lavando la ropa. Pasó por su lado y por debajo de otra arcada salió a una calle, bastante transitada en aquellos momentos, llena de tenderetes. Aminoró el paso para recobrar aliento y luego siguió adelante. Pero, casi de inmediato, unas fuertes manos la agarraron por detrás y la obligaron a volverse.

—¡No! —gritó ella—. ¡Suélteme!

Tara se rebulló como una fiera dando puñetazos sin saber dónde ni a quién.

—¡Tara!

—¡Suélteme!

—¡Tara!

Era Daniel. Al alzar la vista hacia él vio los dos minaretes gemelos que se elevaban hacia el pálido cielo de la tarde. A pocos pasos estaba la arcada de piedra cercana al hotel. Después de tantas vueltas no había hecho más que regresar al punto de partida.

OceanofPDF.com

—¡Quieren matarme! —gritó fuera de sí—. Quieren matarme. Y creo que son los mismos que mataron a mi padre.

—¿Quién? ¿Quién quiere matarte?

—Ellos.

Tara dio media vuelta y señaló hacia la calle. Pero había tanta gente que, aunque sus perseguidores hubiesen estado allí, habría sido imposible verlos. Siguió mirando hacia la gente con expresión de impotencia y luego, volviéndose hacia Daniel, apoyó

la cabeza en su hombro y lo abrazó.

75

Luxor

Al alejarse del templo de Hatshepsut, reflexionando en lo que Suleimán le había dicho, Jalifa pasó por delante de dos muchachos que subían hacia Dra Abu el-Naga a lomos de sendos camellos. Reían y fustigaban a sus monturas con palos, urgiéndolas con los tradicionales gritos de los camelleros Yalla besara! y Yalla nimsheh!, que significan «¡deprisa!» y «¡vamos! ». Los siguió con la mirada y, de pronto, el presente pareció evaporarse y retrotraerlo a su infancia; de nuevo se vio en el establo de camellos de Gizeh con su hermano Alí, en los viejos tiempos, antes de la tragedia. Jalifa nunca había estado seguro del momento en que Alí había empezado a relacionarse con Saif al-Thar. No había sido algo súbito, sino una integración gradual, una especie de lento efecto dominó que había empujado inexorablemente a su hermano, alejándolo de sus amigos y de la familia para conducirlo por el camino de la violencia. Jalifa había pensado a menudo que, de haber reparado antes en ello, de haber comprendido lo mucho que estaba cambiando Alí, de lo mucho que estaba endureciéndose, quizá hubiese podido hacer algo para evitarlo. Pero no lo notó. O tal vez prefirió convencerse a sí mismo de que las cosas no eran tan graves como parecían. Ésa fue la causa de que Alí muriese. Y se culpaba por ello. El Islam siempre había sido parte de sus vidas, y, como ocurría con cualquier otra gran confesión religiosa, había un elemento de ira en ella. Jalifa recordaba que el imán de su mezquita local, en su jutba de los viernes, la emprendía contra los sionistas, los estadounidenses y el gobierno de Egipto, advirtiendo que los infieles querían destruir la umma, la comunidad musulmana. No le cabía duda de que las palabras del imán habían arraigado en la mente de Alí. Y, si era sincero consigo mismo, tampoco podía negar que habían arraigado en su propia mente. Porque, gran parte de lo que decía

el imán era cierto. Había mucha maldad y mucha corrupción en el mundo. Lo que los israelíes estaban haciendo con los palestinos era imperdonable. Los pobres y los menesterosos eran ignorados, mientras que los ricos se enriquecían cada vez más.

Sin embargo, Jalifa nunca asoció estos problemas con el recurso de la violencia. En cambio, Alí había cruzado lentamente el puente que conducía a la lucha armada. Al principio, todo fue bastante inocente, y se limitaba a conversaciones, lecturas y reuniones ocasionales. Más adelante empezó a asistir a asambleas, a repartir octavillas e incluso a hablar en público. Cada vez dedicaba menos tiempo a sus libros de historia y más a las obras religiosas.

—¿Qué es la historia sin la fe? —le dijo a Jalifa en una ocasión—. La verdad no se encuentra en las obras de los hombres sino en la palabra de Dios. Alí hizo muchas cosas buenas, y eso fue lo que indujo a Jalifa a pensar que no había nada que temer en el cambio que se estaba produciendo en su hermano. Alí

había recaudado dinero para los pobres; había dedicado parte de su tiempo a enseñar a niños analfabetos; y había hablado en nombre de quienes no tenían voz. Sin embargo, su retórica se fue endureciendo hasta llegar a impregnarse de ira. Terminó

por implicarse en las organizaciones fundamentalistas, uniéndose a facciones cada vez más extremistas, hasta sumirse en un torbellino en el que la fe y la ira se confundían. Y, al cabo de cierto tiempo, inevitablemente, se unió a la organización de Saif al-Thar. Saif al-Thar. Aquel nombre estaba grabado a fuego en la mente de Jalifa. Él había corrompido a Alí. Él lo había inducido a hacer las cosas que hizo. Y él también era quien lo había enviado a una muerte terrible hacía catorce años. Y ahora, con el caso de Nayar, el círculo parecía cerrarse. Ahora no se limitaba a investigar un asesinato, sino que también quería vengarse. Saif al-Thar. Estaba

seguro de que había sido él. El pasado siempre termina por darnos alcance, por mucho que corramos.

El insistente sonido de un claxon lo arrancó de sus reflexiones. Iba tan ensimismado que no vio el autocar de turistas que se le echaba encima. Saltó a la acera a tiempo y buscó con la mirada a los dos jóvenes camelleros, pero ya habían desaparecido por una esquina.

Jalifa encendió un cigarrillo, dirigió la mirada hacia el autocar que había estado a punto de atropellarlo y luego prosiguió su camino por la calle, cuyo asfalto reverberaba con el calor del mediodía.

77

El Cairo

—No debería haberte dejado —dijo Daniel.

—¿Te refieres a esta mañana o a hace seis años?

Daniel la miró.

—Concretamente a esta mañana —repuso.

Estaban de nuevo en la habitación del hotel, Tara en el sofá, con las piernas encogidas y el mentón apoyado en las rodillas, y Daniel de pie junto a la ventana. Ella se había tomado un whisky pero aún temblaba al recordar lo que acababa de ocurrir.

—Estaba citado con una persona en el museo —prosiguió él—. Y me entretuve más de lo que esperaba. Tendría que haberte prevenido acerca de cómo es este barrio. Puede ser peligroso para los extranjeros, sobre todo si son mujeres. Hay ladrones, navajeros...

—Ésos no eran navajeros —lo interrumpió Tara—. Los conozco.

Daniel enarcó las cejas.

—Por lo menos a uno de ellos —puntualizó Tara—. Lo vi en Saqqara el día que encontré a mi padre muerto, y más tarde en el hotel. No es egipcio.

—¿Y dices que te han seguido?

—Sí.

Daniel guardó silencio por unos instantes y luego se acercó al sofá, se sentó

junto a ella y le tomó una mano.

—Has pasado un par de días difíciles, Tara. Primero lo de tu padre, y ahora esto. Creo que quizá estés sacando las cosas de quicio.

—No me trates como a una niña —le espetó ella, retirando la mano—. No son figuraciones de una histérica. Ese tipo me ha seguido, me vigila. No sé por qué, pero me vigila. —Se levantó y fue hasta la ventana. Observó los tejados. Hacía calor y notó

gotas de sudor entre sus pechos—. Ese tipo me dijo algo sobre una pieza que faltaba

—prosiguió—. Insistió en preguntarme dónde se encontraba. Al parecer está

convencido de que tengo algo que le pertenece; Dios sabe el qué, pero cree que lo tengo yo. —Se volvió hacia Daniel y agregó—: Y también debió de pensar que lo tenía mi padre. Estuvo en la casa de Saqqara, y probablemente en el apartamento de mi padre. Dejó un inconfundible olor a cigarro. Aquí pasa algo grave, Daniel, te lo aseguro.

Daniel guardó silencio. La miró fijamente con sus grandes ojos negros. Sacó un puro del bolsillo de su camisa y lo encendió.

—Pasa algo grave, Daniel —repitió ella, volviéndose de nuevo hacia la ventana—. Créeme, por favor.

Se produjo un breve silencio y luego lo oyó acercársele. Daniel posó las manos sobre sus hombros. Ella se rebulló, rechazándolo, pero cuando volvió a posarlas, se quedó inmóvil. No pudo evitar sentirse confortada por la energía y el calor de aquellas manos.

—Te creo, Tara —dijo él en tono cariñoso.

La hizo girar y la atrajo hacia sí, y aunque ella se resistió por unos segundos, finalmente apoyó la cabeza sobre su hombro y se echó a llorar.

78

—No sé qué hacer, Daniel. No sé qué está pasando. Alguien trata de matarme y ni siquiera sé por qué. En la embajada les he hablado de ello, pero no me creen. Piensan que son imaginaciones mías. Y no lo son.

—Bueno, bueno... —dijo él—. Ya verás como no ocurre nada. La estrechó entre sus brazos y ella se dejó abrazar a pesar de saber lo peligroso que era estar tan cerca de aquel hombre. Pero no pudo evitarlo.

Permanecieron abrazados hasta que él la apartó con gentileza y le pasó los dedos por los ojos para enjugarle las lágrimas.

—¿Has dicho que eran tres?

Tara asintió con la cabeza.

—Dos egipcios y un europeo, o estadounidense —repuso—, muy alto, con una marca de nacimiento en la cara. Y ya te he dicho que lo vi también en Saqqara y frente a mi hotel.

—¿Y qué te dijo exactamente?

—Me preguntó dónde estaba la pieza. Y lo repitió varias veces: «¿Dónde está la pieza que falta?».

—¿Y eso fue todo?

—También dijo algo acerca de unos jeroglíficos.

Daniel frunció el entrecejo.

—¿Jeroglíficos?

—Sí. Me dijo exactamente: «¿Dónde están los jeroglíficos?».

—¿Estás segura de que utilizó esa palabra, «jeroglíficos»?

—Creo que sí, aunque estaba muy aturdida.

Daniel dio una calada al puro y unas cintas de humo azul grisáceo ascendieron desde la comisura de sus labios.

—Jeroglíficos —musitó—. Pero ¿qué jeroglíficos?

Le dio otra calada al cigarro y empezó a caminar arriba y abajo por la habitación.

—¿Has comprado algo desde que estás en Egipto? —preguntó—. ¿Alguna antigüedad?

—No he tenido tiempo.

—¿Y dices que ese hombre estuvo en la casa de tu padre en el campamento?

—Sí. Estoy completamente segura.

Daniel guardó silencio y se frotó las sienes, pensativo. Una avispa entró por la ventana y fue a posarse en el borde del vaso de Tara.

—Pues entonces está claro que creen que tienes algo que les pertenece —dijo al fin Daniel-. Y, presumiblemente, lo creen porque suponen que antes lo tenía tu padre. De modo que debemos contestar a dos preguntas; la primera: ¿de qué clase de objeto se trata? Y la segunda: ¿por qué creen que estaba en poder de tu padre?

Daniel fue hasta el sofá y se sentó a reflexionar. Tara recordaba que ésa era una actitud habitual en él: siempre que tenía que solucionar algún problema se sentaba a reflexionar como si estuviese en trance. Su mente parecía funcionar como una máquina. Tenía una expresión entre dolorida y placentera en el rostro, como si concentrarse le resultase duro y, a la vez, agradable.

Daniel siguió en silencio por unos minutos, y finalmente se levantó.

—Vamos —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Adónde? ¿A la policía?

—No, si quieres seguir mi consejo. No harían sino archivar la denuncia. Sé cómo actúan.

—¿Adónde, entonces?

—A Saqqara. A la casa de tu padre. Empezaremos por ahí. ¿Vienes?

Tara lo miró a los ojos y vio en ellos la misma fuerza, energía y determinación de siempre. Pero también algo más. Algo que no había visto

nunca. Tardó en precisar de qué se trataba, y no acababa de encontrar la palabra justa.

Sentimiento de culpabilidad. Eso era lo que veía.

—Sí —dijo Tara, que recogió su bolso y lo siguió—. Voy contigo.

80

Luxor

De camino a casa desde Deir el-Bahari, Jalifa se detuvo a ver al doctor Masri alMasri, director del Departamento de Antigüedades del museo de Tebas occidental. Al-Masri tenía un gran prestigio. Había ingresado muy joven en el funcionariado y, dado que estaba a punto de cumplir los setenta, debería haber ocupado un cargo más alto. Le habían ofrecido puestos de mayor lustre en numerosas ocasiones, pero siempre los había rechazado. Era un gran amante de su país y consideraba sus monumentos como algo propio. Había consagrado su vida a su conservación y protección, y, aunque carecía de título académico, todo el mundo lo llamaba «doctor», tanto por respeto como por el temor que inspiraba. Porque, al decir de todos, Al-Masri tenía peor carácter que Seth, el dios egipcio del trueno.

Estaba en una reunión cuando llegó Jalifa, de modo que éste tuvo que aguardar junto a su despacho, fumando y mirando hacia el otro lado de la carretera, en dirección a las ruinas del templo funerario de Amenofis III. No pudo evitar oír cómo el doctor Al-Masri discutía acaloradamente con alguien.

Tiempo atrás Jalifa había llegado a pensar en entrar a trabajar en el Departamento de Antigüedades. Y habría ingresado si Alí no hubiera muerto y él no se hubiese visto obligado a responsabilizarse del cuidado de su madre. Por entonces estudiaba en la universidad, y durante cierto tiempo compatibilizó

sus estudios con un empleo como guía turístico. Pero sus ingresos no bastaban, sobre todo después de casarse con Zainab y que ella quedase embarazada de su primer hijo. De modo que abandonó la egiptología e ingresó en el cuerpo de policía. Su madre y Zainab le rogaron que no lo hiciese, al igual que su tutor de la facultad, el profesor Al-Habibi, pero Jalifa no vio otro medio de sacar decorosamente adelante a su familia. No ganaba mucho, pero era más de lo que hubiese obtenido como funcionario del Departamento del Patrimonio Cultural, y además se trataba de un trabajo estable. Lo entristeció dejar los estudios, y en cierto modo aún lamentaba haberlo hecho. Habría sido estupendo poder trabajar entre los

objetos y monumentos que tanto amaba. Sin embargo, lo que no lamentaba era haber antepuesto sus seres queridos a su vocación. Y, además, la arqueología y la tarea de investigación policial no eran tan distintas. En ambos casos se trataba de seguir pistas, de analizar pruebas y de aclarar misterios. La única diferencia era que mientras que la arqueología trataba de desenterrar cosas maravillosas, en la mayoría de los casos los detectives tenían que desentrañar cosas terribles.

Dio una calada al cigarrillo. La discusión que oía era más violenta por momentos. Oyó que alguien daba un puñetazo en la mesa, y de pronto la puerta del despacho de Al-Masri se abrió y salió un hombre fibroso vestido con una sucia galabeya.

—¡Ojalá que un perro se cague en su tumba! —le gritó a Al-Masri gesticulando como un poseso—. ¡Y que se mee también! —añadió mientras se alejaba a grandes zancadas, muy furioso.

Jalifa sonrió para sí y se puso de pie. La puerta del despacho estaba abierta, pero se asomó, por si acaso...

—Ya, doktora?

Al-Masri se hallaba sentado detrás de un escritorio de madera contrachapada, cubierto de papeles. Era un hombre alto y delgado, moreno, de cara alargada y pelo rizado, muy corto. No podía negar que se trataba de un saidee, como llamaban a los nativos del alto Egipto.

—Ah, Jalifa —dijo al alzar la vista y ver al inspector—. Entre usted, entre —

añadió señalando uno de los sillones—. ¡Condenado patán! —exclamó mirando hacia la puerta—. Descubrimos en sus tierras lo que parece una extensión del templo funerario de Seti I y él pretende ararla y sembrar molochia.

—Debe de necesitarlo para comer —observó Jalifa sonriente.

—Pero no a costa de destruir nuestra historia. Por mí... ¡que se muera de hambre! ¡Bárbaro ignorante! —Al-Masri dio una fuerte palmada en la mesa que hizo caer al suelo un montón de papeles. Se agachó a recogerlos—. ¿Té? —preguntó con la cabeza oculta aún detrás de la mesa.

—Sí, gracias.

Al-Masri dio una voz y al instante entró un joven.

—Tráiganos dos vasos de té, por favor, Mahmud. —Reordenó los papeles y los guardó en un cajón—. ¡Al diablo! —exclamó—. ¡No pienso

ni leérmelo! —Se retrepó en el sillón y miró a Jalifa con las manos cruzadas tras la nuca—. Y bien, ¿qué puedo hacer por usted? Viene a pedirme empleo, ¿verdad?

El doctor conocía la vocación de Jalifa y le gustaba bromear con él al respecto y, aunque nunca se lo dijese, lo admiraba. Al-Masri conocía pocas personas cuya pasión por el pasado fuese tan grande como la del inspector.

—No exactamente —repuso con una sonrisa Jalifa, que se inclinó hacia delante y apagó el cigarrillo en el cenicero que había sobre el escritorio. A continuación puso a Al-Masri al corriente del asesinato de Abu Nayar. Aquél lo escuchó con atención.

—Supongo que usted no sabrá nada, ¿verdad? —preguntó Jalifa cuando hubo terminado.

—Por supuesto que no sé nada —repuso Al-Masri, y se echó a reír—. Si se hiciese un nuevo descubrimiento por aquí seríamos los últimos en enterarnos.

—Pero es posible que se haya descubierto algo, ¿no?

—Claro que es posible. Creo que, hasta la fecha, no hemos descubierto más que un veinte por ciento de lo que queda del antiguo Egipto. O puede que menos. Las colinas de Tebas están llenas de tumbas por descubrir. Tardarán otros quinientos años en dar con ellas.

Mahmud entró en ese momento con el té.

—Creo que debe de tratarse de algo importante —dijo Jalifa, aceptando el vaso que le ofrecía el joven y bebiendo un sorbo—. Algo tan importante como para que haya gente dispuesta a matar por ello. Y a guardar el secreto.

—Por aquí no faltan quienes matarían por un par de estatuillas funerarias.

—Se trata de algo más importante, doctor. He interrogado a muchas personas, y todas están muy asustadas. Hemos hablado con todos los anticuarios de Luxor y con sospechosos de traficar con antigüedades, y el pánico es el denominador común. Estoy convencido de que se trata de algo muy importante.

Al-Masri bebió un sorbo de té con expresión displicente. Pero Jalifa advirtió que el tema le interesaba. El doctor bebió otro sorbo y, luego, tras dejar el vaso a un lado, se levantó y empezó a pasear arriba y abajo por el despacho.

—Curioso —musitó—. Muy curioso.

—¿Tiene idea de lo que pueda ser? —preguntó Jalifa—. ¿Una tumba real, quizá?

82

—No, no es probable. Mejor dicho, es muy improbable. La mayor parte de los grandes enterramientos reales ya se conocen, excepto los de Tutmosis II y Ramsés VIII; y posiblemente el de Smenjare, si aceptamos que el cuerpo de la KV55 era el de Akenatón, algo que personalmente no creo.

—Yo creía que la tumba de Amenofis I seguía sin ser descubierta —dijo Jalifa.

—Bobadas. Lo enterraron en la KV39, como admite todo arqueólogo sensato. Además, la cuestión es que, si se tratase de un enterramiento real importante, estaría, casi con toda seguridad, en el Valle de los Reyes, y allí no habría forma de mantener en secreto un descubrimiento semejante, por más gente a la que matasen. Aquello está tan lleno de turistas que uno apenas puede moverse. El doctor andaba con las manos cruzadas a la espalda. De vez en cuando se pasaba la lengua por el labio inferior.

—¿Y en el valle occidental? —preguntó Jalifa refiriéndose a un valle pequeño, menos frecuentado, que se abría hacia el centro del Valle de los Reyes.

—Allí sería más factible; pero si se hubiese descubierto algo, lo sabríamos.

—¿Una momia oculta?

—Ya no quedan momias, o, por lo menos, no quedan momias importantes, aparte de algunas de la época de la vigésima dinastía, y dudo de que nadie las considere tan importantes como para matar por ellas.

—Pues entonces podría tratarse del enterramiento de un personaje menor; de un príncipe, una princesa o una reina secundaria.

—También estarían enterrados en el Valle de los Reyes o en el Valle de las Reinas, en algún lugar cercano a la necrópolis. Les gustaba estar juntos. Jalifa se inclinó hacia delante y encendió un cigarrillo.

—¿Un funcionario importante? ¿Un noble?

—Eso ya es más probable —admitió Al-Masri—. Aunque me sorprendería. Casi todas las tumbas de altos cargos que hemos descubierto estaban en el Valle de los Reyes o muy cerca, demasiado cerca para poder realizar excavaciones clandestinas, de hecho. Y esos enterramientos rara vez contienen algo interesante. Históricamente son valiosos, por supuesto, pero me refiero a que no contienen oro ni nada por el estilo. O por lo menos

no lo bastante para que alguien quiera matar para obtenerlo. Las excepciones obvias fueron Yuya y Tjuju, pero como digo, eran eso, excepciones. Al-Masri se detuvo frente a la ventana y dejó de hacer girar los pulgares.

—La verdad es que me deja usted perplejo, Jalifa —prosiguió—. Que alguien descubra una nueva tumba no es sorprendente. Como le he dicho, las colinas están llenas de tumbas por descubrir. Pero que alguien descubra una tumba que contenga tesoros y que esa tumba esté lo bastante alejada de los emplazamientos habituales como para poder mantenerlo en secreto, sería algo insólito.

—O sea, que no tiene ni idea de qué pueda tratarse, ¿no?

—Ni la menor idea. Por supuesto, abundan las historias sobre secretos enterrados en las colinas. Dicen que los sacerdotes de Karnak enterraron todo el oro del templo en una cueva bajo el Qurn para evitar que cayese en manos de los persas. Diez toneladas de oro. Pero son cuentos de viejas. No, inspector, me temo que estoy tan a oscuras como usted.

Al-Masri volvió a su mesa y se dejó caer en el sillón. Jalifa se terminó el té y se levantó. No había dormido en toda la noche y de pronto se sintió agotado.

—De acuerdo, doctor —dijo—. Pero, si se enterase de algo no deje de informarme. Y nada de pesquisas de aficionados. Se trata de un asunto policial. El doctor agitó una mano como desestimando tal posibilidad.

—No irá a creer en serio que iré por mi cuenta a esas colinas a tratar de encontrar su condenada tumba, ¿verdad?

—Eso es exactamente lo que creo —repuso Jalifa mirando al doctor con expresión risueña.

Al-Masri frunció el entrecejo con fingido enojo y a continuación soltó una carcajada.

—De acuerdo, inspector. Haré lo que me dice. Si me entero de algo usted será el primero en saberlo.

Jalifa fue hacia la puerta.

—Maah salama, ya, doktora. Que la paz sea con usted.

—Y con usted, inspector. Aunque, si es cierto lo que me ha contado de este caso, me parece que tendrá muy poca paz.

Jalifa asintió con la cabeza y salió.

—Ah, inspector —lo llamó Al-Masri.

Jalifa se volvió a mirarlo.

—Si alguna vez viene de verdad a pedirme empleo, me encantaría concedérselo. Buenos días.

84

Saqqara

Cogieron un taxi para ir a Saqqara y siguieron prácticamente la misma ruta que había hecho Tara dos días antes. Hassan, el hombre con quien había encontrado el cadáver de su padre, no estaba en la oficina. Pero uno de sus colegas la reconoció y le dio las llaves de la casa del campamento. Siguieron con el taxi y se detuvieron frente a la casa. Se apearon y le dijeron al taxista que aguardase. Cruzaron el patio, abrieron la puerta y entraron.

El interior estaba oscuro y frío. Daniel abrió dos ventanas y los postigos para dejar entrar la luz. Tara miró alrededor. Al ver las paredes encaladas, el deshilachado sofá y las desvencijadas estanterías, pensó con tristeza en lo feliz que había sido allí

su padre y que, en cierto sentido, aquella casa se había convertido en parte de su vida. Se pasó la manga por los ojos y se volvió hacia Daniel, que estaba mirando un grabado enmarcado.

—¿Qué tenemos que buscar exactamente? —preguntó Tara.

—No lo sé —repuso él, encogiéndose de hombros—. Algo antiguo, supongo; con jeroglíficos.

Daniel fue hacia las estanterías y se puso a hojear uno de los libros. Tara dejó

caer el bolso en una silla y fue a una de las habitaciones que comunicaba con el salón. Había una cama turca en un rincón, un armario junto a la pared y, colgada de un gancho de la puerta, una raída chaqueta de safari. Metió la mano en uno de los bolsillos y sacó una cartera. Se mordió el labio inferior. Era de su padre.

—Éste es su dormitorio —dijo en voz alta.

Daniel fue hacia allí y juntos examinaron las pertenencias del finado. No tenía muchas, sólo un poco de ropa, equipo fotográfico, un par de cuadernos y un diario encuadernado en piel. Sus anotaciones eran breves y poco reveladoras, relativas casi exclusivamente al día a día de sus excavaciones. Había varias menciones a Tara, a quien se refería con la inicial T. La última anotación acerca de ella era del día anterior a su llegada a Egipto, o sea, el penúltimo día de su vida.

A El Cairo por la mañana. Reunión en la Universidad Americana para decidir el programa de estudios del curso que viene. Almuerzo en el Departamento de Antigüedades. Compra por la tarde en Jan al-Jalili para la llegada de T. De vuelta en Saqqara a última hora de la tarde.

Eso era todo. Nada que arrojase luz sobre los acontecimientos recientes. Dejaron el diario a un lado.

—A lo mejor es que ya han encontrado lo que buscaban —aventuró Tara.

—Lo dudo. De ser así no te habrían perseguido.

—¿Y cómo podemos saber que lo que buscan está aquí y no en El Cairo?

—No tenemos modo de saberlo. Mi impresión es que, fuera lo que fuese, no debía de hacer muchos días que obraba en poder de tu padre. Y como es aquí donde vivió durante los tres últimos meses, lo lógico es empezar la búsqueda por aquí. Inspeccionemos el resto de la casa.

Pasaron una hora mirando en todos los armarios y en todos los cajones; e incluso debajo de las camas, sin éxito. Aparte del equipo fotográfico, no había allí

nada que pudiese interesar ni siquiera a un ladronzuelo.

—Empiezo a temer que me he equivocado —dijo Daniel, desanimado.

Tara estaba en una de las habitaciones. La excitación de la búsqueda le había provocado una descarga de adrenalina, pero de pronto se sintió abatida. El dolor por la muerte de su padre, momentáneamente olvidado, volvió con mayor intensidad que antes, junto con una opresiva sensación de impotencia ante su irreparable pérdida. Se pasó la mano por el pelo, se dejó caer en la cama y apoyó la cabeza en la almohada. Al oír un crujido debajo de ésta, se incorporó y la levantó. Allí doblado encima de la sábana había un papiro con su nombre, Tara, escrito con tinta negra. Lo abrió y leyó.

—¡Daniel! —llamó—. Ven a ver esto.

Daniel entró en la habitación y ella le pasó el papiro. Daniel se apresuró a leerlo: *Uno de ocho, primer eslabón de la cadena, pista a pista, paso a paso, y al final la recompensa, algo oculto, pero ¿se trata de un tesoro o sólo de huesos?. Quizá los dioses te ayuden si se lo pides amablemente, acaso lmhotep, o puede que Isis o Seth. Aunque, personalmente, yo lo buscaría un poco más cerca de casa, porque nadie sabe más que el viejo Mariette.*

—¿No crees que eres ya un poco mayorcita para jugar a la busca del tesoro? —

dijo Daniel.

—Cuando yo tenía quince años mi padre me preparó una busca del tesoro para mi cumpleaños —dijo ella con una sonrisa de tristeza al recordarlo—. Fue una de las pocas veces que tuve la sensación de que realmente me quería. Creo que ésta es su manera de curar viejas heridas. Una especie de ofrecimiento de paz. Daniel le apretó cariñosamente el hombro y volvió a mirar el papiro.

—Quizá... —dijo.

—Ya sé lo que piensas —lo interrumpió ella.

—Que la recompensa acaso sea lo que buscamos, ¿no? No lo sé. Pero merece la pena averiguarlo —dijo Daniel volviendo hacia el salón—. Mariette es Auguste Mariette

—añadió—. Uno de los pioneros de la egiptología. Realizó importantes trabajos en Saqqara. Descubrió el Serapeo, las galerías subterráneas de Saqqara donde los egipcios enterraban a los toros sagrados, deidades adoradas en el templo de Menfis. Tara lo siguió y él volvió a detenerse delante del grabado que había estado contemplando.

—Auguste Mariette —dijo señalando la imagen, que representaba a un hombre de barba vestido con traje y el tradicional turbante egipcio.

Descolgó el grabado de la pared y le dio la vuelta. Fijado con cinta adhesiva había otro papiro doblado.

—Me parece que lo hemos encontrado —dijo con un brillo de entusiasmo en los ojos.

—Vamos, léelo, me estás poniendo nerviosa —lo apremió Tara.

Daniel desprendió el papiro y lo leyó.

Es una reina para un faraón y un faraón también, gobernó entre el esposo y el hijo de su esposo, se llamaba Nefertiti, un bello nombre, y con ella llegó el hermoso. El herético esposo, el condenado Akenatón, abandonado por los dioses por haberlos abandonado. Vivieron juntos, pero ¿dónde vivía ella? Quizá encuentres la respuesta en el libro.

—¿Y qué demonios significa esto? —exclamó Tara.

—Nefertiti fue la principal esposa del faraón Akenatón —le explicó Daniel-. Su nombre significa «La Bella Venida». Después de la muerte de

Akenatón, Nefertiti cambió su nombre por el de Smenjare y gobernó como un faraón. La sucedió

Tutankamón, un hijo que Akenatón tuvo con otra esposa.

—Clarísimo —dijo Tara.

—Posteriores generaciones repudiaron a Akenatón por haber abandonado a los dioses tradicionales de Egipto en favor de la adoración de un único dios: Atón —

explicó Daniel-. Él y Nefertiti mandaron construir una nueva capital, a trescientos kilómetros de aquí, que fue llamada Akenatón, el Horizonte de Atón, aunque en la actualidad se conoce con el nombre árabe: Tell el-Amarna. Realicé excavaciones allí

una temporada. —Se acercó a la librería y añadió—: Al parecer tenemos que buscar un libro sobre Amarna.

Tara fue con él y recorrieron con la mirada los títulos de los libros. Había varios relativos a Amarna, pero que no contenían ninguna pista. En uno de los dormitorios había otra librería, cuyos libros también examinaron, aunque sin éxito. Tara meneó la cabeza, desanimada.

—Esto es muy propio de mi padre. Si con la ayuda de un egiptólogo no logro dar con la pista, ¿qué hubiese podido hacer yo sola? ¡Nunca acabó de metérsele en la cabeza que a mí no me interesaban estas cosas!

Daniel no le prestaba atención. Estaba en cuclillas, con el entrecejo fruncido.

—¿Dónde vivió? —musitó—. ¿Dónde vivió Nefertiti? —Se irguió de pronto y exclamó—: Merde! ¡Seré imbécil! —Volvió a la habitación principal, se arrodilló frente a la librería y pasó el índice de la mano derecha por los lomos de los libros. Sacó un pequeño volumen y miró la portada—. Me he pasado de listo. La clave era más literal de lo que parecía.

Daniel le tendió el libro a Tara y con una sonrisa de satisfacción señaló el título: *Nefertiti vivió aquí.*

—Probablemente es el mejor libro sobre excavaciones que se haya escrito nunca. Es de Mary Chubb. Tuve ocasión de conocerla. Una mujer fascinante. A ver qué dice la clave.

El siguiente pasaje, acerca de las dinastías del antiguo Egipto resultó ser más fácil que los últimos y los condujo a un póster de la máscara mortuoria de Tutankamón colgado en una pared de la cocina. La quinta clave se hallaba en el interior de un ánfora, en uno de los dormitorios; la sexta dentro del cañón de la chimenea; la séptima detrás de la cisterna del lavabo,

y la octava y última enrollada dentro de un tubo para guardar planos, en un armario del salón. Tara y Daniel ya se sentían muy impacientes. Leyeron el último pasaje juntos, atropellándose con las palabras por su impaciencia por descubrir lo que decía: *La última al fin, ocho de ocho, la más difícil, que obliga a usar la cabeza, cerca de donde estás, pero no dentro, un viejo banco de cinco mil años, para los muertos, quince pasos hacia el sur (o quince hacia el norte), golpea en el centro, y ahora utiliza mis ojos, busca la señal de Anubis el Chacal, porque Anubis es el guardián del tesoro.*

—¿Banco para los muertos? —preguntó Tara.

—Una mastaba —explicó Daniel-. Un tipo de tumba rectangular hecha de adobe. Mastaba significa «banco» en árabe. Ven.

87

Tara recogió su bolso y salió de la casa tras él, haciendo una mueca de agobio ante el contraste del calor del exterior con el frescor que reinaba dentro de la casa. El taxista había aparcado a la sombra enfrente de la casa y se había adormilado, con la cabeza recostada en el respaldo y los pies asomando por la ventanilla. Daniel miró

alrededor, haciendo visera con la mano para protegerse del sol, y a continuación señaló a un montículo de forma redondeada que se alzaba de la arena a unos cincuenta metros por delante de ellos, a su izquierda.

—Debe de ser eso —le dijo—. No veo por aquí ninguna otra mastaba. Cruzaron el camino y fueron hasta el montículo. A medida que se acercaban, Tara reparó en una estructura hecha de adobes muy deteriorados que coronaba el montículo. Daniel contó quince pasos y alcanzó uno de los lados de la mastaba, cuya parte superior le llegaba casi al cuello.

—Debe de ser aquí —dijo Daniel-. Tenemos que buscar la imagen de un chacal. Se acuclillaron y estudiaron la desigual superficie. Tara no tardó en descubrirlo.

—¡Aquí está! —exclamó llena de júbilo.

Grabada en uno de los adobes, apenas visible, se apreciaba la imagen de un chacal echado, con las patas extendidas y las orejas erguidas. El adobe parecía estar algo desencajado. Tara introdujo los dedos por las rendijas y empezó a extraerlo. Era obvio que ya lo habían retirado antes, porque le resultó fácil sacarlo. El hueco dejó

una profunda cavidad. Daniel se remangó, echó un vistazo para asegurarse de que no hubiese escorpiones, introdujo la mano en el hueco y

la retiró enseguida sujetando una caja de cartón plana atada con un cordel. La posó sobre una rodilla y empezó a deshacer los nudos del cordel.

—¿Qué es esto? —preguntó Tara.

—No estoy seguro —respondió él—. Pesa bastante. Creo que podría tratarse de... Una sombra se cernió sobre ellos a la vez que oían un «clic» metálico. Alzaron la vista, sobresaltados. De pie en lo alto de la mastaba, empuñando una pistola, un hombre de barba, con vestiduras y turbante negros, les hizo señas de que se levantasen y les habló en árabe.

—¿Qué dice? —preguntó Tara mirando a Daniel.

—Quiere la caja —contestó él. Fue a tenderle la caja al individuo, pero Tara le sujetó el brazo.

—No —dijo.

—¿Qué...?

—Primero hemos de saber qué contiene —añadió ella.

El de la barba volvió a hablar sin dejar de apuntarles. Daniel se aprestó a tenderle la caja, y de nuevo Tara le sujetó el brazo.

—¡He dicho que no! —masculló—. Antes quiero saber qué se proponen.

—¡Por el amor de Dios, Tara! ¡Esto no es un juego! ¡Nos matará! ¡Conozco a esta gente!

El de la barba empezaba a impacientarse. Apuntó a Tara a la cabeza, luego a Daniel y después a la parte superior de la mastaba. Hizo varios disparos contra los adobes provocando una lluvia de esquirlas y de polvo que les dio en la cara y en los pies. Daniel se soltó el brazo y lanzó la caja al interior de la tumba.

—Déjalo, Tara. A mí me interesa tanto como a ti saber lo que contiene, pero no merece la pena. Créeme. Es mejor dejarlo correr.

88

Sin dejar de apuntarles, el individuo se acuclilló, alargó una mano y palpó en busca de la caja. Estaba ligeramente a su izquierda pero no acertaba. Desvió la mirada hacia abajo y sin pensárselo dos veces Tara tendió el brazo, lo agarró de la túnica y tiró de ella. El hombre gritó y cayó por el borde de la mastaba, de bruces en la arena entre Daniel y Tara, con el cuello torcido en un ángulo extraño. Por un instante ninguno de ellos se movió. Luego, mirando a Tara, Daniel se arrodilló y comprobó el pulso del hombre.

—¿Está inconsciente? —musitó Tara.

—Está muerto —respondió Daniel.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella llevándose las manos a la cara—. ¡Dios mío!

Daniel se quedó mirando al cuerpo. Le retiró el turbante y vieron que tenía una cicatriz vertical en el entrecejo. Luego se irguió y cogió a Tara del brazo con cierta brusquedad.

—Debemos marcharnos de aquí enseguida —dijo.

Daniel tiró del brazo de Tara pero, apenas habían recorrido unos metros cuando ella se soltó, volvió hasta la mastaba y recogió la caja.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Daniel, yendo tras ella y sujetándola por los hombros—. ¡Déjala! Esto está provocado... ¿Es que no le entiendes? Este tipo no es el único que... Debe de haber otros...

Tara se soltó de nuevo.

—¡Ellos mataron a mi padre! —gritó en tono desafiante—. ¡Tú haz lo que quieras, pero no voy a permitir que se queden con esta caja! ¿Lo has entendido? ¡No van a quedarse con ella!

Se miraron fijamente por unos instantes y por fin ella lo apartó con el brazo y se dirigió hacia la casa, metiendo la caja en su bolso. Daniel la siguió con la mirada, furioso, y luego fue tras ella protestando entre dientes.

Los disparos habían despertado al taxista, que en ese momento estaba de pie en medio del camino, mirando en dirección a la pareja.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al ver que se acercaban.

—Nada —le espetó Daniel-. Llévenos de vuelta a El Cairo.

—He oído disparos.

—¡Usted no se preocupe por eso y haga lo que le digo!

Se oyeron varios disparos más y vieron a dos individuos vestidos de negro corriendo por el sendero hacia ellos. Sonaron más disparos, esta vez a sus espaldas. Otros dos hombres corrían hacia ellos por el lado del desierto. El taxista gritó y se arrojó al suelo.

—¡Te advertí que ese tipo no estaba solo, Tara! —le gritó Daniel-. ¡A la casa!

¡Corre!

Daniel tiró del brazo de Tara y corrieron hacia la casa. Una bala pasó rozando sus cabezas, y otra se estrelló en el suelo y levantó una columna de polvo a dos palmos de sus pies. Llegaron a uno de los lados del edificio y saltaron a la terraza, que daba a una pendiente arenosa que llegaba hasta el

pueblo, donde numerosas personas habían salido de sus viviendas y miraban hacia arriba, alarmadas por los disparos.

—¡Corre hacia el pueblo, Tara!

—¿Y tú?

89

—Ve tú delante. Yo bajaré enseguida.

—¡No pienso dejarte solo!

—¡Oh, Dios! —exclamó Daniel, exasperado.

Se oyeron pisadas. Alguien se acercaba corriendo. Daniel miró alrededor y vio una touria apoyada contra un banco. Cogió la azada, volvió a la casa y se apostó

junto a una pared. Las pisadas se oían cada vez más cerca. Alzó la touria, respiró

hondo y, en cuanto uno de sus perseguidores asomó por la esquina, le descargó un tremendo golpe en la cabeza. Se oyó un crujido sobrecogedor y el hombre, sin soltar su Heckler and Koch, cayó de espaldas sobre la maleza. Daniel se abalanzó sobre él y le arrebató el arma.

—¡Ahora, Tara! —gritó—. ¡Mientras tenemos ocasión!

Corrieron hasta el borde de la terraza y saltaron a la pendiente en medio de una polvareda. Había una franja de arena al pie de la pendiente y luego un sendero, paralelo a un palmeral, que llegaba hasta el pueblo. Un coche traqueteaba en dirección a ellos y Daniel corrió haciéndole señas de que se detuviera. El conductor aminoró la marcha al ver el arma y se detuvo.

Se oyeron disparos procedentes de lo alto de la pendiente. Daniel se volvió y contestó al fuego. Los lugareños gritaron y se dispersaron. Daniel siguió disparando hasta vaciar el cargador y corrió hacia el coche. El conductor había salido del vehículo, dejando las llaves en el contacto y el motor en marcha. Daniel saltó al volante.

—¡Sube! —le gritó a Tara—. ¡Sube enseguida!

Ella subió por el lado del acompañante y Daniel pisó el acelerador. Los neumáticos levantaron una lluvia de gravilla al acelerar el vehículo por el sendero. Una bala destrozó una de las ventanillas traseras y otra agujereó el capó. Pillaron un bache y el coche dio un bandazo. Por un momento pensaron que se estrellarían, pero Daniel logró dominar el vehículo y se alejaron sin dejar de oír disparos. Una gran polvareda envolvía la casa que había ocupado el padre de Tara.

—No sé qué demonios hay en esa puta caja tuya —dijo Daniel-, pero después de todo esto, espero que merezca la pena.

90

Luxor

Cuando Jalifa llegó a su casa a media tarde estaba tan agotado que a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos. En cuanto entró por la puerta su hijo Alí

saltó a su cuello.

—¡Papi! ¡Papi! ¿Me comprarás una trompeta para Abu Haggag?

Las fiestas de Abu el-Haggag empezarían dentro de un par de días. Hacía semanas que Alí y sus compañeros de escuela estaban decorando una balsa para la procesión de los niños, y el pequeño estaba muy nervioso esperando a que llegasen las fiestas.

—¿Me la comprarás? —gimoteó Alí tirando de la chaqueta de su padre —. Mustafá

tiene una. Y Said.

Jalifa lo cogió en brazos y le alborotó el pelo.

—¡Claro que te la compraré!

Alí se agitaba entre sus brazos, exultante.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Papi dice que me comprará una trompeta para Abu Haggag!

Jalifa se cargó al pequeño al hombro y, rodeando los materiales de construcción para su inacabada fuente, fue hasta el salón.

Zainab estaba sentada en el sofá, con el bebé en brazos. A su lado se encontraba su hermana Sama y su cuñado Hosni. Jalifa gruñó para sus adentros.

—Hola, Sama; hola, Hosni —los saludó dejando a su hijo en el suelo. Hosni se levantó y ambos se.abrazaron. Alí fue a esconderse detrás del sofá.

—Acaban de llegar de El Cairo —explicó Zainab en un tono vagamente acusador. Zainab no hacía más que pedirle a Jalifa que la llevase a El Cairo a pasar unos días, pero él no acababa de encontrar el momento. Aparte de que suponía un gasto considerable.

—Hemos venido en avión —alardeó Sama—. Es mucho más rápido que el tren.

—Por negocios —intervino Hosni—. Tenía que ver a un nuevo proveedor. Hosni era un mayorista de aceite y rara vez hablaba de otra cosa que no fuese su negocio.

—Tenemos problemas para cubrir la demanda —prosiguió—. La gente tiene que comer, y para comer ha de cocinar con buen aceite. Es un mercado cautivo. Jalifa procuró mostrarse interesado.

—No sé si Zainab te lo habrá dicho, pero estamos a punto de lanzar un nuevo aceite de semillas de sésamo —continuó Hosni—. Es un poco más caro que el aceite que gastáis vosotros, pero de calidad excepcional. Puedo enviaros un par de latas, si queréis.

—Gracias —dijo Jalifa—. Nos encantaría, ¿verdad, Zainab? —añadió mirando a su esposa, que dejó escapar una risita.

Se moría de risa por dentro al ver cómo su esposo fingía interesarse por el negocio de su cuñado.

—Vamos, Sama —dijo Zainab, levantándose—. Dejémoslos hablar de sus cosas.

¿Quieres un vaso de karkaday, Hosni?

—Sí, gracias.

91

—¿Y tú, Yusuf?

—Por favor.

Las hermanas fueron a la cocina y Jalifa y Hosni se sentaron evitando mirarse, algo incómodos. Permanecieron unos instantes en silencio.

—Bueno, ¿y qué tal van las cosas en la policía? —preguntó por fin Hosni—. ¿Has atrapado a algún asesino hoy? —añadió, aunque estaba menos interesado en el trabajo de Jalifa que éste en el suyo.

En realidad, Hosni miraba a su cuñado por encima del hombro. ¡Trabajar todo el día por un sueldo miserable! Zainab no había conseguido lo que se llama un buen partido. Aunque, claro, podría haber sido peor. Pero también podría haber encontrado a un hombre más en consonancia con el nivel económico a que estaba acostumbrada de soltera. Alguien que comerciase con aceite, por ejemplo. Ése era el futuro. Un mercado cautivo. Y con el nuevo aceite de sésamo, los beneficios se dispararían.

—No, hoy no —repuso Jalifa.

—¿Perdón?

—Que hoy no he detenido a ningún asesino.

—Ah, bien... Tanto mejor, ¿no? O peor —dijo Hosni, e hizo una pausa tratando de retomar el hilo de la conversación—. Tengo entendido que has pedido un ascenso.

¿Crees que te lo concederán?

—Inshallah, si Alá lo quiere —repuso Jalifa encogiéndose de hombros.

—¿No crees que se trata más bien de lo que quiera tu jefe? —dijo Hosni, y se echó a reír dando palmadas en el brazo del sofá—. ¡Sama! ¡Eh, Sama! Me dice Yusuf que lo ascenderán si Alá lo quiere, y yo le digo que será si quiere su jefe. Se oyó una carcajada procedente de la cocina. Al parecer, a Sama la ocurrencia de su esposo le hacía tanta gracia como a él. Alí acababa de asomar por detrás del sillón y estaba a punto de atizarle a Hosni con un cojín, pero Jalifa lo fulminó con la mirada y el pequeño se esfumó al instante.

—¿Y qué tal va la fuente? —preguntó Hosni tras un largo silencio, por decir algo.

—Aún está a medio hacer. ¿Quieres echarle un vistazo?

—¿Por qué no?

Fueron al vestíbulo y pasaron entre sacos de cemento y botes de pintura, a ver el minúsculo estante donde Jalifa iba a instalar la fuente de la que pretendía que algún día manase agua.

—Me parece un poco pequeña —comentó Hosni.

—Habrá más espacio cuando quite todos los materiales.

—¿De dónde haces llegar el agua?

—De la cocina.

Hosni se rascó el mentón, muerto de risa por dentro.

—¿Y por qué no te limitas a...?

Lo interrumpió Alí, que eligió aquel momento para correr hacia ellos y, sin querer, volcó un bote lleno de aguarrás. Un líquido viscoso de un color blanco grisáceo se extendió sobre el cemento del suelo.

—¡Maldita sea, Alí! —exclamó Jalifa—. ¡Zainab! ¡Trae un trapo!

Su esposa se asomó y dijo:

—No voy a malgastar un trapo de cocina para fregar eso. Límpialo con papel de periódico.

—No tengo.

—Yo sí llevo uno, un ejemplar atrasado del Al-Ahram —dijo Hosni—. Espera... Hosni fue a buscar el periódico al salón y empezó a cubrir el charco de aguarrás con hojas del mismo.

—¿Lo ves? Es un absorbente estupendo —dijo, y en el momento en que se disponía a colocar otra hoja, Jalifa le sujetó el brazo.

—Espera... —le dijo, arrodillándose—. ¿De qué fecha es este periódico?

—Pues...

—¿De qué fecha? —repitió Jalifa en tono apremiante.

—De ayer —contestó Hosni, desconcertado.

El inspector había apoyado una rodilla en el charco de aguarrás pero no pareció

percatarse de ello. Estaba inclinado hacia delante, leyendo con sumo interés algo que aparecía en la parte inferior de una página, pasando el índice de la mano derecha por las líneas a medida que las leía. Alí se acercó a él y se arrodilló a su lado, pasando también el dedo por el papel, imitando a su padre.

—Ayer —musitó Jalifa cuando hubo terminado de leer el artículo—. Ayer. O sea, a Nayar lo mataron el viernes, y a éste..., con un día de diferencia. —Guardó silencio por unos segundos, pensativo, y luego exclamó—: ¡Joder! —Se irguió. Tenía una mancha en la rodilla izquierda —. ¡Joder!

—¡Joder! —repitió Alí, saltando tras él. Su padre lo fulminó con la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hosni—. ¿Qué pasa?

Jalifa no le hizo caso y corrió a la cocina, olvidando su agotamiento.

—Debo irme, Zainab —informó a su esposa.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A El Cairo.

—¡A El Cairo!

Por un momento pareció que su esposa iba a montar una escena, pero en lugar de ello se le acercó y lo besó en la frente.

—Espera, te traeré unos pantalones limpios.

En el pasillo Hosni leía el artículo que había sobresaltado a Jalifa. Aparecía una fotografía de un tipo malcarado con un parche en el ojo. El titular rezaba: «Anticuario de El Cairo brutalmente asesinado».

Hosni meneó la cabeza. En el mundo del aceite no ocurrían esas cosas, pensó.

93

El Cairo

Durante el trayecto de regreso a El Cairo apenas hablaron. Daniel iba concentrado en la conducción mirando nerviosamente por el espejo

retrovisor para comprobar si los seguían. Tara no hacía más que mirar su bolso. Hasta que hubieron llegado a la carretera El Cairo-Gizeh y giraron a la derecha hacia el centro de la ciudad no rompió Daniel el silencio.

—Perdona, Tara, pero no creo que llegues a entender lo peligroso que es todo esto. Esos tipos... son seguidores de Saif al-Thar. ¿Te has fijado en la cicatriz vertical que tienen en el entrecejo? Es la marca que los identifica.

Tara estaba jugueteando distraídamente con la cremallera de su bolso.

—¿Quién es ese Saif al-Thar? —preguntó—. No hago más que oír su nombre.

—Un líder fundamentalista —respondió Daniel, que dio un ligero golpe de volante para esquivar a un ciclista que llevaba en la cabeza una bandeja de mimbre llena de pastas para el té—. Su nombre significa «la Espada Vengadora». Predica una mezcla de nacionalismo egipcio y extremismo islámico. No se sabe mucho acerca de él, salvo que apareció en el mundo del terrorismo en los años ochenta. Desde entonces no ha hecho sino organizar atentados mortales, casi siempre contra occidentales. Hace un par de años hizo estallar un coche bomba al paso del embajador estadounidense. El gobierno ofrece un millón de dólares de recompensa por su captura, vivo o muerto. —

Ladeó ligeramente la cabeza sonriéndole con un rictus de amargura y añadió—: Te has cubierto de gloria, Tara. Acabas de crearte un enemigo que es el tipo más peligroso de Egipto. ¡Dios!

Tara guardó silencio. Siguieron a lo largo de un par de kilómetros, adentrándose cada vez más en la ciudad hasta llegar a un tramo sobreelevado donde había un atasco descomunal. Estuvieron parados durante cinco minutos y luego, maldiciendo entre dientes, Daniel giró a la izquierda y logró encontrar aparcamiento en un callejón lleno de basura.

—Debemos salir cuanto antes de aquí —dijo Daniel en cuanto se hubo apeado—. Es demasiado peligroso. No creo que nos hayan seguido, pero nunca se sabe. Tienen gente por todas partes.

Echaron a andar hasta unos terrenos cercados. Tara pensó que debían de corresponder a un parque, pero enseguida reparó en que se trataba de un zoológico. Había una entrada treinta metros más adelante; Daniel la cogió del brazo y fueron hacia allí.

—Entremos. Será menos probable que nos vean. Además, hay teléfono público. Pagaron las veinte piastras que costaba la entrada y traspusieron uno de los tornos. El ruido de la ciudad se extinguió como por ensalmo en

cuanto se hubieron adentrado unos metros en el zoo. Apenas oían más que el canto de los pájaros. Pasaron junto a familias y jóvenes parejas sentadas en los bancos con las manos entrelazadas. Oyeron el murmullo del agua cerca de donde estaban. Se adentraron por un sendero sombrío mirando continuamente hacia atrás, por si los seguían. Pasaron por delante del foso de los rinocerontes, de la jaula de los monos, de un estanque en el que se bañaban varias focas y de otro lleno de flamencos, hasta llegar junto a un banano a cuya sombra había un banco de piedra. Se sentaron. Había una cabina telefónica a cinco metros de allí, y, enfrente, un foso con un elefante de aspecto cansino, con una pata sujeta a unos barrotes con una cadena. Daniel miró hacia los senderos que desembocaban en aquel sector. Luego cogió el bolso de Tara, lo abrió y sacó la caja.

—Vayamos por partes y veamos qué contiene —dijo.

Miró alrededor, retiró el cordel y destapó la caja. Dentro, encima de una capa de paja, había un objeto plano envuelto en papel de periódico, con una tarjeta fijada con cinta adhesiva:

Esto me ha parecido apropiado, Tara. Con mi cariño de siempre. Papá.

Daniel miró a Tara, sacó el objeto y retiró el papel. Era un fragmento, al parecer de yeso, de forma cuadrangular, con los bordes irregulares. Estaba pintado de un color amarillo pálido y tenía tres columnas de jeroglíficos de color negro y, a la izquierda, parte de una cuarta columna. Al pie había una hilera de figuras que representaban serpientes con la cabeza erguida. Tara dedujo que ésa debía de ser la razón por la que su padre había elegido aquel objeto.

Daniel le dio la vuelta a la tablilla y asintió con la cabeza como si comprendiese.

—¿Sabes qué es? —preguntó Tara.

Como Daniel no contestó, Tara repitió la pregunta.

—Yeso —respondió él, abstraído—; parte de la decoración de una tumba. Los jeroglíficos pertenecen a un texto más extenso. ¿Ves? Esto es parte de una frase... Artísticamente es bastante bueno. O, mejor dicho, muy bueno —añadió con una sonrisa.

—¿Es auténtico?

—Sin duda; del período tardío. Probablemente griego, o romano; o quizá de la época de la ocupación persa. No muy anterior. Y casi con toda seguridad de Luxor.

—¿Cómo lo sabes?

Daniel miró el trozo de periódico en el que estaba envuelto el fragmento. En la parte superior había algo escrito en árabe.

—Al-Ugsur —tradujo—. Luxor. Es de un periódico local.

Tara se acercó el fragmento y lo miró meneando la cabeza.

—No entiendo que mi padre lo comprase, si es auténtico. Detestaba el tráfico de antigüedades del patrimonio cultural. No paraba de lamentarse del gran daño que causa.

Daniel se encogió de hombros.

—Es probable que creyese que se trataba de una falsificación. No pertenece a la época en que él era especialista. Para quien no sea un experto en el arte funerario del período tardío, resulta difícil de distinguir de un fragmento auténtico. De haber sido del Imperio Antiguo tu padre lo habría reconocido de inmediato.

—Pobre papá —dijo Tara, y soltó un suspiro—. Se habría llevado un tremendo disgusto —añadió devolviéndole el fragmento—. ¿Qué significan los jeroglíficos?

Daniel posó la tablilla en su regazo y la examinó.

—Se lee de derecha a izquierda. Fíjate: la primera columna dice abed, que significa «mes». Esos trazos equivalen al número tres, y luego dice peret, que era una de las divisiones del año egipcio, más o menos equivalente a nuestro invierno. O sea, que dice: «En el tercer mes del invierno». Luego... —Frunció el ceño y añadió—: Esto parece un nombre: Ib-Wer-Imenty. Gran Corazón del Oeste; ib-wer, «gran corazón»; imenty, «del oeste». Es un nombre propio. Probablemente un apodo, y sin duda no es parte de un nombre regio, o por lo menos de ninguno que yo haya oído.

Daniel reflexionó unos momentos repitiendo el nombre para sí. Luego deslizó el índice de la mano derecha por el texto de la segunda columna.

—La primera palabra es mer —prosiguió—, que significa «pirámide»; luego iteru, que era una antigua unidad de medida; y al lado el número noventa; es decir «la pirámide de noventa iteru». La siguiente columna empieza con lo que parece jeperen, aunque estos dos jeroglíficos de la parte superior están rotos y... —Ladeó la tablilla para que le diese mejor la luz y añadió—: Sí, no cabe duda de que dice jeperen, o sea, «sucedió», y luego dia wer, «una gran tormenta». Y esta figura cortada de la parte izquierda parece parte de otro número, aunque es imposible saber cuál. Y eso es todo.

Daniel siguió mirando la tablilla unos momentos meneando la cabeza. Volvió a meterla en la caja, la tapó y la guardó en el bolso de Tara.

—Si realmente procede de una tumba tebana de la época tardía es una auténtica rareza —dijo—. No abundan decoraciones pintadas en las tumbas posteriores al Imperio Nuevo. Pero aun así dudo de que nadie pagara más de unos cientos de dólares por esto. No justifica matar a nadie.

—¿Y por qué les interesa tanto a esos tipos?

—¡Sólo Dios lo sabe! Quizá quieran la versión completa del texto del que formaba parte. Pero no tengo ni idea de por qué pueden considerar el texto tan importante. —Sacó un puro del bolsillo de la camisa, lo encendió, exhaló una bocanada de humo y añadió—: Espera aquí.

Fue a la cabina telefónica, descolgó el auricular, introdujo una tarjeta en la ranura y marcó. Miró hacia Tara un momento y luego se volvió y empezó a hablar. Estuvo hablando casi tres minutos. Gesticuló varias veces, furioso, luego colgó y volvió al banco. Tara observó que tenía la frente perlada de sudor.

—Han estado en mi hotel. Tres tipos. Por lo visto, han puesto mi habitación patas arriba. El dueño está aterrado. ¡Mierda!

Daniel se inclinó hacia delante frotándose la cara. Una niña se acercó a ellos corriendo, los miró y se alejó entre risas. En una jaula cercana un mono soltó un chillido estridente.

—Deberíamos acudir a la policía —dijo Tara.

—¿Después de robar un coche y matar a dos egipcios? ¿Has perdido la razón?

—¡Ha sido en legítima defensa! ¡Eran terroristas!

—Dudo de que la policía lo interpretase así. Créeme, sé cómo piensan.

—Tenemos que...

—¡Te digo que no, Tara! No haríamos más que empeorar las cosas, por si no estuviesen ya bastante mal.

Se produjo un tenso silencio.

—La embajada —dijo al fin Daniel-. Llamemos a la embajada británica. Es el único lugar seguro. No estamos en nuestro país, y necesitamos protección. Tara asintió con la cabeza.

—¿Tienes el número? —preguntó él.

Ella hurgó en un bolsillo y sacó la tarjeta que le había dado Squires el día anterior.

—De acuerdo, llama. Cuéntale lo que ocurre. Y dile que necesitamos ayuda con urgencia.

96

Daniel le dio su tarjeta magnética y ella fue a la cabina y marcó.

—Diga —contestó Charles Squires a la segunda llamada.

—¿Señor Squires? —dijo Tara, aliviada al reconocer la voz del diplomático— Soy Tara Mullray.

—Hola, señorita Mullray —la saludó Squires, que no parecía sorprendido por la llamada—. ¿Va todo bien?

—No, ni mucho menos. Estoy con un amigo y...

—¿Un amigo?

—Sí, un arqueólogo. Se llama Daniel Lacage. Conocía a mi padre. Tenemos problemas. No puedo explicárselo por teléfono. Ha ocurrido algo muy serio.

—¿No puede ser más explícita?

—Alguien trata de matarnos.

—¿De matarlos?

—Sí, de matarnos. Necesitamos protección.

—¿Tiene eso algo que ver con el hombre del que me habló ayer, el que me comentó que la seguía?

—Sí. Hemos descubierto una cosa que, por lo visto, les interesa tanto que están dispuestos a matarnos para obtenerla —dijo Tara, consciente de que su explicación no sonaba muy plausible.

—Bueno, tranquilícese. ¿Dónde están?

—En El Cairo, en el zoológico.

—¿En qué parte del zoológico?

—Frente al foso del elefante.

—¿Y tienen... esa cosa con ustedes?

—Sí.

Squires guardó silencio por unos momentos. Tara tuvo la impresión de que tapaba el auricular con la mano para que no oyese lo que le decía a quien estuviese a su lado.

—Ahora mismo les enviamos a Crispin —dijo al fin—. No se muevan de ahí.

¿Entendido? Quédense donde están. Llegaremos lo antes posible.

—De acuerdo.

—No se preocupen, no va a ocurrirles nada.

—Gracias.

—Hasta ahora —dijo Squires, y colgó el auricular.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Daniel cuando Tara volvió al banco.

—Que envían a un funcionario y que no nos movamos de aquí.

Daniel asintió con la cabeza. Guardaron silencio unos instantes, Daniel fumando su cigarro y Tara mirando fijamente su bolso. Había confiado en que la tablilla arrojase alguna luz sobre lo que ocurría, pero en lugar de ello parecía confundirlo todo aún más, como si un extraño código añadiese unas líneas más crípticas todavía, y más difíciles de descifrar.

—Quizá el doctor Yamal pueda ayudarnos —dijo Tara, que estaba asustada. Daniel le dirigió una mirada inquisitiva.

97

—Es un colega de mi padre —le aclaró ella—. Lo conocí ayer en la embajada. Quizá él sepa por qué es tan importante esta tablilla.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Daniel encogiéndose de hombros.

—Es director adjunto del Departamento del Patrimonio Cultural.

—El director adjunto del Departamento del Patrimonio Cultural es Mohamed Fesal.

—Bueno, pues un alto cargo de ese departamento, entonces. Tal vez no entendí

bien.

—¿Dices que se llama Yamal? —preguntó Daniel dándole una calada al cigarro.

—Sí, doctor Yamal Sharif; Sharif... como Omar Sharif.

—Nunca he oído hablar de ningún doctor Yamal Sharif.

—¿Y por qué tendrías que haber oído hablar de él?

—Pues porque si ocupa un alto cargo en ese departamento debería conocerlo, por fuerza. Trato con todos ellos a menudo. —Daniel fue a darle otra calada al puro, pero se limitó a acercárselo a la boca y añadió—: ¿Y qué más te dijo el tal Yamal Sharif?

—No gran cosa; que había trabajado con mi padre en Saqqara, que encontraron una tumba juntos, en mil novecientos setenta y dos, o sea, el año que yo nací.

—¿Qué tumba?

—No me acuerdo. Hotep, o algo así.

—¿Ptah-Hotep?

—Sí, eso es.

Daniel se la quedó mirando con fijeza.

—¿Y con quién acabas de hablar ahora.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Daniel tenía la frente más cubierta de sudor que antes. Sus ojos reflejaban inquietud.

—Tu padre descubrió la tumba de Ptah-Hotep en mil novecientos sesenta y tres, el año que nací yo. Y la descubrió en Abydos, no en Saqqara —le explicó Daniel, tirando el resto del puro y levantándose—. ¿Con quién acabas de hablar? —repitió en tono angustiado.

—Con Charles Squires, el agregado cultural.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no nos movamos de aquí; que nos envían a un funcionario.

—O sea... ¿le has dicho dónde estamos?

—¡Claro que le he dicho donde estamos! ¿Cómo van a encontrarnos si no?

—Y... la tablilla. ¿Le has mencionado lo de la tablilla?

—No exactamente...

Tara se interrumpió visiblemente inquieta.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. ¿Tara?

—Pues que, literalmente, le he dicho que habíamos descubierto una cosa. Pero él me ha preguntado si la teníamos con nosotros, como si supiera que se trata de un objeto...

Daniel la miró y la cogió de la mano.

—Vamos. Tenemos que largarnos de aquí enseguida.

—Pero... esto es demencial. ¿Por qué van a mentirnos los de la propia embajada?

—No lo sé. Sin embargo, estoy seguro de que ese doctor Yamal no es quien dice ser, y si él no lo es, lo más probable es que el agregado cultural tampoco sea el agregado cultural.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Ya te he dicho que no lo sé. No obstante, debemos marcharnos de aquí cuanto antes. ¡Vamos!

El tono de voz de Daniel era inequívoco. Estaba alarmado. Cogió el bolso de Tara y se alejaron rápidamente. Rodearon el foso del elefante y siguieron por un sendero flanqueado de árboles. Al llegar al pie de un montículo se volvieron.

—¡Mira! —exclamó Daniel señalando a tres hombres trajeados y con gafas de sol. Acababan de llegar junto al banco que Tara le había indicado a Squires. Uno fue hasta la cabina telefónica y miró dentro.

—¿Quiénes son? —musitó Tara.

—No lo sé. Pero no han venido a dar un plácido paseo. Larguémonos antes de que nos vean.

Dieron media vuelta, remontaron el montículo y salieron del zoo. Una vez en la calle, Daniel paró un taxi y subieron.

—Me temo que vamos a tener más problemas de los que imaginaba, Tara —dijo mirando por la luna trasera.

Squires se puso al teléfono nada más oírlo sonar.

—Diga.

Escuchó lo que le decía la persona que llamaba sosteniendo el auricular con una mano mientras con la otra desenvolvía un caramelo; sin hablar, con el rostro inexpresivo. Cuando la persona que llamaba hubo terminado de hablar, se limitó a darle las gracias y a decirle que siguiese buscando. Colgó el auricular y en lugar de llevarse el caramelo a la boca lo dejó encima de la mesa. Hizo entonces tres llamadas, y en las tres dijo lo mismo: «La tenemos», y colgó.

Después de la tercera llamada se retrepó en su asiento, cogió el caramelo de encima de la mesa y se lo metió en la boca. Permaneció inmóvil durante un rato, con los ojos entornados y las yemas de los dedos frente a la cara, como si rezara. Cuando el caramelo se le hubo disuelto completamente en la boca se inclinó hacia delante, abrió un cajón y sacó un libro de tapa dura. En la cubierta había una fotografía de un muro cubierto con jeroglíficos de colores y el título: *Prácticas funerarias en la necrópolis de Tebas en el período tardío*, de Daniel Lacage. Se puso las gafas, volvió a retreparse, cruzó las piernas y, con una sonrisa, abrió

el libro.

99

Luxor

—Estos asesinatos están relacionados —insistió Jalifa—. No me cabe duda de ello.

Estaba sentado en un despacho grande, muy pulcro y ordenado, de la primera planta de la jefatura de policía de Luxor. Frente a un escritorio, sentado en un ostentoso sillón de piel negra, se encontraba el comisario Abdul ibn-Hassani, su jefe. Jalifa ocupaba una pequeña butaca, destinada a

propósito para realzar el alto cargo que ocupaba Hassani en la jerarquía policial. El comisario no perdía ocasión de demostrarle a sus subordinados quién era el que mandaba.

—Bien. Comience de nuevo por el principio —dijo Hassani—. Pero ahora más despacio.

El comisario era un hombre alto y fornido con hombros de luchador, pelo muy corto y un vago parecido con el presidente Hosni Mubarak, cuyo retrato estaba colgado en la pared a su espalda. Nunca se había llevado bien con Jalifa, a quien le desagradaba la obsesión de su jefe por ceñirse siempre a la letra del reglamento. Y

Hassani desconfiaba del talante académico de Jalifa y de su tendencia a dejarse llevar por la intuición más que por los hechos, así como por su fascinación por el pasado. El comisario era un hombre pragmático. Consideraba una pérdida de tiempo preocuparse por lo que hubiese ocurrido hacía miles de años. Prefería centrarse en los casos que se le presentasen, y solucionarlos. Y, en su opinión, eso se conseguía trabajando mucho, prestando atención al menor detalle y respetando a los superiores, y no haciendo conjeturas acerca de personas con nombres impronunciables, muertas tres mil años atrás. La historia constituía una distracción, una mera afición, y Jalifa se mostraba muy proclive a ese tipo de distracciones. Ésa era la razón de que Hassan¡

no lo hubiese ascendido aún, porque en su opinión no daba la talla. Debería estar trabajando en una biblioteca y no en una comisaría.

—Según el artículo del periódico —dijo Jalifa—, el tal Iqbar fue encontrado en su tienda con la cara y el cuerpo acuchillados.

—¿Qué periódico?

—Al-Ahram.

Hassani dejó escapar una risita despectiva, pero le indicó a Jalifa con un ademán que prosiguiese.

—Tenía el mismo tipo de heridas que Nayar, quien traficaba con antigüedades. El tal Iqbar era anticuario. Ambos fueron asesinados de la misma manera, con un día de diferencia. Ha de ser algo más que una coincidencia, sobre todo si tenemos en cuenta lo del billete de tren de Nayar. Estuvo en El Cairo un día antes de que Iqbar fuese asesinado. Tiene que haber una relación.

—¿Existe alguna prueba contundente? Me gusta atenerme a los hechos, no guiarme por intuiciones.

—Bueno... todavía no he visto el informe del forense de El Cairo...

—En tal caso, podría ser que no los matasen de la misma manera. Ya sabe usted cómo exageran los periódicos, especialmente diarios como Al-Ahram.

—Todavía no he visto el informe del forense —repitió Jalifa—, pero estoy seguro de que demostrará que los mataron de la misma manera. Estoy convencido de que ambos casos están relacionados.

—Adelante, pues —dijo Hassani en tono resignado—. ¿Cuál es su hipótesis?

100

—Creo que Nayar encontró una tumba...

—¡Ya me temía yo que sacara a relucir lo de alguna tumba antigua!

—O quizá la descubriese otra persona y Nayar se enterase. En cualquier caso, debía de tratarse de un hallazgo importante. Fue a El Cairo. Le vendió a Iqbar algunos objetos y cobró. Luego regresó y se gastó el dinero. Probablemente pensó que iba a tener todo el que quisiese. Pero alguien estaba al corriente de lo de la tumba, y no estaba dispuesto a compartir lo que ésta contuviera.

—Eso es pura especulación, inspector, pura especulación.

Jalifa hizo caso omiso del comentario del comisario y prosiguió.

—Quizá Nayar se quedara con algo muy valioso que ellos querían. Puede que el solo hecho de conocer la existencia de la tumba bastase para firmar su sentencia de muerte. O quizá se debió a ambas cosas. En cualquier caso, quienes quiera que fuesen, lo localizaron y lo torturaron para que les dijese qué más sabía acerca del hallazgo. Después fueron a El Cairo e hicieron lo mismo con Iqbar. Y, si no los detenemos, harán lo mismo con otras personas.

—Y según usted, ¿quiénes son esos lunáticos que están dispuestos a hacer una carnicería por unos trastos viejos?

Lo dijo como si se burlase de las fantasías de un niño de cinco años. Jalifa guardó silencio por un instante antes de contestar.

—Tengo razones para sospechar que se trata de Saif al-Thar.

—¡Por el amor de Dios, Jalifa! —tronó el comisario—. Por si no bastase aventurar que nos las tenemos que ver con un asesino en serie, involucra usted nada menos que a ese sanguinario Saif al-Thar. ¿Qué pruebas tiene?

—Lo sé de buena fuente.

—¿Qué fuente?

—Una persona que trabaja en Deir el-Bahari. Antes era vigilante del templo.

—¿Antes?

—Resultó herido en un accidente.

—¿Y ahora? ¿En qué trabaja ahora su... buena fuente?

Jalifa se mordió el labio inferior, temiéndose la reacción de Hassani.

—Es encargado de los lavabos.

—¡Maravilloso! —bramó el comisario—. La fuente de Jalifa es el encargado de los lavabos.

—No conozco a nadie que sepa tanto como él de lo que ocurre en Luxor y sus alrededores. Y es una persona de absoluta confianza.

—Ya. Debe de ser de lo más eficiente limpiando mierda, pero de ahí a ser útil a la policía...

Jalifa encendió un cigarrillo y miró por la ventana. El despacho del comisario daba al templo de Luxor, del que tenía una de las mejores vistas. Era una pena malgastarla con alguien tan estúpido como Hassani, pensó.

Se oía la llamada del muecín a los fieles para los rezos de media tarde.

—Los anticuarios de la ciudad, sin excepción, están asustados —dijo Jalifa—. Todos aquellos con quienes he hablado de este caso están muertos de miedo. Estoy seguro de que ocurre algo grave, señor.

—Sin duda —masculló Hassani—, pero en su cabeza, inspector.

—Si me permitiese usted ir a El Cairo por un día y hacer algunas indagaciones...

—Eso sería dar palos de ciego. El tal Naydar, o como quiera que se llame, debió

de ser asesinado por alguien a quien le debía dinero. ¿No me dijo usted que le debía dinero a todo el mundo?

—Sí, señor, pero...

—O por alguien a quien hubiese ofendido. ¿No me dijo usted también que se metía con todo el mundo?

Jalifa se encogió de hombros.

—Y a lqbar debió de rajarlo un ladrón —prosiguió el comisario—, si es que lo rajaron, lo cual, sabiendo cómo suele informar Al-Ahram, es poco probable. Y, en todo caso, no los mató la misma persona. Creo que va usted demasiado lejos en su hipótesis.

—Es que tengo el presentimiento de que...

—Los presentimientos no tienen nada que ver con el trabajo policial. Lo que importa son los hechos. Pensar con claridad. Basarse en las pruebas. Los presentimientos no hacen más que desviarnos del camino correcto.

—¿Como en el caso de Al-Hamdi?

El comisario lo fulminó con la mirada.

El caso de Ommaya al-Hamdi los había sorprendido a todos, incluso al propio Hassani. Ommaya era una adolescente a la que habían encontrado desnuda y estrangulada en el fondo de un pozo. Sólo tenía catorce años. Detuvieron a un muchacho del pueblo, retrasado mental, que tras intensos interrogatorios confesó el crimen. Pero Jalifa no se quedó muy convencido con la confesión, porque intuyó que el caso no era tan sencillo como aparentaba. Sus dudas provocaron la ira de Hassani y las ironías de sus colegas, pero él hizo caso omiso y siguió con la investigación por su cuenta. Averiguó que el verdadero culpable era un primo de la chica, que se había enamorado de ella. Jalifa nunca obtuvo el menor reconocimiento por la solución del caso, pero desde entonces todos se mostraron más respetuosos con sus intuiciones.

—Bien —dijo el comisario—. ¿Qué es exactamente lo que me pide?

—Ir a El Cairo —contestó Jalifa, percatándose de que su jefe se ablandaba—. Hacer indagaciones sobre el asesinato de Iqbar y ver si ese caso puede arrojar alguna luz sobre el que nos ocupa aquí. Puedo ir y venir en el día.

Hassani hizo girar el sillón y miró hacia la ventana. Justo en aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Espere! —gritó Hassani, que hacía tamborilear los dedos sobre la mesa.

—Iré en el tren nocturno —añadió Jalifa—. Así ahorraré el billete de avión.

—¡Por supuesto que irá en el tren! —exclamó Hassani—. No pretenderá viajar como un turista, ¿verdad? —agregó haciendo girar de nuevo el sillón hacia el inspector—. Un día. Ése es todo el tiempo que puedo concederle. Sólo un día. Vaya esta noche y vuelva mañana por la noche. ¡Y quiero un informe completo encima de mi escritorio a primera hora! ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Pida el dinero en caja, y que lo carguen a gastos corrientes.

—Gracias, señor.

Jalifa se levantó y fue hacia la puerta.

102

—Espero que tenga razón en esto, inspector —gruñó Hassani—. Por su bien. Porque de lo contrario voy a tenerlo aún menos en cuenta que ahora para...

—¿Y si estoy en lo cierto, señor?

—¡Largo!

103

El Cairo

—¿Adónde, señor? —preguntó el taxista.

—A cualquier sitio —contestó Daniel-. Al centro.

—¿Por Midan Tahrir?

—Sí, está bien.

Al cabo de un par de minutos Daniel se inclinó hacia delante.

—Oiga... en lugar de a Midan Tahrir llévenos a Zamalek. Sharia Abdul Azim. El taxista asintió con la cabeza y Daniel se recostó en el respaldo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tara.

—A ver a mi abogado, Mohamed Samali. Puede que sea la persona menos de fiar de El Cairo, pero en estos momentos no se me ocurre nadie más que pueda ayudarnos.

El taxi zigzagueó entre el denso tráfico mientras Daniel y Tara miraban cada uno por su ventanilla. Al cabo de un par de minutos Daniel tomó la mano de Tara, pero siguieron en silencio, sin mirarse.

Zamalek era un barrio de lujosos chalets y altos edificios de apartamentos. Se detuvieron frente a un bloque de aspecto muy moderno, con jardines primorosamente cuidados y un vestíbulo con puertas de cristal y paredes revestidas de paneles de madera. Daniel pulsó el botón del interfono del apartamento 43. Aguardó unos segundos e insistió.

—¿Sí?

—¿Samali? Soy Daniel Lacage.

—¡Qué agradable sorpresa, Daniel! —exclamó Samali con un leve balbuceo—. Me pilla en un momento algo inoportuno. ¿No podría...?

—Es urgente. Necesito hablar con usted ahora mismo.

—Espere en el vestíbulo cinco minutos y luego suba. Es la cuarta planta, ya lo sabe.

Se oyó el zumbido del portero automático y Daniel empujó la puerta. Entraron en el vestíbulo, alfombrado y con aire acondicionado. Aguardaron

cinco minutos y luego tomaron el ascensor hasta la cuarta planta. El apartamento de Samali estaba hacia la mitad de un pasillo enmoquetado y con grabados de monumentos en ambas paredes. Llamaron a la puerta, aguardaron y por fin oyeron pisadas.

—Ten cuidado con lo que le dices —musitó Daniel-. Y no saques la caja del bolso. Es mejor que no la vea. Samali vendería a su madre si eso fuera a reportarle algún beneficio. Cuanto menos sepa, mejor.

—Perdón por hacerles esperar —dijo Samali tras abrir varias cerraduras y franquearles la entrada—. Adelante, por favor.

Samali era alto y muy delgado, completamente calvo. Le brillaba tanto la piel que parecía que se hubiese bañado en aceite. Los condujo por un pasillo hasta un salón espacioso, de estilo minimalista, con un parquet de color muy pálido, paredes encaladas y varios sofás de piel y metal. A través de una puerta entreabierta Tara vio a dos muchachos. Uno de ellos iba en albornoz. Al verla cerraron la puerta de inmediato.

—No nos conocemos, ¿verdad? —dijo Samali mirando a Tara.

—No. Le presento a Tara Mullray —dijo Daniel-. Una buena amiga.

—Encantadora —dijo Samali, que le tomó la mano, se la acercó a los labios y se la besó. Se le dilataron las fosas nasales ligeramente, como si la olisquease. A continuación señaló un sofá de piel-. Tomen asiento, por favor. ¿Una copa?

—Sí, por favor —dijo Daniel.

—¿Y usted, señorita Mullray?

—Lo mismo, gracias.

Samali fue hasta un mueble-bar, sacó una botella y llenó dos vasos en los que puso sendos cubitos de hielo. Les pasó los vasos y se sentó frente a ellos a la vez que se cogía una boquilla de jade e introducía un cigarrillo en ella.

—¿No bebe usted nada? —preguntó Daniel.

—Yo prefiero mirar —dijo sonriente Samali, que encendió el cigarrillo y aspiró el humo con fruición. Tenía las cejas muy finas y negras y Tara reparó en que se las perfilaba con lápiz de ojos.

—Bueno... ¿y a qué debo el placer?

Daniel lo miró, pero de inmediato desvió la mirada hacia la ventana, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre el brazo del sofá.

—Necesitamos ayuda.

—¡Claro que necesitan ayuda! —exclamó con una sonrisa Samali, que se volvió

hacia Tara cruzando las piernas y alisándose los pantalones—. Pertenezco a la vilipendiada raza de los abogados, señorita Mullray; vilipendiada salvo cuando alguien necesita su ayuda. Entonces somos indispensables. —Señaló el lujoso apartamento con un amplio ademán y añadió—: Pero es una profesión rentable, aunque un poco descorazonadora. Una de las primeras cosas que aprendemos es que nunca se nos hace una visita puramente social; siempre se trata de, ¿cómo expresarlo?, alguna necesidad.

Samali hablaba en tono de broma, pero con una perceptible frialdad en la mirada, como si comprendiese que la cordialidad de sus visitantes era fingida y quisiera que éstos supiesen que la suya también. Echó la cabeza hacia atrás y dio una profunda calada, mirando al techo.

—Bien... —prosiguió—, ¿qué necesita, Daniel? ¿Problemas con su licencia de excavación? ¿O quizá Steven Spielberg quiere filmar su trabajo y necesita usted ayuda para los permisos? —añadió riéndose la gracia.

Daniel apuró el whisky y dejó el vaso a un lado.

—Necesito información —contestó con sequedad.

—¡Información! —repitió Samali—. ¡Qué halagador, que un erudito de su fama venga a pedirme información! No se me ocurre nada que pueda saber yo que no sepa usted. Pero, por favor, dígame lo que sea.

Daniel se inclinó hacia delante haciendo crujir la tapicería de piel. Dirigió a Samali una mirada escrutadora y desvió la vista hacia la ventana.

—Quiero información sobre Saif al-Thar.

—¿Algo concreto, o sólo un resumen sucinto?

—Necesito información sobre Saif al-Thar en relación con el tráfico de antigüedades.

—¿Puedo preguntarle por qué? —inquirió Samali algo titubeante.

—Es mejor no entrar en detalles. Por su seguridad y por la nuestra. Creemos que Saif al-Thar está interesado en un determinado objeto, y necesitamos saber por qué.

—Se muestra usted muy críptico, Daniel —dijo Samali alzando la mano izquierda y mirándose las uñas.

Tara creyó oír cuchicheos procedentes de una de las estancias contiguas al salón.

—¿Me equivoco al pensar que esa misteriosa antigüedad está en la caja que asoma del bolso de la señorita Mullray? —añadió el abogado.

Tara y Daniel no dijeron nada.

—Deduzco por tu silencio que así es. —Samali miró fijamente a Tara —. ¿Me permite verla?

Tara los miró a ambos y luego a su bolso. Se produjo un silencio embarazoso, que Samali rompió con una áspera carcajada.

—Estoy seguro de que el doctor Lacage le ha indicado que no me la muestre —

dijo Samali—. Es otra de las lecciones que aprende uno en mi profesión, o sea, que rara vez confían en nosotros. —Hizo un ademán de despreocupación y añadió—: No importa. Resérvenselo, si lo prefieren. Simplemente, hace que me resulte más difícil contestar a su pregunta. Es como jugar una mano de póquer sin que te permitan ver todas tus cartas. —Volvió a mirarse las uñas antes de proseguir—: En fin... quieren ustedes información acerca de la Espada Vengadora y de las antigüedades, ¿no es así? —preguntó pensativo—. Se trata de una indagación muy peligrosa. ¿En cuánto... la valoran?

Daniel cogió el vaso que había dejado en la mesa baja contigua al sofá y se puso de pie. Fue hasta el mueble-bar y se sirvió otro whisky con mano temblorosa.

—Le pido que me ayude por pura bondad de corazón.

Samali enarcó las cejas, estupefacto.

—Bueno... bueno... Primero me invocan como la fuente de todo saber y ahora como un filántropo. Seguro que cuando nos despidamos ya no sabré quién soy.

—Podría darle unos cientos de dólares; trescientos o cuatrocientos, si es eso lo que quiere.

—¡Por favor, Daniel! —exclamó Samali en tono de reproche—. Puede que yo sea un hombre hecho a mí mismo, pero por lo menos me he hecho con clase. No soy una puta callejera que acepta calderilla por sus servicios. Puede guardarse sus cuatrocientos dólares. —Dio una calada a su cigarrillo, esbozando una sonrisa como si disfrutase con la incomodidad de Daniel-. Aunque en esta vida, desde luego, no hay nada que sea completamente gratuito. Sobre todo tratándose de información sobre alguien tan peligroso como Saif al-Thar. Planteémoslo de esta manera: estará en deuda conmigo. Y un día puedo querer que la salde. ¿De acuerdo?

Se miraron fijamente por unos instantes. Daniel finalmente apuró el whisky, asintió, volvió a llenar su vaso y se sentó en el sofá. Samali se inclinó hacia el cenicero y le dio unos golpecitos a la boquilla para hacer caer la colilla.

—Por supuesto, yo no tengo ningún vínculo con la organización de Saif al-Thar —

dijo—. Quiero que esto quede bien claro. De modo que cualquier cosa que les diga es de oídas.

—Adelante.

—Bien —dijo Samali, alisándose nuevamente los pantalones—. Parece ser que nuestro dilecto amigo ha financiado sus operaciones a través del tráfico de antigüedades. —Introdujo otro cigarrillo en la boquilla y continuó —: No cabe duda de

que la Espada Vengadora sabe más de antigüedades egipcias que la mayoría de los expertos. De modo que ese tráfico constituye una gran fuente de ingresos para él. Su única fuente, en realidad, porque con sus actividades se ha atraído la enemistad de casi todos los demás grupos fundamentalistas de EgiNú. Ni siquiera la Yihad quiere saber nada de él.

Samali se levantó y se acercó lentamente a la ventana. El sol de la tarde reflejado en su calva le hacía parecer de bronce pulido.

—Dirige una industria artesanal, por así decirlo —prosiguió—. Trafica con objetos robados en los yacimientos; procedentes del saqueo de tumbas recién descubiertas, y de los fondos de los museos. Los envía a Sudán y, desde allí, a intermediarios europeos y del Lejano Oriente, que los venden a coleccionistas o especuladores. El producto de estas ventas llega aquí y él lo utiliza... en fin, creo que todos sabemos para qué lo utiliza.

—Hay un tipo... —intervino Tara— que tiene una marca de nacimiento en la mejilla...

Samali siguió junto a la ventana, mirando hacia la calle.

—Dravitt —dijo—. Drakich, Dravich, o algo así. Creo que es alemán. Es los ojos y los oídos de Saif al-Thar en Egipto. Me temo que no puedo decirles mucho acerca de él, salvo que lo que se rumorea no es agradable. —Se volvió de nuevo hacia ellos y prosiguió—: No sé lo que tienen en esa caja, Daniel, pero si, como afirman, Saif alThar lo quiere, les aseguro que más tarde o más temprano lo tendrá. Las antigüedades son vitales para él. Y trata de conseguirlas a toda costa.

—Pero no se trata de ningún tesoro —dijo Daniel-. ¿Por qué habría de querer apoderarse de ello?

Samali se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a aventurarlo siquiera si no me lo muestran? Sólo puedo repetirle lo que acabo de decir: si Saif al-Thar lo quiere, lo tendrá. —Volvió a paso lento hasta su sillón, encendió el cigarrillo y añadió—: Me parece que sí que voy a beber algo. Empieza a hacer demasiado calor aquí, pese a la refrigeración.

Fue hasta el mueble-bar y se sirvió un vaso de un licor de color amarillo opalescente.

—¿Y la embajada británica? —preguntó Tara.

Se produjo un momentáneo silencio, roto enseguida cuando Samali dejó caer un cubito de hielo en su vaso.

—¿La embajada británica? —repitió con voz aguda, como si le hubiesen apretado el cuello al decirlo.

—Porque a ellos también les interesa —intervino Daniel-. O por lo menos le interesa al agregado cultural.

Samali echó otro cubito en el vaso y dejó las pinzas en una repisa del mueblebar. Bebió un largo trago, de espaldas a ellos. —¿Y por qué demonios creen ustedes que el agregado cultural británico está interesado en su... objeto?

—Porque nos ha mentido —respondió Tara.

Samali bebió otro trago y volvió junto a la ventana. Permaneció en silencio unos momentos.

—Les daré un consejo —dijo al cabo—. Y se lo daré gratis. Desháganse de esa antigüedad y márchense de Egipto cuanto antes, hoy mismo, si pueden. Porque si no lo hacen, morirán.

Tara se estremeció y, casi en un acto reflejo, buscó la mano de Daniel, que tenía la palma sudorosa.

—¿Qué sabe usted, Samali? —preguntó Daniel.

—Muy poco. Y me alegro de ello.

—Pero sabe algo, ¿verdad?

—Por favor... —intervino Tara.

De nuevo se hizo el silencio. Samali apuró el vaso y le dio otra calada al cigarrillo. Las ventanas debían de estar insonorizadas porque no llegaba

ningún ruido de la calle. Los cuchicheos de la estancia contigua hacía rato que habían cesado.

—Existe un... no sé cómo expresarlo... un conducto —prosiguió sopesando las palabras— para antigüedades robadas, a través de la embajada británica. Y también de la estadounidense, si lo que he oído es verdad, que podría no serlo. Son simples rumores, entiéndalo bien. Rumores. Dicen que roban objetos de los museos y que los sacan del país por valija diplomática, los venden en el extranjero y el dinero va a parar a cuentas numeradas de determinados bancos. Todo muy novelesco.

—¡Dios mío! —exclamó Daniel.

—Y eso no es todo —continuó Samali—. Son las embajadas las que organizan la exportación de los objetos. Pero quienes planean los robos son los propios servicios de seguridad egipcios. O por lo menos determinados elementos de los servicios de seguridad. A muy alto nivel. Tienen contactos en todas partes. Se enteran de todo. No me sorprendería que en este mismo momento nos estuviesen vigilando y escuchando.

—Hemos de acudir a la policía —dijo Tara—. No tenemos más remedio. Samali rió con amargura.

—Me parece que no ha entendido bien lo que he dicho, señorita Mullray. Muchos altos cargos de la policía están implicados. No puede imaginarse usted lo poderosos que son. Te manipulan sin que te des cuenta. En comparación con esa gente, Saif alThar es un corderito.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué están interesados precisamente en el objeto que tenemos? —preguntó Daniel.

Samali se encogió de hombros.

—Tal como les he dicho, no tengo respuesta para eso. Lo único que sé es que, por un lado, están la embajada y el servicio secreto... —Alzó el vaso mirándolos y añadió—: Y por el otro, Saif al-Thar. O sea, que pueden hacerlos añicos.

—Hacernos añicos... —musitó Tara con un nudo en la garganta.

Samali sonrió.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó ella—. ¿Adónde podemos ir?

El egipcio no contestó. Daniel estaba inclinado hacia delante, con la vista fija en el suelo. Tara tenía la sensación de que la caja que llevaba en el bolso, y que estaba sobre su regazo, pesaba una tonelada; incluso le dolían las piernas.

—Necesitamos un medio de transporte —dijo Daniel-; un coche, una moto, lo que sea. ¿Podría usted proporcionárnoslo?

Samali les dirigió una mirada que transmitía un atisbo de solidaridad. Cruzó el salón, hizo una llamada telefónica, dijo unas pocas frases y colgó el auricular.

—Dentro de cinco minutos tendrán una motocicleta abajo —dijo—. Las llaves estarán en el contacto.

108

—¿Cuánto debo pagarle? —preguntó Daniel.

—Es gratis —contestó Samali con una sonrisa—. Ni siquiera yo soy tan codicioso como para cobrarle a un condenado a muerte.

Pese al calor que hacía en la estancia a esas alturas, Tara empezó a temblar. La motocicleta, una destartalada Jawa 350 de color naranja, estaba frente al portal, tal como Samali acababa de decirles. Quienquiera que la hubiese dejado allí, ya no había rastro de él. Daniel montó y le dio una patada al pedal de arranque. En cuanto la Jawa empezó a petardear, Tara subió al sillín trasero con el bolso en bandolera.

—¿Adónde vamos, Daniel?

—Al único sitio en el que podemos averiguar por qué es tan importante lo que llevamos en la caja.

—¿O sea...?

—El lugar de donde procede. Luxor.

Daniel pisó el acelerador y la motocicleta salió rugiendo, con la melena de Tara ondeando al viento.

Desde la ventana de su apartamento, Samali los siguió con la mirada hasta que doblaron la esquina. Luego se acercó al teléfono y llamó.

—Acaban de salir —dijo—. Y llevan la caja.

109

En el norte de Sudán

El helicóptero sobrevoló el campamento y fue a posarse en un rodal plano que estaba unos cien metros más allá. El viento que provocaban las aspas del rotor proyectó una lluvia de granos de arena y gravilla hacia las tiendas. El muchacho que se había acercado al aparato se volvió de espaldas y se protegió la cara con un brazo. Hasta que las aspas se hubieron detenido por completo, no volvió a correr hacia el helicóptero para abrir la puerta lateral. Enseguida saltó a tierra un hombre que vestía un traje arrugado, sostenía un maletín en la mano izquierda y un cigarro en la derecha.

—Está esperándolo, ya doktora —dijo el muchacho.

Fueron hacia el campamento a paso rápido. El muchacho miraba al suelo, para no ver la mancha de color púrpura que cubría la mejilla del recién llegado. Lo asustaba. Se detuvieron delante de una tienda algo separada de las demás. El muchacho descorrió la cortina y entró. El visitante arrojó al suelo la colilla del cigarro y lo siguió.

—Bienvenido, doctor Dravic —lo saludó Saif al-Thar—. ¿Le apetece un té?

Saif al-Thar estaba sentado en la alfombra, en el centro de la tienda, con las piernas cruzadas y el rostro medio oculto entre las sombras. A su lado había un libro, aunque estaba demasiado oscuro para ver el título.

—Preferiría cerveza —contestó Dravic.

—Como usted sabe, aquí no bebemos alcohol. Tráele té al doctor Dravic, Mehmet.

—Enseguida, maestro.

El muchacho salió de la tienda y Saif al-Thar miró a Dravic.

—Siéntese, por favor —le dijo.

El gigantón se sentó trabajosamente sobre la alfombra. Era evidente que no estaba acostumbrado a sentarse en el suelo, porque le costó encontrar una postura aceptablemente cómoda. Terminó semiarrodillado, con la pierna izquierda bajo el muslo derecho y la rodilla de la otra a la altura del pecho.

—No sé por qué no pueden utilizar sillas —masculló.

—Preferimos vivir austeramente.

—Bueno... pues yo no.

—En tal caso, le aconsejo que la próxima vez se traiga su propia silla. Saif al-Thar no lo dijo con acritud, sólo con firmeza. Dravic farfulló unas palabras ininteligibles pero no quiso seguir con el tema. Parecía algo apocado en presencia de Saif al-Thar. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente que, sólo dos minutos después de haber aterrizado, tenía empapada de sudor.

—¿Y bien? ¿Lo tenemos ya? —preguntó Saif al-Thar, que a diferencia de Dravic parecía estar muy cómodo en aquella postura, con las manos posadas sobre las rodillas.

—No —contestó el alemán—. Tal como le dije, estaba en Saqqara, pero la chica se lo llevó antes de que lográsemos atraparla. Mató a dos de nuestros hombres.

—¿La chica?

—Ella y el tipo que la acompañaba, un arqueólogo llamado Daniel Lacage.

110

—¿Lacage? —Los ojos verdes de Saif al-Thar brillaron en la oscuridad —. ¡Qué

interesante! Su libro sobre iconografía funeraria del período tardío es uno de mis favoritos.

Dravic se encogió de hombros.

—No lo he leído.

—Pues debería hacerlo. Es un excelente trabajo de erudición. El gigantón hizo una mueca de desagrado. No era la primera vez que se preguntaba por qué aquel hombre se molestaba en emplearlo, sabiendo tanto del antiguo Egipto, porque no perdía ocasión de dejarle claro que él, un egipcio, sabía mucho más acerca de su propio país que cualquier extranjero. Menudo gilipollas. De haber dependido de hombres como él, Egipto no hubiese tenido pasado. Todo habría sido desenterrado hacía tiempo y vendido al mejor postor. Apretaba tanto los puños que tenía los nudillos blancos. Mehmet llegó con el té, le pasó un vaso a Dravic y dejó el otro en el suelo, al lado de su maestro.

—Gracias, Mehmet. Aguarda fuera.

El muchacho volvió a marcharse, sin mirar a Dravic.

—¿Y por qué ayuda Lacage a esa chica? —preguntó la Espada Vengadora.

—Sólo Dios lo sabe. Ella se quedó en el hotel de Lacage anoche. Esta tarde han ido a Saqqara, han recogido la pieza y han desaparecido.

—¿Adónde han ido?

—No lo sé.

—¿Han acudido a la policía?

—No. Lo hubiésemos sabido.

—¿A la embajada?

—Tampoco. La hemos tenido vigilada durante todo el día.

—¿Adónde, entonces? —insistió Saif al-Thar.

—Ni idea. Como le he dicho, han desaparecido. Podrían encontrarse en cualquier sitio.

—¿Están personalmente interesados en la pieza? ¿Qué opina usted?

—¡Qué demonios voy a saber yo! No leo el pensamiento.

La boca de Saif al-Thar se crispó en un rictus de ira.

—Es una pena que no tuviese usted más cuidado en Saqqara, doctor Dravic. Si no hubiese presionado tanto al viejo nos habríamos ahorrado muchos problemas.

—Ya le dije que no fue culpa mía —replicó el alemán—. No le toqué ni un pelo al muy desgraciado. Entramos en la casa, pero, antes de que tuviésemos oportunidad de interrogarlo sufrió un ataque al corazón. Al ver la paleta en mi mano se desplomó

fulminado delante de mí. No le toqué ni un pelo.

—Pues entonces la lástima es que no registrase usted la casa más a conciencia.

—La pieza no estaba en la casa. Por eso no la encontramos. La había ocultado en el exterior, en el murete de una de las viejas mastabas.

Saif al-Thar asintió lentamente con la cabeza y, sin apartar los ojos de Dravic, cogió el vaso de té. Se lo acercó a la boca y se humedeció los labios con el líquido, sin llegar a beber. Dravic bebió en cambio con sonoros sorbos. Le rezumaba el sudor por la cara. Le costaba respirar con aquel calor.

—Los encontraremos —dijo—. Es sólo cuestión de tiempo.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos, doctor Dravic, como usted muy bien sabe. No podemos mantener esto en secreto indefinidamente. Necesitamos la pieza de inmediato.

—Hemos montado vigilancia en todas las estaciones, en las terminales de autocares y en el aeropuerto. Tenemos hombres por todas partes. Los encontraremos.

—Eso espero.

—¡Los encontraremos! —repitió Dravic, que tenía que hacer un verdadero esfuerzo para dominarse. Pero se echó a reír para de ese modo disipar su furia y se pasó el pañuelo por la frente—. ¡Como esto salga bien, nos haremos todos millonarios!

Saif al-Thar lo miró con expresión risueña.

—Eso lo entusiasma, ¿verdad? Me refiero a la idea de hacerse millonario.

—¿Bromea? Por supuesto que me entusiasma. ¿A usted no?

—¿Qué? ¿Disponer de un millón de libras para gastarlas en mí? ¿Malgastarlas en lujos mientras hay niños que mueren de hambre? —

replicó Saif al-Thar—. No, no me entusiasma. No me entusiasma en absoluto. Me produce asco. —Se humedeció de nuevo los labios con el té y añadió—: Pero disponer de un millón de libras para propagar la palabra de Dios, para expulsar a los opresores y restaurar la sharia, para limpiar este mundo y hacer que se cumpla la voluntad divina, eso sí me entusiasma, doctor Dravic. Me entusiasma mucho.

—¡A la mierda con Dios! A mí sólo me interesa el dinero.

De pronto, la sonrisa desapareció del rostro de Saif al-Thar. Miró a Dravic. Su mano se cerró con fuerza en torno al vaso de té, como si pretendiera romperlo.

—Tenga cuidado con lo que dice —susurró—. Tenga mucho cuidado. Hay algunos insultos que no deben pronunciarse.

Sus ojos se clavaron en Dravic, que no pudo sostenerle la mirada.

—Está bien, está bien... usted tiene sus prioridades y yo tengo las mías —dijo el gigantón, enjugándose la frente—. Dejémoslo ahí.

—Sí —repuso Said al-Thar con aspereza—. Dejémoslo ahí.

Guardaron silencio unos momentos y por fin la Espada Vengadora llamó a Mehmet.

—Acompaña al doctor Dravic al helicóptero —dijo cuando entró el muchacho. Dravic se levantó lentamente, dolorido a causa de la postura, y fue hacia la entrada, aliviado por poder marcharse.

—Lo llamaré en cuanto tenga noticias —dijo—. Estaré en Luxor. Lo más probable es que aparezcan por allí.

—Esperemos que así sea. Aquí todo está dispuesto. Podemos cruzar la frontera y disponernos a partir en cualquier momento. Sólo necesitamos saber hacia dónde. El alemán asintió con la cabeza y, cuando se disponía a salir de la tienda, la voz de Saif al-Thar lo obligó a detenerse.

—Encuentre la pieza que falta, doctor Dravic. Oportunidades como ésta sólo se presentan una vez en la vida. No podemos dejarla escapar. Encuentre la pieza. Dravic asintió de nuevo y salió. Dos minutos después se oyó el ruido de los motores del helicóptero, que se elevó y se alejó bajo el cielo del desierto.

112

Solo en su tienda, Saif al-Thar se levantó y se acercó a un cofre que estaba al fondo. Sacó una llave que llevaba bajo la túnica, abrió el candado y levantó la tapa. Lo avergonzaba recurrir a infieles como Dravic, pero no tenía más remedio. Era demasiado peligroso cruzar la frontera e ir

personalmente. Lo buscaban. Siempre estaban al acecho. No tardaría en cruzarla, pero por el momento era imposible. Además, sólo Dravic poseía las cualidades necesarias, sobre todo, la ausencia total de escrúpulos. Tenía que confiar en lo más inmundo, en la hez de la humanidad. Estaba visto que los caminos de Alá eran insondables. Se agachó y sacó un collar del cofre. Lo acercó a un haz de luz. Era de oro. Lo movió y los finos tubitos de que estaba hecho tintinearon. Lo volvió a dejar en el cofre y sacó otros objetos; unas sandalias, una daga, un peto de armadura primorosamente trabajado, con las correas de piel todavía en su sitio; y un amuleto de plata en forma de gato. Examinó los objetos uno a uno, extasiado. No cabía duda de que eran auténticos. Al principio, cuando Dravic le informó del descubrimiento de la tumba, se negó a creerlo. Era demasiado hermoso para ser verdad. Y, además, no era la primera vez que Dravic cometía un error. No siempre acertaba. Pero cuando tuvo los objetos entre sus manos, como en ese momento, y los vio con sus propios ojos, tuvo la seguridad de que todo era real, que la tumba era lo que Dravic le aseguraba que era. Que Alá les sonreía, que les concedía su favor.

Y aquella tumba no era más que el principio.

Volvió a guardar los objetos en el cofre y lo cerró. Aún oía a lo lejos el sonido de los rotores del helicóptero. Aquella tumba sólo constituía el principio. Pero podía ser la única, si no encontraban la pieza que faltaba. Su destino dependía de eso. De la pieza que faltaba.

Salió de la tienda y entornó ligeramente los ojos para evitar que lo deslumbrase el sol, que caía a plomo. Pero el calor no lo afectaba. Rodeó el campamento, subió

hasta lo alto de una duna y miró hacia el este, más allá de las onduladas lomas de arena. Parecía una motita negra en aquella inmensidad desolada. «Ahí está —pensó—. En ese mar de arena.» Cerró los ojos y trató de imaginar cómo debió de ser aquel mundo.

113

El Cairo

Tardó diez horas en llegar a El Cairo. El tren iba atestado y Jalifa pasó el viaje embutido en un destartalado compartimento, entre una mujer que llevaba una cesta llena de palomas y un viejo que no paraba de toser. A pesar de las estrecheces y el espasmódico traqueteo, durmió profundamente durante todo el trayecto, con la chaqueta enrollada a modo de almohada y los pies apoyados sobre un saco de dátiles. Al despertar, se dio un golpe en

la cabeza con las barras de la ventanilla, pero se sintió fresco y descansado. Musitó sus oraciones, encendió un cigarrillo y empezó a devorar el bocadillo de queso de cabra que Zainab le había preparado para el viaje, compartiéndolo con el viejo que iba a su lado.

Llegaron a las afueras de El Cairo a las seis de la mañana. No tenía que verse con Mohamed Tauba, el detective encargado del caso de Iqbar, hasta las nueve. Como disponía de tres horas libres, en lugar de seguir con el tren hasta la estación del centro de la ciudad, se apeó en Gizeh y allí cogió un minibús hasta Nazlat al-Samman, su pueblo natal. Desde que se había marchado, hacía trece años, sólo había vuelto dos veces. De pequeño creía que siempre viviría en el pueblo, pero después de la muerte de Alí y de la de su madre, que se produjo sólo unos meses después, el lugar ya no le parecía el mismo. Cada calle, cada casa, cada árbol le recordaban las desgracias que se habían abatido sobre ellos. No podía estar allí sin que lo embargase una sensación de desdicha y de vacío. Por eso había aceptado el destino en Luxor. Cuando había regresado lo había hecho para asistir a un funeral. Se apeó en un cruce muy transitado y, mirando hacia la pirámide de Keops, semioculta por la bruma, echó a caminar por la carretera que conducía al pueblo, impaciente y nervioso. Aquello había cambiado mucho desde su infancia, cuando era un verdadero pueblo, un rosario de casas y tiendas esparcidas al pie de la llanura de Gizeh, bajo la silenciosa mirada de la Esfinge.

En la actualidad, con el crecimiento de la industria turística, y la inexorable extensión de la ciudad, el pueblo había perdido gran parte de su identidad. Las calles estaban flanqueadas de tiendas de recuerdos y las viejas casas de adobe habían dejado paso a impersonales viviendas de cemento.

Dio una vuelta recorriendo con la mirada las viviendas, unas conocidas y otras nuevas, sin saber exactamente por qué había ido allí, salvo porque necesitaba volver a verlo. Se acercó al lugar donde había estado su casa, demolida hacía tiempo y en cuyo lugar se alzaba un hotel de cuatro plantas. Luego pasó por delante del establo de camellos en el que habían trabajado su hermano y él. Se cruzó con algunos conocidos y se saludaron. Pero los saludos de los vecinos eran más corteses que cálidos, y hasta distantes y fríos en algunos casos. No era de extrañar teniendo en cuenta lo que había ocurrido con Alí.

Permaneció en el pueblo alrededor de una hora, embargado por la melancolía, preguntándose si no habría sido un error ir allí. Miró el reloj y se dispuso a salir del pueblo hacia las arenas del llano. Ya salía el sol, que disipaba la bruma y permitía ver con mayor nitidez el perfil de las pirámides. Se detuvo unos momentos a contemplarlas y luego giró a la izquierda, hacia la tapia de un cementerio situado al pie de una pronunciada y abrupta cuesta de piedra caliza, frente a la Esfinge. La parte baja del cementerio era lisa y sus ornamentadas tumbas quedaban a la sombra de pinos y eucaliptos. Más cerca de la escarpadura, el cementerio ascendía por la cuesta arriba y las tumbas eran más sencillas, sin vegetación que les diese sombra y protegiese de los elementos, como suburbios marginales en las afueras de una gran ciudad. Y hacia aquella parte del cementerio se encaminó Jalifa,

zigzagueando entre tumbas rectangulares hasta detenerse al llegar a la parte superior del recinto, frente a dos tumbas sencillas, poco más que losas sin adornos, con una piedra fijada con cemento a modo de lápida y dos versículos del Corán pintados en ella. Eran las tumbas de sus padres. Las miró y se arrodilló a besarlas; primero la de su madre y luego la de su padre, musitando una oración. Permaneció allí unos momentos, con la cabeza inclinada. Después se levantó y, lentamente, como si de pronto le pesaran las piernas, ascendió por la cuesta hasta un rincón donde la tapia del muro estaba derruida en varios puntos y el suelo cubierto de basura y cagarrutas de cabra.

Sólo había una tumba en aquel rincón, pegada a la pared, como si las otras tumbas la hubiesen empujado hasta allí. Era aún más sencilla que la de sus padres, un simple rectángulo de cemento, sin adornos, inscripciones ni versículos del Corán. Recordó lo mucho que había tenido que rogar a la dirección del cementerio para que le permitiesen enterrarlo allí. Había tenido que cavar la tumba con sus propias manos, de noche, para que nadie del pueblo lo viese. Y lo había hecho sin dejar de llorar. Se arrodilló junto a la sepultura e, inclinándose, acercó una mejilla a la superficie de cemento.

—¡Oh, Alí! —musitó—. Hermano mío. ¿Por qué? Dime por qué, por favor. Mohamed Abd el-Tauba, el detective encargado del caso Iqbar, semejaba una momia. Tenía la piel seca como el pergamino, las mejillas hundidas y la boca cerrada en un rictus permanente, entre mueca y sonrisa.

Estaba asignado a una mugrienta comisaría de Sharia Bur Said, donde compartía un despacho lleno de humo con otros cuatro inspectores. Jalifa llegó poco después de las nueve, y tras charlar un rato sobre asuntos intrascendentes y beber un vaso de té, fueron al grano.

—Así que está usted interesado en el caso Iqbar, ¿verdad? —preguntó Tauba, que aplastó una colilla en un cenicero rebosante y encendió otro cigarrillo.

—Creo que podría tener relación con un caso del que me ocupo en Luxor —dijo Jalifa.

Tauba exhaló el humo por la nariz.

—Es un feo asunto —dijo—. Se cometen muchos asesinatos en esta ciudad, pero nunca he visto nada parecido. Hicieron una verdadera carnicería con el pobre desgraciado. —Abrió un cajón, sacó una carpeta y añadió—: Es el informe del forense. Múltiples laceraciones en el rostro, los brazos y el torso, aparte de quemaduras.

—¿Quemaduras de cigarro? —preguntó Jalifa.

Tauba asintió con la cabeza.

—¿Y los cortes? —añadió Jalifa—. ¿Con qué se los hicieron?

—Eso no ha quedado claro. El forense no está seguro —contestó Tauba —. Con un objeto metálico, pero demasiado tosco para tratarse de un cuchillo. Piensa que pudieron hacérselos con una paleta.

—¿Con una paleta?

—Sí, de las que utilizan los albañiles para rellenar grietas con cemento. Está en el informe.

Jalifa abrió la carpeta y fue pasando páginas hasta llegar a las fotografías del cadáver de la víctima, unas en el suelo de su tienda y otras en la mesa de disección, desnudo. Los comentarios del forense eran casi idénticos a los que Anwar había incluido en su informe sobre el asesinato de Abu Nayar.

115

Naturaleza del objeto con el que se infligieron las citadas heridas, desconocida. La patología de las laceraciones no corresponde a la que podría producir un cuchillo. La forma y el ángulo de las heridas sugiere que el asesino posiblemente utilizó una paleta, como las que emplean los albañiles, los arqueólogos, etcétera, aunque no hay evidencia concluyente.

Jalifa le dio vueltas a la palabra «arqueólogos» antes de mirar a Tauba y preguntar:

—¿Quién encontró el cadáver?

—El tendero de al lado. Le extrañó que su vecino no abriese a la hora acostumbrada. Al intentar abrir la puerta se encontró con que no había echado la llave, entró, y allí estaba el cuerpo de Iqbar, como lo ha visto en las fotos.

—¿Cuándo ocurrió exactamente?

—El sábado por la mañana. Dios sabe cómo se enteraron los periódicos tan pronto. No me extrañaría que los propios periodistas cometiesen la mitad de los asesinatos que se cometen en El Cairo, sólo para tener algo sobre lo que escribir. Jalifa sonrió.

—¿Traficaba Iqbar con antigüedades?

—Probablemente. Casi todos los anticuarios lo hacen, ¿no? No estaba fichado, pero eso no significa nada. Sólo tenemos recursos para perseguir el tráfico de gran envergadura. Cuando se trata de objetos de escaso valor solemos dejarlo correr. De lo contrario tendríamos las cárceles a rebosar, desde aquí hasta Abu Simbel. Jalifa volvió a hojear el informe y se detuvo a releer el párrafo que incluía la palabra «arqueólogos».

—¿Ha oído algo inusual acerca del mercado de antigüedades últimamente?

—¿Inusual?

—Me refiero a algún rumor sobre algo de gran valor, que justifique matar. Tauba se encogió de hombros.

—No tengo presente nada especial, salvo el caso de un griego que exportaba antigüedades camufladas como reproducciones. Pero de eso hace ya dos meses. No tengo noticia sobre nada más reciente, aparte de lo de Saqqara. Jalifa lo miró con los ojos como platos.

—¿Saqqara?

—Sí, lo de ayer por la tarde. Una pareja de ingleses intervino en un tiroteo. Huyeron en un taxi robado. Por lo visto, la chica se había llevado algo de una casa del campamento.

Tauba llamó a uno de sus colegas, que estaba sentado frente a una mesa del fondo, un tipo obeso con la camisa empapada de sudor bajo las axilas.

—¡Eh, Helmi! Tú tienes un amigo en el distrito de Gizeh, ¿no? ¿Qué más se ha sabido del tiroteo de Saqqara?

—Poca cosa —farfulló Helmi con la boca llena, tras dar un bocado a un gran trozo de pastel—. Nadie parece saber qué ocurrió, salvo que la chica se llevó algo en una caja.

—¿Se ha logrado identificar a la chica? —preguntó Jalifa.

Helmi dio otro bocado al pastel y se relamió.

116

—Al parecer es la hija de un arqueólogo. Uno de los inspectores de la oficina de excavaciones la reconoció. Se llama Murray, o algo así.

—¿No será Mullray? ¿Michael Mullray?

—Sí. Murió hace un par de días, de un infarto. Lo encontró muerto la hija. Jalifa sacó del bolsillo un bloc y un bolígrafo.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Jalifa—. La hija encontró muerto a su padre hace dos días; y ayer regresó y se llevó algo de la casa del campamento...

—Pero el taxista que los llevó ha explicado que la chica fue a buscar a una de las tumbas lo que fuera que se llevase —le aclaró Helmi—. La pareja se adentró un poco en el desierto y volvió con algo dentro de una caja de cartón parecida a ésas para llevar pizzas...

—¡Si era una pizza seguro que estás implicado! —le gritó un compañero, riendo a carcajadas.

—¡Bésame el culo, Aziz! —le espetó Helmi—. Como decía, al volver con la caja alguien empezó a dispararles. Pero los lugareños han declarado que fue el tipo que acompañaba a la chica quien inició el tiroteo. Como digo, nadie parece saber de qué

demonios iba la cosa.

—Pero ¿se conoce la identidad del acompañante de la chica?

Helmi meneó la cabeza y se echó hacia atrás en la silla, pensativo.

—¿Podría hablar con su amigo de Gizeh? —preguntó Jalifa.

—Claro. Pero no le dirá más de lo que ya le he dicho yo. Y, además, lo han apartado del caso. Desde anoche se encarga Al-Murjabarat.

—¿El Servicio Secreto? —exclamó Jalifa, sorprendido.

—Por lo visto, no quieren que trascienda, porque es mala publicidad para Egipto y todo eso... además de porque están involucrados turistas. Ni siquiera lo han publicado los periódicos.

Jalifa guardó silencio unos momentos mientras tomaba nota.

—¿Podría hablar con alguien más? —preguntó luego.

—Creo que un funcionario de la embajada conoce a la chica —contestó Helmi a la vez que limpiaba las migas del pastel esparcidas en la mesa—. Se llama Orts, o algo así. Todo lo que sé es que se trata de un joven agregado.

Jalifa anotó el nombre y se guardó el bloc.

—¿Cree que ambos asesinatos están relacionados? —preguntó Tauba.

—Ni idea —repuso Jalifa—. No veo ninguna relación, sólo que... — Hizo una pausa y, después, sin molestarse en terminar la frase, alzó la carpeta que contenía el informe sobre Igbar—. ¿Podría llevarme una copia?

—Claro.

—También me gustaría echar un vistazo a la tienda del anticuario.

—No hay problema —dijo Tauba, que abrió un cajón y sacó un sobre—. Aquí

tiene la dirección y las llaves. La tienda está en la parte alta de Jan al-Jalili. La brigada forense ya ha terminado su trabajo —añadió tendiéndole el sobre.

—Estaré de regreso en un par de horas —dijo Jalifa.

—Tómese el tiempo que quiera. Me quedaré aquí hasta tarde, para... variar.

117

Se estrecharon la mano y Jalifa fue hacia la puerta. Antes de que saliera del despacho, Tauba lo llamó.

—Ah, he olvidado preguntarle una cosa. Su familia no es de Nazlat al-Samman,

¿verdad?

—No, es de Port Said —contestó Jalifa, que, sin entretenerse más, salió de la comisaría.

118

Luxor

Lo que más lamentaba Dravic en esta vida, lo único que en realidad lamentaba, era no haber matado a la chica. Después de violarla debería haberla degollado y tirado el cuerpo a una zanja. Pero no lo hizo. Dejó que se escabullese y, como es natural, ella fue derecha a la policía, contó lo que le había hecho y... aquello fue el fin de su carrera.

Por suerte para él, tuvo un buen abogado que convenció al jurado de que no se había tratado de una violación sino de una relación consentida. Pero de poco le sirvió. En el mundo de la egiptología todos se conocen, y al cabo de poco tiempo trascendió

que Casper Dravic había violado a una de las voluntarias que trabajaban con él y, lo que era peor, había quedado impune. Dejaron de ofrecerle puestos para enseñar en las universidades, le negaron las concesiones para

excavar y los editores dejaron de contestar a sus llamadas. Con sólo treinta años su carrera había terminado.

¿Por qué...? ¿Por qué no la había matado? Nunca más cometería aquel error. Y

no lo había cometido.

Meneó la cabeza para salir de su ensimismamiento e hizo una seña al camarero de que le sirviese más café. A su lado, una joven pareja, ambos rubios, escandinavos, estaban inclinados sobre un mapa, señalando detalles con un bolígrafo. La chica era atractiva, de labios carnosos y piernas largas, blancas y bien torneadas. Dravic la imaginó gritando de dolor y de placer mientras la poseía por el estrecho y rosado ano, pero enseguida desechó la fantasía y se concentró en el asunto de la tumba. Habían pasado casi toda la noche retirando los últimos objetos: la estela funeraria de madera, la figura de Anubis y los vasos canopeos de alabastro. No quedaba ya más que el féretro, con sus paneles brillantemente pintados y el texto jeroglífico. Por la noche se lo llevaría también. Todo lo demás había sido embalado en cajones y enviado al sur de Sudán, desde donde saldría rumbo a los mercados de Europa y del Lejano Oriente. Era un buen cargamento, uno de los mejores que había visto, de la época tardía, vigésima séptima dinastía. En total, incluía un centenar de objetos, de tosca artesanía pero en muy buen estado, y por los que obtendrían varios centenares de miles de libras, y el diez por ciento que le correspondía en concepto de comisión era una cantidad muy sustanciosa, aunque comparada al valor total fuese poca cosa. Se trataba del hallazgo más valioso que había hecho nunca. La operación que tanto había esperado; la solución a todos sus problemas.

Pero... siempre y cuando encontrase la pieza que faltaba. Ésa era la clave. Su futuro dependía de Lacage y la tal Mullray. ¿Dónde estaban? ¿Qué estaban planeando? ¿Hasta qué punto sabían de qué iba?

La preocupación inicial de Dravic había sido que entregasen de inmediato la pieza a las autoridades. El que no lo hubiesen hecho constituía un gran alivio y también una gran preocupación para él. Lo primero porque significaba que aún tenía una oportunidad de recuperar la pieza; y lo segundo porque significaba que ellos también podían ir en busca del tesoro. Ése era su mayor temor en aquellos momentos, sobre todo porque, tal como Saif al-Thar le había dicho, el tiempo apremiaba. No podían aguardar indefinidamente. Cuanto más tiempo tuviesen la pieza, más probabilidades

tendrían de escamoteársela. Y, si lo conseguían, todas sus esperanzas y todos sus sueños se vendrían abajo...

«¿Qué demonios estás haciendo?» musitó para sí.

Oyó un cuchicheo de desaprobación cerca y, al alzar la vista, vio que la pareja de escandinavos lo miraba fijamente.

119

—Vosotros, ¿qué miráis? —masculló—. ¿Pasa algo?

Los jóvenes pagaron y se apresuraron a marcharse.

Cuando el camarero le trajo el café, Dravic bebió un sorbo y alzó la vista hacia las colinas de Tebas, unas moles parduscas que se alzaban frente a él bajo el cielo azul.

Lo que no atinaba a comprender era cómo, si Lacage y la chica querían el tesoro, podrían conseguirlo teniendo sólo una pieza. No cabía duda de que Lacage era uno de los mejores egiptólogos del mundo. Quizá esa única pieza le bastase para descifrarlo todo, pero lo dudaba. Necesitaría más texto. Y para conseguirlo tendrían que ir a Luxor. Por eso los aguardaba allí en lugar de hacerlo en El Cairo. Aparecerían en Luxor, estaba seguro. Era sólo cuestión de tiempo, aunque no podía esperar mucho. Se terminó el café y sacó un largo y grueso cigarro del bolsillo de la chaqueta. Lo hizo girar entre el índice y el pulgar, disfrutando del leve crujido. Se lo llevó a la boca y lo encendió. La cálida caricia del humo en su paladar lo tranquilizó y lo puso de mejor humor. Estiró las piernas y empezó a pensar en Tara Mullray recorriendo mentalmente su cuerpo, sus caderas, su estrecha cintura, sus firmes nalgas y sus pechos. ¡Cómo iba a disfrutar con ella! La sola idea lo excitaba. Gozaría como un loco en cuanto se le echase encima, pensó al ver el bulto que acababa de aparecer en sus pantalones, y se echó a reír al pensar que ella no iba a disfrutar tanto.

120

El Cairo

La tienda de Iqbar estaba en una callejuela cercana a Sharia al-Muizz, la concurrida avenida que cruzaba como una arteria el corazón del barrio islámico de El Cairo. Jalifa tardó bastante en encontrar la calle, y más aún en localizar la tienda, semioculta por un tenderete en el que vendían nueces y dulces. Cuando al fin la localizó, abrió la puerta y entró, haciendo tintinear las campanitas de la entrada. El interior estaba atestado y oscuro. Las estanterías cubiertas de quincalla cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo. Había multitud de lámparas de bronce, muebles y todo tipo

de objetos en los rincones. Numerosas máscaras de madera lo miraban desde las paredes; un pájaro disecado colgaba del techo. El aire olía a cuero, a metal viejo y... a muerte, le pareció a Jalifa. Miró alrededor mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad, y luego fue hacia el mostrador, que estaba al fondo de la tienda. En el suelo habían trazado un círculo con tiza y en el entarimado había manchas oscuras de la sangre de Iqbar, y varios círculos de tiza pequeños junto al círculo mayor, semejantes a satélites, que rodeaban rastros de ceniza de cigarro. Jalifa se agachó para estudiarlos de cerca, luego se incorporó y rodeó el mostrador.

No tenía mucha confianza en encontrar nada aunque, tal como sospechaba, Iqbar le hubiese comprado antigüedades a Nayar. Porque lo más probable era que las hubiese vendido, o que quien lo había asesinado se las llevase. Y aunque hubiera algo allí, lo más probable era que no lo encontrase. Los anticuarios de El Cairo eran muy hábiles a la hora de camuflar objetos valiosos. Con todo, merecía la pena echar un vistazo. Hurgó en varios cajones y levantó la parte inferior de un espejo que colgaba de la pared, por si ocultaba una caja fuerte. Luego pasó entre dos cestos de mimbre, entró en la trastienda y encendió la luz. Era un cuartucho, tan atestado como la otra estancia, con una hilera de desvencijados archivadores junto a la pared y, en un rincón, una estatua de tamaño natural, de madera, negra y dorada. Se trataba de una tosca reproducción de las estatuas que representaban a los guardianes de la tumba de Tutankamón. Jalifa se acercó a la estatua y la miró a los ojos.

—¡Uuuh! —exclamó.

Los archivadores rebosaban de papeles. Les echó un vistazo al azar. Al cabo de unos minutos renunció a intentar descubrir allí algo que le resultase de utilidad y volvió a la parte delantera de la tienda.

«Esto es como buscar una aguja en un pajar —musitó para sí, mirando los estantes atestados de baratijas—. Y ni siquiera sé si hay una aguja en este pajar.»

Estuvo dando vueltas por la tienda durante más de una hora, abriendo cajones y cajas, hasta que al fin desistió. Si en aquel maremágnum había alguna pista sobre el asesinato del viejo, estaría bien oculta, y, salvo vaciando por completo el local, no habría manera de encontrarla. Echó una última ojeada detrás del mostrador, fue a apagar la luz de la trastienda y, con un suspiro de resignación, sacó las llaves del bolsillo y se encaminó hacia la entrada.

Una cara lo miraba a través del cristal de la puerta.

Era un rostro menudo, sucio, tan pegado al cristal que se le achataba la punta de la nariz. Al abrir la puerta, vio a una niña harapienta de no más de seis años, de pie en el umbral, mirando escrutadoramente hacia el interior. Jalifa se acuclilló.

—Hola —le dijo.

La niña no pareció reparar en él, tan ensimismada estaba. Jalifa la cogió de una mano.

—Hola —repitió—. Me llamo Yusuf. ¿Y tú?

La niña lo miró con sus grandes ojos pardos, que desvió casi de inmediato hacia la tienda al tiempo que apartaba la mano.

—Hay un cocodrilo ahí dentro —dijo señalando un cofre de madera que tenía un candado grabado.

—¿Ah sí? —exclamó Jalifa, recordando que, de pequeño, estaba firmemente convencido de que bajo la cama de sus padres vivía un dragón —. ¿Cómo lo sabes?

—Es verde —prosiguió la niña, haciendo caso omiso de la pregunta—, y por la noche sale y se come a la gente.

La niña tenía los brazos y las piernas muy delgados y el vientre hinchado. Debía de ser uno de los muchos niños a quienes sus padres enviaban a rebuscar entre los desperdicios por no tener con qué alimentarlos. Jalifa la miró condolido y le retiró un mechón que le cubría los ojos. No debía extrañarse de que los fundamentalistas tuviesen tantos seguidores. Sus métodos eran reprobables, pero por lo menos trataban de hacer algo por aquella gente, de darle alguna esperanza en un futuro mejor.

—¿Te gustan los dulces? —le preguntó Jalifa, irguiéndose. Por primera vez la niña prestó atención a lo que le decía.

—Sí.

—Pues... espera aquí un momento.

Se acercó al tenderete que estaba frente a la tienda y compró dos dulces. Al volverse observó que la niña había entrado en la tienda. Pero no la reprendió. Le dio los dulces; ella quitó el envoltorio a uno y empezó a mordisquearlo.

—¿Sabes qué hay allí? —le preguntó la niña, señalando una lámpara de bronce.

—No, no lo sé —respondió Yusuf.

—Un genio —contestó la niña—. Se llama Al-Ghul. Tiene diez millones de años y puede convertirse en otras cosas. Cuando entraron aquellos hombres le pedí que ayudase al señor Iqbar, pero no lo ayudó.

Lo dijo en un tono tan inocente que Jalifa tardó unos instantes en percatarse de la importancia de sus palabras. Puso una mano sobre su hombro y la hizo girarse hacia él.

—¿Estabas aquí cuando esos hombres le hicieron daño al señor Iqbar?

La niña seguía entusiasmada con el dulce y no contestó. Jalifa no la apremió, sino que aguardó en silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin ella como si no lo hubiese oído unos momentos antes.

—Yusuf —repitió él—. ¿Y tú?

—Mafia.

—Es un nombre muy bonito.

La niña estaba examinando el otro dulce.

—¿Puedo guardarme éste para luego?

—Claro.

La pequeña se lo guardó en un bolsillo del vestido y rodeó el mostrador.

—¿Quieres ver una cosa? —preguntó mirando a Jalifa.

—Bueno.

—Cierra los ojos.

Jalifa obedeció y oyó las tenues pisadas de la pequeña, que corrió hacia la trastienda.

—Ahora ábrelos.

Al abrirlos la niña había desaparecido. Jalifa aguardó un instante y a continuación fue muy despacio hacia la dirección de la que procedía la voz, escudriñando a izquierda y derecha la penumbra, hasta que vio asomar la coronilla de Mafia entre dos cestos de mimbre.

—Un buen escondrijo, ¿eh? —dijo inclinándose hacia la niña. Mafia alzó la vista y sonrió. Pero la sonrisa fue extinguiéndose lentamente, hasta que la niña se echó a llorar desconsolada. Tenía la carita tan sucia que las lágrimas le formaron enseguida varios churretes. Empezó a temblar como una hoja. Jalifa se agachó y la cogió

cariñosamente en brazos.

—Vamos... vamos... —le susurró acariciándole el pelo, sucio y apelmazado—. No pasa nada, Mafia. No pasa nada.

Jalifa empezó a caminar arriba y abajo por el local con la niña en brazos, tarareando una canción infantil que su madre solía cantarle, dejando que se desahogara.

Por fin Mafia dejó de temblar y su respiración se sosegó.

—Estabas escondida detrás de los cestos cuando entraron aquellos hombres,

¿verdad, Mafia? —preguntó él.

La niña asintió con la cabeza.

—¿Cuántos eran?

—Tres —repuso la niña—. Y uno tenía un agujero en la cabeza. —Se puso de puntillas, le tocó la frente con el índice y añadió—: Aquí. Otro era alto como un gigante, blanco, y tenía una cara muy rara.

—¿Rara?

—Morada —contestó la niña, pasándose la mano por una mejilla—. Todo esto lo tenía morado. Y todo esto blanco —agregó tocándose la otra mejilla—. Y llevaba una cosa con la que le hizo sangre al señor Iqbar mientras los otros dos lo sujetaban. Yo le pedí a Al-Ghul que saliese para ayudarlo, pero no salió.

La niña contó la historia atropelladamente. Se extendió explicando que aquellos hombres le habían hecho preguntas a Iqbar y que, desde su escondrijo, había visto que lo rajaban varias veces, y que habían seguido haciéndolo después de que les hubiese dicho todo lo que querían saber. También explicó que, cuando se marcharon, ella estaba muy asustada, porque había fantasmas en la tienda y que había salido corriendo y no le había contado nada a nadie, porque si su madre se enteraba de que estaba con Iqbar en lugar de pidiendo limosna le pegaría.

Jalifa la escuchó en silencio, acariciándole el pelo, dejando que refiriese los hechos a su manera. Cuando hubo terminado, dejando una frase sin concluir, como un juguete parlante al que se le hubiesen agotado las pilas, el inspector la aupó y la sentó en el mostrador. Luego le secó las lágrimas con un pañuelo. Mafia sacó

entonces el dulce que se había guardado y empezó a mordisquearlo.

123

—No debes estar enfadada con Al-Ghul —le dijo Jalifa limpiándole la nariz—

Estoy seguro de que quiso ayudar al señor Iqbar pero no consiguió salir de la lámpara.

—¿Por qué?

—Porque un genio sólo puede salir de la lámpara si alguien la frota. Has de hacerlo y llamarlo para que acuda.

Mafia enarcó las cejas ante aquella importante información y sonrió, como si acabase de caer en la cuenta de que un amigo que creía que la había dejado en la estacada le hubiese demostrado que era leal.

—¿Podríamos frotar la lámpara ahora?

—Debes tener en cuenta que a un genio sólo se le puede llamar tres veces. Y

sería una lástima llamarlo por nada, ¿no crees?

La niña volvió a enarcar las cejas.

—Es verdad —asintió—. Eres simpático.

—Tú también, Mafia, y muy valiente. —Jalifa hizo una pausa y añadió —: Me gustaría hacerte unas preguntas.

Mafia no contestó, sino que mordisqueó el dulce y balanceó las piernas golpeando el mostrador con los talones.

—Verás —prosiguió él—, quiero atrapar a quienes le hicieron daño al señor Iqbar, y creo que tú puedes ayudarme. ¿Querrás hacerlo?

—Bueno —repuso la niña sin dejar de balancear las piernas.

Jalifa se sentó de un salto en el mostrador, a su lado, y la niña se arrimó a él.

—Aquellos hombres querían que el señor Iqbar les diese una cosa. ¿Recuerdas qué era?

Mafia meneó la cabeza.

—¿Estás segura?

La niña volvió a menear la cabeza.

—¿Recuerdas qué les dijo el señor Iqbar... cuando le hacían daño?

—Les dijo que lo había vendido —contestó la niña.

—¿Y a quién les dijo que se lo había vendido? ¿Lo recuerdas?

Mafia bajó la vista y frunció el entrecejo como si tratara de concentrarse. Luego lo miró apenada.

—No me acuerdo —dijo.

—No importa. —Jalifa le acarició la cabeza—. Lo estás haciendo muy bien. Tenía que ayudarla más, darle más pistas para que intentase recordar. Pensó en su anterior conversación con Tauba y aventuró una posibilidad.

—¿Dijo el señor Iqbar, por casualidad, que se lo había vendido a un inglés?

La niña asintió con la cabeza.

—¿Recuerdas si dijo que ese inglés trabajaba en Saqqara?

Pronunció el nombre lentamente, silabeando. Y tras una breve pausa la niña volvió a asentir.

—¿Recuerdas a algún hombre que entrase en la tienda hace unos días?

124

Jalifa había asistido en dos ocasiones a sendas conferencias del profesor Mullray, en la Universidad Americana, hacía ya años, y trató de recordar qué aspecto tenía.

—Un hombre alto, Mafia, con el pelo muy blanco y unas gafas redondas y...

—¡Ah, sí! —exclamó la niña, risueña—. ¡Hizo una cosa muy divertida! ¡Se quitó el dedo gordo de la mano y volvió a ponérselo!

Mafia le contó que aquel hombre había estado en la tienda hacía unos días y que, mientras el señor Iqbar iba a la trastienda a buscar algo, le dijo si quería que le hiciese un truco de magia, y, como ella le respondió que sí, le hizo aquel truco, que tanto le había hecho reír.

—¿Le compró algo al señor Iqbar? —preguntó Jalifa.

La niña se llevó el índice de la mano derecha a la nariz, con expresión pensativa.

—Una pizarrita con dibujos —dijo Mafia.

—¿Una pizarrita con dibujos?

—Era así. —La niña trazó un rectángulo imaginario en el mostrador—. Había serpientes y garabatos.

Garabatos, pensó Jalifa. Garabatos. Podía tratarse de jeroglíficos. Una tablilla con jeroglíficos.

—Ayudé al señor Igbar a envolverla —prosiguió Mafia—. En una caja. Yo siempre lo ayudaba a envolver cosas.

Mafia le dio otro mordisquito al dulce. Jalifa bajó del mostrador y empezó a pasear de un lado a otro del local. Éstas son las piezas del rompecabezas, pensó: Nayar va a El Cairo y le vende una tablilla a Iqbar; Mullray se la compra a Iqbar y regresa a Saqqara; matan a Nayar y matan a Iqbar. Mullray muere de un infarto, por pura coincidencia o por otra causa. La hija de Mullray va a Saqqara, se apodera de la tablilla y unos desconocidos tratan de apoderarse de ésta.

Bien. Lejos de aclararse, el caso se complicaba y se hacía más confuso. ¿Por qué

había comprado Mullray una tablilla robada? ¿Qué había ocurrido exactamente en Saqqara aquel día? ¿Cuál era la implicación de la hija de Mullray?

La tablilla era la clave, pensó Jalifa; pero ¿por qué interesaba tanto a todo el mundo aquella tablilla?

Jalifa volvió a mirar a la niña. No hacía falta volver a preguntarle por la tablilla. Seguro que ya le había dicho todo lo que, dada su corta edad, podía decirle. La única posibilidad era que supiese algo de otros objetos que Nayar le hubiese vendido a Iqbar y que todavía se encontraran en la tienda.

—¿Tenía el señor Iqbar algún escondrijo en la tienda, Mafia? —preguntó el inspector—. ¿Algún sitio donde guardase sus cosas importantes?

La niña bajó la vista hacia las rodillas, sin contestar. Jalifa percibió algo raro en su actitud.

Apretaba los puños y los labios, como si la pregunta le hubiese hecho recordar algo especial.

—Por favor, pequeña. Es muy importante.

Mafia siguió sin contestar.

—Creo que el señor Iqbar querría que me lo dijeses —la apremió Jalifa —. Porque, si no me lo dices, no lograré atrapar a los que le hicieron tanto daño.

—Si le digo dónde está, ¿podré quedarme con la lámpara de Al-Ghul?

Jalifa sonrió y bajó a la niña al suelo.

—Me parece un trato justo. Me enseñas el escondrijo y a cambio te quedas con el genio.

La niña se echó a reír, complacida por tan ventajoso trato. Cogió a Jalifa de la mano y lo condujo a la trastienda.

—Soy la única persona en el mundo que sabe dónde está —dijo Mafia mientras se acercaba a la estatua de tamaño natural que representaba un guardián de un templo—. Los fantasmas tampoco lo saben. Es un secreto.

Se trataba de una estatua negra, con un tocado de color dorado, una vara, sandalias y una falda de oro con vuelo. La niña metió una mano por debajo de la falda, que parecía ser de sólida madera, y empujó con fuerza. Se oyó un «clic» y descendió un cajón oculto, como el cargador de una pistola que sale de la culata. Mafia tiró del cajón y lo puso en el suelo. A continuación desenroscó un dedo de los pies del guardián y, al retirarlo,

apareció una cavidad de la que sacó una pequeña llave de metal. La insertó en la cerradura de la tapa del cajón y la hizo girar por dos veces.

—Qué buen escondrijo, ¿eh? —dijo.

—Ya lo creo que sí —respondió Jalifa arrodillándose a su lado—. Muy bueno. El cajón estaba dividido en dos compartimentos. En uno había un fajo de billetes, unos cuantos documentos y una jarrita llena de turquesas sin tallar; en el otro, un paquete con envoltorio de tela sujeto con un cordel. Jalifa deshizo el nudo del cordel y soltó un silbido de asombro al ver lo que contenía el paquete. Eran siete objetos: una daga de hierro con una tosca tira de cuero en torno a la empuñadura; un amuleto de plata en forma de pilastra Djed; un peto de oro; una jarrita de barro para ungüentos con la cara del dios-enano Bes grabada en un lado, y tres estatuillas de porcelana de color azul pálido.

Jalifa examinó los objetos uno a uno y, al volverse hacia la niña, descubrió que ya no estaba.

—¡Mafia! —la llamó—. ¡Mafia! —insistió al ver que no contestaba. La niña se había marchado con la lámpara de Al-Ghul. Jalifa corrió hacia la entrada y miró en todas las direcciones. Pero no la vio.

—Adiós, Mafia —musitó—. Que Alá te bendiga.

126

Luxor

Suleimán al-Rashid dormitaba echado en una estera a la sombra del lavabo móvil. Oyó pisadas de alguien que subía al tráiler. Normalmente, habría ido a ver si necesitaban papel higiénico o habría aguardado junto a la puerta por si le daban una propina al salir. Pero ese día hacía demasiado calor, y se quedó donde estaba. Al principio no advirtió nada anormal. Oyó que la persona que había entrado echaba agua del cubo a la taza, algo innecesario porque él siempre tenía los lavabos extraordinariamente limpios. Pero algunos, sobre todo los alemanes, eran obsesivos con esa clase de cosas. De modo que no le dio importancia y siguió echado. Al cabo de unos segundos, sin embargo, olió a gasolina y oyó chorrear líquido en la arena. Se levantó casi de un salto.

—¡Eh! —gritó corriendo hacia el tráiler tan deprisa como pudo—. ¿Qué está

haciendo...?

Un fuerte golpe lo hizo caer de bruces sobre los tres escalones del tráiler.

—Metedlo dentro —musitó alguien desde arriba.

Unos fuertes brazos le rodearon la cintura y lo levantaron. Otra persona lo agarró

desde arriba y, casi a rastras, fue conducido al interior del tráiler. Trató de resistirse, pero aún estaba aturdido a causa del golpe que había recibido en la cabeza y apenas lograba forcejear. El olor a gasolina le hizo dar varias arcadas.

—Esposadlo —ordenó una voz—. Esposadlo a la cañería.

Se oyeron sendos «clics» al cerrarle las esposas en torno a una muñeca y luego en torno a la otra. Suleimán hizo una mueca de dolor al sentir la presión del acero contra la carne.

—Rociadlo.

El ciego notó que le echaban algo en la cara y en la galabeya. Trató de soltarse, pero le fue imposible. Le entró gasolina en la boca y en los ojos sin vida. No podía ver a sus agresores, pero no tenía necesidad de hacerlo. Sabía perfectamente quiénes eran.

Dejaron de rociarlo. Oyó el estrépito de una lata al chocar contra el suelo, a sus agresores saltar del tráiler y, al instante, el chasquido de una cerilla. No sintió miedo. Pero sí ira, y pesar por su familia. ¿Cómo iba a sobrevivir sin él? Pero... ¿miedo?

Miedo no.

—Ibn sharmouta! Ya ja-in! —masculló uno desde abajo—. ¡Hijo de puta! ¡Traidor!

¡Esto es lo que les ocurre a quienes hablan más de la cuenta de Saif al-Thar!

Se hizo un breve silencio y luego Suleimán oyó el siseo de una llamarada y notó

un intenso calor alrededor.

—¡Que Dios se apiade de vuestras almas! —musitó Suleimán tirando desesperadamente de las esposas—. ¡Que el Todopoderoso os perdone!

Instantes después, las llamas envolvieron al ciego, que soltó un grito sobrecogedor.

127

El Cairo

Una hora después de salir de la tienda de Iqbar, Jalifa estaba sentado frente a Crispin Oates en el despacho de éste en la embajada británica. No se había molestado en llamar para concertar una entrevista. Advirtió que a

Oates no le hacía ninguna gracia que se presentara sin avisar, pero no pudo negarse a recibirlo. El diplomático se limitó a adoptar una actitud condescendiente, y aunque no se mostraba dispuesto a colaborar, sus modales eran impecables.

—¿Y no tiene usted idea del paradero actual de la señorita Mullray? —preguntó el inspector.

—Ni la menor idea, señor Jalifa —repuso Oates—. Tal como le he explicado, vi por última vez a la señorita Mullray anteayer, cuando fui a recogerla al hotel y la traje a la embajada. Desde entonces no he sabido nada de ella... Perdone, pero en este despacho no se puede fumar.

Jalifa acababa de sacar un paquete de cigarrillos del bolsillo, pero volvió a guardarlo. Se inclinó un poco hacia delante.

—¿Observó en ella un comportamiento anormal? —preguntó.

—¿En la señorita Mullray?

—Sí, en la señorita Mullray.

—Anormal, ¿en qué sentido?

—Me refiero a si le pareció... preocupada.

—Acababa de encontrar muerto a su padre —respondió Oates—. Creo que cualquiera estaría preocupado en tales circunstancias, ¿no le parece?

—Lo que quiero decir es si notó que había otra cosa que le preocupaba. Si la vio asustada, como si se sintiese en peligro.

—No —contestó Oates—. No la noté preocupada en ese sentido. Pero, verá, ya les he contado todo esto a los hombres de Gizeh. Y aunque por supuesto estoy encantado de poder colaborar, esto me resulta... repetitivo.

—Lo siento —se disculpó Jalifa—. Procuraré abreviar.

Sin embargo, permaneció en el despacho durante otros veinte minutos. Cuantas más preguntas le formulaba a Oates, más convencido estaba de que éste sabía más de lo que decía. Pero estaba claro que no pensaba revelarle lo que supiese. Jalifa dedujo que no lograría sonsacarle nada, de modo que echó la silla hacia atrás y se levantó.

—Gracias, señor Orts. Lamento haberlo entretenido.

—Al contrario, señor Jalifa, ha sido un placer. Pero... me llamo Oates, no Orts..

—Oh, disculpe, señor... Oates.

Se estrecharon la mano con frialdad y Jalifa fue hacia la puerta. Tras dar unos pocos pasos se detuvo, sacó su bloc y garabateó algo en una página en blanco.

—Perdone, señor Oates, una última pregunta: ¿le dice esto algo?

El inspector le mostró el sencillo dibujo que había hecho en el bloc. Era un rectángulo, tal como la niña se lo había dibujado en la tienda de Iqbar, con varios jeroglíficos inscritos y, en la base, una hilera de serpientes. Oates apretó los labios al ver el dibujo.

—No, me temo que no.

128

«Mientes», pensó Jalifa, mirándolo fijamente por un instante y guardando a continuación el bloc en el bolsillo.

—Bueno... era sólo por si acaso —dijo Jalifa—. Gracias de nuevo por su ayuda.

—Me temo que no le he sido de mucha utilidad —dijo Oates.

—Todo lo contrario. Me ha proporcionado usted una interesantísima... información —repuso el inspector con una sonrisa, y se marchó.

En su despacho, Charles Squires desconectó el intercomunicador a través del que había estado escuchando la conversación y se retrepó en el sillón. Por unos instantes permaneció inmóvil mirando al techo con expresión de contrariedad. Luego volvió a inclinarse hacia delante, descolgó el teléfono y marcó. Se oyeron tres llamadas y luego un «clic».

—Yamal —dijo—. Me parece que tenemos un problema.

129

Luxor

Llegaron a Luxor a primera hora de la tarde, después de un viaje de casi veinte horas. El viaje podría haber durado ocho horas, pero Daniel prefirió dar un largo rodeo para no pasar por el centro de Egipto.

—Al sur de Beni Suef toda la región está infestada de fundamentalistas, Tara —

explicó Daniel-. No se mueve una hoja sin que Saif al-Thar se entere. Además, por esa zona hay controles policiales en todos los cruces. Desaconsejan a los extranjeros viajar por allí sin escolta. Correríamos el riesgo de que nos secuestrasen. Así pues, en lugar de ir hacia el sur como la mayoría, siguiendo la autopista que discurre paralelamente al Nilo hasta Luxor, fueron hacia el este para cruzar el desierto por Al-Wasta.

—Cruzaremos el mar Rojo —dijo Daniel señalándolo en un mapa—, y luego seguiremos la carretera que va hacia el sur hasta Al-Quseir. Desde allí podemos volver hacia al interior y llegar al Nilo en este punto, Qift, que está al norte de Luxor. Así nos evitaremos cruzar el centro del país.

—¡Vaya rodeo!

—Sí —admitió Daniel-, pero tiene sus ventajas, como, por eiemplo, llegar a Luxor con vida.

Sorprendentemente, y dadas las circunstancias, Tara disfrutó del viaje. No encontraron mucho tráfico y Daniel iba a casi ciento cincuenta kilómetros por hora en muchos tramos. Viajaron con sol durante la mayor parte del trayecto, pero al llegar al desierto ya había oscurecido. El aire era gélido y extraordinariamente límpido. El cielo estaba tachonado de estrellas.

—Es hermoso —dijo Tara—. Nunca había visto un cielo así.

—Sí —admitió Daniel, que había aminorado bastante la velocidad—. Los egipcios creían que eran hijas de Nut, la diosa del cielo, quien las alumbraba todas las noches y se las tragaba por la mañana. También creían que eran las almas de los muertos, que aguardaban en la oscuridad al regreso de Ra, el dios sol.

Tara iba acurrucada a su lado. Le gustaba notar la firmeza y calidez de su cuerpo. De pronto, todo lo ocurrido en los dos últimos días pareció olvidado. Habían pasado la noche en un pequeño pueblo de pescadores, en una habitación que les había alquilado el dueño de un café, con dos camas y vista al mar. Daniel se quedó

dormido casi de inmediato, pero Tara tardó bastante en conciliar el sueño. No le importó, porque le gustaba escuchar el murmullo de las olas y ver el rostro de Daniel iluminado por un rayo de luna, tan bronceado y recio, con el ceño fruncido, como si incluso en sueños pensara en el problema en que estaban metidos. Lo oyó musitar algo. Incapaz de contener su curiosidad, se arrimó a escuchar. Repetía un nombre; un nombre de mujer. Mary... y un apellido que no logró entender. Lo repetía una y otra vez. Y a Tara se le hizo un nudo en la garganta. Se volvió hacia la ventana, abatida. Al despertar por la mañana, no le comentó nada a Daniel sobre aquella Mary cuyo nombre tanto había repetido mientras dormía, y después del desayuno al amanecer, reemprendieron viaje hacia el sur. Pasaron por Hurghada, Port Safaga y ElHamarawein. Al llegar a Al-Quseir volvieron a dirigirse hacia el oeste con un fuerte viento que les daba en la cara al cruzar por los pedregales del desierto. Daniel conducía la Jawa a toda velocidad. Tara se protegía el rostro apoyándolo contra la espalda de él, apenada al pensar en que, cuando llegasen y volvieran a mirarse, tendrían que afrontar la realidad de la situación en que se encontraban.

130

Llegaron a Qift a las dos, y a la zona oeste de Luxor media hora después. Al adentrarse en la ciudad por las calles atestadas de tráfico y gente, Tara sintió un súbito deseo de fumar. Estaba tensa y preocupada por lo que fuese a suceder en adelante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tara al detenerse Daniel en una gasolinera de las afueras de la ciudad.

—Iremos a ver a Omar.

—¿Omar?

—Omar Abd el-Faruk. Trabajó para mí como capataz en el valle. Hace cien años sus antepasados eran los ladrones de tumbas más famosos de Egipto. Pero, ahora, casi toda su familia trabaja en yacimientos arqueológicos y tiene varias tiendas de recuerdos. Están al corriente de todo lo que ocurre en la zona. El empleado de la gasolinera se acercó y procedió a llenarles el depósito.

—¿Y si no puede ayudarnos? —preguntó Tara—. ¿Y si no descubrimos nada aquí?

—Todo irá bien —repuso Daniel tomándole una mano—. Saldremos de ésta. Ten confianza en mí —añadió muy convencido.

Omar vivía en una espaciosa casa de adobe situada frente a las ruinas de lo que había sido el gran palacio de Malqatta. Cuando llegaron se encontraba en el jardín, rastrillando hojas de palmera que iba apilando en un rincón. Un asno ya viejo mordisqueaba sin entusiasmo las hojas tostadas por el sol.

En cuanto los vio, Omar soltó un grito de júbilo y corrió hacia ellos.

—¡Hola, doctor! —exclamó—. ¡No sabía que estuviese usted en Luxor! ¡Cuánto tiempo! ¡Bienvenidos!

Daniel y Omar se abrazaron y se besaron dos veces en cada mejilla. Luego Daniel los presentó.

—Me he enterado de lo de su padre —dijo Omar dirigiéndose a Tara—, y lo he sentido mucho. Que Dios lo tenga en el Paraíso.

—Gracias —repuso ella.

Omar dio una voz hacia la casa y los condujo hasta una mesa que estaba a la sombra de un banano.

—He participado en excavaciones con el doctor Lacage durante muchos años —

dijo al tomar asiento—. También trabajo para otros arqueólogos, pero él es el mejor. Nadie sabe tanto acerca del Valle de los Reyes.

—Eso se lo dice a todos —dijo Daniel con una sonrisa.

—Lo reconozco, pero sólo lo digo en serio cuando se refiere a usted. Una muchachita muy linda asomó por la puerta de la casa portando tres botellas de Coca-Cola, que dejó sobre la mesa. Miró a Daniel, se ruborizó y regresó a la casa.

—Es mi hija mayor —explicó Omar, visiblemente orgulloso—. Ya tiene dos proposiciones de matrimonio. De jóvenes de aquí, de buenas familias. Pero ella sólo piensa en una persona.

Omar se inclinó hacia Daniel y le susurró algo al oído.

—¡Bébete esa Coca-Cola y no digas bobadas, Omar!

Estuvieron charlando un rato distendidamente; sobre los hijos de Omar, sobre sus días en El Cairo y los yacimientos que había en la zona. La muchacha reapareció

con una fuente de lentejas. Cuando dieron cuenta de ellas, volvió con una bandeja de

131

pollo frito, arroz y molochia. Después salió la esposa de Omar con una pipa shisha que dejó en la mesa entre los dos hombres. Agradeció los elogios de todos por la comida, retiró los platos y, tras dirigir una breve mirada a Tara, volvió a entrar en la casa.

—Bueno —dijo Omar exhalando el humo por la nariz—. Sospecho que no ha venido sólo a visitar a un amigo, doctor.

—¡No se le escapa nada al viejo El-Faruk! —exclamó Daniel.

—Mi familia ha trabajado con arqueólogos durante más de cien años —dijo Omar entre risas, guiñándole un ojo a Tara—. Mi tatarabuelo estuvo con Petrie; mi bisabuelo con Carter; y un hermano de mi bisabuelo con Pendlebury, en Amarna. Los conocemos muy bien. Para nosotros son tan transparentes como el cristal. —Le pasó

la pipa a Daniel y añadió—: Y bien, dígame, amigo mío. Cuente conmigo para lo que sea. Usted es parte de mi familia.

Daniel guardó silencio por unos momentos, luego miró a Tara y dijo:

—Enséñasela.

Tara titubeó, pero por fin sacó la caja de cartón de su bolso y la tendió hacia Omar, que levantó la tapa y sacó la tablilla decorada.

—Creo que procede de por aquí —dijo Daniel— de una tumba, probablemente.

¿La habías visto antes? ¿Sabes algo de ella?

Omar no contestó de inmediato. Siguió examinando la tablilla por ambas caras, después la devolvió a la caja, la tapó y preguntó:

—¿Dónde la han encontrado?

—Me la regaló mi padre —respondió Tara—. Por lo visto, Saif al-Thar está muy interesado en hacerse con ella, y el personal de la embajada británica también. Tara advirtió que Daniel se rebullía incómodo en la silla y que no le había gustado que mencionase aquello.

Omar asintió con la cabeza, se llevó la boquilla de bronce a la boca y dio una profunda calada.

—¿Y por esto han venido desde El Cairo? —preguntó por fin.

—Sí —repuso Daniel-. Nos ha parecido mejor evitar la región central. Sabes algo,

¿verdad?

El egipcio exhaló el humo lentamente.

—Ayer por la mañana me llevaron a la comisaría para interrogarme —dijo— No es nada anormal. Siempre que se comete un delito relacionado con las antigüedades en lo primero que piensa la policía es en un miembro de la familia El-Faruk. Estamos cansados de repetirles que ya no traficamos, que hace cien años que dejamos de hacerlo. Pero es inútil. Siguen interrogándonos. En esta ocasión, sin embargo, no me hicieron las preguntas habituales. En esta ocasión se trata del asesinato de un hombre que, según el inspector que me interrogó, podía haber descubierto una tumba, haberse llevado algunos objetos y, luego, haber tenido un... desagradable encuentro con gente muy poderosa. Querían saber si había oído algo al respecto. —Vació parte de la ceniza de la shisha y prosiguió—: Por supuesto, no dije nada a la policía. Son unos perros, y antes muerto que ayudarlos. La verdad es que sí que he oído algunas cosas sobre el descubrimiento de una tumba en las colinas. No sé exactamente dónde, pero al parecer se trata de algo muy importante y Saif al-Thar está empeñado en conseguir lo que hayan encontrado.

—¿Y crees que esta tablilla puede ser parte de lo que contuviese la tumba? —

preguntó Daniel.

Omar se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez. De lo que estoy seguro es de que corren ustedes un grave peligro. Es un mal asunto hacer algo que contraríe a la Espada Vengadora. Omar los miró. El asno había dejado de ramonear las hojas y en ese momento se hallaba delante de la casa, olisqueando la boca de un horno de arcilla para cocer pan.

—Necesitamos averiguar la procedencia de esta tablilla —dijo Daniel-, saber por qué es tan importante. Ayúdanos, por favor.

Omar guardó silencio unos momentos, fumando. Luego, lentamente, se levantó y fue hacia la casa. Por un instante Tara creyó que los abandonaba, pero antes de entrar Omar se volvió hacia ellos y dijo:

—Por supuesto que los ayudaré, Daniel. Es usted mi amigo y, si un amigo le pide ayuda a un Abd el-Faruk, la obtiene. Indagaré. Entretanto, serán mis huéspedes. Omar señaló hacia la casa y los condujo al interior.

133

El Cairo

Jalifa estaba en el vestíbulo principal del Museo de Antigüedades Egipcias de El Cairo, mirando hacia la gran cúpula de cristal del techo y las colosales estatuas que había al fondo del patio. Una y otra vez se repetía que era una lástima no disponer de más tiempo. Hacía dos años que no visitaba el museo, y le hubiese gustado volver a ver algunas de sus piezas favoritas: los féretros de Yuya y Tjuju; los tesoros de Tutankamón; la estatuilla de caliza pintada que representaba al enano Seneb. Pero la tarde ya estaba muy avanzada y tenía que tomar el tren. De modo que sin entretenerse más cruzó la galería del Imperio Antiguo y subió por una escalinata que partía del fondo, mirando los objetos al pasar pero resistiendo la tentación de detenerse a contemplarlos. Al final de la escalinata abrió una puerta que conducía a las oficinas, subió por un tramo de escaleras de madera y a continuación enfiló un pasillo hasta llegar al despacho del profesor Mohamed al-Habibi. Llamó con los nudillos y una voz jovial lo invitó a entrar. Su viejo profesor estaba de pie, de espaldas, examinando con una lupa algo que tenía encima de su mesa.

—Un segundo... —dijo el profesor distraídamente, sin volverse—. Como si estuviera en su casa.

Jalifa cerró la puerta y se apoyó contra ésta, mirando afectuosamente al profesor. Sabía que era inútil tratar de llamar su atención en esos momentos. Cuando el profesor estaba absorto en algo ni una manada de elefantes

lograba distraerlo. Tenía el mismo aspecto de siempre, rechoncho, con una sempiterna chaqueta de punto y pantalones tejanos que le venían cortos. Quizá estuviera un poco más cargado de espaldas y algo más calvo, pero había que considerar que tenía casi ochenta años. Por lo demás, estaba igual que siempre.

Jalifa recordaba el día que lo había conocido, hacía ya veinticinco años. Había sido allí mismo, en el museo. Él y Alí estaban frente a una mesa de libación de alabastro, preguntándose en voz alta qué era una libación. El profesor, que pasaba por allí, se detuvo y se lo explicó.

Les cayó bien de inmediato, por su aspecto desaliñado, su jovialidad y el modo de referirse a aquella mesa como si fuese una persona en lugar de un objeto inanimado. También al profesor le cayeron bien Jalifa y Alí, y se sintió conmovido por el interés que mostraban por el pasado, por su evidente pobreza y porque un hijo suyo, de la edad de Alí, se había matado en accidente de automóvil. El profesor se convirtió en su guía oficioso. Todos los viernes iban al museo y él les enseñaba distintas salas durante una o dos horas. Les compraba un par de refrescos y unas basbousas en un tenderete de Midan Tahrir. Cuando se hicieron mayores, en lugar de un refresco y basbousas los invitaba a comer en su casa los viernes. Cocinaba su esposa, que era aún más rechoncha y desaliñada que él. Les prestaba libros y pequeñas reproducciones de objetos antiguos y les dejaba ver la televisión, algo que aunque ninguno de los dos hermanos lo reconociese, era lo que más les gustaba de sus visitas al profesor, quien, en cierto modo, llenaba el vacío que había dejado su padre. Los trataba con afecto paternal. El orgullo que sintió el profesor cuando Jalifa logró ingresar en la universidad era más propio de un padre que de un amigo. Y otro tanto cabía decir de sus lágrimas al morir Alí. El profesor tardó varios minutos en dejar la lupa a un lado y volverse.

—¡Yusuf! —exclamó al ver a Jalifa—. ¿Por qué demonios no has dicho que eras tú? —añadió dirigiéndole una sonrisa franca—. ¡Mira que eres bobo!

—No he querido distraerlo.

—¡Tonterías!

Jalifa se acercó y se abrazaron.

—¿Cómo están Zainab y los niños?

—Bien, gracias. Todos le envían un beso.

—¿Y el pequeño Alí? ¿Qué tal va en la escuela?

El profesor era el padrino del hijo de Jalifa y siempre mostraba un gran interés por su educación.

—Muy bien.

—Ya lo sabía yo. A diferencia de su padre, ese muchachito tiene cerebro —dijo el profesor guiñándole un ojo.

Rodeó su mesa arrastrando los pies y descolgó el teléfono.

—Llamaré a Arwa para decirle que irás a cenar.

—Lo siento, pero no puedo. He de volver a Luxor esta misma noche.

—¿No vas a tener tiempo ni para algo rápido?

Jalifa se echó a reír, porque la idea que tenía la señora Habibi de una cena rápida era de cinco platos, por lo menos.

—De verdad, profesor, me es imposible.

Habibi refunfuñó y volvió a colgar el auricular.

—Se enfadará conmigo por no haberte convencido. Dirá que debería haber insistido más, y llevarte a rastras si fuera necesario.

—Lo siento, profesor. Será una visita de médico.

—Pues deberías ir al médico más a menudo —dijo Habibi, y se echó a reír. Sacó

una botella de jerez de un armario y llenó la copa que tenía encima de la mesa—. Supongo que las leyes de Alá no se han dulcificado desde la última vez que nos vimos.

—Me temo que no.

—En tal caso no voy a violentarte ofreciéndote un trago —dijo Habibi alzando el vaso—. Me alegro mucho de verte, Yusuf. Ha pasado mucho tiempo. El profesor vació la copa de un trago, pasó un brazo por la cintura de Jalifa y lo atrajo hacia la mesa.

—Fíjate en esto —le dijo.

Encima del secante tenía un trozo de papiro amarillento, muy arrugado, con seis columnas de jeroglíficos y, en una esquina, muy borrosa, parte de la cabeza de un halcón bajo un disco solar.

—Dame tu opinión, por favor —le pidió a Jalifa, pasándole la lupa. A Jalifa le encantaba aquel juego, consistente en mostrarle un objeto cualquiera para que se pronunciara sobre lo que era. Examinó el papiro con la lupa y dijo:

—Ya no se me dan bien esta clase de jeroglíficos. Los del trabajo policial son muy distintos. —Resiguió con el dedo las líneas de texto—.

¿Procede de alguno de los libros que tratan sobre el más allá? —aventuró.

—¡Muy bien! Pero ¿de cuál?

Jalifa volvió a examinar el texto.

135

—¿Amduat? —preguntó titubeante—. ¡No! Espere..., de El Libro de los muertos

—añadió antes de que Habibi tuviese tiempo de corregirlo.

—¡Bravo, Yusuf! ¡Estoy realmente impresionado. Pero ¿podrías fecharlo?

Eso era bastante más difícil. Las oraciones y los rituales que contenía El libro de los muertos habían aparecido por primera vez en las tumbas regias de la vigésima octava dinastía, y apenas habían cambiado en los mil quinientos años siguientes. Los jeroglíficos podían dar alguna pista de la fecha, porque lo más probable era que hubiesen cambiado estilísticamente a lo largo de los siglos. Pero Jalifa no estaba lo bastante preparado para advertirlo. Las únicas pistas que podía detectar eran la cabeza del halcón bajo el disco solar y el nombre que figuraba en el texto: Amenemheb.

—Del Imperio Nuevo —arriesgó.

—¿Por qué? —preguntó Habibi.

—Por la imagen de Re-Harajty, que era el dios del estado en el Imperio Nuevo. Y

porque Amenemheb era un nombre típico del Imperio Nuevo.

—El razonamiento es impecable —dijo el profesor—, pero erróneo. Inténtalo de nuevo.

—No tengo ni idea, profesor. ¿Del tercer período intermedio?

—Frío.

—¿Del período tardío?

—Frío —repitió el profesor, que se lo estaba pasando en grande—. Te doy una última oportunidad —agregó entre risas.

—¿Grecorromano?

—Me temo que no —repuso el profesor dándole una palmada en el hombro—. Veinte.

—¡De la vigésima dinastía! Pues eso es lo que he dicho, ¡del Imperio Nuevo!

—Veinte, Yusuf, del... ¡siglo XX!

Jalifa quedó boquiabierto.

—¿Una falsificación?

—En efecto; y muy buena.

—¿Cómo lo ha detectado? Parece auténtico.

Habibi se echó a reír.

—Te asombraría comprobar lo hábiles que son los falsificadores; no sólo con la reproducción, sino por los materiales que utilizan. Tienen métodos para envejecer la tinta y el papiro y conseguir que parezcan de hace miles de años. En lo suyo, demuestran un talento excepcional. Es una lástima que lo empleen en estafar a la gente.

Cogió la botella de jerez y volvió a llenar la copa.

—Pero ¿cómo lo descubre usted? —preguntó Jalifa—. ¿En qué lo nota?

Al igual que antes, Habibi se bebió el jerez de un trago.

—Es posible hacer varias pruebas. La del carbono catorce para el papiro, y el análisis microscópico para la tinta. Sin embargo, en este caso no he tenido que recurrir a ninguna de las dos. Lo he advertido con un simple examen visual. Vuelve a mirarlo.

Jalifa examinó nuevamente el papiro con la lupa, pero por más que lo intentaba no descubría nada que delatase que se trataba de una falsificación.

—Me desconcierta —dijo, irguiéndose y devolviéndole la lupa al profesor—. Es absolutamente perfecto.

—¡Exacto! ¡Y precisamente por eso se nota que es falso! Fíjate en cualquier manuscrito egipcio antiguo, en cualquier inscripción o fresco. Nunca son perfectos. Siempre tienen aunque sea un mínimo defecto; una gota de tinta, un jeroglífico desalineado, una figura del revés. Por más pequeño que sea, siempre se encuentra por lo menos un defecto. Pero no en las falsificaciones, cuya perfección es precisamente lo que les delata. Los antiguos egipcios nunca fueron tan precisos. El excesivo detallismo pierde a los falsificadores.

El profesor cogió el papiro, lo estrujó en la mano y lo arrojó a la papelera. Luego rodeó la mesa y se sentó en su viejo sillón de piel. Cogió una pipa de brezo de un estante que estaba detrás del sillón, la llenó de tabaco de una petaca que tenía en un cajón y la encendió. Jalifa aprovechó para encender a su vez un cigarrillo. Luego metió la mano en el bolsillo, sacó el paquete que llevaba y lo dejó sobre la mesa.

—Bien... profesor —dijo con una sonrisa—. Ahora le toca a usted. ¿Qué puede decirme acerca de estos objetos?

Habibi lo miró a través del humo de su pipa con expresión inquisitiva. Desenvolvió el paquete, que contenía los siete objetos que el inspector había encontrado en la tienda de lqbar. Se inclinó hacia delante y los acarició, como si tratase de tranquilizarlos, de infundirles confianza.

—Interesante —dijo—. Muy interesante. ¿De dónde proceden?

—Eso es lo que me gustaría que me dijese usted.

Habibi se echó a reír. Encendió la lamparita que tenía al lado y cogió la lupa. Examinó los objetos uno a uno, atentamente.

—¿Y bien? —preguntó Jalifa cuando hubieron transcurrido casi cinco minutos. Habibi dejó en la mesa la figurita funeraria que estaba examinando en aquellos momentos y se retrepó en el sillón. Se le había apagado la pipa, que volvió a llenar y a encender. La expresión de su cara revelaba que estaba disfrutando de aquel momento, como un catador al que se hubiese pedido que identificara un vino raro y, después de paladearlo, tuviese la certeza de qué vino se trataba.

—Ocupación persa —declaró.

Jalifa enarcó las cejas.

—¿Ocupación persa?

—Exacto.

—¿La primera o la segunda?

—¡Qué duro examinador! —exclamó Habibi, entre risas—. ¡No me perdona una!

Yo diría que de la primera, aunque no podría darte una fecha exacta. Quizá entre quinientos veinticinco y cuatrocientos cuatro antes de Cristo. Sin embargo, las figuritas funerarias parecen un poco posteriores.

—¿Posteriores?

—De la segunda ocupación persa, probablemente, aunque acaso sean de la trigésima dinastía. Es casi imposible fechar con precisión este tipo de objetos, sobre todo cuando son tan sencillos, sin ninguna leyenda o inscripción. Tampoco hay rasgos estilísticos que resulten claros. Sólo cabe hacer conjeturas.

—Y su conjetura es que datan de la segunda ocupación persa, ¿no?

—O de la trigésima dinastía…

Jalifa guardó silencio por unos instantes, pensativo.

—¿Y son auténticos?

—Desde luego que sí —contestó Habibi—. No me cabe duda de que lo son —

añadió, y dio una profunda calada.

A través del sistema de megafonía anunciaron que el museo iba a cerrar en diez minutos.

—¿Puede decirme algo más? —preguntó Jalifa.

—Depende de lo que quieras saber. La jarrita de cerámica para ungüentos perteneció a un soldado. Tenemos otras del mismo tipo. Al parecer formaban parte de la impedimenta militar de aquellos tiempos. También la daga parece de origen militar. Fíjate en la hoja, presenta muescas y está desgastada, lo que demuestra que no fue ceremonial o votiva, sino que se utilizó. El peto es interesante. Es de alto rango, de mejor calidad que los habituales.

—¿Y qué le sugiere?

El profesor reflexionó por unos segundos y respondió:

—Pues que o bien su origen es distinto del de los otros objetos, o bien que la persona que poseía la jarrita y la daga progresó mucho en la vida.

Jalifa se echó a reír.

—Usted debería haber sido policía. Con su capacidad de deducción, habría llegado a ministro del Interior.

—Bah —dijo el profesor—. Quizá. Pero a lo mejor no he dicho más que tonterías. Eso es lo malo de hablar del pasado remoto. Uno puede aventurar la teoría que le venga en gana, porque nadie le demostrará nunca que está equivocado. Todo depende de la interpretación. —Se sirvió jerez por tercera vez. Pero en lugar de vaciar la copa de un trago sólo bebió un sorbo—. Y bien, Yusuf, dime: ¿de dónde procede todo esto?

Jalifa le dio una última calada al cigarrillo y aplastó la colilla en el cenicero.

—Creo que de Luxor; de una tumba recientemente descubierta.

—¿Tiene algo que ver con algún caso que llevas? —preguntó Habibi—. No hace falta que me des detalles.

—Será mejor que no lo haga.

Habibi se acercó el cenicero y dejó caer parte de la ceniza de la pipa. Volvieron a oír el anuncio de la hora del cierre del museo. Guardaron silencio por unos momentos.

—Tiene relación con Alí, ¿verdad? —preguntó al cabo el profesor.

—¿Cómo?

—El caso que llevas, estos objetos, tienen que ver con Alí, ¿no?

—¿Qué le hacer suponer que...?

—Lo leo en tu cara, Yusuf. Lo noto en tu voz. No pasa uno más de medio siglo estudiando la vida de personas muertas sin aprender de paso muchas cosas acerca de los vivos. Lo noto, Yusuf. Esto tiene que ver con tu hermano.

Jalifa guardó silencio. El profesor se levantó y rodeó la mesa lentamente. Pasó

por delante de Jalifa y, por un momento, éste pensó que se dirigía hacia una

138

estantería de libros que había al fondo del despacho. Luego notó la presión de la mano de Habibi en su hombro, una presión firme a pesar de la avanzada edad.

—Arwa y yo... —dijo el profesor con voz vacilante—. Cuando tú y Alí aparecisteis en nuestras vidas...

Habibi dejó la frase sin terminar, y Jalifa se volvió y le tomó una mano entre las suyas.

—Lo sé —dijo quedamente.

—Pero ten cuidado, Yusuf. Es todo lo que te pido. Ten cuidado.

Permanecieron inmóviles por unos segundos, y al fin Habibi se apartó y regresó a su sillón.

—¿Me permites volver a examinar estos objetos? —preguntó, esforzándose por disipar su preocupación—. A ver si logro decirte algo más. ¿Dónde habré dejado esa condenada lupa?

139

Luxor

Omar los condujo a una sencilla habitación de la planta superior de la casa, de un tosco suelo de cemento y sin espejo. Mientras su esposa y una hija mayor llevaban cojines y sábanas, sus otros tres hijos observaban a los recién llegados con curiosidad. El menor parecía fascinado por el cabello de Tara, que lo cogió en brazos. Él se enrolló un mechón a los dedos formando un bucle y le susurró algo a su madre.

—¿Qué dice? —preguntó Tara.

—Que tiene el tacto de la cola de un caballo —explicó Omar.

—Vaya, para eso gasta una en acondicionador —dijo ella con una sonrisa, y tras hacer una carantoña al pequeño, lo dejó en el suelo.

Tara sintió un extraño alivio al verse rodeada de aquella familia, como si formase una barrera de invisible calidez e inocencia que la protegía del mundo exterior. Cuando se hubo asegurado de que Tara y Daniel tenían todo lo necesario en el dormitorio, Omar hizo salir a sus hijos y a su esposa.

—Ahora iré a ver qué averiguo —anunció—. Entretanto, hagan como si estuviesen en su casa. Aquí no correrán peligro. Por lo menos en Luxor el nombre de El-Faruk ofrece ciertas garantías al respecto.

Cuando Omar hubo salido, se ducharon y subieron a la azotea. Había un tendedero de alambres y un montón de dátiles de color marrón rojizo secándose encima de una sábana. Miraron hacia las colinas de Tebas, que se alzaban ante ellos como gigantescas olas parduscas, y luego hacia el este, en dirección al río. Se elevaba humo de los campos, en los que los campesinos quemaban rastrojo de la cosecha de maíz y de caña de azúcar. Una carreta cargada de paja avanzaba lentamente por un camino tirada por dos búfalos de agua. Un par de garcetas blancas sobrevoló una acequia. Un grupo de niños jugaba en lo alto de un montículo, lanzándole ramas a un perro atado más abajo. A lo lejos se oía el sordo golpeteo de una bomba de agua.

—Creo que tendríamos que hacer algo —dijo Tara.

—¿Como qué?

—No lo sé. Me parece un poco absurdo hacer un viaje tan largo para quedarnos aquí, contemplando el paisaje. Después de todo lo ocurrido...

—No podemos hacer gran cosa, Tara. Por lo menos hasta que Omar vuelva. Lo que hagamos depende de lo que él averigüe.

—Ya lo sé, pero me siento impotente teniendo que limitarme a esperar. Es como si estuviésemos a merced de los acontecimientos. Mi padre ha muerto, a nosotros quieren matarnos... Siento que debo hacer algo. Averiguar algo.

—Te comprendo —dijo Daniel, apoyando una mano en su hombro—. Yo me siento tan frustrado como tú. Pero tenemos las manos atadas.

Guardaron silencio mirando a un viejo que avanzaba por el camino llevando un camello del ronzal. Daniel volvió a mirar hacia las colinas, ensimismado. De pronto, cogió de la mano a Tara y fue hacia las escaleras.

—¡Vamos! Puede que no solucione nuestros problemas, pero al menos tendremos algo que hacer.

—¿Adónde vamos?

—Allí —contestó Daniel señalando hacia un risco achatado que se elevaba por encima de las lomas—. No hay ningún lugar mejor en Egipto para ver la puesta del sol. —Empezó a bajar por las escaleras y añadió—: Y tráete la caja.

—¿Por qué? ¿Temes que Omar la robe?

—No. Lo que no quiero es que lo maten si la encuentran en su casa. El problema es nuestro, Tara. No debemos separarnos de esa caja.

Tardaron casi una hora en llegar a lo alto del risco. Primero fueron por un sendero con precarios escalones de piedra reforzados con cemento, y luego otro que zigzagueaba hasta una estrecha garganta que desembocaba en la cumbre. Fue una dura ascensión y al llegar a lo alto ambos estaban cubiertos de sudor. Se detuvieron a recobrar el aliento. Luego Daniel se sentó en una roca, encendió

un cigarro y se puso a tamborilear con los dedos sobre el muslo como si aguardase a alguien. Tara se descolgó el bolso, que llevaba en bandolera, y fue a reunirse con él, impresionada por la extraordinaria vista. El sol poniente, rojizo y enorme, parecía una joya engastada en el cielo turquesa; la lejana cinta del Nilo reverberaba con la luz de la tarde; las lomas se ondulaban hasta el horizonte, silenciosas, desnudas, misteriosas.

—A este pico lo llaman Al-Qurn —dijo Daniel-. El Cuerno. Desde casi todos los ángulos sólo parece un risco achatado, pero desde el norte, desde el Valle de los Reyes, semeja una pirámide. Ésa es la razón de que eligiesen el valle como cementerio. Los antiguos egipcios lo llamaban Dehenet, «la cumbre».

—No me extraña. Es tan apacible... —dijo Tara.

—Eso mismo pensaron ellos hace tres mil quinientos años. El pico fue consagrado a la diosa Meret-Seger. Su nombre significa «La que ama el silencio». Daniel se levantó y miró en dirección al camino por el que habían ascendido.

—Fíjate en eso —dijo señalando hacia abajo—. ¿Ves ese recinto rectangular a la derecha? Es Medinet Habu, el templo funerario de Ramsés III, uno de los monumentos más hermosos de Egipto. Y, más allá, al otro lado del palmeral, está la casa de Omar. ¿La ves?

—Me parece que sí —contestó ella, siguiendo la dirección de su índice.

—Y a la izquierda, por donde pasa la carretera que va al río, están los colosos de Memnón. Más a la izquierda. —Se arrimó a ella hasta que sus

mejillas casi se tocaron y añadió—: Donde están esos bloques de edificios se encuentra el Ramaseo, el templo funerario de Ramsés II.

Tara notaba el aliento de Daniel en su oreja, y se echó un poco hacia atrás, mirándolo, un tanto desconcertada y también algo turbada.

—¿Qué?

—Yo... —Daniel no acertó a encontrar las palabras y bajó la vista.

—¿Qué ocurre, Daniel?

—Quería...

De pronto oyeron pisadas. Se volvieron y allí, justo en la boca de la garganta por la que habían trepado hacía unos minutos, vieron a un hombre de aspecto miserable, demacrado y con los ojos inyectados en sangre.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Daniel.

—Hola, por favor. Hola, por favor —farfulló el aparecido, que llevaba una galabeya tan rota y raída que era un milagro que no se le deshiciera—. Esperen,

141

esperen... Les enseñaré una cosa, una cosa estupenda. Aquí, aquí. —Se acercó a ellos y les tendió una mano esquelética en la que sostenía un escarabajo de piedra negra—. Los he visto subir —dijo—. Es un largo camino. Muy largo. Miren, miren. Es muy buena. ¿Cuánto me dan?

—La —repuso Daniel meneando la cabeza—. Mish delwatee. Ahora no.

—Es muy buena, muy buena. Por favor, ¿cuánto me dan?

—Ana mish aayiz. No lo quiero.

—Deme veinte libras. Es muy barato.

—La —repitió Daniel con aspereza—. Ana mish aayiz.

—Quince... Diez...

Daniel meneó la cabeza.

—Antika —dijo el hombre bajando la voz—. Tengo antika. Se las enseñaré. Son muy buenas. Auténticas.

—La —repitió Daniel con firmeza—. Imshi. Váyase.

El hombre estaba desesperado.

—Sean compasivos. Sin dinero no podré comer, y moriré de hambre como un perro. —Echó la cabeza hacia atrás y profirió un aullido estridente —. ¿Lo ven? No soy un hombre, soy un perro. Un animal.

El hombre volvió a aullar, y Daniel lo fulminó con la mirada.

—Jalas! —exclamó—. ¡Ya basta!

Daniel se llevó la mano al bolsillo, sacó unos billetes y se los dio al pordiosero, cuyos sollozos cesaron como por ensalmo y dieron paso a una sonrisa que reveló unos dientes ennegrecidos y mellados. A continuación se puso a bailotear.

—Buen hombre, buen hombre... —murmuró—. Mi amigo ha sido muy bueno conmigo. —Miró a Tara, se le acercó y añadió—: Bonita señorita, puedo enseñarle tumbas. ¿Quiere ver a Hatshepsut? ¿El Valle de los Reyes? ¿El Valle de las Reinas?

Conozco tumbas especiales. Tumbas secretas. Seré su guía, muy barato.

—Ya basta —dijo Daniel-. Ya le he dado dinero. Márchese. Imshi!

—Pero es que puedo enseñarles muchas cosas especiales. Muchos secretos.

—Imshi!

El hombre dejó de bailotear, se encogió de hombros y se alejó, manoseando el dinero y mascullando para sí.

OceanofPDF.com

—Dinero, dinero... Vamos, vamos...

Antes de desaparecer por la boca de la garganta, se volvió y miró a Tara fijamente.

—No es lo que usted cree, señorita —dijo en un tono que de pronto sonó

sosegado y lúcido—. Los espíritus me han dicho que se lo diga. No es lo que usted piensa. Se dicen muchas mentiras.

Comenzó a descender por la ladera hasta perderse de vista.

—¿Qué habrá querido decir con que no es lo que creo? —preguntó Tara, a quien las palabras del pordiosero habían estremecido de forma inexplicable.

—¡Cualquiera sabe! —exclamó Daniel, que se acercó al borde del risco y miró

hacia el Valle de los Reyes—. ¿No ves que está loco? Debe de llevar un mes sin comer.

Guardaron silencio por unos instantes. Daniel miraba hacia el valle mientras Tara lo observaba.

—Antes ibas a decirme algo, ¿no?

—Da igual —repuso Daniel volviéndose hacia ella—. Acércate a ver. Es el mejor momento del día para contemplar el valle, cuando no hay nadie, tal como debía de verse en la Antigüedad.

Tara se acercó a él y sus dedos se tocaron ligeramente. El valle estaba silencioso y desierto, sus valles tributarios partían de él como los dedos de una mano extendida.

—¿Dónde está la tumba de Tutankamón? —preguntó ella.

—Mira hacia el centro del valle. Justo a la izquierda se ve el perfil de una entrada en la ladera. Es la KV9, la tumba de Ramsés VI. La de Tutankamón está un poco más allá.

—¿Y tu campamento?

Aunque Tara no lo notó, Daniel tragó saliva antes de contestar.

—Desde aquí no se ve. Está en la parte alta del valle, hacia la tumba de Tutmosis III.

—Una vez estuve aquí con mis padres —dijo Tara—, de pequeña. Mi padre daba unas conferencias en un crucero por el Nilo y tuvimos que ir con él. Estaba entusiasmado enseñándonos las tumbas, pero yo sólo quería

volver al barco y nadar en la piscina. Creo que entonces comprendió que yo no iba a ser la hija que él esperaba.

Daniel la miró y movió ligeramente el brazo como si fuese a cogerle la mano, pero no lo hizo, sino que desvió la mirada y arrojó al suelo el resto del cigarro.

—Tu padre te quería mucho, Tara.

—Si tú lo dices... —repuso ella, encogiéndose de hombros.

—Créeme. Te quería mucho. Lo que pasa es que a algunas personas les resulta difícil exteriorizar sus sentimientos.

De pronto, Daniel la cogió de la mano. No dijeron nada ni se movieron, como si el contacto fuese tan frágil que pudiese romperse al menor movimiento. El sol ya estaba bajo el horizonte, y empezaba a oscurecer. Asomaban ya algunas estrellas y comenzaban a encenderse luces en las casas del llano. Enfrente, en una lejana roca plana, veían la silueta de dos soldados frente a una garita, en uno de los muchos puestos de vigilancia instalados en las colinas después de la matanza de Deir El-Bahari. Se había levantado un viento bastante fuerte.

—¿Hay alguien más? —preguntó Tara en voz baja.

—¿Te refieres a algún amor? —dijo él con una sonrisa—. No. Los hubo. Pero... —

Hizo una pausa buscando la palabra apropiada y añadió—: Nada importante. ¿Y tú?

—Lo mismo. Por cierto, ¿quién es Mary? —preguntó ella sin poder evitarlo.

—¿Mary?

—Anoche, dormido, repetías su nombre una y otra vez.

—No conozco a ninguna Mary —dijo Daniel desconcertado.

—Lo repetías continuamente. Mary... no sé qué más.

Daniel reflexionó por unos instantes, repitiendo el nombre para sí y, de pronto, se echó a reír a carcajadas.

—¡Mary! —exclamó—. ¡Fantástico! ¿No irás a decirme que has sentido celos?

¡Dime que has sentido celos!

—No —respondió ella torciendo el gesto—. Sólo curiosidad.

—¡Ahora entiendo! No debía de decir Mary, sino Mery, Meryamun, «bienamado de Amón». Te aseguro que no es preocupante. Entre otras

cosas porque se trata de un hombre y lleva muerto dos mil quinientos años.

Daniel seguía sin poder contener la risa y terminó por contagiar a Tara, un poco avergonzada por su metedura de pata, pero más tranquila.

Daniel le apretó la mano y, al instante, sin que ninguno de los dos se diese apenas cuenta, la atrajo hacia sí y la besó.

Por un instante Tara se resistió, alertada por una voz interior que le decía que aquel hombre era peligroso, que volvería a hacerle daño. Pero fue sólo un instante. Luego abrió la boca, lo rodeó con sus brazos y se arrimó a él, anhelante, a pesar de lo que le había hecho, o acaso por eso mismo. Daniel le acarició el cuello, la espalda y oprimió sus senos contra su pecho. Tara ya había olvidado la placentera sensación de estar entre sus brazos.

Tara no sabía cuánto tiempo permanecieron abrazados, pero al apartarse comprobó que había oscurecido. Se sentaron en una roca y él la protegió del viento rodeándola con sus brazos. A su derecha, un rosario de luces ascendía zigzagueando por la ladera marcando el sendero por el que habían llegado. También en el llano se habían encendido muchas luces, la mayoría blancas, entre las que destacaba el destello verde del minarete de la mezquita.

—Bueno... ¿y quién es ese Mery? —preguntó Tara apoyando la cabeza en su hombro.

—El hijo del faraón Amasis —repuso él, sonriente—, el príncipe Meriamón Sehetep-ib-re. Vivió hacia el año quinientos cincuenta antes de Cristo. Siempre he tenido el presentimiento de que está enterrado en el Valle de los Reyes. En eso he estado trabajando aquí durante los últimos cinco años. Tratando de encontrarlo. Estoy convencido de que su tumba sigue intacta.

Sacó otro cigarro del bolsillo de la camisa y se agachó un poco junto a Tara para proteger del viento la llama del encendedor.

—¿Cuándo debes volver a las excavaciones? —preguntó ella.

Daniel se inclinó hacia delante, inhaló el humo del cigarro y lo exhaló

lentamente, dejando que el viento se lo llevase como una cinta deshilachada.

—No volveré a las excavaciones —respondió él con un dejo de amargura y resentimiento.

—¿Que no vas a volver a las excavaciones?

—No.

—¿Vas a algún otro lugar?

—Quizá. Pero no está en Egipto.

Daniel bajó la vista, pálido y con los labios apretados.

Tara reparó en que tenía los puños crispados, como si estuviese a punto de darle un puñetazo a alguien. Se apartó y se subió a horcajadas en la roca, mirándolo.

—No te entiendo, Daniel. ¿Cómo es eso de que no vas a volver a excavar en Egipto?

144

—A todos los efectos, mi carrera como arqueólogo egiptólogo ha terminado. Está

acabada. Destrozada. Jodida. —La amargura del tono de su voz era inequívoca. La miró. Sus ojos parecían muertos, como si algo los hubiese dejado sin luz y sin vida—. Me han retirado la concesión —añadió cabizbajo—. Los hijos de puta me han retirado la concesión. Y, dadas las circunstancias, es muy improbable que vuelvan a concedérmela.

—¡Oh, Dios mío!

Tara había crecido rodeada de arqueólogos y sabía que aquello tenía que ser un terrible golpe para él. Le tomó una mano y se la acarició cariñosamente.

—¿Y por qué? ¿Qué ha ocurrido? Cuéntame.

Daniel le dio una calada al cigarro y lo tiró. Hizo una mueca como si tuviese mal sabor de boca.

—No hay mucho que contar. Encontramos en nuestro campamento rastros de lo que pudo ser un antiguo muro de contención, y quise excavar a lo largo de él para averiguar hasta dónde llegaba. Por desgracia llegaba más alla de los límites de nuestra concesión y se adentraba en la zona asignada a un equipo polaco. Existe una prohibición expresa de violar los límites del sector de otra concesión, pero como yo sabía que el equipo polaco no iba a llegar hasta después de dos semanas, me salté la prohibición y seguí excavando. Debería haberme puesto en contacto con ellos o hablar con los egipcios, pero... me perdió la impaciencia. Tenía que saber hasta dónde llegaba el muro, ¿comprendes? No supe aguardar. —Hizo una pausa, tamborileando con los dedos de la mano izquierda sobre la roca, y prosiguió —: Cuando llegaron los polacos, se pusieron furiosos. El jefe de la misión me llamó irresponsable y me acusó

de no tener ningún respeto por el pasado. ¡A mí, que he consagrado mi vida a Egipto!

Nadie respeta más su historia que yo. Y cuando me dijo todo eso, perdí el control. Le pegué. Tuvieron que separarnos. Lo hubiese matado. Y, como es natural, me denunció. La embajada polaca presentó una protesta formal al más alto nivel y, como consecuencia de ello, me retiraron la concesión. Y no sólo eso sino que a partir de entonces se me prohibió trabajar con cualquier otra misión en Egipto. Me llamaron desequilibrado; un peligro para sí mismo y para sus colegas; una carga. ¡Cabrones!

Los hubiese matado a todos; uno a uno.

Daniel jadeaba, tembloroso. Retiró la mano que Tara le oprimía, se levantó, fue hasta el borde del risco y miró hacia el valle. A pesar de la oscuridad, el fondo de éste aún reflejaba un pálido resplandor. Poco a poco su respiración se sosegó.

—Lo siento —dijo, abatido—. Es que esto... —Se frotó las sienes y prosiguió—: De eso hace ya dieciocho meses. He subsistido organizando viajes, vendiendo acuarelas, con la esperanza de que las cosas cambiasen. Pero no cambian. Ni cambiarán. Seguro que por ahí hay una tumba intacta por descubrir y yo... no puedo hacer nada. Nunca volverán a permitírmelo. ¿Sabes lo duro que es eso?¿Lo frustrante que es? ¡Dios mío! —exclamó, agachando la cabeza.

—No sé qué decir. Pero lo lamento muchísimo. Porque sé lo mucho que este lugar significa para ti.

Daniel se encogió de hombros.

—Lo mismo le ocurrió a Carter en mil novecientos cinco —dijo—. Lo echaron del Departamento de Antigüedades por pelearse con unos turistas franceses en Saqqara. Terminó trabajando de guía turístico y pintor. O sea, que en cierto modo mi sueño de llegar a ser un Carter se ha cumplido, aunque... no como yo esperaba.

El tono de amargura de Daniel se había disipado y también su rabia, sustituidos por una mezcla de hastío y desesperación. Tara se levantó y le rodeó la cintura con los brazos

—¿Y sabes lo más gracioso? —musitó él—. El antiguo muro de contención resultó

ser una obra de Belzoni, del siglo XIX. ¡Todo mi mundo destruido por un muro levantado hace menos de doscientos años por otro condenado arqueólogo! —exclamó, y se echó a reír sin ganas.

—Lo lamento muchísimo —repitió Tara.

—¿De veras? —dijo él mirándola fijamente—. Pensé que te alegrarías, que considerarías que de algún modo se había hecho justicia contigo.

—Por supuesto que no me alegro, Daniel. Nunca te he deseado ningún mal —dijo ella sosteniéndole la mirada. Se puso de puntillas y lo besó suavemente en los labios—. Te deseo. Te deseo. Quiero que me poseas aquí mismo, bajo las estrellas. Con este mundo a nuestros pies. Ahora que tenemos la oportunidad. Daniel la miró, la abrazó y la besó apasionadamente, atrayéndola hacia sí por las nalgas. Tara notó su erección oprimiéndole el vientre y un cosquilleo en su entrepierna.

—Ven. Conozco un sitio —dijo él.

Caminaron por un estrecho sendero que discurría casi paralelo al risco y luego se adentraba en las colinas. No se oía más que el ruido de sus pisadas. Al cabo de veinte minutos llegaron a un punto donde el sendero se ensanchaba hasta formar un claro de grava en el que había cuatro formas curvas que semejaban otras tantas comas en una página en blanco. Al acercarse, Tara advirtió que se trataba de unos muretes que les llegaban a las rodillas, de unos tres metros de longitud.

—Protecciones contra el viento —le explicó Daniel-. Antiguamente las patrullas de soldados que vigilaban estas colinas se protegían detrás de estos muretes. —Se agachó a recoger una piedra plana del suelo y añadió—: Es cerámica. Se dirigieron hacia el murete más alto y, sin decir palabra, se arrodillaron tras él mirándose. El viento les daba en la parte superior del cuerpo. De cintura para abajo notaban el aire calmo y cálido. Se miraron y luego él empezó a desabrocharle los botones de la blusa. Sus pechos reflejaban la pálida luz de la luna. Tenía los pezones duros, tiesos. Daniel se inclinó hacia delante y se los besó. Ella echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y gimió, abandonándose al placer.

146

El Cairo

Eran casi las siete cuando Jalifa volvió a la comisaría. El detective Tauba estaba sentado frente a su escritorio, mecanografiando con dos dedos a la luz de una lámpara de mesa con una destartalada máquina de escribir. A su alrededor el suelo estaba cubierto por una fina alfombra de ceniza de cigarrillo, como si en aquel rincón del despacho hubiese caído una pequeña nevada.

Jalifa le devolvió las llaves de la tienda de Iqbar y le contó lo de la niña y los objetos que habían encontrado. Tauba soltó un silbido de asombro.

—Ya sé que no es lo reglamentario —dijo Jalifa—, pero le he dejado los objetos a un amigo del museo. Los examinará y los enviará a primera hora de mañana. Espero que no le importe.

—En absoluto —repuso Tauba—. De todos modos no habría podido hacer nada con ellos hasta mañana.

—La niña me ha descrito muy bien a los agresores —dijo Jalifa tras sentarse—. Al parecer dos de ellos eran hombres de Saif al-Thar.

—Formidable...

—El otro no era egipcio. A juzgar por lo que me ha dicho la niña, debía de ser europeo o americano. Se trataba de un hombre muy alto, con una marca de nacimiento en la mejilla.

—Es Dravic —dijo Tauba.

—¿Lo conoce usted?

—No hay agente en Oriente Próximo que no conozca a Casper Dravic. Me extraña que usted no haya oído hablar de él. Es un verdadero canalla. Alemán. Tauba repitió en voz alta el nombre de Dravic a uno de sus colegas, que empezó

a buscar algo en un archivador.

—Eso sin duda vincula el caso con Saif al-Thar —prosiguió Tauba—. Nos consta que Dravic lleva varios años trabajando para él, como una especie de perito en antigüedades, aparte de como conexión para sacarlas del país. Saif al-Thar no se atrevería a poner los pies en Egipto. De manera que está tranquilamente en Sudán mientras Dravic se encarga de todo aquí.

El colega de Tauba se acercó y dejó tres abultadas carpetas rojas encima del escritorio. Tauba abrió la de encima.

—Éste es Dravic —dijo sacando una fotografía en blanco y negro del alemán y pasándosela a Jalifa.

—Bien parecido.

—Hace un tiempo pasó dos meses en la cárcel de Tura por posesión de antigüedades, pero nunca hemos podido probarle nada gordo —explicó Tauba—. Es listo. Encarga a otros que hagan el trabajo sucio. Y como es un hombre de Saif alThar, nadie se atreve a denunciarlo. Una chica a la que violó presentó una denuncia, y esto es lo que le ocurrió —añadió pasándole otra fotografía a Jalifa.

—¡Dios mío!

—La chica sólo tenía quince años. Como le digo, es un verdadero cabrón. Tauba echó hacia atrás la silla, cruzó las piernas y encendió un

cigarrillo mientras Jalifa hojeaba las carpetas.

147

—Fui a ver a un tipo de la embajada británica —dijo el inspector al cabo de unos momentos.

—¿Y?

—No me dijo nada que no supiese. Me pareció que me ocultaba algo. ¿Tiene idea de por qué?

—¿Y usted qué cree? —exclamó Tauba—. Nunca nos han perdonado por nacionalizar el canal de Suez y decirles que se largasen de nuestro país. De modo que, siempre que pueden ponernos palos en las ruedas, nos los ponen.

—Noté algo más. Estoy seguro de que sabe algo acerca del caso, y no quiere que sepa que lo sabe.

—No irá a decirme que cree que la embajada británica está implicada, ¿verdad?

—exclamó Tauba, frunciendo el entrecejo.

—Si he de serle sincero, estoy tan desconcertado que ya no sé qué pensar —

repuso Jalifa en tono cansado. Se inclinó hacia delante y se frotó los párpados—. Estoy seguro de que aquí hay gato encerrado, pero... no sé de qué maldito gato se trata.

Charles Squires se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz y le echó un vistazo a la carta. Estuvo casi dos minutos repasándola en silencio y por fin la dejó a un lado y asintió satisfecho.

—Tomaré la codorniz. Sí, siempre la preparan muy bien. Y como entrante, empanada de mariscos. ¿Y usted, Yamal?

—No tengo apetito.

—Oh, vamos. Lo necesitamos en forma. Debe comer algo.

—He venido aquí a hablar, no a comer.

Squires refunfuñó y se volvió hacia el hombre que estaba sentado a su izquierda; era obeso, calvo y con un Rolex tan ostentoso que su muñeca parecía un lingote.

—¿Y usted, Massey? ¿O piensa dejarme comer solo?

El estadounidense cogió la carta y se pasó un pañuelo por la nuca, que a pesar de la refrigeración del restaurante tenía cubierta de sudor.

—¿No tienen filetes? —preguntó con acento sureño.

—Sí, creo que el filet mignon le encantará —repuso Squires señalándoselo en la carta.

—¿Lleva salsa? Porque no quiero nada que lleve salsa. Sólo el filete.

—El filet mignon lleva salsa, ¿verdad? —le preguntó Squires al camarero.

—Sí, señor; una salsa de pimienta.

—No quiero salsa —insistió Massey—. Lo quiero solo. Sin porquerías. ¿Es que no pueden hacer un simple filete?

—Por supuesto, señor.

—Pues tomaré un filete con patatas fritas.

—¿Y de entrante, señor?

—¡Joder! No lo sé. ¿Qué es eso que ha pedido usted?

—Empanada de mariscos.

—Bueno, pues tomaré lo mismo. Y el filete al punto.

—Estupendo —dijo Squires con una sonrisa—. Y la empanada de marisco y la codorniz para mí. ¿Podría traernos la carta de vinos? —añadió devolviéndole el menú

al camarero, que le hizo una deferente inclinación de cabeza y se alejó. Massey partió un panecillo, untó una mitad con mantequilla y le dio un bocado.

—Bueno, ¿qué ocurre? —preguntó con la boca llena.

Squires miró la boca del estadounidense con una mezcla de asombro y repugnancia.

—Pues parece que nuestros amigos han aparecido en Luxor —repuso —. ¿Verdad, Yamal?

—Sí, esta tarde —confirmó el egipcio.

—Todo esto me parece una pantomima ridícula —dijo Massey, visiblemente contrariado—. Sabemos dónde está la pieza. ¿Por qué no nos limitamos a apoderarnos de ella y dejamos de hacer el gilipollas?

—Porque corremos el riesgo de delatarnos —respondió Squires—. No tenemos que jugar nuestras cartas hasta el momento oportuno.

—Esto no es una puta partida de bridge —le espetó el estadounidense —. Es un juego de envite, y nos va mucho en él.

—Lo sé perfectamente —dijo Squires—, pero por el momento es mejor mantenerse a la expectativa. ¿Por qué correr riesgos innecesarios, si Lacage y la chica pueden correrlos por nosotros?

—No me gusta esto —protestó Massey sin dejar de masticar—. No me gusta una mierda.

—Todo saldrá bien.

—Y no me gusta nada, porque Saif al-Thar…

—Todo saldrá bien —lo interrumpió Squires con un dejo de crispación —. Siempre y cuando conservemos la calma.

El camarero regresó en ese momento con la carta de vinos. Squires volvió a ajustarse las gafas y la leyó. Massey procedió a untar con mantequilla la otra mitad del panecillo.

—Hay un pequeño problema —dijo Squires al cabo de un momento, sin alzar la vista.

—¡Ya me lo temía! ¿Qué ocurre?

—Al parecer, un policía de Luxor ha averiguado lo de los jeroglíficos.

—¡Joder! ¿Tiene idea de lo que nos jugamos aquí?

—Por supuesto —replicó Squires, visiblemente molesto—, pero no pienso ponerme histérico.

—¡A mí no me haga ese tipo de insinuaciones, soplapollas!

Yamal dio un puñetazo en la, mesa. Hizo saltar los cubiertos y dos copas que estuvieron a punto de volcar.

—¡Basta ya! —les espetó—. Así no vamos a ninguna parte.

Se produjo un embarazoso silencio. Massey devoró la otra mitad del panecillo; Squires jugueteó distraídamente con su tenedor; Yamal sacó del bolsillo su rosario de cuentas de jade e hizo entrechocar éstas en la palma de la mano para tranquilizarse.

—Yamal tiene razón —dijo el inglés—. Discutir entre nosotros no conduce a nada. Lo que hemos de decidir es qué hacer con ese tipo de Luxor.

—Me parece que es obvio —masculló Massey—. Este asunto es demasiado importante para dejar que un sabueso de tres al cuarto nos lo joda todo.

—¡Maravilloso! —exclamó Yamal-. ¿Insinúa que debemos... matar a un policía?

—No. Si le parece, le compramos un esmoquin y lo llevamos a bailar. ¿Qué

demonios cree que insinúo?

Yamal miró a Massey sin disimular el desprecio que le inspiraba. Estaba tan crispado que abría y cerraba los puños bajo el mantel. Squires dejó a un lado la carta de vinos, unió las palmas de las manos y apoyó el mentón en las yemas.

—Liquidarlo parece algo drástico en estas circunstancias —dijo quedamente—. Sería como matar moscas a cañonazos. No veo por qué no podemos solucionar el problema sin recurrir a la violencia. ¿Qué opina usted, Yamal?

—Haré que lo retiren del caso —repuso el egipcio—. No habrá problemas.

—Sí, creo que eso sería lo mejor —convino Squires—. La muerte de un policía podría provocar toda clase de complicaciones. Pero asegúrese de que no lo pierdan de vista.

Yamal asintió con la cabeza.

—Sigo pensando que habría que quitarlo de en medio —objetó Massey.

—Tal vez llegue a ser necesario —concedió Squires—, pero sugiero que no perdamos los estribos. Este asunto ya ha provocado demasiadas muertes.

—Si lo que usted quiere es el premio Nobel de la Paz, creo que ha equivocado la carrera —dijo Massey.

Squires hizo caso omiso del sarcasmo y volvió a examinar la carta de vinos pasando el índice por la lista. Al fondo del local un hombre empezó a tocar el piano.

—Hay algo curioso acerca de ese policía. Parece que tiene una cuenta pendiente con Saif al-Thar, ¿verdad, Yamal?

—Por lo visto, sí. —El egipcio asintió haciendo sonar las cuentas de jade—. Un asunto de familia.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Massey.

—Increíble, ¿verdad? —Squires sonrió, ya mucho más tranquilo—. Está visto que el mundo es un pañuelo. Bueno... me parece que ya llegan nuestras empanadas. Quizá media botellita de chablis nos vendrá estupendamente para acompañar; y luego un borgoña.

Squires desdobló la servilleta, la posó cuidadosamente en el regazo y aguardó a que le sirvieran.

Al profesor Mohamed al-Habibi le dolían los ojos. Se dio un masaje suave en los párpados con los nudillos, lo que mitigó el dolor. Pero en cuanto volvió a examinar los objetos el dolor se reprodujo, tan intenso como antes. Le dolían tanto que le lagrimeaban y sentía pinchazos en las

sienes. Era un problema que se le venía repitiendo desde hacía un tiempo. Sus ojos estaban cansados y ya no soportaban los largos esfuerzos. Sabía que lo que tenía que hacer era recoger sus cosas y volver a casa para descansar, pero no podía. Todavía no. Hasta que descubriese todo lo que aquellos objetos pudieran decirle, no se marcharía. Yusuf era su amigo. Se lo debía, y en cierto sentido también se lo debía a Alí, al pobre Alí.

Se sirvió otra copa de jerez o, mejor dicho, lo poco que quedaba en la botella, y volvió a encender la pipa. Luego cogió la lupa y reanudó su examen del peto de oro. Había algo desconcertante en los objetos que su joven amigo le había llevado para que examinase; no tanto por su aspecto, sino por la impresión que transmitían. Para

Habibi, los objetos antiguos eran organismos vivos que transmitían señales que se comunicaban con él. Si uno sabía escuchar podían decirte muchas cosas. Pero en aquel caso, cuanto más escuchaba más perplejo estaba. Al estudiarlos por primera vez, mientras Jalifa se encontraba en su despacho, no reparó en nada fuera de lo común. Eran objetos más bien toscos, de diseño corriente, fáciles de fechar, similares a docenas de otros similares que se exhibían en el museo. Pero, al poco de haberse marchado Jalifa, empezó a tener dudas. No era por ninguna razón concreta, sino por el presentimiento de que, a pesar de su aspecto corriente, aquellos objetos trataban de decirle algo muy concreto.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó en voz alta, examinando el peto con la lupa—. ¿Qué quieres que sepa?

En aquellos momentos no había en el despacho más luz que la de la lamparita de su mesa. De vez en cuando oía las pisadas de un vigilante de seguridad que hacía la ronda pero, por lo demás, el museo estaba sumido en el silencio. El humo azulado de su pipa flotaba por encima de su cabeza como una densa nube.

Habibi dejó a un lado el peto y cogió la daga, sujetándola por la hoja y examinándola a la luz. Se trataba de una daga muy corriente, de quince centímetros de hoja, de hierro, con unas toscas incrustaciones de bronce cerca de la punta y una tira de cuero enrollada a la empuñadura. Era una daga característica de la época. Había autentificado una casi exactamente igual hacía sólo unos meses. Apuró el jerez. El humo de la pipa oscureció por un momento el objeto que tenía delante. Al disiparse el humo, vio con claridad que una punta de la tira de cuero de la empuñadura estaba

ligeramente levantada en la parte inferior de ésta. Le bastó tirar suavemente para que la tira empezara a desenrollarse.

Al principio pensó que no eran sino minúsculas rascaduras, pero al acercarla más a la luz y examinarlas con la lupa reparó en que las supuestas marcas eran signos alfabéticos. No eran persas ni egipcios, como habría podido esperar, sino griegos; una serie de minúsculas letras griegas inscritas en el metal de la empuñadura. AYMMAXOE

MENENAOY, Dimacos, hijo de Menendos. Parpadeó, perplejo, y musitó:

—De modo que éste es tu secreto, ¿eh?

Escribió las palabras en un bloc, las deletreó y comprobó una y otra vez para asegurarse de que las transcribía bien. Dejó la daga a un lado, se acercó el bloc y se retrepó en el sillón a examinar las palabras. «¿Dónde habré visto yo antes esto?», se preguntó.

Permaneció unos veinte minutos prácticamente inmóvil, mirando al vacío, alzando de vez en vez la copa de jerez e inclinándola hacia la boca, a sabiendas de que ya no quedaba gota por apurar. Y, de pronto, dejó el bloc a un lado, se levantó y fue hacia la librería del fondo del despacho, con paso sorprendentemente vivo para un hombre de su edad.

—¡Imposible! —exclamó—. ¡No puede ser!

Pasó el índice de la mano derecha por los lomos de los libros hasta dar con uno que estaba en el centro. Era un volumen encuadernado en piel, de gruesas páginas de pergamino y el título impreso en letras doradas en el lomo: *Inscriptions grecques et latines des tombeaux des rois ou syringes á Thébes*. J. Baillet. Volvió rápidamente al escritorio y lo despejó un poco para hacerse sitio, puso el libro bajo la luz de la lámpara y empezó a hojearlo nerviosamente. Desde el pasillo, el vigilante de seguridad, al ver luz bajo la puerta, le gritó buenas noches al pasar, pero el profesor ni siquiera lo oyó, absorto por completo en la lectura de un fragmento del libro. En el silencio de su despacho su respiración jadeante parecía más agitada de lo que estaba.

151

—¡Es imposible! —musitó—. ¡Es imposible! Pero, Dios mío, ¿y si no lo fuese?

152

Luxor, colinas de Tebas

A pesar de la protección de los muretes,.hacía demasiado frío para seguir desnudos. Después de hacer el amor volvieron a ponerse la ropa y fueron hacia las colinas. El viento les daba en la espalda. El paisaje proyectaba ahora una plateado resplandor de luna. Tara se colgó del brazo de Daniel. Aún notaba un delicioso dolorcillo entre las piernas. Había comprobado cuán poderoso amante era él.

—¿Qué buscas? —preguntó ella al reparar en que Daniel miraba con expresión escrutadora en dirección a las sombras que cubrían la pendiente.

—Nada concreto. Orientarme, en realidad, porque hace bastante tiempo que no he estado aquí.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho?

—¿Qué?, ¿el amor? —preguntó él con una sonrisa—. Ha sido maravilloso. ¿Te arrepientes tú?

Ella lo retuvo, sujetándolo del brazo, se puso de puntillas y lo besó apasionadamente en los labios.

—Interpretaré esto como un no —dijo Daniel, y soltó una carcajada. Siguieron caminando, entrelazados por la cintura, adentrándose cada vez más en las colinas. El silencio era tan sepulcral que no se oía más que el ruido de sus pisadas, el susurro del viento y, de vez en cuando, el lejano aullido de un perro salvaje. Tara tuvo la impresión de cruzar una altiplanicie. A su derecha, el terreno se empinaba suavemente bloqueándoles la vista en aquella dirección; a su izquierda, se extendía un llano de varios centenares de metros de longitud, que luego se desdibujaba formando riscos y torrenteras secas. A lo lejos, se elevaban las cumbres más altas, negras, recortadas contra un cielo gris azulado. Tara no tenía ni idea de adónde iban, y en realidad no le importaba. Se sentía feliz por estar al lado de Daniel, y todo lo demás quedaba en segundo plano.

Tras una hora de caminata, Daniel empezó a aflojar el paso y luego se detuvo. A partir de allí, el sendero descendía ligeramente y cruzaba el cauce seco de un río, zigzagueando de izquierda a derecha como el surco que deja una serpiente. Tara rodeó la cintura de Daniel con sus brazos.

—Estás temblando —dijo.

—Tengo frío —respondió él—. Había olvidado cómo refresca por aquí por la noche.

Tara introdujo las manos en los bolsillos posteriores de los tejanos de Daniel y arrimó la cara a su cuello.

—¿No crees que tendríamos que ir pensando en regresar? —dijo—. Llevamos fuera casi tres horas. Omar debe de estar preocupado.

—Sí, supongo que tendríamos que dar media vuelta.

Ninguno de los dos se movió. Una estrella fugaz cruzó el cielo.

—Con luz, podríamos regresar por otro camino —dijo Daniel-. Hay muchos senderos. Pero es mejor no aventurarse en la oscuridad. Estas colinas están llenas de fosas de antiguas tumbas. Si se sale uno del sendero y cae en una de ellas tiene muchas probabilidades de no poder salir. Hace varios años una canadiense cayó en una en Deir el-Bahari. Nadie la oyó gritar. Y murió de hambre. Cuando encontraron su cuerpo... —Dejó la frase sin concluir y se puso tenso.

153

—¿Qué ocurre? —preguntó Tara.

—Me parece que he oído... ¡Escucha!

Tara no percibió más que el viento.

—¿Qué ocurre? —repitió.

—Es que oigo... ¡Escucha!

Entonces ella también lo oyó. Procedía de su izquierda, de los riscos. Era un leve repiqueteo, como los golpes amortiguados de un martillo contra un yunque. Alguien se acercaba. Ella entornó los ojos para aguzar la vista, pero estaba demasiado oscuro.

—Tal vez se trate de una patrulla del ejército —dijo Daniel con voz queda— Será

mejor que no nos descubran —añadió tirando de ella para saltar al otro lado de un arroyuelo.

Se ocultaron detrás de una peña, agachados, al amparo de las sombras.

—¿Y qué problema hay en que nos descubran?

—Sospechan de cualquiera que ronde por aquí de noche. Son muy cortos de entendederas y aunque somos occidentales y lo más probable es que no hubiese problemas, en la actual situación creo que es mejor eludir todo contacto con las autoridades.

Se asomaron un poco por detrás de la peña.

—¿Y si nos ven?

—Quédate donde estás y asegúrate de que crean que eres una turista. Estas patrullas suelen estar formadas por jóvenes soldados de reemplazo, y tengo entendido que les gusta apretar el gatillo.

Seguían oyendo pisadas, cada vez más cercanas. También oyeron voces quedas y un canturreo. Tara se mordió el labio inferior. «Menuda suerte la nuestra —pensó—. Después de todo lo que hemos pasado, terminar muriendo por error...» Notaba la presión de la mano de Daniel en su brazo. Estaba tenso. Al cabo de un minuto vieron a los miembros de la patrulla. Entre una retícula de sombras y rayos de luna empezaron a asomar siluetas junto a un arroyo seco. Eran nueve, en fila india. Los dos últimos portaban lo que parecía un ataúd, y abriendo la marcha iba un hombre alto, con un traje de color claro. Tara se estremeció.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con voz ahogada—. ¡Es él!

Al inclinarse un poco hacia delante para ver mejor, movió un pie que hizo resbalar grava hasta el arroyuelo. El sonido que produjo al caer al agua resonó en la noche. Daniel la sujetó del brazo y tiró de ella hacia el otro lado de la peña tapándole la boca con la mano. Permanecieron inmóviles, sin apenas respirar. Las pisadas seguían avanzando hacia ellos, hasta llegar tan cerca que Tara pudo oír con claridad las voces. Parecía inevitable que los descubriesen, y Tara tensó los músculos de las piernas, dispuesta a echar a correr. Pero, cuando ya los tenían casi encima y olió el aroma del cigarro de Dravic, la columna dio media vuelta en dirección al valle del Nilo. Dejaron pasar un minuto, al cabo del cual Daniel se incorporó y se asomó por el borde de la peña.

—Se han marchado —dijo.

Tara se arrimó a él siguiendo con la mirada a las figuras que se perdían en las sombras.

—¿Qué estarían haciendo aquí arriba? —musitó Tara.

—Han estado en una tumba.

Tara le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Qué crees, que iban a estar dando un plácido paseo a la luz de la luna portando un féretro? —Salió de detrás de la peña y miró en la dirección en que se habían marchado—. Deben de conocer otro sendero para bajar —agregó—, lo que seguramente les permitirá que los centinelas no los vean desde las garitas situadas en torno al Valle de los Reyes. Como ya te he dicho, estas colinas están llenas de senderos. —Miró unos momentos hacia la oscuridad y respiró hondo—. Dame. Llevaré yo el bolso.

Tara se lo entregó.

—Quiero que vuelvas a casa de Omar —le dijo él—. Cuando llegues a lo alto del Qurn, sigue por donde hemos venido. No te apartes de ese sendero. Ve directamente a casa de Omar y no te muevas de allí.

—¿Y qué harás tú?

—No te preocupes por mí.

—Vas a buscar la tumba, ¿verdad?

—¡Por supuesto que voy a buscar esa condenada tumba! Para eso hemos venido,

¿no? Vete. Yo iré después.

—Voy contigo —declaró Tara, mirándolo fijamente.

—Yo conozco estas colinas, Tara. Es mejor que vaya solo.

—Iremos juntos. A mí me interesa tanto como a ti saber qué hay en esa tumba.

—¡Por el amor de Dios, Tara! ¡No tengo tiempo para discutir! ¡Esos tipos pueden volver de un momento a otro!

—Pues mayor razón para intentar encontrarla cuanto antes.

Tara echó a caminar hacia el arroyuelo. Él fue tras ella y la sujetó del hombro, obligándola a volverse.

—¡Por favor, Tara! No lo entiendes. Estas colinas... son peligrosas. He trabajado aquí y sé cómo moverme. Tú serías...

—¿Qué sería, Daniel? ¿Un estorbo? —le espetó ella, fulminándolo con la mirada—

. ¿Es eso lo que sería?

—No, no serías un estorbo. Es sólo que... no quiero que sufras ningún daño. —El tono de Daniel revelaba auténtica desesperación. A pesar del viento tenía la frente cubierta de sudor. Estaba temblando—. No quiero que sufras ningún daño —repitió—.

¿No puedes entenderlo? Esto no es ningún juego.

Guardaron silencio por unos instantes, crispados. Finalmente, ella dijo:

—No me debes nada, Daniel, ni tienes nada que demostrarme. Estamos en esto juntos, y si tú vas, yo voy también.

Daniel fue a replicarle para tratar de convencerla, pero vio en sus ojos que sería inútil.

—No sabes en lo que te metes —farfulló.

—Sea lo que sea, ya estoy metida —replicó ella—. De modo que no tiene mucho sentido que ahora me quede al margen. Creo que debemos aprovechar la ocasión —

añadió poniéndose de puntillas y besándolo en el mentón.

—Es que no quiero que sufras ningún daño —insistió él en tono de impotencia.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que yo tampoco quiero que lo sufras tú?

155

Siguieron por el cauce seco del arroyo en dirección al sendero por el que habían visto asomar a Dravic y a sus hombres. El aire de la noche era frío. Habían empezado a aparecer jirones de niebla que flotaban a escasos metros del suelo, resplandeciendo a la luz de la luna como algodón de azúcar. Un perro salvaje aullaba a lo lejos. A lo largo de unos doscientos metros el cauce zigzagueaba por el llano, para luego descender hacia la cara sur de una colina.

—Las cumbres de las lomas de este lado son muy abruptas —dijo Daniel mirando hacia la oscuridad—. La tumba debe de encontrarse en una de ellas, cerca del cauce. Pero ¿dónde concretamente? Sólo Dios lo sabe. Sin un equipo de escalada probablemente sea inaccesible.

Siguieron descendiendo junto al cauce, que gradualmente se convertía en una garganta estrecha, muy empinada y abrupta. Tenían que pisar con cuidado para no tropezar. Daniel sacó del bolsillo de la camisa una linterna-bolígrafo, la encendió y enfocó hacia delante.

—Si provocamos un desprendimiento... estamos perdidos —musitó—. Nos despeñaríamos. Si el desnivel sigue aumentando tendremos que retroceder. No entiendo cómo se las habrán arreglado para subir el féretro hasta aquí. Siguieron adelante. La pendiente era cada vez más pronunciada. A cada paso que daban provocaban pequeños desprendimientos. El sendero se estrechaba tanto que si estiraban los brazos podían tocar ambas paredes de roca. Daniel insistió por dos veces en que Tara regresase, pero ella se negó.

—He llegado hasta aquí, y no pienso desistir ahora —argumentó.

Arribaron a un punto en que el sendero enlazaba con una pendiente de esquisto, tan pronunciada que parecía un tobogán. A su vez, esta pendiente se prolongaba unos veinte metros y luego, bruscamente, como si se abriese una puerta de par en par, las paredes de la garganta desaparecían y no se veía más que el cielo y, abajo, el resplandor plateado del llano.

—Ése es el borde del precipicio —dijo Daniel enfocando con la linterna —. Tiene una pared de unos cien metros. No podemos pasar de aquí.

Se sujetó a una grieta, asegurándose de que podía resistir su peso, se asomó y dirigió hacia abajo el haz de luz.

—¿Ves algo? —preguntó Tara.

—Una abertura —contestó él—. Al parecer se adentra en la roca justo debajo de donde tenemos los pies. Está tapada con esquisto, pero tengo la certeza de que no se trata de una cueva, sino de una entrada hecha a propósito. —Se apartó del borde y le tendió la linterna a Tara—. Alúmbrame; no dejes de enfocar hacia abajo. Se descolgó por el borde hasta la cornisa, con agilidad, como si se hubiese movido toda la vida por aquellas alturas. Al cabo de medio minuto estaba abajo. Tara lo siguió, más lentamente, pisando con cuidado y sujetándose con los dedos a las grietas. Al llegar abajo vio a Daniel en cuclillas frente a una pequeña entrada rectangular abierta en la roca viva.

—¿Está aquí? —musitó ella.

—Es una tumba, no hay duda —contestó Daniel pidiéndole la linterna —. ¿No lo ves? La entrada tiene señales inequívocas de estar hecha adrede. Se notan las marcas de un escoplo.

La parte inferior de la entrada estaba bloqueada por esquisto y escombros, pero por arriba quedaba un hueco de aproximadamente un metro de alto. Daniel metió la

cabeza y alumbró el interior. De pronto se oyó un aleteo y unas sombras salieron volando y se perdieron en la noche.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclamó Tara.

—Murciélagos —repuso Daniel con una sonrisa—. Les encantan las tumbas. Son inofensivos.

Estudió el hueco iluminándolo con la linterna y a continuación entró. Tara se irguió para entrar también, pero tropezó con una gruesa lámina de esquisto que se deslizó bajo su pie y le hizo perder el equilibrio. Se tambaleó por unos segundos, aferrándose a la roca, y luego toda la lámina de esquisto cedió y ella cayó de espaldas deslizándose hacia el borde del precipicio como si fuese montada en un trineo.

—¡Tara! —gritó Daniel.

Ella agitaba los brazos desesperadamente tratando de asirse a donde fuese. Daba la impresión de que la arrastrase el agua de un torrente. Varias láminas de esquisto salieron despedidas y cayeron al vacío. Sin poder auxiliarla, desde la entrada de la tumba, Daniel la vio deslizarse cuesta

abajo. Cuando ya estaba a punto de precipitarse en el vacío, Tara logró encajar un pie en un afloramiento de roca que detuvo su caída. Se produjo un largo silencio, roto al cabo de unos instantes por las piedras que caían por el precipicio.

—¡Mierda! —masculló Tara.

Se quedó unos momentos inmóvil, jadeante, y luego, con mucha precaución, se irguió.

—¿Estás bien, Tara?

—Más o menos.

—No te muevas de ahí —le indicó Daniel saliendo de la tumba. Enfocó con la linterna hacia el esquisto y fue hacia ella. La agarró de una muñeca y la arrastró hasta el saliente. La cara y las ropas de Tara estaban cubiertas de polvo, la blusa rasgada por el codo y manchada de sangre.

—Te has herido —musitó él.

—No es nada —dijo ella sacudiéndose el polvo del pelo—. Vamos. A ver qué hay en la tumba.

Daniel no pudo evitar sonreír.

—¡Y yo que me tenía por terco! Deberías haber sido arqueóloga.

—Es menos apasionante de lo que tú crees —dijo ella, guiñándole un ojo. Al adentrarse en la tumba se encontraron con un estrecho pasadizo descendente. Con la luz de la linterna comprobaron que la mitad inferior de la entrada estaba bloqueada con adobes, sobre los que habían apilado las lascas de esquisto. Daniel miró alrededor.

—Originariamente, toda la entrada debió de estar tapiada con adobes —dijo—. Con los años debieron de acumularse piedras hasta cegar la parte superior. Quienquiera que haya encontrado la tumba derribó la tapia y sólo dejó intacta la parte inferior. Mira... —añadió enfocando con la linterna—. Ahí están los adobes. Junto a una pared del pasadizo había un montón de adobes. Daniel se agachó y levantó uno. En una de sus caras había un dibujo que representaba a nueve hombres arrodillados, con las manos atadas a la espalda, bajo la imagen de un chacal sentado.

—¿Qué es esto? —preguntó Tara.

—El sello de la necrópolis real —contestó Daniel sonriendo—. Nueve cautivos atados coronados por Anubis, el chacal. Si la tapia de la tumba seguía intacta, con el sello de la necrópolis, significaba que la tumba también lo estaba cuando la descubrieron. Intacta desde la Antigüedad.

Deben de quedar muy pocas. Siguió examinando el adobe. Luego lo dejó con cuidado en el suelo y enfocó la linterna hacia el pasadizo. Vio un hueco, la boca de otro pasadizo mucho más estrecho que descendía suavemente a lo largo de unos treinta metros, hasta un ensanchamiento que parecía una cámara. La oscuridad era tan absoluta que parecía sólida. Empezaron a avanzar alumbrándose con la linterna. Al cabo de unos pasos se detuvieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tara.

—Ahí abajo hay algo que se mueve.

—¿Murciélagos?

—No, en el suelo. Allí —indicó, enfocando con la linterna. Algo se acercaba a ellos rápidamente.

—Daniel... —dijo ella tratando de conservar la calma—. No muevas un músculo.

¡Por el amor de Dios, Daniel! ¡No hagas el menor movimiento!

158

Entre El Cairo y Luxor

El tren nocturno con destino a Luxor no iba tan lleno como a la ida. De hecho, Jalifa tuvo el vagón para él solo. Se quitó los zapatos, encendió un cigarrillo y empezó

a leer el expediente de Dravic, que Tauba le había hecho fotocopiar. Detrás de él, al fondo del vagón, dos mochileros, un chico y una chica, jugaban a las cartas. La lectura del expediente no le resultó nada reconfortante. Dravic había nacido en 1951, en la ex Alemania del este, hijo de un oficial de las SS que luego ingresó en el Partido Comunista, donde alcanzó puestos de cierta relevancia. Dravic había sido un buen estudiante, sobre todo en idiomas, y con sólo diecisiete años había ingresado en la Universidad de Rostock, donde se doctoró en arqueología de Oriente Próximo. A los veinte años había publicado su primer libro, un análisis sobre una inscripción minoica que nadie había logrado descifrar aún; a partir de entonces había escrito una serie de obras, una de las cuales, *Asentamientos griegos en el delta del Nilo en el período tardío*, seguía siendo considerada de obligada lectura para la especialidad.

Jalifa se terminó el cigarrillo y encendió otro. Recordaba haber tenido que leer aquel libro para hacer un trabajo en la facultad. Miró por la ventanilla. El paisaje era llano, oscuro y desierto. Sólo de vez en cuando se

veían las luces de los poblados a lo lejos. Volvió a concentrarse en el expediente.

Desde el principio, los logros académicos de Dravic se habían visto ensombrecidos por su tendencia a la violencia. A los doce años le había sacado un ojo a un compañero de colegio durante una pelea. Se había librado de que lo procesasen gracias a la intervención de un alto cargo local del partido, amigo de su padre. Tres años después, se había visto implicado en la muerte de un mendigo, cuyo cuerpo fue encontrado carbonizado en un parque público, y, al año siguiente, en la violación en grupo de una joven judía. También en estas dos ocasiones se había librado del castigo gracias a la influencia de su padre.

Jalifa meneó la cabeza, estupefacto.

Dravic había empezado a participar en excavaciones con veintitantos años, primero en Siria, luego en Sudán y después en Egipto, donde había estado trabajando durante dos temporadas en Naucratis, en el Delta. A pesar de los persistentes rumores de escamoteo de antigüedades, y de cosas peores, nunca se había presentado ninguna denuncia contra él, que siguió progresando en su carrera. El historial incluía una fotografía de Dravic estrechándole la mano al presidente Anuar el Sadat, y otra en la que el presidente de la República Democrática Alemana, Erich Honecker, le entregaba un premio.

Parecía destinado a hacer grandes cosas. Pero entonces violó a una de las voluntarias que trabajaban con él, y eso supuso su fin. Aunque el hecho se había producido en Egipto, la chica era alemana, y en Alemania lo juzgaron. La justicia oficial no lo condenó, pero se hundió en el oprobio. Lo privaron de su beca de investigación, le retiraron la licencia para dirigir excavaciones y los editores dejaron de publicar sus libros. De eso hacía veinte años, y desde entonces se había ganado la vida en el mercado de antigüedades utilizando sus conocimientos para conseguir y autentificar objetos para personas adineradas. En 1994 había sido detenido en Alejandría por posesión de antigüedades robadas y había pasado tres meses en la prisión cairota de Tura, que era donde le habían hecho la última fotografía que tenían de él. Jalifa la estudió. Era una de esas características fotos carcelarias en blanco y

negro. El alemán estaba de pie, apoyado contra una pared y sujetando a la altura del pecho un cartel con un número, mirando a la cámara con el

entrecejo fruncido y expresión malévola. Jalifa se estremeció.

Tras salir de la cárcel de Tura, Dravic había pasado a la clandestinidad, saliendo y entrando ilegalmente en el país, organizando el contrabando de antigüedades y su venta en los mercados negros de Europa y del Lejano Oriente A pesar de estar reclamado por la justicia de siete países, siempre había logrado escabullirse. Los datos sobre sus movimientos más recientes eran escasos. Todo lo que se sabía era que había empezado a trabajar para Saif al-Thar a mediados de los años noventa, y que seguía con él. Se rumoreaba que tenía cuentas numeradas en bancos suizos, vínculos con organizaciones neonazis e incluso con servicios secretos occidentales, pero de nada de ello había pruebas. A partir de 1994 había mantenido un tono discreto. Sin embargo, de lo que no cabía duda era de que seguía siendo tan canalla como siempre. Jalifa terminó de leer el expediente y se puso de pie para estirar las piernas. Fue hasta el final del vagón. Los mochileros habían dejado de jugar a las cartas y escuchaban la música de un radiocasete. Los saludó con una inclinación de la cabeza y les preguntó adónde iban. Los jóvenes no hicieron caso de él.

«Tal vez crean que pretendo venderles algo», pensó, se encogió de hombros y volvió a su sitio. Encendió otro Cleopatra y se dispuso a leer el informe del forense sobre la muerte del viejo Iqbar.

La música del radiocasete de los mochileros parecía armonizarse con el traqueteo del tren. A Jalifa se le cerraban los ojos. Justo al sur de Beni Suef el tren se detuvo. Estuvo parado durante cinco minutos, emitiendo un siseo como si tomase aliento, y luego reemprendió la marcha. Al cabo de un minuto oyó que abrían la puerta que quedaba a su espalda. Se oyó un grito y a continuación un estrépito. La música del radiocasete cesó bruscamente. Jalifa se volvió.

Tres hombres vestidos con galabeyas negras se hallaban junto a los mochileros, cuyo radiocasete estaba destrozado en el suelo. Uno de los hombres agarró al chico por el pelo, le echó la cabeza hacia atrás y, con un movimiento tan rápido que Jalifa apenas lo vio, sacó un cuchillo y lo degolló. La sangre manó a borbotones de la herida.

El inspector se levantó y fue a sacar su pistola cuando recordó que se la había dejado en Luxor. Miró alrededor en busca de un objeto que pudiese utilizar como arma. Alguien había dejado un montón de libros en el asiento de enfrente. Empezó a lanzarles los libros a la vez que gritaba: «¡Policía! ¡Arrojen las armas!». Los tres rieron y se encaminaron hacia él. Jalifa sintió

el impulso de hacerles frente. Pero eran tres y vaciló por un instante, se volvió y echó a correr hacia el otro extremo del vagón, en el que iban más pasajeros, incluyendo un grupo de niños que portaban lamparitas de bronce.

Jalifa siguió corriendo, pero tropezó con una lata de aceite y cayó al suelo. Una mano lo agarró por la frente y le echó la cabeza hacia atrás.

—¡Ayúdame, Dios mío! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Protégeme, Alá!

Una cara, grande como una pelota de playa, medio blanca y medio morada, apareció delante de la suya.

—¡Pobre pequeño Alí! —farfulló el hombre—. Alí, Alí, Alí —añadió esgrimiendo una paleta triangular con los bordes afilados. Se echó a reír a carcajadas y la clavó en el cuello de Jalifa. El inspector despertó sobresaltado.

El informe del forense se le había caído al suelo. Oyó la música del radiocasete de los mochileros. Dormían, uno recostado en el otro.

160

Jalifa meneó la cabeza, soltó un suspiro de alivio y se agachó a recoger el informe.

161

Luxor, colinas de Tebas

La serpiente iba derecha hacia ellos por el pasadizo. Sus ojos brillaban a la luz de la linterna.

—Quédate completamente inmóvil —repitió Tara.

—¡Oh, Dios! —exclamó Daniel-. ¿Qué es eso?

—Una Naja nigricollis —repuso ella—. Una cobra de cuello negro.

—¿Es peligrosa?

—Humm...

—¿Muy peligrosa?

—Si te muerde, date por muerto. Es muy agresiva y muy venenosa. Y además escupe veneno. De modo que no hagas ningún movimiento brusco.

La cobra producía un ruido sibilante al arrastrarse por el suelo. Daniel trató de dirigir hacia ella el haz de luz de la linterna.

—¡Joder! —exclamó.

Al llegar a unos pasos de donde estaban, la cobra se detuvo, se irguió

ligeramente y los miró con sus amenazadores ojos negros. Medía más de dos metros y tenía el cuerpo grueso como un brazo. Tara notó que Daniel estaba temblando.

—Si conservas la calma todo irá bien —le susurró.

La cobra balanceó el cuerpo hacia atrás y hacia delante por unos segundos. Después volvió a pegarse al suelo y siguió reptando hasta las botas de Daniel, proyectando la lengua como si quisiera lustrárselas. Se irguió de nuevo y empezó a explorar un tobillo.

—Apaga la linterna —dijo Tara.

—¿Qué?

—Que apagues la linterna. La luz está excitándola.

La cobra tenía la lengua cerca de la pantorrilla de Daniel, que jadeaba.

—No puedo. No puedo quedarme a oscuras con este bicho...

—¡Apágala! —insistió Tara con firmeza.

—Oh, Dios.

Daniel apagó la linterna y quedaron sumidos en las tinieblas, como si acabaran de taparles los ojos con una gruesa venda de terciopelo. El silencio era tan absoluto que resultaba opresivo, y sólo lo rompía el siseo de la cobra y la jadeante respiración de Daniel.

—Me está rozando una pantorrilla —dijo él con voz temblorosa.

—No te muevas.

—¡Va a morderme!

—Si permaneces quieto, no lo hará.

—Se está enrollando en torno a mi pierna. No puedo soportarlo, Tara. ¡Haz algo, por favor! ¡Por favor!

Daniel estaba aterrorizado. Si lo advertía, la serpiente se asustaría a su vez, y entonces las probabilidades de que lo mordiese aumentarían.

—Háblame de Meriamón —dijo ella, desesperada.

—¡A la mierda Meriamón!

—Háblame de él —insistió Tara.

—Era el segundo hijo del rey Amasis —dijo Daniel con voz entrecortada por el terror—. Vivió hacia el año quinientos cincuenta antes de Cristo. Fue sumo sacerdote de Amón en Karnak. ¡Oh, Dios!

—Sigue hablando.

—Carter encontró una tablilla con su nombre en el valle. Parecía contener información sobre el lugar donde se encontraba la tumba. Junto al camino sur, a veinte codos del Agua en el Cielo, que, según creemos, es un precipicio de la parte alta del valle.

Daniel guardó silencio, casi sin aliento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tara.

—No lo sé. Ya no está en mi pierna, pero aún la noto...

Tara guardó silencio, reflexionando.

—¿Tara?

—Enciende de nuevo la linterna, pero no la enfoques hacia el suelo sino hacia el techo. Y hazlo muy lentamente, sin movimientos bruscos.

Un fino haz de luz iluminó el techo, y Tara vio a la cobra. Estaba entre las piernas de Daniel, con la cabeza erguida, y casi rozando su entrepierna.

—Me parece que le gustas.

—Sí, debo de ser su tipo —masculló Daniel.

Tara se acuclilló, lentamente. La cola de la serpiente rozó una de las botas de Daniel.

—Baja un poco el haz, pero despacio.

El haz fue descendiendo lentamente hacia el suelo.

La cobra se balanceaba, con la boca abierta. Mala señal. Eso indicaba que se estaba poniendo nerviosa. Tara metió una mano en un bolsillo, sacó un pañuelo y lo agitó para llamar la atención de la cobra, que dirigió la cabeza hacia el pañuelo, luego hacia ella y de nuevo hacia el pañuelo. Siguió balanceándose, se irguió de pronto y lanzó un chorro de veneno hacia el pañuelo que también salpicó la mano y el brazo a Tara, produciéndole un intenso escozor.

—¿Qué ocurre? —musitó Daniel, tratando de mirar hacia abajo sin mover la cabeza.

—Sigue inmóvil. Voy a tratar de agarrarla.

—¿Estás loca? ¡Ni se te ocurra tocarla!

—No va a pasarme nada. Tenemos una cobra como ésta en el zoo. Las transporto continuamente de un lado para otro.

Pero... con un gancho apropiado, se dijo Tara, y con guantes y gafas protectoras. No había olvidado que ya la habían mordido en una ocasión, pero siguió agitando el pañuelo con la mano izquierda, a la vez que movía lentamente la mano derecha hacia el cuello del reptil, procurando no temblar demasiado. Notaba pinchazos en los oídos.

—¡Oh, Dios! —exclamó Daniel.

Tara hizo caso omiso de él y concentró toda su atención en la cobra, que volvió a erguirse y escupió por dos veces en dirección al pañuelo. En ambas Tara alejó la mano derecha y cerró los ojos, esperando lo peor para luego

abrirlos lentamente y acercar con mucho cuidado los dedos al cuello de la serpiente, temiendo sentir de un momento a otro la mordedura de sus colmillos.

«He de agarrarla por el sitio exacto —se dijo Tara—. Si la agarro muy abajo podría girarse y morderme, y si lo hago muy arriba prácticamente metería la mano en su boca. Tiene que ser un movimiento milimétrico.»

—¿Qué haces? —preguntó Daniel, angustiado.

—Ya casi.... —musitó ella—. Casi la...

Tara tenía la mano derecha a sólo unos centímetros del cuello de la cobra. El sudor que resbalaba por su frente se le metía en los ojos, que le escocían. Le costaba controlar el temblor de los dedos.

—Por favor, Tara, ¿qué haces?

La serpiente se lanzó hacia delante, pero más hacia el pañuelo que hacia la mano. Tara retiró la mano izquierda a la vez que alargaba la derecha y agarraba a la cobra justo por debajo de la cabeza. La serpiente se agitó enfurecida y golpeó con la cola una pierna de Daniel.

—¡Dios santo! —gritó él, y al saltar hacia atrás dejó caer la linterna.

—No importa, Daniel. ¡Ya la tengo! —le gritó—. ¡Ya la tengo!

La serpiente trató de enrollarse al brazo de Tara, pero ésta le apretaba el cuello con firmeza, impidiéndoselo. Temblando, Daniel recogió la linterna del suelo y la enfocó hacia Tara. La serpiente tenía la boca abierta y dejaba ver sus colmillos, finos como agujas.

—¡Dios mío! ¡No puedo creer lo que has hecho!

—Ni yo tampoco.

Tara fue hacia la entrada y salió al exterior sin soltar a la cobra. Bajó despacio por la pendiente hasta llegar casi al borde y lanzó el reptil al vacío, que cayó como una cinta que el viento agitara y se perdió de vista. Tara desanduvo el camino y volvió

a entrar en la tumba, jadeante.

—Bien —dijo, aparentando más calma de la que tenía—. Ahora veamos qué hay aquí.

La cámara del fondo del pasadizo era de forma rectangular y muy pequeña, de no más de cinco por dos y medio. Las paredes estaban decoradas con columnas de jeroglíficos y pinturas de colores rojo, verde y amarillo. En todo el perímetro, a modo de zócalo, había una serie de serpientes pintadas, erguidas, como las de la tablilla de yeso que habían encontrado en Saqqara. El suelo de la cámara quedaba un metro más abajo

que el del pasadizo. Tara saltó sin dificultad. Daniel se detuvo un momento a recorrer con el haz de la linterna el suelo de la cámara y a continuación saltó

también. Después enfocó hacia las paredes, recubiertas de pinturas. Seguía nervioso y miraba una y otra vez hacia atrás. Pero poco a poco fue concentrando su atención en las pinturas; en sus brillantes colores, en los extraños rostros, en las columnas de intrincados jeroglíficos. Su nerviosismo fue dejando paso al entusiasmo. Le brillaban los ojos.

—Es extraordinaria —musitó para sí asintiendo con la cabeza—. Extraordinaria —

repitió enfocando una de las pinturas que representaba a un personaje con cabeza de chacal conduciendo a un hombre hacia una balanza junto a otra figura, con cabeza de ibis y una pluma y una tablilla en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Tara.

—Pertenece al Libro de los muertos —contestó él mirando la pintura—. Anubis, dios de la necrópolis, conduce al difunto hacia las balanzas del juicio. Pesa su corazón y el dios Toth anota el resultado. Es una escena típica de las tumbas egipcias. Como ésa...

Daniel enfocó otra pintura con la linterna. Una persona de piel rojiza y falda blanca sostenía con ambas manos una jarra, con los brazos extendidos. Enfrente, estaba representada otra persona, de piel amarillenta y con la cabeza coronada por lo que parecían los cuernos de un toro en medio de los cuales había un círculo.

—El difunto le hace una ofrenda a la diosa Isis —explicó Daniel-. Pintaban a los hombres con la piel rojiza y a las mujeres con la piel amarillenta. Es un fresco maravilloso. Fíjate en la perfección de las líneas, en la riqueza de los colores. Increíble... —musitó.

—¿Y esas otras figuras? —preguntó Tara señalando una de las escenas representadas en las paredes.

Dos hombres, de barba y con complicadas pelucas trenzadas, se hallaban enfrentados, uno en posición sentado y el otro arrodillado.

—Parecen de otro estilo —añadió Tara.

—Exacto —repuso Daniel—. No son de estilo egipcio sino persa. Se distinguen por los tocados y las barbas. En las ruinas de Susa y de Persépolis abundan pinturas similares a éstas. Pero nunca aparecen en las tumbas egipcias. —Enfocó la linterna hacia otra escena que representaba a

un hombre de barba con túnica blanca frente a una mesa cubierta de fruta, y añadió—: Ésta, en cambio, es de estilo griego. Fíjate en la toga; además, su piel es pálida y lleva la barba más corta y perfilada. También es rarísimo encontrar este tipo de imágenes en una tumba egipcia. No es un caso único, porque las hay también en la tumba de Petosiris en Tuna el-Gebel, y en la de Siamón en Siwa. Pero son casos excepcionales, y éste lo es aún más, porque incluye pinturas de estilo persa. Es como si hubiesen enterrado aquí a tres personas de distintas épocas. ¡Es increíble!

Daniel se volvió lentamente y Tara se acercó a un pequeño recodo del fondo.

—Ésta es la hornacina canopea —explicó Daniel-; para los vasos canopeos. Cuando el difunto era momificado le extraían los órganos y los metían en cuatro recipientes: para el hígado, los intestinos, el estómago y los pulmones respectivamente. Y ahí es donde debieron de estar los vasos.

Daniel parecía un guía turístico. Tara sonrió para sí recordando sus visitas al Museo Británico, cuando habían empezado a salir juntos, y las detalladas explicaciones de Daniel sobre todo lo que veían.

—¿Y esto qué es, profesor? —preguntó ella en tono jocoso señalando un fresco que estaba justo a la izquierda de la hornacina.

Daniel dirigió el foco de luz hacia allí. El fresco estaba dividido en tres secciones superpuestas. En la superior se veía a unos hombres en fila india sobre un fondo amarillo; en la siguiente las figuras parecían tropezar y caer. Un hombre con cabeza de animal de largo morro blandía una maza por encima de ellos. En la inferior había una sola figura, con el mismo fondo amarillo, y detrás un joven más alto que llevaba en la mano el símbolo de la anj, o crux ansata, como la llamaban los latinos, un símbolo de la vida en forma de cruz con asa, y un tocado en forma de flor de loto.

—Es una pintura narrativa —explicó Daniel-. Las figuras de la parte superior son soldados. Fíjate en las lanzas, los arcos y los escudos. Parecen marchar por el desierto. En la siguiente, esa imagen de la maza y de la cabeza de animal es Seth, el

dios de la guerra y el caos. Y también está en el desierto, abatiéndolos. De manera que parece representar la derrota en una batalla, aunque no hay nada que indique quién era el enemigo. Y en la parte inferior, con un tocado en forma de flor de loto, está representado Nefertum, dios de la regeneración y el renacimiento.

—¿Y qué significa?

Daniel se encogió de hombros.

—Quizá que el espíritu del ejército pervive a pesar de la derrota; o que algunos de los soldados sobrevivieron a la batalla. Es difícil saberlo dado el carácter de la simbología egipcia. Su mentalidad era muy distinta de la nuestra. Daniel siguió contemplando las pinturas por unos instantes. Por fin dio media vuelta y enfocó las paredes del pasadizo, cubiertas con columnas de jeroglíficos en negro. En la parte inferior de la pared que quedaba a su izquierda había un espacio vacío entre el texto.

—De ahí es de donde procede nuestra tablilla —dijo Daniel-. Fíjate. Las serpientes encajan en la hilera de la parte inferior.

Daniel y Tara se acuclillaron. La oscuridad era cada vez más densa, como si se sumergiesen en un líquido negro. El silencio era tan absoluto que Tara oía los latidos de su propio corazón.

—Vamos... compruébalo. Para eso hemos venido, ¿no? —lo apremió ella. Daniel la miró y sacó la caja del bolso. A continuación extrajo la tablilla y la encajó en el hueco. Era casi imposible notar que la habían desprendido.

—¿Qué dice el texto? —preguntó ella.

Daniel volvió a mirarla, se levantó y se alejó unos pasos enfocando los jeroglíficos.

—El texto comienza aquí —dijo—, a la izquierda de la entrada, y se lee de arriba abajo y de derecha a izquierda.

Empezó a leerlo recorriéndolo con el haz de la linterna, traduciéndolo con rapidez y seguridad. Su voz resonaba con solemnidad como si procediese de otro tiempo. Tara se estremeció.

—«Yo, Ib-wer-imenty, yazgo aquí en el año doce del rey del alto y bajo Egipto, Se-tut-ra Tar-i-ush...» Es la transcripción egipcia del nombre persa Darío —explicó, y prosiguió—: «En el cuarto día del primer mes del ajet. Amado por Darío, fiel servidor de su afecto, protector de reyes amado por su señor, seguidor del rey, inspector del ejército, el justo, el fiel, el leal. En Grecia estuve a su lado. En Lidia estuve con él. En Persia no le fallé. Y también estuve en Askalon».

Al llegar a la tercera columna, Daniel hizo una pausa.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Tara.

—Por lo pronto, significa que la tumba data del primer período persa. Los persas conquistaron Egipto en tiempos de Cambises, hacia quinientos

veinticinco antes de Cristo. Darío sucedió a Cambises en quinientos veintidós. Y como el difunto murió el duodécimo año del reinado de Darío, significa que murió en quinientos diez. Debió de ser uno de los generales de Darío. Esto es lo que suelen significar títulos como shemsu nesu, «seguidor del rey», y mer-mesha, «inspector del ejército». No puedes imaginar la importancia de esto. Es la tumba de uno de los generales del rey. Y, además, del siglo VI antes de Cristo. Apenas se han encontrado enterramientos de esa época en Tebas. Es fabuloso.

—¿Y qué dice el resto?

166

—«Destruí a los nubios por desafiar a mi señor, los reduje a polvo y gané gran fama. Hice que los griegos se inclinasen ante mí. Diezmé a los lidios produciendo una gran matanza y los expulsé hasta el más lejano horizonte. Mi espada fue poderosa. Mi fuerza extraordinaria. No conocí el miedo. Los dioses estaban conmigo» —Hizo una pausa enfocando con la linterna un poco más abajo y continuó—: Veamos; nuestro texto corresponde al principio de la columna siguiente. «En el tercer año bajo la persona del rey del alto y bajo Egipto, Kem-bit-jet» (Esto también es una transcripción, del nombre persa Cambises). «Antes de alcanzar gran fama, en el tercer mes del peret, yo, lb-wer-imenty, fui al desierto occidental, a Sejet-imit, para destruir a los enemigos del rey...»

Daniel se interrumpió con expresión de perplejidad.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Sejet-imit es...

Guardó silencio, pensativo, y luego, sin terminar la frase, empezó a traducir otra vez, con voz más queda, más pausada, como si midiese cada una de las palabras.

—«En el lugar de la pirámide, a noventa iteru, al sur y al este de Sejet-imit, en mitad del valle de arena, mientras tomábamos nuestra comida del mediodía, se desató una gran tormenta. El mundo se volvió negro. No se veía el sol. Cincuenta mil hombres fueron tragados por la arena. Sólo yo me salvé, por misericordia de los dioses. Caminé sesenta iteru por el desierto, al sur y al oeste, hasta la Tierra de las Vacas. Muy grande era el calor. Padecí mucha sed. Padecí mucha hambre. Morí

muchas veces pero llegué a la Tierra de las Vacas. Los dioses me acompañaban. Gozaba de su favor...»

La voz de Daniel se fue extinguiendo. Tara lo miró. Movía los labios pero no se le oía. Incluso sumidos en aquella oscuridad, Tara reparó en que su rostro reflejaba una luz blanquecina, espectral. Le temblaba la mano con la que sujetaba la linterna.

—Dios mío —musitó con voz ronca, como si se atragantase con las tinieblas.

—¿Qué?

Daniel no contestó.

—¿Qué te pasa, Daniel? —insistió ella.

—Es el ejército de Cambises —dijo Daniel con los ojos muy abiertos, exultante.

—¿Y qué es el ejército de Cambises?

Daniel no contestó, sino que siguió mirando la pared, sin hacer caso de la pregunta, como en trance. Al cabo de un minuto, sacudió la cabeza como para despejarse, tomó a Tara de la mano y cruzaron la cámara, hasta el fresco que habían estado mirando antes. Enfocó la linterna.

—El año quinientos veinticinco antes de Cristo —prosiguió—, Cambises de Persia conquistó Egipto, que pasó a formar parte del imperio persa. Poco después envió dos ejércitos desde Tebas; uno lo dirigió personalmente, marchando hacia el sur contra los etíopes; el otro lo envió al noroeste a través del desierto, para destruir el oráculo de Amón en el oasis de Siwa, que los egipcios llamaban Sejet-imit, que significa

«palmeral». —Enfocó la primera de las tres imágenes del fresco, el grupo que marchaba por el desierto y continuó— Según el historiador griego Heródoto, que escribió sus crónicas unos setenta y cinco años después, el ejército llegó al oasis llamado Isla de los Benditos que, probablemente, es el actual Al-Jarga. Pero, entre allí

y Siwa, en el Gran Mar de Dunas, fue literalmente tragado por una tormenta de arena. Los cincuenta mil hombres que lo formaban perecieron. —Dirigió la luz de la linterna hacia la segunda escena, la que representaba a los soldados aplastados por la

maza de Seth—. Nadie ha logrado probar que la historia sea cierta, pero este texto demuestra que sí lo es. Y no sólo eso, sino que por lo menos una persona, el tal Ibwer-imenty, aquí enterrado, sobrevivió al desastre. Dios sabe cómo, pero sobrevivió.

—Enfocó la tercera escena y continuó—: Ib-wer-imenty con Nefertum, dios de la regeneración y del renacimiento. La escena significa que el ejército fue aniquilado, pero que un hombre sobrevivió.

—¿Y eso por qué es tan importante? —preguntó Tara.

Sin desviar la vista de la pared, Daniel sacó un puro del bolsillo y lo encendió. La llama disipó por un instante las sombras e iluminó toda la cámara.

—El solo hecho de que confirme el relato de Heródoto ya es importante —

contestó—. Pero hay mucho más, Tara, mucho más. Fíjate —añadió tirando de su mano y acercándola al texto—. Ib-wer-imenty no se limita a decirnos que sobrevivió a la tormenta de arena, sino que precisa dónde quedó sepultado el ejército, o sea, a noventa iteru al sur y al oeste de Sejet-imit. No sé a qué se refiere con «en el lugar de la pirámide», pero probablemente se trate de una roca caliza de forma piramidal. Lo que sí sabemos es que un iteru es una antigua unidad de medida equivalente a dos kilómetros. Y el texto dice más: «Caminé sesenta iteru solo a través del desierto, al sur y al oeste hasta la Tierra de las Vacas». La Tierra de las Vacas es una traducción de ta-iht, antiguo nombre de Al-Farafra, otro oasis que se encuentra entre Jarga y Siwa. ¿No lo entiendes, Tara? Lo que tenemos aquí equivale a un mapa de la zona donde se perdió el ejército de Cambises. Sesenta iteru al noroeste de Al-Farafra, noventa iteru al sudeste de Siwa, en el lugar de la pirámide. Es lo más exacto que puede esperarse de un texto antiguo. Es fabuloso.

Hacía calor en el interior de la cámara mortuoria y el rostro de Daniel brillaba a causa del sudor.

—¿Tienes idea de lo que significa esto, Tara? —dijo tras dar una profunda calada al cigarro—. Hace miles de años que se busca al ejército de Cambises. Se ha convertido en una especie de santo grial de los arqueólogos. Pero el desierto occidental es muy extenso. Y todo lo que escribió Heródoto es que se perdió en ese desierto, que es lo mismo que no decir nada. Pero con estos datos, se puede localizar el lugar con gran precisión. Las distancias desde Siwa y Al-Farafra reducen la zona de búsqueda a un área de unos treinta kilómetros cuadrados. Si se explorase esa zona desde el aire no debería ser muy difícil localizar una roca de forma piramidal. Cualquier accidente del terreno de esas características debe de

asomar del desierto como un dedo. Se podría encontrar en un par de días, o acaso menos.

—Pero sólo si se tienen esos datos —dijo ella, que empezaba a comprender.

—Exacto. Por eso es tan importante el texto que nosotros tenemos. Incluye la distancia desde Siwa, y parte del jeroglífico indica la distancia desde Al-Farafra. Sin eso, nadie tiene más probabilidades de encontrarlo que los centenares de exploradores que ya lo han intentado. No es extraño que Saif al-Thar se muestre tan interesado en conseguirlo.

Daniel guardó silencio, contemplando la pared. Tara empezaba a darle vueltas a la cabeza.

—¿Qué valor podría tener ese hallazgo? —preguntó.

—¿Un ejército entero de Cambises, formado por cincuenta mil hombres, totalmente equipados, enterrados en el desierto? ¡Joder! ¡Sería el mayor hallazgo de toda la historia de la arqueología! Y con mucha diferencia. En comparación, la tumba de Tutankamón parecería una tienda de baratijas. Piensa tan sólo que hace un par de años un peto de esa época se vendió en cien mil dólares. Si lo vendiese pieza a pieza y poco a poco, sin inundar el mercado... ¡Dios! Este hallazgo convertiría a Saif al-Thar

en el hombre más rico de Oriente Próximo. Tiemblo al pensar lo que sería capaz de hacer con semejantes recursos.

Ambos se callaron. La luz de la linterna se había debilitado, ya no era blanca y viva, sino opalina.

—¿Y qué pintan en esto la embajada británica, Squires y Yamal? —preguntó

Tara.

—Han debido de enterarse del descubrimiento de la tumba. Si lo que Samali nos contó es cierto, tendrán tanto interés como los propios fundamentalistas en conseguir el fragmento de texto que falta. Hay en juego mucho más de lo que soy capaz de imaginar.

Siguieron mirando la pared. A pesar del calor, Tara tenía escalofríos.

—¿Qué dice el resto? —preguntó—. No has terminado de traducirlo.

—A ver... Nos quedamos aquí: «Pero llegué a la Tierra de las Vacas. Los dioses me acompañaban. Gozaba de su favor». Aquí. —Entornó los ojos para concentrarse y prosiguió—: La siguiente palabra parece un nombre, pero no es egipcio, sino más bien una transcripción egipcia de un

nombre griego. Es difícil saberlo con exactitud, porque los egipcios no utilizaban vocales, sino sólo consonantes. Parece decir Demicos, o Dimacos, o algo así. «Me llamaba Dimacos, hijo de Menendos de Naxos. Pero al conocerse mi hazaña me llamaron Ib-wer-imenty.» ¡Claro!

—¿Qué?

—Pues que Ib-wer-imenty viene a ser un juego de palabras. ¡Cómo no me he dado cuenta antes! Ib-wer, significa «gran corazón»; imenty, «del oeste». Pero ib-wer también puede significar «gran sed» o «sediento», algo apropiado para un hombre que acababa de recorrer ciento ochenta kilómetros en pleno desierto. Este hombre debía de ser de origen griego, un mercenario, probablemente. Egipto era un hervidero de mercenarios por entonces. Un soldado griego al servicio de un soberano persa, con un apodo egipcio.

Daniel enfocó las imágenes que habían visto antes: el hombre de piel pálida delante de la mesa cubierta de fruta; el hombre de barba y cabellera trenzada, arrodillado ante su rey; el de piel rojiza haciendo una ofrenda a la diosa Isis.

—Por eso estos frescos son de tres estilos diferentes, para destacar tres aspectos distintos de una misma persona: el griego, el persa y el egipcio —explicó—. Es maravilloso. Absolutamente maravilloso.

Daniel tomó aliento antes de disponerse a leer las cinco últimas columnas de texto.

—«Cuando mi gesta fue conocida, como había regresado del mundo de los muertos, el rey del alto y bajo Egipto, Cambises, me situó a su diestra, me ascendió y me concedió su amistad y estima, porque había vuelto vivo del desierto y sabía que los dioses estaban conmigo. Me concedió tierras, títulos y riquezas. Bajo la persona del rey del alto y bajo Egipto, Darío, prosperé y me hice grande. Tomé esposa, engendré tres hijos. Fui grande en el consejo del rey. Siempre fiel. Fuerte de corazón. Verdadero protector. En Waset tuve mi hacienda...» Waset era el antiguo nombre egipcio de Tebas, la actual Luxor. «En Waset fui dichoso. En Waset viví mucho años. Nunca volví a Naxos, el lugar de mi nacimiento. Oh, quienes viváis en la tierra y acaso visitéis esta tumba, que amáis la vida y detestáis la muerte, acaso digáis: "Osiris, transfigura a Ib-wer-imenty...» Lo que sigue son plegarias de los libros del más allá. Su voz se convirtió en un susurro, y bajó la linterna. Meneó la cabeza y dio una calada al cigarro, cuya brasa de color anaranjado brillaba en la oscuridad.

—Una historia increíble, ¿verdad? —dijo—. Un mercenario griego de bajo rango que marchó con el ejército de Cambises, regresó de entre los muertos y se convirtió

en amigo y consejero de reyes. Parece sacado de un mito homérico. Podría pasar el resto de mi vida...

Se oyó un estrépito procedente del exterior. Daniel miró a Tara con los ojos desmesuradamente abiertos. Apagó la linterna, tiró la colilla del cigarro al suelo y la pisó. Todo volvió a sumirse en las tinieblas. Se oyeron susurros ahogados procedentes de la entrada y luego pasos. Se agacharon en un rincón, arrimados a la pared. Un pálido haz de luz iluminó el pasadizo y parte de la cámara. Se oyeron murmullos y sordas pisadas, casi en la entrada de la cámara. Un hombre con túnica negra saltó

desde el borde del pasadizo a la cámara. Daniel soltó un grito, se abalanzó sobre él y lo derribó.

—¡Sal, Tara! —gritó—. Vamos, sal...

Otros dos hombres irrumpieron entonces en la cámara y lo derribaron.

—¡Daniel!

Tara corrió hacia él. Uno de los hombres la tiró al suelo, pero ella se levantó

rápidamente y lo atacó a puñetazos. Él le dio un golpe en la mejilla, con más violencia que antes, que la arrojó de nuevo al suelo y la dejó aturdida. Oyó gritos y movimiento, y de pronto la cámara se inundó de una viva luz blanca que la deslumbró.

—Vaya, vaya... —dijo una voz en tono triunfal—. Las ratas han caído en la trampa.

Tara parpadeó. Cuatro tipos estaban frente ella; dos con sendas metralletas, uno con un fusil y otro con una porra. Y, junto al borde del pasadizo, sosteniendo una lámpara halógena con una mano, se hallaba Dravic, seguido de varios hombres, apretujados detrás de él en el angosto paso. Tara se levantó con esfuerzo. También Daniel estaba incorporándose, con la nariz ensangrentada. Se acercó a ella, que le preguntó:

—¿Estás bien?

Daniel asintió con la cabeza. Dravic miró alrededor, le pasó la lámpara al hombre que tenía más cerca y saltó al interior.

—Veo que nuestra amiga la cobra ya no está aquí —comentó—. Al parecer no ha sido un vigilante tan eficaz como pensábamos. Una lástima.

Me habría gustado verlos morir lentamente con su veneno.

Dravic se acercó a ellos. Su corpachón parecía ocupar la mitad de la cámara, bloqueando la luz de la lámpara. Tara retrocedió hacia la pared. Hizo una mueca de dolor, a causa del golpe recibido en la mejilla.

—¿Cómo han sabido que estábamos aquí? —farfulló Daniel con la boca ensangrentada.

Dravic se echó a reír.

—No irá a creer en serio que la única precaución que tomamos fue meter aquí a esa maldita cobra, ¿verdad? ¡Qué imbécil! Teníamos un vigilante apostado. Al verlos, nos ha llamado y hemos vuelto enseguida.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó Tara, y a punto estuvo de quebrársele la voz.

—Pues matarlos, naturalmente —contestó Dravic en tono displicente—. Lo único que no he decidido es cuándo y cómo. Después de lo que voy a hacerte a ti, preciosa

170

—añadió con una sonrisa. Sus labios húmedos semejaban dos lombrices sonrosadas—

. Y ten por seguro que son muchas las cosas que deseo hacerte.

Alargó una mano y deslizó un dedo por un pecho de Tara, que lo apartó con expresión de repugnancia.

—Usted mató a mi padre —le dijo entre dientes.

—Me hubiese gustado —replicó Dravic, echándose a reír—. Habría disfrutado mucho, pero por desgracia cayó fulminado delante de mí antes de tener oportunidad. Yo lo sentí tanto como tú.

Al notar el dolor que reflejaba la mirada de Tara, Dravic soltó otra risotada.

—Cayó redondo, retorciéndose como un cerdo degollado. Nunca he visto morir a nadie de manera tan patética.

Se volvió y les dijo algo en árabe a sus hombres, que se echaron a reír. A pesar del miedo que sentía, Tara se enfureció tanto que echó la cabeza hacia atrás y lanzó

un escupitajo que alcanzó a Dravic en un ojo. El alemán dejó de reír. Tara se armó de valor, dispuesta a recibir el inevitable golpe. Pero el alemán no le pegó. Siguió sin moverse unos momentos, con el escupitajo resbalando por su mancha de nacimiento. Luego se lo limpió con la mano.

—¿Nunca te han violado? —preguntó con voz queda mirándose los dedos manchados de saliva—. ¿Nunca han utilizado tu cuerpo como un juguete, penetrándote por la vagina, por el ano y por la boca? ¿No? Pues, créeme, ve contando con ello.

—Usted no hará nada de eso, Dravic —dijo Daniel.

—Oh, no se preocupe, Lacage, que usted tampoco se librará. —El alemán sacó

del bolsillo la letal paleta, cuyos afilados bordes relucían a la luz de la lámpara—. No todas las violaciones han de ser de naturaleza sexual —añadió dándole un tajo en el brazo a Daniel, que hizo una mueca de dolor. La sangre empezó a empapar la manga de su camisa—. Pero esos placeres quedarán para más tarde —agregó guardándose la paleta en el bolsillo—. Primero debemos tratar unos asuntos. —Miró hacia los jeroglíficos de las paredes, le hizo una seña al hombre que portaba la lámpara y añadió—: Bueno... ya tenemos la pieza que faltaba del rompecabezas. Es una lástima que la sacasen de aquí. Si lo hubiesen dejado todo como estaba nos habrían ahorrado a todos mucho tiempo y muchos problemas. Y mucho dolor.

El alemán le dirigió a Tara una mirada llena de lascivia y a continuación se acuclilló frente a la pared, examinando el texto.

—Normalmente, cuando se descubre una tumba en estas colinas somos los primeros en enterarnos. Los lugareños saben que les conviene acudir enseguida a informarnos. De lo contrario, corren el riesgo de provocar la ira de Saif al-Thar; y la mía. Y saben que eso es un mal asunto. En este caso, sin embargo, la descubrió

alguien que optó por actuar por cuenta propia. Lo pagó muy caro, pero antes retiró

algunos objetos, incluyendo esa pieza vital. —Retiró la pieza de yeso desprendida del fresco y prosiguió—: Resulta irónico que retirase precisamente esa parte del texto, porque no tenía ni idea de su importancia. Sólo quería llevársela para venderla como objeto decorativo. Aunque, claro, con el tiempo habría vaciado la tumba. Por desgracia para él, empezó por el fragmento que indica la posición del ejército, y con ello, labró su perdición y la de muchos otros.

Aunque estaba a casi tres metros de distancia, Tara percibió el olor acre que despedía el cuerpo de Dravic. Sintió ganas de vomitar.

—Pero eso ya no importa —continuó el alemán—. Tenemos la pieza. Y mañana a estas horas también tendremos los restos del ejército en nuestro poder. Y entonces...

—Volvió a dirigirle a Tara una mirada lúbrica y añadió—: Empezará la diversión. Dravic gritó algo en árabe y dos hombres que portaban sendos martillos neumáticos irrumpieron en la cámara. El alemán señaló hacia la sección del texto que antes había traducido Daniel. Sus dos secuaces dirigieron los martillos hacia el fresco, perforándolo y desprendiéndolo de la roca.

—¡Oh, Dios! —exclamó Daniel dando un salto hacia delante—. ¡No! ¡Deténganse!

Uno de los hombres de Dravic le dio un culatazo en el vientre que lo obligó a retroceder.

—¡No puede destruirla! —clamó con voz entrecortada—. ¡No puede hacerlo!

—Es una precaución lamentable pero necesaria —dijo Dravic—. El resto, que quede como está, pero no podemos correr el riesgo de que otros encuentren la tumba y lean la información sobre el ejército. Todavía no.

Grandes fragmentos de yeso cubiertos de jeroglíficos caían al suelo levantando nubes de polvo blanco. Y mientras uno seguía destrozando el fresco, su compañero hacía añicos los fragmentos grandes que ya habían caído. Daniel bajó la cabeza, desesperado. Cuando todo el fresco de la pared quedó destruido Dravic les indicó a sus hombres que se marchasen. Apenas se podía respirar a causa del polvo. Tara empezó a toser.

—¿Y ahora qué? —dijo Daniel incapaz de desviar la vista del montón de yeso machacado.

Dravic fue hacia la entrada de la cámara, con la tablilla en la mano. Se la pasó a uno de sus hombres y otro lo ayudó a subir al borde del pasadizo.

—Pues ahora —dijo Dravic, volviéndose hacia ellos— os ocurrirá algo muy desagradable —añadió señalándolos con la mano y desapareciendo por el pasadizo. El hombre que estaba delante de Daniel alzó el arma.

—¡No! —gritó Tara, creyendo que iba a dispararle.

Pero no le disparó, sino que le dio un culatazo en la cabeza que lo hizo caer al suelo, inconsciente y sangrando. Tara fue a arrodillarse a su lado y le tocó la cabeza. Oyó que algo se movía a sus espaldas y se abalanzaba sobre ella, y de pronto tuvo la sensación de sumergirse en un insondable mar de tinieblas.

172

En el norte de Sudán

El muchacho cruzó el campamento a la carrera con el mensaje en la mano. Las cabras de un rebaño se sobresaltaron al verlo acercarse y se dispersaron en todas direcciones. Pero él se despreocupó de ellas y siguió corriendo hasta la tienda de su maestro. Descorrió la cortina, jadeante, y entró.

No había más luz que el tenue resplandor de una lámpara de queroseno. Saif alThar estaba sentado sobre la alfombra con las piernas cruzadas, inmóvil como una estatua y con un libro entre las manos.

El muchacho se acercó a él.

—¡La han encontrado! —gritó, incapaz de dominar su entusiasmo—. La pieza. ¡El doctor Dravic la ha encontrado!

La Espada Vengadora dejó el libro en su regazo y le dirigió una mirada inexpresiva.

—Está escrito que hay que ser moderado en todo, Mehmet —dijo en voz baja—, tanto en la alegría como en la desesperación. No hay por qué gritar.

—Sí, maestro.

El muchacho bajó la cabeza en actitud sumisa.

—Pero también está escrito que debemos congratularnos por la bondad de Alá. De modo que no tienes por qué avergonzarte de tu alegría. Pero domínate, Mehmet. Domínate siempre. Dios así lo quiere; quiere que seamos dueños de nosotros mismos. Saif al-Thar alzó la mano y Melonet le entregó el mensaje. Su maestro lo leyó y, cuando hubo terminado, lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en un bolsillo de la túnica.

—¿No te había dicho que somos los elegidos de Dios? Siempre y cuando sigamos fieles y confiemos en Su grandeza, todo nos será dado. Aquí tenemos la prueba. Hoy es un gran día, Mehmet.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Saif al-Thar como una laguna que se abriese en una tierra reseca y cuarteada. Era la primera vez que Mehmet lo veía sonreír de aquella manera. Sintió el impulso de arrodillarse y besar los pies del maestro, de decirle cuánto lo amaba, lo agradecido que le estaba por todo lo que había hecho por él. Pero se contuvo. Alá quería que fuese dueño de sí mismo. Las palabras de su maestro aún resonaban en sus oídos. Había asimilado la lección y se limitó a sonreír, aunque le estallaba el pecho de alegría.

Saif al-Thar pareció leerle el pensamiento, porque se levantó y posó una mano en su hombro.

—Muy bien, Mehmet —dijo—. Alá recompensa siempre al buen discípulo, igual que castiga al malo. Ahora ve y diles a todos que se preparen. En cuanto conozcamos el lugar empezaremos a enviar el equipo.

El muchacho asintió con la cabeza y fue hacia la entrada caminando hacia atrás.

—Maestro —dijo antes de salir de la tienda—, ¿ahora ya no ocurrirán más cosas malas? ¿Acabaremos con los infieles?

—Por supuesto, Mehmet —respondió Saif al-Thar, con una sonrisa más amplia aún que antes—. ¿Cómo no vamos a destruirlos si disponemos de todo un ejército para ayudarnos?

—Allahu akbar! —exclamó el muchacho entre risas—. Dios es grande.

173

—Cierto, Mehmet, muy cierto. Y su grandeza escapa a nuestra comprensión. Cuando el muchacho hubo salido, Saif al-Thar volvió a sentarse junto a la lámpara y cogió el libro que había estado leyendo. Era un pequeño volumen encuadernado en piel muy raída. No estaba escrito en árabe ni en inglés, sino en griego, y se titulaba HPOAOTOY IETOPIAI, la Historia de Heródoto. Aumentó la intensidad de la llama de la lámpara, se acercó el libro a los ojos y suspiró complacido al sumergirse en la lectura.

174

Luxor

El tren de Jalifa llegó a Luxor poco antes de las ocho de la mañana. Después de su pesadilla no había logrado conciliar el sueño. Estaba cansado y le pesaban los párpados. Decidió pasar por su casa y refrescarse antes de ir a la comisaría. Las fiestas de Abu Haggag empezarían por la tarde y ya se notaba un considerable bullicio en las calles, llenas de tenderetes en los que vendían golosinas y sombreros festivos. Normalmente, Jalifa habría estado deseando que empezasen las fiestas, pero ese día tenía otras cosas en la cabeza.

Encendió un cigarrillo y enfiló la calle Al-Mahatta, olvidándose del bullicio. A pie, su apartamepto estaba a quince minutos del centro de la ciudad, en un bloque de cemento encajado como una ficha de dominó en una hilera de otros bloques idénticos. Batah y Alí ya habían salido para ir a la escuela cuando él llegó, y el pequeño Yusuf dormía en la cuna. Se duchó y Zainab le preparó el desayuno a base de café, pan y queso. La miró

admirativamente mientras trajinaba en la cocina. Llevaba el cabello suelto y le llegaba hasta la cintura. Tenía los labios tersos y carnosos, provocativos. Jalifa olvidaba a veces lo afortunado que era por tener una esposa como Zainab, cuyos padres se habían opuesto a su matrimonio, porque él era pobre y procedía de una familia más pobre aún. Pero Zainab era una mujer decidida.

Jalifa sonrió al recordar su lucha.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Zainab al tenderle una bandeja con rodajas de tomate.

—Pensaba en cuando estábamos recién casados; en lo tajantemente que se opusieron tus padres a nuestro matrimonio y... en lo tajante que fuiste tú: «O él o nadie».

—Tenía que haberlos escuchado —dijo ella, sentándose a sus pies—. De no haber sido tan terca ahora yo también tendría un Hosni.

Jalifa se echó a reír y la besó en la cabeza. Su cabello era cálido y fragante, y a pesar de lo cansado que estaba, se sintió excitado. Dejó a un lado la bandeja y rodeó

los hombros de Zainab con sus brazos.

—¿Qué tal ha ido todo en El Cairo? —preguntó ella, besándole los dedos.

—Regular. He visto al profesor.

—¿Cómo está?

—Parece que bien. Te envía todo su cariño.

Zainab se arrimó un poco más y posó una mano en una rodilla. Un tirante de su vestido se le había deslizado por el hombro y dejaba ver el nacimiento de sus pechos. Jalifa apartó un poco más la bandeja y atrajo a Zainab hacia sí.

—¿En qué caso estás trabajando? —preguntó ella quedamente deslizando los dedos por su muslo—. Es importante, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Cuéntamelo.

—Es complicado —dijo él, acariciándole el pelo.

Zainab sabía que aquélla era una manera de decir que no quería hablar del caso, y no insistió. Se arrimó un poco más a él, alzó la vista y lo besó suavemente en los labios.

—El niño está dormido —le susurró.

Jalifa le acarició el cuello, aspirando la fragancia de su pelo.

—Tendría que irme ya a la comisaría.

Zainab volvió a besarlo, se levantó, se bajó el otro tirante y dejó que el vestido resbalase por su cuerpo. No llevaba nada debajo.

—¿De veras?

Jalifa alzó la vista y recorrió su cuerpo con la mirada. Zainab era estilizada y morena, con unos pechos firmes y unos muslos prietos. Era hermosa. Se puso de pie y la atrajo hacia sí.

—Imagino que el mundo no se hundirá porque llegue un poco tarde. Se besaron. Zainab lo tomó de una mano y fueron al dormitorio. Ella se sentó en la cama y le desabrochó la camisa y los pantalones, se los bajó y le rodeó la cintura con los brazos. Él la acostó con suavidad y se echó a su lado, acariciándole los pechos, el vientre y los muslos, besándole los hombros, excitándose con el contacto de su piel, con sus anhelantes jadeos...

Sonó el teléfono.

—Deja que suene —dijo Zainab, que se puso encima de él y empezó a besarle el pecho mientras que su melena le rozaba la cara. Estuvieron así unos momentos, acariciándose, pero de pronto, despertado por el timbre del teléfono, el bebé empezó

a llorar. Zainab se levantó refunfuñando y se acercó a la cuna. Jalifa se volvió hacia el otro lado de la cama y contestó al teléfono. Era el profesor Al-Habibi.

—Espero no ser inoportuno.

—¡Qué va! Sólo estaba echándole una mano a Zainab... —repuso Jalifa, sonriendo maliciosamente.

Zainab le dirigió una mirada jocosa, sacó al pequeño de la cuna y fue a la habitación contigua deteniéndose un instante a besar a su esposo en la frente.

—Escucha, Yusuf —dijo el profesor—, hay algo que creo que debes saber acerca de los objetos que me dejaste ayer.

Jalifa cogió los pantalones y sacó el paquete de cigarrillos.

—Dígame, profesor.

—Estuve examinándolos, después de que te hubieses marchado, y encontré una inscripción en la empuñadura de la daga, debajo de la tira de piel. Bueno, no es exactamente una inscripción, sino unas palabras toscamente grabadas en el hierro, escritas en griego.

—¿En griego?

—Eso mismo. Se trata de un nombre, probablemente el del dueño de la daga.

—Siga.

—El nombre es Dimacos, hijo de Menendos.

—¿Dimacos? ¿Y le dice algo ese nombre?

—Es muy curioso —contestó Habibi—. Estaba seguro de haberlo visto antes en alguna parte. Tardé bastante en recordar dónde, pero lo encontré. El profesor hizo una pausa retórica para que sus palabras causaran mayor efecto.

—¿Dónde? —lo apremió Jalifa, impaciente.

—En el Valle de los Reyes, en la tumba de Ramsés VI. Las paredes están cubiertas de inscripciones antiguas, en griego y en copto, y una de ellas de la mano

de un tal Dimacos, hijo de Menendos de Naxos. Lo he encontrado en mi ejemplar de un libro de Baillet.

—¿Es la misma persona?

—No puedo tener la certeza absoluta, pero me sorprendería que hubiese existido en Tebas un hombre llamado Dimacos con un padre llamado Menendos. Son nombres muy poco frecuentes.

Jalifa soltó un silbido de asombro.

—Increíble —dijo.

—Desde luego. Pero no tan increíble como lo que voy a decir a continuación. El profesor hizo una nueva pausa retórica y Jalifa volvió a apremiarlo.

—El tal Dimacos no dejó en la tumba sólo su nombre. También dejó una inscripción.

—¿Y qué dice esa inscripción?

—Bueno... está incompleta. Debieron de escribir otra cosa encima o se interrumpió a medio...

Jalifa oyó ruido de papeles al otro lado de la línea.

—La inscripción dice: «Yo, Dimacos, hijo de Menendos de Naxos, vi estas maravillas. Mañana marcharé contra los amonitas. Si yo ...». Y ahí se detiene. Jalifa seguía sin encender el cigarrillo.

—Los amonitas... —dijo, pensando en voz alta—. ¿No es ése el nombre que daban los griegos a los habitantes de Siwa?

—Exactamente; del nombre del dios Amón, que tenía su oráculo en el oasis. Y, que se sepa, sólo se envió una expedición militar contra los amonitas en aquella época.

—¿Cuál?

Otra pausa.

—El ejército de Cambises.

Jalifa rompió por la mitad el cigarrillo que tenía entre los dedos, sin percatarse de ello.

—¡El ejército de Cambises! El que se perdió en el desierto, ¿verdad?

—Así lo cree la historia.

—Pero no hubo supervivientes. ¿Cómo puede haberse encontrado una daga que perteneciese a uno de los soldados de aquel ejército?

—Bueno... ésa es la cuestión.

Jalifa oyó que el profesor chupaba su pipa. Sacó otro cigarrillo del paquete y lo encendió.

—Está seguro de que la daga procede de una tumba tebana, ¿no? —dijo Habibi.

—Creo que sí —contestó Jalifa—; o, mejor dicho: estoy seguro.

—En tal caso, caben varias explicaciones. Quizá Dimacos no llegase a marchar con aquel ejército; o quizá la daga hubiese pasado a manos de otra persona cuando Dimacos se unió a la expedición. O puede que Heródoto estuviese mal informado y el ejército no fuese aniquilado por una tormenta de arena.

—Pero también es posible que el ejército fuese efectivamente aniquilado por una tormenta de arena y que Dimacos sobreviviese.

—Ésa es, creo yo, la posibilidad menos probable —repuso el profesor —. Aunque, desde luego, la más apasionante.

Jalifa dio una profunda calada a su cigarrillo. Era consciente de que no debía fumar en el dormitorio mientras el niño durmiese allí, pero no podía evitarlo. Decidió

abrir la ventana. Los datos se habían agolpado en su cabeza tan rápidamente que no acertaba a encajarlos para dar forma a una hipótesis con sentido.

—Supongo que la tumba de un soldado del ejército de Cambises sería todo un hallazgo, ¿no?

—Si fuese auténtica, por supuesto que sí. Constituiría un hallazgo extraordinario.

¿Sería ése el motivo, que Abu Nayar hubiera descubierto la tumba de un soldado del ejército de Cambises? Tal como el profesor acababa de decir, supondría un gran hallazgo, uno de los más importantes que se hubiesen hecho en Egipto en muchos años. Sin embargo, eso no explicaba por qué Dravic se tomaba tantas molestias por un simple fragmento de texto jeroglífico, y no daba ninguna importancia a los otros objetos encontrados en la tienda de Iqbar. En efecto, ahí faltaba una «pieza». Tenía que haber algo más.

—¿Y el propio ejército? —preguntó Jalifa sin apenas reflexionarlo.

—¿Qué quiere decir?

—El ejército perdido de Cambises. Si se encontrase... también sería un hallazgo importante, ¿no?

—Me temo que eso es ya entrar en el terreno de la fantasía, Yusuf. El ejército quedó sepultado en el desierto. Nunca lo encontrarán.

—Pero ¿y si lo encontrasen?

—Pues... me parece que no es necesario que te diga lo importante que sería.

—No, claro... —dijo Jalifa, que arrojó el cigarrillo por la ventana y agitó la mano para disipar el humo.

—¿Yusuf?

—Sí, perdone, es que estaba pensando. ¿Y qué más puede decirme del ejército de Cambises, profesor?

—Me temo que no mucho. No soy especialista en esa época. Tendrías que hablar con el profesor Ibrahim az-Zahir, que ha consagrado casi toda su vida a estudiarla.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

—Está ahí, en Luxor. Pasa seis meses al año en la residencia para los miembros de la misión arqueológica de la Universidad de Chicago. El año pasado tuvo un infarto y, aunque va mejorando, empieza a fallarle la cabeza.

Jalifa le dio las gracias al profesor, le prometió que iría a cenar con él la próxima vez que estuviese en El Cairo y colgó el auricular. Fue enseguida al salón. Zainab acunaba al bebé todavía desnuda. Jalifa los abrazó a los dos.

—He de marcharme ahora mismo.

—¡Y yo aquí intentando que vuelva a dormirse!

—Perdona, es que...

178

—Bromeaba. Ya sé que tienes que marcharte —dijo ella con una sonrisa, y lo besó—. Anda, ve. Y no olvides que los niños tienen el desfile esta tarde. Les he dicho a Batah y Alí que iríamos a verlos. Es a las cuatro. Sé puntual.

—No te preocupes —contestó Jalifa—. Volveré a tiempo. Te lo prometo.

179

En el desierto occidental

Tara se despertó dos veces durante el trayecto. Pero sólo fueron atisbos de luz en medio de las tinieblas que envolvían su mente. Primero vio un espacio sofocante y atestado que apestaba a gasolina. A pesar de la oscuridad impenetrable y del mortificante dolor de cabeza, se apercibió de que estaba dentro del maletero de un coche, en posición fetal, amordazada y con las manos atadas a los tobillos. Dedujo que debían de circular por un firme asfaltado, porque el traqueteo no era brusco a pesar de que tenía la sensación de que iban a bastante velocidad. Pensó que, en muchas películas, los encerrados en un maletero deducían por dónde iban prestando mucha atención a los sonidos y sensaciones que tuviesen durante el trayecto. Y eso trataba de hacer ella en ese momento, prestar atención a todo ruido que pudiese orientarla. Sin embargo, aparte del ocasional sonido de un claxon y de la música a todo volumen de un coche, no oyó nada que la orientase, y no tardó en volver a perder el conocimiento.

La segunda vez que recuperó momentáneamente el conocimiento oyó un ruido fuerte y sonoro por encima de su cabeza. Trató de concentrarse para captar qué era y luego abrió los ojos. Estaba sentada y atada a un asiento. Daniel se encontraba a su lado, con la cabeza inclinada sobre el pecho y una mejilla y el cuello ensangrentados. Le extrañó no sentir ninguna preocupación por él. Sencillamente notó que estaba allí. Al volverse vio que cruzaban por una enorme extensión amarillenta, que se le antojó

un inmenso bizcocho, y se echó a reír. Casi de inmediato oyó voces y advirtió que le ponían una especie de saco en la cabeza. Antes de volver a verlo todo vidrioso, tuvo un instante de lucidez. «Estoy en un helicóptero

—se dijo—. Sobrevolando el desierto hacia el ejército perdido de Cambises.» Luego se sumió de nuevo en las tinieblas, y ya no recordó nada.

180

Luxor

Jalifa se llevó dos sorpresas al llegar a la comisaría. La primera fue topar en el vestíbulo con el comisario Hassani, quien, en lugar de soltarle un rapapolvo por haber llegado tarde, lo saludó con un ademán que guardaba cierta similitud con la cordialidad.

—Me alegro de que ya haya llegado, Yusuf.

Si la memoria no le fallaba, era la primera vez que el comisario lo llamaba por su nombre de pila.

—Hágame un favor. En cuanto tenga un momento, venga a mi despacho. Pero no se preocupe. Al contrario. Tengo buenas noticias.

Hassani le dio una palmadita en el hombro y enfiló un pasillo.

La segunda sorpresa fue encontrar a Omar Abd el-Faruk sentado en su despacho.

—No ha querido esperar abajo —se justificó Sariya—. No quiere que lo vea nadie. Me ha dicho que tiene información acerca del caso de Abu Nayar. Omar estaba sentado en un rincón del despacho, haciendo tamborilear los dedos sobre una rodilla, visiblemente incómodo.

—Bien, bien —dijo Jalifa tras sentarse a su mesa—. No esperaba que llegara el día en que un Abd el-Faruk viniese aquí por propia voluntad.

—Le aseguro que no he venido por mi gusto —replicó Omar.

—¿Quiere té?

Omar negó con la cabeza.

—Y... quiero hablar a solas —dijo señalando a Sariya—. Lo que tengo que decir es exclusivamente para usted.

—Mohamed es mi compañero —repuso Jalifa—, es tan...

—Sólo hablaré con usted a solas, o no hablaré —lo interrumpió Omar.

Jalifa suspiró resignado y asintió mirando a Sariya.

—Sólo serán unos minutos, Mohamed. Luego le informaré.

Su ayudante salió del despacho y cerró la puerta. El inspector le ofreció un cigarrillo a Omar, que lo rechazó, diciendo:

—He venido a hablar, no a intercambiar cortesías.

Jalifa se encogió de hombros, se retrepó en su asiento y encendió un Cleopatra.

—Pues bien, Omar, hablemos.

El nerviosismo de El-Faruk iba en aumento.

—Creo que unos amigos míos están en peligro —dijo bajando la voz—. Ayer vinieron a mi casa a pedirme ayuda. Y ahora han desaparecido.

—¿Y qué tiene eso que ver con Abu Nayar?

Omar miró alrededor como si quisiera asegurarse de que nadie lo oía.

—Hace dos días, cuando me citó usted aquí, me preguntó si se había descubierto otra tumba en las colinas.

—Y usted respondió que no sabía nada. ¿Debo deducir que, de pronto, ha recordado algo? —dijo Jalifa en tono sarcástico.

181

—Ya veo que le resulta divertido que un El-Faruk venga a pedirle ayuda —

masculló Omar, fulminándolo con la mirada. Jalifa dio una calada a su cigarrillo y permaneció en silencio. —Bien —continuó Omar—. Efectivamente, Abu Nayar descubrió una tumba. No sé dónde, así que no se moleste en preguntármelo. Pero el hecho es que encontró una tumba. Se llevó una especie de tablilla, un trozo de yeso de la decoración. Mis amigos tenían esa pieza. Y ahora han desaparecido. Oyeron estallar un cohete y Omar se rebulló inquieto en la silla.

—¿Y quiénes son esos amigos?

—Un arqueólogo llamado Daniel Lacage y una inglesa.

—¿No será por casualidad Tara Mullray? —preguntó Jalifa.

Omar enarcó las cejas.

—¿La conoce?

—Al parecer, ella y Lacage estuvieron implicados en un tiroteo en Saqqara hace dos días.

—Ya sé lo que piensa, Jalifa, pero he trabajado con el doctor Lacage durante seis años, y es una buena persona.

—Le creo —dijo el inspector asintiendo con la cabeza—. Aunque nunca me imaginé haciendo semejante profesión de fe en un El-Faruk —agregó en tono irónico. Omar guardó silencio por unos instantes. Luego esbozó una sonrisa, algo más relajado.

—Bien... quizá sí le acepte un cigarrillo —dijo.

Jalifa se inclinó hacia delante y le tendió el paquete.

—¿Y qué ocurrió ayer exactamente, Omar?

—Como le he dicho, vinieron a casa a pedirme ayuda. Llevaban ese trozo de yeso en una caja. La inglesa dijo que su padre lo había comprado,

pero que Saif al-Thar lo quería, y la embajada británica también.

—¿La embajada británica?

—Eso dijo la inglesa: que la embajada británica también lo quería. Jalifa sacó un bolígrafo de la chaqueta y empezó a hacer garabatos en un trozo de papel, preguntándose qué demonios estaba pasando.

—¿Qué más?

—Querían saber de dónde procedía la pieza. Les dije que era peligroso y que debían dejarlo correr, pero no quisieron. El doctor Lacage es mi amigo. Y, si un amigo me pide ayuda, yo no se la niego. Les prometí que haría averiguaciones. Salí de casa a las cuatro de la tarde y al regresar ya no estaban. No he vuelto a verlos desde entonces.

—¿Sabe adónde han ido?

—Le comentaron a mi esposa que querían subir al Qurn. Temo por su seguridad, inspector. Especialmente después de lo ocurrido a Abu Nayar. Y a Suleimán al-Rashid. Jalifa dejó de garabatear.

—¿Suleimán al-Rashid?

—Lo han quemado vivo.

Jalifa palideció.

—¿Quemado vivo?

Omar asintió con la cabeza.

—Oh, no, Dios mío. Suleimán... —musitó Jalifa sobrecogido.

—¿No lo sabía usted?

—He estado en El Cairo.

—Lo lamento —dijo Omar, bajando la cabeza—. He pensado que ya debía de haberse enterado. —Hizo una pausa y añadió—: Todo el mundo sabe lo que usted hizo por Suleimán.

—Le diré lo que he hecho yo por Suleimán... —Jalifa se tapó la cara con las manos—. ¿Sabe lo que he hecho? Matarlo. Si no hubiese ido a verlo aquel día...

¡Maldita sea! ¡Cómo pude ser tan estúpido!

Desde la calle les llegaban redobles de tambores. Guardaron silencio como si escuchasen.

—Quizá... debería marcharme ya, inspector —dijo Omar, levantándose lentamente—. Comprendo lo doloroso que ha de ser para usted... —agregó, poniéndose en pie.

—El trozo —lo interrumpió Jalifa.

—¿Cómo?

—El trozo de pared. ¿Lo ha visto?

—Sí —respondió Omar—. Lo he visto.

—¿Tiene una hilera de serpientes en la parte inferior, y jeroglíficos?

Omar asintió con la cabeza.

—Y... ¿recuerda alguno de esos signos jeroglíficos?

Omar reflexionó por un instante, se inclinó hacia delante y con el bolígrafo de Jalifa hizo un boceto en una hoja de papel que tenía delante. El inspector lo estudió.

—¿Está seguro de que es esto lo que vio?

—Creo que sí. ¿Sabe de qué se trata?

—El signo de una pirámide —repuso el inspector, que miró unos instantes el boceto y luego dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo—. Gracias, Omar —

concluyó—. Sé lo difícil que ha sido para usted venir aquí hoy.

—Encuentre a mis amigos, inspector. Es todo lo que le pido. Encuentre a mis amigos.

Omar sintió el impulso de tenderle la mano a Jalifa, pero se abstuvo. Inclinó

cortésmente la cabeza y salió del despacho.

Jalifa dedicó veinte minutos a informar a Sariya sobre lo sucedido en El Cairo y a preguntarle por los detalles del brutal asesinato de Suleimán. Después subió al despacho del comisario.

Normalmente, a Hassani le gustaba hacerlo aguardar por lo menos cinco minutos antes de recibirlo, pero ese día lo hizo entrar enseguida. Y no sólo eso, sino que por una vez le ofreció una silla decente.

—A mediodía tendré pasado a máquina un informe completo sobre la marcha de la investigación —dijo Jalifa adelantándose a las inevitables preguntas de Hassani.

—No se preocupe por eso. Tengo buenas noticias, Yusuf. —El comisario se retrepó en el sillón, adelantó el mentón y adoptó una pose similar a la del presidente Mubarak, cuya fotografía tenía colgada en la pared—. Me complace comunicarle que su solicitud de ascenso ha sido aprobada. Lo felicito.

Hassani sonrió, aunque había algo en su expresión que indicaba que no estaba tan complacido como pretendía aparentar.

—Bromea... —dijo Jalifa.

—Nunca bromeo —replicó el comisario, dejando de sonreír—. Soy policía.

—Claro, señor comisario. Perdone.

Jalifa no sabía qué decir. Era lo último que esperaba oír de boca de Hassani cuando le pidió que subiera a su despacho.

—De modo que quiero que se tome el resto del día libre, que vaya a casa, se lo comunique a su esposa y lo celebren. Mañana irá al congreso de Ismailía.

—¿A Ismailía?

—Sí. Hay un congreso sobre la policía urbana en el siglo XXI. Dura tres días. Lo compadezco, pero no hay más remedio que apechugar con estas cosas si se quiere progresar en el cuerpo.

Jalifa guardó silencio. Estaba exultante, como es lógico, pero había algo que...

—¿Y el caso? —preguntó.

El comisario hizo otro ademán desdeñoso y le dirigió una sonrisa forzada.

—No se preocupe por el caso, Yusuf. Puede esperar un par de días. Vaya a Ismailía y cuando vuelva reanude las investigaciones. No hay prisa.

—No puedo interrumpir la investigación en estos momentos, señor.

—Tranquilo, hombre, tranquilo, ¡acaban de ascenderlo! ¡Disfrútelo!

—Sí, pero...

El comisario soltó una risotada.

—Me temo que nuestro reglamento va a quedar en entredicho. ¡Pedirle a uno de mis hombres que trabaje un poco menos! No vaya a decírselo a nadie, ¿eh?

Perjudicaría mi reputación.

Jalifa sonrió pero no se desvió de la cuestión.

—Se trata de tres asesinatos, comisario. Y han desaparecido dos personas. He comprobado que existe un vínculo con Saif al-Thar, y tal vez también con la embajada británica. No puedo interrumpir la investigación en estos momentos. El comisario no dejó de reír mientras Jalifa justificaba su objeción. Pero su forzada risa dio paso al enojo. Empezaba a exasperarse.

—¿No quiere usted ese ascenso, Jalifa?

—¿Por qué no voy a quererlo?

—Es que... no me parece que se haya alegrado mucho; ni tampoco que lo agradezca demasiado.

El comisario puso especial énfasis en las dos últimas palabras, como si invitara a Jalifa a tomar buena nota.

—Lo agradezco, señor comisario, pero la vida de dos personas corre peligro. No puedo desaparecer por las buenas, ir a Ismailía y quedarme allí tres días. Hassani asintió con la cabeza, como si supiese perfectamente a qué se refería el inspector.

—¿Cree que no podremos arreglárnoslas sin usted? —le dijo.

—No, señor comisario. Es que...

—¿Supone que la brigada no sabrá qué hacer en su ausencia?

—Señor comisario...

—¿Acaso cree que es usted el único que vela por la ley y el orden, que se preocupa por el bien y el mal? —le espetó Hassani en un tono de voz cada vez más alto. Estaba tan exasperado que se le marcaba una vena del cuello—. Pues déjeme que le aclare una cosa: he consagrado toda mi vida al bien de este país, y no voy a tolerar que un mierda como usted pretenda ser el único que se preocupa por él —

añadió jadeante—. Ya ha conseguido lo que quería. Ha logrado su puto ascenso. Mañana, si sabe lo que le conviene, irá usted a Ismailía. Y no hay nada más que hablar.

El comisario echó el sillón hacia atrás, se levantó y fue hasta la ventana. Se detuvo a mirar hacia el exterior de espaldas a Jalifa, haciendo crujir los dedos de una mano.

Jalifa encendió un cigarrillo sin molestarse en pedirle permiso.

—¿Quién le ha mandado... hacer esto, señor?

Hassani no contestó.

—Ése ha sido el trato, ¿eh? Me ascienden y, a cambio, me olvido de la investigación. Ése ha sido el pacto, ¿no? O sea, un soborno.

Hassani hacía crujir los nudillos con tal fuerza que parecía que fuesen a dislocársele los dedos. Se volvió lentamente.

—No me gusta usted, Jalifa —masculló—. Nunca me ha caído bien, ni nunca me caerá. Es usted arrogante, insubordinado; un puto incordio. —Dio un paso hacia el inspector apretando los dientes como un boxeador que saltase al ring y añadió—: También es usted el mejor detective del cuerpo. No crea que no lo sé. Y, aunque no se lo crea, nunca le he deseado ningún

mal. De modo que escúcheme con atención: acepte el ascenso, vaya a Ismailía y olvídese del caso. Porque, créame, si no lo hace, no tendré modo alguno de protegerlo.

Miró fijamente a Jalifa por unos momentos y a continuación volvió a darle la espalda, mirando hacia la ventana.

—¡Y cierre la puerta al salir!

185

En el desierto occidental

Lo primero que notó Tara fue el calor. Era como si ascendiese desde las profundidades de un gélido lago y el agua fuese aumentando de temperatura hasta hervir al llegar a la superficie. Estaba segura de que si seguía allí mucho tiempo se cocería viva. Trató de nadar hacia abajo, de sumergirse hacia las frías profundidades del lago. Pero su cuerpo parecía haber adquirido una insólita capacidad de flotación y, por más que lo intentaba, no conseguía sumergirse más que unos centímetros. Forcejeó durante unos momentos, porfiando por descender, pero inútilmente, hasta que al fin desistió y poniéndose boca arriba se resignó a cocerse. Abrió los ojos. Estaba en el interior de una tienda. A su lado, mirándola, se encontraba Daniel, acariciándole la cabeza.

—Bienvenida —le dijo.

A Tara le dolía la cabeza. Sentía la boca seca como si la tuviese llena de papel. Permaneció inmóvil por unos segundos y luego trató de incorporarse. A dos metros de ellos, junto a la entrada de la tienda, vio a un hombre sentado con una metralleta en el regazo.

—¿Dónde estamos? —musitó Tara.

—En el desierto occidental —contestó Daniel-. En el Gran Mar de Dunas, creo que entre Siwa y Al-Farafra.

Tara casi no podía respirar. El aire le abrasaba la boca y la garganta como si bebiese lava. Apenas veía nada a través de la entrada de la tienda, sólo una franja de arena. Oía gritos y el ruido de unos generadores. Estaba sedienta.

—¿Qué hora es? —preguntó. Daniel miró el reloj.

—Las once —respondió.

—Me han traído en el maletero de un coche —dijo Tara tratando de poner en orden sus ideas—. Y luego en un helicóptero.

—Yo no recuerdo nada —dijo él encogiéndose de hombros—, sólo la tumba. Levantó la mano lentamente y se tocó el lado derecho de la cabeza.

Le habían limpiado la sangre que Tara le había visto en la mejilla y en el cuello, a no ser que lo hubiese soñado. Tara deslizó una mano por la alfombra y le tocó los dedos.

—No sabes cuánto lo lamento, Daniel. No debería haberte mezclado en esto.

—Me he mezclado yo solo —dijo él con una sonrisa—. No ha sido culpa tuya.

—Tendría que haberte hecho caso y dejar la tablilla en Saqqara.

—Quizá —dijo él, y le dio un beso en la frente—, pero no te habrías divertido tanto. Trabajando en las excavaciones nunca me lo he pasado tan bien. Además, no viene mal estar mezclado en el mayor descubrimiento arqueológico de la historia. Merece la pena, aunque sea a costa de un buen coscorrón.

Tara comprendió que trataba de animarla y procuró que Daniel creyese que sus palabras surtían efecto. Pero lo cierto era que estaba asustada y desesperanzada; y, aunque bromease, tenía la certeza de que Daniel se sentía igual. Lo veía en sus ojos y en cada uno de sus gestos.

—Van a matarnos, ¿verdad? —dijo Tara.

—No necesariamente. Tenemos muchas probabilidades de que, una vez que encuentren al ejército...

Tara lo miró fijamente.

—Van a matarnos, ¿verdad? —repitió.

—Sí —repuso Daniel al cabo de unos segundos, con la cabeza gacha—. Es lo más probable.

Ambos se sumieron en un largo silencio; Daniel inclinado hacia delante, abrazándose las piernas y con el mentón apoyado en las rodillas. Tara se levantó y estiró las piernas. Le palpitaban las sienes. El centinela no les quitaba ojo, impasible. No se molestaba en apuntarles, y por un instante Tara pensó que podían desarmarlo y escapar. Pero desechó la idea casi de inmediato, porque, aunque lograsen salir de la tienda, ¿adónde podrían ir? Se hallaban en pleno desierto. Aquel centinela tenía una misión sólo disuasoria, pues sus auténticos carceleros eran la arena y el calor. Sintió

ganas de echarse a llorar, pero tenía los ojos tan secos que no le habrían salido las lágrimas.

—Estoy muerta de sed —musitó.

—Ehna aatzanin. Aazin mayya —le dijo Daniel al centinela, que los miró y después, sin apartar la mirada de ellos, le gritó algo a un compañero que debía de estar vigilando fuera. Al cabo de unos minutos, un hombre entró en la tienda con una jarra de barro y se la tendió a Tara, que se la acercó a la boca. El agua estaba caliente y sabía a arcilla, pero bebió con avidez. Dio cuenta de la mitad de la jarra y luego se la pasó a Daniel, que bebió el resto.

Oyeron el sonido de los rotores de un helicóptero, cuyo paso hizo vibrar la tela de la tienda.

A medida que avanzaba la mañana arreciaba el calor. El sudor de la cara y del cuello de Tara se secaba casi al instante de brotar. Daniel estuvo dormitando un rato con la cabeza recostada en el regazo de Tara.

Más helicópteros sobrevolaron el campamento. Al cabo de aproximadamente una hora relevaron a su centinela y les llevaron comida (verdura cruda, queso y pan sin levadura, agrio, seco y difícil de tragar), pero ni Tara ni Daniel tenían apetito, y apenas comieron. El nuevo centinela era tan taciturno e impasible como el compañero al que había relevado.

Tara se dijo que debía de haberse quedado dormida, porque de pronto advirtió

que les habían retirado la comida y que había vuelto el primer centinela. Lo miró

fijamente a los ojos tratando de establecer alguna comunicación, pero él se mostró

tan impasible y frío como antes.

—Me parece que es inútil tratar de comunicarse —dijo Daniel-. Para ellos somos como animales. Peor aún: somos kufr, infieles.

Tara volvió a acostarse, dándole la espalda al centinela, y cerró los ojos. Trató de pensar en su apartamento, en el terrario del zoo donde trabajaba, en Jenny, en el vivificante frío de las tardes de diciembre en Brockwell Park, en cualquier cosa que la distrajese del presente; pero no lograba concentrarse en nada. Las imágenes que se formaban en su mente se disipaban casi al instante, salvo una: el rostro de Dravic devorándola con los ojos, con su mirada repugnante y lasciva. Se removió varias veces, inquieta. Finalmente, se incorporó y hundió la cara entre las manos, desesperada.

A primera hora de la tarde, con un calor y un aire tan sofocantes que Tara creyó

que ya no lo soportaría más, un hombre asomó la cabeza por la entrada de la tienda y le dijo algo al centinela, que se levantó y, apuntándoles con la metralleta, les indicó

que saliesen.

Daniel y Tara se miraron, se pusieron en pie y salieron de la tienda.

187

La luz del sol era tan intensa que tuvieron que entornar los ojos para evitar que los deslumbrara.

La tienda formaba parte de un gran campamento instalado en el centro de un valle que se extendía entre dos dunas; la que quedaba a su izquierda era mucho más empinada que la que había a su derecha. Por todas partes había bidones de petróleo, sogas, balas de paja y cajones de madera para embalaje. Un helicóptero los sobrevoló

a baja altura, con una red llena de cajones y bidones colgando de su panza. El aparato fue descendiendo hasta posarse en un rodal de arena, donde una docena de hombres con túnicas negras se arremolinaron alrededor, descargaron el equipo y se alejaron.

Tara apenas reparó en nada de todo ello, porque lo que llamó su atención de inmediato no fue el helicóptero ni el campamento, sino una peña de forma piramidal que se alzaba delante de ella. Su campo visual quedaba parcialmente bloqueado por las tiendas y los cajones, de modo que sólo podía ver la parte superior de la peña. Pero eso bastaba para hacerse una idea de su enorme tamaño. Producía desasosiego ver aquella roca negra emerger de la arena en pleno desierto. Tara se estremeció. Notó que los hombres del campamento procuraban no mirar aquella roca. Se adentraron en el campamento escoltados por tres centinelas, uno por delante y dos por detrás, y ascendieron hasta un montículo, en lo alto del cual, bajo una sombrilla, estaba Dravic con un sombrero de paja.

—Espero que hayan dormido bien —dijo entre risas al verlos acercarse.

—Que te den por el culo —le espetó Daniel.

Desde lo alto del montículo se veía todo el valle, que se curvaba suavemente por la vertiente norte como entre gigantescas olas de arena. La roca negra quedaba justo enfrente de ellos, alzándose desde la base de la duna de la izquierda como la punta de una aguja que asomase de una tela amarilla. Al pie, varios hombres iban de un lado para otro con palas. De la base partían cinco largos tubos que llegaban hasta la cima de la duna y

desaparecían por el otro lado. El ruido de los generadores era ahora casi ensordecedor.

—He pensado que les gustaría verlo —dijo Dravic en tono sarcástico—. Al fin y al cabo, no van a tener oportunidad de contárselo a nadie.

Tara vio que la desnudaba con los ojos. Asqueada, retrocedió detrás de Daniel. Dravic profirió un sonido ininteligible y se volvió hacia el valle. Sacó un puro del bolsillo de la camisa y se lo llevó a la boca.

—Encontrar el lugar ha sido más fácil de lo que pensábamos —alardeó —. Temía que las distancias que indicaban en la tumba sólo fuesen burdas aproximaciones, como suele ocurrir en muchos textos antiguos; pero nuestro amigo Dimacos sólo se equivocó por cinco kilómetros, todo un logro, teniendo en cuenta que carecía de los instrumentos de la moderna tecnología. —Encendió el puro y añadió—: Hemos empezado el reconocimiento aéreo temprano por la mañana, y al cabo de una hora hemos localizado el lugar. Después de las complicaciones de los últimos cuatro días, ha sido un paseo... Esperaba algo más excitante.

A su izquierda, dos motocicletas de trial remontaban la ladera de la duna, forzando los motores. Los profundos surcos que dejaban sus neumáticos en la arena daban la impresión de que estuvieran descorriendo sendas cremalleras en la ladera.

—Por lo demás —prosiguió Dravic muy ufano—, todo ha ido a la perfección. Hemos transportado un equipo completo: combustible para los generadores, cajones de embalaje y paja para proteger las piezas. Y llegará otro cargamento en una caravana de camellos. Ya hemos localizado varias inscripciones en una cara de la

roca, lo que significa que el ejército debe de estar cerca. Todo lo que tenemos que hacer ahora es... —Hizo una pausa para dar una profunda calada a su puro y añadió—

: Encontrarlo. Espero que dentro de un par de horas lo hayamos conseguido.

—Quizá no les resulte tan fácil como cree —dijo Daniel, fulminándolo con la mirada—. Estas dunas se desplazan y se hunden continuamente. Dios sabe a qué

nivel debió de estar la superficie del desierto hace dos mil quinientos años. El ejército podría encontrarse sepultado a cincuenta metros de profundidad, o más. Cavarían durante semanas sin encontrarlo.

Dravic se encogió de hombros.

—Con los métodos tradicionales, tal vez —admitió—, pero por suerte disponemos del equipo más moderno.

Dravic señaló los cinco tubos que partían de la base de la roca. Tara reparó en que habían situado a dos hombres junto a cada tubo, uno a cada lado de la boca. Sujetaban lo que parecían asas a la vez que rastreaban la arena, que era absorbida hacia el interior de los tubos.

—Son aspiradores gigantescos —explicó Dravic—. Al parecer es el último grito en los países del golfo Pérsico. Las utilizan para limpiar las pistas de los aeropuertos, oleoductos e instalaciones similares. Funcionan básicamente por el mismo principio que los aspiradores caseros. Absorben la arena, que pasa a través de un tubo y queda depositada en un compartimento. En este caso, en uno bastante más grande, al otro lado de la duna. Pueden absorber casi cien toneladas de arena por hora. De modo que me parece que encontraremos a nuestro ejército antes de lo que usted supone.

—Los descubrirán —dijo Daniel—. No podrán mantener esta operación en secreto durante mucho tiempo.

Dravic se echó a reír a la vez que describía un amplio arco con el brazo derecho.

—¿Quién va a vernos aquí —exclamó—, en pleno desierto? ¡No me haga reír! El enclave más cercano se encuentra a ciento cincuenta kilómetros, y por aquí no hay pasillos aéreos para la aviación comercial. Lo que usted hace es confundir los deseos con la realidad, Lacage —agregó, echándole el humo a la cara y soltando otra risotada—. Imagino que se debate en un curioso dilema. Por un lado, debe de estar deseando que yo fracase; y, por otro, como arqueólogo seguramente desea que tenga éxito.

—A mí ese ejército me importa una mierda —le espetó Daniel.

—Miente, Lacage. Miente descaradamente. Anhela tanto como yo saber qué hay ahí abajo. Somos iguales.

—No se halague.

—Sí, Lacage, somos iguales. Ambos vivimos del pasado. Sentimos la irresistible necesidad de ahondar en él. No nos basta con saber que en algún lugar de este desierto está sepultado un ejército. Tenemos que encontrarlo. Tenemos que verlo. Tenemos que apoderarnos de él. Para los dos es intolerable que la historia nos oculte sus secretos. Lo conozco, Lacage,

mejor de lo que se conoce usted mismo. Le importa más lo que yace ahí abajo que su propia vida, y más de lo que pueda importarle su amiga.

—¡No diga memeces, Dravic! —le espetó Daniel.

—¿De verdad? —dijo Dravic—. Yo creo que no. Podría degollarla delante de usted, y una parte de usted seguiría deseando que tenga éxito. Es una adicción, Lacage; una adicción para la que no hay cura. Y ambos la padecemos.

189

Daniel lo miró fijamente, y por un instante a Tara le pareció que las palabras de Dravic habían hecho mella en él. Notaba cierta confusión en su mirada, casi una contrariedad, como si acabaran de revelarle una parte de sí mismo que habría preferido ignorar. Pero esa mirada desapareció casi de inmediato y, meneando la cabeza, Daniel se metió las manos en los bolsillos en actitud desafiante.

—Que le den por el culo, Dravic.

El alemán sonrió.

—Le aseguro que si han de darle por el culo a alguien aquí, seré yo quien lo haga.

Dravic miró a Tara y luego hizo una seña con la cabeza a tres centinelas, que alzaron sus armas y obligaron a Tara y a Daniel a descender por el montículo en dirección al campamento.

—Y no sueñen con escapar —les gritó Dravic desde arriba—. Porque si no acabase con ustedes el calor, lo harían las arenas movedizas. Las hay por todas partes en esta zona del desierto. Quizá sea precisamente el medio que utilice para deshacerme de ambos. Es mucho más entretenido que un balazo.

Dravic sonrió y miró hacia la excavación mientras los obreros empezaban con sus cánticos.

190

Luxor, colinas de Tebas

Cuando necesitaba pensar, Jalifa solía ir a las colinas de Tebas, a la sombra del Qurn. Y hacia allí encaminó sus pasos en esta ocasión.

Había descubierto aquel lugar hacía años, al poco de llegar a Luxor. Era una especie de silla natural tallada en un saliente hacia la mitad de una ladera. Desde ese lugar, la vista del Valle de los Reyes era espectacular. Podía quedarse allí sentado durante horas, en paz y soledad, y por confuso que se sintiese, por abatido o descorazonado que estuviese, se le aclaraban

las ideas y se le levantaba el ánimo. La llamaba su «silla de pensar». No había otro lugar en el mundo donde se sintiese más en sintonía consigo mismo y con Alá.

El sol ya había rebasado su cenit cuando llegó al saliente. Se sentó y recostó la espalda en la fresca roca caliza, mirando hacia las ardientes colinas. A lo lejos veía gente cruzar el valle. Desde aquella distancia parecían hormigas. Encendió un cigarrillo.

La conversación con Hassani lo había crispado. Más aún: lo había exasperado. Su reacción inmediata, por supuesto, fue rechazar el ascenso y seguir con el caso. Corría peligro la vida de dos personas, si es que aún no habían muerto, y no podía darles la espalda. Tampoco podía olvidar el horrible final que habían tenido Suleimán, Nayar, Iqbar... Ni tampoco, en cierto sentido, lo que le había ocurrido a su hermano Alí. Y, sin embargo, tenía dudas, muy a su pesar. Aquello no era una película con final feliz garantizado, sino la realidad, y aunque se lo reprochaba hasta el punto de despreciarse, tenía miedo.

Actuar en contra de los intereses de Saif al-Thar ya era bastante peligroso, pero por lo visto también tenía enemigos en su propio bando. Aunque ignoraba quiénes podrían ser y qué interés los movía, sabía que eran lo bastante poderosos para amedrentar a Hassani, algo nada fácil.

El comisario le había dicho que no podría protegerlo, y no se había referido a su carrera profesional, sino a su vida, y acaso también a las vidas de sus hijos y de su esposa. ¿Era justo poner en peligro a sus seres más queridos? Al fin y al cabo, nada les debía a Nayar, Iqbar y Suleimán, ni tampoco a aquellos dos ingleses. ¿Y a Alí? Eso nunca dejaría de atormentarlo, pero ¿merecía la pena pagar tan alto precio? Quizá lo más sensato fuese abandonar el caso; aceptar el ascenso e ir a Ismailía. Luego tendría remordimientos de conciencia, pero por lo menos pondría a salvo su vida y la de los suyos.

Tiró el cigarrillo al vacío y alzó la vista hacia unos toscos jeroglíficos garabateados en aquella cara de la colina, junto a su «silla». Representaban respectivamente a Horemheb, Ramsés I y Seti I, y debajo de ellas había una breve inscripción, dejada por alguien que se autodenominaba «el escriba de Amón, hijo de Ipu». Probablemente fuese uno de los obreros de la antigua necrópolis. Debía de haberse sentado en aquel mismo saliente hacía más de tres mil años, disfrutando de la misma vista que Jalifa, sumido en el mismo silencio y acaso sintiendo lo mismo. Alargó una mano y tocó la inscripción.

—¿Qué debo hacer? —se preguntó en voz alta, pasando los dedos por las toscas imágenes—. ¿Qué es lo más acertado? Dime, hijo de Ipu. Dame una señal. Porque estoy seguro de que...

Lo interrumpió el ruido de unas piedras que caían. Volvió la cabeza y alzó la vista. Un hombre esquelético y mugriento lo miraba fijamente desde otro saliente que estaba un poco más arriba.

—Perdón, perdón... apiádate de mí, Alá —farfulló el pordiosero, dándose manotazos en la cabeza—. Torpe, estúpido, loco, descarriado... —Se descolgó por el borde hasta el saliente inferior—. ¡Usted le habla a los espíritus! —exclamó—. Yo también hablo con los espíritus. Las colinas están llenas de espíritus, de miles, de millones de espíritus, unos buenos y otros malos. Algunos son terribles. Los he visto.

—Empezó a gatear hacia Jalifa y prosiguió—: Vivo con los espíritus. Los conozco. Están por todas partes. Ahí hay uno, y allí otro; y allí, y allí, y allí. ¡Hola, espíritus! —

exclamó saludando con la mano—. Me conocen. Tienen hambre, como yo. Todos tenemos hambre, mucha hambre.

Rebuscó bajo su galabeya y sacó un paquete envuelto con un papel.

—¿Quiere un escarabeo? —preguntó—. Es de la mejor calidad.

—No, hoy no, amigo mío —repuso Jalifa meneando la cabeza.

—Mire, mire; es de lo mejor, no los hay mejores en Egipto. Sólo échele un vistazo, por favor.

—Hoy no —repitió Jalifa.

El pordiosero miró alrededor y se acercó un poco más a él.

—¿Le interesan las antigüedades? —le preguntó en voz baja—. Tengo antigüedades. Muy buenas.

—Soy policía —dijo Jalifa—, así que ve con cuidado.

Al pordiosero se le heló la sonrisa en el rostro.

—Me refiero a antigüedades falsas —se corrigió—. Las hago yo mismo. Las falsifico. ¡Ja, ja, ja!

Jalifa asintió con la cabeza, sacó un cigarrillo y lo encendió. El pordiosero se lo quedó mirando como un perrillo aguardando una golosina. Al inspector le dio pena y le lanzó el paquete de cigarrillos.

—Ten. Y déjame en paz. Quiero estar solo.

—Gracias —dijo el pordiosero—. Muy amable. Usted les gusta a los espíritus. Me han pedido que se lo diga. Usted les gusta mucho —añadió,

simulando que aguzaba el oído—. Dicen que si alguna vez tiene problemas venga aquí a hablar con ellos, que le darán muy buenos consejos y lo protegerán. —Se guardó el paquete bajo la galabeya, se irguió y agregó—: ¿Quiere un guía?

—Lo que quiero es que me dejes en paz.

El pordiosero se encogió de hombros y, sonándose con una manga de la galabeya, siguió por el saliente hasta donde éste enlazaba con un empinado sendero. Comenzó a descender por las piedras.

—Podría enseñarle el Valle de los Reyes —le gritó a Jalifa volviendo la cabeza—. Hatshepsut, las tumbas de los nobles... Conozco todos estos lugares. Le cobraría muy poco.

—Quizá otro día —repuso Jalifa—. Hoy no.

El pordiosero se detuvo, sin perder la esperanza.

—Le enseñaré lugares que nadie ha visto; lugares especiales.

Jalifa meneó la cabeza. El pordiosero echó de nuevo a andar, trastabillando, hasta desaparecer detrás de una peña.

—¡Lo llevaré a lugares secretos! —gritó.

Jalifa siguió haciendo caso omiso de él.

192

—Una nueva tumba que nadie ha visto...

De pronto, como si algo lo impulsara a ello, Jalifa se levantó.

—¡Espere! —llamó al pordiosero—. ¡Espere! —Bajó por el sendero corriendo tras él, que al oírlo volvió a asomar por detrás de la peña—. ¿Ha dicho una nueva tumba que nadie conoce?

—¡La he encontrado! —gritó el pordiosero—. Es muy secreta. Los espíritus me llevaron allí. ¿Quiere verla?

—Sí —respondió Jalifa impaciente—. Quiero verla. Me interesa mucho. Condúzcame hasta allí.

El inspector le dio una palmada en el hombro y subieron por un sendero adentrándose en las colinas.

Al principio, Jalifa dudó de que aquella tumba fuese la misma que Nayar había encontrado. Como Al-Masri había comentado, aquellas colinas estaban llenas de antiguas fosas. Y era más que posible que aquel pobre hombre hubiese dado con una completamente distinta, que no tuviese la menor relevancia para el caso. Después, logró convencer al pordiosero de que le mostrase las antigüedades de las que le había hablado, y sus dudas quedaron disipadas. Había tres figuritas funerarias y una jarra de cerámica

para ungüentos en la que aparecía grabado el rostro de Bes. Las cuatro piezas eran idénticas a la que había encontrado en la tienda de Iqbar. Estaba claro que procedían del mismo lugar.

Jalifa metió una mano en el bolsillo para sacar el paquete de Cleopatra, pero de inmediato reparó en que se lo había regalado al pordiosero.

—Dame un cigarrillo, por favor —pidió Jalifa.

—¡No, son míos!

Tardaron más de una hora en llegar al final de la garganta, y otra media hasta la entrada de la tumba. La última parte del descenso, los seis metros que separaban el borde de la garganta del saliente donde estaba la entrada, fueron especialmente difíciles para Jalifa, que tenía un poco de vértigo. En cambio, el pordiosero bajó como si tal cosa. El inspector necesitó casi cinco minutos para armarse de valor antes de descender, y cuando al fin se decidió, lo hizo con tanto miedo y precaución que parecía moverse a cámara lenta.

—Que Alá me proteja —musitó pegado como una lapa a la cara de la roca— Ten piedad de mí, Alá.

—Vamos, vamos, vamos... —lo apremió el loco, riendo a carcajadas—. Aquí está

la tumba. ¿No tenía tanta prisa por verla?

Jalifa entró a gatas en la tumba y se recostó contra la pared, jadeante.

—Dame un cigarrillo, y sin discutir, si no quieres ir a la cárcel por posesión de antigüedades robadas.

El pordiosero le tendió el paquete a regañadientes y Jalifa extrajo un cigarrillo y lo encendió. Cerró los ojos e inhaló el humo profundamente. Después de un par de caladas se sintió más tranquilo, y volvió a abrir los ojos.

La luz que penetraba por la entrada bastaba para iluminar el pasadizo y el ensanchamiento donde se hallaba la cámara mortuoria.

—¿Cómo la has descubierto? —preguntó Jalifa mirando alrededor.

—Me guiaron los espíritus —repuso el loco—. Hace siete días, o diez... No sé. No hace mucho. Me dijeron que bajase aquí, que había algo importante. Bajé, y aquí

está. Es una tumba muy bonita, muy secreta, muy importante —añadió señalando hacia el boquete por el que habían entrado—. Ahí había una tapia que ocultaba la entrada, pero yo la eché abajo, tal como los espíritus me

dijeron. Estaba muy oscuro y llegaba hasta muy abajo. Tenía miedo. Temblaba. Pero bajé porque quería verla, como si alguien me empujase. —Hizo una pausa y se adentró por el pasadizo seguido de Jalifa—. Era una sala, oscura, muy oscura —prosiguió—. Encendí una cerilla y vi que había muchas cosas, cientos de cosas, cosas maravillosas y cosas terribles. Muy mágicas. Es la casa de los espíritus.

Ya habían llegado a la entrada de la cámara. A medida que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Jalifa empezó a distinguir colores e imágenes en la pared de enfrente.

—Tesoros, tesoros, muchos tesoros —farfulló el loco—. Pasé aquí una noche; dormí con los tesoros, ¡como un rey! Tuve muchos sueños. Muchas cosas extrañas pasaron por mi cabeza, como si volase por el mundo y lo viese todo, incluidos los pensamientos de la gente —agregó saltando a la cámara—. Después se lo conté a mi amigo.

—¿A tu amigo? —inquirió Jalifa.

—A veces sube a estas colinas, cuando ha bebido, y hablamos, y me da cigarrillos —explicó—. Lleva un tatuaje aquí.

Se señaló la muñeca donde Nayar llevaba el escarabeo tatuado. Jalifa empezó a comprender.

—Le conté a mi amigo lo que los espíritus me habían enseñado —prosiguió el loco—, y me pidió que lo trajese aquí. Y lo traje. Y se echó a reír a carcajadas.

«¡Vamos a ser ricos!», gritó, «¡Viviremos como reyes!». Y me dijo que lo dejase de su cuenta, que se llevaría cosas para enseñárselas a unas personas, que me compraría un televisor, pero que yo no debía volver aquí nunca más ni decirle nada a nadie. Y

estuve esperándolo... Pero no ha vuelto. Y entonces, una noche, llegaron los otros. Y

estoy solo. Y no tengo televisor. Y tengo hambre. Y sólo los espíritus son mis amigos. El loco sorbió por la nariz y empezó a recorrer la cámara con expresión taciturna, pasando la mano por las paredes. Jalifa saltó al interior de la cámara y enseguida reparó en que parte de la pared que quedaba a la izquierda de la entrada había sido destruida. Se acuclilló frente al montón de fragmentos de yeso, meneando la cabeza, apesadumbrado ante aquel acto de vandalismo.

Empezó a ver con claridad cuál había sido la secuencia de los hechos. Aquel pobre hombre había descubierto la tumba. Se lo había contado a

Nayar, que se había llevado varios objetos, incluyendo probablemente una parte del fresco que ahora estaba hecho añicos a sus pies. Saif al-Thar se había enterado y eso había supuesto el fin de Nayar. El resto ya lo sabía.

Jalifa se incorporó y estudió la cámara. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra, y aunque había zonas sumidas en una oscuridad impenetrable, como si estuviesen cubiertas por cortinas negras, distinguía la mayor parte de la decoración. El loco se sentó en el suelo mirando a Jalifa con expresión contrita, mientras canturreaba.

—¿No habías vuelto aquí desde que la descubriste? —preguntó Jalifa.

—No. Pero los vi. Me escondí detrás de las rocas, muy callado, como si fuese una piedra. Vienen por las noches, como los chacales. Se llevan cosas de la tumba, una noche, dos noches, tres noches, todas las noches se llevan cosas.

—¿Estuvieron anoche?

—Sí. Y se marcharon, y luego vinieron otros.

—¿Otros?

—Un hombre y una mujer. Ya los había visto antes. Entraron en la tumba. Y se los comieron.

—¿Los mataron?

El pordiosero se encogió de hombros.

—¿Los mataron? —repitió Jalifa.

—Quién sabe. No los he visto con los espíritus. Quizá estén vivos, quizá estén muertos. El hombre que vi...

—¿Qué?

El loco no contestó y empezó a trazar dibujos con el dedo en el polvo que cubría el suelo. Jalifa volvió a examinar las paredes. Fue recorriendo la cámara lentamente, alumbrándose con el encendedor allí donde no llegaba la luz del exterior. Estuvo un largo rato frente al tríptico que tanto había interesado a Daniel, observando con sumo detenimiento las tres secciones, y luego siguió explorando la cámara. Se detuvo frente a la hornacina canopea, a contemplar las imágenes de los dos persas, del griego ante su mesa cubierta de fruta, de Anubis pesando el corazón del difunto. No dejó un centímetro cuadrado de las paredes por examinar.

La llama del encendedor empezó a debilitarse hasta que, justo cuando acababa de recorrer la cámara, se apagó.

Jalifa se guardó el encendedor en el bolsillo y volvió a la zona iluminada por la luz del exterior.

—Es perfecta —dijo en voz baja—. Absolutamente perfecta.

—Había arena —musitó el loco, mirándolo—. Arena, hombres, un ejército, todos sepultados.

—Lo sé —dijo Jalifa posando una mano en su hombro—. Y ahora necesito saber dónde.

La casa de la misión arqueológica de la Universidad de Chicago se hallaba en un frondoso recinto de hectárea y media en Corniche el-Nil, a mitad de camino entre los templos de Luxor y Karnak. El extenso edificio, de estilo rural, con muchos patios, senderos y arcos, era, durante los seis meses al año en que estaba abierto, el hogar de un variopinto grupo de egiptólogos, pintores, estudiantes y conservadores; unos estudiaban y la mayoría trabajaba al otro lado del río, en el templo de Medinet Habu. La misión de la Universidad de Chicago llevaba casi tres cuartos de siglo registrando con infinita paciencia los relieves e inscripciones del templo. Era media tarde cuando Jalifa llegó a la verja de la entrada y mostró su placa a los centinelas, que llamaron a las oficinas. Al cabo de tres minutos, una joven estadounidense salió a recibirlo.

El inspector le explicó el motivo de su visita y la joven lo acompañó por el recinto.

—El profesor Az-Zahir es encantador —dijo la joven mientras cruzaban los jardines—. Viene todos los años. Pasa el día en la biblioteca; casi forma parte del mobiliario.

—Tengo entendido que ha estado delicado de salud.

—A veces parece un poco confuso, aunque, ¿conoce a algún egiptólogo que no lo esté? Pero se encuentra bien.

Pasaron por un sendero flanqueado de árboles y luego por una columnata paralela al edificio. El aire olía a hibisco, jazmín y hierba recién cortada. A pesar de su proximidad a Corniche, el recinto era tranquilo y no se oían más que los pájaros y el siseo de las bocas de riego por aspersión.

La joven lo condujo a través de la columnata, cruzaron un patio y llegaron a la parte trasera del edificio.

—Allí lo tiene —dijo señalando a un hombre que se hallaba sentado en un sillón blanco de madera, a la sombra de una acacia—. Está dando su

cabezada de todas las tardes. Pero no le importe despertarlo. Le encanta recibir visitas. Pediré que les traigan té.

La joven dio media vuelta y regresó a la casa. Jalifa se acercó al profesor, que estaba repantigado en el sillón, con la cabeza gacha. Era un hombre menudo, calvo y arrugado como una pasa, con las manos y la calva cubiertas de manchas marrones. Tenía las orejas grandes y se le transparentaban con la luz del sol. A pesar del calor llevaba un grueso traje de lana. Jalifa se sentó en el sillón contiguo y posó una mano en su brazo.

—¿Profesor Az-Zahir?

El anciano farfulló algo, tosió y, lentamente, abrió los ojos y miró a Jalifa, quien por un instante pensó que el profesor tenía aspecto de tortuga.

—¿El té? —preguntó con un hilillo de voz.

—Enseguida lo traen.

—¿Qué?

—Que enseguida lo traen, profesor —repitió el inspector elevando el tono de voz. Az-Zahir miró el reloj.

—Es demasiado temprano para el té.

—Es que he venido a hablar con usted —le explicó Jalifa—. Soy un amigo del profesor Mohamed al-Habibi.

—¡Habibi! —exclamó el anciano—. Habibi cree que estoy senil. Y.. ¡tiene razón!

—añadió echándose a reír y tendiéndole la mano, temblorosa—. ¿Con quién tengo el honor...?

—Soy Yusuf Jalifa. Fui alumno del profesor Habibi. Y ahora soy policía. El anciano asintió con la cabeza, rebulléndose un poco en el sillón. Jalifa reparó

en que mantenía la mano izquierda en el regazo, en una extraña postura, como si no pudiese moverla. AzZahir notó que se había fijado en ello.

—Del infarto —dijo el profesor.

—Perdone...

—Cosas peores ocurren en la vida —dijo Az-Zahir en tono desenfadado —, como ser alumno del bobalicón de Habibi —añadió echándose a reír de nuevo y dejando ver su desdentada boca—. ¿Y cómo está ese viejo zorro?

—Me ha pedido que lo salude de su parte.

—Me extraña.

En aquel momento llegó un joven con dos tazas de té en una bandeja, que dejó

encima de una mesita entre ambos. Az-Zahir no acertó a cogerla, y el inspector se la acercó. El profesor bebió un sorbo. Desde una pista cercana les llegaba el ruido del peloteo de un partido de tenis.

196

—¿Cómo me ha dicho que se llama usted?

—Yusuf, Yusuf Jalifa. Me gustaría hablar con usted sobre el ejército perdido de Cambises.

El profesor tomó otro sorbo de té.

—El ejército de Cambises, ¿eh?

—El profesor Habibi me ha dicho que nadie sabe más de eso que usted.

—Bueno... desde luego sé más que él, pero eso no es decir mucho. Az-Zahir se terminó el té y le tendió la taza a Jalifa para que la dejase en la mesa. Una avispa revoloteó por encima de la bandeja. Estuvieron unos momentos en silencio y la cabeza volvió a vencérsele al profesor hacia el pecho, como si estuviese hecho de cera y empezara a derretirse con el calor de la tarde. El inspector temió que volviera a quedarse dormido, pero de pronto el anciano estornudó y la sacudida pareció despejarlo.

—Bueno... —refunfuñó. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó—. El ejército de Cambises. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

Jalifa sacó el paquete de cigarrillos que había comprado de camino desde la orilla oeste y encendió uno.

—Pues... cualquier cosa que pueda usted decirme. Se perdió en el Gran Mar de Dunas, ¿verdad?

Az-Zahir asintió con la cabeza.

—¿Es posible precisar más el lugar? —preguntó el inspector.

—Según Heródoto ocurrió a mitad de camino entre un lugar llamado Oasis, o Isla de los Benditos y la tierra de los amonitas. —El profesor volvió a estornudar y hundió

la nariz en el pañuelo—. Que sepamos, con «Oasis» se refiere a Al-Jharga —explicó

con la voz amortiguada por el pañuelo—. Pero algunos sostienen que se trata de AlFarafra. A decir verdad, nadie lo sabe. La tierra de los amonitas es Siwa, que está

entre los dos oasis. Eso es lo que Heródoto dijo.

—¿Y Heródoto es la única fuente?

—Bueno... Ctesias menciona ese ejército, y también Plutarco y Estrabón, pero no entran en detalles.

El profesor terminó de sonarse la nariz y deslizó una mano por un lado de la chaqueta, tratando de guardarse el pañuelo. Pero no acertaba. Terminó por desistir y se lo remetió en la manga de la chaqueta. Oyeron pisadas por la gravilla; eran dos tenistas que, después de terminar el partido, pasaron junto a ellos en dirección a la casa.

—El tenis es un juego ridículo —farfulló Az-Zahir—. Pasarse la pelota de un lado a otro de la red... Qué bobada. Eso sólo han podido inventarlo los ingleses. —Meneó la cabeza con expresión de desagrado y añadió—: Quizá no me vendría mal un cigarrillo.

—Perdone, debería haberle ofrecido.

Jalifa le pasó uno y se lo encendió. El anciano dio una profunda calada.

—Me gusta. Después del infarto los médicos me dijeron que no debía fumar, pero estoy seguro de que uno no va a hacerme daño.

Az-Zahir estuvo fumando unos momentos en silencio, sujetando el cigarrillo con los dedos muy cerca de la brasa, inclinado hacia delante como si estuviese muy concentrado en algo. Casi se había terminado el cigarrillo cuando volvió a hablar.

—Probablemente fue el jasim, el viento del desierto, lo que los sepultó —dijo—. A veces es espantoso, sobre todo en primavera. Espantoso —repitió, ahuyentando una mosca—. Llevan tratando de encontrar ese ejército prácticamente desde que desapareció. El propio Cambises envió una expedición en su busca; y otro tanto hicieron Alejandro Magno y los romanos. Se ha convertido en algo místico, como El Dorado.

—¿Lo ha buscado usted?

El anciano refunfuñó por lo bajo.

—¿Qué edad cree que tengo? —preguntó. Jalifa se encogió de hombros, un poco violento. —Vamos, ¿cuántos años me echa? —insistió el viejo.

—¿Setenta?

—Me halaga usted. Tengo ochenta y tres, y he pasado cuarenta y seis de ellos en el desierto occidental, buscando ese condenado ejército. ¿Y sabe lo que he encontrado en esos cuarenta y seis años? —Hizo una pausa y añadió —: Arena. Eso es lo que he encontrado. Miles y miles de toneladas de arena. Más arena que ningún otro arqueólogo de la historia. Me he convertido en un experto. —Rió con aire melancólico inclinándose hacia delante. Apuró el cigarrillo, lo apagó en el brazo del sillón y echó la colilla

en la taza del té—. No hay que tirar las colillas al suelo, pues ensucian el jardín. Y es un jardín muy bonito, ¿no cree usted?

Jalifa asintió con la cabeza.

—Es la razón principal de que viniese aquí —agregó Az-Zahir—. La biblioteca es maravillosa, por supuesto. Pero es el jardín lo que realmente me encanta; tan apacible. Me gustaría morir aquí.

—Estoy seguro de que...

—Ahórrese los tópicos, joven. Soy viejo, estoy enfermo y, cuando me llegue la hora, espero que sea en este sillón a la sombra de esta maravillosa acacia. El anciano tosió. El joven que les había llevado el té se acercó a retirar la bandeja.

—O sea que nunca se ha encontrado rastro de aquel ejército, ¿no? —dijo Jalifa—. No hay pistas sobre dónde pudo quedar sepultado.

Az-Zahir parecía no escucharlo. Pasaba la mano por el brazo del sillón, musitando algo para sí.

—¿Profesor?

—¿Sí?

—Nunca se ha encontrado ningún rastro de ese ejército, ¿verdad?

—Oh, no faltan quienes aseguran saber dónde está —contestó Az-Zahir —. A principios de este año una expedición creyó haberlo encontrado. Pero no son más que chaladuras, teorías disparatadas. Si se les pide pruebas tangibles, nunca las aportan.

—Se metió el índice en la oreja y empezó a escarbar—. Pero un estadounidense...

—¿Un estadounidense?

—Un buen hombre. Joven. Muy independiente, y buen conocedor del tema —dijo el profesor sin dejar de hurgar en su oreja—. Estuvo trabajando allí por su cuenta. En el desierto. Y tenía una teoría sobre una pirámide.

—¿Una pirámide? —exclamó Jalifa, vivamente interesado.

—No exactamente una pirámide, sino una gran roca en forma de pirámide. Eso es lo que decía. Aseguraba haber encontrado inscripciones en la roca. Estaba

convencido de que las habían hecho los soldados del ejército de Cambises. Me llamó

desde Siwa y me dijo que había encontrado rastros, y que me enviaría fotografías. Pero nunca las recibí. Y luego, al cabo de un par de meses,

encontraron su jeep carbonizado. Y a él dentro. Una tragedia. Se llamaba John Cadey. Un buen hombre. Muy independiente.

Dejó de escarbar en su oreja y se miró el dedo.

—¿Recuerda dónde estaba excavando? —preguntó Jalifa.

Az-Zahir se encogió de hombros, algo cansado ya.

—En el desierto —contestó tras soltar un suspiro—. Pero... el desierto es muy grande, ¿no? He pasado muchos años allí. Junto a una gran roca en forma de pirámide. Eso es lo que me dijo. Un buen hombre. Por un instante pensé que quizá

hubiese encontrado algo. Y luego, tuvo aquel accidente. Muy triste. Nunca lo encontrarán. Me refiero al ejército. Nunca. Es oro falso. Un espejismo. Cadey. Se llamaba Cadey.

La voz del profesor se debilitaba por momentos, hasta que dejó de hablar. Jalifa lo miró. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. Su brazo bueno colgaba por un lado del sillón y empezó a roncar. Permaneció unos segundos observándolo, luego se levantó, lo dejó en su sopor y volvió a la casa.

La biblioteca de la casa de la misión arqueológica, la mejor biblioteca de egiptología de Egipto después de la de El Cairo, ocupaba dos salas de la planta baja del edificio, sendos espacios de techo alto y estanterías que olían a barniz y a papel. Jalifa le mostró su placa al bibliotecario y le explicó lo que deseaba. El bibliotecario, un joven estadounidense que llevaba unas gafas redondas y una poblada barba, se frotó el mentón, pensativo.

—Bueno... tenemos algunos libros que podrían serle útiles. ¿Sabe alemán?

Jalifa meneó la cabeza.

—Es una pena. *Drei Monate in der Libyschen Wüste*, de Rohlfs, es muy bueno. Probablemente sea lo mejor que se ha escrito acerca del desierto occidental, pese a que ya tiene cien años. Pero nunca se ha traducido. De modo que supongo que no va a servirle de nada. Sin embargo, hay otras muchas cosas, en árabe y en inglés. Y

también tenemos buenos mapas topográficos, algunos de ellos aéreos. A ver qué

puedo encontrarle.

El bibliotecario desapareció por una puerta y dejó a Jalifa junto a una estantería cubierta de volúmenes sobre los primeros tiempos de la egiptología: entre ellos el de Belzoni sobre sus investigaciones en Egipto y

Nubia; *Monumenti dell'Egitto e della Nubia*, de Roselini, y los doce volúmenes de Denkmdler *aus Aegypten und Aethiopien de Lepsius*.

El inspector pasó los dedos por los lomos, sacó un ejemplar de *Ancient Egyptian Paintings* de Davies, lo apoyó en la estantería y lo abrió con sumo cuidado. Veinte minutos después, cuando regresó el bibliotecario, que le dio una discreta palmadita en.el hombro, aún estaba leyendo.

—Le he dejado varios libros en la sala de lectura, encima de la mesa que está

junto a la ventana. No es todo lo que tenemos sobre el tema, pero puede servirle. Llámeme si necesita algo más.

199

El joven volvió a su mesa. Jalifa dejó el libro de Davies en la estantería y pasó a la sala contigua, donde había una hilera de mesas flanqueadas por estanterías. En la mesa del fondo, junto a la ventana, que daba a los jardines, había dos filas de libros. Fue hasta allí, se sentó y empezó a hojear uno de los volúmenes. Tardó tres horas en encontrar lo que quería. Lo localizó en un pequeño volumen titulado *Viaje a través del Gran Mar de Dunas*, escrito en 1901 por el explorador inglés John de Villiers, que se propuso rehacer, a la inversa, la expedición topográfica de Rohlfs de 1874, partiendo de Siwa con guías nativos y una caravana de quince camellos hacia el oasis de Dajla, seiscientos kilómetros al sudoeste. Veinte días de enfermedad y de abastecimiento insuficiente los obligaron a desviarse a Al-Farafra, donde desistió de su objetivo. Sin embargo, lo que le interesaba a Jalifa no era cómo había terminado la expedición, sino algo que había sucedido ocho días después de emprenderse:

La mañana del octavo día, Abu, el muchacho del que ya he hablado, señaló hacia algo extraordinario que se avistaba a lo lejos entre las dunas, al este de nuestra caravana. Mi primera impresión fue que la pirámide —porque eso es lo que era—

debía de ser un espejismo, una ilusión óptica.

Jalifa hizo una pausa, reflexionando sobre las poco familiares palabras, y luego se levantó y se dirigió a la biblioteca para pedir un diccionario inglés-árabe. El bibliotecario le señaló uno. Jalifa lo cogió del estante, regresó a su mesa y pasó las páginas rápidamente.

—¡Ah! —dijo al encontrar las palabras—. Sirab. Tawahhum basar¡. Ya veo... Y volvió al texto, manteniendo el diccionario abierto a su lado para hacer frecuentes búsquedas.

No parecía posible que se tratara de un accidente natural, tanto por la extraordinaria regularidad de su forma como por algo que resultaba aún más revelador: la ausencia de cualquier otra formación semejante en la zona. No obstante, a medida que nos acercamos tuve que reconsiderar mi impresión inicial. La pirámide parecía ser ambas cosas: un accidente del terreno y una pirámide. Ignoro cómo pudo surgir y cuándo, porque mis conocimientos no abarcan, por desgracia, cuestiones geológicas. Todo lo que puedo decir es que era algo incongruente con el paisaje, una mole que emergía de las dunas como la punta de una jabalina o, en un símil quizá

más apropiado, una punta de tridente, como el que se atribuye a Poseidón (al fin y al cabo estábamos en un «mar» de arena).

Jalifa supuso que se trataba de algún tipo de broma.

Tardamos casi todo el día en llegar a aquella fantástica mole, y tuvimos que desviarnos bastante de nuestra ruta. Varios nativos se resistieron a marchar hacia allí, convencidos de que era un mal presagio y nos acarrearía toda clase de males. La aprensión de los nativos es muy propia de la creencia en esas candorosas, aunque encantadoras, supercherías a las que la mentalidad de los árabes egipcios parecen tan proclives (en muchos aspectos, como lord Cromer señaló tan acertadamente, son poco más que una nación de niños).

Jalifa meneó la cabeza con una expresión entre enojada y risueña. ¡Qué arrogantes eran esos ingleses!

200

Escuché los argumentos de los nativos e hice lo que pude para tranquilizarlos. Les dije que reconocía que las grandes peñas podían resultar amedrentadoras, pero que, como había tenido ocasión de comprobar, sólo para quienes tuviesen una personalidad infantil o femenina, pero no para hombres tan duros como ellos. Esto pareció surtir el efecto deseado y, aunque oí a varios refunfuñar por lo bajo, seguimos adelante, llegamos a nuestro objetivo a media tarde y allí plantamos el campamento. Convendrán conmigo en que no se puede decir gran cosa de un afloramiento de roca, ni siquiera de uno tan curioso como aquél. Y creo haberlo dicho casi todo en los párrafos precedentes. Pero quiero llamar la atención sobre un aspecto concreto de la peña: unas marcas que descubrimos cerca de la base, en la cara sur, y que, al examinarlas con mayor detenimiento, resultaron ser jeroglíficos rudimentarios. Mi conocimiento de la antigua lengua egipcia es tan limitado como el de la

geología, pero aún así me basta para aventurar que los signos eran una transcripción de un nombre: Net-nebu. No me cupo duda de que un viajero, que debía de haber pasado por allí varios miles de años antes que nosotros, se había detenido junto a la peña.

Aquella misma noche, mientras Azab, el cocinero, nos servía la cena, propuse un brindis (lamentablemente con té) a la salud del intrépido Net-nebu, deseándole una retrospectiva buena salud y confiando muy sinceramente en que hubiese llegado sano y salvo a su destino. Los nativos secundaron el brindis, repitiendo solemnemente mis palabras, que parecieron levantarles el ánimo, porque durmieron toda la noche con suma placidez.

Jalifa releyó atentamente la descripción y la anotó. Después pasó a un apéndice del libro que incluía extractos del diario de la expedición de Villiers, con detalles sobre las distancias cubiertas cada día y lecturas de la brújula. Comparándolas con las de un mapa básico de la zona occidental de Egipto, logró hacerse una idea bastante aproximada de la zona en la que se alzaba la gran roca en forma de pirámide. El inspector fue a pedirle mapas más detallados al bibliotecario, y se dispuso a concretar la posición de la peña con la mayor precisión posible. El cálculo fue más lento de lo que él imaginaba. Utilizó un mapa a escala de 1:100.000, pero no ubicó la peña. Había algo que quizá podía tomarse por ésta en un mapa trazado por satélite en el que aparecía realzado el Mar de Dunas, pero no se veía nada bien; y un mapa militar topográfico, a escala de 1:50.000, en el que sin duda habría aparecido la peña, terminaba justo al oeste de la zona que a él le interesaba. De modo que empezó a temer que no conseguiría localizarla.

Al final, no obstante, dio con ella en una carta de navegación de los pilotos de la RAF, que databa de la Segunda Guerra Mundial. La biblioteca la conservaba más como un recuerdo histórico que por la información geográfica que pudiese ofrecer. Sin embargo, proporcionaba una detallada imagen topográfica de la zona entre los 26

grados de longitud y los 30 grados de latitud y allí, casi equidistante de Siwa y de AlFarafra, en un paisaje sin otro accidente del terreno, se alzaba un pequeño triángulo y, debajo, la leyenda «Formación rocosa piramidal».

Jalifa dio una palmada en la mesa que resonó en el silencio de la biblioteca como un disparo. Estaba exultante.

—Perdone —musitó mirando al bibliotecario, que había asomado la cabeza por la puerta para ver qué ocurría.

201

Jalifa anotó las coordenadas de la posición de la roca y las comprobó varias veces para asegurarse de que eran correctas.

Y, luego, preguntándose si su amigo Abdul aún organizaría viajes turísticos por el desierto, se levantó y se estiró.

Hasta entonces no reparó en que había oscurecido. Miró el reloj. Eran las ocho y había prometido asistir a las cuatro al desfile de los niños.

—Maldita sea —masculló.

Recogió su bloc de notas, fue a darle las gracias al bibliotecario y salió a toda prisa. Zainab debía de estar muy enfadada.

202

En el desierto occidental

Al anochecer seguían sin encontrar rastro del ejército. Dravic se impacientaba. Llevaba un día entero supervisando los trabajos, esperando que de un momento a otro alguien soltase un grito de júbilo que indicara que había encontrado algo. Llevaba muchas horas bajo un sol abrasador, espantando a los enjambres de moscas mientras la mole, cuya silueta reverberaba a causa del calor y de la intensa luminosidad, seguía ocultando su secreto.

Los gigantescos aspiradores no habían parado ni por un momento. Habían profundizado más de diez metros en torno a la base de la peña pero no habían encontrado nada; sólo arena, miles y miles de toneladas de arena, como si el desierto estuviera burlándose de ellos.

Salvo un par de veces que bajó hasta donde se encontraba el equipo, empuñando su paleta y maldiciendo a todo aquel con quien se cruzaba, Dravic había pasado todo el día bajo la sombrilla, fumando, secándose el sudor que le chorreaba por la frente hasta los ojos; cada vez más frustrado y nervioso. Al ocultarse el sol y oscurecerse el cielo, la temperatura descendió

considerablemente y les dio un respiro del insoportable calor. Pero no interrumpieron el trabajo. Alrededor del lugar de la excavación instalaron unos gigantescos focos que iluminaron intensamente un amplio sector. La probabilidad de que la luz fuese detectada en la inmensidad del desierto era despreciable, y en cualquier caso suponía un riesgo que tenían que correr si querían acelerar los trabajos. Disponía de un auténtico ejército de obreros que trabajaban febrilmente para encontrar aquel otro ejército, pero hasta el momento no habían conseguido nada.

Dravic empezaba a temer que Lacage tuviese razón. Quizá el ejército se hallase mucho más abajo de lo que él suponía. Según sus cálculos, debía de encontrarse entre cuatro y siete metros bajo la superficie, diez como máximo. Eso era lo que le había dicho a Saif al-Thar; pero ya estaban excavando por debajo de los diez metros y seguían sin encontrar nada, absolutamente nada.

No le cabía duda de que lo encontraría, pero el tiempo apremiaba. No podía seguir allí indefinidamente. Las probabilidades de que los vieran aumentarían con cada día que pasase. El desierto era un lugar remoto, pero no tanto como para ocultarse eternamente. Podían permanecer allí una semana, a lo sumo, y si el ejército estaba a cincuenta metros de profundidad y tardaban cinco días en encontrarlo, no iban a poder sacar gran cosa en los dos días restantes.

—¿Dónde demonios estará? —exclamó para sí, mordisqueando el cigarro—. Ya deberíamos haber dado con él.

Cerró los puños y se oprimió las sienes con los nudillos. Tenía un horrible dolor de cabeza, algo nada sorprendente porque llevaba doce horas allí de pie, supervisando la excavación. Necesitaba tranquilizarse, desconectar. Informó a uno de sus hombres de que iba a ir a su tienda y que, si había alguna novedad, lo llamasen de inmediato. Luego dio media vuelta y se encaminó hacia el campamento.

Llevaba una botella de vodka en su equipaje. Con unos cuantos tragos se sentiría mucho mejor. Quizá lograse dormir un par de horas. Le bastarían. Pero mientras se dirigía a su tienda se le ocurrió otra idea que lo hizo sonreír. Sí, pensó, aquello sí que lo haría desconectar. Se lavaría, bebería unos tragos, comería y luego...

203

Llegó al campamento y, pasando entre cajas y piezas de maquinaria, entró en una tienda. Tara y Daniel yacían en el suelo hechos un ovillo. Se incorporaron al oírlo entrar. Dravic miró a Tara y luego le dijo algo en árabe al centinela.

—Es usted un animal, Dravic —le espetó Daniel-. Lo mataré.

—Para eso tendrá que regresar de entre los muertos —replicó el alemán, que se echó a reír a carcajadas y, tras dirigirle unas palabras al centinela, salió de la tienda.

—¿Qué quería? —preguntó Tara.

Daniel guardó silencio y bajó la cabeza, sin atreverse a contestar.

—¿Qué ha dicho? —insistió ella. Daniel musitó algo ininteligible. —¿Qué?

—Que te conduzcan a su tienda dentro de dos horas.

Tara miró el reloj. Eran las ocho y cuarto. Se estremeció.

204

Luxor

Tal como Jalifa había supuesto, Zainab estaba enfadada. Se encontraba viendo la televisión con Alí y con Batah cuando él llegó. Lo fulminó con la mirada.

—No has venido a verme, papá —dijo Alí en tono quejumbroso—. Iba en la carroza de Tutankamón. Era uno de los abanderados.

—Lo lamento, hijo —se excuso Jalifa, que se acuclilló junto a Alí y le alborotó el pelo—. Tenía que terminar un trabajo. Me hubiese gustado mucho ir. Pero te he comprado una cosa. Y a ti también, Batah.

Jalifa metió la mano en la bolsa de plástico que llevaba, sacó un collar de conchas para su hija y una trompeta de plástico para Alí.

—¡Gracias, papá! —exclamó el pequeño, que empezó a soplar produciendo un ruido estridente.

Batah fue enseguida a mirarse al espejo, y Alí corrió tras ella.

—Es sólo una vez al año, Yusuf —le recriminó Zainab cuando estuvieron a solas—

. Una tarde al año, para ser más exactos. Y les hacía mucha ilusión que los vieses.

—Lo lamento —repitió Jalifa, que fue a tocarle la mano pero ella la retiró. Zainab se levantó y se dirigió hacia la puerta del salón. Antes de cruzarla, se volvió hacia su esposo y dijo:

—Esta mañana ha llamado el comisario.

Jalifa guardó silencio y sacó el paquete de cigarrillos.

—Me ha dicho que está muy contento por tu ascenso —prosiguió ella —; que eso significa aumento de sueldo, derecho a un apartamento subvencionado y un colegio mejor para los niños. Yo he respondido que era la primera noticia que tenía, y él me ha dicho que pronto llegarías a casa y me lo anunciarías; que era un paso muy importante en tu carrera. Y me lo ha repetido qué sé yo cuántas veces.

—¡Será cabrón!

—¿Qué?

—Me está presionando, Zainab. Trata de presionarme a través de ti. Hablándote de las ventajas que tiene el ascenso, espera que me convenzas de que lo acepte.

—¿Es que no vas a aceptarlo?

—Es complicado, Zainab.

—¡No fastidies, Yusuf! ¿Qué es lo que ocurre?

Alí empezó a aporrear la puerta.

—¡Mami! ¡Quiero ver la tele!

—Tu padre y yo estamos hablando. Ve a jugar con Batah.

—No quiero jugar con Batah.

—¡Que vayas a jugar con Batah te he dicho, Alí! Y no hagas ruido, no vayas a despertar a Yusuf.

Se oyó un desafiante solo de trompeta y un portazo. Jalifa encendió un cigarrillo.

—Debo volver a El Cairo esta misma noche, Zainab.

Zainab guardó silencio y se arrodilló a su lado, dejando que su melena cubriese sus muslos.

—¿Qué es lo que ocurre, Yusuf? —preguntó al fin—. Nunca te había visto así. Cuéntamelo, por favor. Tengo derecho a saberlo, sobre todo tratándose de algo que afecta tanto a nuestras vidas. ¿De qué va ese caso? ¿Por qué no quieres aceptar el ascenso?

Jalifa la rodeó con sus brazos y apoyó la frente en su cabeza.

—No es que no quiera decírtelo, Zainab. Es sólo que estoy asustado. Me asusta involucrarte. Es muy peligroso.

—Pues en ese caso aún tengo más derecho a saberlo. Soy tu esposa. Y lo que te afecte a ti me afecta a mí; y a nuestros hijos. Si se trata de algo peligroso, debo saber qué es.

—Mira, se trata de algo que ni yo mismo acabo de entender con claridad. Lo que sé es que la vida de personas inocentes corre peligro, y soy el único que puede salvarlas.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó ella al cabo de unos segundos, mirándolo a los ojos.

Jalifa no contestó.

—¿Qué pasa? —insistió Zainab.

—No es lo que supones.

—¿De qué se trata entonces, Yusuf?

—De Saif al-Thar —contestó él.

—Oh, no, Dios mío —exclamó Zainab bajando la cabeza—. Eso pasó. Se terminó.

—Nunca se ha terminado del todo —replicó él, bajando la vista—. Me he dado cuenta al llevar este caso. Nunca he logrado olvidarlo. Debería haberlos detenido. Debería haber ayudado a Alí.

—Ya lo hemos hablado muchas veces. No habrías podido hacer nada.

—Pero por lo menos debería haberlo intentado. Y no lo hice. Dejé que se lo llevasen. —Jalifa tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas—. No puedo expresarlo con palabras, Zainab. Es como si no consiguiese quitarme un gran peso de encima. Nunca dejo de pensar en Alí, en lo que ocurrió, en que podía haber hecho mucho más de lo que hice. Y ahora, con este caso, tengo la oportunidad de dejar las cosas en su sitio. Ya sé que eso no va a devolverme a Alí, pero por lo menos remediará parte del mal que se hizo. Y hasta que no lo consiga no acabaré de sentirme... completo. Una parte de mí seguirá atrapada en el pasado.

—Prefiero tener medio esposo que un esposo muerto.

—Por favor, intenta comprender. He de reflexionar sobre el caso. Es importante.

—¿Más importante que yo y que tus hijos? Te necesitamos, Yusuf —dijo ella tomando su mano entre las suyas—. No me importa el ascenso. No necesitamos más dinero ni un apartamento mejor. Salimos adelante con lo que tenemos. Lo que me preocupa eres tú, mi esposo, el hombre al que amo. No quiero que te maten. Y te matarán si sigues con esto. Lo presiento. —Se echó a llorar y hundió la cabeza en el regazo de Jalifa—. Te quiero aquí, con nosotros, a salvo. Quiero que nuestros hijos crezcan y que nosotros envejezcamos juntos.

Desde el dormitorio de Batah les llegaron los estridentes trompetazos de su hijo y, desde la calle, el estruendo de las tracas. Jalifa le acarició la cabeza.

—Para mí no hay nada más importante en este mundo que tú y nuestros hijos —

le susurró—. Nada; ni el pasado ni mi hermano ni, desde luego, mi propia vida. Te

quiero más de lo que nunca sería capaz de expresar. Haría cualquier cosa por ti; cualquier cosa —añadió alzándole la cabeza—. Dime que deje

el caso, Zainab; dime que lo deje y lo dejaré sin vacilar un momento. Dímelo.

Zainab le sostuvo la mirada por unos momentos. Luego, se levantó lentamente.

—¿A qué hora sale el tren? —le preguntó.

—El último, a las diez —respondió él.

—Pues entonces tienes el tiempo justo para cenar.

Zainab se echó el pelo hacia atrás y fue derecha a la cocina.

Jalifa salió de casa a las nueve y cuarto. Llevaba una bolsa de viaje con una muda, algo de comer y su revólver, un Helwan 9 mm, el arma reglamentaria del cuerpo de policía. También llevaba ochocientas cuarenta libras egipcias, sus ahorros para hacer el viaje a La Meca. Sentía remordimientos por habérselo llevado, pero era el único dinero en metálico que tenían en casa. Lo necesitaba para ir a donde quería ir. Al margen de lo que ocurriese en los próximos días, se prometió reponerlo cuanto antes.

Giró a la izquierda al llegar a la esquina de su bloque de viviendas y se dispuso a ir a pie a la estación, que estaba a quince minutos andando. Se oían los cohetes y las tracas típicos de las fiestas de Abu Haggag. Por un instante pensó pasar por la comisaría para recoger más cargadores, pero desistió. Corría el riesgo de tropezarse con alguno de sus compañeros, y necesitaba ir a El Cairo sin que nadie lo supiese. Miró el reloj. Eran las nueve y veinte.

A medida que se acercaba al centro de la ciudad las calles estaban más intransitables, sobre todo las de las inmediaciones del templo de Luxor. Los niños, con sombreros festivos, correteaban lanzando petardos; bandas improvisadas, con predominio de tambores y mizmars, tocaban en las aceras. Los vendedores de golosinas no daban abasto. En un pequeño parque contiguo al templo actuaba un grupo de bailarines zikr, dos hileras de hombres que, frente por frente, se movían rítmicamente al compás de los cánticos de un munshid que los dirigía. Una multitud se había congregado para verlos, y Jalifa aminoró el paso, no para observar a los bailarines sino para echar un vistazo a los hombres que lo seguían. No sabía cuántos eran ni desde cuándo, pero no le cabía duda de que iban tras él. A uno de ellos lo identificó al detenerse a comprar cigarrillos; a otro, al apartarse a un lado para no obstaculizar el paso de unos jinetes. Le bastó una fugaz mirada para ver que se escabullían enseguida entre la multitud. Pero, aunque los hubiese descubierto notó que eran expertos, probablemente agentes del Servicio

Secreto, o del Servicio de Inteligencia Militar. No le habría extrañado que lo hubieran estado siguiendo todo el día.

Al llegar al centro del parque miró alrededor. A unos diez metros de él un hombre estaba apoyado en una barandilla. Miraba una y otra vez a Jalifa, quien pensó

que quizá fuese uno de los agentes. Pero enseguida vio que se le acercaba una mujer y que echaban a caminar tomados del brazo.

Jalifa encendió un cigarrillo. Eran las nueve y media y reemprendió el camino. Debía despistarlos antes de llegar a la estación. No tenía modo de estar seguro de quiénes eran ni de lo que querían. Pero estaba seguro de que si sospechaban adónde iba tratarían de impedírselo, y en ese caso no volvería a tener otra oportunidad. Estaba obligado a despistarlos.

Siguió caminando durante un minuto, giró por una esquina y pasó junto a un grupo de niñas que miraba la televisión en la acera. Avivó el paso y giró a la derecha al llegar a otra calle. Dos viejos jugaban al siga en el suelo, utilizando piedras como

fichas. Aceleró y de nuevo giró a la izquierda al llegar a otra calle, muy sinuosa. A unos veinte metros más adelante había una motocicleta apoyada contra la pared y Jalifa aprovechó para mirar por el retrovisor. Al no ver a nadie, echó a correr. Estuvo zigzagueando unos diez minutos por el barrio sin dejar de mirar hacia atrás hasta llegar a Midan al-Mahatta, la plaza que estaba frente a la estación, con su obelisco rojo y su fuente que nunca parecía funcionar.

Jalifa respiró con alivio y avivó el paso por la avenida sin dejar de mirar hacia todos lados. Junto a una de las entradas de la terminal vio que un hombre vestido con traje lo miraba directamente.

—¡Maldición! —masculló para sí.

El tren de El Cairo ya estaba en la vía. Los pasajeros se apresuraban a subir y los mozos a acercar los equipajes a las puertas. Era imposible subir al tren sin que lo viesen. Miró el reloj. Eran las nueve y cuarenta y tres. Faltaban diecisiete minutos para que saliese el tren.

Se detuvo por un instante, sin saber qué hacer. Echó de nuevo a andar pero alejándose de la estación, en dirección a Sharia al-Mahatta. Era una idea disparatada pero no se le ocurría nada mejor. Tenía que volver a casa.

Atajó por el laberinto de callejas sin molestarse en mirar atrás, seguro de que lo seguían. En diez minutos llegó al bloque donde vivía. Subió las

escaleras de dos en dos y entró en su apartamento como una exhalación.

—¿Yusuf? ¿Cómo es que has vuelto? —exclamó Zainab al asomarse al salón.

—No tengo tiempo para explicártelo —repuso él, jadeando, a la vez que la llevaba hacia la cocina cogiéndola del brazo. Jalifa consultó el reloj. Eran las 9.53. Abrió la ventana de la cocina y miró hacia el callejón. Tal como supuso, dos hombres montaban guardia entre las sombras, vigilando la entrada trasera del edificio. Tragó

saliva al pensar en los veinte metros que había desde la ventana a la calle. Miró a la azotea de la casa de enfrente, que quedaba justo un poco más abajo del nivel de su ventana, a unos tres metros. Había un largo tendedero de alambres y una puerta que daba a la escalera interior de la casa. Muchas veces se había preguntado si conseguiría saltar de una casa a otra. No tardaría en averiguarlo. Volvió a mirar hacia abajo maldiciendo para sus adentros y luego lanzó a la azotea su bolsa de viaje, que hizo bastante ruido al caer y espantó a unas palomas, que echaron a volar hacia la noche.

—¿Qué vas a hacer, Yusuf? —preguntó Zainab apretándole el brazo—. ¿Por qué

has arrojado la bolsa a la azotea?

Él le acercó la cara con las manos y la besó en la boca.

—No preguntes, porque si me detengo a pensarlo, no lo hago.

Jalifa subió al alféizar y, sujetándose del marco, miró a su esposa.

—Esta noche cierra bien las puertas con llave. Si llama alguien di que me he acostado temprano porque mañana debo ir a Ismailía.

—Yo no quiero...

—¡Por favor, Zainab! No tengo tiempo para discutir. Si llaman, di que no puedes despertarme. Y, por la mañana, ve con los niños a la casa de Hosni y Sama. Quédate allí hasta que me ponga en contacto contigo. ¿Entendido?

Zainab asintió con la cabeza.

—Te quiero, Zainab —susurró él. Volvió a besarla y miró hacia la azotea. Le pareció que estaba más lejos que antes—. Y cierra la ventana enseguida —añadió.

208

No tenía tiempo ni para armarse de valor. Musitó una breve plegaria, contó hasta tres y saltó, impulsándose con todas sus fuerzas. Por un instante

tuvo la sensación de detenerse en el aire y luego, con un ruido sordo, aterrizó en la azotea de bruces, haciéndose un rasguño en el codo. Permaneció inmóvil unos momentos y luego se irguió y miró hacia atrás. Zainab lo miraba desde la ventana, estupefacta. Jalifa le lanzó un beso, recogió la bolsa y corrió hacia la puerta de la escalera. Volvió a mirar el reloj. Eran las 9.54. Bajó por las escaleras de dos en dos, como un adolescente. La entrada delantera de aquella casa estaba orientada en sentido opuesto a la de la suya. Jalifa pensó que si estaban vigilando la parte delantera y la trasera de su casa, no era lógico que también vigilasen aquélla. No tenía tiempo para cerciorarse de que no había nadie en la calle, y en cuanto llegó a la acera echó a correr hacia el centro de la ciudad. La estación estaba a un kilómetro y medio de allí, y sólo faltaban cinco minutos para la salida del tren. La adrenalina fluía por sus venas como lava. Al cabo de dos minutos sintió un intenso dolor en el costado izquierdo y, al poco, empezó a faltarle el aire. Pero siguió corriendo, sacando fuerzas de flaqueza. Salió al fin del laberinto de callejas y fue hacia un paso a nivel. A doscientos metros de allí el tren de El Cairo acababa de arrancar y empezaba a salir lentamente de la estación, con el característico chirrido de las ruedas y los topetazos de los parachoques en los primeros metros.

—¡Maldita sea! —exclamó, furioso—. ¡Debe de ser la primera vez que el tren de Luxor sale puntual! ¡Y ha tenido que tocarme a mí!

Siguió donde estaba, recobrando el aliento hasta que el tren llegó casi al paso a nivel. Entonces pasó por debajo de la barrera y echó a correr junto al convoy, entre un alto muro de cemento que quedaba a su izquierda y las enormes ruedas del tren, que le llegaban casi al pecho, a su derecha. Se asió a la barra metálica de una de las puertas pero no logró resistir el tirón y tuvo que soltarse. La distancia que separaba el tren del muro era cada vez menor, y cincuenta metros más adelante ya no quedaba espacio para pasar. Se agarró desesperadamente a la barra de otra puerta y logró

saltar al estribo. Con un supremo esfuerzo, abrió la puerta, la cerró al instante e irrumpió en la plataforma. Pasó al vagón trastabillando y se dejó caer en un asiento, jadeante.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el hombre que iba sentado enfrente.

—Sí —contestó Jalifa sin resuello. Le ardían los pulmones—. Sólo necesito... Necesito...

—¿Un poco de agua?

—No, un cigarrillo.

A través de la ventanilla se veían los edificios de Luxor retroceder hacia la noche, a medida que el tren aceleraba rumbo a El Cairo.

209

En el desierto occidental

—No voy a dejar que me viole, Daniel.

Las dos horas casi habían pasado. Habían sido las peores de su vida, una tortura que se recrudecía a medida que el reloj desgranaba los minutos y la acercaba a la hora del encuentro con Dravic. Se sentía como si la corriente de un río la arrastrase hacia una catarata, y no tuviese de dónde asirse. Comprendió cómo debía de sentirse un condenado a muerte a medida que se acercaba la hora de su ejecución.

—No voy a dejar que me viole —repitió poniéndose en pie, pues estaba demasiado nerviosa para seguir sentada—. Antes muerta.

Daniel guardó silencio. La miró al resplandor de la llama de la lámpara. Quería decirle algo, pero no le salían las palabras. El centinela los miró, impasible. Tara empezó a pasear de un lado a otro de la tienda, mirando continuamente el reloj, con impotencia. Hacía frío en la tienda, y Tara empezó a temblar.

—Tal vez no lo haga —dijo él tratando de tranquilizarla.

—¡Lo hará! —le espetó ella en tono áspero—. ¿Acaso crees que me quiere para que hablemos de arqueología? —añadió, sarcástica.

Daniel bajó la vista.

—Perdona —se excusó Tara—. Es que estoy aterrada.

Daniel se levantó, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí con fuerza. Ella se aferró a él como una niña, desesperada, con los ojos llenos de lágrimas.

—Cálmate —le susurró él—. No te preocupes.

—No, Daniel. Nada volverá a ser igual entre nosotros si me viola. No podría soportarlo. Me sentiría sucia durante el resto de mi vida.

Daniel estuvo tentado de decirle que poco podía importar, puesto que iban a matarlos a los dos. Pero se abstuvo. Le acarició el pelo y la abrazó. Tara no dejaba de temblar. Siguieron abrazados hasta que oyeron pasos. Alguien descorrió la cortina de la entrada y le dijo algo al centinela, que se levantó y le indicó

a Tara por señas que saliese.

Daniel se interpuso entre ella y el centinela, que apremió a Tara. Pero al ver que no se movía alargó una mano hacia ella. Daniel fue a sujetársela, pero el centinela le dio un culatazo y lo derribó. Se echó encima de él y le apuntó al pecho. Su compañero agarró a Tara de un brazo y tiró de ella en dirección a la entrada.

—Oh, Tara, lo siento —exclamó Daniel en tono quejumbroso—. Lo siento.

—Te quiero —dijo ella con un hilo de voz—. Siempre te he querido. Siempre. La sacaron a la fuerza de la tienda y la llevaron a rastras a través del campamento. Uno de los centinelas le tiraba de un brazo y el otro la empujaba por detrás con la culata del fusil. Tara forcejeaba con furia, lanzando patadas y tratando de morderles. Pero todo resultaba inútil. Eran demasiado fuertes para ella. Más adelante, la gran roca en forma de pirámide resplandecía con la luz de los focos.

Llegaron a otra tienda, más grande que la que les había servido de celda. Uno de los centinelas dijo algo y la empujaron al interior. Tuvo la sensación de entrar a la más lóbrega mazmorra.

—Buenas noches —la saludó Dravic en tono sarcástico—. Encantado de verte.

210

El alemán estaba sentado en una silla con asiento de lona junto a una mesa de caballete, de madera. Con una mano sujetaba un vaso y con la otra un puro a medio fumar. Encima de la mesa tenía una botella de vodka por la mitad. Su mejilla pálida estaba ahora colorada, como si el melanoma que le cubría la otra empezara a extenderse. La tienda apestaba a humo de cigarro y a sudor. Tara se estremeció, asqueada y aterrorizada.

Dravic dijo unas palabras en árabe y los centinelas se alejaron de la tienda.

—¿Una copa?

Tara meneó la cabeza. Notaba tal opresión en el pecho que temió que le fuese a estallar. Dravic apuró el vaso y se sirvió otro, que vació de un trago. Luego dio una profunda calada al puro.

—Pobrecita Tara —dijo con una sonrisa—. Apuesto a que darías cualquier cosa por no haberte mezclado en esto. ¿A que sí? Dentro de unos minutos lo veremos —

agregó, y se echó a reír.

—¿Por qué me han traído aquí? —preguntó Tara con aspereza. Dravic advirtió lo aterrorizada que estaba y soltó otra carcajada.

—¿De verdad es necesario que te lo diga?

Volvió a llenarse el vaso y de nuevo se lo bebió de un trago. Tara miró alrededor en busca de algo que pudiese utilizar como arma. Vio la chaqueta de Dravic, de uno de cuyos bolsillos asomaba la paleta, y movió ligeramente el cuerpo hacia ella.

—Adelante —dijo él—. Inténtalo. Me encantaría. Si no hay lucha no tiene gracia. Tara se abalanzó hacia la chaqueta y agarró la paleta, a la vez que retrocedía, dirigiendo la punta hacia el alemán.

—Si se acerca a mí, lo mataré —masculló.

Dravic dejó el vaso a un lado y se levantó, tambaleándose un poco. Tara reparó

en el bulto de su entrepierna. Se le hizo un nudo en la garganta, como si la estrangulasen. Él se le acercó haciendo humear el cigarro.

—Lo mataré —repitió ella, amenazándola con la paleta.

Lo tenía casi encima. Su cabeza apenas le llegaba al pecho. Los brazos del alemán eran casi tan gruesos como sus muslos. Tara siguió retrocediendo hacia el fondo de la tienda, sin dejar de amenazarlo.

—¡Apártese de mí! —exclamó, frenética.

—Voy a hacerte sufrir —dijo él entre dientes—. Voy a hacerte sufrir mucho. Tara fue a clavarle la paleta, pero él le sujeto el brazo con facilidad y se lo retorció hasta obligarle a soltarla. Ella se arrimó a la lona, desesperada, pensando en darle un rodillazo en la entrepierna, pero el terror la paralizaba. Dravic inclinó la mole de su cuerpo hacia ella, alargó una mano y le rasgó el delantero de la blusa, dejando sus pechos al descubierto. Ella se apartó a un lado protegiéndoselos con los brazos.

—¡Animal! —le gritó—. ¡Horrible y repugnante animal!

Dravic le propinó un puñetazo en un lado de la cabeza que la arrojó al suelo. Aturdida, advirtió que iba a echársele encima, y a continuación notó el peso de su cuerpo, a horcajadas de su cintura. No la dejaba respirar.

Él se quitó el puro de la boca, se inclinó hacia delante y le tocó el cuello con la brasa. Tara gritó y forcejeó para quitarse a Dravic de encima, pero pesaba demasiado. El alemán volvió a acercarle la brasa y se la aplicó a un antebrazo y un pecho. Tara gritaba, y con cada grito él soltaba una carcajada. Luego dejó el cigarro a un lado y

empezó a sobarle los pechos, apretándoselos. Acto seguido, gruñendo como un cerdo, empezó a morderle el cuello y los hombros hasta hacerla sangrar. Pero Tara se las arregló para soltarse una mano y, con todas sus fuerzas, le metió el pulgar en un ojo. Dravic echó el cuerpo hacia atrás, rugiendo de dolor.

—¡Puta asquerosa! —gritó—. ¡Lo vas a pagar!

La abofeteó tres veces, con tal violencia que la dejó sin aliento. Tara notó que la embestía por la entrepierna y oyó el ruido de la hebilla del cinturón al desabrochársela, aunque el sonido le llegó extrañamente amortiguado. Se sentía como si hubiese salido de su cuerpo y estuviese a su lado, mirando, presenciando la violación más que siendo víctima de ella.

OceanofPDF.com

Dravic se bajó la cremallera, la agarró por las nalgas y empezó a bajarle los tejanos.

«Me va a violar —pensó Tara—. Dravic me va a violar y no podré evitarlo.»

Vio la paleta en el suelo, a tres metros de donde estaban, y estiró un brazo tratando de cogerla, aunque sabía que era imposible. «Será espantoso», se dijo, aterrada.

Dravic la agarró por el pelo y le tiró la cabeza hacia atrás al tiempo que le bajaba los pantalones y las bragas. Ella cerró los ojos y apretó los dientes, aguardando el asalto final.

Pero no se produjo. Notaba el peso de Dravic encima de ella, sus dedos crispados en sus nalgas. Pero advirtió que quedaba inmóvil.

—Vamos —dijo Tara—, termine de una vez.

El alemán seguía sin moverse. Tara abrió los ojos y al volver la cabeza lo vio mirar hacia la entrada, como si escuchase algo atentamente. También ella prestó

atención. Sólo se oía un confuso runrún. Luego, gradualmente, como si sintonizasen una radio, el sonido llegó con más claridad. Eran gritos; voces estentóreas. Dravic continuó inmóvil por un instante y luego, maldiciendo entre dientes, se levantó y se abrochó el cinturón. Los gritos aumentaban de intensidad por momentos. Tara no entendía lo que decían. Dravic recogió la paleta del suelo, miró a Tara y salió

de la tienda.

Tara tenía la cara tumefacta y tres dolorosas quemaduras, en un antebrazo, en el cuello y en un pecho. Pero se sobrepuso al dolor, se levantó y se subió los tejanos. Siguió allí sin atreverse a moverse, y al cabo de unos minutos entró un centinela, que le dirigió una mirada condolida, como si desaprobase lo que Dravic había hecho y quisiera que lo supiese. A continuación le indicó por señas que saliese de la tienda. No vio a Dravic. Ni a nadie. El campamento había quedado desierto como por ensalmo. El centinela señaló con el cañón de su fusil hacia el montículo al que habían subido antes. Al llegar a lo alto de éste vio que Daniel ya estaba allí, flanqueado por dos hombres.

—¡Oh, Dios! —exclamó él al verla y reparar en que llevaba la blusa rasgada y tenía la cara tumefacta—. ¿Qué te ha hecho ese hijo de puta? — Pasó entre los centinelas, corrió hacia ella y la abrazó—. ¡Lo mataré! ¡Mataré a ese animal!

—Estoy bien, Daniel —lo tranquilizó ella—. Estoy bien...

—¿Te ha...?

Tara negó con la cabeza.

—Te he oído gritar. Quise hacer algo, pero me tenían encañonado. Lo lamento, Tara.

212

—No ha sido culpa tuya, Daniel.

—¡Lo mataré! ¡Los mataré a todos!

Daniel la oprimía con tal fuerza que le hacía daño, y lo apartó.

—Estoy bien —repitió—. De verdad. ¿Qué han sido esos gritos? ¿Qué ocurre?

Daniel observaba sus quemaduras con expresión de culpabilidad.

—Creo que han encontrado algo —musitó—. Dravic ha bajado a la fosa. Tara lo cogió de la mano y dieron dos pasos hacia donde se hallaban los centinelas. Desde que estuvieron allí por la tarde, habían excavado un profundo cráter que dejaba ver la roca de la base de la pirámide, que semejaba la cara de una muela. Veían a Dravic de perfil, arrodillado, excavando con su paleta. Sus hombres lo miraban expectantes. La tibia y blanca luz de los focos confería a la escena un aire espectral.

—¿Qué han encontrado? —preguntó Tara.

—No lo sé —respondió Daniel-. Estamos demasiado lejos.

Dravic dio una voz y uno de sus hombres le lanzó un cepillo. El alemán lo cogió

al vuelo y empezó a retirar arena de un rodal que tenía delante de las rodillas. Al cabo de un minuto dejó el cepillo a un lado y siguió excavando con la paleta. Fue alternando ambos útiles para retirar gravilla y arena, hasta dejar al descubierto algo que Tara no lograba ver.

Minutos después el objeto asomó un poco más y Tara observó que tenía una forma semicircular. Dravic siguió retirando gravilla y arena hasta que, al fin, dejó a un lado sus instrumentos, agarró el objeto con las manos y tiró hacia arriba. Sin embargo, no consiguió moverlo. Tuvo que volver a echar mano del cepillo y la paleta. A pesar de lo que Dravic acababa de hacerle, Tara permanecía expectante. Daniel se había olvidado de su furia y estiraba el cuello intentando ver de qué se trataba. El alemán volvió a dejar a un lado los útiles, y de nuevo tiró del objeto, que seguía resistiéndosele. Entonces retrocedió un paso y lo agarró con ambas manos. Echó el cuerpo hacia atrás con tal fuerza que se le hincharon las venas del cuello. Tara tuvo

la sensación de que lo que estaba viendo no era real, sino una fotografía. Lentamente, centímetro a centímetro, el objeto empezó a surgir de su prisión de arena. Daniel dio un paso hacia delante. El desierto parecía reacio a revelar su tesoro, hasta que, de pronto, entre una lluvia de arena apareció un escudo, enorme, redondo, pesado, cuya cara convexa reflejaba la luz de los focos. Dravic lo sostuvo en alto y sus hombres prorrumpieron en gritos de júbilo.

—¡Os he encontrado, cabrones! —bramó Dravic—. ¡El ejército de Cambises! ¡Al fin lo he encontrado!

Sostuvo en alto el escudo con expresión triunfal y a continuación procedió a impartir órdenes a gritos. Sus hombres corrieron hacia la fosa. Se llevaron el escudo y volvieron a conectar los aspiradores.

—¡Vamos! ¡Rápido! —bramó Dravic.

Durante unos minutos no extrajeron más que arena. Empezaron a temer que el escudo sólo fuese un objeto aislado, dejado allí por el desierto para seducirlos y tentarlos. Pero luego empezaron a aparecer otras formas. Al principio sólo montículos y crestas, bultos irreconocibles en la lisa superficie. Pero, a medida que los aspiradores absorbían más arena, las formas empezaron a ser reconocibles. Eran cuerpos, docenas de cuerpos, centenares de cuerpos, con la carne seca y endurecida tras permanecer sepultados durante milenios. Más que cadáveres parecían ancianos arrugados; un ejército de ancianos, indescriptiblemente viejos, asomando de la arena

con los petos ceñidos. Lo más extraordinario era que sus caras tenían expresión; de terror, de dolor, de pánico, de furia. Uno de ellos parecía estar gritando, otro llorando, otro riendo enloquecido con la boca abierta y la garganta llena de arena, mirando al cielo.

—¡Dios santo! —musitó Tara—. Es...

—Fabuloso —dijo Daniel, entusiasmado.

—Es... espantoso.

La mayoría de los cuerpos yacían aplastados por el descomunal peso de la arena. Pero algunos estaban de rodillas y otros de pie, protegiéndose la cara con los brazos, sepultados tan súbitamente que ni siquiera habían tenido tiempo de caer. A medida que sacaban los cuerpos, varios hombres vestidos con túnicas negras se acercaban al borde de la fosa, como buitres. Les quitaban el peto y se lo pasaban haciendo cadena hasta donde habían

dispuesto cajas para cargarlo todo. Algunos cuerpos se partían literalmente al ser izados sin contemplaciones, y saltaba un brazo o una pierna, igual que si se tratara de ramas rotas.

—¡Quitádselo todo! —gritó Dravic—. ¡No les dejéis nada! ¡Lo quiero todo! ¡Todo!

Al cabo de una hora, los hombres de Dravic excavaban en todas direcciones, exhumando más cuerpos. El alemán iba de un lado a otro dando órdenes, examinando objetos, dirigiendo a los que manejaban los aspiradores.

—Ya le dije que lo encontraría, Lacage —gritó en tono de júbilo mirando a Daniel y a Tara—. ¡Se lo dije!

Daniel guardó silencio. No pudo evitar dirigirle una mirada cargada de odio y también (o por lo menos eso le pareció a Tara) de cierta envidia.

—No podía matarlo sin darle la oportunidad de verlo. No soy tan cruel —dijo el alemán, que se echó a reír y ordenó a sus hombres que volvieran a conducirlos a la tienda—. Ah, señorita Mullray.. Nuestra pequeña velada no ha sido anulada, sólo pospuesta. Volveré a mandar llamarla. Después de tanto trabajo necesitaré dormir con algo cálido y terso a mi lado.

214

En el norte de Sudán

El muchacho lo vio de pie en lo alto de una duna, mirando la oscuridad nocturna, hacia el este. Se acercó a él y dijo:

—Han encontrado el ejército, maestro. El doctor Dravic acaba de comunicarlo por radio.

Saif al-Thar continuó mirando la lejanía. La luz de la luna hacía resplandecer las dunas, que semejaban un mar de mercurio.

—Esto es el final del principio, Mehmet —dijo la Espada Vengadora con voz queda—. En adelante, cambiarán muchas cosas; tanto, que a veces me asusta.

—¿Le asusta, maestro?

—Sí, Mehmet. Incluso yo, soldado del Señor, puedo sentir miedo. Me asusta la responsabilidad que me ha sido encomendada. Muchas son las tareas que hay que cumplir, y a veces me gustaría echarme y dormir. Hace mucho que no duermo, Mehmet. Años. Desde que era niño.

Saif al-Thar cruzó las manos a la espalda. Empezaba a levantarse viento. El muchacho tenía frío.

—Mañana atravesaremos la frontera. A media mañana. Informa al doctor Dravic.

—Sí, maestro.

Mehmet dio media vuelta y empezó a descender la duna; pero al llegar a la mitad de la pendiente se detuvo y miró hacia atrás.

—Saif al-Thar —dijo—. Eres como un padre para mí.

—Y tú eres como un hijo para mí —correspondió Saif al-Thar sin desviar la mirada.

Su voz era apacible, apenas un susurro, y sus palabras se desvanecieron en la noche sin que Mehmet llegase a oírlas.

215

El Cairo

La capital egipcia era, en la práctica, el único punto de partida para el viaje que Jalifa pretendía emprender. La alternativa habría sido ir en coche desde Luxor a Ezba el-Gaga y de ahí seguir por la autopista del desierto, pasar por los oasis de Al-Jarga y de Dajla, antes de desviarse hacia Al-Farafra por carreteras pésimas y muy vigiladas por la policía, y que a menudo resultaban impracticables a causa de los deslizamientos de arena.

De modo que optó por partir de El Cairo, entre otras cosas porque allí era donde estaba Abdul.

Su tren entró en la estación Ramsés poco después de las ocho de la mañana. Jalifa saltó al andén antes de que el convoy se hubiese detenido por completo y, cruzando a toda prisa el amplio vestíbulo de mármol, paró un taxi y pidió al conductor que lo llevase a Midan Tahrir.

Había dispuesto de diez horas para pensar bien lo que iba a hacer, y más de una vez lo habían asaltado las dudas. Pero las desechó y se centró en el viaje que iba a emprender, siempre y cuando Abdul siguiese organizando viajes por el desierto, claro estaba.

Cruzó la plaza, esquivando el tráfico al ir de una isleta a otra y enfiló Sharia Talaat Harb. Se detuvo frente a un local en cuyo escaparate se leía «Abdul Wassami Tours. Los mejores de Egipto». Debajo, en un expositor, figuraba la lista de los distintos viajes que ofrecía, incluyendo, para alivio de Jalifa, uno que anunciaba con estas palabras: «Sensacional aventura de cinco días por el desierto, con acampada bajo las estrellas y exóticas danzas del vientre».

Estaba visto que Abdul no había perdido su talento de vendedor. Jalifa abrió la puerta y entró.

Abdul Wassami el Gordo era amigo del inspector desde sus tiempos de Gizeh. Allí

habían vivido casi puerta con puerta y habían crecido juntos. Habían asistido a la misma escuela donde, desde temprana edad, Abdul había dado muestras de tener grandes aptitudes para los negocios: en vísperas de exámenes había llegado a venderles a los compañeros un tónico milagroso, hecho a base de Coca-Cola y jarabe para la tos; y a cobrarles diez piastras por visitas acompañadas al dormitorio de su hermana mayor, Fátima, que, a diferencia de él, era alta, estilizada y muy bonita. Los años lo habían hecho menos dado a las artimañas, pero no menos avispado; y, tras una temporada durante la que se dedicó a exportar dátiles libios a la ex Unión Soviética, se había establecido por su cuenta y fundado una agencia de viajes. Ahora, Jalifa sólo lo veía muy de vez en cuando, pero eso no impedía que se sintieran buenos amigos, y al entrar en el local oyó una exclamación de júbilo procedente de detrás del mostrador.

—¡Yusuf! ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡Eh, chicas, saludad a Yusuf Jalifa, uno de mis más antiguos e íntimos amigos!

Tres chicas, todas ellas jóvenes y bonitas, apartaron la vista de sus ordenadores y sonrieron. Abdul se acercó a Jalifa y le dio un asfixiante abrazo.

—Fíjate en Rania —le susurró Abdul al oído—, la de la izquierda, con esas grandes... ya sabes. Tiene la mollera más dura que la basbousa, pero... ¡qué

cuerpazo! ¡Mírala!

Abdul soltó a Jalifa y se volvió hacia las chicas.

—Rania, encanto, tráenos té, por favor.

La joven se levantó con una sonrisa y fue a la trastienda contoneándose provocativamente. Abdul la siguió con la mirada como hipnotizado, hasta que hubo desaparecido por la puerta de la trastienda donde tenía una cocinilla.

—La puerta del Paraíso —dijo Abdul tras soltar un suspiro—. ¡Menudo trasero!

Abdul condujo a Jalifa hacia una hilera de sillones y se sentaron.

—¿Qué tal está Zainab? —preguntó.

—Bien, gracias. ¿Y Yamila?

Abdul se encogió de hombros.

—Supongo que bien —respondió—. Últimamente se pasa todo el tiempo en casa de su madre. Comiendo. ¡Dios, cómo come! A su lado, tengo la sensación de estar haciendo huelga de hambre. Ah, ¿sabes qué? Voy a abrir una sucursal en Nueva York. Jalifa sonrió. Porque, desde que lo conocía, Abdul siempre estaba a punto de abrir una sucursal en Nueva York.

El inspector encendió un cigarrillo justo en el momento en que Rania se acercaba con una bandeja. La joven dejó dos vasos de té en la mesa de centro que estaba frente a los sillones y volvió a su ordenador. Abdul la siguió de nuevo con la mirada, admirando las bondades de su físico.

—Verás, Abdul, necesito un favor —dijo Jalifa.

—Cuenta con ello —repuso Abdul distraídamente.

—Necesito que me prestes un todoterreno.

—¿Que te lo preste? —exclamó Abdul, sobresaltado.

—Sí, que me lo prestes.

—Dirás que te lo alquile.

—No. Que me lo alquiles, no; que me lo prestes.

—O sea, ¿gratis?

—Exactamente. Lo necesito durante cuatro o cinco días. Uno que esté equipado para circular sin problemas por el desierto.

Abdul frunció el entrecejo. No le hacía ninguna gracia hacer nada gratis.

—¿Y para cuándo lo necesitas?

—Ahora mismo.

—¡Ahora mismo! —exclamó Abdul, y soltó una carcajada—. Me encantaría ayudarte, Yusuf, pero es imposible. Los cuatro todoterrenos que tengo están en Bahariya. Cualquiera de ellos tardaría por lo menos un día en llegar a El Cairo, o más, si están haciendo alguna excursión, y creo que los cuatro están ocupados ahora. Si tuviese uno aquí, te lo prestaría. Por algo somos amigos. Pero, como verás, es imposible.

Se inclinó hacia delante y bebió un sorbo de té.

—Está el del garaje —dijo Rania tras un breve silencio. Abdul estuvo a punto de atragantarse.

—El nuevo que nos enviaron el lunes —añadió la joven—. Tiene el depósito lleno y está listo para partir.

—Sí, pero ése no puede ser —dijo Abdul—. Está alquilado.

—No, no lo está —replicó Rania.

—¡Ya lo creo que está alquilado! —insistió Abdul, fulminándola con la mirada—. A... ese grupo de italianos.

—Creo que no, señor Wassani. Espere, que lo miraré en el ordenador.

—Ya te he dicho que es imposible, porque ése.... —dijo Abdul mirando a Jalifa.

—¡Aja! —exclamó Rania en tono triunfal-. Ya sabía que no estaba alquilado. Y no lo estará en los próximos cinco días, que es justo lo que necesita su amigo. ¿A que es una suerte?

La joven les dirigió una abierta sonrisa; y también sonrió Abdul, aunque forzadamente.

—Sí, encanto, estupendo. —Se llevó las manos a la cara, suspiró y luego añadió

en tono casi inaudible—: Lo dicho, tiene la mollera más dura que la maldita basbousa. El todoterreno, un Toyota, estaba en un garaje a dos manzanas de la agencia. Un vehículo de forma cúbica, de color blanco, con parachoques muy sólidos en la parte delantera, dos ruedas de recambio en la parte trasera y ocho latas sujetas con un pulpo en la baca. Era justo lo que Jalifa necesitaba. Abdul lo sacó del garaje y lo estacionó junto al bordillo.

—Cuídamelo, ¿eh? —le suplicó a Jalifa—. Es nuevo. Hace sólo dos días que lo tengo. Prométeme que lo tratarás bien.

—Por supuesto.

—Me ha costado cuarenta mil dólares. Y eso con descuento. Cuarenta mil dólares. Debo de estar loco por dejártelo; loco de remate.

Abdul bajó del vehículo y mostró a Jalifa las distintas características de su nueva adquisición, insistiendo una y otra vez en lo intranquilo que se quedaba por el temor a que no se lo devolviese entero.

—Tiene tracción a las cuatro ruedas, claro está; dirección manual, motor refrigerado por agua, bomba de combustible eléctrica. Es de lo mejor que hay —

explicó con el talante de un vendedor de coches—. Te lo presto completamente equipado, con latas de combustible, bidones de agua, caja de herramientas, mapas, raciones de comida para casos de.emergencia, bengalas, prismáticos y... —Abdul se acercó a la guantera y sacó lo que parecía un teléfono móvil grande con pantalla de cristal líquido y antena—. Un GPS portátil.

—¿Un GPS? —dijo el inspector en tono inquisitivo.

—Son las siglas de Global Positioning by Satellite. Te indica tu posición exacta en cualquier momento y, si introduces las coordenadas de un lugar al que quieras llegar, te indica a qué distancia está y en qué dirección. Hay un manual de instrucciones en la guantera; son muy sencillas. Hasta yo sé manejarlo. —Abdul volvió a dejar el GPS

en la guantera y, a regañadientes, le entregó las llaves a Jalifa—. No esperarás que pague la gasolina, ¿verdad?

—No, claro que no, Abdul —repuso Jalifa subiendo al vehículo.

—Bueno, queda claro. La gasolina me la pagarás. Ah, y toma esto. Abdul sacó un teléfono móvil del bolsillo y se lo tendió.

—Si tuvieses algún problema, por pequeño que sea; si oyeses cualquier ruido raro, quiero que pares, cierres el contacto y me llames de inmediato.

—¿Estás seguro de que funciona bien en el desierto? —preguntó Jalifa.

—Que yo sepa funciona bien en todas partes menos en El Cairo. Ahora, prométeme otra vez que tendrás cuidado.

—Te lo prometo —dijo Jalifa al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Y que volverás dentro de cinco días —añadió Abdul.

—Espero estar de regreso antes. Gracias de nuevo, Abdul. Eres un buen tipo.

—¿Un buen tipo? Lo que soy es un loco. ¡Cuarenta mil dólares!

Al arrancar, Abdul lo siguió sin despegarse del lado del conductor.

—Ah; lo que no me has dicho es a qué desierto vas.

—Al desierto occidental.

—¿A los oasis?

—Más allá de los oasis; al Gran Mar de Dunas.

Abdul se agarró con ambas manos al marco de la ventanilla.

—Eh, un momento. ¡No me has dicho que ibas al Mar de Dunas! ¡Dios santo!

¡Aquello es una tumba para cualquier vehículo! No puedes llevarte mi...

—Gracias de nuevo, Abdul. Eres un verdadero amigo.

Jalifa aceleró y Abdul echó a correr tras él, pero estaba demasiado obeso y tuvo que desistir a los pocos metros. Por el retrovisor Jalifa lo vio gesticular como un poseso en mitad de la calle. Hizo sonar el claxon por dos veces y se perdió de vista al girar la esquina.

En el desierto occidental

El helicóptero sobrevoló el campamento y fue a posarse en una franja lisa, a unos cincuenta metros de aquél. En cuanto se hubo detenido se abrió la puerta lateral y bajaron dos personas: un hombre y un muchacho. El hombre se detuvo por un instante, miró alrededor y a continuación se arrodilló y besó la arena.

—¡Egipto! —exclamó con la voz ahogada por el estruendo de los rotores—. ¡Mi tierra! ¡Mi patria! ¡Al fin he regresado!

Permaneció arrodillado por unos momentos, al cabo de los cuales se levantó y se dirigió hacia el campamento seguido por el muchacho. La actividad era febril. Varios grupos de hombres vestidos con túnicas negras transportaban cajas de embalaje, unos valle arriba y los más pesados hacia el perímetro del campamento. Todos estaban tan concentrados en su tarea que hasta que Saif al-Thar y Mehmet hubieron llegado a pocos metros de las tiendas nadie reparó en ellos. Tres hombres que llevaban rodando un bidón de gasolina alzaron la vista y, al verlos, se detuvieron y exclamaron alborozados:

—¡Es Saif al-Thar! ¡Está aquí! ¡Saif al-Thar!

Al instante todos sus compañeros corrieron a saludar al maestro.

—¡Saif al-Thar! —gritaban—. ¡Saif al-Thar ha vuelto!

Pero el maestro siguió cruzando el campamento, impasible, mientras sus hombres formaban una improvisada columna detrás de él, como la cola de un cometa. La noticia de su llegada llegó también a quienes trabajaban en las excavaciones, que dejaron sus herramientas y corrieron hacia el campamento profiriendo gritos de júbilo y agitando los brazos. Los centinelas que montaban guardia en las dunas dispararon sus armas al aire entusiasmados.

Al llegar a lo alto del montículo del otro lado del enclave, siempre seguido por Mehmet, Saif al-Thar miró alrededor. Los trabajos habían proseguido durante toda la noche, y el cráter abierto en el valle semejaba una profunda herida. Habían cubierto uno de los lados con capas de plástico sobre las que apilaban multitud de objetos: escudos, espadas, lanzas, cascos, armaduras. En la parte descubierta de la zanja yacían cientos de cadáveres de hombres y de animales, con la piel pardusca, seca y cuarteada. La escena tenía algo de apocalíptica, como si hubiese llegado el fin del mundo y los muertos saliesen de las tumbas para someterse al juicio Final. Eso al menos pensó Saif al-Thar, convencido de que había llegado la hora de que los

hombres fueran juzgados. Siguió mirando hacia abajo por unos instantes y a continuación alzó los brazos con expresión triunfal.

—Allahu akbar! —exclamó con voz tan potente que resonó en el desierto—. ¡Dios es grande!

—Allahu akbar! —respondieron sus hombres—. ¡Alabado sea Dios!

Estas exclamaciones se repitieron varias veces acompañadas de disparos desde lo alto de las dunas. Luego, Saif al-Thar indicó por señas a sus hombres que volvieran al trabajo. Los siguió con la mirada mientras se dispersaban cada cual rumbo a su tarea. Entonces le ordenó a Mehmet que regresase al campamento y él bajó hasta la zanja. Se acercó a Dravic, que estaba bajo una sombrilla supervisando el embalaje de objetos.

—Perdone. No he tenido tiempo de ir a mostrar mi júbilo por su llegada —dijo el alemán en tono áspero—. Tengo mucho que hacer aquí.

Si Saif al-Thar reparó en el sarcasmo de esta última frase, no lo manifestó. Se detuvo justo donde terminaba el rodal oscuro que creaba la sombrilla y miró en dirección a los cadáveres. Al estar más cerca se percató de que muchos habían sido mutilados. Con las prisas para despojarlos de cuanto tuviesen encima, les habían arrancado brazos y piernas de cuajo. Muchos incluso aparecían decapitados.

—¿Era necesario destrozar los cuerpos de esa manera? —dijo en tono de reproche.

—No —repuso Dravic—. Podíamos haber sido más respetuosos y considerados... y tardar una semana en despojarlos de todo uno a uno. En cuyo caso, a estas horas, no habríamos recuperado más que un par de lanzas.

También esta vez Saif al-Thar pasó por alto el sarcasmo de Dravic. Se agachó a recoger del suelo una espada y admiró su estilizada hoja y el pomo primorosamente trabajado. Sólo había visto espadas como aquélla en los museos, encerradas en vitrinas. Pero allí tenía centenares, miles, al alcance de la mano. Y no era más que una mínima parte de lo que seguía oculto bajo la arena. La magnitud del hallazgo era tan descomunal que desbordaba la imaginación. Era más de lo que había soñado. La respuesta a sus plegarias.

—¿Sabemos ya hasta dónde llega el yacimiento?

Dravic exhaló una bocanada de humo.

—He enviado brigadas a sondear por los alrededores —repuso—. Hemos localizado la vanguardia del ejército a alrededor de un kilómetro valle arriba. Pero aún no hemos dado con la retaguardia. Era un ejército enorme —añadió secándose el sudor de la frente con el antebrazo—. ¿Cuándo llegará la caravana de camellos?

—Pasado mañana, o quizá antes —respondió Saif al-Thar.

—Sigo pensando que deberíamos empezar a transportar por aire parte del cargamento cuanto antes.

Saif al-Thar meneó la cabeza.

—No podemos arriesgarnos a que los helicópteros crucen una y otra vez la frontera. Llamaría la atención.

—Ése es el medio que hemos empleado para transportar a los hombres y al equipo, y no ha ocurrido nada —objetó el alemán.

—Hemos tenido suerte. Necesitábamos empezar los trabajos de inmediato y Alá

nos ha dispensado su favor. Pero podría no volver a hacerlo. Aguardaremos a que llegue la caravana de camellos para transportarlo todo. ¿Ha enviado patrullas a vigilar la zona?

—He enviado hombres que recorren un perímetro de cincuenta kilómetros a la redonda en motocicleta.

—¿Y bien?

—¿Y usted qué cree? Estamos en mitad de este jodido desierto. No parece muy probable que pase nadie por aquí por casualidad.

Guardaron silencio. Saif al-Thar dejó la espada en el suelo y tomó un pequeño amuleto de jaspe. No era mayor que la uña del pulgar, pero tenía un primoroso grabado que representaba a Osiris, dios del inframundo. Lo frotó entre los dedos.

—Disponemos de cinco o seis días —dijo—. ¿Qué parte del ejército podríamos exhumar en ese tiempo?

Dravic dio una calada al puro.

—Una pequeña parte. Trabajamos las veinticuatro horas del día, y hasta el momento sólo hemos desenterrado una pequeña sección del ejército. Los trabajos se van haciendo más fáciles a medida que avanzamos en dirección norte, porque los cuerpos aparecen más cerca de la superficie, pero en ese tiempo no podremos desenterrar gran cosa. Aunque quizá no necesitemos

más, ¿no cree? Sólo lo que ya hemos exhumado valdrá millones. Dominaremos el mercado de antigüedades durante los próximos cien años.

—¿Y para el resto? ¿Se están haciendo preparativos?

—Excavamos hacia atrás, desde la vanguardia. No se preocupe. Todo está bajo control. Y, ahora, si no le importa, tengo trabajo.

El alemán volvió a llevarse el cigarro a la boca y se encaminó a grandes zancadas hacia los aspiradores de arena. Saif al-Thar lo observó marcharse con expresión de repugnancia. Después, sin soltar el amuleto, rodeó la excavación hasta llegar a la base de la enorme roca piramidal. Y allí se acuclilló. Le entristecía pensar lo que le estaban haciendo a aquel ejército. De haber tenido otra alternativa la habría preferido. Pero no la había. El riesgo de que otros encontrasen aquel auténtico tesoro era demasiado grande. Tenían que cubrirse. Iba en contra de su inclinación natural, pero no había más remedio. Era como matar. Inevitable.

Se recostó contra la pared rocosa frotando el amuleto entre el índice y el pulgar, observando aquel mar de cadáveres. Uno de los soldados, hundido hasta la cintura en la arena, parecía mirarlo fijamente. Saif al-Thar desvió la mirada varias veces, pero siempre se encontraba con la de aquellas cuencas vacías; los labios, resecos, estaban encogidos de tal manera que descubrían los dientes. Había en aquella cara un odio que parecía dirigido hacia él. Saif al-Thar le sostuvo la mirada por unos momentos y luego, visiblemente incómodo, se levantó y se alejó. Notó que el amuleto se le había partido entre los dedos. Lo miró y luego, refunfuñando, lo arrojó a la zanja.

222

El Cairo

A través del cristal ahumado de la ventanilla de la limusina, Squires miró los dos carriles contiguos. No era una caravana sino un atasco en toda regla. Junto a él estaba un pequeño Peugeot en el que viajaban nueve personas que parecían ser miembros de una misma familia, y, más allá, una camioneta con la caja repleta de coliflores. De vez en cuando los vehículos de uno de los tres carriles avanzaba un poco y se veía momentáneamente mirando a otro vecino de atasco. Casi de inmediato los otros carriles avanzaban también y se restablecía la familiar configuración que formaban la limusina, el Peugeot y la camioneta, como si fuesen frutos del tambor de una enorme máquina tragaperras que, al activarse, girase lentamente para volver siempre a la misma posición.

—¿Y a qué hora ha sido eso? —preguntó a través del teléfono móvil. Le contestó una voz cascada y distorsionada por interferencias.

—¿No tiene idea de cómo ha sido? ¿Ni cuándo?

De nuevo repuso la misma voz. Un muchacho que vendía frasquitos de perfume se acercó a la limusina. El chófer asomó la cabeza y lo instó de mala manera a seguir adelante.

—¿Y su familia?

La respuesta llegó mezclada con un zumbido.

—Bueno, no es cuestión de lamentarse por lo que no tiene remedio. Habrá que resignarse. Haga lo que pueda para encontrarlo y manténgame informado. Squires apagó el móvil y volvió a guardárselo en el bolsillo de la chaqueta. Aunque aparentaba tranquilidad, su mirada reflejaba inquietud.

—Parece ser que nuestro amigo el inspector ha desaparecido —dijo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Joder! —exclamó Massey dando un puñetazo contra el asiento. Su mano era tan rolliza que dejó en la tapicería un hueco que tardó varios segundos en desaparecer—. Creía que Yamal lo tenía vigilado.

—Pues todo indica que se las ha arreglado para darle esquinazo.

—Ya dije que teníamos que deshacernos de él. ¿Lo dije o no?

—Sí, tenía usted razón.

—¡Mierda! —El estadounidense acompañó su exclamación con otra palmada en el asiento. Luego se dejó caer hacia atrás contra el respaldo—. ¿Cuándo ha sido?

—No están seguros —repuso Squires, y soltó un suspiro—. Por lo visto, su esposa y sus hijos han salido de casa esta mañana a las siete. Como a las diez él seguía sin aparecer han echado la puerta abajo, pero no estaba.

—¡Aficionados! —masculló Massey—. ¡Aficionados!

Oyeron el aparatoso claxon de un autobús, que el conductor hacía sonar una y otra vez inútilmente.

—Parece que ayer estuvo en una biblioteca —dijo Squires—, consultando mapas del desierto occidental.

—¡Dios Santo! Entonces ¡sabe lo del ejército!

—Eso parece.

—¿Cree que habrá informado a alguien? ¿A la prensa? ¿Al Departamento del Patrimonio Cultural?

Squires se encogió de hombros.

—Me inclino a pensar que no, porque de lo contrario ya habríamos sabido algo.

—¿Y qué cree que debe de estar haciendo ahora?

—Ni idea. Aunque todo indica que ha debido de dirigirse allí por su cuenta. Me temo que tendremos que actuar antes de lo previsto.

Por una vez Massey no replicó.

—¿Está listo todo el equipo? —preguntó Squires.

—Por lo que a mí respecta, puede estar tranquilo. Todo se encuentra a punto. En cuanto a Yamal, lo ignoro; es un payaso.

—Yamal cumplirá con lo que esperamos de él, igual que el resto de nosotros. El estadounidense sacó un pañuelo y se sonó.

—Esto no va a ser fácil. Saif al-Thar puede disponer de muchos hombres para proteger su hallazgo.

—Pese a ello, confío en que tengamos éxito. ¿Informará usted a su gente de Estados Unidos?

Massey asintió con la cabeza, tan rápidamente que parecía uno de los retratos cinéticos de Bacon.

—Bien —dijo Squires—. Pues entonces todo indica que estamos en el buen camino.

La limusina dio un salto hacia delante, pero sólo avanzó unos palmos.

—Si conseguimos salir de este condenado atasco —añadió inclinándose hacia el chófer—. ¿Se puede saber qué ocurre por ahí delante?

—Un camión atravesado —contestó el chófer.

Squires suspiró, sacó un caramelo del bolsillo y empezó a desenvolverlo mirando abstraído al Peugeot del carril contiguo.

La ruta más lógica que Jalifa debería haber seguido, y la más directa, era hacia el sudoeste, en dirección al oasis Bahariya, y desde allí hacia el oeste a través del desierto. Pero prefirió dar un rodeo. Quienquiera que lo hubiese estado siguiendo la noche anterior, sabría que les había dado esquinazo y probablemente también que había tomado el tren que salía a las diez de la noche con destino a El Cairo. No haría falta ser un genio para deducir que se dirigía al desierto, en cuyo caso tratarían de interceptarlo en el camino. Y la ruta que supondrían que habría tomado era la más rápida. Por lo tanto, en lugar de ir en dirección sudoeste decidió hacerlo en dirección casi opuesta, hacia el noroeste, a Alejandría, tomando la autopista de la costa a Marsa Matruh para dirigirse luego al sur hasta el oasis de Siwa. Era una ruta más larga pero tenía claras ventajas. Las carreteras

estaban en mejor estado por aquella zona; tendría que cruzar una franja de desierto más corta desde Siwa que desde Bahariya, y, sobre todo, sería la ruta en la que menos se les ocurriría pensar a sus perseguidores. De manera que, después de llenar el depósito puso rumbo a El Cairo y, desde allí, tomó la autopista en dirección a la costa mediterránea. Conducía deprisa sin parar de fumar, a través de un paisaje en el que el desierto alternaba con campos de cultivo. El salpicadero llevaba incorporado un radiocasete, pero sólo encontró una cinta (de Kadim al-Saher), y después de escucharla cuatro veces la quitó y volvió a conducir en silencio.

224

Tardó dos horas en llegar a Alejandría y cinco a Marsa. Sólo se detuvo dos veces durante el trayecto; una para volver a repostar y otra en las afueras de Alejandría, para contemplar el mar. Era la primera vez en su vida que veía el mar. Desde Marsa, después de repostar de nuevo, continuó hacia el oeste a lo largo de veinte kilómetros. Luego se desvió hacia el sur por la carretera de Siwa, una desnuda cinta de asfalto que se adentraba en el desierto. El sol ya se ponía, y Jalifa pisó el acelerador a fondo. Un extraño edificio en ruinas pasó como un rayo en dirección contraria. Una hilera de señales oxidadas indicaba el curso de un oleoducto subterráneo. Todo cuanto se veía era una desolada superficie lisa y anaranjada cubierta de grava, interrumpida de trecho en trecho por lomas y escarpaduras. No volvió a ver señales de tráfico ni más rastro de vida que rebaños de dromedarios ramoneando hierbajos.

A mitad de camino de Siwa vio un bar, un improvisado chiringuito que, en un alarde publicitario, lucía un letrero que rezaba «Restaurante Alexandre». Se detuvo a tomar café y, sin apenas entretenerse, reanudó el viaje.

Al caer la noche el desierto se fundió en la oscuridad. Cada dos por tres entreveía luces a lo lejos, probablemente de un enclave o acaso de un campamento militar, y, en una ocasión, vio la vacilante llama de un pozo de petróleo. La soledad era tan sobrecogedora que trató de mitigarla volviendo a poner la cinta de Al-Saher. Hacia las siete de la tarde advirtió que la lisura del paisaje que lo rodeaba empezaba a dejar paso a un terreno más accidentado. Vio a lo lejos el vago perfil de pendientes escarpadas y colinas. La carretera empezó a descender, zigzagueando a través de un laberinto de grietas y pedregales. De pronto, el paisaje recobró la lisura de los primeros tramos del trayecto, y Jalifa vio a lo lejos luces que

parpadeaban, como si estuviese frente a un mar surcado por multitud de barcas que cabeceasen mecidas por un suave oleaje. Había llegado al oasis de Siwa. Redujo la velocidad unos momentos para contemplar la vista y luego siguió descendiendo.

Llevaba nueve horas conduciendo y estaba a punto de terminar su segundo paquete de cigarrillos.

225

En el desierto occidental

El hombre se materializó como si fuese un cuerpo moldeado por la propia oscuridad. Tara y Daniel estaban sentados en el suelo, con los brazos entrelazados, contemplando la vacilante llama de la lámpara de queroseno.

Al alzar la vista lo vieron en la entrada de la tienda, con la cara y la cabeza en sombra. Saif al-Thar le hizo una seña al centinela, un leve movimiento del índice de su mano derecha, y de inmediato el hombre se levantó y salió.

—Usted es Saif al-Thar, ¿verdad? —preguntó Daniel. El hombre se limitó a mirarlos en silencio.

—¿A qué ha venido? —prosiguió Daniel-. ¿A mirarnos antes de matarnos? ¿A refocilarse? —añadió señalando el tumefacto rostro de Tara y su blusa rasgada—. En tal caso vaya a hacerlo a otra parte. Alá debe de estar muy orgulloso de usted.

—No pronuncie el nombre de Alá —dijo el hombre en un tono tan tranquilo como grave—. No es usted digno de ello. —Dio un paso hacia delante, y entonces reparó en las señales de violencia que tenía Tara, no sólo en el rostro sino también en los brazos. Sus labios esbozaron una ligera mueca de desaprobación—. ¿Eso ha sido obra de Dravic?

Tara asintió con la cabeza.

—Pues no volverá a suceder. Ha sido un desgraciado...

—No —lo interrumpió Daniel—. No podía esperarse otra cosa. Es lo que hace la gente como usted y como Dravic.

—No me juzgue a mí por el mismo rasero que a Dravic, doctor Lacage —dijo Saif al-Thar torciendo el gesto—. Él no es más que un instrumento. Yo sirvo a Dios. Daniel sacudió la cabeza con expresión de hastío.

—Las personas como usted me hacen reír. Asesinan a mujeres y niños y quieren convencerse de que lo hacen todo por el bien de Alá.

—Ya le he dicho que no pronuncie su nombre —le recordó Saif al-Thar con aspereza—. Su boca lo contamina.

—No —replicó Daniel, mirándolo con dureza—. Usted es quien lo contamina. Lo contamina cada vez que lo utiliza para justificar las cosas que hace. ¿De verdad cree que Alá quiere...?

La reacción de Saif al-Thar fue tan súbita e inesperada que ni Daniel ni Tara repararon en que dirigía la mano hacia el cuello de Daniel, y cerraba los dedos en torno a él.

—¡Suéltelo! —gritó Tara—. ¡Suéltelo, por favor!

Saif al-Thar no le hizo caso.

—Ustedes los occidentales son todos iguales —masculló con acritud—. Su hipocresía no tiene límites. Todos los días mueren cien niños en Iraq a causa de las sanciones que sus gobiernos han impuesto al país, y aún tienen el descaro de darnos lecciones sobre lo que está bien y lo que está mal.

El rostro de Daniel empezaba a enrojecer.

—¿Ve esto? —prosiguió Saif al-Thar llevándose la mano izquierda a la cicatriz que tenía en la frente—. Esto me lo hicieron en un calabozo de la policía. Me dieron tales patadas durante los interrogatorios que estuve ciego durante tres días. ¿Sabe cuál había sido mi delito? Hablar en nombre de millones de ciudadanos de este país

que viven en la miseria y la desesperanza. ¿Protesta usted por ello? ¿Protestan porque la mitad del mundo viva en la pobreza para que unos pocos privilegiados puedan malgastar sus vidas con lujos inútiles? No. Al igual que todos los de su clase, ustedes utilizan un doble rasero para condenar sólo aquello que les conviene condenar. Y respecto a lo demás miran para otro lado.

Saif al-Thar apretó un poco más a su presa y luego abrió la mano. Daniel se desplomó.

—Usted está loco —dijo con voz entrecortada—. Es usted un loco fanático.

—Muy probablemente —replicó Saif al-Thar sin alterarse—, pero en todo caso habría que preguntarse por qué. Ustedes nos descalifican, a mí y a mis seguidores, tachándonos de extremistas y fanáticos, pero nunca se molestan en ir más allá, en tratar de comprender las causas que nos crearon. —Se acercó un poco más a Daniel. Su túnica negra parecía fundirse con la oscuridad, de modo tal que sólo se le veía la cara, como si flotase separada del cuerpo—. He presenciado cosas espantosas, doctor Lacage —continuó con voz susurrante—. Hombres tullidos a causa de las palizas que

recibieron en las cámaras de tortura del Estado. Personas tan hambrientas que buscaban restos de comida podrida en los vertederos. Niños y niñas violados por el único delito de tener un pariente lejano cuyas opiniones no coinciden con las del poder. Ésas son las cosas que hacen enloquecer a los hombres. Ésas son las cosas que ustedes deberían condenar.

—¿Y cree usted que la solución es asesinar turistas? —replicó Daniel. Saif al-Thar esbozó una sonrisa. Le brillaban los ojos.

—¿La solución? No, no creo que lo sea. Sólo se trata de una advertencia.

—¿Una advertencia? ¡Matar a personas inocentes!

—Sí, una advertencia —repitió Saif al-Thar levantando las manos de dedos largos y esqueléticos—. Una advertencia de que no estamos dispuestos a que sigan entrometiéndose en nuestros asuntos; apoyando a regímenes impíos porque son los que políticamente más les interesan; utilizando nuestro país como un juguete, mientras nosotros, la gente que vivimos aquí, padecemos hambre, opresión y abusos. Miró a Daniel. El tejido de su cicatriz reflejaba un tenue resplandor rojizo con la vacilante llama de la lámpara de queroseno.

—Me pregunto a menudo cómo reaccionarían ustedes en Occidente si se cambiasen las tornas; si fuesen sus hijos, niños occidentales, los que mendigasen por las calles mientras nosotros los egipcios alardeábamos de nuestra riqueza e insultábamos sus costumbres; si la mitad de sus tesoros nacionales les hubiesen sido arrebatados y traídos a museos egipcios; si un crimen como el de Palestina se hubiese cometido en su suelo, contra su pueblo, por déspotas egipcios. Sería un experimento interesante. Ayudar a que comprendiesen la razón de nuestra ira. Saif al-Thar seguía hablando con voz pausada, pero había aparecido una saliva blancuzca en la comisura de sus labios.

—Verán... —prosiguió—, cuando Carter descubrió la tumba de Tutankamón firmó

un contrato con el.Times de Londres que estipulaba que éste, y sólo éste, podría informar sobre lo que hubiese en ella. De modo que para enterarnos de un descubrimiento realizado en nuestro propio país, el descubrimiento de algo nuestro, de la tumba de uno de nuestros reyes, los egipcios teníamos que recurrir a un periódico extranjero.

—De eso hace casi ochenta años —dijo Daniel, tosiendo y meneando la cabeza—. Ahora es distinto.

—¡No, no lo es! Las actitudes son las mismas. Se sigue pensando que, como egipcios y musulmanes, somos menos civilizados y estamos menos capacitados para ordenar nuestros propios asuntos; que pueden tratarnos como les venga en gana. Eso no ha cambiado. Y a quienes tratamos de combatir esa actitud se nos descalifica tachándonos de locos.

Daniel lo miró en silencio.

—¿Lo ve? —dijo Saif al-Thar—. No tiene usted réplica para eso. Y no la tiene porque no la hay. Lo único que pueden hacer es pedir perdón por el modo en que este país y su pueblo han sido tratados. Han esquilmado ustedes nuestro legado, nos han exprimido hasta la última gota. No han hecho más que despojarnos sin dar nada a cambio. Pero ha llegado el momento de restablecer el equilibrio. Como dice el santo Corán: «No recibiréis más recompensa que la que merezcáis».

Su sombra, una sombra negra, informe, amenazadora, se proyectaba en la lona de la tienda. Desde el exterior les llegaba el ruido de los trabajos de excavación, pero en la tienda se produjo un silencio profundo, como si se hallasen en otro mundo. Tara se puso lentamente en pie.

—No sé mucho de Egipto —dijo plantándose frente a Saif al-Thar y mirándolo a los ojos—, pero sé que mi padre, cuya muerte pesa sobre su conciencia, amaba este país, a su pueblo y su legado. Los amaba mucho más que usted. Fíjese en lo que está

usted haciendo aquí. Destruir. Mi padre jamás lo hubiese hecho. Él quería preservar el pasado. Usted, en cambio, sólo quiere venderlo al mejor postor. Usted es el hipócrita. Saif al-Thar apretó los labios y, por un instante, Tara temió que fuese a pegarle; pero permaneció inmóvil.

—No crea que me gusta saquear al ejército de esta manera, señorita Mullray —

dijo—, pero a veces no hay más remedio que hacer cosas desagradables para alcanzar un fin más importante. Si hemos de sacrificar parte de nuestro legado para liberarnos de la opresión, debe hacerse. Mi conciencia así me lo dicta. —Miró fijamente a Tara y luego, lentamente, se acuclilló frente a la lámpara—. Hago la voluntad de Dios. Y Dios lo sabe. Dios está conmigo. —Posó la mano en el ardiente metal de la lámpara, sin ni siquiera parpadear. El olor a carne quemada hizo que Tara sintiese náuseas—. No subestime la fuerza de nuestra fe, señorita Mullray. La marca que mis seguidores llevan en la frente debería decirle algo. Es una prueba de la

profundidad de sus convicciones. Nuestra fidelidad es inconmovible. No dudamos.

Saif al-Thar siguió abrasándose la mano, impasible, durante lo que a Tara se le antojó una eternidad. Luego, se levantó con la palma en carne viva.

—Antes me ha preguntado usted por qué he venido, doctor Lacage —continuó—. No ha sido como ha dicho usted para ver a mis prisioneros, sino más bien para que mis prisioneros me viesen. Para que me viesen y comprendieran.

Se encaminó hacia la entrada de la tienda.

—No se saldrá con la suya —le dijo Daniel antes de que saliese—. Su plan de exhumar el ejército y vender lo que desentierren no resultará. Sólo conseguirán desenterrar una pequeña parte, y luego vendrán otros que desenterrarán el resto y el valor de lo que ustedes se hayan llevado caerá en picado. No les servirá de nada si no se lo llevan todo.

Saif al-Thar se volvió.

—Lo tenemos todo previsto, doctor Lacage —replicó con una sonrisa —. Dios nos ha dado este ejército, y Dios se encargará de que sólo nosotros nos beneficiemos. Los saludó con una inclinación de cabeza y se fundió con la noche.

228

Oasis de Siwa

Al entrar Jalifa en la única gasolinera de Siwa, un corte de energía eléctrica sumió el asentamiento en la oscuridad.

—Si quiere gasolina tendrá que esperar —dijo el empleado de la gasolinera—. Los surtidores no funcionan sin electricidad.

—¿Cuánto puede tardar?

El empleado se encogió de hombros.

—Cinco minutos o cinco horas. Nunca se sabe. Una vez estuvimos dos días a oscuras.

—Espero que esta vez no tarde tanto.

—Inshallah —dijo el empleado.

Jalifa aparcó a un lado de la gasolinera y bajó del Toyota. Hacía frío, de modo que metió la mano por la ventanilla, cogió la chaqueta y se la puso. Tres mujeres que iban en un carromato tirado por un asno pasaron por delante de la gasolinera. Llevaban sendos chales, ceñidos a la cabeza para

ocultar el rostro, que les daban un aspecto informe, como figuras de cera semifundidas. De pronto, se oyó el ruido de un generador.

El inspector se puso a pasear de un lado para otro para estirar las piernas y luego, tras encender un cigarrillo, fue hasta un tenderete de refrescos que estaba en la plaza principal y compró un vasito de té. Había un banco de madera a pocos pasos y fue a sentarse allí. Sacó el móvil de Abdul del bolsillo y marcó el número de Hosni. Su cuñado contestó a la cuarta llamada.

—Hola, Hosni, soy Yusuf.

—¿Se puede saber qué pasa, Yusuf? —preguntó Hosni en tono de crispación—. Han venido unos de la Brigada de Seguridad preguntando por ti. ¿Dónde estás?

—En Bahariya —mintió Jalifa.

—¡En Bahariya! ¿Y qué haces ahí?

—Asuntos de trabajo. No puedo entrar en detalles.

—¡Han venido a mi oficina, Yusuf! ¿Lo entiendes? Los de la Brigada de Seguridad han venido a mi oficina. ¿Sabes lo que esto puede significar para el negocio? En nuestro mundillo enseguida se propagan los rumores.

—Lo lamento, Hosni.

—Si vuelven, no tendré más remedio que decirles dónde estás. Nos hallamos en una fase muy delicada en este proyecto del aceite de sésamo. No puedo dejar que un asunto como éste lo eche todo a perder.

—Lo entiendo, Hosni. Si no tienes más remedio que decírselo, pues hazlo. ¿Está

Zainab?

—Sí, sí que está. Se ha presentado en casa esta mañana. Y hemos de hablar, Yusuf. Cuando vuelvas. De hombre a hombre. Tenemos que aclarar algunas cosas.

—De acuerdo, de acuerdo. Cuando vuelva hablaremos. Pero haz el favor de pasarme a Zainab.

Jalifa oyó unos siseos y luego pasos. Al cabo de un instante se puso Zainab, que dijo:

—Y cierra la puerta, por favor, Hosni.

Jalifa oyó más siseos y después un portazo.

—¡Menudo entrometido está hecho! —exclamó Zainab. Jalifa sonrió.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó ella—. ¿Y tú?

—También.

—No voy a preguntarte dónde estás.

—Mejor no. ¿Y los niños?

—Te echan de menos. Alí dice que no tocará la trompeta hasta que regreses. Así

que puedes tardar cuanto quieras.

Se echaron a reír, aunque un tanto forzadamente.

—Han salido con Sama —le explicó ella—. Al festival. Les diré que has llamado.

—Dales un beso de mi parte.

—Descuida.

Jalifa había estado pensando en Zainab casi todo el día, pero en ese momento, sin saber por qué, no se le ocurría nada que decirle. Le habría gustado seguir allí

sentado durante una hora sin más que oírla respirar.

—Bueno... sólo te he llamado un momento para saber cómo estáis —dijo él—, para asegurarme de que Hosni no os haga la vida demasiado imposible.

—Bah... no se atreverá. —Zainab guardó silencio por unos segundos y luego añadió—: Esos tipos, Yusuf...

—No me preguntes nada, Zainab por favor. Cuanto menos sepas, mejor. Lo único que importa es que estés bien.

—Estamos bien.

—Bien, ahora ya me siento más tranquilo. —Trató de encontrar unas palabras para infundirle confianza pero lo único que se le ocurrió decirle fue que había visto el mar—. Me gustaría que un día fuésemos juntos. Me encantaría verte en traje de baño.

—Me parece que tendrás que esperar mucho tiempo para que yo me ponga una de esas cosas. —Zainab se echó a reír con fingida indignación—. Te quiero, Yusuf.

—Y yo a ti, más que a nada en el mundo. Dales un beso a los niños.

—Lo haré, lo haré. Y tú, cuídate.

Cuando hubieron colgado, Jalifa apuró el té y se puso de pie. Aún no habían vuelto a dar la luz y la plaza estaba llena de sombras. No lejos de allí se alzaba una mezquita. Su fachada blanquecina resplandecía a la luz de la luna como si fuese de hielo.

Jalifa había pensado en comer algo, pero en lugar de eso fue hasta la entrada de la mezquita, se quitó los zapatos, se mojó las manos y la cara con el agua del grifo que asomaba de la pared y entró en el templo, oscuro y silencioso. Las pocas velas que estaban encendidas apenas lograban disipar la oscuridad. Tuvo la impresión de ser la única persona que se hallaba allí, pero enseguida reparó en que había un hombre arrodillado al fondo, con la frente pegada al suelo. Al cabo de unos momentos avanzó por la alfombra. Se detuvo bajo una enorme lámpara de araña, de la que colgaban cientos de lágrimas de cristal que goteaban desde las sombras como si el techo llorase. Alzó la vista un momento y luego, de cara al mihrab, bajó la cabeza y empezó a rezar.

230

Alabado sea Alá, señor de todas las cosas, el Misericordioso, Señor del Día del juicio, el único a quien servimos. Sólo a Ti acudimos en busca de ayuda. Guíanos por el camino recto, el camino de aquellos a quienes bendices, no el de aquellos que provocan Tu ira ni el de los descarriados.

Mientras rezaba, pidiéndole a Dios que lo protegiese a él y a su familia, su inquietud y su temor se fueron mitigando, como le ocurría siempre que se dirigía a Alá. Era como si el mundo exterior menguase y el templo se agigantase, de manera que su serenidad y silencio llenasen el universo entero. Saif al-Thar, Dravic, el comisario Hassani y el ejército de Cambises parecían quedar reducidos a motitas de polvo que flotaban en la eternidad del abrazo de Dios. Una confortadora calma inundó

todo su ser.

Siguió allí durante veinte minutos, rezando diez rekahs, o ciclos de oración. Nada más terminar se encendieron varios candelabros y el interior de la mezquita se llenó

de una radiante claridad.

Jalifa sonrió. La súbita luz se le antojó una señal de que sus plegarias habían sido escuchadas.

También la plaza estaba en aquellos momentos iluminada. Los surtidores de la gasolinera volvían a funcionar. El empleado llenó el depósito del todoterreno y las ocho latas, mientras Jalifa llenaba los tres bidones de agua del grifo que asomaba de la pared. Después de pagar la gasolina y tres paquetes de Cleopatra, se quedó

prácticamente sin dinero. Volvió a subir al Toyota, cruzó la población y puso rumbo de nuevo hacia las dunas que se extendían al sudeste.

Al cabo de un par de kilómetros se detuvo junto a una loma de arena cubierta de maleza. A su espalda titilaban las luces de Siwa. Hacia el otro lado, en dirección a la inmensidad del desierto, no había nada, sólo una superficie desolada iluminada por la luna. Se oía aullar a un perro a lo lejos.

Jalifa dio cuenta de parte de la comida que Zainab le había preparado; era la primera vez que probaba bocado aquel día. Luego cogió las dos mantas que llevaba bajo el salpicadero, a la derecha del volante, echó el asiento hacia atrás y se recostó

mirando las estrellas a través de la ventanilla. De pronto cayó en la cuenta de que, después de haber llegado tan lejos, no tenía ni idea de qué haría cuando encontrase el lugar donde se hallaba el ejército de Cambises. Trató de pensar en ello, pero estaba demasiado cansado. Cuanto más intentaba concentrarse, más se desvanecían en su mente Saif al-Thar, Dravic y el ejército, hasta desaparecer y dejar paso a un enorme manantial que brotaba del desierto y convertía la arena en un paraje rebosante de vegetación.

Puso el seguro de ambas puertas, comprobó que la pistola que reposaba en el asiento del acompañante tuviese bala en la recámara y se dispuso a dormir.

231

En el desierto occidental

Tara despertó sobresaltada. Tenía la cabeza recostada en el regazo de Daniel, que estaba mirándola.

—Me arrancabas el corazón —musitó ella—. Me arrancabas el corazón con una paleta.

—Tranquila, que sigues teniéndolo en su sitio. No ha sido más que una pesadilla

—le dijo él en tono cariñoso, acariciándole la cabeza.

—Ibas a enterrarme. Había un ataúd al lado.

Daniel se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

—Vuelve a dormirte —le susurró—. Todo irá bien.

Ella alzó la vista hacia él, pero enseguida se le cerraron los ojos y volvió a quedarse dormida. Estaba pálida. Daniel la miró, le recostó la cabeza en el suelo con delicadeza y se levantó. Empezó a caminar de un lado a otro de la tienda, mirando constantemente hacia la entrada. Estaba tan crispado que, a la luz de la lámpara de queroseno, su rostro parecía una máscara.

—Vamos —musitó—. ¿Dónde estás? ¡Vamos!

El centinela lo miró impasible, con el dedo en el gatillo de su fusil.

232

En el desierto occidental, cerca de Siwa

Jalifa sintió que Zainab lo acariciaba, pero al despertar y abrir los ojos reparó en que el calorcillo que sentía era el de los primeros rayos del sol que penetraban por la ventanilla. Retiró las mantas, abrió la puerta y bajó del vehículo, temblando, porque el mundo aún no había tenido tiempo de entrar en calor.

Rezó sus oraciones matinales, encendió un cigarrillo y subió a la loma junto a la que había aparcado. Al norte se veía la dentada media luna del oasis que se extendía a derecha e izquierda. Sus salinas reflejaban un resplandor sonrosado con los primeros rayos del sol. De los palmerales y los olivares se elevaban columnas de humo. Alrededor todo era desierto, un paisaje árido de arena, grava y escarpaduras. Permaneció unos momentos contemplándolo, sobrecogido por la desolación. Arrojó la colilla, volvió al vehículo y sacó el GPS portátil de la guantera. Tal como Abdul le había asegurado, era muy fácil de manejar. Marcó las coordenadas de la roca en forma de pirámide y pulsó el botón de activación. Según lo que indicaba la pantalla de cristal líquido, estaba a ciento setenta y nueve kilómetros de allí, ciento treinta y tres grados al norte. Marcó también las coordenadas de su posición y las del oasis Al-Farafra, y a continuación guardó el GPS en su bolsa junto al teléfono móvil y a su pistola. Después desinfló un poco los neumáticos del todoterreno para mejorar la tracción y volvió a subir. Arrancó y se adentró lentamente en el desierto, dejando profundos surcos en la arena.

Como nunca había conducido por el desierto se lo tomó con calma, manteniendo una velocidad moderada y regular. Aunque la superficie del terreno pareciese firme, cedía en muchos tramos en los que la arena ocultaba baches y hondonadas. A veces, llegaba a lo alto de lo que parecía una duna de suave pendiente y de pronto se encontraba con una pared de arena casi vertical, en ocasiones hasta de unos veinte metros. En una ocasión había estado a punto de volcar, pero había logrado dominar el vehículo y hacerlo bajar de costado por la pendiente. A partir de entonces redujo la velocidad aún más.

A lo largo de los primeros kilómetros vio huellas de neumáticos, presumiblemente de los todoterrenos que llevaban a los turistas desde Siwa a hacer safaris o excursiones por el desierto. Dejó atrás matorrales que

porfiaban por elevarse en las dunas, y en un par de ocasiones pasó junto a esqueletos semienterrados en la arena, tan abrasados por el sol que eran de un blanco sobrenatural. Pensó que debía de tratarse de chacales, aunque no estaba seguro. Aquéllos eran los únicos rastros de vida, por así decirlo. El resto era arena, roca, y grava, bajo un cielo azul blancuzco. El verdor de la vegetación del oasis se iba difuminando en la distancia hasta perderse por completo en el horizonte.

Jalifa no tardó en ver claro que, aunque el GPS hubiese calculado que la distancia hasta la roca piramidal era de ciento setenta y nueve kilómetros, iba a tener que recorrer muchos más para llegar a su destino. El GPS le había proporcionado la distancia en línea recta. Pero sobre el terreno era imposible atenerse a ésta debido a las inaccesibles pendientes de arena, los altos riscos de piedra caliza y los pedregales llenos de grietas, que lo obligaban a zigzaguear de continuo y seguir por un firme practicable para el vehículo. A veces, los rodeos que tenía que dar eran cortos, de sólo unos centenares de metros, pero en otras ocasiones eran de tres o cuatro kilómetros. Al cabo de dos horas de conducir en esas condiciones y, tras haber recorrido setenta kilómetros, miró la pantalla de cristal líquido del GPS, la cual le indicó que en realidad sólo había avanzado cuarenta kilómetros. De seguir así, se eternizaría. La mañana transcurrió lentamente. Se detuvo un rato para hacer sus necesidades, cerró el contacto y se alejó unos metros del Toyota. El silencio era tan

absoluto e insólito para él que lo sobrecogía. Reparó en la intrusión que debía de significar el ruido del motor del todoterreno en aquel entorno callado. Si Saif al-Thar tenía hombres patrullando por la zona, como era casi seguro, lo oirían desde varios kilómetros a la redonda.

«Sería como decirles por radio que voy de camino», pensó mientras regresaba al vehículo. Al arrancar se sintió muy vulnerable.

Durante las dos horas siguientes el paisaje siguió siendo muy similar. Después, hacia mediodía, vio lo que parecía una sucesión de colinas que se elevaban en el horizonte. Era imposible distinguirlas con claridad a aquella distancia porque el calor enturbiaba la atmósfera y difuminaba los contornos. Reverberaban como si fuesen formas líquidas, dilatándose y encogiéndose. A medida que se acercaba, los contornos se veían más nítidos, y advirtió que no se trataba de colinas sino de una enorme duna, de una altísima pared de arena que se extendía hasta donde abarcaba la vista

describiendo una curva, frente a otras dunas similares que semejaban olas gigantescas. Eran las primeras dunas del Gran Mar.

—Allahu akbar! —musitó.

Siguió adelante hasta llegar al pie de la primera duna, que daba la impresión de ejercer de parapeto, a la manera de un enorme dique que impedía que las otras dunas se desbordasen.

Se apeó y ascendió hasta lo alto de la duna, jadeante y sudoroso. Ante él se extendían otras que se perdían hasta el horizonte. Pero aquéllas eran suaves y de contornos nítidos y configuraban un paisaje completamente distinto del que había visto hasta el momento. Recordó que de pequeño su padre le había contado que el desierto era, en realidad, un león que se había quedado dormido en el amanecer de los tiempos, y que un día despertaría y devoraría todo el mundo. Al ver aquel mar de dunas estuvo tentado de creer que era verdad, porque la arena tenía el color y la aterciopelada textura de la piel de los leones, y los riscos semejaban las arrugas del lomo de una fiera viejísima, de edad incalculable. Sintió un extraño e irracional sentimiento de culpabilidad al enterrar la colilla en la arena, como si estuviese quemando la piel de un ser vivo. Siguió allí unos momentos contemplando el panorama y luego volvió al vehículo, hundiéndose en la arena hasta las rodillas. Había oído que por aquella zona abundaban las arenas movedizas, especialmente al pie de las dunas. Se estremeció al pensar que podía ser tragado por uno de aquellos traicioneros rodales. Pero se dijo que, terminase como terminara su aventura, no lo haría de aquel modo. Desinfló un poco más los neumáticos del Toyota, descargó tres de las latas de gasolina que llevaba en la baca y rellenó el depósito, que ya estaba por la mitad. Volvió a arrancar, puso primera y aceleró en dirección a las dunas. Según el GPS le faltaban aún cien kilómetros por recorrer.

Condujo durante toda la tarde. El todoterreno parecía una motita saltarina entre las enormes paredes de arena, como una barca que cabecease en un inmenso océano. Jalifa iba despacio, reducía aún más la velocidad cada vez que llegaba a lo alto de una duna y descendía con suma precaución. En algunos tramos las dunas estaban muy cerca unas de otras; en otras, se hallaban separadas por varios centenares de metros. Por detrás de él las huellas de los neumáticos se extendían a lo lejos como una línea pespunteada.

Inicialmente pudo seguir un rumbo razonablemente recto, pero poco a poco fue encontrándose con dunas cada vez más altas y pendientes más

pronunciadas, de manera que, a veces, al remontar la cumbre se encontraba mirando hacia la base de una pared casi vertical. Entonces tenía que bajar del vehículo y gatear por el borde hasta encontrar una pendiente menos pronunciada o dar media vuelta, volver a

descender y dar un rodeo, lo que podía significar recorrer diez o doce kilómetros más. Incluso con las ventanillas cerradas y el aire acondicionado a toda potencia el calor era asfixiante. Cuanto más se adentraba en el desierto, más se le antojaba que aquel paisaje poseía una rudimentaria conciencia propia, que los cambios de tonalidad del amarillo y del anaranjado de la superficie reflejaban distintos estados de ánimo. Se detuvo un momento a beber agua y notó que se levantaba un suave viento que hacía sisear la arena, como si las dunas respirasen. Sintió el impulso de gritar, de decirle al desierto que no pretendía hacerle ningún daño, que no era más que un intruso temporal que se adentraba en su corazón secreto y que, en cuanto terminase lo que tenía entre manos, se marcharía para no volver. Jamás se había sentido tan pequeño ni solo. Pensó volver a poner el casete de Kadim al-Saher pero le pareció

inapropiado. Estaba tan sobrecogido por aquel mar de arena que incluso se olvidó de fumar.

Hacia las cinco de la tarde el sol estaba ya muy bajo. Jalifa llegó a la cima de una de las dunas más enormes que había encontrado y redujo la velocidad para examinar cómo era la pendiente por el otro lado. Al hacerlo, casi echado encima del volante para mirar por el parabrisas, algo llamó su atención hacia la izquierda. Cerró el contacto y bajó del vehículo.

No podía ver con claridad porque el aire seguía enrarecido a causa del calor de la tarde. Parecía un triángulo nebuloso que flotase por encima de las dunas. Volvió al Toyota, cogió los prismáticos que llevaba en el asiento y los ajustó. Por unos instantes lo vio todo borroso, pero entonces distinguió con nitidez una gran roca de color oscuro y forma piramidal que se elevaba de la arena como un negro iceberg. Calculó que debía de estar a unos veinte kilómetros de distancia, y al comprobarlo con el GPS

resultó que estaba exactamente a veintiocho. Miró a un lado y a otro de la roca pero no vio nada que indicase actividad humana, salvo un par de siluetas negras que quizá

fuesen centinelas. Cerró los ojos, aguzó el oído y percibió el lejano pero inconfundible runrún de un motor, intermitente y cada vez más audible. Era

difícil precisar de dónde procedía. Pero al cabo de un minuto reparó, con un sobresalto, en que no procedía de la dirección por la que había llegado hasta allí. Se volvió y dirigió los prismáticos hacia los surcos que las ruedas del Toyota habían dejado en el suelo. Y de pronto vio brincar, literalmente, dos motocicletas desde lo alto de la cuarta duna a partir de donde se encontraba, a unos dos kilómetros y siguiendo su rastro. Jalifa maldijo para sus adentros y miró por el borde de la duna. Era de las que tenía una pared casi vertical, que hacía imposible descender con el todoterreno. Subió

de nuevo al vehículo, arrancó, puso marcha atrás y descendió por la pendiente. Al llegar al pie de la duna dio un golpe de volante, puso primera y pisó a fondo el acelerador. Las ruedas de atrás patinaron y se hundieron en la arena.

—¡Joder! —gritó, desesperado.

Volvió a poner marcha atrás mirando hacia lo alto de la duna opuesta, esperando que de un momento a otro las motocicletas saltasen por el borde. El Toyota se deslizó

unos metros hacia abajo y Jalifa creyó haber liberado las ruedas traseras, pero volvieron a patinar y se hundieron más que antes, casi hasta el eje. Se apeó de un salto y comprobó que las ruedas prácticamente habían desaparecido en la arena. Sería imposible desenterrarlas. De modo que volvió a subir al vehículo, metió el GPS

en la bolsa, cogió uno de los bidones de agua y empezó a ascender por la pendiente por la que acababa de descender, hundiéndose en la arena a cada paso. Hacia mitad de la cuesta la duna empezó a resbalar. Jalifa saltaba hacia delante una y otra vez, pero siempre parecía encontrarse a la misma distancia de la cumbre, como si estuviese en una gigantesca cinta de gimnasio. El bidón de agua entorpecía sus movimientos, de modo que lo soltó, aunque a regañadientes. Oyó que las

motocicletas ya subían por la duna contigua. Si llegaban a la cumbre y lo veían podía darse por muerto.

—¡Vamos! ¡Vamos! —se apremió, porfiando por seguir ascendiendo. Por unos segundos no logró avanzar, pero, cuando ya se resignaba a ser descubierto, consiguió asentar los pies con firmeza y, con un supremo esfuerzo, volvió

a ascender, con los ojos desorbitados a causa del esfuerzo. Llegó a la cumbre y se arrojó al suelo justo cuando las motocicletas asomaban por la

otra duna en dirección a su abandonado vehículo.

Permaneció inmóvil hasta recobrar el aliento y luego sacó la pistola y se asomó

con precaución por el borde de la duna. Cuando las motocicletas llegaron junto al Toyota, los motoristas se apearon empuñando sendos fusiles. Uno de ellos abrió la puerta, miró hacia el interior y sacó la chaqueta que Jalifa, en su apresuramiento, había dejado allí. El otro empezó a ascender por la ladera de la duna tras las huellas de las pisadas de Jalifa y las de los neumáticos. Se detuvo junto al desechado bidón de agua y lo perforó de un disparo que resonó como un trueno en aquel desolado paraje.

Jalifa se alejó del borde de la cumbre. Era inútil echar a correr para tratar de escapar. Aquel tipo lo vería y lo cazaría como a un conejo. Podía dispararle en cuanto asomase, pero quedaría su compañero. Miró alrededor. Del borde del otro lado de la cumbre partía una grieta, larga pero poco profunda, en la que Jalifa vio que podía ocultarse y no ser descubierto aunque aquel tipo se detuviese justo al lado. No se.trataba de un escondrijo inexpugnable, desde luego, pero era lo mejor que podía esperar en un desierto. De modo que agarró la bolsa y se metió en la grieta, boca arriba, empuñando la pistola.

Durante unos minutos no sucedió nada, pero de pronto, oyó pisadas. Imaginó al motorista llegando a lo alto, mirando alrededor y deteniéndose junto al borde. Y así

fue. Un reguero de arena desplazada por los pies del motorista cayó a su escondrijo. Jalifa contuvo la respiración y acercó el dedo al gatillo.

El silencio resultaba angustioso. Imaginó que el motorista debía de estar tratando de adivinar por dónde se había escabullido su presa. Otro reguero de arena cayó en la grieta. Jalifa temió que su perseguidor fuese a descender por allí, pero al cabo de unos segundos dejó de caer arena.

—Al parecer ha estado aquí pero ha vuelto a bajar. Ha debido de retroceder —

gritó el motorista mirando en dirección al Toyota.

Jalifa lo oyó alejarse del borde y respiró con alivio.

—Gracias, Alá —musitó.

De pronto sonó el móvil de Abdul.

Fue tan inesperado que Jalifa tardó varios segundos en reaccionar. Metió la mano en la bolsa para tratar de apagarlo, pero fue demasiado tarde. Oyó gritar al motorista y rápidas pisadas. En cuanto lo vio asomar hizo tres

disparos. Uno de los proyectiles pasó por encima de la cabeza de aquél y otro a centímetros de su costado, pero el tercero lo alcanzó en la frente. Cayó de espaldas y empezó a rodar por la pendiente. Jalifa se irguió y gateó hasta la cumbre. Pero una ráfaga lo obligó a echar cuerpo a tierra. Al instante oyó otra ráfaga, pero que no iba dirigida contra él. Se incorporó lo justo para mirar abajo y vio que el motorista que estaba junto al Toyota había disparado a los neumáticos de la motocicleta de su compañero. Jalifa disparó pero no le acertó al motorista superviviente, que replicó con otra granizada de balas que lo obligó a retroceder. Al cabo de unos instantes Jalifa oyó que la motocicleta se ponía en marcha. Contó hasta tres y volvió a levantar la cabeza. La motocicleta se alejaba.

236

Entonces se arrodilló y vació el cargador de su pistola en la espalda del motorista, que se tambaleó pero no llegó a caer. Como ya no le quedaban balas, todo lo que pudo hacer Jalifa fue seguir con la mirada al motorista. Al cabo de unos cien metros, éste se detuvo, se volvió y disparó una ráfaga contra el Toyota, que con un estruendo ensordecedor, explotó convertido en una bola de fuego de la que se elevó una negra humareda.

A continuación se alejó.

Jalifa, sin aliento, miró hacia la pira que acababa de brotar del desierto. Le temblaban las manos. Se acercó a su bolsa, donde el móvil seguía sonando.

—¿Sí?

—¿Por qué has tardado tanto en contestar? —tronó la voz de Abdul—. ¿Cómo está mi Toyota?

Jalifa miró hacia la columna de humo que se elevaba hacia el cielo del desierto y se sintió descorazonado.

—Estupendamente, Abdul —mintió—. Estupendamente.

237

En el desierto occidental

Saif al-Thar llevaba en lo alto de la duna desde el amanecer, observando cómo iban exhumando los restos del ejército. De sol a sol el cráter había ido ensanchándose inexorablemente. Pero ya a mediodía habían desenterrado tantos cuerpos y amontonado tantas piezas que habían agotado las cajas para embalarlos. Por la noche llegarían más con la caravana de camellos, pero ni aun así serían suficientes para embalar los miles de objetos desenterrados. El fondo del valle semejaba un enorme y macabro vertedero,

en el que se amontonaban cadáveres y armas antiguas. En aquellos momentos, sin embargo, Saif al-Thar no miraba hacia el cráter sino la columna de humo que se elevaba a lo lejos. Hacía una hora, una de las patrullas había comunicado por radio que había localizado huellas de neumáticos. La humareda indicaba, probablemente, que habían logrado interceptar y neutralizar el vehículo que se acercaba. Debería haber sentido alivio pero, en lugar de ello, tuvo un negro presentimiento.

Mehmet se acercó a él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Saif al-Thar.

—Han encontrado un todoterreno, maestro. Y lo han destruido.

—¿Y el conductor?

—Ha logrado escapar. Ha matado a uno de nuestros hombres. El otro viene de regreso.

Saif al-Thar guardó silencio. La columna de humo seguía elevándose hacia el cielo.

—Avísame cuando llegue el motorista. Y que despegue el helicóptero. El conductor del todoterreno no puede haber ido muy lejos.

—Sí, maestro.

El muchacho dio media vuelta y echó a correr pendiente abajo. Saif al-Thar empezó a pasear de un lado a otro, con las manos a la espalda, una de ellas vendada a causa de la quemadura que se había producido en su intento de impresionar a los occidentales.

Se preguntó quién debía de ser el intruso, qué habría ido a hacer allí, en pleno desierto, y si estaría solo o acompañado. Cuantas más vueltas le daba al asunto más se inquietaba, y no por temor a que los hubiesen descubierto, sino por algo mucho más elemental. Era como un mal presagio. Tenía la sensación de que una mano se alargaba hacia él desde el pasado. Siguió mirando en dirección a la columna de humo, y de pronto se le antojó que tenía forma humana y se elevaba en el desierto como un genio. Distinguía una cabeza, unos hombros, un brazo, e incluso dos ojos allá donde el viento había perforado la humareda. Parecían mirarlo con fijeza, fulminarlo con la mirada. Dio media vuelta, furioso consigo mismo por imaginar tales cosas, pero la impresión de que la negra forma se erguía malévolamente a sus espaldas no lo abandonó. Cerró los ojos y empezó a rezar.

—Apenas te oigo, Abdul. Hay demasiadas interferencias. Es imposible... Jalifa se acercó más el móvil a la boca e hizo un ruido que confió que sonase a estática y a continuación desconectó el móvil. Por un

instante se preguntó si debía llamar para pedir ayuda, pero desechó la idea de inmediato. ¿A quién iba a llamar? ¿Al comisario Hassani? ¿A Mohamed Sariya? ¿A Hosni? Aunque le creyesen, ¿qué podían hacer?

No. Tendría que arreglárselas solo. Volvió a guardar el móvil en la bolsa y ascendió hasta lo alto de la duna. El aire olía a gasolina y a goma quemada. Seguían asomando llamas de las ventanillas del todoterreno. Debajo de él, al pie de la pendiente, se hallaba el cadáver del hombre al que había matado, boca arriba en la arena, con un brazo en una postura antinatural debajo de la cabeza. Fue hacia el cuerpo y se detuvo por unos segudos a examinar el perforado bidón de agua, que se había derramado casi por completo. Sólo quedaba un poco en el fondo. Se llevó el recipiente a la boca y bebió el agua que quedaba.

El rostro del muerto era una horrible máscara de sangre y arena. Tenía una brecha en la frente que dejaba ver el hueso y la masa encefálica. Tratando de no mirar, Jalifa cogió el fusil y desnudó al cadáver. Lamentaba hacerlo, pero si quería llegar al campamento de Saif al-Thar sin llamar la atención necesitaba aquella ropa. Hizo un lío con la túnica y el turbante, se colgó el fusil al hombro y volvió a ascender por la ladera de la duna. Pero cuando hubo ascendido unos diez metros, su conciencia lo hizo detenerse. Dio media vuelta y cavó rápidamente una fosa. No sería una verdadera tumba, pero no podía dejar el cuerpo allí a merced de los buitres, los chacales, o cualesquiera que fuesen las alimañas que vivían en aquella desolación. Aunque se trataba de un enemigo, merecía una mínima muestra de respeto. Su gesto, sin embargo, estuvo a punto de costarle caro, porque al volver a lo alto de la duna oyó el lejano pero inconfundible sonido de los rotores de un helicóptero. Si hubiese tardado veinte segundos más, lo habrían descubierto. Tuvo el tiempo justo para escabullirse hacia la grieta del otro lado, antes de que el aparato sobrevolase la duna levantando una lluvia de arena. El helicóptero permaneció unos minutos volando en círculo, escudriñando el paraje. Luego se elevó y se alejó en dirección noroeste.

El plan inicial de Jalifa había sido alejarse de aquel lugar lo más rápidamente posible, pero con aquel helicóptero en misión de reconocimiento por la zona era peligroso aventurarse a alejarse de allí. De modo que decidió seguir donde estaba hasta que oscureciese. Introdujo en la pistola el último cargador que le quedaba, metió las ropas del muerto en la bolsa y se echó boca arriba en la grieta. Encendió un cigarrillo mirando

hacia el mar de dunas que se iba difuminando a medida que menguaba la luz del día. Debía de faltar una hora, o acaso menos, para que oscureciese por completo, y confiaba en que aquella noche no brillase demasiado la luna.

El sol se había puesto y las primeras estrellas empezaban a titilar en el cielo cuando la motocicleta saltó por el borde de la duna. Se dirigió derecho al campamento y fue a detenerse junto a una pila de cajas. El motorista se apeó sujetándose el hombro izquierdo con la mano derecha, y se desplomó. Varios compañeros se acercaron a él seguidos de Mehmet, que se arrodilló a su lado y cogió algo que el herido tenía en una mano. Luego se abrió paso entre los reunidos y corrió hacia la duna en lo alto de la cual se hallaba su maestro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Saif al-Thar.

—El compañero de la patrulla que acababa de llegar ha encontrado esto —dijo Mehmet, jadeante—: Estaba dentro del todoterreno —añadió tendiéndole la cartera y las credenciales de Jalifa. —¿Y el helicóptero?

—Ha estado rastreando la zona, pero no lo ha encontrado. Ha desaparecido. Saif al-Thar meneó la cabeza.

—No puede andar muy lejos. Lo presiento. Que el helicóptero siga buscándolo hasta que oscurezca. Y que redoblen la vigilancia alrededor de la zona de excavación. Por fuerza tendrá que venir aquí, de modo que diles a todos que estén muy alerta.

—Sí, maestro.

—Y que el doctor Dravic venga a verme de inmediato.

—Sí, maestro.

El muchacho dio media vuelta y bajó corriendo la pendiente. Saif al-Thar siguió

donde estaba, mirando hacia la columna de humo, cada vez menos distinguible en el crepúsculo. Luego estudió las credenciales de Jalifa, donde aparecían los datos y la fotografía de éste. Su expresión permaneció impasible, pero sus ojos delataron su sorpresa y su nuez se movió como si tragase con dificultad. Estuvo mirando aquellas credenciales durante casi un minuto. Después se las guardó en el bolsillo y empezó a examinar lo que contenía la cartera. Sacó una fotografía de la esposa de Jalifa, otra de sus tres hijos y una tercera de sus padres, que estaban de pie frente a las pirámides cogidos del brazo. Había una tarjeta telefónica, doce libras

egipcias y un librito en miniatura con versículos del Corán. En otro compartimento encontró otra foto. Estaba agrietada y borrosa y con los bordes doblados, pero el joven apuesto que aparecía en la fotografía era perfectamente reconocible, guardaba un gran parecido con Yusuf Jalifa, aunque sus facciones eran más duras y graves, tenía ojos muy penetrantes y un mechón de pelo negro caía sobre una frente ancha, de persona inteligente. Miraba a la cámara, con un brazo caído y una mano posada en la cabeza de una pequeña esfinge de piedra. Al dorso se leía: «Alí, frente al Museo de El Cairo». A Saif al-Thar empezó a temblarle la mano.

Todavía estaba mirando la foto cuando Dravic llegó a lo alto de la duna.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sin resuello.

—Mañana mismo nos llevaremos los objetos por aire —dijo Saif al-Thar.

—¿Cómo?

—Quiero que los helicópteros estén aquí al amanecer.

—Creía que había dicho que no íbamos a utilizar helicópteros.

—Han cambiado los planes. Nos llevaremos todo lo que podamos en los helicópteros y el resto en la caravana de camellos. Quiero que abandonemos este lugar dentro de veinticuatro horas.

—Pero... ¡no podemos...!

—¡Haga lo que le digo! —le espetó Saif al-Thar.

Dravic lo fulminó con la mirada. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente.

—Es imposible tenerlo todo listo para mañana. Hace sólo un rato que localizamos la retaguardia, a casi tres kilómetros de la pirámide. Necesitamos por lo menos dos días para desenterrarlo todo.

—Pues ponga más hombres a trabajar. A todos. Que empiecen a hacer los preparativos para la partida.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido?

Saif al-Thar miró la fotografía.

—Hay una persona que está al corriente de todo. Un policía. Y está rondando por aquí, no muy lejos.

Dravic lo miró con expresión de incredulidad y luego se echó a reír.

—¿Y por eso se ha asustado usted? ¿Porque hay un policía rondando por aquí?

¡Por Dios! No tenemos más que enviar una patrulla para que lo liquide. Dudo de que encuentre muchos sitios donde ocultarse.

—Nos marcharemos mañana.

—Ya le he dicho que no hay tiempo material. Necesitamos por lo menos dos días más. Si no hacemos las cosas bien, lo que hemos desenterrado no valdrá nada. Entiéndalo. ¡No valdrá nada!

—Nos marcharemos mañana —insistió Saif al-Thar mirándolo con dureza—. No hay más que hablar.

Dravic fue a replicar pero comprendió que era inútil. Dio media vuelta, lanzó un escupitajo al suelo y se alejó.

Se oyó el motor de un generador y los focos se encendieron iluminando la zona de excavación. Saif al-Thar volvió a mirar la fotografía.

—Alí —musitó para sí torciendo el gesto, como si pronunciar aquel nombre le amargase en la boca—. Alí Jalifa.

Permaneció inmóvil por unos instantes y después, violentamente, hizo pedazos la fotografía y los lanzó al viento. Los fragmentos se esparcieron por la duna y algunos fueron a aterrizar a sus pies, como añicos de un espejo roto.

Ya era de noche cuando Jalifa se decidió a salir de la grieta de la duna. Pero no estaba totalmente a oscuras, porque en el desierto eso nunca ocurre, sino que es más bien una penumbra densa, como si hubiesen cubierto el paisaje con un tul pardusco. Dirigió la mirada hacia las dunas. Tal como esperaba, la luna no brillaba demasiado. Miró alrededor. Lo aguardaba un largo camino a pie y no podía entretenerse. Por lo pronto, debería descender por la ladera opuesta que aunque sólo tenía unos treinta metros, era muy empinada, casi vertical. Miró a un lado y a otro para averiguar si había algún punto por el que la pendiente fuese menos pronunciada, pero no lo había. De modo que, musitando una plegaria, arrojó la bolsa cuesta abajo; se sentó con el fusil en bandolera y se dejó deslizar. Enseguida su cuerpo adquirió una tremenda velocidad, y aunque trató de frenar con los pies, sólo consiguió que los zapatos se le llenasen de arena. A mitad de la pendiente chocó con una roca que lo hizo rodar mientras el arma le golpeaba el pecho y el mentón. Llegó al fondo de bruces y con la boca llena de arena.

—Ibn sharmoota —musitó—. ¡Mierda!

Permaneció inmóvil, y por fin, escupiendo arena, se levantó y miró hacia lo alto de la duna. Desde abajo la pendiente parecía aún más empinada que desde arriba. Musitó otra breve plegaria para dar gracias por

seguir vivo y, sacudiéndose la arena del pelo, recogió la bolsa y se dispuso a cruzar el desierto.

Caminó durante toda la noche sin oír más que el ruido de sus pisadas y su respiración. Era consciente de que estaba dejando un rastro fácil de seguir incluso a oscuras, pero no podía hacer nada para evitarlo. De modo que procuró no pensar en ello y continuó avanzando. Llevaba el GPS en la mano y lo miraba de vez en cuando para ver a qué distancia estaba. Aunque, en cuanto a la dirección a seguir, no necesitaba ningún instrumento, puesto que la pirámide de roca era claramente visible y resplandecía misteriosamente pese a la oscuridad. Jalifa dedujo que debía de estar iluminada desde la base. Poco a poco fue cogiendo el ritmo más adecuado para su larga caminata. Ascendía por las dunas con pasos firmes pero lentos, descendía con rapidez y luego a grandes zancadas desde la base de una duna a otra, repitiendo una y otra vez la misma secuencia de pendientes y trechos llanos.

Le faltaban veintiocho kilómetros por recorrer, y durante la primera mitad del trayecto logró estar muy alerta, atento a la menor señal de que lo estuviesen siguiendo. Pero a medida que pasaron las horas, empezó a distraerse. Pensaba en Zainab, en cuando se habían conocido, poco después de que él ingresase en la

universidad. Había ido a pasar la tarde al zoo con un grupo de compañeros, y una de las chicas era Zainab, amiga de una amiga. Habían estado recorriendo el recinto y Jalifa, siempre tímido, no se había atrevido a hablar con ella hasta llegar frente al foso del oso polar, que nadaba, no muy animado, en su estanque de agua turbia.

—Pobre animal —había exclamado Jalifa—. Con lo bien que estaría él en su tierra, allá en la Antártida.

—En el Ártico —lo había corregido Zainab, que estaba justo detrás de él—. Los osos polares proceden del Ártico —añadió—. En la Antártida hay pingüinos, no osos polares.

Él se había ruborizado, turbado por su melena, su hermoso rostro y sus grandes ojos.

—Ah, pues no lo sabía —había admitido, cohibido.

Eso había sido todo. Atenazado por su timidez no había vuelto a hablarle en toda la tarde.

Jalifa sonrió al recordarlo. ¿Quién iba a decir que con un principio tan poco prometedor...?

Una estrella fugaz cruzó el cielo como una exhalación. Jalifa siguió con su dura caminata, pensando en sus hijos, en Batah, en Alí y en el pequeño Yusuf. Recordaba el nacimiento de cada uno de ellos como si hubiese sido el día anterior. Batah había tardado casi diecinueve horas en llegar.

—La primera y la última —había dicho Zainab al poco de dar a luz—. No pienso volver a pasar por esto.

Pero unos años después había llegado Alí, y después Yusuf. Y quizá la cosa no acabara ahí. En eso confiaba Yusuf, que quería tener muchos hijos y verlos jugar alrededor de la fuente que esperaba terminar algún día; llenando de risas el apartamento.

Se había levantado un poco de viento que hacía sisear las dunas como si hablasen de él, que sin detenerse sacó del bolsillo del pantalón un paquete de Cleopatra y encendió un cigarrillo. Se acordó de sus padres. Aún le parecía ver a su padre levantándolo en brazos y a su madre sentada en la azotea de su casa pelando judías tiernas. Luego pensó en el profesor Al-Habibi y en Abdul el Gordo; en el Museo de El Cairo; en cuando trabajaba como ayudante de camellero; en los casos que había llevado, y en los que había resuelto. Las imágenes de sus recuerdos pasaban velozmente por su mente, como si estuviese en el cine viendo un documental de su vida, lo cual, de manera inevitable, lo llevó a pensar en su hermano, en los buenos recuerdos de su infancia y adolescencia; en sus juegos y en sus aventuras; en el barco abandonado y varado en la orilla del Nilo y desde cuya cubierta se zambullían en el agua. Y después en el cambio que poco a poco había ido experimentando Alí, que había empezado a endurecerse y distanciarse para terminar por crearse problemas y cometer actos reprobables. Inevitablemente también, se retrotrajo al día en que la vida de su hermano había quedado destrozada, y con ella la suya propia. Todo había sucedido de modo tan rápido como inesperado. Los fundamentalistas llegaron una tarde al pueblo buscando extranjeros para matarlos. Hubo un tiroteo en el que murieron siete personas, incluyendo tres terroristas. Jalifa estaba en la universidad por entonces y se enteró por la radio. Volvió a casa de inmediato, convencido de que su hermano estaba implicado. Encontró a su madre sola en casa, sentada en una silla mirando a la pared.

—Tu hermano ha muerto —le dijo sin rodeos, blanca como la cera—. Mi Alí ha muerto. Tengo el corazón destrozado, Yusuf.

242

Jalifa estuvo luego vagando por las calles. Los cadáveres de los fundamentalistas aún no habían sido retirados y yacían uno junto al otro sobre el asfalto, cubiertos con mantas. Varios agentes de policía estaban junto a los cadáveres, charlando y fumando. Él contempló los cuerpos tratando de asociarlos con el hermano que tanto quería y luego desvió la mirada. Subió hasta el llano de Gizeh, hasta las pirámides y luego más arriba, hasta lo más alto de la pirámide de Keops, hasta el lugar en el que él y Alí solían sentarse de pequeños, para admirar el mundo que se extendía a sus pies como un mapa gigantesco. Y allí, en lo que se le antojaba la cima del mundo, se desmoronó y se echó a llorar, abrumado por la vergüenza y el horror, sin acabar de creer lo que había ocurrido, incapaz de entenderlo, mientras el sol púrpura del crepúsculo declinaba por encima de su cabeza, que parecía a punto de estallar de tanto que le dolía.

Su hermano Alí. El hermano que había sido un padre para él; que lo había convertido en lo que era, que había sido su fuente de inspiración para todas las cosas. Tanta fortaleza. Tanta bondad. Hacía ya catorce años que había muerto, pero el desconsuelo de Jalifa no había remitido, ni remitiría hasta que no pudiese estar cara a cara con el responsable de su muerte. Por eso había ido hasta allí. Para mirar a Saif al-Thar a los ojos, aunque le costase la vida. Para enfrentarse al hombre que había destruido a su familia.

Jalifa trepó con dificultad hasta lo alto de una duna y reparó con sorpresa en que casi había llegado a destino. A menos de dos kilómetros se alzaba la roca piramidal, tan enorme que intimidaba. El neblinoso halo que la rodeaba resultaba sobrecogedor. Las siluetas negras que se veían en las lomas que se alzaban en torno a ella debían de ser vigías. Por si acaso, Jalifa se arrojó al suelo. Miró el reloj. Faltaba media hora para que amaneciese.

Como tantas otras veces durante aquel duro trayecto, se deslizó por la pendiente y, al llegar abajo, se descolgó el fusil, sacó la pistola de la bolsa y se la remetió bajo el cinturón. Luego sacó la túnica negra y el turbante y se los puso. El roce de la sangre reseca, adherida a varios puntos de la tela, lo hizo estremecerse. Metió el móvil y el GPS en sendos bolsillos, arrojó a un lado la bolsa y, tras colgarse nuevamente el fusil en bandolera, ascendió hasta lo alto de la siguiente duna y bajó

por la pendiente opuesta en dirección adonde se encontraban sus enemigos.

—Por Alí —musitó.

Tara cruzó el campamento seguida de un centinela armado. Hacía frío y se abrazaba los hombros intentando darse calor, aún dolorida por los golpes que le había propinado Dravic. Se oían gritos, golpes de herramientas y berridos que sonaban como estridentes trompetazos. Respiró hondo y con alivio tras su encierro en la tienda con Daniel.

Se preguntó cuántos días llevarían prisioneros. ¿Dos? ¿Tres? Buscó señales que le permitieran medir el paso del tiempo. Saif al-Thar había estado en la tienda la noche anterior. Y Dravic la había agredido una noche antes. Eso significaba que debía de ser su tercer día en el desierto. Pero tenía la sensación de que habían transcurrido muchos más.

Siguieron andando entre tiendas, rodearon varias pilas de cajas y por fin llegaron al lado sur del campamento. A su derecha vio una hilera de camellos, que eran los responsables de los berridos que acababa de oír. Un nutrido grupo de hombres se afanaba en la carga y descarga de cajas.

Al llegar a unos cincuenta metros de donde se encontraban los camellos, se detuvieron. Tara se bajó los tejanos, se acuclilló y orinó. Hacía sólo unos días no se le

habría pasado por la cabeza hacer semejante cosa delante de un extraño. Pero ya le daba igual.

El centinela desvió la mirada al instante. Era muy joven, casi un muchacho, y nunca antes lo había visto.

—¿Le gusta a usted el Manchester United? —le preguntó de pronto el joven guardián.

Tara se quedó de una pieza. Era la primera vez que uno de aquellos hombres le hablaba.

—El equipo de fútbol —añadió el joven.

Tara alzó la vista hacia él sin dejar de orinar y no pudo evitar echarse a reír.

¿Acaso cabía una situación más absurda que orinar en mitad del desierto junto a un fanático religioso, armado con un fusil, que quería hablar de fútbol? Siguió riendo, al borde de la histeria.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia? —preguntó el guardián.

—Esto. Todo esto —repuso ella, señalando alrededor—. No puede ser más cómico.

—¿No le gusta el Manchester United?

Tara se irguió, se subió los pantalones y dio dos pasos y avanzó hacia el guardián, hasta quedar a sólo unos centímetros del joven.

—Me importa una mierda el puto Manchester United —le espetó entre dientes—.

¿Lo has oído? Una mierda. Me han secuestrado, pegado y, dentro de poco, van a matarme. De modo que al Manchester United pueden darle por el culo. Y a ti también. El joven guardián bajó la vista, visiblemente amedrentado, pese a ser él quien iba armado.

—El Manchester United es bueno.

Era jovencísimo. Tara calculó que no debía de tener más de quince años. Y, de pronto, sintió una inexplicable compasión por él.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en tono amable. El joven dijo algo ininteligible para ella. —¿Cómo?

—Mehmet.

—¿Y por qué estás aquí, Mehmet?

El muchacho pareció muy confuso.

—Por Saif al-Thar —repuso no obstante.

—Y si Saif al-Thar dice que me mates, ¿me matarás?

El muchacho siguió con la cabeza gacha, visiblemente turbado.

—Mírame, mírame a la cara —lo urgió ella.

Mehmet alzó la vista de mala gana.

—Si Saif al-Thar te dice que me mates, ¿me matarás? —insistió Tara.

—Saif al-Thar es bueno —farfulló Mehmet—. Y me quiere.

—Pero ¿me matarías? ¿Me matarías si Saif al-Thar te lo ordenase?

El muchacho miró alrededor con expresión de nerviosismo.

—Debemos volver —se limitó a contestar.

—No, hasta que no me contestes.

—Debemos volver —repitió Mehmet.

—¡Contéstame!

—¡Sí! —le gritó él, apuntándole a la cara—. Sí, la mataría. La mataría. Por Alá, la mataría. ¿Entendido? ¿Quiere que la mate ahora mismo?

Mehmet jadeaba. Le temblaban las manos. Tara no cometió la tontería de seguir provocándolo.

—De acuerdo —dijo en tono pausado—. Volvamos.

Tara dio media vuelta y echó a andar, seguida de Mehmet. Caminaron en silencio hasta llegar a las primeras tiendas.

—Perdone —dijo el muchacho—. Lo siento mucho.

Tara aminoró el paso y se volvió. ¿Qué podía decirle? No era más que un niño. En cierto sentido, todos aquellos hombres eran como niños, simples, inocentes a pesar de los actos que cometían. Eran niños que habían descubierto ser más poderosos que los adultos.

—Soy seguidora del Chelsea —dijo Tara.

—El Chelsea es malo —dijo el muchacho con una sonrisa—. No es tan bueno como el Manchester United. El Manchester United es muy bueno.

Y, sin más, siguieron adentrándose en el campamento.

Echado boca abajo, Jalifa observaba las siluetas negras que tenía delante. Sólo una duna lo separaba de ellos. Estaba ya tan cerca que oía perfectamente el ruido del generador y de las herramientas.

No podía seguir avanzando sin ser descubierto. En lo alto de la siguiente duna había una hilera de hombres armados, y, en el valle, separados por intervalos regulares, había otros tantos. No tenía modo de internarse en el campamento sin ser visto. Quizá lograse dar un rodeo, pero tardaría mucho, y ya se veía una franja grisácea en el horizonte. Tenía que estar en el recinto antes de que amaneciese o, de lo contrario, los helicópteros, que casi con toda seguridad reanudarían la patrulla al alba, lo descubrirían. Descendió por la pendiente, se echó boca arriba y encendió un cigarrillo mientras reflexionaba sobre qué hacer.

Fue Alí quien le inspiró. O, mejor dicho, un consejo que Alí le había dado la primera vez que habían visitado el museo de El Cairo. Al llegar ante la entrada, su hermano se había detenido para explicarle cómo iban a hacer para colarse.

—Simularemos que vamos con un grupo de escolares —le dijo—, y entraremos como si tal cosa por la puerta principal.

Jalifa le preguntó si no sería mejor tratar de entrar por una puerta lateral, pero Alí negó con la cabeza.

—Si nos ven dar un rodeo, lo más probable es que nos paren —dijo—. Tú mira siempre al frente. Con confianza, como si tal cosa. Nunca falla. Y nunca había fallado. Que funcionase en ese momento era otro cantar, pero también lo único que se le ocurría. De modo que apuró el cigarrillo, se ajustó el turbante, se levantó y, tras ascender por la duna y bajar por el otro lado, les hizo señas a los centinelas que montaban guardia en aquel sector.

—Salaam! —los saludó—. ¿Todo bien?

Tres de ellos corrieron hacia él apuntándolo. Lo interceptaron al pie de la duna.

«Muéstrate confiado —pensó Jalifa—. Siempre confiado.»

—¡Eh! —exclamó entre risas—. Tranquilos, que soy de los vuestros.

Pero los hombres de Saif al-Thar siguieron encañonándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos—. ¿De dónde vienes?

—¿De dónde demonios creéis que vengo? De patrullar.

—¿De patrullar?

—Una pérdida de tiempo. Me he pasado toda la noche caminando y no he visto nada. ¿Tenéis un cigarrillo?

Uno de ellos buscó en un bolsillo de la túnica y sacó un paquete de Cleopatra. El compañero que había hablado primero lo atajó con un ademán.

—No se patrulla de noche. Sólo vigilancia alrededor del recinto. Ésas son las órdenes. Nada de patrullas.

—Pues podían habérmelo dicho antes —masculló Jalifa tratando de conservar su aplomo—. He debido de andar treinta kilómetros.

El hombre lo miró fijamente y luego, alzando el arma, le indicó que se descubriese el rostro.

«Muéstrate ofendido si empiezan a hacerte preguntas —le había dicho Alí aquel día en el museo—. Enfurécete si es necesario. Nunca dudes.»

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Jalifa—. Me he pasado toda la noche al raso y estoy helado.

—¡Descúbrete el rostro!

Refunfuñando, Jalifa se retiró el pañuelo de la cara procurando que no se le viese la frente.

—No te conozco —dijo el otro.

—Ni yo a ti. No conozco a la mitad de los compañeros —replicó Jalifa —. Pero no voy por ahí encañonándolos. ¡Qué estupidez! —Hizo una pausa y luego decidió

arriesgarse—: Si no me crees, ¿por qué no vas a preguntarle a Dravic? Él me conoce. Yo estaba con él cuando se cargó al viejo en El Cairo. Lo rajó con su paleta, el muy bestia.

Los hombres de Saif al-Thar se miraron y bajaron las armas. El de los cigarrillos se acercó a él y le ofreció el paquete. Jalifa sacó uno y se lo llevó a la boca confiando en que no advirtieran que le temblaba la mano.

—¿Vas al campamento? —le preguntó el que lo había interrogado.

Jalifa asintió con la cabeza.

—Pues di que manden el relevo de una vez.

—De acuerdo. Ah, y hacedme un favor: lo que acabo de decir de Dravic, que quede entre nosotros, ¿eh?

Los hombres de Saif al-Thar se echaron a reír.

—No te preocupes. Nosotros pensamos lo mismo de él.

Jalifa sonrió, los saludó con la mano y empezó a alejarse. Al cabo de pocos pasos, sin embargo, lo llamaron.

—Eh, ¿no olvidas algo?

Jalifa se detuvo en seco. ¿Qué podía haber olvidado? ¿Una contraseña? Debería haber pensado que podría necesitar algo así. Se volvió y vio que los tres lo miraban con las armas en ristre.

—¿Y bien? —dijo el que le había dado el cigarrillo.

Jalifa se quedó con la mente en blanco. El corazón le latía con fuerza. Esbozó una sonrisa bobalicona al tiempo que, instintivamente, acercaba el índice de la mano derecha al gatillo de su fusil y los miraba como si calculase sus probabilidades de salir con vida. Se produjo un largo y opresivo silencio. A Jalifa se le antojó como la calma que precede a la tormenta, y, de pronto, el del cigarrillo se echó a reír a carcajadas.

—¡El cigarrillo, idiota! ¿No quieres fuego?

Jalifa tardó un segundo en reparar en lo que quería decir y al instante respiró

hondo, con profundo alivio. Alzó la mano y tocó el cigarrillo que llevaba en la boca.

—Eso es lo que le ocurre a uno por pasar una noche al raso en el desierto —dijo, uniéndose a sus risas—. Te deja lelo.

El del cigarrillo sacó un encendedor y le dio fuego.

—Estoy loco por largarme de este lugar dejado de la mano de Dios —dijo tras dar una calada.

Los hombres de Saif al-Thar asintieron con la cabeza.

Jalifa exhaló el humo, volvió a despedirse de ellos y se alejó de nuevo. Ya no volvieron a llamarlo. Había logrado infiltrarse. La franja grisácea que asomaba por el este era cada vez más ancha y luminosa. Jalifa cruzó el valle y ascendió a lo alto de la siguiente duna. La enorme roca en forma de pirámide se alzaba a su izquierda, silenciosa e inmutable, como un pivote

sobre el que se apoyase el cielo. Al llegar a la cima pasó entre dos centinelas, que no le prestaron la menor atención, y miró hacia el caótico panorama que se extendía a sus pies: el cráter, las tiendas, los camellos, las pilas de cajas y los objetos esparcidos por el suelo aguardando a ser embalados. Varios grupos de hombres vestidos de negro iban de un lado para otro, la mayoría cargando cajas y el resto excavando entre los cadáveres. Un hombre alto y fornido con camisa blanca parecía supervisarlos.

El inspector dedujo que se trataba de Dravic. Siguió observando durante unos minutos y luego volvió a fijar su atención en el campamento, justo a tiempo de ver a una mujer rubia que entraba en una de las tiendas. Memorizó el lugar exacto, entre una hilera de bidones y una pirámide de balas de paja, y bajó por la pendiente.

«Allahu akbar! Allahu akbar!», oyó a través de unos altavoces. Era la llamada para las oraciones matinales. Apresuró el paso y volvió a cubrirse el rostro con el pañuelo.

Los hombres de Saif al-Thar asomaron desde distintos puntos del campamento, se dirigieron hacia una explanada que estaba junto al lado sur y formaron en filas mirando hacia el este. Saif al-Thar se encaminó hacia un lado del campamento y entró

en una tienda por encima de la cual asomaba una antena. Un hombre que estaba ante un aparato de radio se puso en pie al verlo entrar, pero él le hizo seña de que volviera a sentarse.

—¿Qué hay de los helicópteros? —preguntó.

El operador le pasó un trozo de papel y dijo:

—Acaban de despegar.

—¿Sin problemas?

—Sin problemas. Estarán aquí en menos de una hora.

—¿Se sabe algo de los centinelas?

El operador negó con la cabeza.

—Téngame informado —ordenó Saif al-Thar, y salió de la tienda.

247

A medida que los hombres llegaban a la explanada, el campamento iba quedando vacío. Los centinelas seguían en sus puestos, pero también miraban hacia el este, con la cabeza inclinada.

Saif al-Thar los observó. Parecían buitres posados en lo alto de las dunas. Aguardó unos instantes y se encaminó hacia el campamento. El

clamor de los rezos llegaba hasta el último rincón del recinto. Al descorrer la cortina de su tienda y agacharse para entrar, se detuvo en seco. Se incorporó lentamente mirando a un lado y a otro. Dio un paso escudriñando el laberinto de bolsas y aparatos y, al comprobar que no había nada anormal, sacudió la cabeza y entró.

248

Cerca de la frontera libia

Los helicópteros volaban bajo. Eran una veintena y semejaban una bandada de aves carroñeras. Uno iba ligeramente más adelantado que los demás, que seguían todos sus movimientos, hacia arriba, hacia abajo, a la derecha y a la izquierda, como si realizasen un ejercicio de acrobacia aérea. Eran aparatos grandes y pesados cuyo tamaño contrastaba con sus ágiles maniobras. La silueta de los pilotos apenas se veía en las cabinas. Se dirigían hacia la línea del amanecer. El cielo empezaba a teñirse de un color rojizo.

En el desierto occidental

Jalifa estaba escondido detrás de una hilera de barriles. Permaneció allí hasta que el campamento quedó completamente desierto. Entonces se apresuró a cruzar el laberinto de tiendas y cajas buscando la tienda en la que había visto entrar a la mujer. Calculaba que disponía de quince o veinte minutos. Desde lo alto de la duna la distribución del campamento le había parecido perfectamente clara. Pero, ahora, al nivel del suelo, no le resultaba tan fácil orientarse. Todo tenía el mismo aspecto y los puntos de referencia que antes había observado (las hileras de bidones y las pilas de balas de paja) se repetían por todos lados. Asomó la cabeza en un par de tiendas, y al no ver a nadie empezó a desesperarse. Pero de pronto identificó la tienda que buscaba. Entró blandiendo el arma, pero era innecesario porque no había centinela. Tampoco estaba la mujer. Sin embargo, de espaldas a la entrada vio a uno con la frente pegada al suelo. Jalifa fue a retroceder, pensando que había vuelto a equivocarse de tienda. Algo lo detuvo. Todo lo que veía del orante era la silueta de su túnica negra, pero tuvo el presentimiento de que se trataba de Saif al-Thar. Alzó el arma con el dedo en el gatillo, dispuesto a disparar.

Si el orante reparó en la presencia del inspector no dio muestras de ello y siguió

rezando. Jalifa ciñó más el dedo al gatillo. A aquella distancia era imposible fallar. Le latía el corazón con tal fuerza que parecía resonar en la

tienda. El hombre se incorporó, musitó nuevamente una oración y volvió a arrodillarse. Jalifa no tenía más que decidirse y apretar el gatillo, y al pensar en Alí apuntó a la cabeza. Respiró hondo y se mordió el labio inferior. Pero a continuación bajó el arma, dio media vuelta y salió de la tienda.

Se detuvo a mirar la raída lona de la cortina y sintió un nudo en la boca del estómago. Aunque sólo había estado observando a aquel hombre unos segundos, el cielo estaba ahora mucho más claro que al entrar. El amanecer avanzaba con rapidez. Pronto terminarían los rezos matinales. Volvió a adentrarse en el laberinto de tiendas.

—Me gustaría saber cómo está Joey —dijo Tara.

Se hallaba sentada en el suelo de la tienda, abrazándose las rodillas y balanceando hacia delante y hacia atrás. Daniel estaba echado a su lado, haciendo tamborilear los dedos contra el suelo. De vez en cuando miraba el reloj.

—¿Quién es Joey?

—La cobra de cuello negro que tenemos en el zoo. No se encontraba muy bien últimamente.

—Imaginaba que ya estabas harta de cobras.

Tara se encogió de hombros.

—Joey nunca me ha caído demasiado bien. Pero, en fin... cuando pienso que no voy a volver a verla... Confío en que Alexandra no deje de administrarle los

antibióticos. Y en que le quite la piedra del terrario. Ha pillado una enfermedad de la piel de tanto restregarse contra ella.

Tara hablaba por hablar, como si de ese modo pudiese posponer el momento en que los sacasen de la tienda para... ¿Para qué? ¿Para fusilarlos? ¿Para decapitarlos?

¿Para degollarlos?

Miró al centinela, que ya no era Mehmet sino un hombre mayor. Lo imaginaba apuntándola a la cabeza y disparando. Incluso le pareció oír la detonación y ver brotar su propia sangre. Empezó a retorcerse las manos.

—¿Y se puede saber por qué te dio por las serpientes? —preguntó Daniel, que se incorporó y se sentó—. Nunca he entendido la atracción por esos bichos. Tara se encogió de hombros.

—Aunque de un modo muy curioso, en realidad fue mi padre quien hizo que me interesase pór las serpientes. Él las odiaba. Era su punto flaco. Y

eso me daba la sensación de tener cierto poder sobre él. Recuerdo que, en cierta ocasión, unos alumnos le metieron una serpiente de goma en su bolsa, y cuando la abrió... —Tara se detuvo a mitad de la frase, como si se percatase de que no merecía la pena, porque ninguno de los dos iba a reír. Tras un silencio tenso, y esforzándose por que la conversación no decayese, preguntó—: ¿Y tú? Nunca me has contado por qué

decidiste hacerte arqueólogo.

Daniel estaba atándose el cordón de una de sus botas.

—Sólo Dios lo sabe. Nunca me he parado a pensar en ello. Supongo que me hice arqueólogo porque siempre me había gustado excavar. Recuerdo que antes de que mis padres muriesen, cuando vivíamos en París, teníamos jardín y yo me pasaba la vida cavando hoyos, buscando tesoros enterrados. Los hacía enormes, como cráteres. Mi padre me decía que cualquier día iba aparecer en Australia. Supongo que así

empezó mi afición. Luego me regalaron un libro con ilustraciones de los tesoros de Tutankamón y, a partir de entonces, las excavaciones y Egipto... Un centinela entró de pronto en la tienda. La madrugada era fría, y llevaba el pañuelo muy ceñido al rostro. El centinela que estaba en el interior fue a levantarse, pero sin mediar palabra el recién llegado lo golpeó con la culata del fusil en la cabeza y lo dejó sin sentido. Daniel y Tara se levantaron de un salto. Jalifa se descubrió el rostro.

—Tenemos muy poco tiempo —les dijo a la vez que se agachaba a recoger el fusil del centinela—. Soy policía. He venido a liberarlos —agregó tendiéndole el arma a Daniel-. ¿Sabrá utilizarlo?

—Creo que sí.

—¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí? —preguntó Tara—. ¿Cuántos son ustedes?

—Sólo yo —contestó Jalifa—. Pero no hay tiempo para explicaciones. En muy pocos minutos habrán terminado sus oraciones y volverán al campamento. Deben huir ahora que tienen la ocasión de hacerlo. —Se cercioró de que no había nadie cerca de la entrada de la tienda, y les indicó —: Vayan en dirección norte, valle arriba, al otro lado de la excavación, y sigan tan arrimados como puedan a la base de la duna. Así

quedarán fuera del campo de visión de los centinelas que tienen apostados. Dense toda la prisa que puedan.

—¿Y usted? —preguntó Tara.

Jalifa no hizo caso de la pregunta y sacó del bolsillo el móvil y el GPS.

—Tomen esto; y, en cuanto estén fuera del alcance de estos tipos, llamen y pidan ayuda. Sus coordenadas aparecerán aquí, en esta pantallita. No tienen más que pulsar...

—Ya sé cómo funciona —lo interrumpió Daniel, que cogió el GPS y le pasó el móvil a Tara.

—¿Y usted? —repitió ella.

—Tengo cosas que hacer aquí —repuso Jalifa mirándola—. No es asunto suyo.

—No podemos dejarlo aquí solo.

—Váyanse —insistió él, empujándolos hacia la entrada—. Márchense enseguida. Hacia el norte y pegados a la base de la duna que queda a su izquierda.

—No sé quién es usted —dijo Daniel-, pero gracias. Espero que volvamos a vernos algún día.

—Inshallah. Y ahora, váyanse.

Daniel y Tara salieron de la tienda, pero ella dio entonces media vuelta, se acercó a Jalifa y lo besó en la mejilla.

—Gracias —susurró.

Jalifa asintió con la cabeza y la empujó delicadamente hacia fuera al tiempo que le decía:

—He lamentado mucho lo de su padre, señorita Mullray. Asistí a una de sus conferencias, y fue magnífica. Pero, por favor, no se entretengan más. Se miraron a los ojos por un instante y, luego, Tara y Daniel echaron a correr. Jalifa los vio alejarse hasta que hubieron desaparecido. Después dio media vuelta y corrió en la dirección opuesta.

Jalifa se dirigió hacia el lado sur del campamento, deteniéndose de vez en vez y aguzando el oído, calculando cuánto faltaría para que terminasen las oraciones. Un par de minutos, se dijo. No mucho más. Una franja translúcida de color rosado había aparecido por encima de la duna que se alzaba al este. Iba ensanchándose y su resplandor se imponía poco a poco al de los focos.

Jalifa siguió andando hasta llegar casi al final de las hileras de tiendas. Más allá, a unos cincuenta metros, los hombres de Saif al-Thar estaban arrodillados en la arena, musitando sus plegarias.

Se situó detrás de unas cajas y reflexionó, intentando imaginar alguna maniobra de diversión. A unos pasos de donde se encontraba había unas

balas de paja junto a un bidón. Miró las cajas de madera que estaban detrás de él, todas ellas con una calavera y dos tibias pintadas. Fue hacia el bidón y desenroscó el tapón. El olor le indicó que, tal como había supuesto, se trataba de gasóleo. Cogió el bidón y roció la bala de paja contigua hasta que estuvo bien empapada. Luego acercó la bala a las cajas. Repitió la operación otras dos veces, sin poder evitar que el gasóleo le salpicase la túnica y los zapatos.

Cuando estaba arrimando la tercera bala, un clamor le indicó que las oraciones habían terminado. Acto seguido oyó gritos procedentes de lo alto de la duna más cercana. Se volvió empuñando el arma, convencido de que lo habían descubierto, pero al oír disparos procedentes del otro lado del campamento comprendió que no era a él a quien habían descubierto sino a Tara y a Daniel.

—¡Mierda! —musitó.

Se volvió hacia las balas de paja empapadas, hurgó en un bolsillo y sacó el encendedor. Los disparos se intensificaron. También oyó, delante de él, los gritos de

los hombres que rompían filas y echaban a correr hacia el campamento. Se acuclilló y acercó el encendedor a la base de una de las balas de paja.

—Yo que usted no lo haría —dijo una voz a sus espaldas—. Suelte el encendedor y levántese. Y muy... despacio.

Por un instante Jalifa permaneció inmóvil. El mundo pareció condensarse a su alrededor. A continuación cerró los ojos, respiró hondo y encendió el mechero. Brotó

una chispa, pero ninguna llama. Una ráfaga perforó la arena junto a sus pies.

—¡Suelte ese encendedor! ¡No lo repetiré!

Jalifa se resignó y dejó caer el mechero. Volvió a oír disparos, procedentes del otro lado del campamento.

—Vuélvase. Lentamente y con los brazos en alto.

El inspector obedeció. A diez metros de él estaba Dravic, apuntándole con un fusil automático.

—¡Maldito imbécil! —le espetó el alemán.

De pronto aparecieron hombres de Saif al-Thar por todas partes. Dravic dio una orden y tres de ellos sujetaron a Jalifa y lo obligaron a arrodillarse.

—Muy bien... De modo que éste es nuestro policía, ¿verdad? —dijo Dravic, acercándose al inspector—. Nuestro pequeño Omar Sharif. —Se detuvo frente a él, le dio un bofetón que le partió un labio y añadió—: ¿Qué pretendía hacer? ¿Detenernos a todos sin ayuda de nadie? Está visto que ustedes los policías son más estúpidos de lo que yo imaginaba.

Jalifa no replicó. Se limitó a mirarlo fijamente. Un hilillo de sangre se deslizó

hasta su mentón. Los disparos proseguían, cada vez más intensos. Uno de los hombres de Saif al-Thar se acercó corriendo a decirle algo a Dravic, que fulminó con la mirada al inspector.

—¡Esto le va a costar caro! ¡Muy caro! —Señaló a uno de los hombres, que recogió del suelo el encendedor y se lo tendió—. ¿Qué es este olor? —exclamó, olisqueando el aire—. ¿Qué es este delicioso olor que desprende su túnica? ¿Será

gasóleo? —Esbozó una sonrisa sarcástica y los hombres que los rodeaban se echaron a reír—. Hemos sido algo descuidados, ¿verdad?

Dravic retrocedió un poco, y acercó el mechero al pecho de Jalifa, y brotó una llamita de color azul amarillento.

—¿Lo ve? No puede ser más sencillo. Todo lo que hay que hacer es apretar. Movió el encendedor hacia atrás y hacia delante cerca de la tela salpicada de gasóleo. Jalifa forcejeó para soltarse, pero lo sujetaban entre tres y le resultaba imposible. La llama del encendedor casi tocaba la túnica.

—¡Deténgase! ¡Deténgase de inmediato!

La voz procedía del otro lado del grupo que se había congregado. Era una voz áspera y autoritaria. Dravic volvió la cabeza, mascullando algo ininteligible. Apartó el encendedor de la túnica y retrocedió unos pasos. Los hombres se apartaron para dejar paso a Saif al-Thar, pero éste siguió donde estaba, mirando a Jalifa.

—Hola, Yusuf —dijo al fin, avanzando hacia él.

—¿Lo conoce usted? —preguntó Dravic, sorprendido.

—Por supuesto —contestó Saif al-Thar—. Es mi hermano.

Echaron a correr entre las tiendas del campamento en dirección a la duna que quedaba a su izquierda, tal como Jalifa les había indicado. Daniel iba delante, seguido

de Tara, a quien la adrenalina que circulaba por sus venas le había hecho olvidar lo dolorido que tenía todo el cuerpo.

Al llegar al límite norte del campamento se detuvieron. A pocos metros estaba la zanja de la excavación. La luz del día, ya muy intensa, iluminaba los artefactos, esparcidos por el suelo como los restos de un enorme avión estrellado. Podía ver hombres armados a lo largo de la cima de la duna que quedaba a su derecha, pero miraban hacia el este, en dirección al sol.

—¿Te encuentras bien, Tara?

—Sí.

Siguieron adelante arrimados a la base de la duna. Frente a ellos se alzaba la imponente pirámide de roca. Cuanto más se alejaban del campamento, menos posibilidades tenían de que los descubriesen, pensaba Tara, pero más tentaban a la suerte. Hacía muchos años que no rezaba, desde pequeña, y en ese momento, sin apenas reparar en ello, rezó una plegaria, rogándole a cualquier poder que existiese que los protegiese, que les permitiese escapar.

—Que no nos vean, por favor —musito—. Que no nos vean. Que no nos vean, por favor.

Continuaron unos cincuenta metros y entonces, al llegar a la altura de la excavación, oyeron disparos y gritos procedentes de la duna.

—¡Mierda! —exclamó Daniel.

Siguieron otros gritos y más disparos. Cuarenta pares de ojos se dirigieron hacia ellos. Daniel se volvió y disparó su fusil. —¡Retrocede! —le indicó a Tara—. ¡Tenemos que retroceder!

—¡No!

—Aquí no hay donde cubrirse.

Daniel la cogió de un brazo y volvieron sobre sus pasos. Varios hombres bajaban corriendo por la pendiente, sin dejar de dispararles. Las balas pasaron casi rozándolos y fueron a incrustarse en algunas cajas y en una armadura. Daniel disparó otra ráfaga y, tras recorrer unos metros, volvieron a estar entre las tiendas. Sus perseguidores los perdieron momentáneamente de vista en aquel laberinto de lona.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tara, jadeante.

—No lo sé. No lo sé —repuso Daniel, desesperado.

Volvieron a echar a correr, zigzagueando entre las tiendas. Los gritos de sus perseguidores se oían cada vez más cerca. Pero no sólo por detrás, sino también por delante. Estaban rodeados. No tenían escapatoria. Tara sintió tal pánico que se le nubló la vista. Y, de pronto, junto a una de las tiendas, vieron una motocicleta con las llaves en el contacto. Sin decir palabra,

Daniel le lanzó el fusil a Tara, montó en la motocicleta y le dio una patada al pedal de arranque. El motor petardeó pero no arrancó. Volvió a intentarlo, otra vez sin éxito.

—¡Vamos! ¡Arranca, cacharro de mierda!

Los gritos les llegaban ahora desde un par de tiendas de distancia, pero por todos lados, como un inmaterial nudo corredizo. Tara alzó el fusil y disparó

frenéticamente, al azar. El retroceso estuvo a punto de arrojarla al suelo, pero la ráfaga perforó varias tiendas y cajas de madera. Volvió a apretar el gatillo, en dirección contraria esta vez, hasta vaciar el cargador. Pero había otro fijado a la culata con cinta aislante. Retiró el vacío e introdujo el otro. justo en ese instante la motocicleta se puso en marcha.

253

—¡Sube! —le gritó Daniel.

Tara saltó al asiento trasero y Daniel aceleró. Una rociada de granos de arena brotó de la rueda trasera a la vez que la motocicleta salía hacia delante como una exhalación. Uno de los hombres de Saif al-Thar trató de cortarles el paso, pero Daniel lo apartó de una patada. Aparecieron más hombres, y Tara, cerrando los ojos como si prefiriese no verlo, apretó el gatillo. Oyó una explosión y, al abrir los ojos, vio que uno de los hombres se tambaleaba con la túnica en llamas.

Siguieron zigzagueando a toda velocidad entre las tiendas hasta llegar al límite norte del campamento. Enfilaron hacia el montículo al que subieron la noche en que habían descubierto el ejército. Pero seguían viendo hombres de Saif al-Thar que trataban de cercarlos.

Daniel redujo la velocidad y miró alrededor.

—¡Sujétate bien!

Aceleró hacia el montículo. Varios hombres se interpusieron en la trayectoria de la motocicleta, pero se apartaron al advertir que Daniel no reducía la velocidad. Cuando Tara comprendió lo que éste se proponía hacer, tiró el fusil y se abrazó con fuerza a su cintura.

—¡No lo conseguirás! —gritó Tara.

Al llegar a la base de la duna la motocicleta se vio frenada durante unos metros por la pendiente, pero Daniel aceleró a fondo, logró remontar la pendiente y, con un salto que lo hizo estremecer, apareció por el otro lado, con lo que, al menos por el momento, el montículo los protegía de los disparos de sus perseguidores. La rueda trasera daba tales bandazos que

Daniel temió que de un momento a otro acabarían en el suelo. Sin embargo, consiguió dominar la motocicleta y acelerar por el valle. Continuaban disparándoles, aunque no desde lo alto de las dunas, porque la mayoría de los centinelas habían dejado sus puestos y habían echado a correr hacia el campamento en cuanto empezó el tiroteo.

—¡Dios mío! ¡Fíjate en todo eso! —exclamó Daniel al ver la multitud de cuerpos y objetos esparcidos en la zanja de la excavación.

—¡No mires y acelera! —lo urgió ella abrazándose con más fuerza a su cintura. En el desierto occidental

—Tú no eres mi hermano —dijo Jalifa mirando fijamente al hombre que estaba frente a él—. Mi hermano está muerto. Murió el día en que él y sus secuaces irrumpieron en el pueblo y asesinaron a siete personas inocentes. El día en que adoptó el nombre de Saif al-Thar.

El parecido entre Jalifa y Saif al-Thar era innegable. Ambos tenían los pómulos salientes, la boca pequeña y la nariz ganchuda. Sus ojos, en cambio, eran muy distintos. El primero los tenía de color azul claro, mientras que los de Saif al-Thar eran de un vivo color verde.

Permanecieron inmóviles. Por fin, Saif al-Thar dijo dirigiéndose a Dravic.

—Deme el fusil —le dijo.

El alemán dio un paso hacia él y le tendió el arma. Saif al-Thar apuntó a la cabeza de Jalifa.

—Usted vuelva con los hombres al trabajo —le ordenó a Dravic—. Y que los centinelas bajen de las dunas. Los helicópteros llegarán dentro de treinta minutos y aún queda mucho por hacer.

254

—¿Y los prisioneros?

—Déjenlos escapar. No los necesitamos.

—¿Y éste?

—Ya me encargo yo de él.

—No podemos...

—He dicho que ya me encargo yo de él.

Dravic dio media vuelta jurando por lo bajo y se alejó. Al quedarse a solas, Saif al-Thar le indicó a Jalifa que se levantase.

—Deberías haberme matado cuando tuviste la oportunidad. Hace un rato, en el momento en que entraste en mi tienda. Porque eras tú, ¿verdad? Lo presentí. ¿Por qué no apretaste el gatillo, si era lo que querías hacer?

—Me pregunté qué habría hecho mi hermano Alí en esa situación —repuso Jalifa—, y me dije que él nunca le hubiese disparado a nadie por la espalda. Sobre todo si estaba rezando.

—Hablas como si yo no fuese tu hermano —dijo Saif al-Thar con acritud.

—Y no lo eres. Alí era un buen hombre. Tú eres un carnicero.

Los generadores dejaron de funcionar súbitamente y los focos se apagaron, dejando el campamento sin más luz que el tenue resplandor del alba. Por el norte se alzó una negra y densa humareda.

—¿Por qué has venido aquí, Yusuf?

Jalifa tardó unos segundos en contestar.

—No he venido a matarte—dijo al fin—. No. Aunque no te equivocas al pensar que eso es lo que hubiese querido hacer. Es lo que he deseado hacer durante catorce años. Acabar para siempre con Saif al-Thar.

El inspector rebuscó en un bolsillo de la túnica y sacó su paquete de Cleopatra. Pero entonces recordó que Dravic le había quitado el encendedor. De modo que se quedó con un cigarrillo entre los dedos, apagado.

—He venido porque quería comprender —prosiguió Jalifa—. Para mirarte a la cara y tratar de entender qué sucedió durante todos aquellos años. Por qué cambiaste de esa manera. Por qué Alí tuvo que morir y dejar que aflorase... tanta maldad. Saif al-Thar lo fulminó con la mirada y apretó el dedo contra el gatillo del fusil. Sin embargo, lo apartó enseguida y sonrió.

—Abrí los ojos, Yusuf. Eso es todo. Miré alrededor y vi el mundo tal como es; un mundo lleno de maldad y corrupción, un mundo en el que la sharia ha sido olvidada y el kurf ha asolado la tierra. Lo vi y me juré hacer algo. De modo que tu hermano no murió, sencillamente maduró.

—Convertido en un monstruo.

—No. En un servidor de Dios —replicó Saif al-Thar, crispado—. Para ti era fácil, Yusuf. No eras el hermano mayor. No tenías que afrontar lo mismo que yo, ni cargar con las mismas responsabilidades. Trabajaba dieciocho y a veces hasta veinte horas al día para alimentaros a ti y a nuestra madre. Y sentí que la vida se me iba escapando. Mientras en torno a mí veía a los millonarios occidentales en sus lujosos hoteles, gastando más en una sola comida de lo que yo ganaba en un mes. Estas cosas cambian a un hombre. Le muestran el mundo tal como es.

—Yo habría ayudado —dijo Jalifa—. Más de una vez te rogué que me dejases echar una mano. No tenías por qué haber cargado tú solo con todo el peso.

255

—Yo era el hermano mayor. Era mi deber.

—¿Igual que ahora es tu deber matar?

—El santo Corán dice: «Combate a los infieles hasta que no quede oposición».

—También dice: «No permitas que el odio hacia alguien te induzca a actuar injustamente» —replicó Jalifa.

—Y también: «Quienes se aparten del camino de Dios deberán sufrir un severo castigo». «Concentra todas tus energías contra ellos y aterroriza a los enemigos de Alá.» No querrás que sigamos a ver quién cita más versículos, ¿verdad? Me temo que perderías, Yusuf.

Jalifa miró al cigarrillo y luego a Alí.

—Sí, seguramente me ganarías. Estoy seguro de que podrías pasar un día entero citando versículos. Pero eso no serviría para hacer que tus actos fuesen mejores. —

Miró a Saif al-Thar a los ojos y añadió—: No te reconozco. La nariz, los ojos, la boca... sí son los de Alí. Pero no te reconozco aquí... —agregó llevándose la mano al corazón—, aquí eres un extraño; menos que un extraño, pues sólo hay un vacío.

—Sigo siendo tu hermano, Yusuf. Digas lo que digas, llevamos la misma sangre.

—No. Alí murió —replicó Jalifa—. Incluso le cavé una tumba con mis propias manos, aunque no tuviese un cuerpo que enterrar. —Se limpió la sangre del labio con la manga de la túnica y prosiguió—: Cuando pienso en Alí me siento orgulloso. Siento admiración. Amor. Por eso mi hijo mayor se llama Alí. Porque es un nombre que siempre me llena de gozo y alegría. Pero tú... tú sólo me haces sentir vergüenza. Hace catorce años que convivo con la vergüenza. Catorce años casi sin atreverme a leer el periódico, por temor a enterarme de otra atrocidad. Catorce años ocultándome de mi pasado, de fingir no ser quien soy por ser el hermano de un monstruo. Los ojos de Saif al-Thar volvieron a emitir un fulgor de ferocidad. Sus manos se crisparon hasta que se le quedaron los nudillos blancos.

—Siempre fuiste débil, Yusuf.

—Confundes la debilidad con la humanidad.

—No. Eres tú quien confunde la humanidad con el sometimiento. Para ser libre hay que tomar decisiones desagradables. Pero ¿cómo ibas a entenderlo? Sólo comprende quien sufre, y yo siempre me esforcé por protegerte de todo sufrimiento. Quizá me haya equivocado por obrar así. Hablas de vergüenza, Yusuf, pero ¿no se te ha ocurrido pensar en la vergüenza que puedo sentir yo? Mi hermano, al que yo quería y por quien velaba, por el que trabajé hasta descarnarme las manos a fin de alimentarlo, vestirlo y enviarlo a la universidad... convertido en un policía, un secuaz de quienes le hicieron esto a su hermano. —Se llevó la mano a la cicatriz de la frente y prosiguió—: ¿Para eso trabajé hasta la extenuación? ¿Para eso malgasté mi vida?

Créeme. Tú no eres el único que está decepcionado, ni tampoco el único que cree haber perdido un hermano. No pasa un día, un minuto, sin que estés en mis pensamientos; ni tampoco pasa un día sin que esos pensamientos se enturbien por el pesar, la ira y la amargura.

Saif al-Thar había bajado el tono de voz, que ahora era casi un susurro.

—Al comprender que eras tú quien rondaba por aquí —prosiguió—, pensé que acaso, sólo por un momento, después de todos estos años... Pero no. Por supuesto que no. No eres lo bastante fuerte. Me has traicionado. Has traicionado a Dios. Y por eso sufrirás tu castigo.

Alzó el arma y apuntó a Jalifa a la cabeza. Jalifa lo miró a los ojos.

—Dios es grande —se limitó a decir—. Dios es bondadoso. Y no necesita matar a nadie para demostrarlo. Ésa es la verdad. Eso es lo que me enseñó mi hermano Alí. Se miraron a los ojos durante cinco, diez segundos, y luego, profiriendo un sonido gutural, sobrecogedor, Saif al-Thar apretó el gatillo. Pero apuntando al aire. Casi al instante, Mehmet llegó junto a ellos.

—Vigílalo —le ordenó Saif al-Thar—. No le quites ojo. Y no hables con él ni una palabra.

Dio entonces media vuelta y empezó a alejarse.

—Vas a destruirlo con esos explosivos, ¿verdad? —preguntó Jalifa señalando a las pilas de cajas.

Saif al-Thar se detuvo y se volvió hacia su hermano.

—Lo que hemos exhumado no vale nada si el resto del ejército no es destruido. Es una desgracia, pero no hay más remedio.

Jalifa guardó silencio y se limitó a musitar.

—Pobre Alí.

Siguieron avanzando a toda velocidad durante diez minutos. Tara miraba continuamente hacia atrás para comprobar si los seguían. Cuando creyeron estar seguros de que nadie iba tras ellos, Daniel aminoró la velocidad, giró a la derecha por una pendiente relativamente suave y, al llegar a la cima, se detuvo. Desde allí vieron el campamento tras unas columnas de humo que se elevaban hacia el cielo. La roca en forma de pirámide despedía un resplandor anaranjado. La contemplaron en silencio.

—No podemos dejarlo —dijo Tara.

Daniel se encogió de hombros, sin responder.

—Podríamos llamar para pedir ayuda —propuso Tara sacando el móvil del bolsillo—. A la policía, al ejército.

—Sería perder el tiempo —dijo Daniel-. Tardarían horas en llegar aquí. Eso en caso de que nos creyesen —añadió jugueteando con la llave del contacto—. ¿Sabes?

Voy a volver.

—Di mejor que vamos a volver —señaló ella. Daniel sonrió.

—Me temo que ya hemos tenido antes una discusión por lo mismo.

—Pues entonces será mejor no reincidir. Volveremos juntos.

—¿Y luego?

—Ya lo pensaremos cuando estemos allí —contestó Tara encogiéndose de hombros.

—Inteligente plan, Tara. Muy sutil —dijo él, apretándole la rodilla. Suspiró

resignado y luego puso primera y descendió por la pendiente—. En fin... por lo menos hace un buen día para eso.

—¿Para qué?

—Para suicidarse.

Tras recorrer aproximadamente un kilómetro, Daniel se detuvo detrás de la segunda duna a partir del campamento. Luego volvió a dirigirse hacia el sur, en dirección a la roca piramidal, que ahora quedaba a su derecha.

—Iremos en paralelo al valle hasta llegar a la altura del campamento —le explicó

a Tara—. Por lo menos así tendremos la oportunidad de acercarnos. Si hubiéramos

desandado el camino nos habrían descubierto enseguida. No está de más procurar seguir vivos, ¿no crees?

Iban los dos muy alerta a cualquier movimiento que pudiesen detectar en las dunas. De pronto, Daniel se detuvo y paró el motor. Cerró los ojos y aguzó el oído, temeroso de que los hubiesen descubierto. Pero fue una falsa alarma.

—A veces creo que esto no es más que una pesadilla —dijo Tara.

—Ojalá lo fuese.

Siguieron durante otros cinco minutos hasta que Daniel calculó que se hallaban a la altura del campamento. Comenzó a ascender entonces por la duna que se elevaba a su derecha. La pendiente era muy pronunciada y el motor estuvo a punto de pararse antes de que llegaran a la cumbre. La gran roca piramidal se alzaba frente a ellos, un poco a la izquierda, a dos dunas de distancia, junto al yacimiento, que sin embargo aún quedaba fuera de su campo de visión. No vieron centinelas por ningún lado.

—¿Dónde estarán? —preguntó Tara.

—Ni idea. Todos han debido de ir al campamento.

Daniel redujo la velocidad y bajó por la pendiente. Cruzó el trecho llano que los separaba de la siguiente duna y ascendió por ésta. Sólo quedaba ahora una duna entre ellos y el ejército. Oyeron gritos y golpes metálicos, pero seguían sin ver a nadie.

—Es como si el desierto estuviese lleno de hombres invisibles —dijo Tara. Daniel cerró el contacto y volvió a escudriñar el paisaje hacia delante. Luego, lentamente, soltó el freno y descendió en punto muerto. La inercia los llevó hasta unos cincuenta metros de la base de la duna, en el trecho llano. Bajaron de la motocicleta y Daniel la dejó montada en el caballete.

—Seguiremos a pie. No quiero arriesgarme a que oigan el motor. Si nos descubren... no creo que podamos hacer gran cosa. Correr, a lo sumo. Fueron hasta el pie de la duna y empezaron a ascender, sin apartar la mirada de la cima, temiendo que de un momento a otro asomase alguien. Pero no apareció

nadie, y con el corazón en un puño, jadeantes, llegaron a la cumbre y se arrojaron de inmediato al suelo. Se arrastraron por la gélida arena hasta asomarse por el otro lado al valle.

Se hallaban justo frente al cráter y la gran roca piramidal. El campamento quedaba a su izquierda.

La actividad era febril. Varios grupos de hombres iban de un lado a otro embalando espadas, escudos, lanzas y armaduras, y cargando luego las cajas a lomos de los camellos.

—Al parecer han decidido marcharse —dijo Daniel, e hizo una mueca de desagrado al ver cómo trataban los objetos exhumados—. Ni siquiera se molestan en protegerlos con paja. Lo meten todo en las cajas de cualquier manera. Siguieron sin moverse de allí, observando. Un tipo altísimo gesticulaba y gritaba órdenes a los hombres. Era Dravic. Tara sintió tanto asco que no pudo evitar desviar la mirada.

—¿Qué es eso? —preguntó entonces señalando a un hombre que estaba al borde del cráter, cerca de la base de la roca, manipulando algo en lo que parecía una caja de color gris con una maraña de cables.

—¡Oh, Dios! —exclamó Daniel.

—¿Qué es?

—Un detonador.

—¿Quieres decir que...?

—Que van a volarlo todo —la interrumpió Daniel, dándose un puñetazo en la palma de la mano—. Eso es lo que Saif al-Thar quiso decir la otra noche. Sólo así

pueden garantizar el valor de lo que han desenterrado. El mayor hallazgo de la historia de la arqueología, ¡y van a volarlo! ¡Dios mío!

Hizo una mueca como si sintiese dolor físico.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó ella.

—No lo sé, Tara —repuso él meneando la cabeza—. La verdad es que no lo sé. Si bajamos, nos verán de inmediato. —Se irguió un poco, miró hacia su izquierda y añadió—: Quizá podríamos acercarnos más dando un rodeo,.pero es peligroso. En cuanto alguien levantase la cabeza nos descubriría.

—Pero, si hay alguna probabilidad, deberíamos intentarlo.

—¿Y qué haríamos? ¡No tenemos ni idea de dónde está el inspector! Hay centenares de tiendas.

—Da igual, bajemos.

Daniel sonrió, muy a su pesar.

—Eso es lo que me encanta de ti, Tara. Jamás contestas a una pregunta hoy si puedes dejarlo para mañana.

Daniel miró hacia el campamento y, luego, se apartó del borde, se levantó y echó a caminar por la falda de la duna. Tara lo siguió. A los pocos metros oyeron algo a sus espaldas, una especie de sordo redoble de tambores. Se detuvieron y se volvieron. El ruido aumentó en intensidad.

—¿Qué es eso? —inquirió Tara.

—No lo sé. Suena como... ¡Joder! —exclamó Daniel, agarrándola del brazo y obligándola a arrojarse al suelo—. ¡Helicópteros!

Se quedaron inmóviles, con la cara pegada a la arena, mientras el estruendo crecía. Los rotores empezaron a levantar rociadas de arena. El primer helicóptero pasó a no más de diez metros por encima de sus cabezas, seguido de una nutrida formación que oscureció el cielo. Parecía una bandada de langostas gigantescas. Cuando hubieron pasado todos, Daniel y Tara siguieron sin moverse durante unos instantes. Después se arrastraron hasta el borde de la duna y se asomaron. Tres helicópteros sobrevolaban el valle en círculo. Los demás aterrizaron, unos al sur y otros al norte del campamento. De inmediato, un enjambre de hombres de Saif alThar se aprestó a cargar las cajas. Pero cuando subían las primeras se oyó un furioso tableteo de ametralladoras entre llamaradas que brotaban de los costados de los aparatos.

—¿Qué demonios es eso...?

Los hombres de Saif al-Thar retrocedieron. Las cajas y su contenido quedaron hechos trizas por los disparos. Las descargas se intensificaron, procedentes ahora de los helicópteros que sobrevolaban el valle. Los hombres de Saif al-Thar se dispersaron en todas direcciones, pero muchos de ellos cayeron abatidos. Otros trataron de responder al ataque, pero sin éxito. Las camellos emprendieron la desbandada pisoteando a todo el que se interponía en su camino.

—¡Esto es una matanza —exclamó Tara—, una carnicería!

Se oían gritos y explosiones por todas partes. Hombres armados de uniforme color caqui saltaron de los helicópteros, abriéndose en abanico a la vez que disparaban. El suelo estaba sembrado de cadáveres vestidos de negro, que semejaban manchas de tinta. Daniel se levantó.

—Voy a bajar —anunció.

Tara fue a levantarse también, pero él se lo impidió sujetándola por el hombro.

—¡Quédate aquí! Intentaré localizar al inspector y ponerlo a salvo. Antes de que ella pudiese replicar, Daniel bajó corriendo por la cuesta en dirección al campamento. Al llegar abajo, uno de los hombres de Saif al-Thar fue corriendo hacia él. Le apuntó con su fusil, pero cayó abatido por una ráfaga procedente de arriba. La arena se tiñó de rojo alrededor del

cuerpo caído. Daniel se agachó a recoger el arma del muerto, se adentró en el campamento y desapareció

tras la humareda.

Tara se asomó un poco más por el borde de la duna, tratando de ver hacia dónde había ido Daniel. Pero, de pronto, notó un fuerte tirón en el pelo y quedó mirando al cielo.

—Me parece que tenemos algo pendiente, señorita Mullray. Confío de todo corazón en que no lo disfrute.

—Tú lo quieres, ¿verdad? —dijo Jalifa en tono amable—. Me refiero a Saif alThar. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. A pocos pasos de él, junto a la entrada de la tienda, se hallaba Mehmet, con el fusil apoyado en un muslo y los ojos fijos en el inspector.

—Yo también lo quise mucho, ¿sabes? —prosiguió Jalifa—. Más que a nadie en el mundo.

El muchacho permaneció en silencio.

—Yo era como tú. Me habría dejado matar por él. Y con alegría. Pero ahora... —

Jalifa bajó la cabeza—, no siento más que dolor. Espero que tú nunca te sientas así. Porque amar a alguien y después tener que odiarlo es algo terrible. Siguieron inmóviles. Jalifa se miraba las manos y Mehmet no apartaba la vista de él. Se oyó un estruendo. El muchacho se levantó y, sin dejar de apuntar a.su prisionero, descorrió la cortina y se asomó un poco.

—Me parece que no tardaréis en marcharos de aquí —dijo Jalifa.

Varios hombres pasaron corriendo por delante de la tienda. El estruendo de los rotores se oía cada vez más cerca y hacía vibrar el aire. El muchacho se asomó un poco más, miró hacia arriba y sonrió. Su prisionero tenía razón. No tardarían en marcharse. Él y Saif al-Thar. Y, pronto, todos los males del mundo se remediarían. Para eso habían ido allí. Para convertir la Tierra en un paraíso. Para hacer la voluntad de Dios. Se sintió exultante de esperanza y felicidad.

—Yo nunca lo odiaré —dijo Mehmet mirando a Jalifa, pese a saber que sus órdenes eran no hablar ni una palabra con él. Pero no pudo evitarlo—. Nunca. Me diga usted lo que me diga. Es un hombre bueno. Es el único que se ha preocupado por mí

—añadió sonriente—. Lo quiero. Siempre estaré a su lado. Nunca le fallaré. El muchacho bajó la vista. Sus ojos rebosaban amor e inocencia y, de pronto, se oyó un ruido ensordecedor y algo rasgó la lona de la tienda.

Mehmet cayó de rodillas; había perdido un costado de la cabeza y la sangre y trozos de masa encefálica caían sobre su hombro. Permaneció en la misma postura por unos segundos, temblando, con la sonrisa aún en la boca, ensangrentada. A continuación, se desplomó de bruces

260

sobre Jalifa, que cayó hacia atrás. Otra ráfaga perforó los miembros y el torso de Mehmet, sacudiendo su cuerpo como si de una marioneta se tratara. Y al fin quedó

inmóvil, con los dedos crispados, como si se aferrase al borde de un precipicio. Jalifa tardó unos instantes en reaccionar, sobrecogido. Por fin, se quitó de encima el cadáver de Mehmet y se levantó. El techo de la tienda estaba hecho trizas y el suelo parecía un colador escarlata. Si el muchacho no hubiese caído encima de él, Jalifa habría muerto sin remedio.

El inspector se inclinó sobre el cuerpo y, casi como un acto reflejo, le tomó el pulso. Era inútil. Luego, posó las yemas de sus dedos en los párpados y los cerró.

—No te merecía —musitó.

Las llamas habían llegado ya a la parte trasera de la tienda, que estaba llenándose de un humo denso. Jalifa empezó a toser. Se quitó la túnica, empapada de sangre, recogió del suelo el fusil del muchacho y, tras dirigirle una última mirada, salió de la tienda.

El campamento se había convertido en un infierno. Todo era humo y llamas. Los hombres de Saif al-Thar parecían espectros; unos corrían despavoridos y otros yacían muertos. Desde tres helicópteros seguían disparando contra todo el recinto. Un barril de gasóleo explotó produciendo un estruendo ensordecedor.

En cuanto vio el panorama, Jalifa echó a correr. Pero apenas había recorrido treinta metros cuando una ráfaga, procedente de su derecha, perforó el suelo a escasos centímetros de sus pies, obligándolo a parapetarse detrás de una caja. Fue a asomarse, pero tuvo que agacharse de nuevo al ver a dos hombres con máscaras antigás y uniforme color caqui a pocos metros de la caja. Por un instante pensó que lo habían visto, pero enseguida uno de ellos le hizo una seña al otro y volvieron a desaparecer en el torbellino.

Jalifa contó hasta tres, se levantó y echó a correr de nuevo. Rodeó una hilera de barriles en llamas, saltó por encima de un cadáver que ardía y alzó la vista para observar la posición de los helicópteros. Uno de los hombres de Saif al-Thar se tambaleó delante de él y se desplomó en la arena,

sujetándose el vientre. La sangre le manaba a borbotones. Jalifa se arrodilló a su lado. —¡Saif al-Thar! —le gritó—.

¿Dónde está Saif al-Thar?

El hombre lo miró. Por las comisuras de sus labios empezaba a rezumar sangre.

—¡Por favor! ¿Dónde está Saif al-Thar? —insistió Jalifa.

El herido movió los labios, pero no consiguió emitir sonido alguno. Se agarró a la camisa de Jalifa manchándosela de sangre.

—¿Dónde está? —insistió el inspector, tomándole una mano—. Por favor... El herido lo miró como si no comprendiese. Después, con un esfuerzo supremo, señaló hacia atrás, en dirección a la excavación.

—¡En la roca! —balbuceó—. ¡En la roca!

Fueron sus últimas palabras. Cayó hacia atrás, muerto. Jalifa musitó una breve plegaria, se levantó y echó a correr, desentendiéndose del caos que lo rodeaba. Llegó

al borde del cráter y se parapetó detrás de una bala de paja, escrutando frenéticamente la gran roca piramidal, que se alzaba a su izquierda.

—¿Dónde estás, hermano? —musitó para sí—. ¿Dónde estás?

Era tal la confusión que reinaba a su alrededor, que no lo vio hasta que una cortina de humo se rasgó y apareció una silueta acuclillada junto a la base de la pirámide. Tenía una caja gris a sus pies, de la que partía un grueso cable negro que

llegaba hasta la zanja a unos cien metros de distancia. A Jalifa no le cupo duda de quién era, ni de lo que estaba haciendo.

—¡Ya te tengo! —gritó echando a correr.

Vio que algo se movía a su izquierda, se volvió y disparó. Un hombre vestido de negro cayó de espaldas sobre un montón de escudos. Otro asomó desde detrás de una caja de madera y Jalifa le disparó también, alcanzándolo en el pecho. No disponía más que de unos segundos. De pronto se vio envuelto en una humareda tan densa que le impidió ver, y tropezó. Consiguió mantener el equilibrio, y, aunque sin saber si iba en la misma dirección, siguió corriendo. La humareda era tan densa que temió

asfixiarse. Pero el humo se disipó de pronto como por ensalmo. Y, allí, a sólo unos metros, estaba Saif al-Thar con una mano junto al botón del detonador, dispuesto a destruir los restos del ejército de Cambises.

Jalifa se arrojó de un salto sobre su hermano y lo hizo caer de espaldas contra la roca.

Por un instante, Saif al-Thar se quedó inmóvil, inerte. Un hilo de sangre brotó de su sien derecha. Pero se rehízo y embistió a Jalifa como una fiera.

—¡Te mataré! —gritó—. ¡Te mataré! —Lo cogió por la cabeza y se la golpeó

repetidamente contra la roca—. ¡Me has traicionado, Yusuf! ¡Mi hermano! ¡Mi propio hermano! —Lo puso de rodillas y le dio un puñetazo en la boca—. ¡No puedes luchar contra mí! ¡Soy demasiado fuerte! Siempre lo he sido. Dios está conmigo. Volvió a golpearlo, una y otra vez, hasta lograr tumbarlo en la arena. Entonces se volvió hacia el detonador. Pero Jalifa le lanzó una patada que le hizo doblar la rodilla. Saltó

entonces encima de él y le sujetó las manos contra el suelo.

—¡Yo te quería! —le gritó entre lágrimas—. Eras mi hermano. ¿Por qué tuviste que convertirte en esto?

—Porque son malvados —repuso Alí, forcejeando desesperadamente para soltarse—. Todos ellos. Malvados.

—¿Y las mujeres y los niños inocentes? ¿También son culpables?

—¡Sí! ¡Mataron a nuestro padre! —Saif al-Thar logró soltarse una mano y trató

de meterle los dedos en los ojos a Jalifa—. ¿Es que no lo ves? Mataron a nuestro padre. ¡Destrozaron nuestras vidas!

—¡Fue un accidente, Alí! ¡No fue culpa suya!

—¡Sí que lo fue! ¡Destrozaron a nuestra familia! Son malvados. ¡Todos ellos!

¡Demonios! —Con tremenda fuerza se quitó a Jalifa de encima, se levantó y le dio una patada en las costillas—. ¡Los mataré a todos! ¿Me oyes? ¡No voy a dejar ni uno con vida!

Siguió dándole patadas hasta el mismo borde de la zanja. Desesperado, Jalifa miró alrededor en busca de algo que pudiese utilizar como arma. Vio una daga de aquel milenario ejército, con la hoja mellada y verdosa. La empuñó y trató de mantener a Saif al-Thar a distancia, pero éste se arrojó rápidamente sobre él, le cogió

la muñeca y, arrodillándose encima de su pecho, fue acercando la hoja de la daga al cuello de Jalifa.

—Creen que pueden tratarnos como a animales —gritó Alí—. Creen que están por encima de la ley. Pero no están por encima de la ley de Dios.

Dios ve su maldad.

¡Y Dios clama venganza!

Seguía acercando la punta de la daga al cuello de Jalifa, que porfiaba por desviarla. Pero Alí era demasiado fuerte y no pudo impedir que la punta de la daga llegase a rozar su nuez y le rasgase la piel.

De pronto, Saif al-Thar apartó el arma y lo miró a los ojos. El clamor de la batalla había cesado y al parecer sólo ellos dos seguían peleando.

—Adelante. ¡Hazlo! —le gritó Jalifa.

Aunque Jalifa ya no tratase de impedírselo, Alí empuñaba la daga como si aún le sujetase la muñeca, atenazado por una fuerza invisible.

—¡Hazlo! —repitió Jalifa—. Ya es hora. Quiero librarme por fin de ti. Sé de nuevo mi hermano. Mi buen hermano. Anda, ¡hazlo!

Jalifa hizo acopio de valor y cerró los ojos. La hoja penetró una décima de milímetro más en su piel y un hilo de sangre se deslizó por su cuello. Pero Saif al-Thar volvió a apartar la hoja. Se levantó y, al notarlo, Jalifa abrió los ojos. Los dos hermanos se miraron fijamente, como si ambos buscasen la respuesta a tantas cosas que no comprendían. Al cabo, Saif al-Thar dio media vuelta y fue hacia la caja del detonador. Cuando apenas había dado cuatro pasos, una ráfaga lo alcanzó en un costado y lo arrojó contra la roca. Quedó sentado al pie de ésta, sangrando por la nuca. Al instante, otra ráfaga le perforó el pecho.

Saif al-Thar cayó hacia delante y rodó hasta la zanja, mezclándose con una maraña de brazos y piernas, como si los soldados de Cambises le acogiesen como uno de los suyos.

Jalifa alzó la vista, aterrorizado. A diez metros de él estaba Daniel, que, empuñando un fusil, avanzó lentamente, se agachó y arrancó el cable del detonador. Jalifa se dejó caer hacia atrás y miró al cielo, cegado por las lágrimas.

—¡Oh, Dios! —musitó—. ¡Oh, Alí!

Dravic alejó a Tara del borde de la duna. El campo de batalla desapareció de su vista. Ella empezó a darle puñetazos y a arañarlo, pero el alemán era demasiado fuerte y la zarandeaba como si fuese una muñeca de trapo. Tara no se molestaba en gritar, consciente de que nadie podía oírla entre el estruendo de las explosiones y el fragor de las armas automáticas.

—Te daré una lección que nunca olvidarás —masculló él—. Lo has destrozado todo, y vas a pagar por ello.

Dravic siguió tirando de Tara hasta que se hubieron alejado un buen trecho de la cima. Entonces la obligó a ponerse boca abajo, hundió el pie derecho en la arena y la rodilla izquierda en la rabadilla de Tara, que lanzó el puño hacia atrás para golpearlo en la entrepierna. Pero Dravic era muy alto, y no hizo más que rozarle el muslo. El alemán le tiró entonces del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Tara sintió náuseas al oler su apestoso sudor.

—Cuando haya terminado contigo desearás que te hubiese violado.

—Eres muy valiente —dijo ella con la voz entrecortada—. Todo un héroe que asesina a mujeres y a niños.

Dravic se echó a reír y le llevó la cabeza aún más hacia atrás haciéndole crujir las cervicales.

—No voy a matarte —dijo—. Eso sería demasiado amable por mi parte. Sólo voy a rajarte un poquito —añadió a la vez que sacaba la paleta del bolsillo y la esgrimía ante sus ojos—. Me conformaré con saber que cada vez que te mires al espejo recordarás este ratito de intimidad —añadió mostrándole el afilado canto de la paleta—. Aunque tendrás que suplicarme para que te deje un ojo con el que puedas mirarte.

Deslizó el filo de la paleta por la mejilla derecha de Tara y luego hasta el pecho. Le dio con la punta en el pezón, que se endureció ligeramente.

263

—Bueno, bueno... —dijo Dravic entre risas, a la vez que apartaba la tela de la blusa con la paleta y descubría el pecho—. Eres una zorra, ¿eh? Te va la marcha,

¿verdad?

—¡Que te jodan, Dravic!

Tara trató de escupirle pero tenía la boca tan reseca que no le quedaba saliva. Dravic se inclinó hacia ella casi rozándole la cara con la suya, con los labios húmedos y temblorosos.

—¿Con qué quieres que empecemos? ¿Con una oreja? ¿Con un ojo? ¿Con un pezón?

Dravic se llevó la paleta a la boca, la lamió y se la acercó a un pezón, echándose ligeramente hacia atrás para evitar que ella le metiese los dedos en los ojos. Tara notó el roce de la paleta y, al comprender que estaba decidido a rajarla, agarró un puñado de arena y se la echó a la cara.

—¡Maldita zorra! —bramó él, soltándole el pelo y llevándose las manos a los ojos—. ¡Maldita zorra!

Tara se escabulló y rodó hacia un costado. Él estaba en cuclillas, con los ojos llorosos a causa de la arena. Tara aprovechó para hacer acopio de todas sus energías y le dio una patada en los testículos. El alemán profirió un grito agudo y se dobló

hacia delante retorciéndose de dolor.

—¡Te voy a rajar la puta cara! —le gritó.

Trató de darle un tajo en una mejilla, pero Tara lo esquivó y empezó a gatear a lo largo de la falda de la duna. Dravic fue tras ella. Saltó hacia delante sin lograr alcanzarla. Volvió a saltar y consiguió agarrarla de la blusa. Ambos rodaron cuesta abajo, envueltos en una nube de arena, a través de la cual se entreveían fugazmente retazos de cielo y de la zanja llena de cadáveres.

Al llegar abajo, Tara se quedó inmóvil, aturdida y desorientada. Pero enseguida reaccionó y se puso en pie. Dravic, que había ido a parar a unos diez metros de ella, también reaccionó al instante y se irguió esgrimiendo la afilada paleta. Sangraba por la nariz.

—¡Hija de puta! —bramó—. ¡Maldita zorra!

Avanzó hacia ella hundiéndose hasta los tobillos en la arena, sorprendentemente profunda. Tara retrocedió y fue a dar media vuelta para echar a correr, pero se detuvo al ver que, al dar una larga zancada, el alemán se hundía aún más, ahora hasta las rodillas. De pronto, Dravic dejó de mirarla. Echó el cuerpo hacia atrás e intentó levantar una pierna, pero algo parecía tirar en sentido contrario, hacia abajo.

—¡Oh, no! —clamó Dravic—. ¡Esto no, por favor! —añadió mirando a Tara con expresión de pánico—. ¡No, por favor!

Permaneció inmóvil por unos instantes, con expresión de súplica. Luego empezó

a forcejear, con el rostro contorsionado por el terror. Saltaba hacia arriba intentando liberar las piernas, pero sólo conseguía hundirse más en las arenas movedizas, que ya le llegaban hasta los muslos. Y siguió hundiéndose; hasta la entrepierna, hasta la cintura. Volvió a echar el cuerpo hacia atrás, se apoyó con las manos en la arena e intentó tirar hacia arriba, pero se le hundieron también las manos. Las sacó

rápidamente, empuñando aún la paleta, y volvió a intentarlo, en vano. La arena le llegaba ya a las costillas. Dravic empezó a llorar.

—¡Ayúdame! —le gritó a Tara—. ¡Por el amor de Dios, ayúdame! —añadió

alargando una mano hacia ella—. ¡Por favor! ¡Ayúdame!

Le rodaban las lágrimas por las mejillas y agitaba los brazos frenéticamente. Gritó como una fiera herida, golpeando la arena con los puños. Su torso daba unas espantosas sacudidas, como si lo electrocutasen. Pero el desierto se negó a soltar a su presa, y siguió tragándoselo lentamente, hasta las axilas; hasta los hombros. Al cabo de unos segundos sólo asomaba de él la cabeza y un brazo. Pero seguía sin soltar la paleta.

Tara desvió la mirada, espantada.

—¡Oh, no! —volvió a gritarle él—. ¡No! ¡No me dejes solo! ¡Ayúdame! ¡Sácame de aquí!

Tara empezó a ascender por la duna.

—¡Por favor! —persistió él, implorante—. ¡Te pido perdón por lo que te hice! ¡Por favor, no me dejes así! ¡No me dejes solo! ¡Vuelve! ¡Vuelve, maldita puta! ¡Te mataré! ¡Te mataré! ¡Oh, Dios, ayúdame! ¡Ayúdame!

Tara continuó subiendo hasta que, de pronto, ya no lo oyó. Al llegar cerca de la cima se volvió y miró hacia abajo. Sólo se veía la coronilla de Dravic, junto a la paleta. Tara se estremeció y siguió ascendiendo.

La batalla casi había terminado cuando Tara llegó a lo alto de la duna. Todo era humo y fuego, pero los disparos habían cesado y los tres helicópteros habían aterrizado. Varias figuras vestidas de color caqui, obviamente soldados, recorrían metódicamente las ruinas del campamento. De vez en cuando se detenían a rematar a los heridos. Los camellos vagaban desorientados.

Tara no vio un solo hombre de Saif al-Thar en pie. Pero sí divisó a dos hombres de pie junto a la base de la gran pirámide de roca. Estaban bastante lejos de donde ella se encontraba, pero tuvo la certeza de que el de la camisa blanca era Daniel. Echó a correr cuesta abajo. Al llegar a la base de la duna, se cubrió la cabeza con la blusa para protegerse del humo y echó a andar entre los cadáveres. Había soldados por todas partes. Trató de parar a uno para preguntarle qué había ocurrido, pero hizo caso omiso de ella. Tara volvió a intentarlo, con el mismo resultado. De modo que siguió adelante, en dirección a la roca, bordeando la zanja hasta llegar junto a los dos hombres que había visto desde lejos. Daniel estaba sentado, mirando hacia la zanja con el fusil en bandolera. Jalifa se hallaba un poco más allá, recostado contra la base de la pirámide, con un cigarrillo en la boca, el

rostro tumefacto y la camisa manchada de sangre. Ambos alzaron la vista al verla aproximarse, pero ninguno de los dos dijo nada.

Tara se acercó a Daniel, se acuclilló a su lado y le apretó una mano. Él hizo otro tanto, pero siguió en silencio. Jalifa inclinó la cabeza hacia ella.

—¿Está usted bien? —le preguntó.

—Sí, gracias. ¿Y usted?

El inspector asintió con la cabezal dio una profunda calada al cigarrillo. Ella iba a preguntar qué había ocurrido, quiénes eran esos soldados y, en definitiva, qué

significaba todo aquello, pero intuyó que Jalifa no se sentía con ánimo de hablar, y optó por guardar silencio.

Un camello ramoneaba paja de una bala a pocos pasos de ellos. La caja que llevaba atada al lomo estaba cubierta de agujeros de bala. El sol estaba alto en el cielo y el calor aumentaba por momentos.

Estuvieron los tres casi diez minutos callados, y al cabo oyeron el estruendo de los rotores de un helicóptero que, pocos segundos después, asomó por el borde de la duna que tenían enfrente. El aparato sobrevoló el valle y fue a posarse a unos

cincuenta metros de donde ellos se encontraban. Una lluvia de arena los salpicó al mirar hacia allí. El camello se alejó al trote.

El piloto paró el motor y los rotores comenzaron a girar cada vez más despacio. Varios soldados corrieron hacia el aparato. Oyeron descorrer la puerta lateral del lado opuesto a donde se encontraban y varias voces. Poco después, cuatro hombres asomaron por el morro del helicóptero. Tara reconoció a tres de ellos: Squires, Yamal y Crispin Oates. Al cuarto, un hombre obeso y calvo que se enjugaba la frente con un pañuelo, nunca lo había visto. Avanzaron por la arena, incongruentes con su traje y su corbata, y se detuvieron a unos metros. Tara y Daniel se levantaron.

—Buenos días a todos —saludó Squires en tono jovial-. Esto sí que ha sido toda una aventura, ¿eh?

Durante unos segundos nadie dijo nada. Luego, el calvo se decidió a hablar.

—Se lo dejo a usted, Squires. Yo tengo otras cosas en que ocuparme.

—Podrían presentarme, al menos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Esto no es una fiesta campestre! —replicó el calvo, que escupió en el suelo y se alejó secándose el sudor del cuello con

el pañuelo. Squires lo siguió con la mirada.

—Deben excusar a nuestro amigo estadounidense. A su manera, es de lo más amable, pero algo maleducado.

Squires sonrió a modo de excusa. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un caramelo. Empezó a desenvolverlo con sus largos dedos, que semejaban las patas de una araña. Se produjo un largo silencio que Jalifa al fin se decidió a romper.

—Ha sido una trampa, ¿verdad? —dijo a la vez que arrojaba la colilla a la zanja—

. La tumba, el texto jeroglífico, todo esto... —añadió señalando alrededor con un amplio ademán—. Una encerrona. Un señuelo para atraer a Saif al-Thar de nuevo a Egipto, y así poder atraparlo.

Squires enarcó las cejas, pero no respondió. Terminó de desenvolver el caramelo y se lo introdujo en la boca. Tara sintió un escalofrío.

—¿Quiere decir que...? —dijo ella mirando al inspector, tan desconcertada que no acertó a terminar la frase.

—La tumba era falsa —dijo Jalifa—. Pero los objetos eran auténticos. La decoración de las paredes, los jeroglíficos... Todo era falso. El cebo para atraer a Saif al-Thar. Una idea brillante, sin duda.

Tara miró fijamente a Squires, entre sorprendida y confusa. Daniel estaba pálido, tenso, como si temiera que de un momento a otro alguien fuese a darle un golpe.

—Y.. ¿quiénes son ustedes, exactamente? —preguntó Jalifa—. ¿Militares?

¿Miembros del Servicio Secreto?

Squires se pasó el caramelo de un lado a otro de la boca, pensativo.

—Un poco de las dos cosas, en realidad —repuso—. Pero es mejor no concretar demasiado. Baste decir que cada uno de nosotros representa a su propio gobierno, en lo que podríamos considerar un trabajo de inteligencia —añadió sacudiéndose el polvo de una manga—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—¿Que la tumba era falsa? —Jalifa se encogió de hombros—. Por lo pronto, por las estatuillas funerarias de la tienda de Iqbar. Eran auténticas, desde luego, pero de una época posterior a la de la tumba en la que supuestamente se encontraron. Todo lo demás era del primer período persa. Y en cambio, las estatuillas eran del segundo. De haber sido de un período anterior yo habría interpretado que, simplemente, habían

sido robadas de una tumba más antigua y vueltas a utilizar. Pero, de un período posterior, no tenía sentido. ¿Cómo iban a aparecer objetos del siglo IV antes de Cristo en una tumba sellada y tapiada ciento cincuenta años antes? Aunque existiesen varias explicaciones posibles, me olí que ocurría algo extraño. Y al ver la tumba ya no me cupo duda.

—Tiene usted buen olfato, y buen ojo —dijo Squires—. Creíamos haberlo hecho todo bien.

—Y lo hicieron. Todo perfecto. Y eso precisamente fue lo que los delató. Así me lo hizo ver un profesor que tuve. Ninguna pieza de arte egipcio antiguo es perfecta. Siempre presentan algún defecto, por pequeño que sea. Me tomé la molestia de inspeccionar hasta el último milímetro de la tumba y no había un solo error. Ni tinta que hubiese goteado; ni jeroglíficos mal alineados, ni tachaduras. Estaba impecable. Demasiado impecable. Y los egipcios nunca fueron tan meticulosos. Tenía que ser falsa.

Daniel se soltó de la mano de Tara y se alejó unos pasos meneando la cabeza, esbozando una sonrisa de amargura. Tara fue a retenerlo y a decirle que él no podía haberlo adivinado, pero notó que Daniel rehuía el contacto.

—Sin embargo, aún no estaba seguro de qué era lo que ocurría —prosiguió

Jalifa—. Saltaba a la vista que alguien se había tomado muchas molestias para falsificar la tumba. Y el propósito parecía ser atraer a quienquiera que la encontrase hasta este lugar del desierto. Sospeché que algún servicio de inteligencia andaba detrás del asunto. Advertí que me seguían hasta Luxor, y que también lo hacía un funcionario de la embajada británica —añadió mirando a Oates—. Con todo, no acababa de encajar las piezas. Y, en realidad, no lo he visto claro hasta hace media hora, al llegar los helicópteros.

Se oyeron unos disparos procedentes del otro lado del campamento. Una brisa caliente pasó entre ellos.

—Todo esto encierra un curioso sarcasmo —continuó el inspector—, porque con todo el dinero que han debido de gastar para llevar a cabo el plan, habrían podido solucionar la mayor parte de los problemas creados por la gente de Saif al-Thar.

¿Cuánto les ha costado enterrar todo eso aquí? ¿Millones? ¿Decenas de millones? ¡Han debido de vaciar las salas de todos los museos de Egipto!

Squires no respondió. Pero de pronto se echó a reír.

—¡Dios mío, querido inspector! Me temo que, curiosamente, ha hecho usted una lectura perfecta, sólo que inversa. Ciertamente, la tumba era falsa, como usted dedujo con tanta sagacidad. Y, como también comprendió, el objetivo era atraer a quienquiera que la encontrase hasta este lugar del desierto. Pero... no hemos tenido que enterrar nada. Todo estaba aquí. —Al ver la cara de azoramiento de Jalifa, se echó a reír de nuevo y añadió—: Sí, amigo mío, éste es el ejército perdido de Cambises. El auténtico. Tal como quedó sepultado hace dos mil quinientos años. Todo lo que hicimos fue concebir el plan a partir de este hallazgo.

—Pero yo creía que...

—¿Que nosotros lo habíamos puesto todo aquí? Me temo que sobreestima usted nuestra capacidad. Dudo de que ni siquiera con los recursos combinados de los gobiernos egipcio, británico y estadounidense hubiésemos podido hacer algo de semejante envergadura.

Jalifa estaba atónito, mirando hacia la zanja con expresión de incredulidad. Los restos del antiguo ejército se extendían hasta donde alcanzaba la vista, formando una

maraña de brazos, piernas, cabezas y torsos; un amasijo de carne y tendones osificados; rostros apergaminados, cuencas vacías, y bocas abiertas.

—¿Cuándo lo descubrieron? —preguntó Jalifa.

—Hace poco más de un año —repuso Squires con una sonrisa—. Lo encontró un joven estadounidense, John Cadey. Pasó todo un año trabajando aquí por su cuenta, solo. Muchos lo tachaban de loco, pero él tenía el convencimiento de que el ejército estaba aquí. Es uno de los hallazgos más importantes de la historia de la arqueología, y puede que el más importante. Ha sido una pena que no haya vivido lo bastante para disfrutar de su éxito.

Yamal había sacado del bolsillo su rosario y hacía entrechocar las cuentas en la mano, produciendo un sonido que, en aquel silencio, resultaba desproporcionado.

—¿Qué tal vamos de tiempo, Crispin? —preguntó Squires. Oates miró el reloj.

—Unos veinte minutos.

—En tal caso, creo que lo mínimo que podemos hacer es darles una cumplida explicación a nuestros amigos, ¿no cree? —propuso a la vez que

metía las manos en los bolsillos y se dirigía hacia el borde de la excavación.

El británico se detuvo frente al cuerpo de Saif al-Thar, que yacía rodeado de brazos y piernas.

—Supongo que todo empezó con un joven llamado Alí Jalifa —prosiguió Squires contemplando el cadáver—. Sí, inspector, sabemos lo de su parentesco. Y me siento muy solidario con usted. De verdad se lo digo. No ha tenido que ser nada fácil: un honrado ciudadano respetuoso con la ley, hermano del terrorista más buscado de Egipto. No ha debido de ser nada fácil.

Jalifa se limitó a mirar a Squires en silencio. Se oyó la explosión de un barril de gasóleo, procedente del otro lado del campamento.

—Empezó a llamar nuestra atención a mediados de los ochenta —precisó el diplomático—. Hasta entonces había pertenecido a una serie de grupos fundamentalistas menores; nada especialmente preocupante para nosotros. Sin embargo, en 1987 se separó de esos grupos, adoptó el nombre de Saif al-Thar y fundó su propia organización. Empezó a matar extranjeros. Y, lo que al principio era un asunto interno, se convirtió de pronto en un problema internacional. Yo intervine en representación del gobierno británico y Massey, a quien antes han conocido, en representación de los estadounidenses.

Varios grupos de soldados empezaron a sacar cadáveres de la zanja y a depositarlos en hileras junto al borde de ésta. Tara los observaba. La voz de Squires parecía llegarle de muy lejos. Con el rabillo del ojo vio que Daniel miraba más allá de los restos, inexpresivo, con el fusil aún en bandolera.

—Hicimos cuanto pudimos por detenerlo —continuó el británico—. Pero era listo. Siempre nos ganaba por la mano. En 1996 estuvimos a punto de detenerlo, en una emboscada que le tendimos en Asyut. Y volvió a escabullírsenos. Cruzó la frontera con Sudán y a partir de entonces nos fue imposible apresarlo. Detuvimos a muchos de sus seguidores, pero nos servía de muy poco si no lo teníamos a él. Y mientras estuviese fuera de Egipto no habría forma de capturarlo.

—Y por eso le pusieron una trampa para que regresase, ¿no?

—Bueno... Quizá fuese más exacto decir que la trampa apareció sola —repuso Squires, sonriente—. Nosotros nos limitamos a añadir algunos detalles. —Sacó un pañuelo y empezó a limpiarse los cristales de las gafas, mientras Yamal seguía haciendo entrechocar sus cuentas, cada vez más deprisa—. El detonante se produjo

hace aproximadamente un año, cuando estuvo a punto de asesinar al embajador estadounidense. Cundió la alarma. Y nos sometieron a fortísimas presiones para que lo apresáramos. Se concibieron los planes más disparatados. Incluso se habló de arrojar sobre el norte de Sudán una bomba nuclear de acción limitada. Pero, entonces, el doctor Cadey hizo este extraordinario descubrimiento, y empezamos a enfocar nuestros planes de un modo completamente distinto.

Se oyó a lo lejos un grito, seguido de una ráfaga de fusil automático.

—Llevábamos vigilando a Cadey hacía algún tiempo —explicó Yamal-. Estaba trabajando cerca de la frontera libia y queríamos evitar que hiciese nada que perjudicase la seguridad nacional. Un día interceptamos un paquete que envió desde Siwa. Contenía fotografías: de un cadáver, de armas, de ropas. Y una nota con esta única frase: «El ejército perdido de Cambises ha dejado de estar perdido».

—En un primer momento no reparamos en la importancia del hallazgo —intervino Squires—. Fue Crispin quien nos alertó. ¿Qué nos dijo usted, Crispin?

—Que era una suerte que Saif al-Thar no lo hubiese descubierto, pues de lo contrario sería lo bastante rico para financiar un verdadero ejército propio —repuso Oates con una sonrisa, visiblemente satisfecho de sí mismo.

—Entonces se nos ocurrió una idea —explicó Squires—. ¿Y si fuera Saif al-Thar quien lo encontrase? Algo de tal envergadura constituía una oportunidad demasiado extraordinaria para dejarla escapar. Significaba la total independencia económica. Todos sus problemas de financiación se habrían terminado. Se trataba de un regalo llovido del cielo. Y sin duda querría verlo por sí mismo. Era inconcebible que un hombre tan obsesionado por la historia como él permaneciera tranquilamente en Sudán mientras sus hombres exhumaban un hallazgo de tal magnitud. De ninguna manera iba a quedarse sentado a esperar. Vendría y, cuando viniese... —Se acercó las gafas a la boca, le echó el aliento a los cristales y empezó a limpiarlos con el pañuelo. Entretanto, los cuerpos de los soldados de Cambises seguían alineándose junto al borde de la zanja como grandes fichas de dominó—. Nos pusimos en contacto con Cadey y le pedimos su cooperación, pero no se mostró nada receptivo, y al final no nos quedó más alternativa que... eliminarlo de la ecuación. Lamentable. Había demasiado

en juego para dejar que un solo hombre lo desbaratase todo. Tara lo miró meneando la cabeza, entre horrorizada e incrédula. El inglés no pareció reparar en su mirada, y volvió a alzar las gafas, las examinó y siguió limpiándolas.

—El problema que tuvimos que abordar entonces fue cómo hacer para atraer a Saif al-Thar hacia el ejército de Cambises, sin que sospechase que se trataba de un señuelo. Ésa era la clave: tenía que creer que era él quien hacía el descubrimiento. Si por un instante hubiese sospechado que podía ponerse en peligro, no habría dado un solo paso.

—Pero ¿para qué tomarse la molestia de inventarse una tumba? —preguntó Jalifa—. ¿Por qué no haberse limitado a infiltrar a alguien en su organización que le asegurase que sabía dónde estaba el ejército?

—Porque no le habría creído —repuso Squires—. Esto no es como las colinas de Tebas, donde aparecen yacimientos de continuo. Este lugar es tan remoto que no es concebible que nadie lo descubriese por casualidad.

—Pero Cadey lo descubrió.

—Cadey era un arqueólogo profesional. Los hombres de Saif al-Thar son fellaghas, campesinos. Ninguno de ellos hubiese tenido el menor motivo para venir aquí. No habría parecido verosímil.

—¿Y sí lo tenía la tumba de un superviviente del ejército?

—Por extraño que parezca, sí. Resultaba tan extraordinario que no podía por menos que ser cierto. Sabíamos que Saif al-Thar recelaría. Claro. ¿Quién no? Pero no tanto como de alguien que le hubiese asegurado que había descubierto el ejército. Comprobó que los cristales estuviesen bien limpios y se guardó el pañuelo. Jalifa fue a encender un cigarrillo con una astilla de un cajón de madera que aún ardía.

—¿No tiene otra manera de encender el cigarrillo, inspector? —dijo Squires risueño.

—Dravic me quitó el mechero —repuso Jalifa, encogiéndose de hombros.

—¡Qué desconsiderado! —exclamó el británico mirando a Yamal-. Sea buen chico y dele las cerillas al inspector, ¿quiere?

Yamal sacó una caja de cerillas del bolsillo y se la lanzó a Jalifa.

—Por cierto, ¿ha visto alguien por aquí a nuestro amigo Dravic? —preguntó

Squires—. Parece que se muestra muy discreto —ironizó.

—Está muerto —contestó Tara sin apartar la vista de la hilera de cadáveres, en voz tan baja que apenas la oyeron—. Al otro lado de la duna. Se lo han tragado las arenas movedizas.

—Bueno, pues... un problema menos —dijo Squires. Sacó otro caramelo, empezó

a desenvolverlo y añadió——: ¿Por dónde iba?

—Por lo de la tumba —repuso Jalifa.

—Ah, sí, por lo de la tumba. No era factible excavar una nueva. Por fortuna, dimos con una que nos venía al pelo. Del período y estilo adecuados. Estaba vacía. Sin decoración. Y, sobre todo, desconocida para todos, salvo para un puñado de especialistas en necrópolis tebanas. Los hombres de Saif al-Thar no habrían oído hablar de ella, lo cual, como estoy seguro que reconocerá, era crucial para que el plan funcionase.

Parte del caramelo no acababa de desprenderse del envoltorio y el británico hizo una pausa para retirar el celofán.

—Pero, a pesar de contar con una tumba hecha a medida, tardamos casi un año en completarla —continuó—. Decir que fue una labor penosa constituye un pálido reflejo de la realidad. La decoración tenía que ser falsificada y envejecida con productos químicos, para que pareciese que tenía dos mil quinientos años de antigüedad. Y, por supuesto, había que hacerlo todo en el más absoluto secreto. Créanme: fue una operación de enorme envergadura. Hubo momentos en los que creímos que no llegaríamos a terminarla.

Logró al fin desprender el caramelo del envoltorio y se lo llevó a la boca. Luego hizo una pelotita con el papel y se la metió en el bolsillo.

—En fin... el caso es que logramos terminar el trabajo. Completamos la decoración e introdujimos en la tumba una serie de objetos funerarios, procedentes de los museos de Luxor y de El Cairo, junto a algunos del propio ejército de Cambises. Todo lo que restaba por hacer entonces era filtrar la información a Saif al-Thar y aguardar a que sus hombres descifrasen la inscripción.

—Pero alguien se les adelantó —señaló Jalifa.

—Eso era con lo que no contamos —reconoció Squires, meneando la cabeza—. Había una probabilidad entre un millón; una entre diez millones. Pero aun así, la cosa no tenía por qué terminar en desastre. Podía haberse

limitado a llevarse unos cuantos objetos y dejar la decoración intacta, pero resultó que se llevaron el fragmento de

texto jeroglífico más revelador, de manera que cuando los hombres de Saif al-Thar llegaron allí, la tumba era, por lo menos desde nuestro punto de vista, completamente inútil. Todo un fiasco. Una verdadera desgracia.

—Pero no tan grave como para Nayar y para Iqbar —apuntó Jalifa.

—No, desde luego —admitió Squires—. Sus muertes fueron muy lamentables. Al igual que la de su padre, señorita Mullray.

Tara alzó la vista y le dirigió una mirada de odio.

—Ustedes nos utilizaron —le espetó—. Dejaron que matasen a mi padre, y no les importó arriesgar nuestras vidas. No son ustedes mejores que Saif al-Thar.

—Quizá exagera usted un poco —dijo Squires en tono condescendiente —. Aunque, dadas las circunstancias, es perfectamente comprensible. Por desgracia, la muerte de su padre fue algo que escapó a nuestro control. Pero sí es verdad que los utilizamos a ustedes. Al igual que en el caso del doctor Cadey, concluimos que el bienestar de una persona debe subordinarse a los más amplios intereses de la sociedad. Es desagradable, pero necesario. — Guardó silencio unos momentos, chupando el caramelo—. Al principio no teníamos ni idea de qué era lo que fallaba en nuestro plan. Sabíamos que Dravic había descubierto la tumba, pero, por la razón que fuese, no picaba. Y al descubrir que faltaba un fragmento esencial del texto jeroglífico nos vimos ante un grave dilema. Era demasiado tarde para renunciar al plan, pero tampoco podíamos hacer nada abiertamente para ayudar a Saif al-Thar. No nos quedó

más remedio que dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Una ráfaga de viento más fuerte que la anterior hizo susurrar la duna. El ruido de las cuentas de Yamal remitió por unos segundos y luego se intensificó. Daniel se mordisqueaba el labio inferior.

—Su intervención, señorita Mullray, complicó la situación, pero también nos brindó una salida —dijo Squires asintiendo con la cabeza—. Era obvio que usted sospechaba de la muerte de su padre, y existía el peligro de que empezase a averiguar ciertas cosas. Sin embargo, cabía la posibilidad de que, si nos conducíamos del modo correcto, pudiese ayudarnos a encontrar el fragmento de texto jeroglífico que faltaba, para restituírselo a Saif al-Thar sin que él llegase a sospechar que nosotros

estábamos implicados. Y así resultó. Lo hizo usted muy bien —añadió con un dejo de ironía.

Tara lo fulminó con la mirada. Se sentía burlada, y maltratada. Daniel la observó

por un instánte, pero enseguida bajó la vista.

—Hay que reconocer que corrimos un gran riesgo durante unos días —prosiguió

Squires—. Si usted llega a dejar el fragmento en Saqqara todo hubiese sido más fácil, pero al llevárselo nos obligó a entrar en un juego muy delicado. De haber recurrido usted a las autoridades egipcias o a nuestra embajada, Saif al-Thar se habría retirado de inmediato. No tuvimos más remedio que inducirla a actuar por su cuenta. De ahí

que montásemos la farsa de la existencia de un grupo mafioso que se dedicaba a robar antigüedades y a sacarlas del país.

—A través de Samali —aventuró Tara.

—En efecto. Es uno de nuestros agentes. Y lo hizo de maravilla.

—¡Dios santo! —exclamó ella tan exasperada como abatida. Jalifa sintió el impulso de acercarse para confortarla, pero comprendió que no era el momento.

—Pese a ello, todo pendía de un hilo aún —continuó Squires—. Todavía podíamos fracasar. El inspector nos creó bastantes problemas y controlarla a usted no fue tarea fácil, señorita Mullray. Por suerte, contábamos con alguien entre bastidores que nos fue de gran ayuda —añadió sin extenderse en detalles.

271

Los soldados habían terminado de depositar los cadáveres de los hombres de Saif al-Thar junto a la zanja y charlaban en el límite del campamento. La actividad en éste había cesado por completo.

Las últimas palabras de Squires habían estremecido a Tara. «Alguien entre bastidores... Alguien entre bastidores.» Alzó la cabeza lentamente.

—Oh, no —exclamó con voz ahogada—. ¡Oh, Dios mío! —añadió mirando a Daniel-. Eras tú, ¿verdad?

Daniel palideció. Miró hacia los restos retorcidos de los cadáveres de la zanja.

—Lo sabías, ¿verdad? —agregó entre dientes—. Lo sabías todo desde el principio,

¿no?

Daniel siguió mirando hacia la zanja por unos instantes, y al fin, lentamente, volvió la cabeza hacia ella. Sus ojos reflejaban sentimiento de culpabilidad y pesar, pero también una frialdad brutal. Tara tuvo la sensación de que no lo conocía.

—Lo siento, Tara —dijo él en tono inexpresivo—. Pero me jugaba mi licencia. Prometieron devolvérmela, lo que me permitiría dirigir de nuevo excavaciones. Ella lo miró fijamente, demasiado afectada para mover un solo músculo. Por un instante se sintió como si sólo ellos dos estuvieran allí. Apenas notaba la presencia de nadie más, ni siquiera de Jalifa, que se le había acercado un poco. Era como si estuviese en un túnel, con Daniel junto a una de las entradas y los demás fuera. Quiso decir algo, pero no logró articular palabra. Daniel volvió a mirar hacia los cadáveres desmembrados que yacían en aquella tumba gigantesca.

—¿Cuándo? —logró musitar ella al fin.

—¿Cuándo me involucré? —preguntó él—. Hace cosa de un año. Se pusieron en contacto conmigo. Me contaron lo del ejército y que querían utilizarlo como señuelo para que Saif al-Thar volviese a Egipto. Me dijeron que, si los ayudaba, podría volver a excavar en el Valle de los Reyes. Por entonces ya hacía seis meses que había perdido la licencia. Y habría hecho lo que fuera por recuperarla. Lo que fuera. —Un súbito rubor tiñó su rostro, como si una parte de él se avergonzase de lo que acababa de decir. Pero el rubor desapareció de inmediato y su cara volvió a reflejar una frialdad sobrecogedora. Se agachó y recogió del suelo la daga que Jalifa había esgrimido hacía unos momentos—. Fui yo quien dio la idea de hacerles creer que uno de los soldados de Cambises había sobrevivido al desastre. Recordaba la inscripción de Dimacos en la KV9, e inventé la historia. Sabía que existía una tumba en perfecto estado de conservación en las colinas. Yo hice todo el trabajo de decoración de las paredes. Me embargaba una extraña sensación de felicidad, por estar allí solo, pintando los jeroglíficos, creando el texto, forjando la historia. Estaba exultante. Y el resultado final... me sorprendió incluso a mí. Recuerdo que, el día que terminé, me senté a contemplar con orgullo mi obra maestra. Aunque ahora comprendo que era demasiado perfecta. Debería haber reparado en que las estatuillas funerarias pertenecían a otro período. Fue una estupidez por mi parte. Un grave descuido. Miró a Jalifa, que le devolvió la mirada, impertérrito.

—¿Y la daga? —preguntó el inspector.

—La vio usted, ¿verdad? —dijo Daniel con una sonrisa—. No pude resistir la tentación. La tira de piel de la empuñadura estaba un poco suelta. De modo que la retiré y grabé «Dimacos hijo de Menendos» en la empuñadura, con caracteres griegos. La verdad es que me lo pasé en grande añadiendo ese detalle para que todo pareciese auténtico.

Jalifa dio una calada, meneó la cabeza y le dirigió una mirada de desprecio.

—Eso era todo lo que querían que hiciese —dijo Daniel-. Sólo crear una tumba. Pero entonces desapareció el fragmento de texto jeroglífico, entraste tú en escena y ellos descubrieron que te conocía. De modo que me pidieron que me pusiera en contacto contigo y te vigilase. No fue una misión de mi gusto, pero ¿qué podía hacer?

Me jugaba la licencia. Y, si he de ser sincero, me sentía tan intrigado como ellos por lo que había ocurrido. Yo había creado la tumba. Me sentía totalmente implicado. De modo que dejé la nota en el apartamento de tu padre, seguro de que reconocerías mi letra.

Las lágrimas habían empezado a rodar por las mejillas de Tara, quien se sentía como si le hubiesen rasgado la ropa y la hubiesen dejado completamente desnuda. Se abrazó como para protegerse de su imaginaria desnudez.

—Si hubieses dejado el fragmento en Saqqara todo habría ido bien —dijo Daniel. Intenté convencerte, pero no quisiste escuchar. Después... —Alzó las manos con expresión de impotencia. Tara no podía contener el llanto. Tenía el rostro irreconocible, como si sus facciones se hubiesen fragmentado y dispuesto en otro orden.

—¿Sabías lo de Samali? —preguntó con acritud. Daniel asintió con la cabeza.

—En cuanto descubrí lo que era el fragmento llamé a Squires —explicó —; desde el zoo, cuando te dije que iba a telefonear a mi hotel. Y él me dijo lo que tenía que hacer.

—Y, cuando fuimos a Luxor, cuando subimos a las colinas... sabías que Dravic estaría allí, que íbamos a meternos en una trampa, ¿no?

—¿Qué podía hacer? Tenía que devolverles el texto. Era el único modo. De pronto, Tara tuvo la sensación de oír la voz de su padre: «Daniel siempre da la impresión de que sería capaz de cortarse una mano si eso

sirviera para averiguar más acerca de un tema. Y de cortarle la mano a otro también. Es un fanático».

—¿Y por qué no me lo contaste todo? —preguntó ella con voz entrecortada. Daniel se acuclilló y volvió a dejar la daga en el suelo con sumo cuidado.

—Lo intenté —repuso—. Cuando estábamos en lo alto del Qurn, ¿lo recuerdas?, pero no me atreví. Estaba demasiado involucrado —añadió con un dejo de sincero pesar—. Nunca he querido herirte, Tara. Cuando vimos a Dravic en las colinas... incluso entonces tuve dudas. Sabía que la tumba estaba vigilada, que si bajábamos nos apresarían. Por eso insistí en ir solo, para no ponerte en peligro. Pero te negaste. Insististe en acompañarme.

—Y todo lo que me decías...; toda esa comedia, asegurando que me querías y que temías por mí... —dijo ella, temblorosa.

—No era comedia, Tara. Lo sentía de verdad. Sólo que...

Se la quedó mirando un momento y luego se levantó. De pronto, como si se le hubiese apagado una luz interior, la momentánea calidez de sus ojos desapareció y no quedó más que una intensa frialdad.

—¿Sólo qué, Daniel? —dijo ella entre dientes.

—Pues que mi licencia era más importante —admitió él, encogiéndose de hombros.

Tara lo miró con expresión de furia y abatimiento a la vez. Luego, soltando un grito de dolor y frustración, se abalanzó sobre él y le arañó la cara.

—Pero... ¿qué clase de persona eres tú? —le gritó fuera de sí—. ¿Qué clase de monstruo puede ser capaz de hacer algo semejante? ¡Estuvieron a punto de violarme,

hijo de puta! ¡Podrían haberme matado! ¿Y para qué? ¿Por tu maldita licencia? ¿Por eso has tenido el estómago de quedarte mirando mientras estaban a punto de matarme? ¡Estás enfermo! ¡No eres humano! ¡Eres repugnante! ¡Me das asco! ¡Asco!

Daniel le sujetó las muñecas y forcejeó con ella. Tara se resistió por unos segundos hasta que su furia remitió; entonces retrocedió hacia la roca, jadeante y llorosa.

—¡Eres un hijo de puta! —balbuceó—. Un hijo de puta y un mentiroso. ¡Podrían haberme matado!

Jalifa se acercó a ella y posó una mano sobre su hombro, pero ella la retiró. Oates y Squires se miraron. Yamal siguió haciendo entrechocar las cuentas del rosario. Daniel se tocó los arañazos del rostro y fulminó a Tara con la mirada. En ese momento vieron acercarse a Massey.

—¿Me he perdido algo? —dijo el estadounidense mirando alrededor.

—El doctor Lacage y la señorita Mullray acaban de tener... una discusión sobre los acontecimientos de la última semana —repuso Squires con una sonrisa. Massey reparó en los arañazos que Daniel tenía en la cara y se echó a reír a carcajadas.

De nuevo empezó a levantarse viento en el valle, arrojando arena contra sus piernas. Oates miró el reloj.

—Ya tendríamos que marcharnos, señor.

—Sí, es hora —Squires asintió—. Sólo me queda ultimar un par de detalles. ¿Por qué no me esperan los tres en el helicóptero?

Oates, Yamal y Massey dieron media vuelta y se dirigieron hacia el aparato. Squires se alisa el pelo, que se le había alborotado con el viento.

—No es que realmente tenga mucho más que explicarles —dijo Squires —. Una vez que Dravic hubo localizado la posición del ejército, Saif al-Thar empezó a hacer llegar hombres y equipo por helicóptero desde Libia. No se lo impedimos y nos limitamos a observar la operación por satélite. Supimos que había cruzado la frontera hace un par de días, e inicialmente planeamos irrumpir aquí mañana por la noche. Pero la pequeña odisea del inspector Jalifa nos obligó a adelantar el plan un día. Las Fuerzas Aéreas egipcias interceptaron sus helicópteros al acercarse a la frontera. Ocupamos su lugar y... bueno, creo que el resto ya lo conocen. Saif al-Thar está

muerto, su organización destruida, y por el momento el mundo es un lugar más seguro.

Jalifa miraba la hilera de cadáveres depositados junto al borde de la zanja.

—¿Qué harán con ellos? —preguntó.

—¿Con los cuerpos? Pues... enterrarlos en el desierto. En algún lugar donde nadie los encuentre.

—¿Y con el ejército? —inquirió Jalifa señalando los cadáveres de la zanja.

—Lo dejaremos todo tal como está ——contestó Squires en tono displicente—. Que el desierto vuelva a sepultarlo. Dentro de unos meses habrá desaparecido. Y

luego, quién sabe, puede que algún día alguien haga el mayor descubrimiento de la historia de la arqueología. O el más grande redescubrimiento, si lo prefieren. Squires le guiñó un ojo a Daniel, que lo miró impasible. A Jalifa se le había apagado el cigarrillo, por lo que sacó las cerillas para volver a encenderlo. Pero el viento soplaba con fuerza y apagó la llama. Lo intentó hasta tres veces más, en vano.

274

—Y eso es todo —concluyó Squires—. No ha sido nada fácil, pero todo ha resultado bien. Puede que de un modo un tanto curioso la historia del fragmento de texto que faltaba nos haya ayudado. Saif al-Thar estaba tan obsesionado por conseguirlo que nunca se le ocurrió pensar que la tumba fuese una falsificación. De modo que, en muchos aspectos, tenemos con usted una deuda de gratitud. —Sonrió

y, mirando a Daniel, añadió—: Le dejo a usted pronunciar el último adiós. No quiero ser entrometido. Señorita Mullray, inspector Jalifa, ha sido un verdadero placer. Los miró a ambos, los saludó con la mano y se encaminó hacia el helicóptero. Una ráfaga de viento alborotó su pelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tara.

—Pues ahora... —contestó Jalifa—, creo que el doctor Lacage va a matarnos.

275

En el desierto occidental

Daniel se descolgó el fusil automático del hombro y les apuntó.

—No pueden dejarnos vivos —agregó Jalifa—. Después de decirnos todo lo que nos han dicho, no pueden permitir que vivamos y arriesgarse a que lo contemos todo.

—¿Daniel? —dijo Tara con voz ronca.

—Como ha dicho el inspector, sabéis demasiado —dijo él en tono inexpresivo—. No puedo dejar que deis al traste con todo. Ya he ido demasiado lejos. No hay vuelta atrás. —Dirigió el cañón del fusil hacia la zanja, indicándoles que fuesen hacia allí—. Quizá debería haberme negado cuando me pidieron que los ayudase, pero ¿quién iba a pensar que todo iba a terminar de esta manera? Si ese fragmento no hubiese faltado, todo habría marchado bien. Y, quién sabe, Tara, acaso hubiésemos podido reencontrarnos en otras circunstancias.

Ya habían llegado al borde de la zanja. Les indicó con ostensibles ademanes que se volviesen. Un mar de cadáveres desmembrados se

extendía frente a ellos. Tara oyó

que Jalifa musitaba una plegaria y, en un acto reflejo, le cogió la mano.

—No espero que lo entendáis —dijo Daniel-. Ni siquiera yo me entiendo. Todo lo que sé es que se me hacía insoportable resignarme a no poder volver a dirigir una expedición; a limitarme a observar mientras otros obtenían licencias para excavar en el valle. En mi valle. Gente que no sabe ni la mitad que yo, que no tiene ni la mitad de mi entusiasmo. Una panda de estúpidos e ignorantes. Eso... unido al temor de que, pese a todo, hiciesen un descubrimiento, que encontrasen una nueva tumba. No podía soportarlo. Era... horrible.

El viento había arreciado y alborotaba el cabello de Tara, quien ni siquiera reparaba en ello.

«Me va a disparar —pensó Tara—. Voy a morir.»

—Es mi sueño, ¿sabéis? —dijo Daniel-. Descubrir una nueva tumba. Dravic tenía razón. Es como una adicción. Pensadlo: entrar en una cámara mortuoria sellada quinientos años antes de Cristo. Imaginad la emoción que debe de sentirse. Dudo de que haya nada comparable.

A lo lejos, a su derecha, se oyó el estruendo de los rotores del helicóptero, que acababan de ponerse en marcha. Otros aparatos también se disponían a levantar el vuelo. Los soldados corrían a embarcar.

—Es curioso —prosiguió Daniel elevando mucho la voz para que se le oyese por encima del estruendo—. Cuando tú y yo estábamos en la tumba, Tara, y miraba las imágenes de las paredes mientras traducía el texto, pese a saber que todo era una falsificación hecha por mí, tenía la sensación, sin embargo, de que era auténtico; como si hubiese descubierto algo verdaderamente único y maravilloso. —Se echó a reír—. Eso es lo que dijo Carter, cuando vio por primera vez la tumba de Tutankamón. Carnarvon le preguntó: «¿Qué ve?». Y Carter contestó: «Cosas maravillosas». Por eso tenía que recuperar mi licencia y seguir excavando. Porque quedan aún muchas cosas maravillosas por descubrir.

Se oyó un clic cuando Daniel echó hacia atrás el cerrojo del arma, y Jalifa le apretó la mano a Tara.

—No tenga miedo, señorita Mullray —dijo—. Dios está con nosotros. Y nos protegerá.

—¿De verdad lo cree?

—No tengo más remedio. De lo contrario, ¿qué nos quedaría? Sólo desesperación

—repuso, mirándola con una sonrisa—. Confíe en Dios, señorita Mullray. Confíe en lo que sea. Pero nunca desespere.

Los helicópteros empezaron a elevarse, dando bandazos a causa del viento. Tara y Jalifa se miraron. Ella no sentía miedo, sino algo parecido a la resignación. Iba a morir. Punto. No tenía sentido porfiar ni forcejear.

—Adiós, inspector—dijo ella, que le apretó la mano mientras el viento los azotaba con furia—. Gracias por tratar de ayudarme.

Una cortina de arena le dio en la cara y oscureció el sol. Volvió la cabeza, cerró

los ojos y aguardó a que Daniel disparase.

El desierto tiene muchos recursos para someter a quien viola sus secretos. Puede recurrir a un calor tan abrasador como para hacer que la piel arda igual que el papel, disolver los ojos o licuar los huesos. Puede ensordecer a uno con el silencio, aplastarlo con su desolación, modificar el tiempo y el espacio de manera tal que quienes lo crucen pierdan el sentido de la orientación hasta el punto de no saber dónde están ni quiénes son. Puede inventar espejismos de sobrecogedora belleza, como una cascada, o un frondoso oasis, y hacerlos desaparecer en cuanto parece que uno está a punto de tocarlos, de volverlo loco de frustración. Puede alzar dunas montañosas para bloquear el paso, adoptar formas laberínticas de las que no exista la más remota esperanza de escapar. Sin embargo, de todas las armas de que dispone el desierto, ninguna es más poderosa ni más contundente por su capacidad de destrucción que la que llaman la Ira de Dios: la tormenta de arena.

Y acababa de desatarse. Súbitamente, como por ensalmo. El viento que se había levantado arreció de tal manera que hizo que, de pronto, el desierto estallase lanzando millones de toneladas de arena, semejantes a géiseres gigantescos que se elevaban hacia el cielo y oscurecían el sol. El aire pareció solidificarse. Su fuerza era descomunal. Las cajas de madera rodaban a tal velocidad por el suelo que parecían pelotas esféricas; las balas de paja se desintegraron; los barriles de gasóleo salieron disparados como impulsados por una descomunal catapulta. Uno de los helicópteros quedó aplastado contra la pendiente de una duna; dos chocaron, explotaron en una enorme bola de fuego que se extinguió en cuestión de segundos bajo un manto de arena. Los soldados, los camellos y las cabezas de los cadáveres

de la excavación rodaban por el suelo creando un espectáculo dantesco en medio de un estruendo ensordecedor.

Tara salió despedida hacia la zanja y cayó entre los cadáveres. Oyó crujir huesos y piel reseca bajo su peso. Saltaban dientes de las bocas de los muertos. Fue rodando por la zanja; los esqueletos la golpeaban con sus brazos y sus piernas. Al fin quedó de bruces, con la cabeza dentro de la cavidad de un estómago osificado, mientras una boca milenaria se ceñía a su cuello como si le diese el beso de la muerte. Ella permaneció inmóvil, aturdida y horrorizada. Al cabo de unos segundos reaccionó, se arrodilló y trató de ponerse en pie. Pero el viento era demasiado fuerte y la hizo caer de nuevo. Entonces empezó a gatear sobre pechos y espaldas, apoyando los pies sobre fémures y columnas vertebrales, como si fuesen peldaños de una macabra escalera que se partían bajo su peso. La arena laceraba su carne; se le metía por las fosas nasales y las orejas, como si se hundiese en ella.

Llegó a lo alto de la zanja y pegó el vientre al suelo, tapándose la boca con la pechera de la blusa. Detrás de ella el ejército estaba desapareciendo, tragado por olas de arena. Al mismo tiempo, alrededor de la zanja, aparecían docenas de nuevos cadáveres. Una mano disecada asomó justo frente a su cara con los dedos extendidos, como si pretendiese agarrarse a ella. Sobresalían puntas de lanza, un caballo saltó desde lo alto de la duna, emergió una cabeza que al instante quedó

sumergida de nuevo. El viento era ensordecedor, como si miles de lobos aullasen a la vez.

Tara buscó con la mirada a Daniel y a Jalifa, pero no vio más que una cegadora cortina de arena. Oyó un ahogado estruendo a su izquierda y levantó la cabeza, tensando los músculos del cuello al máximo para vencer la descomunal resistencia del viento. El estruendo arreció y apareció un helicóptero que empezó a girar sin control por encima de su cabeza. Por un instante, Tara entrevió el rostro de Squires a través de una ventanilla, tenía la boca abierta, como si gritara. El helicóptero siguió girando y fue a estrellarse contra la gigantesca roca. Se vio un fogonazo, una llamarada, acompañados de una explosión. Y después, nada. Tara se arrodilló con la cabeza gacha y gateó hacia delante.

Al cabo de tres o cuatro metros se detuvo y trató de volverse; el rugido de la tormenta era tal que aunque gritase no oía su propia voz. Siguió gateando, volvió a detenerse y esta vez vio moverse algo a su derecha. Fue

hacia allí. Se encontraban más cerca de lo que suponía, y enseguida topó con ellos. Daniel estaba a horcajadas encima de Jalifa, sujetando el fusil con ambas manos y tratando de encañonar al inspector, que a su vez sujetaba el cañón del arma y porfiaba por dirigirlo hacia el cuello de Daniel.

Ninguno de los dos reparó en ella, que cogió a Daniel del pelo y tiró hacia atrás, haciéndolo caer de espaldas. Quedaron los tres de bruces, aplastados por el viento, con los ojos y la boca llenos de arena. Por un instante Tara y el inspector lograron inmovilizar a Daniel, pero una furiosa ráfaga de viento y arena tumbó de espaldas a Jalifa. Daniel fue a recoger el fusil, que había quedado a un metro a su izquierda. Tara lo intentó también, pero Daniel le soltó un manotazo que la arrojó al suelo, casi rozando la punta de una espada que asomaba. Jalifa había conseguido arrodillarse de nuevo y gateaba hacia ellos frenado por el viento. No pudo evitar que Daniel se apoderase del arma y lo golpease con la culata en la cabeza, haciéndolo caer encima de Tara.

Otra ráfaga de arena los cegó a los tres. Cuando alzaron de nuevo la vista, Daniel se les había escabullido. Lo vieron arrodillarse, desafiar el vendaval y levantarse tambaleante, como si estuviese ebrio, tratando de apuntar hacia ellos. Jalifa miró alrededor. Descubrió a su lado un fémur desprendido de un esqueleto. Lo cogió y se lo lanzó a Daniel. No era un arma muy contundente a aquella distancia, pero el viento le imprimió una endiablada velocidad, y fue a estrellarse contra el cuello de Daniel con la fuerza de un martillo. Daniel se tambaleó y desapareció en una nube de arena. Jalifa saltó hacia delante para ir tras él, y Tara lo siguió. No lo veían por ninguna parte. Lograron avanzar unos diez metros y, de pronto, Jalifa le sujetó el brazo a Tara y señaló hacia delante. Ella hizo pantalla con la mano para protegerse los ojos y siguió la dirección que indicaba él. Allí, en el suelo, entrevistas como detrás de una cortina de finísimas cuentas, estaban las perneras de los tejanos de Daniel. No se veía nada de cintura para arriba. Se detuvieron un momento, vacilantes, y a continuación, tras dar unos pasos más, vieron el resto.

—¡Oh, Dios! —exclamó Tara—. ¡Oh, Dios mío!

Daniel estaba boca arriba, ensartado en una espada que sobresalía de su esternón. Era una espada corta que tenía grabada una serpiente, ahora ensangrentada, con los colmillos ceñidos a la hoja, como si hubiese participado en el letal ataque.

—¡Oh, Dios! —repitió ella desviando la mirada—. ¡Oh, Daniel!

Se sentó, atónita y ajena al caos que la rodeaba. Todo en su vida parecía haberse roto y desintegrado. Su padre había muerto; Daniel también. Era como si la envoltura de su pasado se hubiese desprendido para dejarla en carne viva. Había condicionado durante muchos años su vida a aquellos dos hombres, y ya no existían.

¿Qué quedaba de ella? Estaba destrozada. No creía que alguna vez fuese capaz de rehacerse de aquellos golpes.

—¡Señorita Mullray! —le gritó Jalifa al oído—. ¡No podemos seguir aquí, señorita Mullray! La arena nos sepultaría. ¡Debemos irnos como sea!

Tara no reaccionó.

—¡Por favor, señorita Mullray! —volvió a gritar Jalifa—. Hemos de salir de aquí de inmediato. Es nuestra única posibilidad.

Advirtió que ella se había sumido en un estado que anulaba su voluntad y que estaba a punto de abandonarse a la muerte. Le cogió la cara con ambas manos y la obligó a mirarlo.

—¡Por favor! —le gritó con la voz semiahogada por la furia del viento y la arena—

. Sea fuerte. ¡Debe ser fuerte!

Tara lo miró. La arena le azotaba el rostro con tal violencia que temió que la desfigurase. Pero asintió con la cabeza. Él tiró de su mano y, lentamente, empezó a gatear hacia delante. Al cabo de unos metros Tara miró hacia atrás, en dirección al cadáver de Daniel, que yacía con la boca abierta y llena de arena. Al instante, se formó a su alrededor un remolino semejante a un tornado, y Daniel desapareció de su vista. Se obligó a volver la cabeza y fue tras el inspector, dejando atrás toda aquella locura.

Era increíble que la tormenta pudiese arreciar aún más. Pero, cuando parecía haber alcanzado su punto de máxima violencia, aulló con tal fuerza y desencadenó su furia de tal modo que sus embestidas anteriores parecían un suave preludio. Fuerzas descomunales rugían a su alrededor. Tara se sintió como si le arrancasen la ropa, la piel, la carne; le triturasen los huesos. No tenía ni idea de hacia dónde iba ni por qué. Había perdido la noción de todo. Avanzaba como una autómata, impulsada por algo ajeno a toda racionalidad. Sólo era consciente de que tenía que seguir adelante. Al llegar al pie de la duna empezaron a ascender a gatas, con exasperante lentitud. Cada movimiento era una tortura para cada uno de sus músculos y tendones. El aire era tan denso a causa de la arena que, de haber

entreabierto mínimamente los párpados, se le habrían salido los ojos de las órbitas. De modo que se resignaron a avanzar con los ojos cerrados, orientándose sólo por la inclinación de la pendiente. Iban cogidos de la mano, alzando y bajando los brazos acompasadamente, mientras que con la otra mano se tapaban la boca con la camisa, aspirando breve e intensamente.

Era tal la violencia del viento que incluso de rodillas era difícil mantener el equilibrio.

A Tara se le hacía imposible seguir ascendiendo. Estaba extenuada. Habría dado cualquier cosa por detenerse y quedarse tumbada e inmóvil. Pero siguió avanzando. Cuando ya se le doblaban las rodillas la pendiente dejó paso a una superficie llana. Había llegado a la cima. Oyó la voz de Jalifa, que le sonó muy lejana.

—Agache la cabeza, señorita Mullray y... contonéese. Contonéese cuanto pueda para que no se le acumule la arena en el cuerpo.

Tara le apretó la mano para indicarle que lo había oído y apoyó la cara en su brazo. La tormenta seguía aullando, asaeteándole el cuerpo como si millones de mosquitos se cebasen en ella.

279

«Debo contonearme —pensó—. Pues muy bien, nena, contonéate.»

Empezó a mover las caderas, pero estaba demasiado agotada y al cabo de un instante se desplomó y quedó inmóvil. Se apoderó de ella una súbita y deliciosa sensación de paz, como si la envolviese una tela de terciopelo negro. Por su mente pasaron imágenes fugaces de sus padres, de Daniel, de Jenny, de la gargantilla que su padre le había regalado al cumplir los quince años. Recordó que al levantarse había encontrado un sobre sobre la repisa de la chimenea. Y que había seguido las claves de la senda del tesoro hasta la buhardilla; recordó también su risa jubilosa al abrir el viejo baúl y encontrar la gargantilla oculta en su interior. Y rió ahora también, con una risa cada vez más sonora que emergió de la tormenta y llenó el universo entero. Se abandonó a la risa, dejando que la lavase y la cubriese, y entonces, de pronto, vio un resplandor intenso y no recordó nada más.

280

EPÍLOGO

El inspector Jalifa estaba dormido junto a su esposa. Una cascada de pelo negro y suave le cubría el rostro. Zainab tenía unos cabellos suaves y fragantes y, como hacía siempre que estaban juntos en la cama, él le abría la

melena como quien descorre un cortina y aspiraba su fragancia. Pero entonces, en lugar de llenarlo de una sensación apacible y deliciosa, le provocó un ataque de tos, tan incontrolable que tuvo que volverse y levantarse. Llovía arena sobre su espalda y sobre sus hombros; su esposa y su cama se habían evaporado. Estaba de pie encima de una duna, en mitad del desierto, bajo un sol abrasador y con la boca llena de arena. Al parecer, la tormenta había cesado.

Escupió en el suelo y tuvo otro acceso de tos. Se aclaró la garganta y, de pronto, reparó en que Tara había desaparecido. Estaba a su lado cuando llegaron a la cima. No le cabía la menor duda. Pero ahora no había rastro de ella. Se arrodilló y empezó a escarbar alrededor, por si acaso estaba cubierta de arena y sin sentido. Al no ver la menor señal de que su cuerpo se encontrase por allí, pensó que quizá el viento la hubiese lanzado hacia delante o cuesta abajo. Escarbó un poco más allá y, cuando ya empezaba a desesperar, su mano chocó con algo sólido. Excavó furiosamente hasta que dio con un pie. Lo cogió por el tobillo y tiró hacia arriba. El cuerpo estaba muy hundido, y tuvo que seguir excavando hasta dar con la pierna, y luego con la otra.

—¡Vamos! —se apremió—. ¡Cava más deprisa!

Tiró de ambos tobillos, pero tampoco consiguió que asomase el cuerpo. Cambió

de ángulo, tirando desde la parte superior, en lugar de hacerlo desde un lado. Asomó

entonces un hombro, la nuca y a continuación el brazo izquierdo. De inmediato le tomó el pulso. No latía.

—¡Por favor, Alá! —clamó—. ¡No permitas que muera!

Le limpió la arena que tenía en la cara y la echó boca arriba.

Tenía los ojos cerrados y los labios y la boca llenos de granitos amarillentos, semejantes a migas de bizcocho. Volvió a tomarle el pulso, y, como tampoco notó

nada, la volvió boca abajo. Le pasó un brazo por la cintura y tiró del torso hacia atrás. Repitió varias veces la operación, tirando con todas sus fuerzas para devolverla a la vida.

—¡Vamos! —le gritó—. ¡Respire! ¡Respire, joder!

Lo intentó de nuevo, y de pronto el cuerpo de Tara se movió convulsamente, como si acabase de recibir una descarga eléctrica. Por un instante, permaneció

inmóvil, colgada de los brazos de Jalifa como de un columpio, y acto seguido empezó

a toser y a escupir. El inspector tiró de su torso hacia atrás una vez más y le provocó

un vómito mezclado con arena. Tara abrió la boca en busca de aire y cuando logró

normalizar la respiración, Jalifa la posó con suavidad en el suelo.

—Gracias, señor —musitó—. Gracias.

A Tara le llevó unos instantes recuperarse. Tosía, escupía y respiraba hondo. Luego se pasó un brazo por la boca, se sentó y miró a Jalifa, que estaba en cuclillas cerca de ella. Ambos asintieron con la cabeza, sonrieron y dirigieron la mirada hacia el valle. El ejército había desaparecido. Todo se había esfumado; las tiendas, los helicópteros, las cajas, los cadáveres. No quedaba nada. Todo había quedado sepultado como si nunca hubiese existido. Sólo asomaba la enorme pirámide de roca, erguida hacia el pálido cielo de la mañana, rodeada de nuevo por un resplandeciente mar de dunas. Parecía irradiar satisfacción, como si hubiese presenciado la representación de un drama y hubiera encontrado satisfactorio el desenlace.

Permanecieron un rato en silencio, mirando hacia la lejanía, tratando de asimilar la experiencia por la que acababan de pasar.

—¿Y el móvil? —preguntó Jalifa.

Tara se palpó los bolsillos. Pero no lo tenía.

—Ha debido de caerse.

—¿Y el GPS?

—Lo tenía Daniel.

Jalifa asintió con la cabeza y se recostó contra la falda de la duna.

—Pues entonces me temo que vamos a tener un pequeño problema para regresar.

—¿A qué distancia estamos?

—No muy lejos. A unos ciento cincuenta kilómetros del enclave más próximo. Pero no tengo ni idea de en qué dirección. Un error de un grado bastaría para llevarnos a Sudán.

—Dimacos lo consiguió.

—Sólo en la imaginación del doctor Lacage.

—Claro ——dijo ella con una sonrisa—. Lo olvidaba.

Jalifa hurgó en los bolsillos, sacó el paquete de Cleopatra y le ofreció uno a Tara.

—¿No tendrá por ahí unos cubitos de hielo? —dijo ella.

—¿Cubitos de hielo?

—Es que estoy tratando de dejar de fumar, y cuando tengo muchas ganas, me calmo chupando cubitos.

—Ah, ya. Pues me temo que no me quedan cubitos de hielo.

—En ese caso, no tendré más remedio que aceptar un cigarrillo —dijo ella, sacando uno del paquete y llevándoselo a los labios. Jalifa tendió el brazo y le dio fuego.

—Esto me va a costar tener que pagarle cien libras a mi mejor amiga —dijo ella cerrando los ojos e inhalando el humo con fruición—. Apostamos a ver si era capaz de estar un año sin fumar. Llevaba once meses y dos semanas.

—Impresionante —dijo Jalifa—. Yo fumo un paquete diario desde que tenía quince años.

—¡Dios! ¡Se va a matar!

Se miraron y se echaron a reír.

—Me parece que en adelante va a importar muy poco cuántos cigarrillos fume —

dijo Jalifa.

—No cree que tengamos ninguna posibilidad de salir de aquí, ¿verdad?

—Pues no.

—¿No me ha aconsejado usted que nunca hay que desesperar?

—Sí. Pero en este caso, no veo salida.

Volvieron a echarse a reír con ganas. No fue una risa forzada. Tara dio otra calada. No recordaba que ningún cigarrillo le hubiese sabido tan bien como aquél.

—Le parecerá extraño —dijo ella—, pero me siento feliz. Voy a morir de sed en mitad del desierto y todo lo que se me ocurre es reír. Es como...

—Como si se hubiese quitado un peso de encima —la interrumpió Jalifa.

—Exactamente. Me siento limpia, libre, dueña de mi propia vida.

—Lo entiendo. Porque a mí me ocurre igual. Hemos saldado cuentas con el pasado y ahora podemos mirar hacia delante.

—Aunque no muy lejos.

—No, desde luego. No muy lejos. Pero hacia delante —dijo él aspirando de nuevo el humo del cigarrillo—. Echaré de menos a mi esposa y a mis hijos. Volvieron a dirigir la mirada hacia la lejanía, fumando en silencio. El sol ascendía lentamente y el aire empezaba a reverberar. La ondulación del mar de dunas se extendía hasta el horizonte. Era curioso pensar que, hasta hacía sólo un rato, todo había sido un caos, y en cambio ahora todo parecía plácido y ordenado. Tara pensó en lo hermoso que era aquel paisaje; aquella simetría de líneas onduladas y los cambiantes matices de la arena. Antes el desierto se le había antojado una prisión. Pero ahora, aunque fuese a morir, se sentía en plena armonía con él. Apuró la colilla y la tiró. Después de casi un año sin fumar, el tabaco la había mareado un poco, y al mirar hacia abajo, tuvo la sensación de que la arena temblaba. O, por lo menos, un pequeño rodal, cerca de la base de la pirámide. Respiró hondo por dos veces, cerró los ojos y, al volver a mirar, vio de nuevo el temblor y una especie de hoyo que se abría y cerraba, como si el desierto abriese la boca para respirar. Le dio un leve codazo a Jalifa y señaló hacia la pirámide. El inspector frunció

el entrecejo y se puso de pie.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, levantándose también.

—No lo sé. Es raro. Como si hirviese agua.

—¿Será a causa del calor?

—No lo parece.

—¿Arenas movedizas?

—No lo creo.

Jalifa siguió mirando y, luego, con suma precaución, empezó a descender por la pendiente seguido de Tara. El rodal de arena se movía cada vez más, y de pronto se oyó un berrido estridente, y emergió una silueta entre una lluvia de arena. Jalifa profirió un grito de asombro y echó a correr pendiente abajo.

—¡Yamal! —exclamó echándose a reír—. ¡Gracias Alá! ¡Yamal! ¡Un camello!

Al llegar al pie de la duna aminoró el paso para no espantar al animal, que pareció desconcertado por su presencia, pero lo dejó acercarse y asió el ronzal.

—Bienvenido, amigo mío —dijo el inspector acariciándole el morro—. Me alegro de que te reúnas con nosotros. —Se volvió hacia Tara y añadió —: Parece que mi pesimismo ha sido prematuro, señorita Mullray. Este

amigo mío es capaz de oler el agua a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Dondequiera que esté el oasis más próximo, nos llevará hasta allí.

Se puso de puntillas y susurró algo al oído del camello. El animal resopló y luego, lentamente, dobló las patas delanteras y a continuación las traseras. Jalifa procedió a liberarle de las cajas que llevaba en el lomo.

—En mi juventud fui camellero —dijo el inspector mirando a Tara—. Y hay cosas que nunca se olvidan.

Dejó las cajas en el suelo y le ajustó los arreos al camello, que le mordisqueó la oreja.

283

—Son animales maravillosos, incansables, fieles y hermosos —agregó —. El único inconveniente es que les huele el aliento. Pero, en fin... nadie es perfecto, ¿no cree?

¡Ajá! —exclamó alzando la cantimplora que acababa de encontrar en las alforjas—. No queda mucha agua, pero quizá baste para que no muramos de sed.

Le indicó a Tara con un ademán que montase y luego montó él detrás.

—Mi amiga me advirtió de que no me acercase a los camellos —dijo Tara entre risas—, porque al parecer todos los camelleros son unos pervertidos.

—Soy un hombre casado, señorita Mullray.

—Bromeaba.

—Ah, ya entiendo —dijo él—. Humor inglés... a lo Benny Hill. Muy divertido. —Le dio una palmada al camello en la grupa y le gritó algo ininteligible. El animal se levantó, haciendo cabecear a Tara. Jalifa sujetó las riendas pasando los brazos por ambos lados de la cintura de Tara—. Si no nos entretenemos podemos llegar en dos días —añadió—; tres a lo sumo. Pero, aunque digan que el camello es el yate del desierto, me temo que éste no va a ser un crucero de lujo.

—Podré soportarlo —dijo ella, risueña.

—No me cabe duda, señorita Mullray. Es usted una mujer extraordinaria. Me encantaría presentarle a mi esposa y a mis hijos.

Jalifa le dio una palmada al camello en un costado y el animal se puso en marcha.

—Palla besarah! —le gritó—. Yalla nimsheh! ¡Deprisa! ¡Vamos!

Llegaron al enorme monolito piramidal de edad incalculable que surgía de las entrañas del desierto. El tiempo, ese centinela, parecía latir a causa

del calor, produciendo un sonido gutural, como si refunfuñase y los autorizase a pasar a condición de no volver jamás.

Se alejaron de la negra pirámide adentrándose en el valle.

—Estoy construyendo una fuente, ¿sabe? —dijo Jalifa al cabo de un rato—. Quiero que mi casa se llene con el murmullo del agua.

—Suena maravilloso —dijo Tara.

—Pondré baldosas azules y verdes, y conchas marinas. Todo rodeado de plantas. Y por la noche, la iluminación hará titilar el agua como si las gotas fuesen diamantes. Será preciosa.

—Sí —dijo ella entornando los ojos—. Estoy segura de que sí.

Jalifa sacudió ligeramente las riendas y el camello emprendió un trote bastante vivo. La pirámide de roca fue quedando atrás, como si retrocediese hacia la Antigüedad. En torno a ellos el desierto reverberaba con el calor de la mañana.

—Besarah! Besarah! —gritó Jalifa— ralla nimsheh, yalla nimsheh!

OceanofPDF.com

NOTA DEL AUTOR

El enigma de Cambises fue escrito y editado antes de los horrorosos sucesos del 11 de septiembre de 2002. Aunque el tema del terrorismo en Oriente Próximo es central en el argumento, el libro constituye un trabajo de ficción y como tal debe ser leído. De ningún modo intenta reflejar hechos reales.

285

OceanofPDF.com

GLOSARIO

Abu el-Haggag. Patrón de Luxor (nacido en Damasco c. 115 o). Todos los años se celebra en Luxor un moulid en su honor, dos semanas antes del Ramadán. Abu Sir. Grupo de pirámides del sur de Gizeh que datan de la quinta dinastía (c. 2465 a.C. — 2323 a.C.)

Ajet. Una de las tres estaciones. en las que se dividía el año egipcio (las otras eran Peret y Shemmu). Ajet era la estación de la crecida del Nilo, y abarcaba aproximadamente de junio a septiembre.

Ajetaten. Ciudad construida por el faraón Akenatón a orillas del Nilo, aproximadamente a mitad de camino entre las actuales El Cairo y Luxor. Su nombre significa «Horizonte del Aten».

Akenatón. Faraón de la decimoctava dinastía. Reinó hacia 1353 a.C. — 1335 a.C. Padre de Tutankamón.

Al-Abram. Popular diario egipcio que significa «Las Pirámides». Al-Farafra. Oasis del desierto occidental.

Amarna. Nombre moderno de las ruinas de Ajetaten.

Amenofis I. Fue faraón de comienzos de la decimoctava dinastía (c. 1525 a.C.—

1504 a.C.)

Amenofis III. Faraón de la decimoctava dinastía (c. 1391 a.C. — 1353 a. C.), padre de Akenatón y abuelo de Tutankamón.

Amonitas. Antiguo nombre de los habitantes del oasis de Siwa. El nombre procede del antiguo dios egipcio Amón, que tenía un oráculo en Siwa. Anubis. Antiguo dios egipcio, representado como un chacal sedente o como un hombre con cabeza de chacal. Dios de la necrópolis y de la momificación. Babariya. Oasis del desierto occidental.

Basbousa. Pasta dulce hecha con sémola, nueces y miel.

Beit. Casa, hogar.

Belzoni, Giovanni Batista (1778—1823). Explorador. Descubrió la tumba de Seti I en el Valle de los Reyes.

Bes. Dios enano, protector de las embarazadas.

Cambises. Hijo del emperador persa Ciro el Grande. Nació hacia 560 a.C.; sucedió a su padre como rey de Persia en 519 a.C. Tras conquistar Egipto en 525

a.C., se convirtió en el primer faraón de la vigesimoséptima dinastía. Murió hacia 522

a.C. en Acbatane, Siria, posiblemente asesinado o por su propia mano. Retratado en las crónicas contemporáneas como un déspota demente.

Caria. Antigua región de Oriente Próximo, en el sudoeste de la moderna Turquía, colonizada por los griegos. Famosa por sus mercenarios.

Carnarvon. George Edward Stanhope Molyneux Herbert, quinto conde de Carnarvon (1866—1923). Coleccionista y egiptólogo aficionado. Patrocinador de Howard Carter.

Carter, Howard (1874—1939). Egiptólogo, descubridor de la tumba de Tutankamón (1922).

Cartouche. Óvalo con una línea horizontal en la base, en el que se escribía el nombre del faraón en los jeroglíficos.

286

Colosos de Memnón. Colosales estatuas sedentes que se alzan en Luxor, en la orilla occidental del Nilo. Antiguamente formaban parte del templo funerario de Amenofis III.

Corán. Libro sagrado del islam, revelado por Dios al profeta Mahoma. El nombre procede de un término árabe que significa «leer».

Corniche el-Nil. Nombre de la carretera que discurre paralelamente a la orilla del Nilo, entre El Cairo y Luxor.

Cromer, Evelyn Baring (1841—1917). Primer conde de Cromer, cónsul general inglés y gobernante de facto de Egipto desde 1883 hasta 1907.

Ctesias. Historiador y médico griego, nacido en Asia Menor hacia 416 a.C. Vivió

durante muchos años en la corte y escribió una historia de Persia, en gran parte perdida.

Cuneiforme. Escritura mesopotámica antigua, con caracteres en forma de cuña. Dahsur. Zona en la que se encuentran numerosas pirámides, al sur de Saqqara; y entre ellas, la pirámide «inclinada» de Snofru.

Dajla. Oasis del desierto occidental.

Danishaway. Pueblo de la región del delta del Nilo, en el norte de Egipto, escenario de un infamante hecho ocurrido en 19o6: cuatro egipcios inocentes fueron ejecutados después de un altercado con los soldados británicos. Davies, Nina Mc Pherson (1881—1965). Artista. Publicó varios volúmenes sobre antiguas pinturas de tumbas egipcias.

Decimoctava dinastía. Primera de las tres dinastías del Imperio Nuevo. Duró

desde 1550 a.C. hasta 1307 a.C.

Escarabeo. Representación del escarabajo, animal considerado sagrado en el Antiguo Egipto.

Estela. Monumento conmemorativo con imágenes o textos grabados. Faience. Material hecho de cuarzo glaseado y esmaltado al fuego, muy utilizado en el antiguo Egipto en joyería, pequeñas vasijas, estatuillas funerarias, etcétera. Fallah (pl. fallaheen). Campesino.

Galabeya. Prenda de vestir tradicional egipcia, llevada por hombres y mujeres. Hadj. Peregrinación a La Meca, uno de los «cinco pilares» de la fe musulmana. Los otros cuatro son: la shahada, profesión de fe; la salah, oración recitada cinco veces al día; la zakah, o limosna; y la observancia del ayuno en el Ramadán. Hatshepsut. Reina de la decimoctava dinastía, esposa de Tutmosis II, que gobernó Egipto (c. 1473 a.C. — 1458 a.C.) con su hijastro Tutmosis III. Su templo funerario, que se encuentra en la orilla occidental del Nilo, en Luxor, es uno de los monumentos más espectaculares de Egipto.

Heródoto. Historiador griego, conocido como «el padre de la historia». Vivió

hacia 485 a.C.—415 a.C. Famoso por sus crónicas, en las que esboza las causas y los hitos de las guerras entre griegos y persas.

Horemheb. Último faraón de la decimoctava dinastía (aunque algunos historiadores lo consideran el primer faraón de la decimonovena dinastía). Ex comandante en jefe del ejército egipcio bajo el reinado de Tutankamón. Imán. Hombre que dirige las oraciones en la mezquita. Teóricamente, cualquier varón adulto puede realizar esta función. Pero suele hacerlo alguien versado en la ley islámica.

Imhotep. Médico y arquitecto del antiguo Egipto. Diseñó la primera verdadera pirámide egipcia, mandada construir por el faraón de la tercera dinastía Djoser, que reinó hacia 2630 a.C.—1611 a.C. Adorado como un dios después de su muerte, su tumba nunca ha sido hallada.

Imma. Turbante.

Imperio Antiguo (c.1575 a.C.—1134 a.C.). La historia antigua egipcia se dividide en tres «imperios», el antiguo, el medio y el nuevo, separados por períodos intermedios.

Isis. Diosa del antiguo Egipto, esposa de Osiris y madre de Horus, protectora de los muertos.

Iteru. Antiguo nombre egipcio del Nilo. Es también una antigua unidad de medida, que equivale aproximadamente a dos kilómetros.

Jamsin. Fuerte viento del desierto.

Jan al Jalili. Gran bazar de El Cairo, en el que venden desde joyas hasta pipas shisha.

Jarga. Oasis del desierto occidental.

Jutbar. Sermón.

Kaaba. Santuario de La Meca, de forma cúbica, el lugar más sagrado del mundo musulmán. Contiene una piedra que, según la tradición, el arcángel Gabriel le entregó

a Abraham. Todos los musulmanes oran mirando en dirección a La Meca. Karkady. Infusión de flores de hibisco, muy popular en Egipto.

Karnak. Extenso recinto monumental situado al norte de Luxor, con edificios que abarcan casi dos mil años de historia egipcia, conocido antiguamente como Ipet-isut,

«El más selecto de los lugares».

Kufr. Nombre dado a quienes no profesan el islam, o infieles.

KV39. Tumba de las afueras del Valle de los Reyes, considerada por algunos egiptólogos como la del faraón de la decimoctava dinastía Amenofis I, que reinó hacia 1525 a.C.—1504 a.C.

KV22. Misteriosa tumba del Valle de los Reyes, descubierta en 1907. Provocó una gran controversia acerca de quién estaba realmente enterrado allí. Algunos egiptólogos aseguran que se trata de Akenatón y otros de Smenjare. Lepsius, Karl Richard (1810—1884). Egiptólogo alemán, director del Museo de Berlín. Publicó un exhaustivo estudio de doce volúmenes sobre los monumentos y yacimientos arqueológicos de Egipto.

Libros del Más Allá. Serie de textos egipcios antiguos que describen el más allá. En su mayor parte datan del Imperio Nuevo, aunque algunos se remontan a los Textos de las Pirámides del Imperio Antiguo. Sus títulos (el Libro de las Puertas, el Libro de los Muertos, el Libro de las cavernas, etcétera) son modernos. Lidia. Antiguo reino de Oriente Próximo, en la moderna Turquía. Lineal A. Escritura o inscripción cretense aún no descifrada.

Machimos. Guerrero.

Malqatta. Lugar en el que se encuentra el antiguo palacio de Amenofis III en Luxor, en la orilla occidental del Nilo.

Mariette, Franlois Auguste Ferdinand (1821—1881). Egiptólogo francés, fundador del Departamento de Antigüedades egipcio y del Museo de El Cairo.

Mastaba. Tumba ovalada, hecha de piedra o adobe. El término procede de una palabra árabe que significa «banco».

Medinet Habu. Pueblo de la orilla occidental del Nilo, en Luxor, y lugar en el que se encuentra el templo funerario de Ramsés III.

Menfis. Capital del Imperio Antiguo e importante centro administrativo a lo largo de toda la historia del antiguo Egipto.

Midan Tahrir. Centro del moderno El Cairo. El nombre significa «Plaza de la liberación».

Mihrab. Espacio de una mezquita orientado en dirección a La Meca. Minoica. Cultura de la edad del bronce originaria de la isla de Creta. Mizmar. Instrumento musical de viento semejante al oboe.

Molochia. Plato egipcio hecho de hojas de hibisco estofadas.

Moulid. Fiesta en honor a un santo local o persona venerada. También significa

«festival» y «feria».

Muecín. Funcionario de una mezquita que, cinco veces al día, llama a los fieles a la oración.

Munshid. Cantor sacro.

Museo John Soane. Pequeño museo situado en el centro de Londres, en la mansión del arquitecto sir John Soane (1753—1837). Alberga varias colecciones de objetos, entre los que figuran el féretro del faraón de la decimonovena dinastía Seti I. Museo Petrie. Museo del University College, en Londres, que alberga objetos reunidos por William Petrie durante sus excavaciones.

Necrópolis. Literalmente, «Ciudad de los muertos».

Nefertiti. Gran esposa real del faraón Akenatón. Algunos egiptólogos creen que a la muerte de éste tomó el nombre de Smenjare y gobernó como faraón. Inmortalizada en el famoso Busto de Nefertiti que se encuentra en el Museo de Berlín. Osiris. Antiguo dios egipcio del inframundo.

Ostrakon. Pieza de cerámica o de piedra caliza con una imagen o un texto grabados. En la práctica, era el equivalente a un moderno bloc de

notas. Pectoral. Medallón que se lleva colgado del cuello.

Pendlebury, John Devitt Stringfellow (1904—1941). Egiptólogo. Excavó en Amarna. Murió en Creta, a manos de los alemanes, en la Segunda Guerra Mundial. Peret. Una de las tres estaciones en que se dividía el antiguo año egipcio (las otras eran Ajet y Shemmu). El Peret era la estación de la siembra y del crecimiento, y duraba aproximadamente de octubre a febrero.

Período tardío. Período de la historia del antiguo Egipto que abarca desde 712

a.C. a 332 a.C., cuando el país fue conquistado por Alejandro Magno. Persépolis. Capital de la antigua Persia, en el actual Irán.

Petosiris. Nombre de una familia noble enterrada en Tuna el-Gebel. Su tumba es única por la utilización de los estilos egipcio y griego para representar la vida cotidiana en Egipto.

Petrie, William Matthew Flinders (1853—1942). Arqueólogo y egiptólogo que trabajó intensamente en Egipto y Palestina.

Piastra. Centésima parte de la libra egipcia.

289

Pilar de Djed. Antiguo símbolo egipcio de estabilidad, representado como un pilar coronado por cuatro ramas horizontales. Se cree que trataban de representar un árbol, o la columna vertebral del dios Osiris.

Plutarco. Historiador y biógrafo de la antigua Grecia (c. 46—120 de nuestra era). Puertas de los Muertos. Antiguo nombre egipcio del Valle de los Reyes. Qurn. Pico en forma de pirámide situado en la parte alta del Valle de los Reyes. Significa «el cuerno» en árabe. Los antiguos egipcios lo llamaban Dehenet. Ra (o Re). Antiguo dios egipcio del sol.

Rais. Capataz o supervisor de trabajos.

Ramesseum. Templo funerario de Ramsés II, situado en la orilla occidental del Nilo, en Luxor.

Ramessid. Nombre dado al período que abarca las dinastías decimonovena y vigésima.

Ramsés I. Primer faraón de la decimonovena dinastía, aunque algunos creen que fue Horemheb el primero. Reinó hacia 1307 a.C.—1306 a.C.

Ramsés II. Tercer faraón de la decimonovena dinastía. Reinó hacia 1290 a.C.—

1224 a.C. Uno de los más grandes faraones.

Ramsés III. Faraón de la vigésima dinastía. Reinó hacia 1194 a.C. —1163 a.C. Su templo funerario de Medinet Habu es uno de los más hermosos monumentos de Egipto.

Ramsés VIII. Faraón de la vigésima dinastía. Reinó hacia 1136 a.C. —1131 a.C. Re-Harajti. Antiguo dios egipcio que combinaba los atributos de Ra y de Horus. Dios oficial del Estado durante el Imperio Nuevo. Usualmente representado como un hombre con cabeza de halcón.

Rejmire. Visir de Tutmosis III (c. 1479 a.C.—1425 a.C.) y de Amenofis II (c. 1427 a.C.—1401 a.C.)

Rekah. Ciclo de oraciones.

Rohlfs, Gerhard (1831—1896). Explorador alemán. Viajó incansablemente por el desierto occidental, y en 1874, marcó un hito al atravesar el Gran Mar de Dunas. Roselini, Niccolo Francesco Ippolito Baldessare (1800—1843). Egiptólogo italiano, fundador de la egiptología en Italia.

Saidee. Natural del Alto Egipto.

Saqqara. Necrópolis de la antigua capital egipcia de Menfis. Es un extenso cementerio que se encuentra en el desierto. Tiene casi siete kilómetros cuadrados e incluye la pirámide de Djoser, la primera verdadera pirámide de Egipto. Seth. Deidad egipcia, hermano de Osiris, asociado con los desiertos, la guerra y el caos. Representado por un animal no identificado.

Seti I. Faraón de la decimonovena dinastía, padre de Ramsés II. Reinó hacia 1306 a.C.—1290 a.C.

Shabti. Figurilla funeraria de cerámica o madera que se colocaba en las tumbas para rendirle pequeños servicios al difunto en el más allá.

Sharia. Ley islámica.

Shepseskaf. Último faraón de la cuarta dinastía. Reinó hacia 2472 a.C. —2467

a.C.

290

Siga. Juego de mesa, conocido también como Tab-es-Siga, similar a las damas. Se cree que procede del antiguo juego egipcio de mesa llamado senet. Smenjare. Faraón de la decimoctava dinastía. Reinó de 1335 a.C. a 1333 a.C. Algunos egiptólogos han sugerido que Smenjare era en realidad Nefertiti, que gobernó

como faraón tras la muerte de su esposo Akenatón.

Snofru. Primer rey de la cuarta dinastía. Reinó hacia 7575 a.C. —2551 a.C. Strabo. Historiador y geógrafo griego (c. 63 a.C.—23 a.C.)

Sura. Capítulo del Corán. Cada una de las 114 suras está dividida en varias ayat o secciones.

Susa. Ex capital del antiguo imperio persa, en el actual Irán.

Tebas. Nombre dado por los griegos a la antigua Waset, la actual Luxor. Templo funerario. Templo en el que se oraba y se ofrecían sacrificios por el bienestar de un difunto, por lo general un rey.

Termous. Variedad de judía.

Toth. Antiguo dios egipcio de la escritura y de la aritmética. Usualmente representado con cuerpo humano y cabeza de ibis.

Touria. Azada.

Tuna el-Gebel. Antiguo lugar del centro de Egipto, cerca de la ciudad de Mallawi. Tutmosis II. Faraón de la decimoctava dinastía. Reinó hacia 1492 a.C.—1479

a.C.

Vasos canopeos. Las cuatro jarras que contenían las vísceras del cuerpo momificado. Consagradas a los cuatro hijos de Horus: Imseti, Hapi, Qebehsennuef y Duamutef.

Waset. Antiguo nombre egipcio de la moderna Luxor.

Yuya y Tjuju. Matrimonio noble que vivió en el siglo XV a.C. Abuelos de Tutankamón. Su tumba en el Valle de los Reyes (KV46) fue descubierta en 1905, y hasta el descubrimiento de la de Tutankamón en 1922 fue considerado el mayor hallazgo de la historia de la arqueología en Egipto.

Zamalek. Distrito de El Cairo. Abarca la parte norte de la isla de Gezira. Zikr. Grupo de devotos musulmanes que, por lo general, pertenecen a alguna de las hermandades místicas sufíes, y que llevan a cabo una danza devocional que propicia que los ejecutantes entren en trance.

291

OceanofPDF.com